



EL JARDÍN DE HIERRO

GEMA BONNÍN



Lectulandia

Durante siglos, humanos y feéricos convivieron en armonía hasta que la maldición de un hada lo cambió todo. Sin embargo, los años han enfriado la rivalidad de ambos bandos y hay quienes están dispuestos a luchar por la paz. Parece que la clave reside en Elvia, una joven mitad hada y mitad humana que acude a la corte de los humanos para resolver el conflicto. No obstante, allí el príncipe maldito, obligado a convertirse en una bestia con la llegada de cada luna llena, tiene una opinión muy diferente. Tal vez no sea posible una reconciliación. Y si lo es, ¿cuál será el precio?

Gema Bonnín

El jardín de hierro

ePub r1.0

Titivillus 23.05.2020

Título original: *El jardín de hierro*
Gema Bonnín, 2019

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Pilar, Gabi, Manena y Bari.
Esta historia encuentra su origen en un viaje
por el sur de Francia, un viaje que, como casi todos, compartí
con vosotros. Por todas las aventuras vividas;
por las que nos quedan.





Dos lindas bayas modeladas sobre el mismo tallo.

*Así es como dos cuerpos visibles no teníamos
más que un solo corazón.*

WILLIAM SHAKESPEARE:

El sueño de una noche de verano

Prólogo

La ira de un amor perdido

Desde un callejón frío y envuelto en sombras, dos mujeres observaban las esbeltas y feroces murallas que cercaban la residencia de la familia real de Myrendul. El castillo estaba bien protegido; adentrarse en él era una tarea harto compleja para cualquier ser humano.

Pero ellas no eran humanas.

El viento helado de finales de noviembre les besó la piel y agitó sus cabellos. Las hadas se ajustaron las túnicas y se aseguraron de que sus alas permanecían ocultas y debidamente plegadas bajo la pesada tela.

—Emberia —murmuró una de ellas—, ¿de verdad quieres hacerlo? Piensa que no habrá vuelta atrás...

—Lo he pensado mucho, Yilda —repuso la aludida sin apartar su mirada violeta del alcázar—. Está decidido.

—Nuestra reina no estará contenta.

—Me da igual. No me importa lo que haya dicho ni lo que vaya a decirme cuando regrese.

—No se trata de lo que diga, sino de lo que haga —susurró la otra—. El destierro será su primera opción.

Emberia alzó una ceja y miró un momento a su amiga.

—Yilda, puedes marcharte si quieres. No estás obligada a participar en esto.

El hada pareció vacilar.

—No —repuso al fin—, me quedo. Somos amigas. Estaré aquí cuando decidas entrar y estaré aquí cuando quieras salir.

Emberia sonrió y sintió una esquirla de calor en su corazón ennegrecido. Cuando en la corte iridiscente se habían enterado de lo sucedido, todas sus

compañeras le habían dado la espalda o habían empezado a mirarla con recelo.

Todas menos Yilda.

Le cogió la mano y se la apretó con fuerza.

—Gracias.

Su amiga sonrió.

—Bueno, ¿cuándo quieres hacerlo?

—Ahora. La ceremonia del nombramiento ha terminado hace un buen rato y ya habrá dado comienzo la celebración. Con suerte, pillaré al rey desprevenido. Ese malnacido se arrepentirá de lo que hizo.

—Es una pena que su bebé sea varón. Maldecir a una princesa siempre es más cómodo.

—De vez en cuando viene bien romper con la tradición, querida. — Suspiró—. En fin, vamos allá.

Emberia se elevó unos centímetros del suelo, hizo un amplio ademán con el brazo y se desvaneció en el aire.

El servicio del castillo había decorado el salón del trono a conciencia para que los invitados de su majestad gozaran de una espléndida fiesta. Tras el bautizo del primogénito del rey, los nobles y aristócratas más importantes del reino se habían reunido para disfrutar de la compañía, la comida y el vino.

El bebé por el que todos estaban allí descansaba en una cuna junto a un altar coronado por dos tronos en los que se hallaban sus padres, que presenciaban cómo todos elogiaban y juraban lealtad al pequeño. En tiempos pasados, también las criaturas mágicas más poderosas e inteligentes acudían a la ciudad para presentar sus respetos al heredero. Eso había cambiado, aunque nadie parecía añorar las viejas costumbres. Pese a la notable pero deseada ausencia de las hadas, el rey Saveiro y su esposa Genoveva no cabían en sí de gozo.

Esa felicidad duraría poco.

Las puertas del gran salón se abrieron de repente y una brisa fantasmal recorrió cada rincón, agitando cabellos, cortinas y vestidos, apagando algunas de las muchas velas sostenidas por los candelabros que los criados habían encendido para dotar de luz a aquella mañana nublada.

En el umbral, ataviada con un vestido negro y con sus majestuosas alas moradas extendidas, un hada acaparó la atención de todos.

Su ondulada cabellera negra enmarcaba un rostro bello y gélido.

—Lamento haber interrumpido —empezó con una voz clara y musical—, pero por nada del mundo habría querido perderme la celebración.

Los invitados permanecieron callados, observando a la recién llegada con desconfianza.

El rey Saveiro dio un paso al frente.

—Las criaturas de tu calaña no son bien recibidas aquí.

—¿De mi calaña? ¿Os referís a las hadas, majestad?

—Sabes bien que sí.

—Oh, e imagino que cualquiera que contravenga esa norma obtiene un castigo, ¿no? Como le sucedió a Roldán Miraspil. ¿Podéis recordarme qué fue lo que hizo?

La tensión podía cortarse con un cuchillo. El rey entornó los ojos con astucia. Luego despegó los labios. No le tembló la voz.

—Fue sentenciado a morir y posteriormente ejecutado por confabular con un hada, no solo teniendo trato cordial con ella, sino desposándola y dejándola encinta. Todo a mis espaldas y siendo plenamente consciente de cuál es la ley.

—Vaya, cuánta rebeldía —comentó Emberia, y avanzó despacio por el pasillo formado por la ausencia de gente—. Debía de querer mucho a esa esposa suya...

—Dímelo tú. ¿Has venido a vengarte?

Los ojos de ella relampaguearon.

—Justo, majestad. He venido a vengarme.

La guardia real, que se había acercado a la intrusa en cuanto había hecho su aparición, avanzó ferozmente hacia ella. Hasta el momento, y frente a la actitud pasiva y cautelosa del rey, no habían actuado, pero la amenaza que la criatura había proferido era suficiente. Sin embargo, no pudieron hacer gran cosa. Con un amplio y grácil movimiento de su brazo, Emberia hizo que una fuerza invisible lanzara a los guardias hacia las paredes, alejándolos de ella y dejando a casi todos inconscientes o magullados.

—No seáis necio, majestad.

—¡Adelante, mátame si es lo que quieres! Pero te lo advierto: después de esto se iniciará una sangrienta guerra entre nuestros pueblos y el mío empezará por quemar vuestropreciado bosque. ¿Es lo que quieres?

Emberia profirió una carcajada vacía.

—Por supuesto que no, no seáis absurdo. Hoy no correrá la sangre. Ese no es mi estilo ni el de ninguna de mis congéneres. No. Me vengaré a la vieja usanza.

El hada chasqueó los dedos y la luz fue extinguiéndose, hasta que solo un leve resplandor purpúreo la iluminaba tanto a ella como a la cuna del príncipe, a la que se acercó poco a poco.

—¡No! —bramó la reina mientras avanzaba rauda hacia su pequeño—. ¡Mi hijo no!

—¡Atrás! —La detuvo Emberia, paralizándola con la mirada.

Entonces los demás asistentes se dieron cuenta de que no podían moverse. Sus articulaciones estaban tensas y congeladas. La impotencia les envolvió, pues ninguno podía luchar contra las artes mágicas de aquella intrusa.

Emberia contempló al bebé un instante. Algo chispeó en su pecho... ¿Compasión? Fuera lo que fuera, no duró demasiado. Apagó esa llama tan pronto como se había encendido.

—El joven príncipe posee grandes cualidades que irá desarrollando con el tiempo. Será inteligente, apuesto, valiente. Tiene todo lo que hace falta para que la suerte y la vida le sonrían. Pero aquí y ahora, y como muestra de amor a aquel a quien el padre de esta criatura arrebató la vida, yo maldigo a este niño. ¡Le maldigo con la licantropía! —Se oyeron exclamaciones ahogadas—. Sí. Cada noche de luna, será esclavo de una horrible naturaleza que a partir de hoy formará parte de él tanto como cualquier otro rasgo de su persona. Se adueñará de su alma un ser salvaje e irracional, y así será hasta el fin de sus días, a menos que sus padres sean capaces de encontrar la última prémula del año, la que no se ha visto marchita o encogida por el otoño y que solo las nieves del invierno lograrán destruir. Si dais con ella antes de que cuajen los hielos y la escarcha, vuestro bebé se librará del maleficio. Si no, convivirá con él para siempre.

Al acabar de recitar la maldición y sus condiciones, Emberia se evaporó en el aire, con su voz todavía retumbando en los oídos de los invitados. La luz regresó al salón, así como la movilidad de los presentes.

—¡No! —gritó la reina, y corrió hacia su retoño para envolverle entre sus brazos.

El niño no había proferido ni un solo berrido, pero ahora, percibiendo la tensión y el nerviosismo tanto de sus padres como de los demás, prorrumpió en un agudo e incesante llanto.

Su majestad reaccionó con presteza:

—¡Dad la alarma! ¡Que absolutamente todos mis súbditos comiencen la búsqueda de esa flor! Preparad una partida de exploración con los mejores hombres y que mis guerreros más diestros se aseguren de que esa condenada bruja no llegue al bosque. No andará muy lejos. ¡Vamos!

Todo el mundo empezó a moverse por el castillo, pensando única y exclusivamente en cumplir las órdenes de su rey.

—Esposo —susurró Genoveva cuando ya nadie les escuchaba—, el otoño llegó hace meses y, desde que las hadas nos retiraron su favor, pocas plantas o flores sobreviven a la llegada del frío.

—Ya sabes cómo funciona esto. Tradicionalmente las maldiciones deben conjurarse con una manera válida de anularlas. Si existe alguna posibilidad de salvar a nuestro pequeño, la aprovecharemos.

—Es muy difícil —sollozó la mujer.

—Tenemos que intentarlo —dijo él antes de besarle con devoción los nudillos y marcharse del salón.

Emberia se materializó junto a su amiga. Tenía el pulso acelerado, el corazón desbocado.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Yilda, intrigada—. ¿Estás bien?

—Algo fatigada. He tenido que emplear todas mis fuerzas para lanzar la maldición. Tendremos que esperar unos minutos y después marcharnos de aquí sin que nos vean.

Un grupo de hombres armados y enfundados en una armadura pasaron por su lado a un ritmo veloz. Ellas se ocultaron aún más entre las sombras del angosto callejón, ajustándose las túnicas que ocultaban su figura y, más importante todavía, sus alas.

—Parece que el rey ya se ha puesto en marcha —comentó Yilda en voz baja.

—Da igual. Haga lo que haga, no logrará salvar a su hijo. —Hizo una pausa—. Vamos, es hora de salir de aquí.

Anduvieron por las calles de la ciudad con cautela. Escondidas bajo aquellas gruesas ropas marrones, pocas personas posaban su mirada en ellas. Era importante que su rostro permaneciera oculto, ya que el semblante de un hada superaba en belleza al de cualquier humano y eso siempre llamaba la atención.

Caminaban con firmeza, procurando no despertar sospechas en los ciudadanos que, conscientes de que algo terrible había sucedido, miraban de soslayo a todo aquel que tenían a su alrededor, inquietos ante la posibilidad de que la forajida de la que se hablaba estuviera cerca.

—¡Están cerrando las puertas de la muralla! —exclamó Yilda, preocupada.

En cualquier otra situación, ambas podrían haber recurrido a sus habilidades mágicas para desaparecer y materializarse al otro lado, pero Emberia estaba exhausta después de toda la magia que había empleado. Necesitaba reponer fuerzas. Y aunque su amiga no tenía ningún tipo de impedimento, no podría teletransportarse sin más y aparecer de la nada en medio del camino que había al otro lado. Los guardias de las almenas suponían una amenaza demasiado grande.

Solo había una alternativa.

—No podemos quedarnos aquí todo el día —repuso Emberia—. En cuanto descubran que no hemos abandonado la ciudad, comenzará la caza de brujas. Y si dan conmigo, me obligarán a revertir el hechizo. No lo haría, claro está, aunque prefiero ahorrarme el mal trago. Además, tengo que volver a casa. Es peligroso, pero tengo que intentarlo por mi hija...

—Emberia —cortó Yilda—, lo sé. No tienes que darme explicaciones. Cuéntame qué tienes en mente y te ayudaré.

—No. Es mejor que tomemos caminos diferentes. Quédate aquí hasta que yo haya huido. Sobrevolaré la muralla y automáticamente todas las miradas estarán puestas en mí. Aprovecha ese momento para escapar sin que nadie te vea.

—Ni de broma. ¿Crees que después de haber llegado tan lejos voy a abandonarte?

—No seas necia, Yilda. ¡Pueden matarnos!

—Bueno, la alternativa de regresar a casa no me tienta demasiado. Lo que hemos hecho no está permitido, y la reina nos creará merecedoras de un castigo.

—Tú no has hecho nada; se lo haré saber.

—Te he ayudado.

Emberia ahogó un suspiro.

—¿Te arrepientes de haberlo hecho?

Los ojos rosados de Yilda brillaron con intensidad.

—No.

En ese instante, oyeron el atronador sonido de las puertas al cerrarse.

—Está bien, vete —accedió Yilda—. Haz lo que tengas que hacer y ten mucho cuidado. Te espero fuera.

Emberia asintió y se fundieron en un efusivo pero breve abrazo antes de separarse, un gesto poco habitual entre las de su raza.

El hada echó un vistazo a su alrededor y advirtió una escalinata de piedra que daba acceso a la parte alta de las almenas. Se armó de valor y caminó

hacia allí.

Un guardia custodiaba el primer peldaño.

—Disculpad —dijo ella con el tono más amable que fue capaz de fingir—, tengo información valiosa sobre la mujer a la que el rey está buscando.

El hombre la miró con desconfianza. Observaba las prendas holgadas como si intuyera que su función era esconder algo.

—Podéis acompañarme si lo deseáis.

—No será necesario. Dime a mí lo que sea que sepas y lárgate.

Emberia reprimió la ira que empezaba a subirle por la garganta. Era una reacción impropia de un ser como ella, pero últimamente había ido aprendiendo a dar rienda suelta a sus emociones más rebeldes.

Tenía que subir a las almenas. Prefería hacerlo pasando inadvertida, pero tarde o temprano acabarían dando con ella. Así que resultaba absurdo retrasar lo inevitable. Le dio un fuerte empujón al guardia y corrió escaleras arriba. Algunos hombres armados fijaron la vista en ella y se pusieron en posición de ataque, advertidos por los gritos del guardia al que Emberia había apartado de mala manera.

Dos soldados iban hacia ella con la espada en la mano.

El hada supo lo que tenía que hacer. Oteó el horizonte y a lo lejos, flanqueado por montañas, vio su hogar, una mancha verde en la distancia: el bosque de Álandor.

Se quitó la túnica y desplegó sus brillantes alas moradas.

—¡Es ella! —gritaron algunos.

Emberia se dejó caer al vacío. Planeó y esquivó varias flechas, pero pronto fueron demasiadas. Un aluvión de saetas se cernía sobre ella, y entonces un campo de fuerza detuvo su trayectoria, protegiendo así al hada, que aterrizó de forma aparatosa. Se giró mientras se incorporaba y vio a Yilda con las manos extendidas, manteniendo en pie el escudo que había alzado junto a ellas.

Su amiga había cruzado la muralla y, tal y como le había prometido, la había esperado.

—¡Vámonos! —instó.

El campo de fuerza permanecería en el aire durante unos segundos más, tiempo que ellas aprovecharían para huir. Agitaban sus alas como lo haría un gorrión y la velocidad que habían alcanzado era considerablemente alta.

Quizá lo lograsen.

Bajo una nieve incipiente, volaron sobre las llanuras que cercaban la ciudad en dirección al oeste, hacia su bosque.

Pronto oyeron los cascos de los caballos de su majestad a sus espaldas. Ninguna miró. En cuanto llegaran a un terreno donde la vegetación tuviera más presencia, conseguirían despistarles. Eran hadas, después de todo. La naturaleza siempre estaba de su parte.

Pero eso no llegó a ocurrir.

El silbido de una flecha la puso sobre aviso, pero no lo suficientemente pronto como para poder evitar su mordisco.

Emberia notó la punta atravesándole y quemándole la carne de la pierna, y luego otra destrozando sus alas. Un alarido de dolor escapó de sus labios. Cayó al suelo con estrépito.

—¡Emberia! —vociferó Yilda con horror.

Apenas podía moverse.

—Son de hierro —musitó Emberia—. La punta de las flechas es de hierro.

Yilda miró las heridas y comprobó que, en efecto, la piel del hada estaba chamuscada, cauterizada a causa de aquel infame material que para ellas era tan mortífero. Alzó la vista y contempló una hilera de caballería acercándose. En unos segundos las alcanzaría.

Emberia sabía que estaba condenada. La flecha que tenía incrustada en su espalda acabaría con su vida.

En el caso de que el rey llegara antes, la haría su prisionera y la sometería a torturas mucho peores. Eso no le entusiasmaba en absoluto. Cogió un pequeño frasco que llevaba sujeto al cinto y se lo acercó a los labios.

—Yilda —dijo con un hilo de voz—, cuida de Elvia. Y gracias.

—¡Emberia! ¡No!

Bebió y cayó al suelo. La luz de sus pupilas titiló hasta que fue apagándose poco a poco mientras la nieve caía armoniosamente desde el cielo y la sangre de la feérica se derramaba sobre la tierra.

Una última petición brotó de sus labios antes de que la vida le abandonase por completo:

—Vete.

Yilda estaba inmóvil, con los labios entreabiertos y los puños cerrados, pero no tardó en reaccionar y echar a correr con la cara arrasada por las lágrimas.

Unos segundos después, el rey y sus hombres llegaron al lugar donde descansaba el cuerpo de la extraordinaria criatura. Lo contemplaron entre fascinados y perturbados.

Vieron un pequeño recipiente de cristal en su mano derecha.

—Se ha quitado la vida —observó el capitán de la guardia.

El rey Saveiro apretó la mandíbula.

—Ya no importa, desplegaos y encontrad la maldita flor antes de que...

Su majestad enmudeció cuando un brillo dorado le llegó desde el suelo. El cuerpo inmóvil del hada emitía un potente resplandor. Se mantuvo así unos segundos y luego se convirtió en polvo reluciente que impregnó el aire y regó el suelo.

La muerte de un feérico siempre era algo digno de ver. Todos estaban callados, sobrecogidos. Pero el rey reaccionó rápido y recordó que el tiempo corría en su contra. Repitió las órdenes y se aseguró de que todos las cumplieran.

Los hombres se dispersaron en acción frenética, desesperados por encontrar el remedio al fatídico destino del príncipe.

Ninguno sospechaba que, no muy lejos de allí, en una de las celdas de los calabozos subterráneos de la ciudadela, una tímida primula morada había germinado entre las piedras mohosas del suelo. Su semilla había sido la lágrima de un hada atormentada que, estando encinta, había acudido en secreto a visitar a su amado encarcelado y sentenciado a morir por traición.

La flor era fuerte e irreverente, pero se marchitaría en cuanto el hielo del invierno devorara el lugar.

Moriría en la semioscuridad de las celdas, sola y sin que nadie la encontrara.

1

¿Te has vuelto loco?

El rey se moría.

Al menos eso era lo que muchos pensaban. Llevaba enfermo varias semanas, presa de terribles dolores de estómago y desfallecimientos puntuales. Los médicos aseguraban que se trataba de algo que había comido, tal vez carne en mal estado. El jefe de las cocinas ya estaba en los calabozos, como era de esperar.

La reina no podía cuidar de su esposo ni prestarle su apoyo, pues ella estaba peor. Hacía más de una década que se había vuelto loca. No era una locura enérgica ni caótica, sino sosegada. Genoveva pasaba los días y las noches en lo alto de un torreón del castillo, sentada frente a una ventana, contemplando la nada y sin hablar con nadie. Su hermana menor, *lady* Constanza Lagos, era quien se hacía cargo de ella y quien se ocupaba de sus tareas.

Aquella mañana, la mujer estaba junto a su cuñado, vigilándole, procurando que no le faltara de nada. Tejía tranquilamente mientras ponía en orden los pensamientos y las preocupaciones que se agolpaban en su mente.

Entonces, oyó la voz febril de su rey:

—Constanza —dijo él con un hilo de voz—, estás aquí.

Después de una larga noche de delirios y tos, el rey había recuperado el control de su propio cuerpo.

La mujer lo miró. Si la lucidez de su rey le alivió, nada en su rostro lo indicaba. Su expresión era, como de costumbre, hierática y comedida.

—Estoy aquí.

El rey sonrió tenuemente y recordó una vieja etapa de su vida, cuando él apenas tenía diecisiete años y le prometieron con la hija mayor de un

poderoso conde. La pequeña no era tan hermosa y despampanante, pero tenía una forma de moverse, una forma de llenar el ambiente y mirar todo lo que la rodeaba, que resultaba cautivadora. Y allí estaba ahora, con esos mismos ojos inquisitivos, ese porte regio, esa voluntad inquebrantable. El rey nunca la había visto derrumbarse ante nada.

—Creo que no me queda mucho —musitó.

—Tonterías. Os recuperaréis. Habéis pasado por cosas peores.

Saveiro asintió casi imperceptiblemente.

—Mi hijo será un gran rey. Mejor que yo. Aunque eso no es difícil.

La mujer bajó los párpados y contempló a su soberano con una mezcla de interés y reticencia.

—¿Por qué pensáis eso, majestad?

—Mi padre siempre decía que un hombre sabio no es el que no yerra nunca, sino el que es capaz de rectificar cuando sabe que lo ha hecho. Y a mí no me va a dar tiempo.

—Sean cuales sean los errores que creéis haber cometido, Saveiro, tendréis tiempo de solucionarlos más adelante, cuando sanéis.

—Querida, por favor, seamos realistas. No voy a salir de esta —murmuró antes de que un ataque de tos le interrumpiera—. No me quedo tranquilo si no hablamos de algunas cosas con seriedad. Me gustaría poder hacerlo con mi esposa, pero...

La mujer exhaló un largo suspiro.

—Está bien, decidme.

—Asegúrate de que en la coronación se cumplan todas las tradiciones de mi familia.

—Claro.

—Procúrale un buen esposo a Fidelia. Alguien que la respete, un hombre que pueda darle dignidad y que traiga honor a mi apellido.

—Por supuesto.

Constanza esperaba que su cuñado continuara hablando, pero no lo hizo. Sus ojos se perdieron en un océano de recuerdos que solo él podía ver.

La hermana de la reina carraspeó.

—¿Qué hay de Váldemar?

Saveiro parpadeó un instante, como si la sola mención de su hijo mayor le contrariara.

—Con él puedes hacer lo que creas conveniente. No importa.

Ella se quedó inmóvil, sin pestañear siquiera. La frialdad con la que el monarca hablaba de su hijo era casi despiadada, pero Constanza no se

escandalizó. Pese a que ella era una de las poquísimas personas capaces de querer a Váldemar al margen de su desdichada condición, conocía la naturaleza humana lo suficientemente bien como para aceptar que los demás no pudieran hacerlo.

Pero no todo era tan sencillo como tolerar o no hacerlo.

Su hermana quería a su primogénito. Es lo que hacían las madres, ¿no? Amar a sus hijos sin importar las circunstancias. Pero su hijo era un monstruo. Por eso ella había enloquecido. Y el amor que Constanza sentía por su hermana le hacía sufrir. Siempre fue su mayor apoyo, su mejor amiga. Y la había perdido.

Cuando Constanza alzó la vista de nuevo, descubrió que su cuñado se había abandonado al sueño. Quizá no volviera a despertar.

Resignada, contempló el paisaje que se extendía delante, al otro lado de la ventana. Su reino era hermoso, fértil y rico. En el horizonte, al pie de las montañas, se distinguía una pincelada de bosque difuminada en la lejanía.

En los cuidados y magníficos jardines de la residencia real, el menor de los tres hijos de su majestad caminaba distraídamente de un lado a otro. Estaba inquieto. No solo por la posibilidad de perder a su padre, sino por la perspectiva de convertirse en rey. Sí, porque aunque no era el primogénito, la responsabilidad de la corona recaía sobre él, y así había sido siempre.

—¡Félix! —La voz grave de su hermana le extrajo abruptamente de su ensimismamiento.

Giró sobre sus talones y la vio acercándose a él, con ropas más propias de hombre que de mujer y con el rostro un tanto sucio.

No era la primera vez que se encontraba con algo así y no contaba con que fuera la última.

—¿Has estado cabalgando de nuevo? —inquirió él.

—No, vengo de un baile en el palacio del conde de Baréis —ironizó ella—. ¿A ti qué te parece?

Fidelia era así, espontánea y cáustica. Incluso su gesto era agresivo.

—Ya te he dicho mil veces que no es adecuado que una princesa...

—Dedique su tiempo libre y de ocio a actividades propias de los hombres, lo sé. Y ahora que lo pienso, tú nunca solías preocuparte por esas cosas. ¿No es Váldemar el de los sermones?

—Váldemar no está aquí, y yo también soy tu hermano.

—Hermano pequeño.

—Por menos de dos horas. Pero no solo eso: en el futuro también seré tu rey.

Fidelia alzó sus tupidas y arqueadas cejas, y el brillo de la comprensión destelló en sus ojos verdosos.

—Oh, ya veo. Crees que padre va a morir y eso te hace pensar en tu ascenso al trono.

—¿Tú no estás preocupada?

El rostro de la princesa se ensombreció. Cuando su padre enfermó, asumió que se recuperaría en un par de noches, pero pasaron los días y nada cambiaba; al contrario, las cosas iban a peor. Ella había pasado algunas horas a su lado. Lo observaba mientras dormía y se preocupaba cuando empezaba a farfullar cosas que al principio eran inteligibles y luego parecían no tener sentido. Le había puesto paños húmedos en la cabeza para contrarrestar las fiebres, aunque nada de eso servía.

—Claro que sí, pero no creo que lloriquear por las esquinas sirva de nada —contestó mientras deshacía su recogido y permitía que su cabello rubio cayera alrededor de su rostro.

—Ah, ya, es mejor salir a montar a caballo.

—Ayuda a no pensar. Ahora calla y acompáñame.

Félix frunció el ceño.

—¿Adónde?

—Tú ven.

El príncipe siguió a su hermana hasta una esquina de los jardines. Ella se ocultó detrás de unos arbustos y empezó a quitarse la ropa. Félix lo supo porque vio caer a su lado las botas que la joven había llevado puestas.

—Bueno, cuéntame, ¿hay alguna novedad? ¿Han dicho algo los médicos?

—Si hubieras estado aquí, lo sabrías.

—Ah, deja esa faceta paternal a un lado, Félix; no te pega nada. Hasta ahora siempre hemos sido un equipo.

—Pero las cosas cambian, Deli. Ya no somos unos niños.

Entonces la princesa salió de su escondite con un atuendo distinto al que había llevado, un vestido de color rosa, de mangas largas y vaporosas.

—Dieciocho años no son tantos.

Empezaron a caminar.

—Los suficientes como para que ya tengamos que asumir responsabilidades.

—Bah, responsabilidades...

—Tienes suerte de ser el ojito derecho de padre. Cualquier princesa de tu edad estaría casada o comprometida a estas alturas.

—Ya lo sé.

Se hizo el silencio, un silencio que les recordó cuán grave era la situación. Félix no tenía prisa por gobernar, pues sabía que tarde o temprano acabaría haciéndolo. Prefería seguir siendo un príncipe y poder disfrutar de su padre un poco más.

Fidelia, por su parte, estaba mucho más asustada de lo que demostraba. Su padre y ella siempre habían tenido una relación muy estrecha. El rey Saveiro se tornaba dulce y permisivo cuando estaba a su lado. De hecho, por eso Fidelia no se había desposado todavía. El rey no quería perderla de vista tan pronto. Así que, si finalmente moría, no solo tendría que afrontar el dolor de una pérdida, sino que además tendría que lidiar con los consejeros del rey o con su tía. La condesa Constanza no era tan benevolente, no se podía apelar a sus sentimientos o a su compasión. Era decidida e implacable.

—Entonces, ¿qué dicen los médicos? —insistió la muchacha.

—No saben qué hacer. Han recurrido a todas las técnicas que conocen y nada surte efecto. Maese Lorens me ha dicho que todo lo que podemos hacer ahora es rezar y esperar.

La joven arrugó el entrecejo.

—¿Qué clase de solución es esa?

—Una bastante mediocre.

Fidelia miró a su hermano y distinguió en su expresión un matiz que conocía muy bien. Estaba cavilando.

—¿Se te ocurre algo?

Félix apretó la mandíbula.

—Así es, se me ocurre algo.

—¿Algo que puede ayudar a padre?

—En efecto.

—¿Y a qué esperas para decírmelo?

—Es algo que suscitaría mucha... controversia.

—Adoro la controversia. Dímelo.

—Creo que la ayuda que necesitamos está muy cerca de aquí. En el bosque Maravilla, concretamente.

Fidelia ahogó una exclamación.

—¿Pedirle ayuda a las hadas? ¿Te has vuelto loco?

—¿Y por qué no? Estoy convencido de que ellas pueden salvarle, y no voy a dejar que viejos rencores condenen la salud de nuestro padre.

—Él será el primero que se opondrá a que le curen.

—Por eso habrá que hacerlo cuando esté dormido.

—¿Y qué pasa con tía Constanza?

—Es la vida de su cuñado la que está en juego. Si existe alguna posibilidad de salvarle, debería ser la primera en acceder. Quizá también puedan ayudar a madre.

La princesa suspiró, pensativa. Tenía razón, las hadas poseían habilidades muy útiles, en especial si se trataba de preservar una vida. Pero no siempre estaban dispuestas a ayudar. La historia ya se lo había demostrado.

—¿Y si la corte iridiscente se niega a colaborar? Recuerda que la última vez que nuestra familia les pidió ayuda, su reina nos la denegó. Y nuestro abuelo murió.

—Parece que la historia se repite, desde luego. No importa, tenemos que intentarlo. Iré yo en persona a rogar su ayuda. Me adentraré en el bosque Maravilla y solicitaré hablar con su reina, la cual, por cierto, no es la misma que se negó a sanar a nuestro abuelo.

—Eso podría suponer una diferencia... —asintió ella—. Quiero ir contigo.

—No. La ausencia de ambos sería demasiado llamativa. Debes quedarte en el castillo y hacerle compañía a padre.

—Pero...

—Deli, esto es algo que debo hacer yo.

—Pero, si vamos los dos, la petición resultará más convincente. No corras riesgos, agota todas las opciones. Además, creo que la presencia de una mujer puede inspirarles simpatía.

El joven reflexionó y se dio cuenta de que tal vez su hermana estuviera en lo cierto. Así que, finalmente, cedió.

—¿Qué hay de Váldemar? —continuó la joven—. ¿Se lo decimos?

Félix hizo una mueca.

—No lo sé. Me gustaría mucho contar con su apoyo, pero no estará de acuerdo.

—Tampoco podemos culparle.

—Lo sé, lo sé. Habrá que ser discretos. No nos conviene llamar la atención.

—¿Te refieres a que tenemos que burlar a los guardias, usar ropa especial para pasar inadvertidos y abandonar nuestro hogar sin que nadie se entere de nuestras intenciones?

—Exacto. Es complicado.

Fidelia le pasó un brazo por los hombros al príncipe, luciendo una sonrisa de suficiencia.

—Hermano mío, qué suerte tienes de tenerme.

2

Lealtad castigada

En Álandor, conocido por quienes no vivían allí como el bosque Maravilla, habitaban toda clase de criaturas, algunas con más poder que otras. Uno podía encontrar centauros, duendes, sátiros, gnomos y, en definitiva, seres extraños y con aptitudes mágicas, pero ninguno de ellos era más poderoso que las hadas.

Ellas eran las encargadas de guiar a los demás, de decidir cómo se hacían las cosas y cómo funcionaba su sociedad. Sus habilidades, sus dones, eran superiores a los de cualquier otra criatura de los bosques. Hacía milenios que los feéricos creían firmemente que las hadas eran las elegidas por la Naturaleza para cuidar el mundo.

Álandor era un enorme y frondoso bosque que se extendía en las inmediaciones del reino humano de Myrendul. Al igual que en los territorios vecinos, también allí existía una jerarquía. Sibyl de Primavera era la reina de las hadas, pero su mandato estaba siendo uno de los más infructuosos que los feéricos podían recordar, pues el reino humano al que pertenecían les había prohibido llevar a cabo sus tareas. Cuando el invierno llegaba, las plantas morían, las aguas se helaban, los árboles perdían su vestido, y era natural, pero la primavera siempre se retrasaba, todo porque las hadas no estaban para facilitar la llegada de las flores y el renacer de la tierra.

La mayoría de los reyes de los hombres consideraban imprescindibles sus servicios y se aseguraban de que las relaciones entre humanos y feéricos fueran sólidas, pero el caso de Myrendul y los habitantes de Álandor era distinto. Hacía varias décadas que las cosas se habían enfriado. Entre las hadas podía percibirse la frustración. Sentían que estaban atrapadas en su propio bosque, recluidas.

Una de ellas estaba pensando en esto mientras descansaba tumbada sobre la hierba junto a aquel sauce que conocía tan bien. Aquella no era una zona transitada, lo que satisfacía a la joven, que apreciaba mucho los momentos de soledad. Se incorporó y batió un segundo sus alas azules para desentumecerlas. Dejó que sus piernas colgaran junto al precipicio y contempló la extensión de árboles, colinas y cascadas que tenía a sus pies.

—Es hermoso —dijo una voz a su lado; una femenina proveniente de un árbol.

Ella suspiró con el principio de una sonrisa en sus labios.

—Sí que lo es.

—Te veo más distraída de lo habitual, Elvia.

Ella suspiró.

—Hoy ha vuelto a haber quejas. Un grupo de hadas quiere irse al norte, buscar un nuevo hogar con mejores oportunidades. Dicen que no aguantan más aquí, que su esencia se está marchitando.

Elvia pudo percibir cómo el sauce se estremecía. Se volvió hacia él y encontró un rostro oculto en la corteza, una cara sin color y sin el cuerpo que le correspondía. A pesar de todo, sus rasgos seguían siendo hermosos.

—En el norte hay guerras —apuntó—. Pero supongo que no les importa. La sensación de encierro es algo que las de nuestra especie soportan a duras penas. Yo lo sé mejor que nadie.

Elvia desvió la mirada.

—Yilda —empezó—, ¿te arrepientes alguna vez de haber ayudado a mi madre?

El hada atrapada en el árbol sonrió.

—No. Hubiera sido peor negarle mi ayuda y perder así su amistad. O haber permitido que fuera sola a la ciudad. Porque, como ya sabes, no regresó jamás, y yo me habría pasado la vida entera preguntándome si las cosas hubieran podido ser diferentes si la hubiera acompañado. Eso sí sería una tortura, pero esto, estar atrapada en este árbol... Bueno, tengo unas vistas estupendas.

Elvia esbozó una sonrisa, aunque en el fondo se sentía triste.

—La reina no fue justa contigo. No desobedeciste a nadie, no quebrantaste ninguna ley... Solo le fuiste leal a una amiga. —Elvia se pasó una mano por su cabello castaño y trató de tranquilizarse. Aquel tema siempre le alteraba.

—Y qué amiga —repuso Yilda en tono soñador—. Siempre la admiré mucho. Pese a ser miembro del Círculo, ella era muy distinta, y yo le

inspiraba tanta confianza que me contaba todo lo que le rondaba la mente. Y a mí me gustaba escucharlo porque, aunque no compartía sus inquietudes, lograba transmitírmelas. Sus sentimientos hablaban muy alto.

—¿Qué te contaba?

—Se preguntaba cómo sería que te amaran sin reservas; con ansia y pasión. Y un día, simplemente, lo averiguó. Solo un humano podía darle aquello y supo que no quería renunciar a eso. Era valiente, Elvia. Muy valiente. Los dos lo eran.

La joven sentía curiosidad por su padre, pero al mismo tiempo le daba miedo preguntar. Era un aspecto de su existencia que despertaba pensamientos y emociones contradictorios.

—Me alegra tenerte para que me hables de estas cosas —confesó.

—Y yo me alegro de que me hagas compañía. En fin, dejemos de dramatizar —prosiguió Yilda—. Cuéntame cómo van las cosas en la corte iridiscente. Entra en detalles.

—Norcia ha vuelto a decirle a su majestad que es demasiado permisiva, que su benevolencia raya la estupidez.

—Norcia siempre tan diplomática. Aunque quizá tenga algo de razón.

—Yo no pienso que Sibyl sea benevolente. No lo fue contigo.

—Pero sí contigo, Elvia. Algo que no podemos decir de las demás.

—Lo sé.

Los sentimientos que Elvia le profesaba a su reina eran discordantes. Por un lado, Sibyl había sentenciado a Yilda a permanecer atrapada en el interior de ese árbol para siempre, todo porque esta quiso ayudar a su madre a vengar la muerte de su amado.

Pero también había sido su mentora, alguien que la había tratado con respeto a pesar de su condición de mestiza. La única que siempre había ignorado la mezcla antinatural de sangre que corría por sus venas. La había ignorado de verdad.

«Tuve que hacerlo —explicó la reina la primera vez que Elvia le preguntó por qué el castigo de Yilda era el que era—. Tuve que hacerlo porque, de lo contrario, el rey Saveiro nos habría presionado para que se la entregáramos y su justicia se habría encargado de darle el merecido que ellos consideraban adecuado. Y créeme, hubiera sido mucho peor que vivir en un árbol».

Las hadas más inconformistas e impetuosas deseaban saber por qué a su soberana le condicionaba tanto lo que pudiera hacer el rey Saveiro. Muchas habían hablado de aquel tema con Sibyl sin ninguna clase de reparo.

«No puedo enfrentarme a los humanos. Desafiarles supondría despertar sus ganas de acabar con nosotras, lo que conduciría a una guerra que no estoy dispuesta a fomentar. Debemos ser pacientes y confiar en que las cosas mejoren por sí solas».

Eso era lo que siempre decía. Sonaba muy razonable, pero la razón no aplaca las llamas del corazón ni sana sus heridas. Las hadas seguían descontentas, frustradas por no poder recorrer el reino a sus anchas. Las que lo habían intentado no regresaban y, si lo hacían, no era en perfectas condiciones.

El rey de los humanos, Saveiro Terrafil, detestaba a los feéricos, en especial a las hadas, y así había sido desde que era solo un muchacho.

—Me pregunto si la reina Finoa era consciente de las consecuencias cuando decidió dejar morir al rey Adelfo.

—Ninguna lo éramos.

Elvia frunció el ceño.

—Nunca me has contado cómo lo viviste tú.

Yilda reprimió una carcajada.

—Porque hasta ahora no has tenido la necesidad de preguntar. Las nuevas generaciones conocen esa historia desde que tienen uso de razón.

—Cierto. Soy incapaz de recordar la primera vez que me la contaron. Pero me gustaría oír tu versión.

—Fue hace más de treinta años, pero no lo he olvidado. El rey Adelfo se moría. Nunca había llevado una vida demasiado saludable, para ser justos. Comía y bebía sin control y apenas ejercitaba su cuerpo. A diferencia de la mayoría de monarcas, él aborrecía la caza; quizá porque no era muy diestro en ella. Cuando tenía treinta y siete años, su cuerpo no pudo más y cayó terriblemente enfermo, así que nos pidieron ayuda a nosotras.

»Por aquel entonces, la reina de Álandor era Finoa de Verano. A mí me parecía una persona demasiado agria, pero era magnífica a la hora de hacer crecer las flores, suavizar las lluvias o derretir las nieves. Su armonía con la naturaleza parecía mayor que la de cualquiera de nosotras, y por eso era la reina.

»Cuando le pidieron ayuda para salvar al rey, ella estaba ya en el ocaso de su vida y todas lo sabíamos. Los años endurecieron su carácter. Dijo que no podía interponerse en el camino de la naturaleza, que el destino de aquel hombre estaba sellado y ella no era nadie para desafiar esos designios divinos. Así que las hadas nos mantuvimos al margen y el rey falleció.

»Su hijo y heredero, Saveiro, transformó la tristeza en rabia. Proyectó su ira sobre nosotras, y lo primero que hizo cuando se convirtió en rey fue romper las relaciones entre los humanos y la corte iridiscente. A pesar de tener solo diecisiete años, fue muy contundente y no dio su brazo a torcer. Nos prohibió salir del bosque y entablar cualquier tipo de relación con sus súbditos. De pronto, las hadas nos vimos despojadas de todos los deberes que teníamos para con esta tierra. Recuerdo que una mañana me levanté y pregunté si habían venido hadas nuevas al bosque, hadas de otros reinos, porque me parecía que nuestro hogar estaba más concurrido de lo habitual. Pero no. Lo que ocurría era que las hadas que habitualmente salían al amanecer para recoger el rocío de las plantas estaban allí. Igual que las que cuidaban de las flores o las que ayudaban a animales que se veían en apuros, o las que viajaban hasta las costas para cuidar del mar. Todas estaban allí porque ya no tenían nada que hacer.

»Poco después, Finoa murió y Sibyl asumió el mando. Y hasta hoy.

Sí, la historia era la misma que le habían contado siempre. La historia que explicaba por qué las hadas de Myrendul vivían como vivían.

—¿Por qué crees que Finoa se comportó de aquella manera?

—No lo sé. Tal vez porque consideraba que la muerte es una parte más de la vida y no algo que evitar. Al menos, las personas que la conocieron mejor dicen que fue por eso. Pero ya no importa.

Se hizo el silencio y la brisa acarició la suave tez de Elvia, que miró cómo una bandada de pájaros surcaba los cielos. Hubiera querido unirse a ellos. En ese momento, ante sus ojos y desde el acantilado, apareció un hada de melena corta del color del cielo, con unos ojos lilas cuya tonalidad se repetía en sus alas.

—¡Alanys! —saludó Elvia—, ¿qué ocurre?

Le sorprendía verla allí. Aquel era su santuario, un lugar al que nunca iba nadie más que ella.

—Tienes que venir. Han avistado a los príncipes en la linde del bosque. Parece que pretenden reunirse con nosotras.

Elvia se puso en pie de inmediato.

—¿Cómo? No puede ser.

—¡Que sí! Venga, vamos.

Elvia avanzó unos pasos, aunque se detuvo antes de saltar al vacío. Miró hacia atrás y advirtió que el rostro de Yilda ya no estaba en el tronco.

Se giró hacia su amiga, se dejó caer y desplegó sus alas antes de volar hacia el corazón del bosque.

3

La corte iridiscente

—Esto ha sido una buena idea, ¿verdad?

Caminando por el Bosque Maravilla, los dos hermanos seguían a un hada que les había interceptado al adentrarse en la espesura. Les había preguntado qué querían y, al identificarse y pedir ver a la reina Sibyl, aquella hermosa criatura se había ofrecido a guiarles hasta la corte iridiscente.

—¿Te estás echando atrás? —dijo Fidelia—. Por favor, Félix. Claro que es una buena idea. Tenemos que intentarlo.

—¿Puedo preguntar qué os ha traído por aquí? —interrumpió la feérica—. Quizá si me lo contáis pueda deciros si venir ha sido buena idea o no.

El hada se había presentado como Arlen de Otoño y empleaba un tono algo mordaz.

—Preferimos hablar directamente con la reina, gracias —repuso Fidelia sin dejarse intimidar por la mirada inquisitiva de su guía.

Caminaron durante unos minutos más y los dos hermanos sintieron que se quedaban sin aliento frente a las maravillas que vieron allí: árboles de estructuras enrevesadas pero extrañamente hermosas, flores de colores imposibles, pájaros que cantaban de una manera única e irrepetible, aguas brillantes con destellos coloridos...

También se cruzaron con un centauro y dos duendes, y ambas criaturas lograron dejarlos boquiabiertos. Los guardias de palacio que les acompañaban para garantizar su seguridad eran, normalmente, muy inexpresivos, pero en esa ocasión tampoco pudieron ocultar su asombro.

—Ahí está —anunció Arlen cuando llegaron a una enorme explanada rodeada por los árboles más altos que habían visto jamás—. El Árbol Madre.

Aquel árbol era extraordinario. Su tamaño resultaba impresionante, pues era más grande que cualquier templo o castillo construido por el hombre. En su tronco había docenas de huecos en los que parecía que vivía gente. De sus ramas colgaban hojas que parecían de metal por el reflejo que desprendían. Las había de color rosa, violeta, azul y plateado. ¿Era por eso por lo que a aquel lugar lo llamaban la corte iridiscente?

Pronto descubrirían que no.

Una multitudinaria congregación de hadas les aguardaba, contemplándoles con cautela.

Elvia estaba atenta a todo lo que ocurría. Estudió con atención a los príncipes, con sus facciones semejantes, sus ropas lujosas y su porte regio. ¿Qué pretendían? Todo el mundo ardía en deseos de saberlo, por eso nadie perdía detalle.

La noticia sobre aquella inesperada visita había recorrido el bosque en cuestión de minutos. Duendecillos, centauros, sátiros y otras criaturas residentes en las inmediaciones de la Corte se habían acercado también.

Una mujer apareció ante ellos, y todas las cabezas se inclinaron. La recién llegada tenía el cabello rubio; los ojos, ambarinos, y las alas y el vestido eran dorados. Había un grupo de cuatro hadas en cada flanco, y todas vestían colores distintos. Los colores del arcoíris, excepto una que lucía el plateado. Encararon a los príncipes.

—Arlen —llamó Sibyl—, ¿qué nos traes?

Lo decía como si no supiera quiénes eran los recién llegados, pero la comitiva que les había estado esperando junto al Árbol Madre era tal que resultaba imposible creer que nadie se hubiera enterado de su presencia e identidad antes de que los dos muchachos llegaran allí.

—Félix y Fidelia Terrafil. Hijos del rey Saveiro y, por ende, príncipes de Myrendul.

Un susurro ahogado recorrió las bocas de los presentes.

Arlen se hizo a un lado y Félix avanzó.

—Majestad —dijo, y se arrodilló ante ella—. Pido perdón si mi presencia y la de mi hermana os molestan, pero creí necesario acudir a vos.

Fidelia sonrió. Le gustaba ver cómo su hermano, a pesar de albergar ciertas dudas, conseguía hacerse cargo de la situación con una facilidad que parecía innata.

Sibyl alzó una ceja y se acercó a ellos.

—¿Con qué propósito? —preguntó con amabilidad.

—Necesito vuestra ayuda. Mi padre se está muriendo.

Esta vez, un estallido de comentarios brotó a su alrededor. Ningún miembro de la corte iridiscente estaba al tanto de la salud del rey. Antaño aquella información era algo a lo que accedían rápidamente, pero la inexistente relación entre el pueblo feérico y el humano traía consigo consecuencias como aquella.

—¿Enfermo?

—Así es. Creemos que comió algo en mal estado. Es habitual que los alimentos se malogren en verano.

—Antes no era tan habitual —cortó un hada que no había hablado hasta entonces. Se trataba de una de las ocho acompañantes de la reina—. Antes, cuando las hadas podíamos hacernos cargo de vuestras tierras, no había tantas enfermedades ni páramos yermos. Muchas cosas eran distintas.

Sibyl alzó una mano.

—No estamos discutiendo eso ahora, Kendra —le reprochó su reina—. Proseguid, muchacho.

Félix tragó saliva.

—Quisiéramos que vos le ayudarais. Sabemos que poseéis las habilidades necesarias. Por favor, no le dejéis morir.

—Vaya, parece que la historia se repite —murmuró la soberana de la corte iridiscente tras un breve silencio—. ¿Cuánto hace que está enfermo?

—Bastante —respondió Fidelia, adelantándose a su hermano—, por eso necesitamos que lo hagáis cuanto antes. No le queda mucho.

—¿Os ha enviado alguien?

—No —contestó el príncipe—. La propuesta de pedir os ayuda no hubiera gozado de popularidad, majestad.

—Puedo imaginarlo. Entonces, ¿qué sugerís? ¿Que envíe a unas cuantas de mis hadas al castillo para que sanen a vuestro padre? ¿El mismo hombre que prácticamente nos desterró y que siempre nos ha despreciado?

Félix tensó la mandíbula.

—Tendríais la eterna gratitud del futuro rey.

Por el tono agarrotado de su voz, resultaba evidente que la situación era difícil para él. No tenía problemas en pedir ayuda, pero tampoco quería suplicar más de la cuenta.

—¿Y qué me garantiza que cuando mis compañeras vayan a vuestro castillo volverán sin que les ocurra nada? La última vez que un hada pisó vuestro hogar, la mataron por orden del rey.

Elvia, oculta entre la multitud, sintió cómo algunas miradas se posaban ella. Pero estaba acostumbrada a llamar la atención, por lo que eso no le afectó más que el vuelco que le dio el corazón cuando oyó que mencionaban a su madre.

Fidelia, que tenía que esforzarse por mantener las formas, se dejó llevar y respondió:

—La última vez que un hada pisó nuestro hogar, lo hizo para condenar a mi hermano a una vida maldita, repleta de noches angustiosas no solo para él, sino para todos los que estamos a su lado, así que sí, se le dio muerte. Esa es la pena por alta traición a la corona.

Elvia cerró los párpados y agachó la cabeza. La voz de la princesa tenía un timbre de resentimiento y sus ojos, una chispa de cólera. Ambas cosas estaban justificadas.

Sibyl apenas se inmutó.

—Tenéis razón, princesa. Pero contestad a mi pregunta: ¿es seguro para mi gente ir a vuestro castillo?

Félix no dudó:

—Os doy mi palabra, majestad. Si devolvéis la salud a mi padre, juro que no sufriréis ningún daño, ni vos ni ninguna de vuestras súbditas.

—¿Y si el rey se niega a recibir nuestra ayuda? No sería extraño que lo hiciera.

—Apenas es consciente de nada de lo que le rodea. Se pasa el día durmiendo o delirando.

Sibyl tomó aire y se llevó una mano a los labios, pensativa. Aquella pausa hizo que la inquietud de los demás se intensificara. ¿Cuál iba a ser la respuesta? Las hadas del Círculo miraban expectantes a su líder, esperando a que esta se volviera hacia ellas para contar con su opinión. Pero no lo hizo.

—No sé si lo que os ha guiado hasta mí ha sido valentía o desesperación, pero, en cualquier caso, no importa. Lo único relevante es que habéis venido hasta aquí con buena voluntad y eso supone un acercamiento entre nuestros pueblos. Yo misma iré al castillo y haré todo lo que esté en mi mano para que vuestro padre se reponga.

Una sonrisa se abrió paso por el rostro de Félix.

—Os estaré siempre agradecido, majestad.

—Espero que no lo olvidéis cuando ascendáis al trono y tengáis que decidir entre seguir los pasos de vuestro padre o hacer lo que realmente debéis hacer por el bien de vuestro reino.

El joven se mantuvo erguido.

—Quizá no estuvo muy acertado cuando declaró non grata la presencia de vuestras congéneres en mi tierra, pero mi padre es un buen hombre, majestad, y un gran soberano.

—Habláis de él con devoción y cariño, justo lo que un hijo tiene que hacer. Pero no evitéis la cuestión. Cuando seáis rey, ¿qué trato os merecerán los feéricos?

Aquella era una pregunta difícil de responder. Probablemente el rey Saveiro contaba con que su hijo mantuviera las cosas tal cual las había dejado. Pero, aunque Félix admiraba y respetaba a su padre, también tenía ideas y pensamientos propios.

—Soy partidario de la paz entre ambos bandos. Es más, si accedéis, empezaré a trabajar por la paz entre nuestros reinos hoy mismo. No tenemos por qué esperar a que muera mi padre.

Sibyl se acercó un poco más a él.

—Entonces, ¿no compartís su postura?

—Fue vuestra antecesora la que dejó morir a mi abuelo, majestad, no vos. Y yo no conocí a mi abuelo.

—Pero conocéis a vuestro hermano. Váldemar, creo que se llama. Padece un terrible castigo infligido por una de las nuestras, como bien nos ha recordado la princesa. ¿Qué tenéis que decir a eso?

Félix apretó la mandíbula.

—No juzgaré a todo un colectivo por los actos que cometió un solo individuo.

De nuevo, desde donde estaba, Elvia sintió que se le endurecía el corazón. Su madre era recordada como un ser despreciable tanto entre hadas como entre humanos.

—Sabias palabras, joven príncipe. Muy bien, haré lo que me pedís. Después de todo, ni yo soy Finoa ni vos sois Saveiro.

4

Aura enigmática

Parecía que las cosas iban a cambiar. Todo el mundo hablaba de ello.

En una hora, una comitiva de cinco hadas marcharía hacia la ciudad guiada por los príncipes, que aguardaban pacientemente junto a un árbol. No dejaban de observar lo que había a su alrededor, fascinados.

—Hoy nos habéis sorprendido a todas, altezas —les dijo un hada de cabellos violáceos y facciones afiladas. Su belleza era tan inusual que los dos se quedaron mirándola con asombro.

—Bueno —dijo Félix—, hemos hecho lo que consideramos mejor.

—Ya veo —murmuró ella, y clavó su mirada cristalina en Fidelia. Sus ojos eran como dos flechas. La princesa tragó saliva—. Me llamo Eileen, por cierto.

La muchacha carraspeó.

—Encantada —dijo en un susurro, todavía cohibida por la abrumadora presencia de aquella enigmática criatura. Todas las hadas eran especiales y mágicas a su manera, pero esta lo era de un modo distinto.

Sus labios se ensancharon en una hipnótica sonrisa.

—Espero que volvamos a coincidir —se despidió antes de inclinar respetuosamente la cabeza y alejarse.

Fidelia todavía estaba contemplando sus alas, de una extraña tonalidad amarilla y verdosa, cuando su hermano le tocó el codo con suavidad.

—Eh —la llamó—, ¿qué te pasa?

—¿No te ha parecido rara?

Él se encogió de hombros.

—No sé... No más que las otras, supongo.

—Aquí todo es extraño.

—Pero atrayente, ¿no? Es posible que sea esta misma percepción la causante de la reticencia de quienes desconfían de las hadas.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a que son tan... enigmáticas, si quieres llamarlo así, que inspiran sentimientos contradictorios en las mentes sencillas.

—Sencillas... Es un buen eufemismo.

—Puede que las de todos los humanos lo sean.

—Y en algunos casos es más evidente, ¿no? Por ejemplo, en Teobaldo.

—Sí —afirmó el príncipe—. Él desprecia a las hadas por lo que son en esencia. Posiblemente la confusión que le generan sea más fuerte que su razón.

—Esto me recuerda a los debates filosóficos que solíamos tener con el preceptor para pulir nuestra retórica.

—Era divertido.

—A ti te gustaba. Yo lo aborrecía un poco.

—Porque siempre salías perdiendo.

Fidelia puso los ojos en blanco y reprimió una sonrisa; sin embargo, no le replicó, ya que llevaba la razón. Félix era bueno con las palabras y podía desarmar a casi cualquiera, independientemente de los buenos argumentos que tuviera.

Aunque necesitarían algo más que su elocuencia para lidiar con lo que estaba a punto de pasar.

5

Vorkiesh

Elvia se debatía entre solicitar a la reina que le permitiera ir con ella o no. Por un lado, ansiaba ver el castillo, la ciudad. ¿Cómo vivían los humanos? Y más importante todavía, ¿cómo eran? A lo largo de su vida había visto muy pocos. Pero eran una parte esencial de su existencia. Incomprensiblemente, su madre se había enamorado de uno de ellos. Y fruto de ese amor había nacido ella. La joven mestiza se miró las manos y se imaginó la sangre corriendo bajo la piel. Siempre pensaba en sí misma como un hada, pero era muy consciente de que aquel no era el término correcto.

Mestiza.

Eso es lo que era.

Se podía advertir en muchas cosas.

Sus orejas no eran puntiagudas. Sus facciones no resultaban ni tan bellas ni tan armoniosas como las de la mayoría de sus compañeras. Su piel tenía algún que otro lunar... Y había más detalles que la delataban. Lo peor hubiera sido nacer sin alas, pero, por suerte, las tenía. Grandes, azules y brillantes.

Se armó de valor y se dirigió hacia una gigantesca pared rocosa que pertenecía a una montaña y que gozaba de una intrincada red de túneles y cuevas en el interior. Eran sorprendentemente luminosas gracias a una serie de orificios muy bien distribuidos. Dentro se podían encontrar desde plantas y árboles hasta pequeños lagos de agua templada.

Elvia avanzó entre las galerías hasta que llegó al lugar donde sabía que hallaría a la reina. Se trataba de una enorme cavidad de techos ovalados, con un boquete de varios metros de ancho y un par de largo a través del cual podían observar el Árbol Madre y parte de Álandor.

Era allí donde el Círculo se reunía. Las nueve hadas con más poder del bosque. Cuando Elvia llegó, ellas estaban saliendo. La última en hacerlo fue Norcia de Invierno, luciendo su espléndido vestido plateado y sus alas del mismo color. Tenía el cabello azul noche y los ojos emulaban las profundidades de un océano inexplorado. A pesar de su angelical rostro, poseía una lengua viperina y un carácter implacable.

—Vaya —comentó al ver a Elvia—, justo cuando pensaba que el día no podía empeorar.

Elvia ni siquiera la miró.

—No pienses demasiado o te harás daño —replicó, tratando de abrirse paso.

Norcia la agarró con fuerza del antebrazo, clavándole las uñas.

—Ten cuidado, *vorkiesh*. Un día yo seré tu reina y no te conviene enemistarte conmigo.

Elvia no se achantó. Nunca lo hacía. La miró a la cara.

—Estamos enemistadas desde que nací. A tus ojos soy una *vorkiesh*, y ni todo el cuidado del mundo cambiará eso. No tengo mucho que perder.

Norcia la soltó y permaneció muda, aunque continuó mirándola con unos ojos que destilaban veneno.

La reina Sibyl, que había oído la disputa, se acercó a ellas.

—Norcia, márchate.

El hada miró a su reina e hizo una breve reverencia antes de darles la espalda a ambas.

Sibyl miró a Elvia con su habitual semblante calmado.

—Perdónala. Ya sabes cómo es.

—Sí, sé cómo es. Le encanta recordarme que algún día será reina, y estoy segura de que lo primero que hará será desterrarme.

—Confiemos en que cambie antes de que le coloquen la tiara sobre la cabeza.

—No lo hará. Sé que falta más de un siglo para ello, pero no lo hará.

Sibyl torció las comisuras de sus labios.

—Las hadas más poderosas son las que se convierten en reinas. Pero las más poderosas no son siempre las más sabias. Tampoco a mí me seduce la idea, Elvia. Así que estoy haciendo todo lo posible por convertirla en un hada mejor.

Aquello no era un consuelo. Entre las hadas había muchas que la despreciaban por ser mestiza, pero al menos intentaban disimular su desdén. Norcia no. Norcia la odiaba abiertamente. Consideraba que su mera existencia

atentaba contra la esencia de todos los feéricos. Ella era un accidente, un error, y no se cansaba de recordárselo.

En ocasiones, Elvia se preguntaba si no tendría razón.

—Pensándolo bien —dijo—, quizá ya esté muerta para entonces.

—Es posible —admitió la reina. Las hadas eran mucho más longevas que los humanos; tanto que estos las consideraron inmortales durante muchos años. Pero cabía la posibilidad de que Elvia no hubiera heredado esa cualidad—. Acabaremos sabiéndolo tarde o temprano, querida. De momento, no pienses en ello. En todo caso, ¿querías preguntarme algo?

—Sí —respondió la joven—. Me gustaría acudir con vos al castillo.

Sibyl frunció el entrecejo.

—¿Y eso por qué?

—Quiero ver cómo es.

La reina entornó los ojos y en ellos destelló el brillo de la comprensión.

—Entiendo que sientas curiosidad por los humanos. Son la mitad de ti. Pero me temo que no sería muy prudente. Allí tendré que lidiar no solo con el rey, sino también con su primogénito. El muchacho al que tu madre condenó de por vida.

—El príncipe Váldemar —musitó Elvia.

—Así es. Es la oportunidad perfecta para recuperar la paz, y tu presencia allí sería un recordatorio de todo lo que ha ocurrido entre nuestros pueblos. Lo siento, pero no es buena idea. Tal vez en otra ocasión.

Elvia asintió e inclinó la cabeza en señal de obediencia.

—Lo comprendo.

Giró sobre sus talones, dispuesta a abandonar la estancia.

—Elvia —llamó Sibyl.

Pero ella no se detuvo.

6

Un favor

Entraron por la puerta este de la muralla que rodeaba la capital. Era de uso exclusivo de la familia real, pues daba directamente a los jardines del castillo. No era conveniente que los ciudadanos vieran a la comitiva feérica paseándose entre sus viviendas, pese a ir guiada por los príncipes.

Dentro de la residencia real ya no pudieron pasar inadvertidas. Iban ataviadas con sus ligeros y vaporosos vestidos brillantes, alzando sus alas con orgullo, así como las variopintas tonalidades de sus cabellos, ojos y uñas. El servicio del castillo se quedó boquiabierto, incluso acudieron varios miembros de la guardia, listos para enzarzarse en la lucha, para echar o apresar a aquellas indeseables, pero Félix puso orden rápidamente. Mientras su padre siguiera convaleciente, su autoridad era incuestionable.

El capitán de la guardia acudió a su encuentro.

Bélicar Caiss era un hombre leal a su majestad y muy diestro en el manejo de la espada, avisado y prudente.

—Alteza —dijo una vez que estuvo frente a Félix, incapaz de apartar la mirada de las hermosas criaturas—, no se me ha informado de esto.

—Ni a vos ni a nadie, *lord* Caiss. Y ahora, si nos disculpáis, debemos ir a ver a su majestad. Han venido para sanarle.

El capitán se quedó boquiabierto, pero no permitió que la sorpresa le paralizara. Ante la delicada situación, consideró necesario escoltar al grupo hasta los aposentos del rey, quien nunca se encontraba solo, por lo que los dos hermanos ya suponían que iban a toparse con alguien. Lo único que esperaban era que ese alguien no fuera su tía... No tuvieron suerte.

Constanza Lagos alzó una ceja cuando los vio entrar y se quedó quieta y con los labios apretados. Tenía un rostro muy dulce en contraste con su

carácter, pero rara vez sonreía. Su piel estaba marcada por unas suaves pecas sobre la nariz pequeña, y su cabello rojo como el fuego siempre estaba recogido.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

—Hemos traído ayuda para nuestro padre —declaró Fidelia.

—¿Ayuda? No, queridos, estáis violando leyes muy claras. Pero, después de todo, alteza —dijo, mirando a su sobrino—, tú eres el príncipe y heredero legítimo de la corona. Supongo que no podemos replicar.

—No lo he hecho con la intención de despreciar las normas, sino con el propósito de salvar a mi padre, nuestro rey.

El príncipe se hizo a un lado y dejó que Sibyl avanzara para que la presentaran.

—Esta es la reina Sibyl de Primavera, soberana de Álandor y protectora de la Tierra.

—Bonitos títulos —comentó Constanza con cierta indiferencia—. Es un honor, majestad.

—El gusto es mío.

Inclinaron la cabeza la una frente a la otra de forma respetuosa y cordial, manteniendo las distancias.

—Muy bien —dijo la mujer—. Adelante, pues. Espero que no frustréis las esperanzas que mis sobrinos han depositado en vosotras como ocurrió la última vez que solicitamos que salvarais la vida de nuestro monarca.

Sibyl miró a Constanza a los ojos.

—Eso fue hace mucho tiempo, mi señora. Las cosas han cambiado desde entonces.

No intercambiaron más palabras. La reina de las hadas y su séquito rodearon el lecho del rey agonizante y le examinaron con atención mientras su familia miraba. Extendieron las manos sobre él y un tenue resplandor empezó a desprenderse de sus dedos.

Los tres humanos contemplaron la escena con un innegable interés. Eran unas criaturas cautivadoras en todos los sentidos.

Félix se percató de que el color de sus uñas solía coincidir con el de su cabello. Además, sus ropas también eran fascinantes. Enseñaban mucha piel, sobre todo las piernas y los brazos, pues eran vestidos cortos y ajustados, con transparencias. Entre sus cabellos llevaban pequeñas cadenas con brillantes y gemas de colores. Era placentero contemplar lo gráciles que resultaban todos y cada uno de sus movimientos. Incluso su forma de caminar, tan ligera, les

hacía parecer que flotaban en el aire. Sus alas eran grandes, aunque daba la impresión de que encogían cuando las plegaban bajo sus hombros.

Pasaron largos minutos en los que la familia del rey se limitó a observar y a esperar. Apreciaron mejoría en la tez del monarca, pero eso era todo. Por lo demás, seguía postrado en su lecho, prisionero de un profundo sopor. Las feéricas, sin embargo, no parecían preocupadas.

Cuando acabaron, irguieron sus espaldas y se dirigieron al príncipe.

—¿Y bien? —preguntó este.

—Vuestro padre se recuperará —aseguró la reina—. Ahora necesita reposo.

Suspiraron con alivio.

—De acuerdo. Os estamos muy agradecidos.

—Es nuestro deber ayudar.

—Pues vuestra antecesora no cumplió con su deber —recordó Constanza.

Sibyl no se achantó.

—Cada reina tiene una visión propia de lo que son nuestras obligaciones. Todas coincidimos en que debemos cuidar y proteger la naturaleza, pero hay disidencias en asuntos menores.

—¿Los humanos somos un asunto menor?

—Sois un asunto complejo. En cualquier caso, mi pueblo y yo estamos dispuestos a tender una mano para que nuestras gentes caminen juntas de nuevo. Ha sido el primer paso para ese acercamiento, y espero que vuestro sobrino no lo olvide.

—No lo haré, majestad —intervino Félix—. Tenéis mi palabra de que trabajaré por procurar una reconciliación.

Sibyl se acercó al príncipe y le sonrió con ternura.

—Myrendul es afortunado de teneros. —Hizo una pausa—. Esperaremos noticias.

—Muy bien.

Fidelia, que había observado la escena en silencio, se preguntó cómo reaccionaría su padre al enterarse de que lo había sanado un grupo de hadas. Imaginaba que lo aceptaría con resignación y trataría de olvidarlo. En cambio, si despertaba y las hadas permanecían en el castillo para recibirlo y poder hablar con él, se vería forzado a, como mínimo, negociar con ellas.

—¿No sería mejor que os quedaseis aquí? Así podríais hablar vos misma con mi padre —propuso la princesa.

Sibyl parpadeó un par de veces antes de responder.

—Este no es mi sitio. Y no querría turbar la paz del castillo despertando la cólera del rey. En su estado es preferible evitar sobresaltos. Confío en que vos y vuestro hermano sabréis transmitirle los detalles de la nueva situación.

Fidelia se mordió la lengua y permaneció en silencio, permitiendo que su hermano acompañara al séquito de feéricas hasta la salida.

Cuidar la memoria

Cuando la reina y sus acompañantes regresaron a Álandor, las demás aguardaban impacientes junto al Árbol Madre, ávidas de noticias. Querían saber qué había pasado. ¿Cambiarían las cosas por fin? Todas soñaban con volver a recorrer las laderas de Myrendul, cuidando de los árboles, las flores, los yacimientos de minerales, las costas... Su bosque era amplio y estaba lleno de vida, pero se habían pasado las últimas décadas confinadas allí. Privar de libertad a un hada era como cortarle las alas.

Sibyl desplegó las suyas y se posó en lo alto de un promontorio que había en la explanada de la corte iridiscente. Desde allí podría hablar alto y claro, y estaría a la vista de todos. No solo había hadas; algunos centauros y duendecillos se habían acercado y contemplaban la escena con curiosidad.

Cuando se hizo el silencio que necesitaba para hablar sin tener que alzar demasiado la voz, les explicó a sus súbditos lo que había pasado. Efectivamente, el rey se encontraba en un estado crítico pero no fatal. Ella y sus compañeras se habían esforzado mucho para sanar su cuerpo y devolverle la salud, y lo habían conseguido. El príncipe heredero de Myrendul les había prometido que trabajaría por la paz entre ambos pueblos y que hablaría del asunto con su padre en cuanto se recuperase.

—Nos resta esperar —concluyó Sibyl.

Muchas hadas asintieron con evidente ilusión; otras adoptaron una actitud escéptica. ¿Podían fiarse de los humanos? ¿De verdad era inteligente confiar de forma tan ciega en el joven príncipe?

Elvia, por su parte, tenía fe en que las cosas salieran bien, aunque no podía evitar sentir preocupación. Cuando terminó su discurso, la mestiza se acercó a su soberana, impaciente por hacerle una preguntaba que llevaba

horas rondándole en la cabeza. Tuvo que esperar a que atendiera a otras personas, pero, cuando estuvo libre y reparó en Elvia, le hizo un ademán que indicaba que podía acercarse.

De camino a las estancias privadas, Elvia habló:

—¿Habéis visto al príncipe Váldemar?

—No, afortunadamente. Hemos procurado ser muy discretas y hemos estado en el castillo el tiempo justo. Es probable que él no se encontrase allí.

—Ah.

—¿Por qué? ¿Tanto te interesa conocerle?

—No, no es eso... Quisiera saber cómo le ha afectado lo que le hizo mi madre.

Sibyl adoptó una expresión consternada.

—No eres responsable de sus actos, Elvia.

—Lo sé.

La reina se detuvo y encaró a Elvia con un velo de dulzura en la mirada.

—Si sale como esperamos, pequeña, podrás olvidarte de todo. Lo que pasó quedará atrás.

—Pero yo siempre seré un recordatorio —murmuró ella, acordándose de las palabras de la propia reina.

—Eso no es malo. Nos conviene retener en la memoria qué fue lo que ocurrió para evitar que se repita en el futuro. Ahora, si me disculpas, tengo que reunirme con el Círculo para discutir ciertos asuntos.

—Claro —balbució ella.

Sibyl se alejó y Elvia se quedó en el sitio, quieta y con la mente bullendo de actividad, pensando, como siempre hacía, en cuál era su lugar en el mundo y qué se esperaba de ella.

Atrapada en el árbol en el que su cuerpo se había convertido, Yilda de Verano se esforzó por sentir la brisa sobre la corteza, pero la superficie del tronco no era como la piel suave e inmaculada que había tenido mientras fue un hada normal y corriente, con sus alas rosadas y su cabello claro. Añoraba aquella época; añoraba volar hacia el horizonte sin que nada más importara.

Añoraba a Emberia.

A menudo se preguntaba si la vería de nuevo, aunque fuera en otra vida y en unas circunstancias completamente distintas. Quería pensar que sí. Su hija, Elvia de Otoño, se parecía a ella en algunos aspectos. Tenía fiereza en su

interior, aunque la reprimiera casi siempre. Y era inteligente. Mucho. Tanto o más que su madre.

La luna vigilaba el mundo desde lo alto, con su porte regio y su atavío plateado. Aquella luz era un regalo para algunos y una condena para otros.

No muy lejos de allí, un joven abandonaba su naturaleza humana para ser, una vez más, esclavo de esa perla brillante en el cielo.

—La reina ya ha vuelto de Bránvar —anunció una voz que se acercaba por detrás.

—¿Y qué ha pasado? —inquirió Yilda.

—Poca cosa. Abandonaron el castillo cuando el rey todavía estaba dormido, pero esperan que sus hijos intercedan por nosotras y podamos iniciar un periodo de negociación para restablecer la paz.

El hada se sentó junto al árbol, dejando que sus pies descalzos se hundieran en la hierba.

—¿Y qué ha dicho el príncipe Váldemar?

—No estaba allí.

—Vaya.

—¿Crees que se opondrá?

—No sería una sorpresa si lo hiciera.

—Supongo que es comprensible —comentó Elvia, pensativa—. No debe de ser muy agradable ver que tu familia intenta dejar atrás algo que sucedió hace tiempo, de cuyas consecuencias tú no podrás desprenderte nunca.

—La licantropía es una maldición —asintió Yilda—, pero no una condena eterna. Es posible aprender a vivir con ella sin que te amargue.

Elvia reflexionó sobre aquello.

—Cuesta creerlo —concluyó finalmente.

En una de las torres del castillo, donde la reina pasaba recluida todos los días de su vida, Constanza Lagos contemplaba el rostro de su hermana iluminado por las primeras luces del alba.

Le acompañaba Teobaldo Málebran, uno de los consejeros de su majestad.

—Mírala —le dijo ella—, parece que en cuanto despierte será capaz de hablarme, de reconocerme, de vivir en lugar de existir como si fuera una planta.

Teobaldo miró a la reina Genoveva, que tenía la cabeza apoyada en el respaldo de la mecedora y los párpados bajados. Su pecho ascendía y

descendía con calma y sosiego.

—Quizás un día lo haga.

Constanza negó con la cabeza.

—Lleva años así. Nunca fue una mujer demasiado fuerte. Era buena, amable, alegre, pero no fuerte. La maldición que pesa sobre su hijo mayor fue demasiado para ella. Ver cómo agredía a su hija cuando solo era una niña fue demasiado.

Teobaldo suspiró. Hacía muchos años que conocía a Constanza y creía ser capaz de leer sus pensamientos o, como mínimo, de intuir qué le pasaba por la mente. Era una mujer decidida que no se amedrentaba ante nada. Parecía dura y fría, pero era capaz de amar. Resultaba evidente por cómo hablaba de su hermana. Aquel amor le provocaba también tristeza, una pena profunda que no sabía curar. Y con ese dolor, aparecía la rabia. Rara vez la mostraba; no obstante, Teobaldo sabía que estaba ahí.

—Lo de Váldemar es una desgracia, sin duda —comentó.

—No es una desgracia, ni siquiera un castigo. Los castigos solo pueden infligirse como respuesta a un desafío, y Váldemar no era más que un bebé. No, lo que mi sobrino padece es una tortura. Una tortura incesante. Y ahora sus hermanos pretenden perdonar a las responsables. —Constanza llenó sus pulmones de aire y acarició la mano de su hermana—. Son unos ingenuos. Creen que pueden hacer las paces con esas mujeres aladas y disfrutar de una relación cordial con ellas, de un trato que resultará en un beneficio mutuo... No entienden que están cavando su propia tumba.

—Son jóvenes y todavía no se han dado cuenta de lo traicioneras que son las criaturas feéricas. Aunque es posible que no se trate únicamente de un asunto de la juventud, pues yo a su edad ya era muy consciente del peligro que entrañan las hadas. Quizás, y en vista de lo sucedido, ni siquiera Félix sea apto para gobernar. Se ha dejado engañar por su aspecto bello y seductor.

—¿Como os dejáis embaucar vos, Teobaldo? Soy consciente de lo mucho que apreciáis la belleza en las mujeres, en especial la de las hadas. Os embriaga su aspecto frágil, delicado y pueril.

—Mi señora, no creo que...

—Pienso que no solo odiáis, sino que teméis a las mujeres que os atraen. Os hacen sentir vulnerable. Y las hadas tienen poderes que no están a nuestro alcance, lo que acrecenta vuestros miedos. —Constanza se acercó a él, que permanecía con los labios apretados y los puños cerrados, en silencio—. Aunque sea por razones distintas, nuestros intereses suelen coincidir, así que

colaboraremos para enfrentarnos a las nuevas circunstancias, pero vuestro miedo os hace débil, por lo que seré yo quien tome las decisiones.

—¿Acaso no lo habéis hecho siempre? —masculló él.

—¿Tenéis alguna queja al respecto?

Teobaldo tensó la mandíbula.

—Conozco a su majestad desde que éramos niños y sé perfectamente cómo piensa y lo que siente —dijo para evitar responder a la pregunta—. Sus hijos son distintos a él y tienen unas pretensiones que el rey no comparte. Despertará y se negará a ceder ante las peticiones de su hijo, da igual que le haya salvado un hada. El rencor de toda una vida no puede borrarse en una noche.

Constanza ladeó la cabeza y miró a su acompañante con una sonrisa, divertida ante su ingenuidad. Tomó su mandíbula y contempló su rostro. La incipiente barba oscura, los ojos verdes...

—Ay, querido Teobaldo... Ojalá fuerais más listo y menos apuesto.

Él se apartó con brusquedad de ella para liberar su cara de aquella garra que Constanza parecía tener por mano y abandonó la estancia.

8

Una cosa llevará a la otra

En el salón del trono, los dos hermanos aguardaban pacientemente a que su padre despertara de su letargo para poder abordar el tema que les preocupaba.

El sol despuntaba por el este y, aunque Fidelia no acostumbraba a madrugar tanto, se sentía muy despierta.

—¿No podías dormir? —preguntó su hermano en cuanto la vio llegar.

—Fue tocar la cama y caer rendida. Pero me ha despertado la impaciencia. ¿Tú?

—Yo no. Me he pasado la noche en mis aposentos...

—Tejiendo, ¿verdad?

Félix esbozó una tenue sonrisa.

—Sí, tejiendo. Estoy a punto de acabar *El caballero y el león*.

Aquel era el nombre con el que Félix había bautizado el pequeño tapiz en el que estaba trabajando, una hermosa obra que representaría a un valiente guerrero derrotando a un feroz felino. Su hermano tenía aquel raro talento. Dibujaba excepcionalmente bien, pero no se contentaba con coger carboncillo y plasmar sus ideas sobre pergamino. Él utilizaba hilos y tela.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando en él?

—Más de seis meses. En las últimas semanas he avanzado bastante.

—Supongo que padre no estaba ahí para reprenderte por hacerlo.

—Supones bien.

Fidelia comprendía lo que era tener una pasión frustrada. Félix era un príncipe; tejer era una labor de tradición femenina. Sin embargo, él lo hacía mejor que cualquier mujer que Fidelia hubiera conocido, pero el rey no valoraba que su hijo fuera capaz de elaborar unas obras de arte tan maravillosas como las que había confeccionado en los últimos años.

La princesa adoraba montar a caballo. Se sentía cómoda y a gusto con prendas de ropa que no fueran vestidos, aunque estos también le gustaban. Amaba el tiro con arco y jugar al ajedrez, y también disfrutaba de los bailes y los banquetes.

Váldemar, por su parte, tenía un dominio de la espada que despertaba la admiración de los caballeros más expertos. No obstante, eso no bastaba para que su padre lo mirara con amor.

Eso hizo que la joven se preguntara algo.

—¿Dónde está Váldemar? ¿Ha regresado?

—No. Ya sabes que a veces desaparece mañanas enteras.

En ese instante, el destino quiso despejar sus incógnitas.

—¿Por qué no se me informó de la llegada de la comitiva feérica? —exigió saber el príncipe Váldemar, entrando con fuerza en la estancia en la que sus hermanos aguardaban.

Su aspecto no era el más elegante. Llevaba una camisa blanca con un escote triangular, unos pantalones marrones y unas botas; el atuendo que se ponía en cuanto abandonaba su cuerpo de lobo y recuperaba el de hombre. Su cabello rubio oscuro estaba algo alborotado y sus ojos, de una tonalidad gris azulada, parecían encerrar una tormenta en su interior, aunque eso no era nuevo.

—Hola, Váldemar. También nos alegramos de verte —dijo Félix.

—No fue algo que planificáramos —se excusó Fidelia—. Se nos ocurrió y actuamos, eso es todo.

—¿Y no os pareció que deberíais haberlo meditado más y debatido con otros miembros de la corte o conmigo?

—¿Meditarlo más? —Se molestó Félix—. Era una urgencia, Váldemar. Lo que estaba en juego era la vida de nuestro padre.

—Lo que está en juego es la estabilidad de todo el reino, Félix. ¿Quién te crees que eres para decidir el destino de un país?

—Su futuro rey —apuntó él sin que le temblara la voz.

Fidelia desvió la mirada y apretó los labios, incómoda. Aquel comentario podía resultar hiriente para Váldemar, pues al ser el primogénito tenía más derecho que Félix a gobernar, a ascender al trono, pero este le había sido arrebatado por su condición de licántropo.

Váldemar alzó un poco el mentón y respiró profundamente.

—Así es —dijo—, eres el futuro rey. Por eso deberías pensar las cosas con más cuidado y evitar actuar por impulsos.

—En cualquier caso, ya está hecho —intervino la princesa—. Ahora lo mejor que podemos hacer es prepararnos para lo que pueda pasar.

—Tengo entendido que queréis hacer las paces con el pueblo feérico —añadió Váldemar.

—¿Te molesta? —inquirió Félix.

En ese momento, se abrieron las puertas y, tras una pareja de guardias reales, el rey hizo su aparición. Saveiro Terrafil tenía un aspecto mucho más lozano que en los últimos meses. Las ropas que llevaba eran las que acostumbraba a ponerse antes de caer enfermo, pesadas telas moradas y granates con adornos y bordados intrincados.

Le seguían sus consejeros Teobaldo Málebran y Luciano Mortier, y su cuñada, Constanza Lagos.

—Me comentan —empezó él— que mi repentina recuperación no es obra de los dioses, sino de que mis dos hijos pequeños acudieran allende las murallas de la ciudad en busca de ayuda.

Los mellizos intercambiaron una rápida mirada y se armaron de valor para encarar a su padre.

—Así fue —respondieron al unísono.

—Muy bien. —Saveiro se sentó en su trono—. Contadme.

Félix tragó saliva, preparado para hablar con detalle de lo que había pasado, pero su hermana se le adelantó:

—Creímos que solo las hadas podían salvarte, padre. Y no nos equivocamos.

Félix cerró los ojos con disgusto ante las palabras de su hermana. Directa, sin rodeos... Así era ella.

—Hadas —repitió él.

—Hadas.

—La reina Sibyl fue muy amable —se apresuró a añadir el príncipe—. Se mostró muy predispuesta a ayudarnos. Y lamentó el comportamiento de su antecesora.

—Ya. —El rey no había montado en cólera todavía, pero sus pupilas centelleaban con peligro—. ¿Y qué os pidió a cambio?

Los demás contemplaban la escena en silencio, prestando mucha atención. Constanza se había puesto una máscara de impasibilidad absoluta.

—Nada —respondió Félix—. Solo una segunda oportunidad para que nuestros pueblos puedan ser aliados de nuevo, como lo han sido desde los albores de la humanidad, lo cual beneficiaría a ambas partes.

El rey se recostó en su asiento y se rascó la barbilla con aire pensativo.

—Me alegra ver que tus aptitudes diplomáticas siguen intactas, hijo.

—Un buen príncipe debe tenerlas.

—Sin duda.

—Padre —continuó Félix—, teníamos miedo de perderte. Creímos que no saldrías de esta y...

—Yo también lo creí. Me vi a mí mismo al borde de la muerte.

El muchacho tragó saliva.

—No nos quedó más alternativa y, aunque hayamos despertado tu cólera, no nos arrepentimos, porque gracias a eso ahora estás aquí con nosotros, hablando como si en las últimas semanas tu vida no hubiera corrido peligro.

—Soy consciente, hijo mío. Y, francamente, después de todo lo que ha pasado con el pueblo feérico, no creí que acudieran a una llamada de auxilio por parte de esta familia.

—Pero lo hicieron, padre. Cualquiera del castillo te lo confirmará. Le debes la vida a Sibyl de Primavera, cuya única aspiración es restaurar los lazos entre nuestras gentes. No podemos obviarlos.

Saveiro asintió, ausente. Teobaldo enarcó las cejas, perplejo.

El rey se lo estaba pensando.

El fiel consejero no daba crédito. ¿Por qué meditarlo? Nada había cambiado, las hadas seguían siendo igual de traicioneras y peligrosas... Miró a Constanza y descubrió que ella le observaba con el principio de una sonrisa amarga que le hacía sentir como un idiota.

—No puedo olvidar que las hadas ya nos traicionaron una vez, y desde entonces resulta complicado fiarse de ellas. Es difícil interpretar sus intenciones. Son criaturas sombrías por dentro y brillantes por fuera.

—Padre —insistió el muchacho—, por favor.

Saveiro miró a su hijo a los ojos y advirtió que, si no cedía un poco, entre ellos se abriría un abismo que les separaría no solo como padre e hijo, sino como rey y sucesor.

El monarca se puso en pie.

—Debo consultar la cuestión con mis consejeros. Teobaldo, Luciano, acompañadme.

Los dos hombres obedecieron y siguieron a su rey hacia un pequeño anexo del gran salón que les aislaría del resto durante unos minutos. Saveiro cerró la puerta tras de sí y miró a sus dos amigos.

—¿Y bien...? —exhortó—. ¿Qué opináis?

—Que es todo una treta, majestad —se apresuró a decir Teobaldo—. Las hadas no son como nosotros. Tienen una naturaleza traicionera, se valen de

conjuros y otras artes mágicas para obtener lo que desean. Le dan más importancia a los árboles que a nuestra necesidad de calentar el hogar, todo porque nos desprecian. Los humanos somos seres sin importancia para ellas, y en cuanto les molestamos un poco se atreven a actuar en nuestra contra, como ya lo hicieron Finoa de Verano y Emberia de Invierno. Ni siquiera creen en nuestros dioses.

Saveiro se lo quedó mirando unos segundos y después se giró hacia el otro hombre.

—¿Qué tienes que decir tú?

Luciano hizo una mueca, incómodo.

—Majestad, yo no quiero mentiros, y sabéis que tendréis mi lealtad y mi obediencia sea cual sea la decisión que toméis, pero creo que es el momento de recapacitar. Vos habéis sido el mayor enemigo de los feéricos desde hace treinta años, y a ellos les habría beneficiado vuestra muerte; sin embargo, han decidido ayudaros porque han considerado que era lo correcto y porque sienten que tienen una responsabilidad para con todos nosotros. Siempre ha sido así con las hadas; son proclives a hacer el bien, a proteger y a cuidar de los seres vivos, sean árboles —musitó, mirando brevemente a Teobaldo— o personas. Quizá Finoa y Emberia no fueran más que excepciones que confirman la regla...

—Majestad —le cortó Teobaldo, impaciente por reforzar su postura—, si pactáis con ellas de nuevo, estaréis traicionando a vuestro hijo mayor y a vuestra esposa.

—Y si no lo hago, estaré traicionando a todos mis súbditos —respondió él—. No soy un necio; he recibido muchos informes sobre lo que acontece en mi reino. Datos que siempre he ignorado deliberadamente... Pero sé que las cosechas son más infructuosas de lo que solían ser. Sé que el número de mujeres que mueren al dar a luz ha aumentado desde que las hadas no están ahí para auxiliarlas.

—Cosas que pasan; la vida no es justa y las mujeres mueren pariendo, es algo con lo que convivimos.

A pesar de lo cruel que había sido su comentario, ni el rey ni Luciano quisieron rebatirle con demasiada dureza, pues Teobaldo había perdido a su esposa y a su hijo en esas circunstancias. De eso hacía ya diez años y no había vuelto a casarse.

Saveiro respiró profundamente.

—Bueno, ya he tomado una decisión.

Sin dar tiempo a que sus amigos comentasen nada más, el monarca se adentró en el salón del trono y se sentó en él para dar la noticia. Durante su ausencia, más cortesanos habían acudido a la improvisada reunión. Todo el mundo estaba impaciente por saber qué era lo que iba a decir con respecto a aquella cuestión tan espinosa.

—Mis señores, mis señoras —comenzó—. Se nos plantea un dilema interesante. Las hadas han manifestado de forma clara su interés por reconciliarse con nosotros. Después de treinta años de reclusión en su bosque y de persecución por parte de nuestras fuerzas, siguen queriendo colaborar con nosotros. —Hizo una pausa—. Mi aversión hacia ellas no ha menguado, ya que el recuerdo de mi padre sigue muy presente. Pero, le pese a quien le pese, la verdad es que me han salvado la vida. De algún modo están intentando redimirse por el terrible error que cometió su anterior soberana y más tarde una de las suyas. Permitamos que lo hagan.

Un murmullo de sorpresa recorrió la estancia.

Félix miró a su hermana con un brillo de ilusión en los ojos y luego contempló a Váldemar, que tenía la vista clavada en el suelo y mantenía una expresión seria.

—Sin embargo —prosiguió el rey, alzando la voz por encima de los susurros—, no quiero pecar de confiado y que la nueva política se vuelva en nuestra contra. Pediré que un miembro de la corte iridiscente venga como invitado y ejerza de puente entre ambos pueblos. Que conviva con nosotros durante unos meses mientras empezamos a mentalizar a nuestras gentes de la era venidera. Si su estancia aquí resulta satisfactoria, lo interpretaré como la señal definitiva para que los feéricos recorran las tierras de Myrendul con libertad, tal y como sucedía antaño. Si no..., bueno, ya se verá.

Los allí presentes contuvieron el aliento, preguntándose si el rey añadiría algo más. Cuando se dieron cuenta de que no, llegaron los aplausos. Primero tímidos, luego vehementes.

—¿Por qué lo ha hecho? —bramó Teobaldo una vez en los aposentos de la cuñada del rey—. ¿Por qué ha accedido?

Constanza puso los ojos en blanco y se volvió hacia su interlocutor, dispuesta a explicarle lo que para ella era obvio, pero que, como muy bien sabía, no lo era tanto para Teobaldo.

—Saveiro sigue sintiendo desprecio hacia el pueblo feérico, pero no es tonto. Sabe que sus servicios benefician al reino, y no quiere pasar a la historia como el rey que condenó a su pueblo a los inviernos interminables, las sequías y a la decadencia de nuestras tierras. Tampoco quiere morir

dejando vigentes unas normas que su hijo desechará en cuanto le coloquen la corona en la cabeza. Eso le haría parecer mal padre y mal rey porque, claramente, el reinado de Félix en colaboración con las hadas será mucho mejor que el suyo, y tanto la historia como las generaciones venideras maltratarán su buen nombre. Pretende aplacar ese efecto.

—Pues ha cometido un error. Hay muchos miembros de la corte que no están de acuerdo con las nuevas medidas.

—Sí, es posible que esto le salga caro —suspiró la mujer—. Después de todo, se ha pasado las últimas décadas enseñando a sus súbditos a odiar a las hadas, tarea que se volvió más fácil cuando una de ellas maldijo al primogénito de sus majestades.

Teobaldo frunció el ceño.

—Puede que Váldemar sea la clave...

—Lo es —afirmó Constanza—. Los escépticos dejarán a un lado sus reservas si ven que nuestro querido príncipe lobo responde bien a la alianza. Si él, la persona más afectada por la magia de las hadas, es capaz de olvidar y aceptar la nueva relación, los demás dejarán a un lado sus rencores y sus miedos. Por eso debemos alimentar el odio de Váldemar.

—No será difícil. No conozco demasiado a vuestro sobrino, pero, como es natural, siente una profunda aversión hacia las hadas.

—Pero también es muy leal a la corona y busca la aprobación de su padre desde que era un crío. Si Saveiro le pide que diga algo en público a favor de las hadas, él lo hará, aunque contravenga sus propios pensamientos.

Teobaldo se sentó en una silla frente a una mesa, cogió una jarra plateada y sirvió dos copas de vino. Empezó a beber.

—De todas formas, el rey solo ha accedido a traer aquí a una de ellas. No es un avance muy significativo.

—Sabía que su decisión iba a tener detractores y no ha querido arriesgarse demasiado. Después de tanto tiempo, es imprudente cambiar las cosas de pronto y esperar que no haya revueltas en las calles por parte de quienes no comparten la nueva política. Invitando a esa hada complace a quienes ansían la paz y mantiene a raya el inconformismo de quienes están en contra del pueblo feérico.

—Pero una cosa llevará a la otra.

Constanza cogió su copa y dio un sorbo mientras contemplaba el fuego de la chimenea. Su vestido escarlata caía pesadamente junto a su cuerpo.

—Una cosa llevará a la otra —asintió.

9

Aberración

Elvia y Alanys recogían fruta para llevarla a las reservas del Árbol Madre y tener alimentos suficientes para todas. Era una tarea agradable; consistía en pasear e ir llenando las cestas que portaban mientras charlaban sobre cualquier tema que se les ocurriese. Y pese a ser su hogar, el bosque era algo que siempre les asombraba. Tenía árboles de todas las clases y todos los tamaños. Daba la sensación de que ni uno solo era igual que otro; las flores tenían formas tan complejas y hermosas que ni la más atrevida de las imaginaciones podía acercarse a su aspecto real. Algunas resplandecían por la noche, compitiendo con las luciérnagas. Los lagos y las ciénagas abundaban, igual que las cascadas, los barrancos y las rocas revestidas de musgo.

Alanys era una buena amiga. Cuando estaba con ella, Elvia se olvidaba de lo que era.

—¿Sabes? No creo que el rey Saveiro acepte y todo sea maravilloso de repente —comentó Alanys, dándole un bocado a una manzana—. No es su estilo.

—Hablas como si lo conocieras.

—Sé cómo es. Sus actos hablan por él.

—La gente cambia.

—¿Estás segura?

Elvia torció las comisuras de los labios.

Captaron el sonido de unos pasos apresurados acercándose y de la maleza surgió un centauro de pecho fornido, cabello marrón trenzado y pelaje oscuro y uniforme.

—Breogan —saludó Elvia—, ¿qué tal?

—Saludos, bellas hadas. Vengo a deciros que Perth está encinta y que en breves tendréis que mandarme a alguna de las vuestras para que asista el parto.

—Vuestros embarazos duran veinte meses, no creo que sea tan en breve como dices —apuntó Alanys.

—Hace ya dieciocho meses que la preñé.

Las dos hadas alzaron las cejas, sorprendidas.

—¿Y por qué nos estamos enterando ahora?

—Ella no quería que lo supierais. Prefería evitarse las visitas y los cuidados especiales; ya sabéis cómo es.

—Lo sabemos —sonrió Elvia.

—Por eso llevábamos tanto tiempo sin verla...

—Eso y que ya no nos visitáis tanto como antes.

—Nos relevaron como mensajeras y pasamos más tiempo en la corte.

—Sí, lo sé. ¿A qué os dedicáis ahora?

—Yo a lo de siempre —contestó Elvia—. El cuidado animal.

Como muchos sabían, la mestiza era muy habilidosa en eso y, aunque había desempeñado varios oficios —como el de mensajera—, su don principal siempre había estado a disposición de los habitantes del bosque.

—Yo todavía no lo tengo claro, pero creo que me uniré al grupo de Shirley y me dedicaré a la botánica.

—Parece interesante, aunque vuestra ausencia inspira añoranza. Vuestras sustitutas también son agradables, pero algo más serias...

Las hadas cruzaron una mirada y reprimieron una sonrisa.

—Fueron degradadas —explicó Elvia—. Para ellas es un castigo, por lo que es normal que no estén muy contentas.

—¿Y por qué las degradaron? —se interesó Breogan, curioso.

Alanys tensó la mandíbula y miró a Elvia, que había desviado la mirada y se concentraba en observar los arbustos que tenía alrededor, reconociendo el terreno y pensando en qué dirección seguir.

—Fue por molestar a Elvia. Ya sabes que no todos la tratan bien.

—Oh. ¿Qué te hicieron?

Esta, que se había agachado para acariciar suavemente los pétalos de una flor, se detuvo y, sin girarse hacia ellos, contestó:

—Llegaron a las manos. Normalmente la violencia es verbal, pero ellas..., ellas fueron un poco más allá.

A la mestiza no le gustaba recordar aquel desafortunado episodio. Dos de sus compañeras, ofuscadas y enloquecidas ante la certeza de que estaban

confinadas en el bosque, la tomaron con ella, pues no veían en Elvia más que un símbolo de su desdicha.

Las hadas no eran agresivas y su naturaleza les dificultaba dañar a los seres vivos, fuera cual fuera su condición. Pero, en los últimos tiempos, muchas habían aprendido a traicionar esa naturaleza.

Elvia se sirvió de su magia para hacer que una rama caída y algo mustia recuperase su firmeza. De sus dedos brotaron unas luces y unos polvos brillantes que la envolvieron hasta devolverle su aspecto vigoroso. Sonrió, satisfecha.

La sangre humana que corría por sus venas la limitaba en ciertos aspectos, pero la mitad de su ser tenía la esencia de los feéricos, y por lo tanto era capaz de hacer magia. Pequeños detalles como aquel le ayudaban a sentirse útil, a dotar de sentido su existencia.

—En tal caso, la próxima vez que las vea no voy a ser muy amable con ellas —comentó el centauro.

Elvia le sonrió.

Se despidieron de su amigo con efusividad y, antes de proseguir con sus tareas, le prometieron que acudirían a su llamada en cuanto su pareja necesitara de sus cuidados.

Regresaron a la corte al atardecer. Esa noche, varias hadas cantarían y tocarían instrumentos mientras que otras danzarían junto a las luces flotantes que ellas mismas crearían ayudadas por sus poderes. Las hadas tenían un don especial para la música. Se movían con mucha fluidez gracias a su elasticidad innata. Aquella era una cualidad que Elvia había ido perdiendo con el tiempo, y mientras que sus compañeras eran capaces de separar las piernas en ángulo recto sin problemas, a ella cada vez le resultaba más difícil.

Un recordatorio más de lo que era.

Por eso evitaba bailar. Sus compañeras movían los brazos con gracia y se colocaban sobre las puntas de los dedos de los pies cubiertos por unas zapatillas planas muy sencillas. Así, daban vueltas sobre sí mismas, rizos perfectos y piruetas que resultaban impresionantes porque procuraban no abusar del uso de sus alas.

Elvia disfrutó mucho esa noche, observando la danza mientras ella y las otras degustaban las frutas y las verduras que habían recolectado. Las bailarinas parecían tan delicadas y al mismo tiempo tan fuertes... Eran como un diente de león flotando en la brisa sin perder las hojas.

Las músicas arrancaban hermosas notas de sus instrumentos de cuerda, conformando así una bella sinfonía.

La reina Sibyl contemplaba el espectáculo desde su posición con la mirada empañada por la nostalgia. Se contaba que, antes de ser coronada, también ella bailaba, y las hadas que habían estado allí para verlo aseguraban que lo hacía bastante bien. Quizá lo añorara.

Un hada mensajera se colocó junto a ella y le entregó un sobre lacrado. Sibyl entrecerró los ojos un momento y asintió con actitud resuelta. El hada mensajera se retiró y la reina ocultó la misiva.

Solo podía provenir de Bránvar, la capital.

Elvia siguió alternando la mirada de la danza a su reina y de su reina a la danza. En un momento dado, vio cómo Sibyl abrió el sobre y leía su contenido con gesto serio. Las hadas aprendían a leer porque era necesario para sus relaciones con los humanos, y aunque en su comunidad hacía mucho tiempo que aquello había dejado de serles útil, habían mantenido la costumbre.

Cuando terminó el espectáculo y la reina hubo leído la carta, se puso en pie y pidió silencio con sencillos ademanes. Las luces flotantes que habían encerrado en cestas levitaban suavemente en derredor.

—Queridas hermanas —empezó ella—, ha llegado a mis manos una misiva de parte del rey Saveiro, escrita de su puño y letra. —Las hadas contuvieron el aliento, impacientes—. Dice que está dispuesto a tendernos la mano, pero que sigue reticente con respecto a nosotras y prefiere ser cauteloso, por lo que para empezar nos propone lo siguiente: enviar a una de las nuestras a vivir a su castillo como embajadora de la corte iridiscente durante un par de meses para que empiece a allanar el camino que pretendemos recorrer juntos.

Las feéricas estallaron en murmullos y voces que fueron elevando el tono por momentos. Sus bocas se llenaron de comentarios de preocupación e incertidumbre.

—No me fío.

—Me parece que es una petición muy irreverente.

—¿Y quién querrá pasar allí sola tanto tiempo?

Sibyl esperaba esa reacción y sabía que, si no la detenía de inmediato, iría a más.

—¡Hermanas! —dijo, alzando la voz por encima del barullo, y solo se permitió seguir cuando imperó el silencio—: Si hay que pasar por esto para restablecer la alianza entre feéricos y humanos, lo haremos. Es lo más inteligente y estoy convencida de que no nos arrepentiremos.

—¿Y creéis que es inteligente arrastrarnos de esta manera ante quien lleva años persiguiéndonos y despreciando nuestra especie? —saltó Arlen, que era particularmente reivindicativa—. Los humanos, y en especial el rey Saveiro, han querido vernos caer, han intentado que nos consumamos encerradas en nuestro propio hogar. Durante los primeros años de reclusión, incluso tendieron trampas de hierro en la linde de Álandor. Mataron a una de las nuestras.

—Lo de Emberia es un caso aparte —recordó Sibyl.

Elvia se encogió sobre sí misma.

—No, no es un caso aparte. Se enamoró de un humano, algo que ninguna de nosotras comprende, pero Saveiro castigó a uno de los suyos por amar a una de las nuestras. Hasta ahí llegaba su odio, y no me creo que ese sentimiento haya desaparecido de repente. Por lo que a mí respecta, la dignidad del pueblo feérico permanecerá dañada hasta que no desaparezcan todos y cada uno de los miembros del linaje de Saveiro Terrafil.

Varias hadas apoyaron sus palabras con vítores y aplausos, pero la gran mayoría permanecía callada y pensativa. Norcia, que se hallaba al lado de la reina, contemplaba la escena con un brillo de astucia en los ojos y una expresión imperturbable, pero Elvia podía sentir que simpatizaba con Arlen.

—Muy bien, Arlen —concluyó la reina—. Ya has dejado clara tu postura. No contaremos contigo para recuperar nuestras libertades, pero espero poder contar con las demás. Somos hadas, no humanos. Somos conscientes de qué es lo realmente importante y también sabemos que nuestro orgullo no importa más que asegurar un buen futuro a nuestras gentes y las generaciones que estén por llegar. Quien no quiera bajo ninguna circunstancia ser enviada a Bránvar que alce la mano y evitaremos pensar en ella como candidata.

Varias manos se alzaron y Sibyl contempló a aquellas que manifestaban sus deseos de no acercarse a la capital. No eran demasiadas. A nadie le entusiasmaba la idea, pero pronunciarse expresaría descontento ante la idea de una reconciliación.

—Bien —repuso la soberana—. Al alba habré tomado una decisión.

Constanza avivó el fuego de la chimenea y se giró hacia su hermana, a quien había tumbado en su comfortable cama. A veces, Genoveva levantaba un brazo y señalaba el lecho con un dedo, lo que significaba que quería acostarse. La mujer se sentó junto a ella y la miró con el corazón lleno de oscuridad. Observó su apagada cabellera rubia desparramada por la almohada,

enmarcando su rostro excesivamente delgado. Su piel había perdido color y sus labios no eran tan carnosos como lo fueron antaño.

En la mente de Constanza todavía palpitaba el recuerdo de una joven Genoveva de sonrisa amplia, ojos resplandecientes y cabello al viento mientras corría por las laderas que rodeaban el palacio en el que se criaron, en la localidad de Los Lagos. Siempre fue la más alegre de las dos. Reía con frecuencia, llenando de luz el lugar en el que se encontraba. Nunca fue muy avispada. Era ingenua e inocente, y eso la hacía más hermosa a ojos de Constanza. La convertía en un ser incorruptible, puro y sencillo.

Pero la maldición que le fue otorgada a Váldemar cayó también sobre ella y la destrozó poco a poco. El golpe de gracia llegó cuando, en una noche de descontrol, el príncipe, transformado en una feroz criatura, hirió de un zarpazo a Fidelia. La imagen de la espalda ensangrentada de su pequeña mientras los gritos retumbaban en sus tímpanos fue demasiado para la reina y no tardó en caer enferma. Su cuerpo sanó, pero su mente jamás lo hizo.

Constanza le cogió una mano y la acarició con devoción.

—Tus hijos son casi tan buenos como lo fuiste tú y han sabido perdonar —susurró—, pero yo no. Te juro que no descansaré hasta que se haga justicia y vea cómo los que te hicieron esto reciben su merecido.

Como había hecho tantas otras veces, Constanza se preguntó si su hermana estaría oyendo lo que decía y era incapaz de reaccionar o si a su cabeza ya no llegaba sonido alguno.

Suspiró y oyó que el portón de madera se abría. El príncipe Váldemar se adentró en la estancia, adoptando una actitud cautelosa, como siempre hacía cuando se acercaba a visitar a su madre. Observó el entorno, cuestionándose si era todo lo adecuado que debía ser; acogedor. Su corazón se estremecía cuando pensaba que su madre pasaba su existencia en lo alto de una torre fría, alejada del mundo. Pero aquel era un lugar agradable. Alfombras, buenos muebles, ricos tapices revistiendo las paredes. Uno de ellos había sido confeccionado por el príncipe.

—Hola, tía —saludó él.

—Hola, querido. ¿Cómo estás?

—Algo alterado, pero bien.

Constanza echó un vistazo al firmamento nocturno que se vislumbraba a través de la ventana y buscó la luna, pero no la encontró.

—Luna nueva —dedujo en tono causal—. Qué rápido pasa el tiempo.

—Sí —afirmó Váldemar, acomodándose junto a la cama de su madre—, el mejor momento del mes.

Constanza esbozó una leve sonrisa. Cuando la luna tenía menos influencia y poder sobre el mundo, el joven príncipe lograba dominar su cuerpo y evitar la transformación a la que se sometía casi todas las noches. Normalmente, cuando se metamorfoseaba perdía su forma humana, no su consciencia. En su mente seguía siendo Váldemar... Solo había una noche en la que era diferente.

—¿Cómo te sientes ante las nuevas perspectivas?

Váldemar, que tenía la vista clavada en el semblante plácido de su madre, alzó una ceja.

—¿Te refieres a nuestros lazos con los feéricos?

—Sí.

—Debería dolerme que mi familia esté pasando por alto lo que sufro cada vez que mi cuerpo se rinde al del lobo, pero no es así. Mis hermanos hacen lo que creen que es mejor. Y mi padre... A él no le importa cómo me sienta yo.

Las luces anaranjadas del fuego emitían sombras que bailaban sobre la pared y sobre las sábanas blancas que cubrían la figura de la reina.

—Sé que no te gusta hablar de ello, pero siempre he sospechado algo y me gustaría que me lo confirmaras.

Váldemar alzó la vista.

—¿De qué se trata?

—De tus transformaciones. Soy consciente de lo mucho que sufres emocionalmente, de lo horrible que tiene que ser perder el control y sentir que tu verdadero ser se somete a otro que no tiene nada que ver contigo, claro, pero, aparte de eso, ¿cuánto duele? Físicamente, quiero decir.

A Váldemar se le había erizado el vello del cuerpo al oír en boca de otra persona la realidad de su situación, explicada con una simplicidad aterradora.

—Es un dolor indescriptible.

Su tía no quiso ahondar más en el asunto. Podía imaginárselo. La piel estirándose, los huesos cambiando, abriéndose paso entre los músculos, rasgando tejidos, endureciéndose. Tenía que ser horrible. El príncipe estaba a punto de poner la mano en el picaporte para abandonar la estancia cuando el rey hizo su aparición. Constanza se irguió y se preparó para lo que venía. Saveiro detestaba encontrar a su hijo allí.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó con los dientes apretados.

Váldemar alzó el mentón.

—He venido a ver a mi madre.

Una esquirra de cólera se encendió en las pupilas del monarca. Detestaba la dignidad de la que hacía gala su hijo, la arrogancia infundada con la que

ahora le contestaba.

—Tu madre... Sí, tu madre. Ella te llevó dentro y te dio a luz. Te quiso incondicionalmente hasta que, tras mucho luchar contra la realidad, se dio cuenta de lo que eres: una aberración.

Váldemar hizo uso de todas sus habilidades para mantener el rostro sereno e imperturbable, pero en su fuero interno las palabras de su padre habían abierto otra grieta. *Aberración*. Odiaba esa palabra. Sobre todo porque describía muy bien lo que a veces pensaba de sí mismo.

—Padre, he hecho todo lo posible por ganarme tu afecto, por demostrar que soy más que un licántropo, porque esa es la verdad. Y aunque te cueste asumirlo, también soy un hijo que quiere a su madre.

—Ni las palabras ni las intenciones cambian la realidad. Ha habido muchos casos de hombres lobo, todos con características similares e historias trágicas; incluso se cuenta que existen tribus. Quizá deberías unirte a una de ellas.

—No entiendo por qué actúas como si mi condición te pesara más a ti que a mí.

—Que lo llames condición no hará que sea menos aberrante. De hecho, es justo por eso por lo que es una maldición y no cualquier otra cosa. Ahora fuera de mi vista.

Váldemar le sostuvo la mirada unos segundos más, con la respiración más agitada que cuando había entrado. Finalmente, pasó por su lado y se fue.

Constanza ni siquiera los había mirado durante su pequeña disputa.

—A vuestra esposa no le gustaría ver que le habláis así.

—Mi esposa era demasiado bondadosa; mira de qué le ha servido —refunfuñó el rey mientras cerraba la puerta.

—Váldemar es un gran hombre. Valiente, sacrificado, inteligente... Habría sido un gran rey si hubiera tenido la oportunidad.

—Lo sé.

La duquesa respiró hondo.

—Eso lo hace peor, ¿verdad?

Saveiro no contestó.

10

Construir un puente

Las nueve hadas del Círculo llevaban ya un rato reunidas en uno de los amplios espacios interiores de las cuevas.

—Debería ser un hada muy poderosa —opinó Kendra—. Será quien nos represente; lo que perciban de ella influirá directamente en la idea que se formen de todas; por lo tanto, sería bueno que transmitiera fuerza y poder.

—¿Insinúas que vaya una de nosotras? —inquirió otra—. ¿Un miembro del Círculo?

—Quizá sea lo más conveniente. Quien vaya tendrá que hacer un sacrificio muy grande. ¿Cuántas hadas creéis que pueden resistir vivir alejada de la naturaleza, rodeada de humanos, encerrada en habitaciones cuadradas, vistiendo ropas apretadas y pesadas? No una cualquiera, ya te lo digo.

—Pues yo pienso que sería un error absoluto —añadió una tercera—. Somos demasiado valiosas y, a pesar del rumbo que están tomando las cosas, los humanos y los feéricos seguimos siendo enemigos. Al menos en este reino.

—¿Creéis que es una trampa?

—¿Tan descabellado os parecería?

Malvina, que fue Primera Mensajera de la Corte durante muchos años y había viajado no solo por Myrendul, sino por distintos puntos del continente, juzgó oportuno intervenir:

—A los humanos les cuesta confiar en nosotras porque somos muy distintas a ellos y nuestra superioridad les hace vernos como una amenaza. Creen que despreciamos sus costumbres y sus creencias, que ansiamos eliminarlas. Nos piden que permitamos a un hada convivir con ellos para ver hasta qué punto respeta y es capaz de entender su forma de vida.

Las nueve se quedaron en silencio, pensativas.

—En ese caso —dijo Norcia, quien hasta el momento había permanecido callada—, debería ir Elvia.

—¿Qué?! —vociferaron cinco al unísono.

Sibyl miró a Norcia con renovado interés.

—Ya me habéis oído. Elvia es medio humana. ¿Quién mejor que ella para construir un puente entre ambos mundos?

—Todas sabemos lo mucho que desprecias a esa mestiza —apuntó Kendra—; la propuesta responde a tus deseos personales de perderla de vista, no a una meditación real.

Norcia le clavó sus ojos de hielo.

—No hables como si pudieras leerme la mente, Kendra, porque no es así. La realidad es que ella es el hada menos valiosa, ¿cierto? Después de todo, solo es la mitad de lo que somos nosotras, y si al final todo esto se tuerce y la perdemos, no será una tragedia. Además, es la única capaz de vivir entre unos muros de piedra sin volverse loca.

—Estoy de acuerdo con Norcia —declaró Sibyl, y todas se volvieron para mirarla, asombradas—. En parte. Sería lamentable perder a cualquiera de nosotras, a Elvia también, pero no tiene por qué pasar nada de eso. Lo que sí es cierto es que quien vaya a Bránvar tendrá que esforzarse mucho por no desentonar y demostrarle al rey que los dos pueblos no son tan distintos y que, por lo tanto, pueden llevarse bien.

—Pero *somos* distintos —objetó Kendra.

—No tanto como creen. En cualquier caso, las diferencias no pueden determinar el destino de todo un reino. Elvia de Otoño se ha criado en Álandor y su estilo de vida es el mismo que el nuestro, pero así como ni vosotras ni yo podríamos participar en un baile real sin despegar los pies del suelo o evitar que nos hierva la sangre al ver cómo el rey organiza una cacería, ella sí podrá hacerlo.

—No sé si lo de la cacería es un buen ejemplo —comentó Malvina—. Elvia tiene claras habilidades en lo referente al trato con los animales. Su conexión con ellos es abrumadora.

—Pero la dualidad de su naturaleza le permitirá acostumbrarse a ese tipo de cosas —dijo la reina—. Ella es la mejor opción, es evidente.

—¿Y el rey no se sentirá ofendido? —preguntó Kendra—. Después de todo, es la hija de la mujer que maldijo a su primogénito.

—Será nuestra forma de ponerle a prueba. Si la acepta como nuestra embajadora, tendremos la seguridad de que es capaz de dejar atrás los

rencores y luchar por renovar la alianza. Si no, sabremos que nada de lo que hubiéramos podido hacer para complacerle hubiera bastado.

—Pero ¿y si se ofende por otra razón? —sugirió Shirley—. Quizá no considere a Elvia una de las nuestras.

Sibyl negó con la cabeza.

—En tal caso, tampoco la considerará una de los suyos. Cuando vea sus alas, recordará lo que es y quién la envía.

—¿Qué? No. No. Tenía curiosidad por ir a visitar el castillo, no por residir allí —se quejó Elvia en cuanto la reina en persona fue a comunicarle la noticia.

Sibyl había encontrado a la joven desenredando las crines de un unicornio cerca de una cascada. El sonido del agua al caer era persistente y grave, pero eso no le restaba belleza al entorno. Ladeó la cabeza y se armó de paciencia.

—Si no quieres ir bajo ningún concepto, ¿por qué anoche no levantaste la mano cuando necesitábamos saber con quién no podíamos contar?

La joven mestiza hizo una mueca.

—No quería que pareciera que estaba en vuestra contra.

La reina colocó una mano en su mejilla y le hizo alzar la cabeza.

—Elvia, tú eres la prueba viviente de que nuestras dos especies pueden coexistir sin problema. Lo hacen en ti. No hay una candidata más conveniente. Te necesitamos.

Ella suspiró, resignada.

—Bueno, si solo son un par de meses... ¿Puedo pedir algo en compensación?

Sibyl alzó una ceja.

—La liberación de Yilda es imposible, Elvia. Lo sabes tan bien como yo.

La joven desvió la mirada.

—Tenía que intentarlo.

—Y eso te honra. Ahora, volviendo al asunto que nos ocupa: será poco tiempo. Y no te lo tomes solo como un trabajo o como un deber para con nosotras, sino como algo que tienes que hacer por ti.

Elvia entrecerró los ojos y acarició el cuello del animal con delicadeza.

—No...

—También es tu gente, Elvia. Es hora de que los conozcas bien. Pertenece a los dos mundos.

—En ocasiones, creo que no pertenezco a ninguno.

—Si eso fuera cierto, no estarías aquí.

—Supongo.

Sibyl le dedicó una sonrisa maternal.

—Al final del mensaje, su majestad explicaba que mañana al alba enviará un grupo a la puerta oeste de la ciudad para aguardar la llegada de nuestra embajadora, así que partirás esta noche acompañada de una comitiva que te dejará allí. Le entregarás al rey una carta en la que expongo algunas exigencias, como permitirme enviar a una mensajera de vez en cuando para que recabe información sobre cómo están yendo las cosas por allí. Aparte de eso, tú me escribirás con asiduidad.

—¿Redactar informes, majestad?

—Justo. Quiero que me lo cuentes todo, ¿de acuerdo?

—Muy bien, aunque tendré que mejorar mis aptitudes caligráficas.

—Lo harás. Confío en ti, Elvia.

Un viento suave hizo volar el cabello castaño de la joven, que observó cuanto la rodeaba siendo dolorosamente consciente de que pronto lo abandonaría.

Se despidió con amabilidad de la reina y se dirigió a lo alto del peñasco que se asomaba con atrevimiento al precipicio. Ya había aceptado y no había vuelta atrás, pero no podía irse a la ciudad sin hablar antes con su buena amiga Yilda y pedirle consejo. La perspectiva de vivir en el castillo resultaba aterradora, pero también emocionante. Aunque le costaba reconocerlo, Elvia sentía un profundo interés por los humanos, precisamente por algo que había comentado la reina: eran parte de ella.

Cuando era más joven, se había esforzado por fingir que no era nada especial, que su sangre era feérica, que era una hija de la tierra como las demás hadas, en lugar de hija del hombre. Ahora ya había empezado a asumir su naturaleza, pero, aun así, no podía evitar cubrir sus redondas orejas bajo los mechones de su cabello.

Al llegar junto a Yilda, le contó todo lo que había pasado: la propuesta del rey, la decisión del Círculo... La mayor escuchó con atención.

—Debes tener mucho cuidado, Elvia. En Álandor tienes enemigos por ser mestiza, pero en Bránvar los tendrás por eso y por ser la hija de dos traidores a la corona.

—Lo sé.

—Y tendrás que lidiar con el príncipe Váldemar.

—También lo sé... Me inquieta.

—¿Por qué? Te odiará y no será amable contigo, pero no te hará nada. Sería una afrenta a su padre.

—No es por eso.

—¿Entonces?

Elvia agitó un segundo las alas, algo que hacía cuando vacilaba.

—No quiero sentir pena por él, porque con la pena llegará la culpabilidad.

—Llevas toda tu vida sintiéndote culpable por las acciones de tu madre, pequeña, y no deberías.

—Pero lo hago. Y ahora esa sensación se acrecentará. A veces, cuando mis hermanas me miran, tengo la sensación de que ven los pecados de mi madre en vez de verme a mí.

—Y así es. A ellas les irritó que se enfrentara a la corona y alimentara la ira del rey contra nosotras, pero no tanto como el romance que tuvo con Roldán Miraspil. Un romance tan intenso que hizo que Emberia olvidase su naturaleza y yaciera con él. Al principio, muchas no se lo podían creer. Luego llegaste tú y desterraste las dudas.

Elvia tenía un sinfín de preguntas martilleándole la cabeza, pero no se atrevió a pronunciar ninguna.

—No quiero ser una prueba de nada —dijo—. No quiero ser un recuerdo. Solo quiero ser yo.

Responsabilidades

Félix acarició la seda y alzó dos retales distintos. Uno era rojo y el otro, granate. Estaba terminando la vestimenta del héroe de su tapiz. No sabía si seguir utilizando un mismo tono o empezar ya con las sombras. Había dejado esa parte para lo último porque sabía que sería la que más quebraderos de cabeza le ocasionaría. La ropa siempre era difícil, pero una capa al viento era otro nivel. Los pliegues, la textura, la forma, el efecto del movimiento... Lo tenía casi hecho, solo le faltaba dar los retoques finales.

Se dijo que quizá tuviera que practicar y hacer algunas pruebas primero.

Se acercó a su rueca y empezó a trabajar con ella mientras sujetaba una aguja con la boca. Aquello le relajaba mucho, pero al mismo tiempo le exigía dedicación y esfuerzo. Como príncipe, siempre estaba rodeado de sirvientes y consejeros que le ayudaban en cualquier empresa, pero como hilandero, como persona que disfrutaba del bordado, estaba solo.

Oyó la puerta de su alcoba abriéndose y esperó a que el intruso se presentara, aunque no lo hizo. Percibía tras él la presencia observadora y comedida de alguien que conocía muy bien.

—Padre —saludó sin girarse.

—¿Otro tapiz? —preguntó su majestad.

—En efecto —respondió el muchacho, procurando sonar seguro de sí mismo.

El rey exhaló un largo suspiro y se acercó a él para poder contemplar mejor la obra inacabada.

—Es bonito —comentó.

Félix frunció el ceño. Nunca antes su padre había elogiado su trabajo.

—Gracias —balbuceó.

—Confío en que esta... afición no te hará descuidar tus deberes cuando ocupes mi lugar.

—No lo hará, padre —prometió él.

—Lo sé. Serás un buen rey. Eres mejor príncipe de lo que lo fui yo, de modo que no sería extraño que también fueras mejor monarca.

Su hijo lo miró, titubeante. No sabía muy bien adónde quería ir a parar su padre con aquella conversación. Saveiro se sentó en una silla de madera cubierta de caras telas rojizas y suspiró con tanta fuerza que Félix casi pudo ver el aire entrando y saliendo de sus pulmones.

—Me gustaba cazar y me gustaba hacerlo sin tener que preocuparme por la hora —contó el rey—. Me gustaban los banquetes con sus respectivos bailes. A veces, incluso pasaba muchas noches fuera de casa, de incógnito, disfrutando del ambiente de una buena taberna y de las mujeres que me encontraba por allí.

»Tú no eres así. Eres más tranquilo, más serio. Asumes tus responsabilidades y trabajas para ser capaz de enfrentarte a ellas. Te he visto estudiar política, economía, estrategia y dialéctica. Estudiar y tejer... Parece que es lo único que has hecho toda tu vida.

—También sé defenderme con la espada —apuntó él—. Y con el arco.

—Sí, como todo noble que se precie. Pero no es eso en lo que destacas. Y no te equivoques, hijo mío. No es un reproche. Tan solo me doy cuenta de que heredarás la corona con una preparación mejor que la que tuve yo. Era bueno con el acero y gané muchas justas, pero eso no me ayudó cuando me vi a mí mismo sentado en el trono, solo, sin la guía de mi padre, que siempre había estado ahí. —Hizo una pausa, y en su mirada apagada se vio un destello de nostalgia, la huella de un pasado que todavía no había superado—. Estas semanas he estado cerca de la muerte en más de una ocasión y, aunque admito que sentí temor tanto por lo que venía como por lo que dejaba atrás, había algo que me consolaba... Saber que tú no estarías tan perdido tras mi muerte como lo estuve yo tras la de mi padre.

Las palabras de Saveiro flotaban en el aire, sostenidas por un silencio que empezaba a ser ensordecedor.

—Es mi deber esforzarme todo lo que pueda para ofrecerle a Myrendul el mejor rey que pueda darles.

Saveiro se puso en pie y cubrió el hombro de su hijo con la mano para, a continuación, darle un apretón.

—Gran propósito. Haces que me sienta orgulloso. Y eso es lo que he venido a decirte, Félix. Estoy orgulloso de ti.

El príncipe tragó saliva, ligeramente conmovido. Su padre era un hombre poco afectuoso con sus hijos varones. Con Fidelia siempre tuvo una relación más desenfadada y cercana, quizá porque lo único que se esperaba que hiciera con ella era quererla y encontrarle un buen esposo, pero con Félix y Váldemar las cosas eran distintas.

Félix era su heredero, lo que conllevaba que tenía que ser exigente y duro con él, pese a que su abuelo nunca lo fue con Saveiro.

Con el primogénito se comportaba como si no fuera hijo suyo, porque para él había dejado de serlo en cuanto aquella hada le había maldito con la licantropía. Félix lo sabía. En cualquier caso, una cosa estaba clara: el castigo infligido por Emberia de Invierno había tenido éxito. Ella nunca pretendió herir a Váldemar. No tenía nada en contra de aquel bebé... Su intención fue dañar al rey, infligirle una herida perpetua que se pasaría la vida cicatrizando sin llegar a cerrar del todo.

—Gracias —musitó el muchacho.

El monarca asintió y forzó una sonrisa, dándose cuenta de que llevaba mucho tiempo sin hacer aquel simple gesto.

12

Impulsos

Antes de que las luces del alba acariciaran los verdes prados de los alrededores y la fría piedra del castillo, Fidelia ya estaba en pie, caminando sigilosa entre los muros de su hogar, procurando que nadie la viera. Una fea capucha gris ocultaba su rostro.

Aquel solo era un juego inocente.

El patio del castillo, bajo el cielo que presentaba la tonalidad purpúrea que precedía a la aurora, estaba desierto y tranquilo. La princesa sonrió.

Llegó a las caballerizas y allí lo encontró, tal y como esperaba.

Rory Kartai, el hijo del condestable, trabajaba como mozo de cuadra y era uno de los sirvientes del castillo que más temprano se levantaba. Ahora centraba todos sus esfuerzos en colocar el heno en las cuadras mientras los caballos dormitaban. Aquel ni siquiera era el mejor establo. Los animales que guardaba no servían a la familia real, no directamente. Se utilizaban para la carga de mercancía y utensilios para las cocinas.

Pero a Rory no le importaba. Él trataba igual a todas las criaturas porque consideraba que todas eran dignas de su afecto. Sentía auténtica pasión por los caballos.

Al parecer, no la había oído llegar, así que Fidelia se permitió el lujo de mirarlo sin disimulo, observando su piel morena bajo la camisa arremangada, disfrutando con el balanceo de sus mechones ondulados recogidos en una coleta corta. Tenía su misma edad y había algo en él que le resultaba atractivo. Quizá fuera la rudeza de sus manos o tal vez la forma incansable que tenía de trabajar... Aunque lo que hizo que la princesa de Myrendul fijara su atención en un simple mozo del castillo había sido su mirada. La forma que

tenía él de posar sus ojos en ella sin sentirse cohibido, evidenciando que le gustaba contemplarla.

Habían tenido un encuentro privado a finales de verano, después de pasar toda la estación cruzando miradas y palabras amables que escondían un secreto interés el uno por el otro.

Fidelia encontraba extrañamente agradable la forma que él tenía de observar su rostro e incluso su cuerpo. En sus pupilas había cierta lascivia y, aunque en otros hombres siempre había resultado incómodo, en él no. En él resultaba... excitante. Por eso había querido ir a verlo aquella primera vez. Y por eso había permitido que la besara.

Un beso ardiente y húmedo. No había sido mágico o hermoso como describían los cantos y los poemas de amor. Pero sí emocionante. Había originado un cosquilleo muy curioso en los labios de la joven.

Y eso era lo que sentía principalmente: curiosidad. Interés por los placeres de la vida, fuera cual fuera su índole.

Ahora regresaba a él porque había estado soñando con cosas que le hacían enrojecer y que habían provocado que se despertara con ganas de indagar de nuevo.

Rory advirtió su presencia cuando giró sobre sus talones para coger más heno.

—Alteza —murmuró, sorprendido.

Fidelialadeó la cabeza.

—Hoy no planeo montar a mediodía, pero puede que cambie de idea. Espero que *Vendaval* esté listo para entonces.

—Como siempre, mi señora.

La joven se acercó a él, sugerente.

—Sí, soy tu señora, y como tal harás todo lo que te pida, ¿no?

—Por supuesto.

Ella entrecerró los ojos un momento.

—¿Y si te doy la oportunidad de pedirme tú algo? ¿Qué harías?

Los ojos oscuros de Rory se tambalearon un segundo, inseguros.

—No entiendo...

—Sí lo entiendes. La última vez que pudimos hablar a solas, me diste un beso. Creí que me pedirías que te lo devolviera.

Entonces sí, el mozo comprendió el juego de la princesa.

—Devolvédmelo.

Fidelia esbozó una sonrisa tenue, se puso de puntillas y unió sus labios a los de él. No esperaba que la envolviera entre sus brazos y la apretujara contra

su pecho, pero lo hizo, y le gustó.

Los besos del muchacho eran más urgentes ahora, más intensos. Durante la primera vez había tenido cuidado. Mucho cuidado. Siempre había que tenerlo con la familia real. Rory había considerado la posibilidad de que la princesa hubiera tenido un momento de flaqueza, un instante de locura en el que ser, simplemente, una joven libre. Había llegado a asumir que aquello no se repetiría. Estaba equivocado. Estaba ocurriendo por segunda vez y era porque la princesa lo deseaba. Lo había buscado. Lo que significaba que disfrutaba de su compañía, ¿no? Que le gustaban sus besos...

Por eso se estaba dejando llevar.

De forma instintiva, se habían recostado sobre un montón de heno, ocultos por dos pequeños muros de madera a los flancos. Fidelia no se quejaba. A diferencia de lo que cabría esperar, no le disgustaba ensuciarse.

Ella se despojó de la túnica y la capucha que la habían ocultado, y Rory descubrió que solo llevaba una sencilla camisola blanca. Le besó el cuello, la clavícula... Colocó sus manos sobre sus pequeños pechos, sintiéndolos firmes y palpitantes. Aquello le volvía loco. Y el hecho de que aquella mujer fuera la princesa le añadía a la situación un toque de peligrosidad que resultaba interesante.

Inconscientemente, Fidelia había rodeado sus caderas con las piernas y él las sentía con fuerza junto a su piel.

Entonces, ella se detuvo. Agachó la mirada y sus párpados empezaron a moverse. Estaba pensando.

Era posible que estuviera recapacitando y se levantara de allí rápidamente antes de cometer un error del que arrepentirse. Si así era, Rory no podía culparle. Es más, le animaría a marcharse. Era lo más sensato.

—Alteza, si queréis iros..., podéis hacerlo. Es arriesgado para ambos, pero vos estáis en una situación mucho más compleja...

Fidelia le miró como si no le comprendiera.

—¿A qué te refieres? Lo que está pasando nos está pasando a los dos, ¿no? Participamos en esto por igual.

Rory carraspeó. No podía ser que no entendiera a qué se refería. Se estaba haciendo la tonta, pero él se vio obligado a aclararlo.

—La virtud de una mujer es importante, pero la de una princesa lo es todavía más.

—¿Asumes que soy virgen?

—Bueno, claro. —Titubeó—. ¿No lo sois?

—¿Te importa mucho?

El joven tuvo miedo de haberla ofendido.

—Solo lo preguntaba porque es algo... importante. Sois la hija del rey.

—¿Es importante para quién, Rory? Para mí no.

—Pero para los demás, para vuestro futuro esposo...

—Nadie tiene por qué conocer la situación en la que me encuentro. Eso es cosa mía.

—Entonces, ¿por qué os habéis detenido?

—Quería... —calló un momento, como si tratara de encontrar las palabras adecuadas— ser consciente de esto, de este momento. Pero no deseo parar.

Después se quitó la camisola y expuso su cuerpo ante el joven mozo de cuadra. Él lo miró como si acabara de encontrar un tesoro oculto.

Rory no quiso discutir más. Las cosas funcionaban de una determinada manera. Ambos lo sabían, y Fidelia era lista, así que ella se ocuparía de ocultar la verdad cuando fuera necesario. Esperaba que, a la larga, aquello no le salpicara, pero al verla allí, entregándose a él, tan preciosa, tan deseable, se convenció de que merecía la pena correr el riesgo.

Tocó su piel tersa con las manos y luego con los labios. Se quitó sus propias prendas.

Fidelia sentía curiosidad. Quería saber qué era aquello tan terrenal y casi divino al mismo tiempo. Aquello que hacía que el ser humano perdiera la cabeza.

El primer contacto fue suave pero doloroso. El segundo lo fue menos. El tercero hizo que se le erizara la piel. El resto resultó extraño y casi placentero. Casi.

Notaba su piel caliente, aunque no tanto como la de su compañero, que tenía la frente perlada por diminutas gotas de sudor. Al cabo de unos minutos, Rory tensó el cuerpo todavía un poco más, cerró los ojos, jadeó y se dejó caer sobre ella mientras la joven sentía una extraña y nueva calidez entre las piernas.

Le había gustado, pero no le había parecido tan extraordinario como se contaba.

Ahora que había pasado la excitación, ahora que su mente se enfriaba, la inquietud empezó a trepar por su subconsciente.

Hizo ademán de querer levantarse y él se apartó. Se vistió todo lo rápido que pudo, haciendo caso omiso a los comentarios ahogados de Rory, y salió de allí. Aquel iba a ser un día muy intenso y no le convenía estar distraída.

13

Tú eres el crimen

Bránvar se alzaba frente a ellas. Los pocos rayos que se filtraban entre el cielo encapotado acariciaban los tejados de las casas. Era una ciudad levantada sobre una gran pendiente coronada por el castillo, cuya silueta destacaba recortada sobre las montañas que protegían la capital de los vientos del este.

La comitiva que les guiaría a través de las calles hasta la residencia real aguardaba frente a las puertas.

Se había decidido que Elvia iría acompañada por un grupo de tres hadas, entre ellas Norcia, que asistía como portavoz de la reina Sibyl. Alanys también se hallaba allí, y eso era reconfortante a la par que desesperanzador, pues ella regresaría al bosque en breve y la dejaría sola en aquel extraño lugar. Al menos se quedaría con su montura de confianza, un majestuoso percherón blanco con el bajo de las patas de un tono amarronado y un cuerno del mismo color que le salía de la frente. Cargaba con todas sus pertenencias, que no eran muchas.

Cuando llegaron frente a la enorme muralla que protegía la ciudad, las hadas se quitaron las capuchas que hasta el momento habían cubierto su rostro. Viajar de noche no les había parecido precaución suficiente y, como segunda medida, se habían decantado por cubrir sus figuras. Además, les sería muy útil a su regreso. Las granjas y aldeas que había entre Bránvar y el bosque de Álandor estaban llenas de humanos que llevaban décadas oyendo que los feéricos eran el enemigo.

Los hombres del rey las miraron con una mezcla de recelo y fascinación. Vestían los colores nacionales de Myrendul: violeta y amarillo.

—Bienvenidas —saludó cordialmente un hombre de porte elegante y mirada afable—. Me llamo Luciano Mortier y soy consejero de su majestad.

Me ha enviado para recibiros y llevaros ante él.

Norcia avanzó unos pasos, sin llegar a acercarse demasiado. Sabía que los humanos se saludaban con muestras de afecto físico.

Tendió su mano. Le resultaba una práctica casi ridícula, pero era consciente que era crucial empezar con buen pie. Él le besó los nudillos y ella reprimió un mohín.

—Mi nombre es Norcia de Invierno —se presentó, tratando de olvidar el tacto húmedo de los labios sobre la piel— y vengo en representación de Sibyl de Primavera. Esta es Elvia de Otoño —la señaló—, y será quien nos represente en vuestra corte.

Luciano la miró con curiosidad y avanzó un paso hacia ella.

—Un placer conoceros, dama Elvia.

Ella, imitando a su líder, le tendió la mano para que él la besara. Lo hizo con delicadeza, pero también con la soltura de quien tiene muy arraigada una costumbre.

—Lo mismo digo, *lord* Mortier.

Él sonrió.

Abrieron el enorme portón y se internaron en la capital.

Elvia sentía un profundo interés por aquella urbe y las personas que la habitaban. Los guardias se habían situado alrededor de las feéricas, evitando que los plebeyos se acercaran a ellas más de la cuenta. Las miraban con extrañeza, miedo, esperanza... En los rostros de aquellas gentes se veía reflejada la continua incertidumbre en la que vivían los myrendulenses con respecto a las hadas. Algunos las temían. Otros las admiraban. Pero en general nadie podía olvidar lo útiles que habían sido antes de que el rey decidiera prescindir de ellas y declarar *non grata* su presencia en sus dominios.

Ahora volvían a estar allí, escoltadas por hombres de su majestad... ¿Era posible establecer una nueva alianza?

Elvia casi pudo sentir cómo empezaba a correrse la voz:

«Las hadas están en la ciudad».

«Se dirigen al castillo».

«¿Cómo es posible que estén aquí?».

Miró de reojo a Norcia, que permanecía ajena a todo lo que se comentaba. O eso parecía, pero para quien la conociera resultaba evidente que estaba prestando atención. Lo revelaba el ligero, ligerísimo, movimiento de sus orejas puntiagudas.

Ella misma fue el blanco de muchas miradas y cuchicheos. Su cabello azul y su belleza mística llamaban la atención sobremanera, igual que las demás hadas... Elvia, quizá, no tanto.

Llegaron a su destino.

El hogar de los Terrafil era una portentosa edificación de piedra clara que contaba con muralla propia. Desde los matabanes, varios hombres contemplaban a las recién llegadas. Las puertas estaban abiertas y, cuando las traspasaron, Elvia observó lo que había a su alrededor. Hombres y mujeres yendo de un lado para otro, transportando cosas, dirigiendo a grupos visiblemente atareados... Todos trabajaban para Saveiro.

La monarquía humana era muy distinta a la feérica.

Entonces, la joven mestiza se fijó en el castillo.

Tenía altos torreones, galerías que parecían interminables, contrafuertes detalladamente esculpidos y ventanas con cristales de colores conformando figuras geométricas y caleidoscópicas. Todo eso, en conjunto, logró quitarle el aliento. ¿Lo habían hecho manos humanas? ¿Cómo?

¿Cómo habían podido construir una serie de arcos simétricos y perfectos entre sí? ¿Cómo habían sido capaces de picar en la piedra hasta hacer aparecer aquellas figuras tan inquietantemente reales? ¿Cómo habían conseguido un efecto tan mágico pintando el cristal?

Miró a sus compañeras y descubrió que ninguna de ellas había prestado atención al entorno o se había sentido atraída por él.

En el interior, el chambelán ya los estaba esperando. Se presentó rápido, les pidió que se despojaron de sus túnicas y empezó a caminar. Mientras lo hacía y los demás le seguían, comentó la situación:

—Su majestad aguarda en el salón del trono junto a sus hijos y muchos de sus cortesanos. Está impaciente por recibirlos.

—Confiamos en no haberle hecho esperar demasiado —intervino Norcia, aunque en su tono había un timbre ácido.

El chambelán no contestó.

Los ujieres abrieron las puertas del salón y Elvia sintió los nervios tensando cada fibra de su ser. «Tranquilízate», se dijo. Cerró los ojos un instante, respiró hondo y avanzó junto a sus compañeras, siempre un paso por detrás de Norcia.

El salón del trono era amplio, aunque no lo parecía debido a lo abarrotado que estaba. Los miembros de la corte habían dejado un camino libre entre la entrada y el trono en el que descansaba Saveiro, cuya cabeza se elevaba por

encima de las demás gracias a una tarima cubierta por telas rojas y aterciopeladas.

Tenía una barba algo canosa y descuidada. El cabello, sobre el que se posaba una corona, le llegaba hasta la nuca con algunas líneas grises destacando sobre el tono oscuro.

Sus hijos aguardaban a su lado, de pie, con una postura rígida y erguida. Eran reconocibles para cualquiera. Los tres tenían el pelo rubio, pero, aparte de eso, resultaban muy distintos entre sí, y no era por el físico, sino por el aura que les envolvía. Las hadas tenían una sensibilidad especial para percibir esa clase de cosas, y Elvia también lo hacía, aunque con menos claridad.

A la derecha de su padre, Félix Terrafil estudiaba a las recién llegadas con interés. Sus ojos pardos no reflejaban nada más que un poco de tensión e impaciencia por ver a la nueva incorporación del castillo.

Junto a él estaba su hermana melliza, Fidelia, de la misma altura y de rasgos parecidos, aunque más agresivos. Su mirada clara resultaba intimidante; quizá se debiera a sus cejas tupidas.

Y, finalmente, el príncipe Váldemar.

Alto, con una barba incipiente, ojos grisáceos, de hombros anchos y la mandíbula apretada. Su semblante irradiaba una seriedad perturbadora.

Las hadas no se sintieron cohibidas por el entorno, aunque tenían motivos para ello, pues había muchos humanos, todos con sus ojillos inquisitivos puestos en ellas, en sus vestidos vaporosos y semitransparentes, sus pieles lisas y sin mácula, sus cabellos y uñas de colores.

Luciano se arrodilló ante el rey.

—Majestad, aquí os traigo a las enviadas de Sibyl de Primavera, reina de las hadas. Las lidera Norcia de Invierno.

Se puso en pie y, con un gesto, le cedió el turno a la susodicha.

Norcia avanzó a paso seguro e inclinó la cabeza respetuosamente ante Saveiro, que aguardaba expectante.

—Majestad —empezó—. Soy Norcia de Invierno, miembro del Círculo de la corte iridiscente y heredera de su majestad, la reina Sibyl, a quien represento hoy aquí. Conmigo se encuentran Eileen de Otoño, Alanys de Verano y Elvia de Otoño.

—Es un placer recibirlos —dijo Saveiro, aunque era evidente que mentía. No le resultaba agradable ver a las feéricas, pero se esforzaba por mantener la fingida cordialidad característica de las cortes reales—. Y me alegro de que hayamos llegado a un acuerdo, porque por eso estáis aquí, ¿verdad?

—En efecto. Las nueve consejeras nos reunimos para discutir vuestra propuesta y resolvimos que nos parecía una forma tan buena como cualquier otra de empezar a restablecer la amistad que un día unió a nuestros pueblos.

—¿Seréis vos quien se quede con nosotros?

—No, majestad —respondió ella, y se situó junto a Elvia antes de ponerle las manos sobre los hombros—. Elvia de Otoño será quien se traslade aquí y conviva con vuestra familia y vuestra gente.

Todas las miradas se dirigieron a ella. La observaron. Llevaba un traje llamativo; unas ramas con hojas pequeñas parecían brotar de la parte superior del vestido, que era de color verde, con reflejos amarillentos y una extraña textura que recordaba a un cielo estrellado. Las mangas, largas y vaporosas, dejaban sus hombros al descubierto, tras los cuales se distinguían dos imponentes alas, níveas en la raíz y azuladas a medida que se acercaban a los extremos. Era alta para ser un hada, y su cabello castaño estaba adornado con una discreta diadema de cuyo centro colgaba una pequeña gema verde.

Elvia había desviado la mirada hacia el suelo y, cuando la alzó, lo primero que vio fueron los ojos tormentosos de Váldegar. La estudiaba con un interés particular, pero en sus pupilas prendía la llama del desdén..., quizá del odio.

Tragó saliva y se dirigió a Saveiro para hacer una reverencia.

—Majestad —habló entonces—, será para mí un honor pasar unas semanas en vuestro hogar para allanar el camino hacia una nueva alianza.

Saveiro se levantó y caminó hasta ellas con el ceño fruncido y una expresión evaluadora.

—¿Y por qué habéis escogido a Elvia de Otoño y no a otra? ¿Ha sido una elección aleatoria o hay algo más?

Norcía suspiró. Se acercaba la tormenta. Nadie allí conocía la identidad de la hija de Emberia de Invierno. Sabían que se había quedado embarazada y asumieron que dio a luz, pero no conocían el nombre de la criatura ni cuál era su situación.

Era el momento de descubrirlo.

—Elvia de Otoño es una joven muy capaz, inteligente, tenaz y sacrificada —declaró Norcia, y Elvia no podía creer que ella, precisamente ella, la estuviera elogiando delante de tanta gente—. Además, tiene un profundo interés por aprender vuestras costumbres y entender la sociedad de Myrendul.

—Entiendo —murmuró el rey, mirando a Elvia de arriba abajo.

Norcía cogió aire.

—Y hay algo más —continuó—. Es la hija de Emberia de Invierno y Roldán Miraspil.

Aquello hizo que las exclamaciones y susurros que los presentes habían estado conteniendo se desataran irremediabilmente. Los ojos del rey se endurecieron y se alejó un paso de ellas.

Los príncipes se removieron, inquietos. Los ojos de Váldemar relampaguearon. Dio un paso al frente, y hubiera dado un segundo y un tercero de no ser porque su hermano pequeño le puso una mano en el abdomen y lo miró con una advertencia impresa en sus pupilas.

—¿Acaso es una especie de insulto? —masculló Saveiro.

Elvia se mantuvo firme.

—En absoluto, majestad —contestó Norcia—. No puedo ser más sincera cuando os digo que la reina Sibyl tomó la decisión con la mejor de las intenciones. Elvia es una mestiza, pero se ha criado con nosotras y comparte nuestra cultura. Sin embargo, también tiene sangre humana corriendo por sus venas. Si alguien debe juntar nuestros mundos de nuevo, tiene que ser ella.

—Es la hija de dos traidores declarados —recordó el monarca.

—Yo no debería tener que pagar por los crímenes que cometieron mis padres —soltó Elvia de pronto.

Había hablado con impertinencia; sus compañeras la miraron con los ojos muy abiertos y una sombra de desaprobación en ellos, pero no dijeron nada. Saveiro se acercó a la muchacha.

—Tú eres el crimen que cometieron, mestiza.

Elvia calló, pero no agachó la vista; le temblaron los párpados. Quería pestañear, mas le parecía un signo de debilidad. Y no deseaba achantarse ante Saveiro, aunque quizás hubiera sido lo más inteligente, dadas las circunstancias.

Constanza Lagos asistía al momento en silencio, pero con una atención excepcional.

—Increíble —farfulló Teobaldo a su lado.

A Constanza no se lo parecía. Las hadas habían sido listas. Muy listas.

Habían querido quitarse a la mestiza de encima durante un tiempo y aquel era un buen modo de conseguirlo. No obstante, y aunque aparentemente tuviera rasgos de hada, la joven también tenía facultades indudablemente humanas, y eso seguro que contrariaba a la corte iridiscente.

Toda Bránvar sabía que estaban allí; la semilla de la esperanza estaba plantada. Si el rey expulsaba a las feéricas y se retractaba del acuerdo y la reanudación de una alianza, se prendería una mecha de indignación entre sus súbditos. Tal vez era eso lo que buscaban las hadas, después de todo: crear inestabilidad y discordia.

No podía decir que no. Constanza solo esperaba que su cuñado lo viera con tanta claridad como ella.

El príncipe Félix temió que su padre fuera a tirarlo todo por la borda y se acercó a él para hacerle entrar en razón.

—Padre, nuestro objetivo es dejar las reyertas atrás y acabar con la enemistad —recordó—. No lo conseguiremos si no apartamos el rencor.

Pronunció las últimas palabras mirando a Elvia con algo parecido a la simpatía y ella se sintió bien al comprobar que no todos eran enemigos en aquel edificio de piedra.

Saveiro asintió y cerró los ojos un momento para no perder los nervios. Luego volvió a mirar a Norcia.

—Muy bien —dijo, y las voces de los cortesanos se apagaron—. Respetamos vuestra elección y aceptamos que Elvia de Otoño se quede con nosotros, pero tendremos que tomar algunas medidas de seguridad.

A Norcia no le inquietó la sugerencia. Arqueó una ceja.

—¿Qué clase de medidas?

—Un cepo para sus alas y el uso de hierro para mermar sus poderes.

A Elvia se le paró el corazón de golpe. ¿Un cepo? Era una salvajada, una forma sutil de tortura. En cuanto al hierro...

—Padre... —susurró Félix, incómodo.

—No sabemos si el hierro le afecta como a nosotras —replicó Norcia.

Eso era inesperado, aunque lógico. Saveiro reaccionó pronto:

—Bueno, pues es hora de comprobarlo. Bélicar —llamó.

El capitán de la guardia se acercó a ellos.

—¿Majestad?

—Tócala con la mano izquierda.

Dicha mano estaba cubierta por un guante de malla remachada.

Elvia miró a Norcia con una súplica en las pupilas, pero ella no estaba dispuesta a detener aquello. Bélicar dudó un segundo, pero al final obedeció a su rey. La mestiza no se atrevió a moverse. Cuando el capitán rodeó su muñeca con la mano, Elvia sintió cómo sus poros se estremecían y la piel empezaba a escocerle. Quemaba, pero no era la intensa abrasión que sentían las hadas normales.

Aun así, resultaba desagradable. Mucho. Fue entonces cuando retiró la mano con fuerza y se masajeó la muñeca, irritada.

Bélicar miró al rey, expectante.

—Servirá —dijo este—. ¿Algo más, Norcia de Invierno?

—¿Es necesario que se la trate con tan poca sensibilidad? Recordad que es nuestra representante.

Saveiro se la quedó mirando unos segundos.

—Váldemar, ven aquí —ordenó sin volverse—. Félix, retírate.

Sus hijos obedecieron y, cuando el primogénito estuvo junto a ellos, Elvia no pudo evitar que un escalofrío recorriera su espalda.

—Cada vez que mi hijo se transforma, cada vez que oigo sus aullidos sufridos en la oscuridad de la noche, los recuerdos se hacen más vívidos y a mi mente acude con una claridad pasmosa el rostro de quien le hizo esto, de quien destruyó mi familia. Y esta... criatura es hija suya. Entenderéis, Norcia de Invierno, que me sienta inquieto con su presencia y quiera tenerla controlada. Quizá preferáis regresar a vuestro bosque y barajar otras opciones.

El hada miró al rey con una mueca desdeñosa mal disimulada; el monarca casi lo disfrutó.

—No habrá necesidad —dictaminó ella—. Elvia de Otoño se quedará aquí, tal y como habíamos previsto, y aceptará las medidas que deseáis imponerle. ¿Verdad? —preguntó, mirándola directamente.

No tenía escapatoria. Negarse supondría dejar en evidencia a Norcia y su autoridad, y, por lo tanto, hacerle un desplante a la reina.

Suspiró, resignada.

—Sí —afirmó.

—Muy bien, entonces...

—Pero, majestad —interrumpió Norcia endulzando la voz, y rey alzó una ceja—, nosotras también queremos que hagáis algunas concesiones. La reina quiere que nos permitáis enviar a una de las nuestras de vez en cuando para tener una segunda opinión de cómo van las cosas por aquí. Se quedaría solo un día o dos, pero recabaría información objetiva y nos traería los informes que Elvia va a redactar. Os lo detalla en esta carta. —Y le entregó una misiva. El rey ojeó de prisa el contenido—. La emisaria sería Eileen de Otoño, aquí presente. ¿Eileen?

La aludida avanzó hacia ellos, apartándose un mechón de la cara.

—Majestad —saludó.

—Es una de nuestras hadas más veteranas —explicó Norcia—. Colaboró con vuestro padre durante su última visita a Audeval, nuestro estimado reino vecino.

—Sí, lo recuerdo —musitó el rey.

Es más, se acordaba de aquella hada en concreto. Era del todo perturbador comprobar cómo él, con el paso del tiempo, se había ido haciendo mayor,

primero fue un joven vigoroso y ahora era un adulto maduro cerca de la vejez, mientras que ella seguía exactamente igual, con aquel pelo violáceo y ese aspecto de muchacha de no más de dieciséis o diecisiete años.

Despejó su mente de esos pensamientos y asintió.

—Concedido —dijo—. Eileen tendrá permiso para ir y venir, pero entre visita y visita debe haber por lo menos quince días de margen.

—Así se hará.

—Bien. En tal caso, doy el encuentro por concluido.

Los cortesanos empezaron a dispersarse mientras compartían impresiones e ideas sobre lo que habían presenciado. Váldemar y el rey les dieron la espalda y se reunieron con su familia.

Elvia miró a sus compañeras para despedirse de ellas.

Eileen le apretó amistosamente la mano y le recordó que se verían en tan solo unas semanas. Alanys estaba algo más triste.

—Tendré que encargarme yo sola del parto de Perth —murmuró—. Cómo te has librado...

—¿Por qué? Será un momento muy emotivo.

—Ya. Sabes perfectamente el mal humor que tiene esa centáuride en circunstancias normales; imagínate cuando tenga que dar a luz.

Elvia rio y le estrechó la mano con afecto.

—Nos veremos a mi vuelta.

Por último, se dirigió a Norcia, quien por primera vez desde que había empezado la jornada se permitió dedicarle su habitual sonrisa envenenada.

—Pásatelo bien, *vorkiesh*.

Era evidente que disfrutaba con aquello. Elvia se limitó a dedicarle una mirada aburrida y se abstuvo de contestar.

Una vez sola, la princesa Fidelia se acercó a ella junto con su doncella de confianza, una mujer rechoncha, con pequeñas arrugas en el rostro coronado por una crespina blanca.

—Elvia —saludó Fidelia—, Brígida y yo nos encargaremos de tu estancia aquí. Lo supervisaremos todo y procuraremos que las cosas sean de tu agrado, en la medida de lo posible.

—Os lo agradezco, alteza, pero creo que me será difícil disfrutar de mi estancia con un cepo en la espalda.

Fidelia hizo una mueca.

—Es una medida desafortunada, sin duda; intentaremos contrarrestarla haciendo que te sientas bien. Mi hermano y yo estamos muy ilusionados con la posible reconciliación entre nuestras gentes.

Elvia forzó una sonrisa amable.

14

Rencores

En la sala privada del rey, una estancia revestida de madera con una enorme alfombra, varios tapices y una gran mesa cuadrada, Saveiro se había reunido con sus consejeros y su cuñada.

—¡Qué osadía! —se quejaba Teobaldo—. ¿Cómo se atreven a traernos aquí a esa mestiza? La hija de Emberia, nada menos.

—Yo creo que pueden tener razón en que es la mejor candidata —dijo Luciano en un tono conciliador—. Es una mezcla de las dos culturas, nada menos.

—A veces me inquieta tu falta de visión, Luciano, amigo —dijo Saveiro—. La chica puede sentir rencor por lo que pasó, aunque no estuviera allí. No creo que haya decidido ignorar el hecho de que le arrebaté a su madre.

—Y también a su padre —añadió Constanza.

—Sí, también.

—Eso no es del todo así —objetó Luciano—. Sus padres incumplieron la ley y hubo consecuencias. Ella lo entiende, y si está aquí es porque apoya la idea de aliarnos de nuevo.

—Sandeces, Luciano —bramó Teobaldo—. Las hadas nunca han mostrado el menor interés por que las cosas cambien y ahora de repente están dispuestas a todo.

—Nunca les dimos la oportunidad. Cuando su majestad cayó enfermo, vieron la ocasión de reparar el error cometido por su antigua reina con el rey Adelfo.

—Fueron nuestros príncipes quienes acudieron a ellas. Si no lo hubieran hecho, seguirían recluidas en el bosque, ajenas a lo que pasa aquí y sin el

mínimo interés de volver a colaborar. Son una amenaza, y la vida de nuestro rey está en peligro.

Constanza, harta de tanta palabrería, se obligó a intervenir:

—Si hubieran querido deshacerse del rey, habrían rehusado la petición de mis sobrinos y le habrían dejado morir en su lecho.

—Quizá quieren que nos confiemos para darnos un golpe más mortal. Pero las hemos perseguido durante mucho tiempo y, lo sean o no, llevamos años convirtiéndolas en criminales a ojos de la gente. No me creo que no sientan rencor.

Constanza chasqueó la lengua.

—Ya, yo tampoco me lo creo —admitió—. En cualquier caso, no podíamos rechazarlas después de llegar tan lejos. Bránvar ya sabe que están aquí y es cuestión de tiempo que todo Myrendul se entere. Saben que hemos retomado las relaciones con el pueblo feérico; detenerlas ahora levantaría muchas ampollas.

—Nuestros ciudadanos saben que son peligrosas, entienden que no son como nosotros, que son el enemigo.

—Ser diferentes no implica que tengamos que ser enemigos —puntualizó el rey—. Cada uno de los reinos del continente cuenta con una corte iridiscente. Incluso Audeval, nuestro país vecino, mantiene buenas relaciones con los feéricos del bosque de Odelís, y la realidad es que antes nosotros éramos una nación más próspera que ellos, pero ahora no solo nos han alcanzado, sino que nos superan en casi todos los ámbitos. Eso es indiscutible. Y si el rey Eberardo es capaz de lidiar con estas infames criaturas y beneficiarse de ello, yo también debería poder hacerlo.

Constanza no había barajado la posibilidad de que la nueva política de su cuñado estuviera impulsada también por la rivalidad existente con Audeval, pero, ahora que lo pensaba, se daba cuenta de que tenía sentido y se reprendió en silencio por no haberlo visto antes.

Siempre había habido tensión entre los Terrafil y los Marantil, la dinastía que regía Audeval, y los conflictos diplomáticos habían sido muy habituales a lo largo de la historia de ambos reinos, aunque en los últimos años Myrendul había tenido tantos problemas internos que dejó a un lado la política exterior.

—Pues ya está hecho —recordó Luciano—. Y si manejamos el asunto con prudencia, no tendremos que arrepentirnos de nada.

—Eso espero —farfulló su majestad—, aunque sigo sin fiarme de Elvia.

—Tal vez sea distinta a su madre —dijo Constanza, encogiéndose de hombros—. Tal vez no. Así que recomiendo precaución.

—Lo de las medidas de seguridad no era un farol, querida cuñada. No sé cuánto poder tendrá esa muchacha o si tiene algún poder en absoluto, pero no necesito saberlo. Evitaré cualquier riesgo aplacando sus capacidades feéricas... Sean cuales sean.

Váldemar se encontraba en sus aposentos, pensando. Con una mano se apoyaba en la repisa de la chimenea de piedra y con la otra sujetaba la copa de vino. El alcohol no le afectaba demasiado, y los médicos del castillo ya le habían informado de que con toda seguridad se debía a su condición de licántropo, al igual que el hecho de no enfermar nunca o tener el oído más agudizado de lo normal, incluso en su forma humana. Eran ventajas y no estaban mal, pero no compensaban ni de lejos el daño causado por la bestia que se ocultaba en su interior y que solo obedecía a la luna.

Después de casi veintiún años conviviendo con aquello, de no haber conocido otra cosa, todavía se le hacía un nudo en la garganta.

Ahora tenía en su casa a la hija de la culpable. Elvia de Otoño. No la conocía; no sabía cómo pensaba ni cuáles eran sus verdaderas intenciones, pero la sangre de Emberia seguía viva en ella y eso era suficiente. Resultaba curioso que pudiera odiar tanto a una mujer de la que ni siquiera guardaba recuerdos. Aunque no fue una mujer, no como las que él conocía. Fue un hada. Una feérica. Una criatura rencorosa, vengativa y sin escrúpulos.

Había que serlo para atacar a un recién nacido y condenarle de por vida.

Su padre, a pesar de no haberle tratado nunca demasiado bien, compartía su punto de vista. Pero sus hermanos..., sus hermanos estaban pasando por alto lo que sentía. Sus circunstancias, su condición. Fidelia estaba ilusionada con la recién llegada y la etapa que se avecinaba, y Félix había adoptado una actitud protectora con la mestiza. No era evidente para quienes no lo conocieran bien, pero a Váldemar le habían bastado un par de gestos para darse cuenta.

Suspiró, descorazonado.

Oyó unos pasos acercándose a su alcoba justo antes de que Saveiro abriera la puerta y entrara. Era raro que quisiera hablar.

—Padre —saludó él, dando un último sorbo a la copa y dejándola sobre una mesa. Tragó—. ¿Qué pasa?

—Aquí tengo las piezas que usaremos para mermar los poderes de la mestiza —dijo, y abrió la mano para mostrarle unos pequeños cilindros metálicos—. Se los colocaremos en el pelo y la debilitarán, aunque no le

harán daño. Tampoco me interesa tenerla berreando todo el día; solo quiero que esté bajo control.

Váldemar alzó una ceja.

—¿Estás seguro de que servirán?

—Ya sabes que tengo un equipo de estudiosos dedicados a aprender todo lo posible sobre los feéricos. Me han asegurado que surtirá efecto.

—¿Y por qué me lo cuentas?

—Porque lo justo es que se los pongas tú.

El príncipe parpadeó un par de veces, pensativo. Separó los labios para contestar y los volvió a juntar antes de decir nada. Lo cierto era que no le entusiasmaba la idea. Cuanto menos tuviera que lidiar con la joven, mejor. Aun así, no quería negarse y posicionarse en contra de su padre. Hacía tiempo que había desistido de intentar complacerle, de querer compensarle por ser un monstruo. Pero eso no significaba que estuviera dispuesto a agravar todavía más la aversión que Saveiro ya sentía por él. Cogió las piezas.

—Se los pondré.

—Bien. Es lo más lógico. —Hizo una pausa y se le ensombreció el rostro—. ¿Sabes? Si Emberia hubiera logrado escapar...

—Pero está muerta, padre —le recordó el príncipe, despacio.

—Así es. Pero no nos privaremos del gusto de hacer que su hija lo pase un poco mal, ¿verdad? Tal vez consigamos que Emberia se retuerza de rabia e impotencia en el más allá.

Váldemar no sabía qué contestar. El rencor y el resentimiento que sentía su padre era profundo, como una oscuridad que se aferraba a cada rincón de su alma y de la que ya no podía deshacerse.

—¿Cuándo le pondréis el cepo?

—Es lo próximo que voy a hacer.

Hada sometida

La alcoba que le habían asignado era bastante mejor de lo que Elvia esperaba. Espaciosa, con una ventana frente a la puerta, la enorme cama a la izquierda, una silla acolchada, una mesa redonda y un baúl para que pudiera meter sus ropas, aunque no había traído gran cosa. La costurera del palacio tendría que confeccionarle nuevos vestidos, pues pretendía rendirse a la moda de la corte para que fuera más sencillo encajar. Sobre la pared había dos tapices y un espejo.

—Como ves —estaba diciendo Fidelia—, tienes vistas a Álandor. No se ve mucho, parece una suave mancha horizontal al fondo, pero pensé que te haría ilusión poder ver tu bosque, saber que sigue ahí.

—Muchas gracias, alteza. Sois muy considerada —contestó ella, sincera.

—No hay de qué. Vas a estar aquí bastante tiempo, es preferible que te sientas a gusto. ¿Brígida? —llamó—, nuestra invitada va a necesitar vestidos y algunos abalorios. Puedes recurrir a mis propias joyas si no encuentras algo que te convenza.

—Alteza, no es necesario... —empezó la mestiza.

—Insisto.

—La princesa es muy generosa, dama Elvia —dijo Brígida con una sonrisa—. Aprovechadlo.

Atusaba las sábanas de la cama con la soltura y naturalidad de quien está acostumbrado a hacerlo a diario.

—En esta ala del castillo se encuentran las cámaras de muchos de los cortesanos, así que mis aposentos no están aquí, pero no se tarda nada en llegar. Cuando necesites algo, lo que sea, puedes venir a verme —explicó Fidelia.

—Aunque es posible que no la encontréis cuando la necesitéis —aclaró Brígida—. Siempre tiene muchos quehaceres, y no cerca de aquí.

—¿Ah, sí? —inquirió el hada.

Fidelia se encogió de hombros con fingido desinterés.

—No es nada especial. Cabalgar por los prados, visitar la ciudad disfrazada de plebeya, asistir en secreto a representaciones teatrales, practicar tiro con arco, nadar en el río al pie de las montañas...

A Elvia se le escapó el principio de una sonrisa mientras alzaba mucho las cejas.

—Sois una princesa peculiar —comentó.

—Gracias —sonrió ella, visiblemente satisfecha.

—Imagino que todo eso lo hacéis a escondidas.

—No es que lo oculte, pero sí, procuro evitar que ciertas personas se enteren. Mi hermano mayor, mi tía... Aunque creo que a ella rara vez se le escapa algo. Si no me dice nada es porque no quiere discutir.

—Constanza es una mujer muy lista, sin duda —comentó la doncella.

Elvia creía haberla visto en el salón del trono, pero no tenía un recuerdo muy nítido... Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la llegada del capitán de la guardia, dos de sus hombres, el rey y el príncipe Váldemar.

A la joven no le pasó desapercibido que el capitán estaba sosteniendo un pequeño cepo plateado.

Fidelia y Brígida se tensaron, pero no dijeron nada. Y Elvia solo contuvo el aliento.

—Dama Elvia, necesito que os arrodilléis para que mis hombres puedan colocároslo —dijo Bélicar, alzando el cepo.

Ella notó cómo una gota de sudor le caía por la sien y se sintió mal. Las hadas no sudaban.

Les dio la espalda a los recién llegados, tragó saliva y, sin rechistar, se arrodilló. Los hombres de Bélicar no eran especialmente cuidadosos, pero sí eficientes. Ella plegó las alas hacia abajo, como si fueran una capa, y los humanos se sorprendieron al comprobar lo flexibles y fuertes que eran.

—El cepo no es de hierro puro, como ya habrás notado —explicó el rey—. Se trata de una aleación que se aleja mucho del metal original. Así solo será una molestia soportable sobre tu piel. Es posible que ni lo notes. Espero que no olvides mi benevolencia.

Elvia cerró los ojos cuando sintió que se cerraba alrededor de las protuberancias que tenía en la espalda. La angustia la invadió de golpe y empezó a respirar con dificultad, abrumada por la intensa sensación de

asfixia. Los demás, que notaban lo acelerada que estaba, esperaron a que se calmara. Fidelia se agachó y le tocó el brazo con suavidad.

—Ya está, Elvia. No pasa nada.

Pero sí pasaba. Para un hada, que anularan sus alas tenía el mismo efecto que si le hubieran amputado un miembro.

Cuando se incorporó de nuevo con ayuda de la princesa, tuvo la sensación de que estaba a punto de caer, y así hubiera sido si Váldegar, que tenía muy buenos reflejos, no la hubiera sujetado con fuerza por el codo. Lo hizo de forma instintiva, y enseguida la soltó. Elvia se volvió para mirarlo y tuvo ganas de darle un puñetazo. Había contemplado con indiferencia cómo le privaban de su libertad de volar y ahora actuaba como si quisiera ayudarla. Notó la ira subiéndole por la garganta, pero, una vez más, contuvo sus emociones.

Se irguió del todo, echando de menos sus alas, que también le servían para equilibrarse. Tendría que aprender a caminar con firmeza y seguridad sin ellas.

—Mi hijo se encargará de atarte unas piezas de hierro al cabello que harán que tus poderes mengüen; no te causarán ningún dolor.

—Siéntate ahí —ordenó Váldegar, señalando la silla con un simple movimiento de cabeza.

Elvia hizo una mueca y obedeció.

—En fin, caballeros —dijo Saveiro, refiriéndose a los guardias—, ya hemos terminado aquí.

Lo que significaba que se iban, y Elvia sintió un profundo alivio.

Una vez solos, Fidelia miró a su hermano, furiosa.

—¿De qué vas?

—Cumpro órdenes.

—Seguro que lo harías aunque no te lo hubieran dicho.

—¿Y qué si es así? ¿Tan incomprensible te parece?

—Esa actitud no ayuda a que las cosas vayan a mejor.

—Hermana, me parece muy bien que tú y Félix soñéis con nuevas políticas y una era de colaboraciones y paz, pero son tus ideas, así que no me obligues a luchar por ellas —exigió, situándose detrás de Elvia.

La princesa bufó con desdén y puso los brazos en jarras, frustrada.

Váldegar le cogió un mechón de pelo a Elvia y, cuando iba a enganchar la pieza, ella le detuvo.

—Quiero hacerme trenzas —dijo mientras se llevaba las manos al cabello—. Las hadas nos trenzamos el pelo.

—Pues viéndote a ti no lo parece —apuntó el príncipe.

—Quería lucir un peinado poco simbólico, ser más... neutral. Ahora he cambiado de idea. Concededme eso al menos.

En vista de que se lo estaban arrebatando todo, de que estaban aplastando su identidad, quería hacer algo que le recordara quién era y de dónde venía. Tal vez fuera una estupidez, pero en aquel momento le pareció un detalle por el que debía luchar.

—De acuerdo —farfulló Váldemar, y puso los ojos en blanco—. Aprovecharemos para colocar las piezas. Fidelia...

—No, Val, no cuentes conmigo y no finjas que me necesitas. —Miró a Elvia—. Cuando éramos pequeños y yo ganaba a algún juego, le obligaba a que me trenzara el pelo porque era lo que más me gustaba. Brígida tuvo que enseñarle.

—Y debo decir que su alteza aprendió muy deprisa —añadió la doncella.

Elvia se imaginó a una pequeña Fidelia y a un joven Váldemar jugando, persiguiéndose, irritándose, pero también riéndose. Aquella imagen no se correspondía con el hombre que ahora tenía a su lado.

—No quiero tener nada que ver con esta práctica tan horrible —concluyó la princesa—. Apáñatelas.

Él puso los ojos en blanco y suspiró.

—Está bien, acabemos de una vez.

Sin ninguna delicadeza, le trenzó cuatro mechones repartidos a lo ancho de su melena castaña. No pudo evitar fijarse en que sus orejas eran tan redondas como las de cualquier mujer. Le sorprendió y pronto se dio cuenta de que no debería haberlo hecho. Le colocó las piezas a medio camino y al final de cada trenza. Ella sintió cómo la magia que palpitaba en su interior se dormía.

—Ya está —anunció el príncipe antes de irse—. Hasta mañana, Fidelia.

Y cerró la puerta tras de sí.

—Perdónale —pidió Fidelia, molesta con la actitud de su hermano, pero sintiéndose obligada a excusarle—, tiene un carácter difícil.

—Supongo que no podemos culparle —dijo Elvia—, y mucho menos yo.

La princesa frunció las comisuras de los labios.

—Todos nos sentimos responsables por el comportamiento de nuestros padres, pero la realidad es que nada es culpa nuestra. Estamos pagando las consecuencias de su disputa.

Elvia asintió, dejándose convencer, aunque, por mucha lógica que tuvieran sus palabras, costaba mantenerse al margen de lo que pasaba. No

había conocido a su madre, pero ¿y si era como ella? Al fin y al cabo, era su hija. Carne de su carne y sangre de su sangre.

—Vámonos a los jardines a pasear —propuso Fidelia—, tenemos muchas cosas de las que hablar.

Una sombra de lo que fue

Constanza recordaba la ejecución de Roldán Miraspil.

Lo ahorcaron en la plaza de la Justicia, en el centro de la ciudad, a los pies de uno de los santuarios más importantes. Todo el mundo acudió a ver el espectáculo. Las ejecuciones públicas llamaban mucho la atención de la gente, y Saveiro se había ocupado de que los pregoneros crearan expectación. Aquello serviría de advertencia y recordatorio para cualquiera que simpatizara con las hadas.

El rey y su esposa también estuvieron allí, separados de la multitud por un destacamento de guardias reales y acomodados en asientos que habían dispuesto para ellos bajo una tienda desmontable.

Constanza se sentó al lado de su hermana, cuyo embarazo estaba ya avanzado y precisaba de compañía y ayuda puntual.

El hombre al que iban a ajusticiar tenía veinticuatro años y era un simple granjero que vivía a las afueras. Estaba acusado de confabular con el enemigo, ya que se había casado con una de ellas y la había dejado encinta.

Cuando lo llevaron hasta el cadalso, presentaba un aspecto deplorable. Su cabello rizado y marrón se veía enmarañado y sucio. Tras las semanas que había pasado en los calabozos, no estaba ni bien alimentado ni bien hidratado. Pero eso importaba poco. Iba a morir esa tarde.

Le colocaron la soga mientras decían su nombre y enumeraban sus delitos.

Cuando abrieron la trampa y su cuerpo cayó, no lo hizo con la fuerza suficiente como para que se le rompiera el cuello, así que empezó a sacudirse en un banal intento por liberarse. El rostro se le iba hinchando y su piel

adquirió una tonalidad azulada nada agradable. Genoveva desvió la mirada, pero Constanza, no. Ella apenas parpadeó.

Cuando Roldán exhaló su último aliento y se quedó completamente quieto, su cuerpo aún se balanceaba.

Constanza suspiró, abrumada por el recuerdo. Ya habían pasado veintiún años. El paso del tiempo era aterrador, por eso procuraba no pensar mucho en él. Para las hadas era diferente, claro. Ellas vivían mucho más. Seguirían allí cuando todos los miembros de la corte hubieran muerto, e incluso cuando Félix fuera un anciano, la reina Sibyl seguiría siendo la soberana del Bosque Maravilla.

Morían, sí, pero tardaban un par de siglos en hacerlo. Y no perdían su belleza. Muchas eran criaturas de cien años de edad con la apariencia de una chica de dieciséis, diecisiete o dieciocho años. Excepto Elvia. Ella sí parecía tener la edad que le correspondía. Carecía de ese aire adolescente que tenían las demás. ¿Habría heredado la longevidad de sus compañeras o sería tan mortal como lo fue su padre?

Posiblemente ni siquiera ella lo supiera.

Abrigió a su hermana poniéndole un chal sobre los hombros. Le había contado las últimas nuevas acerca de la llegada de Elvia de Otoño, pero, como siempre, Genoveva había permanecido impasible. Parecía una cáscara sin contenido, una sombra de lo que fue. Le besó en la mejilla mientras cerraba los ojos con fuerza y procuraba que su corazón no se agrietara.

Lago de Vida

—Habládme de vuestra familia, alteza —solicitó Elvia mientras caminaba junto a Fidelia, con los brazos entrelazados por insistencia de la princesa.

Había sido un bonito detalle, pues la joven se había percatado de que, con sus alas inhabilitadas, su invitada todavía no mantenía el equilibrio todo lo bien que habría deseado, aunque empezaba a acostumbrarse.

—Muy bien... —dijo—. A mi padre ya lo conoces. Tiene una personalidad complicada, pero no es malo. Aunque imagino que a ti debe de costarte creerlo.

Pues sí, le costaba.

—Sois su hija, es normal que penséis bien de él —respondió, diplomática—. Y no quiere decir que os equivoquéis; los hombres pueden ser buenos para unos y malos para otros, depende de tu punto de vista y del lado en el que te sitúes.

—Hablas como los viejos filósofos.

Elvia frunció el ceño.

—¿Filósofos?

—Sí, ancianos muy sabios que se dedicaron a redactar en manuscritos sus pensamientos y reflexiones más profundas.

—Nosotros no tenemos de eso.

—¿No tenéis legado escrito?

—No.

—Qué lástima. Seguro que podríais haber aprendido muchas cosas de vuestros antepasados.

—Algunos feéricos tienen memoria heredada.

Fidelia alzó las cejas.

—¿Qué es eso?

—Así como vos habéis heredado ciertos rasgos de vuestros padres, algunos feéricos heredan los recuerdos de sus progenitores.

—Suenan muy interesantes.

—Sí, pero a veces también es un lastre. Uno no siempre quiere conocer el pasado de aquellos a quienes ama. No todos los recuerdos que se heredan son buenos.

—Oh, entiendo. En fin, volviendo al tema que nos ocupa... Mi tía Constanza vive con nosotros desde que nació mi hermano mayor y, aunque no ostenta ningún cargo oficial, puede tomar decisiones importantes y goza de la confianza del rey. A veces nos deja durante unos días para visitar sus dominios al sur de Myrendul.

—¿No está casada? Tengo entendido que las humanas debéis casaros si queréis prosperar.

—Sí, bueno... Es una especie de regla que hay, aunque no es una obligación ineludible. Mi tía estuvo a punto de casarse, pero su prometido murió antes de que pudieran hacerlo. Creo que eso le llenó de una tristeza con la que aún carga hoy en día. Al menos, eso dicen quienes la conocieron en aquella época.

—Suenan tristes.

Fidelia se encogió de hombros.

—Cosas que pasan. El caso es que no tuvo hijos y su padre falleció antes de que pudiera conceder su mano de nuevo. Y como mi madre se había desposado con el rey, heredó el condado de Los Lagos.

La mestiza aspiró el aroma de las rosas rojas que adornaban los arbustos perfectamente recortados de los jardines. Escuchó con atención el rumor del agua de las fuentes. Era un ambiente agradable que le recordaba a Álandor, su bosque, pero resultaba menos caótico, más armónico. Le agradaba.

—¿Qué hay de vuestro hermano mellizo? —inquirió.

—Félix es muy distinto a mí —contestó Fidelia—. Es una persona seria, responsable, generosa... Sabe cuáles son sus deberes y qué es lo que se espera de él, por eso lleva toda la vida trabajando para estar listo y desempeñar bien su papel de rey.

—Parece sacrificado.

—Lo es, pero a él no le importa. Por otro lado, tiene una faceta artística que pocos conocen...

Elvia alzó las cejas con repentino interés.

—¿A qué os referís?

—Le gusta tejer. Hace bordados e incluso algún tapiz... Y son muy bonitos. No es que haya podido hacer muchos, es una tarea que requiere tiempo, y a él no le sobra. Pero los que ha hecho son preciosos.

—Resulta curioso. No es una cualidad muy común, ¿no?

—En absoluto. A mí me han intentado enseñar a coser mil veces, mas soy una negada. La costura me aburre muchísimo, pero se supone que es una de las actividades a las que más tendría que dedicarme.

Elvia frunció el ceño.

—Los humanos tenéis costumbres muy peculiares.

—No intentes ser educada, Elvia. La palabra es *absurdas*. Costumbres absurdas.

Fidelia quiso entonces enseñarle todas las estancias del castillo que podría usar. Se dirigieron a uno de los patios empedrados, subieron por unas escaleras y recorrieron las galerías de madera que se elevaban sobre las paredes de piedra y delimitaban la estructura exterior del alcázar.

Cuando llevaban solo un par de minutos caminando, llegaron a una zona más pequeña y apartada, desde la cual se veía muy bien uno de los patios. Allí estaba la armería y había varios monigotes sujetos a un poste fijado al suelo. Váldemar y un niño de unos once años portaban unas espadas de madera. El príncipe le enseñaba algunas cosas al pequeño, practicaban movimientos y posiciones. Llevaba botas altas, unos pantalones oscuros y una camisa blanca y holgada que ahora se adhería a su piel debido al sudor. Elvia pudo distinguir la contracción de los músculos bajo la tela y se preguntó por qué demonios aquel detalle había llamado su atención.

Era raro, pero había algo atrayente en la anatomía masculina. No era una ocurrencia que tuviera solo al mirar al príncipe, sino que podía apreciarlo en muchos otros hombres; por ejemplo, en el capitán de la guardia, Bélicar Caiss. Váldemar cogió un saco relleno de arena, lo que provocó que se le endureciera el bíceps y Elvia sintiera que no podía apartar la vista. Qué reacción tan estúpida.

Él colocó el saco debajo del monigote de prácticas.

—Es Wil Kartai, el hijo pequeño del condestable real —explicó Fidelia, que se había percatado de que su acompañante tenía los ojos puestos en lo que sucedía bajo las galerías—. Mi hermano le enseña a pelear desde hace un tiempo. Es muy buen espadachín y todo eso. Además, se le dan bien los niños.

Desde luego, la complicidad entre ellos era palpable.

—Ya veo.

Siguieron caminando hasta que se adentraron en el castillo. Fidelia le mostró la sala de festejos, donde se celebraban banquetes y bailes, el salón de ocio, donde tendría la oportunidad de charlar con otros cortesanos o jugar al ajedrez, y las cocinas, donde podría ir a pedir algo de comida en caso de que se sintiera hambrienta.

—Aquí se prepara el mejor estofado del reino —dijo la princesa con orgullo.

—Es bueno saberlo, alteza, pero nosotras no comemos carne.

—Oh, sí, algo me habían comentado. Pero ¿no coméis nada de nada? ¿Ni siquiera pescado?

—Ni siquiera pescado.

—¿Es porque no queréis o porque no podéis?

—Ambas cosas. Nos resulta impensable; nosotras nos dedicamos a cuidar de la naturaleza.

—Pero coméis plantas, frutas, verduras...

—No son animales, hay una diferencia.

—Vaya, yo...

—Oh, no, no os excuséis, alteza. Los humanos sois omnívoros y está en vuestra naturaleza comer carne.

—¿*Omniqué*?

—Nada. Son términos que empleamos nosotras.

La princesa no indagó más. Abandonaron la estancia y Fidelia pasó a hablarle de la biblioteca:

—Tiene cientos de libros a disposición de todo el mundo. También hay mesas y sillas donde poder estudiar los volúmenes.

Cuando llegaron allí, Elvia quedó impresionada. Algunas paredes estaban revestidas de madera pintada, otras eran de piedra, y se habían construido huecos en ellas para poder colocar los libros. Había un enorme ventanal que tocaba tanto el suelo como el techo y dejaba pasar oleadas de luz. Un par de mesas con sillas estaban colocadas en el centro.

—La mandó construir el rey Galard II, que era un amante de la literatura, la filosofía y todas las disciplinas que pudieran preservarse por escrito —explicó Fidelia—. Durante su reinado, se dedicó a recopilar los volúmenes más raros que encontraba en sus viajes. Fue el último rey de la dinastía Vailis.

—¿No tuvo hijos?

—No. No se casó. Se dice que prefería la compañía masculina. —La princesa dio aquel dato con una naturalidad pasmosa, y no es que a Elvia le escandalizara, pero sabía que aquello no era habitual entre humanos. O quizá

lo fuera, pero quienes no lo entendían se habían asegurado de que los demás tampoco lo hicieran, convirtiéndolo en algo que convenía ocultar—. De cualquier otro hombre no tendríamos por qué pensar así. El deseo de permanecer soltero no está reñido con que te gusten o no te gusten las mujeres. Pero él era un rey y sobre él caía el peso de su dinastía. Tenía que haber algo más fuerte que su deseo de mantener la soltería, porque, al final, su linaje murió con él.

—¿Cuánto hace de eso?

—Más de cien años. Mi tatarabuelo le sucedió y así comenzaron a gobernar los Terrafil.

El hada asintió y observó la sala con interés. A la derecha había un arco a través del que podía pasar a otra habitación que, por lo que pudo ver desde donde estaba, conducía a una estancia idéntica a la que se encontraban. Y allí descubrió al príncipe heredero, sentado y con los codos apoyados sobre la mesa de roble. Tenía un libro abierto ante sus ojos.

—Alteza —llamó una mujer.

Las dos muchachas se giraron y vieron a Brígida acercándose desde el pasillo.

—Alteza —repitió, esta vez en voz más baja—, acaba de llegar Marina Amarsil. Tiene todas las telas preparadas.

La princesa miró al hada y se encogió de hombros, como si se excusara.

—Lo lamento, Elvia, tienen que hacerme un vestido y debo atender a la costurera.

—No os preocupéis, alteza. Me quedaré aquí.

—Muy bien. ¡Hasta luego! —Tras despedirse agitando una mano, empezó a caminar apresuradamente hacia sus aposentos. Brígida le dedicó una rápida sonrisa a Elvia y se fue tras su señora.

Así que la joven ahora estaba sola y con mucho tiempo libre. Lo que la princesa le había comentado sobre Galard II le hizo pensar que sabía poco de la historia de Myrendul, y una forma de que las relaciones entre ambos pueblos prosperaran era que se conocieran bien. Buscó por las estanterías algún título sugerente, pero no lo encontró. Quizás estuvieran en la otra estancia.

Cruzó el arco y saludó al príncipe.

—Elvia —dijo él—, creí que os habíais marchado con mi hermana.

—No, le dije que me quedaría por aquí.

—Disculpadme, estaba tan sumergido en la lectura que apenas me he dado cuenta de nada. ¿Necesitáis algo?

—Sí. Quisiera leer sobre la historia de Myrendul.

Los ojos de Félix se iluminaron, adivinando los motivos por los que su invitada quería indagar en aquella temática.

—Allí —señaló, apuntando con el dedo índice a una estantería.

Elvia leyó los títulos grabados en el lomo y cogió uno llamado Myrendul: la historia de un reino.

Se sentó frente al príncipe y abrió el tomo.

—¿Sobre qué leéis vos? —inquirió amablemente.

—Sobre feéricos —contestó él con una media sonrisa.

—¿En serio?

—Así es. Creo que es el momento de aprender todo lo que pueda saber sobre vosotros. Si vamos a ser amigos, mejor estar preparados. —Calló un momento y señaló el libro que estaba abierto ante Elvia—. Veo que vos habéis llegado a la misma conclusión.

Elvia sonrió.

—Así es.

—Mi hermano haría un gran trabajo diplomático si no tuviera sus reparos. Hace años que se leyó todo lo que tenemos sobre hadas y seres del bosque.

La mestiza suspiró.

—Supongo que cualquiera de nosotros hubiera hecho lo mismo en su lugar.

—Es posible. Yo lamento no haberlo hecho antes. Aunque nuestro contacto fuera nulo, las hadas siempre habéis estado ahí. Y también sois súbditas del rey, aunque os rijáis por vuestras normas y tengáis vuestros dominios.

—Pero de cara a cualquier reino extranjero nosotras somos hadas myrendulenses —reforzó ella.

—Exacto.

—No os inculcaron curiosidad por mi gente, alteza, sino todo lo contrario. Es normal que no os parais a estudiarnos.

—En cualquier caso, procuraré reparar ese error durante estos días.

—Me alegra oírlo.

—¿Puedes resolverme algunas dudas?

Elvia parpadeó, sorprendida.

—Sí, claro.

—Aquí pone que las hadas os reproducís sin necesidad de un macho de vuestra especie.

La joven miró a Félix con cariño al darse cuenta de que pasaba por alto el hecho de que fuera una mestiza y la trataba como si fuera un hada completa.

—No existen machos de nuestra especie —respondió.

—Sí, eso dice, y que procreáis mediante la naturaleza. Es decir, es la propia tierra la que os deja embarazadas. ¿Eso es así?

—Más o menos. En los grandes bosques donde residimos siempre hay un lago con propiedades especiales. Se llaman Lagos de Vida.

—También lo he leído. Por lo que he averiguado —prosiguió, posando sus pupilas sobre las páginas para recordar las palabras exactas—, las hadas se sumergen en sus aguas cuando los astros son propicios y dejan que la esencia del lago entre en ellas y engendre una nueva vida en sus vientres. —Hizo una pausa en la que frunció el ceño—. ¿Cómo funciona eso exactamente? ¿A qué se refiere con lo de los astros?

—Veréis —empezó ella, cogiendo aire—, esos lagos no son elementos naturales normales y corrientes. Son canalizadores. En ellos se concentran grandes cantidades de la energía que fluye por la tierra, por nuestro mundo. Por eso, los Bosques Maravilla, como los llamáis, crecen a su alrededor y no en cualquier otro sitio.

—Eso tiene sentido. ¿Qué hay de la esencia que os deja embarazadas?

—Es energía pura. Lo que vosotros llamáis magia.

—Ah, de acuerdo, ya entiendo... ¿Y en qué ocasiones aparece?

—Permitidme que os diga, alteza, que el libro que estáis consultando parece un poco incompleto —comentó ella, sardónica.

—Sí, ya lo veo. Quizás haya más información en algún tomo más reciente. Aunque también os tengo a vos —comentó con una ceja elegantemente arqueada y una mirada confiada.

—Sí, me tenéis a mí.

El semblante del príncipe se tornó serio.

—No tenéis que hablar de esto conmigo si no os apetece.

—No hay problema, alteza. Estaré encantada de despejar vuestras dudas. Por eso os contaré que lo que tiene que pasar para que el Lago de Vida pueda hacer aquello por lo que se le dio ese nombre es que haya un eclipse. De cualquier tipo, solar o lunar.

—¿Eso son los eclipses para vosotras? ¿Una señal para que vayáis al lago a quedaros encinta?

—No todas las hadas tienen que hacerlo. Solo las que quieran. El instinto maternal aparece en algunas, no en todas.

—Interesante... —murmuró Félix, pensativo—. Nuestras mujeres sí que sienten esa llamada con frecuencia.

—No sé si es del todo cierto. Por lo que he podido observar y lo que siempre han contado las hadas más veteranas, las sociedades humanas se rigen por normas y tradiciones tan estrictas e incuestionables que llegan a moldear la voluntad y las tendencias propias de cada individuo.

—¿Crees que nuestras costumbres son malas?

En su pregunta no había molestia o irritación, solo curiosidad.

—No he dicho eso. Pero me parece que abarcan demasiados aspectos.

Félix torció la comisura de los labios y volvió a mirar las páginas tintadas.

—Volviendo al tema... También podéis concebir si yacéis con un hombre.

—Si eso no fuera así, yo no estaría aquí, supongo.

El joven esbozó una sonrisa apurada.

—Es lo más seguro, sí. —Enmudeció unos segundos, pensando en lo que acababa de descubrir—. Yo siempre había oído que las hadas nacíais de las flores.

Elvia rio.

—No es del todo mentira. El embarazo de un hada dura ocho meses y, cuando nace el bebé, se lo encomiendan a una Flor Maternal. Es un tipo de planta que imita a las flores corrientes, pero más grandes, y su función es principalmente envolver y cuidar a las recién nacidas durante un año.

—¡Un año! Eso es muchísimo —se asombró él.

—Es lo que necesitamos. El primer año de vida de un bebé es muy precario, y las hadas tienen instinto maternal, pero hasta cierto punto. De hecho, solo pueden quedarse encintas una vez.

—Sí, eso lo sabía.

—La Flor Maternal alimenta y protege al bebé el tiempo suficiente. Lo envuelve con sus pétalos y permanece cerrada, como si fuera un capullo, hasta que la niña está preparada para salir. Es en esa época cuando las alas, que son nuestras extremidades más complejas, terminan de formarse. Cuando un hada da a luz, su hija tiene unas protuberancias en la espalda, pero están lejos de ser lo que acaban siendo.

—¿Tu caso fue igual?

La sonrisa de Elvia tembló un poco. En ese instante había dejado de ser hada para convertirse en mestiza de nuevo. Pero entendía que el príncipe sintiera curiosidad y era comprensible que hubiera formulado la pregunta.

—El embarazo de mi madre duró nueve meses. Nací con las protuberancias en la espalda y también viví en una flor durante casi un año.

—Increíble... ¿Qué tipo de flor era?

—Una primula.

Los ojos pardos de Félix centellearon.

—Esa fue la misma flor que Emberia dijo que había que encontrar como remedio para anular la maldición de Váldemar.

Elvia se quedó callada, mirando fijamente al príncipe. Después, muy despacio, dijo:

—No lo sabía.

Yilda no se lo había contado porque ni siquiera ella estaba al tanto. Emberia no tuvo tiempo de compartir con su amiga los detalles del maleficio.

—Pues sí. ¿Creéis que es una casualidad?

—No. Mi madre también creció en el interior de una primula cuando era un bebé. La esencia de esa flor se impregna en nosotras y se manifiesta de vez en cuando.

—¿Al llorar? —Intuyó él.

Ella asintió con lentitud.

—Sí. Donde caen sus lágrimas crecen flores.

—Estaba al tanto de ese detalle, pero no sabía que tenía que ver con la Flor Maternal. Bueno, cómo iba a saberlo si hasta hace unos minutos ni siquiera sabía lo que era...

—A mí no me pasa —confesó Elvia sin poder detener las palabras.

—¿No?

—Es uno de mis rasgos humanos. Mis lágrimas son solo... agua.

Era evidente que aquello le entristecía. Félix posó su mano sobre la de ella en un gesto reconfortante. Fue algo espontáneo y amable.

—Las flores son bonitas, pero el agua tampoco está mal, Elvia. Es más, las flores no pueden subsistir sin agua, pero el agua no necesita de nada para estar ahí.

Fuera de todo pronóstico, aquellas palabras consiguieron hacer sonreír a Elvia. En ese instante, una tercera persona hizo su aparición en la biblioteca: Váldemar.

Félix retiró la mano y miró a su hermano, que ya se había percatado del sutil gesto, aunque prefería no preguntar.

—Habíamos quedado para practicar un rato con la espada —le recordó sin apenas mirar a la mestiza.

—¿Wil ya se ha cansado de ti? —preguntó el príncipe con sorna.

—Félix —le reprendió su hermano, serio.

—Vale, ya voy.

El joven dejó el libro en la estantería y se volvió hacia Elvia con una disculpa impresa en sus ojos.

—Nos veremos en otro momento.

—Adiós, alteza.

Se marcharon de allí y a Elvia no se le escapó que Váldemar le lanzó un último vistazo desdeñoso. Poco le importaba. Ahora estaba totalmente sola y podría disfrutar de la lectura, aunque no es que leyera muy deprisa.

—Bueno, así aprovecho para practicar... —se dijo en voz baja, empezando a hojear el libro.

Practicando con la espada

El rey Saveiro apreciaba mucho el arte de manejar la espada con propiedad y sus hijos lo sabían. Cuando tenía doce años, en su afán por complacer a su padre, Váldemar se entregó en cuerpo y alma a la esgrima. Le pidió a su tía Constanza que encontrase a alguien con los conocimientos necesarios para enseñarle y convertirle en un buen guerrero y ella contrató al mejor espadachín de la península verélica.

Tras varios años de adiestramiento, Váldemar se había convertido en un luchador bastante hábil, aunque ni siquiera eso había hecho que el rey mirara a su hijo con aprecio.

Félix no era tan ducho con las armas, pero se esforzaba por aprender y su hermano mayor era un buen maestro.

—Mantén la espalda recta —dijo él.

El combate estaba siendo dinámico, casi ameno para Váldemar. El heredero había mejorado mucho en el último año y, aunque no lo demostraba, su hermano mayor estaba orgulloso de él. No era solo por lo mucho que se entregaba a cada cosa que hacía, siempre en un afán de mejorar, sino por su actitud justa y conciliadora. Aunque quizás a veces lo fuera demasiado.

—Te he visto muy cómodo con la mestiza —comentó.

—Váldemar, es nuestra invitada. Deberías referirte a ella con más respeto.

—¿Con el respeto habitual de la corte o el respeto que te hace cogerle de la mano? —inquirió él con sorna; su tono ocultaba una nota de enfado.

Félix puso los ojos en blanco.

—Me estaba contando algo personal y que le hacía sentir mal, así que intenté levantarle un poco el ánimo. Discúlpame por ser amable.

—¿Y tienes que ser amable precisamente con *ella*?

—Es nuestra baza para que se reanuden las relaciones entre los feéricos y nosotros. Sé que no te gusta la idea, Val, pero tienes que ceder un poco. Lo siento.

El aludido dio unas últimas estocadas y le arrebató la espada de las manos. Félix gruñó por lo bajo.

—Soy consciente de que estás haciendo lo mejor para la mayoría —admitió Váldemar—, pero entiende que no me haga gracia.

—Claro que lo entiendo. Pero alguien tiene que ser un poco agradable con ella en el castillo, ¿no? Ya he visto lo que le habéis puesto en el pelo.

—¿Por qué crees que yo he tenido algo que ver?

—Las trenzas que llevaba eran las mismas que le hacías a Fidelia.

—¿De verdad detectas alguna diferencia entre cómo las hace ella y cómo las hago yo?

—No es difícil.

—Ah, cierto, olvidaba lo familiarizado que estás con los hilos y esas cosas.

—¿Noto desdén?

Váldemar desvió la mirada.

—Perdona —dijo, y era sincero—. Ya sabes que no tengo nada en contra de eso.

—No lo tienes porque no quieres parecerte a padre, pero ¿qué hay de lo que piensas de verdad?

—Lo mismo. La vida es demasiado corta y la tuya, además, compleja. Si no hicieras algo que de verdad te gusta de vez en cuando, te volverías loco.

—A mí me gusta gobernar.

—No lo has hecho nunca.

—Estoy más que preparado para ello. Y aunque no tengo prisa por ser rey, quiero probarme, ver hasta dónde seré capaz de llegar.

—De momento, ya estás haciendo más por el reino de lo que padre ha hecho en toda su vida. Lo admito.

A Félix no le gustaba que su hermano adoptara esa actitud crítica hacia su padre y lo hiciera a sus espaldas. Pero cuando la situación se daba al revés le gustaba menos.

—Eso no es del todo así. Su majestad está muy predispuesto a que las cosas cambien. Sin esa rectificación por su parte, nada podría hacerse. Y rectificar es de sabios, como se dice, así que me encargaré de que la historia le bautice como Saveiro IV el Sabio.

—Con que no le llames el *Benevolente* o el Paternal, me vale.

Félix quiso sonreír ante la ocurrencia, pero algo en su interior se lo impidió.

Doble filo

Al rey le gustaba comer solo y pensar en sus asuntos. La compañía de los cortesanos era estimulante, pero únicamente cuando su humor lo permitía. En general, Saveiro prefería la tranquilidad de su salón privado, su chimenea y un único sirviente que se encargaba de todo.

Ese día no le apetecía mantener charlas triviales o reír las gracias del bufón. Tenía mucho sobre lo que meditar. Y esas meditaciones le habían llevado a una conclusión: debía hablar con Constanza acerca de algo importante. No era urgente, pero cuanto antes zanjara el tema, mejor. Por eso la había mandado llamar.

—¿Queríais verme? —preguntó la recién llegada, tomando asiento cuando el monarca se lo indicó.

—Sí —respondió él después de dar un trago a su copa de hipocrás—. Ya sabes que confío en ti más que en la mayoría de mis consejeros.

—Lo sé.

La mujer permaneció atenta, preguntándose adónde quería ir a parar su rey.

—Mi enfermedad me acercó mucho a la muerte y me hizo pensar en mis hijos, sobre todo en Fidelia. Cuando yo muera, quiero que esté en buenas manos. Quiero irme sabiendo que tiene una familia. —El rey frunció el ceño, como si acabara de recordar algo—. Creo que te lo mencioné cuando estaba convaleciente, ¿no?

—Sí, lo hicisteis.

—Bien, pues no quiero que quede en el aire. Es hora de que Fidelia encare sus responsabilidades... Ha estado eludiéndolas durante mucho tiempo y a mí me dolerá dejarla ir, pero es lo que hay que hacer.

—Vuestra hija no se tomará bien la noticia.

—No es necesario que la informes ya mismo de mi decisión. Primero quiero que pienses en candidatos, en posibles esposos. Quiero que los evalúes y que te asegures de que, sea cual sea la opción por la que te decantes, será la mejor. Tanto a nivel político como personal. Y cuando hayas decidido, lo consultarás conmigo. Si tienes mi aprobación, hablaremos con Fidelia. No antes.

A Constanza no le gustaba tener que encargarse de aquel asunto, pero no tenía remedio cuando se trataba de una petición directa de su majestad. De hecho, ni siquiera era una petición. Todas sus solicitudes adquirirían el cariz de orden en cuanto salían de sus labios.

—Entendido —respondió—. ¿Tengo tiempo indefinido para buscar?

—Me gustaría que el año que viene para estas fechas ya estuviera casada o, como mínimo, prometida.

Así que no, no tenía tiempo indefinido. Suspiró.

—Como gustéis. ¿Deseáis algo más?

—Sí, necesito encargarte otro trabajo. No quiero abusar de tu confianza y tu predisposición, Constanza, pero son asuntos delicados y de vital importancia para mí. Por eso los dejo en tus manos.

—No tenéis que excusaros. ¿De qué se trata?

—De la mestiza. Elvia. —Pronunció su nombre como si estuviera escupiendo veneno—. No me inspira confianza y quiero saber todo lo que pueda saberse sobre ella sin levantar sospechas. Mi aversión sería tomada como un insulto y la haría mantenerse alerta. Quiero que sea algo discreto. Sé que tú tienes contactos. Utilízalos.

—El espionaje es un arma de doble filo —comentó ella—, uno sabe qué es lo que contrata, pero desconoce a quién. Y en el caso de las hadas es todavía más delicado. No me parece prudente contratar a un myrendulense. Quizá su lealtad esté con ellas. Ya sabéis que muchos de vuestros súbditos simpatizan con el pueblo feérico. Especialmente los instruidos. Los espías suelen estarlo.

Saveiro sonrió.

—Por estas cosas recurro a ti, mi querida cuñada, porque tienes en cuenta hasta el más insignificante de los detalles. Tienes vía libre para hacer lo que creas conveniente. Sé que no me defraudarás.

—Muy bien.

Constanza se levantó para irse y, cuando estaba a punto de abrir la puerta de la cámara para salir, vio cómo Saveiro despedía a su sirviente con una

mano y los dejaba a solas. El rey la miró con la vista nublada.

—Una última cuestión —dijo despacio—: ¿te acuestas con Teobaldo?

Constanza no movió ni un músculo del rostro. La pregunta no le sorprendía.

—De ser el caso —empezó—, ¿estaría quebrantando alguna norma?

—No. Me molestaría que a él le concedieras ese privilegio y a mí no.

Constanza alzó levemente el mentón.

—Él no es el esposo de mi hermana.

Saveiro esbozó una sonrisa amarga.

—Eso siempre ha sido lo más importante, ¿verdad? Incluso cuando nos conocimos y todavía teníamos la oportunidad de hacer las cosas de manera diferente.

Constanza se quedó callada unos segundos, recordando. Su hermana mayor viajó a la corte mucho antes que ella, pues no tenía la edad suficiente cuando su padre abandonó Los Lagos para permanecer unos días en la capital, junto a su rey y amigo. Genoveva fue con él y regresó suspirando por el príncipe, y lo hizo durante años. Se enamoró profundamente de él. Así que, cuando sus padres decidieron unir a sus familias por un lazo más fuerte que el de la amistad, la primogénita del conde no cabía en sí de gozo. Pero esa tarde, cuando se formalizó el compromiso, casi nadie se dio cuenta de que los ojos de Saveiro no ardían por su prometida, sino por su hermana pequeña, a quien veía por primera vez.

Aquella imagen seguía grabada en su retina. Constanza, tan joven, de aspecto inocente y mirada distante, con su piel nívea salpicada por unas cuantas pecas que le hacían parecer menor, con aquel cabello rojo enmarcando su expresión regia y serena. A Saveiro le gustaba la actitud jovial, despierta y alegre de Genoveva, pero no le cautivaba tanto como el misterio que desprendía su hermana.

—No tenéis que preocuparos por eso, majestad —dijo ella—. Entre vuestro consejero y yo hay cordialidad y disposición a ser aliados, dado que ambos tenemos intereses similares. Eso es todo.

Saveiro alzó una ceja.

—¿Y qué intereses son esos?

—Servir a nuestro rey y a nuestro reino, por supuesto.

Virtud impuesta

La comida había sido deliciosa. Verduras hervidas, fruta y panecillos dulces. Elvia todavía sentía el sabor del caramelo en su paladar y supo que jamás había degustado algo tan delicioso.

Ahora estaba subida a un taburete, con los brazos extendidos y el cuerpo recto. Marina Amarsil, la costurera predilecta de la princesa, le estaba tomando las medidas.

—¡Por las barbas de Habetrot! —exclamó al ver el cepo que hacía que sus alas permanecieran inmóviles hacia abajo—. Habrá que confeccionar un vestido de espalda abierta que se ate solo en la nuca —anunció mientras dejaba a un lado una de las agujas que había tenido en la boca—. O podríamos elaborar uno convencional con un hueco justo en el centro. Se cerraría con normalidad, pero quedaría espacio para sus alas.

—Tampoco es que las esté utilizando mucho —masculló la aludida. Ya había aprendido a equilibrarse en aquellas condiciones tan nefastas, pero a veces, de forma instintiva y sin pensarlo siquiera, hacía el amago de levantar las alas y notaba la presión del cepo sobre su membrana azul.

—Las dos opciones me parecen perfectas —dijo Fidelia—. Mmm, es posible que el que se cierra llame menos la atención.

—Pero las hadas estáis acostumbradas a enseñar la piel, ¿no? —inquirió Marina—. Lo de la espalda descubierta no es algo que se estile en esta parte del continente; en occidente es mucho más habitual, incluso en el sur. Hace unas semanas, estuve al otro lado del Mar de los Misterios y lo que vi por allí... —Su voz se extinguió, perdida en su memoria—. Era maravilloso —prosiguió—. Vestidos cortos y con transparencias, aunque sumamente elegantes. Me encantaría poder trabajar con esos parámetros aquí.

—Creo que solo las hadas pueden llevar ropa tan atrevida —musitó Brígida, que estaba apilando unas telas.

—Entonces, hazle los dos —sugirió Fidelia—. Uno más discreto para jornadas normales y otro festivo con el criterio sureño. Pero que no sea corto. El reino todavía no está preparado para eso.

—Y no lo estará nunca, alteza, no con el frío que hace por aquí.

Fidelia frunció el ceño.

—No hace tanto frío —opinó.

—Para nosotros no, está claro.

Elvia desvió la mirada. Las hadas no sentían frío o calor. Tenían un mecanismo que hacía que su piel cambiara la temperatura corporal según el entorno, por lo que siempre estaban templadas. Ni siquiera la nieve les importunaba.

Pero, por desgracia y para no variar, esa no era una de las habilidades feéricas que Elvia había heredado. No del todo. En invierno tenía que tejer mantas y capas con las que protegerse de los vientos gélidos. Plegaba sus alas para poder ponerse esa ropa mientras sus hermanas volaban de acá para allá sin que el frío les hiciera temblar. Era patético.

Al menos era más tolerante al clima que la mayoría de los humanos. Y una de las cualidades que sí había heredado era que no se ponía enferma, por lo que pasar frío nunca traía consecuencias.

Cuando Marina terminó y se despidió de ellas cordialmente, Fidelia se dejó caer en la cama.

—Brígida, tengo que contarte algo.

Elvia frunció el ceño.

—¿Queréis que me vaya, alteza?

La princesa se incorporó.

—No, no, no hace falta. Puedes quedarte si prometes que lo que vas a oír no saldrá de aquí.

Elvia apretó la mandíbula. No sabía si quería quedarse y enterarse de algún secreto que la pusiera en una situación comprometida con los demás miembros de la corte. Sin embargo, los ojos de Fidelia sugerían que no quería que se marchara. Se había pasado el día tratando de tender un lazo de amistad entre ambas. Esas cosas no podían forzarse, claro, pero la princesa se estaba esmerando mucho para que Elvia se sintiera cómoda y en confianza. No quería irse y demostrar que no apreciaba sus intentos.

—Muy bien —dijo finalmente.

—¿Tengo tu palabra?

Aquella era una expresión desconocida para la feérica.

—¿Mi palabra?

—Sí. Es decir, que te comprometes de corazón a hacer lo que dices.

Tragó saliva.

—Tenéis mi palabra.

—Bien.

—¿Tiene que ver con vuestra escapada de esta mañana? —interrumpió Brígida.

Fidelia la miró con una mezcla de fastidio y resignación.

—Ya suponía que te habías dado cuenta.

—Pues claro que sí. ¿Qué ha pasado?

—¿Recuerdas lo que te comenté sobre Rory, el hijo del condestable?

—Sí.

—Pues he ido a verle... Y hemos... —carraspeó, incómoda— yacido. Juntos.

—¿Cómo? —inquirió su doncella con asombro.

—Lo que oyes.

Brígida hizo una mueca. No estaba furiosa o escandalizada, solo algo alarmada.

—Ya sabéis que yo nunca os he juzgado por vuestro estilo de vida. Es más, lo admiro. Vos no os limitáis a existir. Vivís. No es ningún pecado..., pero es peligroso, pequeña. Si vuestro padre se entera, os castigará. Y no hablemos ya de lo que le pasará al pobre mozo.

—Lo sé, lo sé. Por eso no debe salir de aquí.

Las dos miraron a Elvia.

—¿Por qué es peligroso? —quiso saber ella.

Fidelia alzó las cejas, perpleja porque su invitada no tuviera aquella noción. Brígida, que había tratado con algunas hadas durante su juventud, no estaba tan sorprendida.

—Con la pérdida de la virtud, la situación social cambia —empezó.

Elvia frunció el ceño.

—¿La virtud de los humanos estriba en sus experiencias sexuales?

—No, solo la de las mujeres.

La mestiza hizo una mueca de confusión.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque los hombres le dan mucha importancia.

—¿Y qué? No la tiene..., ¿no? ¿Qué es lo que cambia?

—Nada, realmente. Y no, no es importante —respondió Fidelia—. Al menos, no para mí. Pero yo solo soy una persona.

—El caso —prosiguió la doncella— es que es arriesgado porque, si se enteran de que ya ha conocido varón, será muy difícil desposarla.

—No lo entiendo.

Brígida suspiró.

—Los hombres quieren casarse con muchachas que no se hayan entregado a nadie antes porque eso les hace pensar que son mujeres fieles y dadas al compromiso. Y porque es una forma de hacerlas suyas para siempre.

Elvia alzó las cejas.

—Es horrible —se escandalizó—. Además, me cuesta ver la relación entre ser casta y ser fiel.

—No son cosas que vayan juntas —dijo Fidelia, negando con la cabeza—. Pero la gente se empeña en pensar que sí. En fin, las cosas son como son y me afectan, por eso no puedes decirle a nadie lo que os he contado.

—Pero es que no entiendo nada... —murmuró Elvia, ensimismada, incapaz de entender los protocolos y las convenciones sociales que tenían los humanos. Eran criaturas muy complicadas.

—Elvia, promételo.

—No diré nada, alteza.

Las leyendas decían que las hadas no podían mentir. Quizás engañar, ocultar cosas, pero mentir, jamás. Ni Fidelia ni Brígida sabían cuánta verdad había en esas leyendas, pero no olvidaban que Elvia era medio humana. No era su naturaleza lo que les servía de guía, sino su personalidad. No parecía tener pretensiones más allá de cumplir con su deber. No había dobles intenciones tras sus ojos.

—Me recuerda un poco al tema de los unicornios —comentó Elvia, pensativa.

—Oh, sí, se dice que solo se dejan acariciar por doncellas. ¿Es así? —preguntó Brígida.

—Sí. Aunque no es una cuestión de pureza, sino de inocencia, ingenuidad. Son rasgos que les inspiran ternura. En cambio, nunca se dejarían tocar por un hombre, aunque sea la persona más inofensiva del mundo. Hay algo en el género masculino que no les gusta.

—Criaturas sabias, desde luego —rio Brígida.

—Pero tú has traído un unicornio y el condestable no ha tenido problema con él —apuntó Fidelia—. Al menos, que yo sepa.

—Es un mestizaje entre caballo común y unicornio.

—Oh. Como... —empezó Fidelia, pero luego carraspeó—, es decir, qué curioso.

—Como yo, alteza, podéis decirlo.

—No quiero que te sientas incómoda, Elvia.

—Volviendo a vuestra aventura, princesa —interrumpió Brígida—, esperemos que quede como algo anecdótico en la memoria y ya está, porque yo que vos no lo repetiría. Y si lo hacéis, decídmelo para que pueda cubriros bien las espaldas.

—No te preocupes, Brígida, no creo que vuelva a repetirse. Al menos por un tiempo.

—¿Os disgustó? —preguntó Elvia.

Fidelia parpadeó dos veces y tragó saliva. No esperaba esa pregunta.

—Digamos que no me gustó tanto como para querer repetirlo pronto.

Elvia escuchaba con atención e interés. Las únicas nociones que tenía del tema eran lo que sabía gracias a los animales. Existía un instinto tan primario como irracional que les hacía querer intimar con otros de su especie. Pero estaba corroborando lo que siempre había supuesto: en los humanos era mucho más complejo.

—Entonces, mejor —concluyó Brígida.

El tema se zanjó de prisa y empezaron a tratar otros asuntos mucho menos peliagudos, aunque todos tenían interés para Elvia. La perspectiva humana era fascinante. Brígida relató los últimos acontecimientos ocurridos en los reinos del norte, más allá de la Frontera Dentada, donde una cruenta guerra estaba ya tocando a su fin.

—Eso les dará trabajo a los trovadores —comentó—. Tienen material para mil cantares.

Poco después, llegó la hora de la cena, que debía celebrarse en conjunto. Los cortesanos más importantes estaban ya allí, mirando la comida y la bebida, alentando a sus estómagos a seguir rugiendo. No podían probar bocado hasta que no llegara el rey.

Como invitada de honor, a Elvia la sentaron muy cerca de la familia real, junto a la hermana de la reina. Váldemar Terrafil no estaba allí, como era de esperar.

Constanza era una mujer extraña. Las piezas de metal enganchadas a las trenzas de la feérica le impedían percibir su aura con claridad, pero no hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que la cuñada del rey era alguien especial.

Una vez que Saveiro hubo saludado cortésmente a los presentes y dado su beneplácito para dar cuenta de la comida, Constanza empezó a cortar la carne y, sin mirar a Elvia, dijo:

—La hija de Emberia de Invierno. No os parecéis mucho a ella. Físicamente, quiero decir.

Elvia sabía que tenía que ir con cuidado; el comentario de la condesa no había sido casual. Decidió ser educada.

—No creo que mis alas sean una herencia paterna, excelencia.

Constanza soltó una risa lacónica.

—No, por supuesto que no. Pero vuestros rasgos sí. Son más humanos que los de las demás hadas. Ellas tienen unas facciones enigmáticas y casi exóticas. Me inquietan porque no parecen reales. Vos sois hermosa, claro, como todas vuestras congéneres, pero es una belleza más... mundana.

—Os agradezco el cumplido —contestó la mestiza, procurando que no se notara el sarcasmo en su voz.

—Espero que al menos compartáis los poderes de vuestras hermanas. ¿Es así?

—Sí, tengo poderes.

—¿De qué tipo?

—Aparte de las habilidades comunes de sanación, poseo un don con los animales.

—Interesante. Y sobre vuestros poderes curativos... —Constanza tragó saliva y miró a su acompañante con una expresión entre suplicante y avergonzada. Era algo muy, muy sutil, pero en el rostro de alguien que siempre llevaba una máscara de confianza o indiferencia resultaba evidente —. Supongo que sabéis que mi hermana padece una dolencia que dura ya demasiado. Tiene algo en la cabeza que le impide ser ella misma.

Elvia se sintió incómoda porque tenía que darle una negativa y podía percibir lo importante que era aquello para ella.

—La salud mental no es algo que las hadas podamos solucionar. Nosotras nos encargamos de enfermedades o heridas más superficiales. Lo que padece la reina Genoveva tiene que ver con la mente y con el corazón. No está en nuestra mano remediarlo.

Los ojos de Constanza se ensombrecieron y Elvia supo que la condesa había puesto esperanzas en aquella alternativa. Esperanzas que se habían visto truncadas en un par de segundos. Bebió un poco de vino y suspiró.

—¿No está en manos de ningún hada... o en las vuestras en particular? —inquirió con un aire distante y algo más frío—. Porque, aunque hayáis

afirmado que ostentáis los mismos poderes que el resto, cuesta creerlo, dama Elvia.

—Tal vez mis poderes sean menores —replicó ella—, pero no se trata solo de mí. Conozco a mis hermanas y sé hasta dónde llegan sus aptitudes. Os aseguro que no pueden devolverle la cordura a vuestra hermana. De ser así, la mismísima reina Sibyl se habría ofrecido a hacerlo cuando vino a sanar al rey.

—Tenéis una fe muy curiosa en vuestra soberana.

La joven captó reticencia, como si Constanza creyera que Sibyl era retorcida y, en modo alguno, desinteresada.

—No tan curiosa como la que Myrendul ha tenido en el suyo las últimas tres décadas.

Constanza forzó una sonrisa.

—Disculpad mis modales —dijo, cambiando repentinamente de tema y con una actitud renovada—, no os he preguntado por vos. ¿Cómo está siendo vuestro primer día en la corte?

—Productivo, mi señora —respondió ella—. Estoy aprendiendo mucho.

—Sí, la verdad es que en el castillo pueden aprenderse muchas cosas. Sobre todo de la gente. Aquí, querida, encontrarás a la humanidad retratada en todas sus facetas. Hay nobles avariciosos, los hay que solo son egoístas, otros son hipócritas...

—¿Y qué sois vos?

La mujer la miró con una expresión inexpugnable.

—Creo que tengo muchas cualidades, pero ante todo me considero una persona precavida.

—¿Precavida? —repitió Elvia, y alzó una ceja.

—Sí. Veo el peligro incluso cuando más se esconde. Me preparo para recibirlo. Y lo hago bien.

Elvia no pasó por alto la acusación implícita en el comentario. Pese a la amabilidad de su voz y a la pose relajada de su cuerpo, Constanza estaba advirtiéndole.

—¿En serio? ¿Y dónde estabais cuando mi madre decidió atacar a vuestra familia? ¿O es que entonces todavía no habíais desarrollado dicha habilidad?

Los ojos castaños de Constanza llamearon, evidenciando la furia que contenía en su interior.

—No demostráis ser muy inteligente al tirar piedras sobre vuestro propio tejado, y mucho menos cuando vuestro cometido principal durante vuestra estancia en el castillo es conseguir que dejemos todo eso atrás.

—Lo hago porque, para las hadas, Emberia de Invierno también era una traidora. De haber regresado a Álandor, se le habría castigado con dureza, igual que le sucedió a su amiga y cómplice. Muchos de los aquí presentes se comportan como si Emberia hubiera recibido órdenes y actuase en representación de la corte iridiscente, pero no es así. Mi deber es asegurarme de que no paséis por alto ese detalle.

Los labios de Constanza se curvaron. Detrás de toda esa palabrería, percibía discrepancia.

—¿Y qué hay de ti? Has dicho que tu madre era una traidora para las hadas, pero dudo mucho que te estuvieras incluyendo cuando lo has mencionado.

Los párpados de Elvia temblaron un poco, pero el resto de su semblante no se movió ni un ápice, hasta que desvió la mirada para coger la copa de vino.

—Estoy viviendo en la casa del hombre que la asesinó, charlando con sus hijos, cenando con su familia y amigos. ¿Vos qué creéis?

Constanza alzó las cejas y sonrió con astucia. Tenía muy claro qué era lo que le pasaba a la muchacha.

—Creo que, si hubieras empleado la palabra «ajusticiar» en lugar de «asesinar», habrías sido más convincente.

El alivio de la luna ausente

El lobo corría deprisa por el bosque de Bránvar; perseguía a un cervatillo que había olfateado a varias leguas de distancia. No notaba el frío ni las ramas cortantes con las que se cruzaba en el camino.

Aquella noche no había luna nueva, pero el astro no era más que una pincelada fina en el cielo. Eso no quería decir que Váldemar no sintiera su influjo. En noches como aquella, sin embargo, su transformación no era tan desagradable como de costumbre. La metamorfosis dolía, pero, mientras era un lobo, no se libraba esa lucha interior que tan agotado le dejaba siempre y que tanto le hacía sufrir.

El lobo de las lunas llenas era el peor. Ni siquiera podía considerarse que fuese un animal. Más bien se trataba de una bestia, una criatura feroz que lo único que quería era matar, dar rienda suelta a un instinto asesino y salvaje. Se convertía en un monstruo sanguinario cuyo único objetivo era sembrar el pánico y acompañar a la muerte allá adonde fuera. La humanidad de Váldemar luchaba y luchaba por recuperar el raciocinio, por someter al lobo y adueñarse de su cuerpo, pero resultaba imposible. El príncipe nunca sabía lo que hacía su otra mitad durante esas noches. Si tenía mala suerte, luego lo recordaba; si no, tan solo se quedaba con el conflicto interno que se desataba.

El resto de noches, sobre todo las cercanas a la luna llena, sí era consciente de lo que hacía, aunque no tuviera voluntad para cambiarlo. Vivía con intensidad los ataques. En su memoria quedaba grabado a fuego el deseo de cazar, de perseguir, de morder y sentir la sangre en la boca. Tenía que pelear duro por reprimirse.

Por eso las noches oscuras como esa eran un alivio.

Solo cazaba para llenar el estómago del lobo.

El ciervo corría deprisa, aunque no lo suficiente. Sabía que detrás de él estaba el depredador más temible de todos. Pero, como el pobre cervatillo también sabía, el miedo y la velocidad no bastaban.

No tardó en sentir los colmillos afilados de la bestia hundiéndose en su cuello.

Un desayuno interrumpido

Por la mañana, después de su aventura en el bosque y antes de irse a dormir a sus aposentos, Váldemar se dirigió a uno de los pequeños comedores a los que los cortesanos podían acudir a llenar el estómago. A esas horas muchos ya habían desayunado, por lo que solo se topó con un grupo de tres damas de mediana edad que disfrutaban observando lo que sucedía a su alrededor, enterándose de una cantidad indecente de secretos que solían ocultarse entre los muros de castillos como aquel.

Cuando lo vieron, las mujeres le saludaron respetuosamente y siguieron conversando con discreción. El príncipe no quería comer, pero necesitaba saciar la sed que le aquejaba desde hacía ya un rato. Se sirvió agua y, cuando estaba a punto de llevársela a los labios, la llegada de la feérica lo interrumpió. Su piel tersa brillaba con frescura y su cabello, parcialmente trenzado, no tenía ni un pelo fuera de lugar.

Las tres nobles cruzaron un par de miradas y susurros, y se levantaron para abandonar la estancia con disimulo. Elvia observó cómo se marchaban y supo que los estaban rehuyendo tanto a ella como al príncipe.

La joven inclinó la cabeza ante el hijo del rey y procedió a servirse leche con miel y un trozo de pan con queso. Procuraba que sus ojos no se cruzaran con los de su acompañante, así que Váldemar se permitió el lujo de contemplarla con una mezcla de interés y repugnancia, no tanta como le hubiera gustado.

Ella se estaba acariciando suavemente el pómulo, tenía la piel irritada.

—¿Y eso? —inquirió el príncipe antes de dar un sorbo al vaso.

El hada no contestó. Mantuvo la vista fija en su desayuno, con la mandíbula apretada y el gesto tenso.

—Te he hecho una pregunta —insistió él.

Entonces sí, Elvia lo miró con sus grandes ojos marrones.

—Las piezas de metal del pelo. Por la noche me moví y una quedó entre la almohada y mi mejilla.

—Te está bien empleado —soltó Váldegar, y dejó el vaso en una mesilla mientras se dirigía hacia la puerta.

La joven le miró con ira contenida.

—Alteza, entiendo que no sintáis simpatía por mí, pero os recuerdo que yo no os he hecho nada. Y si creéis que por ser una invitada en vuestro palacio y la única hada entre humanos voy a amedrentarme, estáis muy equivocado.

—Ahórrate la prepotencia propia de tu especie. Conmigo no te servirá de mucho. Y no me hables de vos. No finjas sentir por mí un respeto que no existe.

Elvia se recostó sobre su asiento.

—Muy bien, no hay ningún problema, príncipe, pero me temo que en público tendré que hacerlo por todos esos protocolos con los que contáis por aquí.

Él no añadió nada más. Sencillamente la miró con dureza durante unos segundos que parecieron interminables y se marchó. Se cruzó con Teobaldo Málebran, el consejero del rey, al que no le entusiasmaba lo más mínimo que Elvia estuviera allí. Entró en el comedor y se quedó quieto delante de ella.

—¿Ocurre algo? —inquirió la mestiza, y se preguntó si en algún momento podría desayunar en paz.

El consejero la estudió con suspicacia.

—He venido a decirte que tengas cuidado.

—¿Debo tomármelo como una advertencia?

—Un consejo. No he tenido la oportunidad de hablar a solas contigo y me veo en la obligación de dejarte las cosas claras desde el principio.

—Excelencia...

—¿Crees que no sé lo que sois? —interrumpió él—. Criaturas hermosas por fuera y terribles por dentro. Traicioneras. Egoístas. Capaces de destrozar familias enteras con tal de conseguir lo que queréis. Los humanos no os importamos. A vuestros ojos somos criaturas brutas, insensibles y malvadas. Y no os culpo. Quizá tengáis razón, pero no cambia el hecho de que tanto tú como tus compañeras nos despreciáis sin ser realmente mejores que nosotros.

Elvia no permitió que su rostro reflejara lo exasperada que se sentía.

—¿Cuántas hadas habéis conocido, mi señor?

Teobaldo levantó un poco el labio superior, crispado.

—Las suficientes. Creéis que estáis por encima de todo, os regodeáis en esa belleza de embrujo que tenéis, la usáis como un arma mientras fingís ser inocentes.

«Pero ¿de qué me habla?», pensó Elvia, anonadada.

—Quiero que sepas que a mí no me engañas. Estaré alerta.

Y tras esas palabras, se retiró. La expresión desencajada de Elvia reflejaba bien su confusión.

Las cartas

Sentada de nuevo en la biblioteca y con un libro entre las manos, Elvia leía con avidez, sedienta de conocimiento. Ansiaba saber. La luz de las velas podría no haber sido suficiente para un humano, pero ella había crecido en un bosque que se tornaba oscuro y profundo cuando el sol se ocultaba tras las montañas.

El castillo le resultaba hostil a pesar del buen trato que recibía por parte de dos de los príncipes. Quería entender el contexto de Bránvar y para eso tenía que recurrir al pasado. Muchos monarcas habían residido entre aquellas paredes.

Ahora hojeaba distraídamente un volumen en el que se recopilaban las biografías de los reyes más importantes. Las páginas, amarillentas por el paso del tiempo y un poco hinchadas por las humedades, crujían con suavidad cuando Elvia las pasaba.

Las crónicas de la época del rey Galard II eran las más completas, pues él mismo se preocupó de que su regencia quedara retratada con detalle y precisión. Incluso figuraba el nombre de Malvina de Verano, quien había acompañado al rey en la mayoría de sus viajes antes de convertirse en Primera Mensajera de la corte iridiscente. Sonrió. Entre sus hermanas las había que eran mucho más ancianas que otras, pero era difícil saberlo, su apariencia no daba pista alguna. Ese pensamiento hizo que reflatara un viejo temor. Quizás un día se levantara con una arruga o un cabello blanco. ¿De verdad quería estar en Álandor cuando eso ocurriera?

Sacudió la cabeza y continuó con la lectura.

Al parecer, el monarca sintió una profunda inquietud por la memoria histórica y lo que quedara de él una vez que los dioses se hubieran llevado su

alma. La herencia que dejó fue, sobre todo, humanística. Lo demás nunca le interesó lo suficiente, o eso parecía, lo cual resultaba extraño. Las hadas no hacían un estudio muy exhaustivo sobre la sexualidad de los seres vivos, a pesar de ser básica en la vida de casi todas las criaturas por las que velaban, pero ellas no tenían esa condición. No sentían atracción física y no tenían la necesidad de satisfacer ningún tipo de deseo carnal porque no los experimentaban.

Y sin embargo..., sin embargo Elvia sabía que había hadas que se enamoraban entre ellas. No todas tenían la necesidad de llevar sus sentimientos más allá, de intimar, pero otras, sí. Con ese amor llegaban los besos, las caricias y más gestos que eran incomprensibles para la mayoría de ellas. Las hadas sabían que esa clase de comportamientos insólitos se daban a veces. Ocurría en todas las comunidades feéricas, de manera que lo toleraban, aunque preferían ser discretas a ese respecto.

Y luego, de forma mucho más excepcional, estaban las hadas que sentían atracción por un humano. Aquello sí que era del todo incomprensible, incluso ofensivo. Ocurría en muy raras ocasiones.

Y su madre había sido una de ellas.

Volvió a mirar la detallada y pequeña ilustración del rey Galard. Aquellos escritos aseguraban que el monarca había redactado cientos de manuscritos que trataban multitud de temas y disciplinas, y estaba considerado uno de los hombres más cultos de su época. El país lo lamentó cuando falleció sin descendencia.

Paulos Terrafil, un noble procedente de Selayes que había añadido a sus riquezas heredadas los beneficios del comercio marítimo, fue el elegido para suceder a Galard, pues así estaba indicado en el testamento de este último.

Pasaron las horas. Elvia estaba tan sumergida en la lectura que apenas era consciente del paso del tiempo y, cuando se dio cuenta de que estaba cansada, no tuvo fuerzas para levantarse. Apoyó la cabeza sobre el libro y se durmió.

En sus aposentos, Constanza Lagos redactaba un par de cartas que tendría que hacer llegar cuanto antes. Su rey le había encomendado dos tareas de suma importancia y deseaba tener éxito en ambas, así que, si tenía que pasar la noche escribiendo hasta estar satisfecha con el resultado, lo haría. Ya sabía adónde enviarlas, aunque necesitaba una última confirmación para estar segura de que estaba yendo en la buena dirección.

Y ahí estaba su confirmación: Teobaldo Málebran entró en la cámara de la condesa con una familiaridad exasperante para ella, pero no quería discutir, y mucho menos en ese momento, cuando todavía dependía de la información que le traía.

—Teobaldo —saludó—. ¿Has averiguado lo que te comenté?

—Sí. El rey Eberardo tiene algo apalabrado con un marqués muy adinerado que reside en Puerto Princesa, pero no es nada que hayan formalizado. El pacto es de palabra, puede romperse en cualquier momento. Su única hija tiene ya veintidós años y el príncipe Elían, solo dieciséis.

—¿A qué edad pretende desposarlo?

—No tengo ni idea, pero en Audeval es bastante inusual que los hombres contraigan matrimonio antes de los dieciocho. No creo que el marqués quiera esperar mucho más para casar a su hija.

Constanza lo miró de soslayo.

—Olvidas que no está esperando para casarla con un simple aristócrata. Está esperando para convertirse en el consuegro del rey Eberardo. Si tiene que mantener a su hija hasta los treinta años, lo hará.

—No tiene más hijos y su salud es delicada —apuntó Teobaldo, irritado con la habitual condescendencia de Constanza—. No puede arriesgarse a morir y dejar a su hija sola. Sus pertenencias pasarían a manos de un primo suyo con el que creo que no se lleva muy bien.

—Eso cambia las cosas —asintió la mujer—. Si Eberardo rompiera el compromiso por una oferta mejor que llevara nuestro sello, ¿el marqués de Puerto Princesa no se nos pondría en contra?

—No le haría gracia, pero tampoco sería un enfado serio. Tendría vía libre para depositar a su hija cuanto antes, mientras que ahora está atado de pies y manos por el trato que hizo con el rey.

—Bien. En tal caso, haz que esta carta llegue al palacio real de Coskar —solicitó, y le entregó el sobre que acababa de sellar con lacre.

—Directa a la capital, ¿eh? Así que va en serio.

—¿Cuándo no he hecho algo que vaya en serio, mi querido Teobaldo?

Teobaldo torció la boca. No le gustaban los audevalís, por eso tenía asalariados que le ponían al corriente de cuanto se cocía por aquellas tierras.

Constanza miró la otra misiva, cuyo sobre no llevaba ni nombre ni sello ni ningún tipo de referencia. Aquel mensaje tenía un destino mucho más confidencial.

Vivir para los demás

Tuvo lugar una breve ceremonia en el salón del trono en la que Saveiro nombró a Elvia Embajadora de Álandor y formalizó su pertenencia a la corte. Hubo de arrodillarse ante los miembros de la familia real y declarar que cumpliría con sus obligaciones y deberes de forma honesta e íntegra, siempre profesando un profundo respeto hacia la Corona.

Pasaron varios días en los que Elvia se dedicó a charlar con los cortesanos —quienes fingían amabilidad para camuflar el exagerado interés que tenían por la mestiza—, visitar a *Laurel*, su caballo, y leer en la biblioteca. Los libros de texto contenían mucha información interesante, pero había advertido que era la ficción lo que le ayudaba a entender la sociedad en la que ahora vivía. Gracias a los poemas y a alguna novela, comprendió que para los humanos había cosas muy importantes, como el honor, el deber y la familia, y otras que tenían el poder de doblegar su voluntad, como el dinero o la lujuria.

Aparte de los conocimientos que obtenía gracias a esas obras, la joven se había dado cuenta de que resultaban apasionantes en otros sentidos. Despertaban sentimientos e ideas con una facilidad pasmosa. Era increíble cómo el autor lograba mediante palabras hacer que el lector se implicara tanto en una historia que ni siquiera era real.

Descubrió que le gustaba leer por la noche, cuando no había sirvientes recorriendo los pasillos y gente entrando y saliendo de la biblioteca, aunque en ocasiones se acostaba pronto y se levantaba de madrugada para estar sola y tranquila. Además, aprovechaba esas ocasiones para redactar los informes de la reina. Sus aptitudes de escriba habían mejorado mucho gracias a las horas de lectura. Era gratificante ver cómo evolucionaba en algo que, hasta hacía unos días, le había sido totalmente ajeno.

Se lo comentó a Fidelia una tarde mientras cabalgaban por los alrededores del castillo y la luz crepuscular delineaba el horizonte.

—Cada vez leo más deprisa —dijo—. Encuentro la literatura sumamente enriquecedora, en todos los sentidos.

—Sí, hay obras fascinantes, pero nunca he tenido la paciencia necesaria como para sentarme y quedarme leyendo durante horas.

Elvia le sonrió. La princesa llevaba unos pantalones ajustados, botas, un jubón rojo muy elegante y una trenza a la espalda que le favorecía mucho.

—Vos sois de naturaleza inquieta y aventurera —señaló la mestiza—. Os marchitaríais encerrada en una habitación, entre viejos papiros y volúmenes.

—Cierto. Adoro cabalgar, explorar, divertirme... Me encanta sentir el viento en la cara. Me encanta la playa, con el agua salada acariciando la arena... Desearía vivir en la costa, sería maravilloso. Pero eso no significa que no disfrute con las buenas historias de los juglares. Soy capaz de disfrutar escuchando, sentada, pero una cosa es que me lo cuente una persona y otra, que me lo cuente un libro. He leído algunos, claro está, pero no le dedico tanto tiempo como mis hermanos, por ejemplo. Sobre todo Váldemar. Él antes leía mucho. Supongo que lo sigue haciendo.

—No tenía ni idea.

—Sí. Si vieras sus aposentos... Tiene una cantidad indecente de libros allí.

—¿Y qué lee?

—De todo. Puede permitirse ese lujo. Félix, por ejemplo, es más específico. Estudia política, economía, historia, filosofía... Cosas que cree que le harán ser un buen rey.

—Vuestro mellizo tiene un espíritu muy noble.

—Sí, pero vive para los demás y no para él. Es un comportamiento digno de elogio, sobre todo en un rey, pero creo que acabará consumiéndole. No se puede ser feliz sin ser un poquito egoísta a veces, ¿no?

Elvia esbozó una sonrisa triste y acarició con aire distraído las crines oscuras de *Laurel*.

—Supongo que no.

—¿En qué consiste la felicidad de un hada?

—En hacer lo que cree que está destinada a hacer. Proteger el mundo y lo que hay en él.

—Entregarse a los demás.

—A nosotras nos hace sentir bien.

—¿A ti también? —indagó Fidelia, adoptando un tono más cauteloso.

La mestiza no lo sabía. Siempre había creído que su lugar estaba con sus hermanas, cuidando de Álandor, velando por los seres vivos que lo habitaban. Pero ya no estaba tan segura. Comprendía que en la vida había mucho más que eso.

—Sí, a mí también —respondió a su pesar.

Una mañana, poco después del amanecer, terminó la lectura que se había propuesto ese día y salió a los jardines a que el aire puro y fresco de la mañana le besara el rostro. Si se alejaba un poco, la posición elevada del castillo le permitía ver la linde del bosque de Bránvar, aunque no siempre tenía suerte. Algunas mañanas, la neblina se lo impedía.

Añoraba los árboles, las ciénagas, las flores, los animales... Pero cada vez faltaba menos para regresar a su hogar.

Resignada, paseó tranquilamente entre los rosales y los matorrales recortados. Llevaba una capa de color granate que la resguardaba del frío de noviembre. Fidelia la había mandado confeccionar para ella.

Vio una flor algo mustia y acarició los pétalos con los dedos, queriendo utilizar sus poderes para fortalecerla, pero apenas pudo devolverle un poco el color; las piezas de metal seguían atadas a su cabello, matando su energía, privándola de los dones que las hadas tenían por naturaleza.

Sus tímpanos captaron el sonido de unos pasos acercándose a ella y, cuando se giró, descubrió al príncipe Váldemar, vestido con la sencillez de siempre.

Si a él le sorprendió verla allí, nada en su semblante lo reveló. Hacían lo posible por evitarse y en los días que Elvia llevaba en la corte apenas habían tenido un par de encuentros breves pero intensos. Entre ambos se tendía una red de desconfianza y hostilidad tan palpables que hasta el sirviente menos avisado se había percatado.

Elvia dedujo que venía del bosque e intuyó que, con toda probabilidad, estaría más irritable que de costumbre, así que optó por ignorarle, como siempre. Pero esa vez él no la ignoró a ella, a diferencia de lo que solía hacer.

—Vaya, nuestra querida embajadora —saludó al verla con su tono ácido de siempre—. ¿Qué haces levantada tan temprano? Apenas ha salido el sol.

Elvia reparó en que le sangraba el antebrazo, donde destacaba una herida en carne viva. Sabía que los hombres lobo, a pesar de tener un lado animal, inspiraban animadversión en casi todos los seres vivos, así que era habitual

que tuvieran que enzarzarse en luchas con otras criaturas del bosque que les atacaban por percibir peligro en ellos.

—Me gustan los amaneceres —respondió con sencillez.

—A mí también. Aunque me gustan más cuando no tengo que toparme con seres como tú.

Tal y como sospechaba, el príncipe estaba irascible. Con toda probabilidad había tenido una noche particularmente difícil, pero Elvia ni siquiera parpadeó.

—Lamento haberte molestado.

No lo lamentaba.

—Tu mera existencia me molesta —declaró él, serio.

La joven no pudo contenerse más.

—¿De verdad? ¿Sabes? Al principio dudaba de que pudiera disfrutar de mi estancia en la corte, pero veo que me equivocaba. Encuentro muy satisfactorio irritarte.

Los ojos de Váldemar relampaguearon. Avanzó un paso más hacia ella.

—¿Sabes de dónde vengo, feérica? Del bosque, de pasarme toda la noche dando vueltas entre los árboles, cazando para alimentar el estómago del lobo, enfrentándome a animales salvajes que consideraban que era una amenaza. Yo solo deseaba estar en el castillo, con mi familia, hablando hasta que me entrara el sueño e irme a dormir, pero esa clase de privilegios me fueron arrebatados incluso antes de poder disfrutarlos.

Ahí estaba, la discusión que estaban condenados a tener desde que ella había puesto un pie en el castillo. Como era de esperar, él tenía cosas que decirle y ya no podía reprimirlas más. Elvia no podía culpar a Váldemar por sentir ese rencor, pero ¿tenía que pagarlo con ella? Se quedó callada; cualquier cosa que dijera sería interpretada como una ofensa, todo por venir de sus labios.

—Soy el resultado de los actos de una mujer vengativa y egoísta —concluyó él.

—Una mujer destrozada —puntualizó Elvia, movida por la necesidad inesperada de defender a su madre.

—Varias leyes fueron quebrantadas y se tomaron medidas.

—Leyes fruto del resentimiento y el rencor de un rey.

—Fruto del dolor de un hijo que no pudo salvar a su padre porque la única persona que podía ayudarles se negó a hacerlo. Esa reina vuestra quiso ver morir a mi abuelo.

—Tu abuelo murió porque le llegó su hora, como nos llegará a todos, nada más.

—Hay poca diferencia entre matar a alguien y dejar que muera pudiendo impedirlo.

Elvia apretó los dientes.

—Es más complicado que eso.

—¿Lo es?

—Sí. Y teniendo en cuenta tu situación, me parece muy bien que odies a mi madre y que sientas rechazo hacia mí, pero no deberías hacerme pagar por sus actos.

—Si quisiera que me las pagaras, feérica, no estarías aquí de pie y de una pieza.

—¿Tengo que sentirme amenazada o algo por el estilo?

—Por desgracia, no. Eres una invitada de la familia real y estás en la corte en calidad de diplomática, lo que te hace intocable, pero las circunstancias pueden cambiar, así que cuidado.

—Vaya, gracias por el aviso. Lo tendré en cuenta.

Hubo un momento de silencio en el que ambos sostuvieron sus miradas. Sin más, Váldemar pasó por su lado, chocándose contra su brazo con cierta agresividad. No se volvió para mirarla.

Elvia se llevó una mano al hombro y lo masajeó mientras apretaba los dientes para no soltar la ristra de insultos que se le pasaban por la mente.

El faro y el delfín

Se anunció que por la tarde habría una celebración en honor del vigésimo primer cumpleaños del príncipe. Esa clase de festejos tenían lugar al anochecer, pero la situación de Váldemar no les permitía hacerlo a aquella hora del día, por lo que se convocó un banquete a la hora de comer, que se alargaría hasta la llegada de la luna.

Félix tenía asumido que se encontraría con rostros nuevos o poco habituales en la corte, pues muchos nobles se sentían atraídos por la idea de pasar una velada de esa índole en el castillo, pero el joven príncipe no esperaba que viniera *ella*.

Tal y como supuso, la encontró en el viejo salón de la reina, una estancia que ya no se utilizaba, pero que atesoraba maravillas como tapices centenarios, cuadros de artistas irrecuperables o una gran chimenea con gemas engarzadas.

Las pesadas cortinas estaban corridas, dejando que un único rayo de sol se colara en el interior. Eso hizo que la luz que Daliana Mortier desprendía a ojos de Félix fuera incluso más evidente que la última vez que la vio, hacía ya unos meses. Su tez blanca como la nieve, sus labios rojos, su cabello liso de un castaño otoñal...

Cerró la puerta tras de sí y corrió hacia ella para envolverla entre sus brazos. Daliana cerró los ojos y apoyó la cabeza en el pecho de su príncipe.

—Te he echado de menos —le susurró él al oído.

—Y yo a ti.

En ese instante, Félix notó algo. Algo que se interponía entre ambos. Se separó de ella y por primera vez reparó en su vientre abultado. La miró a la cara con los ojos muy abiertos.

—Estás embarazada... —señaló el joven.

Ella se encogió de hombros.

—Qué puedo decir.

—¿Es mío?

—No —se apresuró a responder la muchacha.

El príncipe se la quedó mirando con una ceja alzada.

—Mírame a los ojos y júramelo.

Ella se abrazó a sí misma y resopló.

—No puedo hacer eso.

—Pero ¿es mío?

—No. No lo sé. No tengo forma de saberlo. Voy a actuar como si lo supiera, pensando en la seguridad de mi hijo y no en lo que a mí me gustaría que fuera cierto.

—Así que fingirás que Conrad es su padre.

—Porque quizá lo sea, Félix.

—Y quizá no.

—Pero es mi esposo. Eso no cambia.

—¿Dónde está?

A la joven le dolía que Félix sacara a relucir el nombre de su marido, pero no tanto como a él.

—Se ha quedado en Ásernan.

—¿Y cómo es que has venido tú?

—Mi padre me insistió mucho. Nos insistió a ambos, en realidad, pero él tiene trabajo gestionando nuestras tierras.

—Me lo imagino —musitó Félix con un tono de disgusto—. Entonces, ¿por qué estás preocupada?

—¿Qué te hace pensar que lo estoy?

—Cuando he entrado, estabas frotándote las manos. Te conozco y sé lo que eso significa.

Daliana esbozó una tenue y triste sonrisa. Llevaba casi un año casada con Conrad y él seguía siendo incapaz de interpretar su estado de ánimo.

Desvió la mirada, nerviosa.

—Últimamente he tenido sueños.

—¿De qué clase?

—En mi familia tenemos el pelo castaño y en la de Conrad lo tienen casi negro. El cabello rubio no está en nuestra sangre. En los sueños, mi hijo tenía una espesa cabellera dorada... ¿Qué va a pasar si se cumple, Félix? Mi

marido tiene un temperamento muy fuerte y lo que me haría a mí no se podría comparar con lo que le haría al bebé. —Tragó saliva—. Tengo miedo.

Félix le acarició la mejilla con dulzura y devoción. Se esforzó por dejar que el amor que sentía por ella primara sobre la cólera que le inspiraba lo que Daliana estaba insinuando.

—Yo nunca dejaría que te tocara, Dalia. Ni a ti ni a ningún hijo tuyo, fuera quien fuera el padre. Y en cualquier caso, si el niño fuera mío, sería intocable. Soy el futuro rey.

—¿Lo reconocerías?

—Me ofende que lo dudes.

—Lo siento... Me pongo en las peores situaciones sin quererlo. Ya sabes cómo es mi esposo...

—Impulsivo, irracional, celoso... —bufó el joven poniendo los ojos en blanco.

—No quiero correr riesgos, Félix.

—Lo que estás diciendo es que quieres que lo nuestro termine aquí y ahora, ¿es eso?

—Sí. Tampoco podía durar toda la vida, ¿no?

Félix desvió la mirada y suspiró.

—Supongo que no —cedió él.

Daliana extrajo un pañuelo que tenía guardado en el interior de la manga y se enjugó suavemente los ojos, que se le habían humedecido. Bordados sobre la tela veía un delfín junto a un faro.

—Me acuerdo de cuando te lo regalé —comentó Félix, cogiendo el pañuelo y observando las formas dibujadas con hilo sobre él, evocando la semana en la que lo hizo, cuando todavía vacilaba antes de cada puntada.

—Hace más tres años —rememoró la muchacha—. Y después nos dimos nuestro primer beso.

Félix sonrió, recordándolo. Fue un gesto torpe e inexperto por parte de ambos, pero resultó tan dulce y sincero que no importó nada más.

Luego concedieron su mano en matrimonio a Conrad Dálavis, un marqués diez años mayor que ella que tenía muy buenas relaciones con su padre. Eso no les hizo dejar de amarse en secreto. Tampoco pararon cuando llegó la boda. Pero ahora las cosas se habían complicado más... Daliana iba a ser madre, lo que la forzaba a dejar el egoísmo a un lado, a olvidar sus propios deseos por el bien de su familia. Y Félix la amó todavía más por eso.

Le devolvió el pañuelo.

—Deja que ahora te dé el último —pidió.

Ella lo miró a los ojos y asintió. Sus labios se juntaron y sus corazones se quebraron.

Fidelia estaba emocionada. Adoraba los bailes y las fiestas.

En sus aposentos, Brígida la había ayudado a vestirse abrochándole el corsé y colocándole bien el vestido, y Elvia había podido contemplar tres surcos rojizos con relieve sobre la piel de su espalda. En esos momentos, la doncella cepillaba con brío la larga melena rubia de su señora.

La feérica observaba la escena sentada sobre la cama, respirando tranquilamente y dejando que el cansancio de esa mañana desapareciera de su cuerpo. Había tenido que ir a la ciudad, concretamente a la orfebrería, pues necesitaba recoger un pedido que había encargado hacía unos días y que requeriría para esa misma tarde.

La voz de su alteza la extrajo de su ensimismamiento:

—¿Cómo te están yendo las cosas con el preceptor, Elvia?

Norman Aldaravis era un hombre muy culto, refinado y estricto. Se había encargado de la educación de los hijos del rey, y en la última semana su cometido había consistido en ayudar a Elvia con los protocolos sociales, tradiciones y demás. Incluso la había enseñado a bailar como los humanos.

—Bien, aunque creo que se me da mejor aprender cosas que no pueden llevarse a la práctica, como vuestra historia o literatura.

—Con el tiempo se le coge el tranquillo a todo. Había cosas que yo detestaba y sigo detestando, como las reverencias o dejar que te besen los nudillos, pero al final acabas aprendiendo a dominar la situación.

—Los bailes como el de hoy están llenos de situaciones de esas, ¿no?

—Sí, pero dejando al margen la hipocresía y falsedad que suelen condimentar estas fiestas, a mí me gustan mucho. Siempre pasan un montón de cosas divertidas de las que luego pocos se acuerdan. Beben demasiado como para que su memoria quiera esforzarse en retener los detalles importantes, así que al final quedamos pocos; los que podemos relatar las anécdotas con más precisión.

—¿Vos no bebéis, alteza? —preguntó Elvia.

—Lo justo. No quiero que mis sentidos se emboten, no me dejaría disfrutar al completo de la fiesta. ¿Mi vestido está preparado? —preguntó, y se giró hacia su doncella.

—Sí, alteza. Marina le hizo los arreglos que pedisteis y nos lo entregó cuando vino la semana pasada.

—Genial.

Elvia sonrió. Para ella también habían preparado un atuendo acorde para la ocasión. Se trataba de una de las piezas confeccionadas por Marina, concretamente la que dejaba la espalda al descubierto. Cuando se lo puso, contempló su reflejo en el espejo ovalado que había en los aposentos de la princesa y sintió que se había convertido en otra persona. El vestido, azul y malva, se ataba al cuello con una sofisticada pieza circular de hilos dorados de la que se desprendía la suave tela que cubría el busto y el resto de su cuerpo.

—¿Te gusta? —preguntó Fidelia.

—Nunca había tenido algo tan bonito.

—Pues es para ti. Yo no podría ponérmelo, y no es porque no me guste, sino porque me ganaría algunas miradas de reproche.

—¿Por la espalda desnuda?

—Correcto. Y no solo por la cicatriz.

—No es adecuado para una humana —se apresuró a aclarar Brígida.

Los trajes que vestían las mujeres de la corte solían ser más pesados, con múltiples telas aterciopeladas, bordados trabajados y escotes redondos o cuadrados.

Cuando el pelo de Fidelia estuvo desenredado y peinado, le llegó el turno a Elvia, que se sentó en el taburete con una ligera reticencia y permitió que Brígida manoseara su cabello.

—Qué suave y sedoso está —se fascinó—. Apenas lo recordaba ya.

La princesa alzó una ceja.

—¿Las hadas lo tienen más suave por naturaleza?

—Así es. Y apenas se les enreda. Es una maravilla. Veamos, ¿qué podemos hacer? ¿Tal vez una trenza?

—No —se apresuró a decir Elvia—. Preferiría que no se me vieran las orejas.

Entonces Brígida le retiró los mechones de cabello que cubrían dicha parte de la cabeza y contempló las orejas redondas de la mestiza.

—Entiendo —murmuró la sirvienta.

—Pero eso puede ser una ventaja —opinó la princesa—. Quizás haga que los cortesanos recuerden que no eres tan distinta a todos nosotros. Tal vez les inspire confianza.

—O tal vez les recuerde lo que pasó hace veintiún años —objetó Elvia.

Brígida torció el gesto, escéptica.

—Oíd —dijo, tocándole con delicadeza el hombro—, es posible que donde vos os habéis criado la forma de vuestras orejas sea algo llamativo y

que provoque rechazo, pero aquí no lo es. Comprendo que os sintáis... avergonzada, pero no permitáis que los demás se den cuenta, porque lo asumirán como una debilidad y lo utilizarán para heriros. Sentid orgullo de lo que sois y los demás empezarán a pensar que a lo mejor tenéis motivos para ello.

Elvia se quedó en silencio, meditando sobre el breve pero claro discurso de la dama de compañía de la princesa. Fidelia, por su parte, sonreía con satisfacción.

—Brígida es una caja de sorpresas. Leal como un caballero y sabia como un filósofo.

—Ya lo veo —sonrió Elvia.

—Me abrumáis, alteza —contestó la aludida—. Pero he vivido muchos años, he conocido a mucha gente y, sobre todo, he pensado mucho. Creo que mi consejo es acertado.

—Quizá tenga razón —resolvió la mestiza—, no puedo pasarme la vida ocultando lo que soy. Muy bien, hazme la trenza.

Brígida sonrió y empezó a peinarle el cabello castaño.

Elvia sabía que no sería fácil actuar acorde a esa nueva línea de pensamiento, pues la percepción que tenía de sí misma no había cambiado y, por supuesto, seguía teniendo sus dudas e inseguridades, pero la dignidad le exigía que se hiciera valer. Ante sus hermanas en Álandor jamás había agachado la cabeza debido a su mestizaje. No tenía por qué hacerlo ante los humanos.

El orgullo ciega

Váldemar no estaba por la labor de recibir regalos y elogios de nobles y aristócratas que, en el fondo, sentían aversión por él. Cuando lo miraban, no veían al hombre práctico, tenaz y leal en el que se había convertido, sino al príncipe sobre el cual pesaba una terrible maldición. Le hubiera gustado poder fingir que las cosas iban bien; hubiera deseado disfrutar de la fiesta sin ningún tipo de preocupación, tal y como lo habría hecho si no sufriera el castigo de un hada resentida.

Pero era imposible porque en unas cinco horas, cuando el sol se ocultara, Váldemar tendría que hacer lo mismo. Desaparecer, esconderse. Dar la espalda a su mundo y a su familia para lidiar, como casi cada noche, con la bestia que albergaba en su interior y que tantas veces le sometía.

Era difícil no tener eso en mente. Aunque fuera en un segundo plano. Era difícil dejarse encandilar por la belleza de la vida cuando la suya estaba truncada.

Justo cuando pensaba que ya había terminado y que nadie más se le acercaría para cumplir con las normas de cortesía, Elvia de Otoño avanzó hacia él con un pequeño cofre de madera entre las manos.

Llevaba un favorecedor vestido bicolor y su pelo, recogido con unos adornos florales, resaltaba la belleza de su rostro despejado, una belleza poco común pero ineludible.

Le desconcertaba que tuviera un regalo para él, aunque en realidad no era tan sorprendente, pues esos detalles eran importantes en cualquier labor diplomática.

—Como embajadora de la corte iridiscente y en nombre del pueblo feérico, os obsequio con este presente —dijo, acercándole el recipiente—.

Felicidades, alteza.

Sin demasiado entusiasmo, Váldemar cogió la caja y la abrió. En su interior había una medalla de oro del tamaño de la palma de su mano con el emblema de la casa Terrafil grabado en la superficie y el nombre del príncipe primogénito junto a su fecha de nacimiento. Tenía pequeños cristales blancos y azules incrustados en el borde.

Váldemar lo contempló con una mezcla de extrañeza y recelo. El regalo en sí le gustaba. Era bonito. Pero no sabía cómo interpretarlo teniendo en cuenta quién se lo estaba entregando.

Tomó aire.

—Gracias —dijo.

Elvia inclinó muy levemente la cabeza y se retiró sin mediar palabra.

Saveiro, que había observado la escena desde la lejanía, se acercó a su hijo y con un solo gesto le pidió que le mostrara el presente. Váldemar lo hizo y el rey se rascó la barbilla, pensativo.

—No se ha esmerado demasiado —comentó.

Váldemar cerró el cofre y se lo dio a un sirviente.

—Podría haber sido peor.

—Oh, sí. La última vez que un hada te obsequió con algo no fue muy agradable.

El príncipe miró a su padre, tenso.

—¿Estás seguro de que quieres reanudar las relaciones con ellas?

—Sí —asintió Saveiro antes de darle un sorbo a su copa—. No olvido lo que hicieron y nunca lo haré, pero soy el rey. Tengo que estar por encima de eso.

—Has tardado bastante en darte cuenta.

Se encogió de hombros.

—El orgullo ciega, pero la ceguera desaparece cuando te acercas a la muerte.

El banquete, que sirvieron en el gran salón donde habían colocado tres largas mesas rectangulares, hizo las delicias de todos los comensales. Los músicos animaban el festejo con una melodía rápida y rítmica aunque suave, por lo que los asistentes podían hablar entre ellos sin tener que alzar la voz. Elvia, que de nuevo estaba al lado de *lady* Constanza, apenas habló; la cuñada del rey tampoco parecía querer entablar una conversación, lo cual fue un alivio. Se dedicó a estudiar el entorno. Reparó en el brillo de los ojos de Félix, que estaba más apagado que de costumbre. Era un detalle tan sutil que muy pocos lo captarían. No se explicaba qué le ocurría al heredero al trono. Todo

parecía estar en orden a su alrededor. Charlaba, bebía, comía... No encontró nada que explicara la tristeza que se adivinaba en su mirada, así que Elvia se resignó a seguir comiendo y permanecer en silencio. A su derecha, un noble parloteaba con la persona que tenía al otro lado y apenas le prestaba atención a ella. Ni siquiera la había saludado.

Era en momentos como aquel cuando Elvia añoraba profundamente su hogar y se sentía sola.

Tremendamente sola.

Sus ojos fueron a parar en Váldemar y descubrió que su mirada reflejaba algo similar a lo que ella sentía. Incomprensión, lejanía. La celebración se hacía en su honor, pero nadie le prestaba atención. Sus pupilas se perdían en las caras de la gente que reía y comía, y lo hacían con anhelo y resentimiento al mismo tiempo.

Entonces se fijó en ella y la observó por unos brevísimos instantes antes de apartar de nuevo la vista, contrariado.

Cuando terminaron, pasaron al gran salón anexionado a la derecha, donde los músicos ya se habían preparado para tocar animadas sinfonías que todos conocían. Antes de que dieran comienzo los primeros bailes, Luciano Mortier y otro hombre de aspecto circunspecto se acercaron a Saveiro para susurrarle algo al oído. Hizo una mueca y puso los ojos en blanco justo antes de asentir con la cabeza, como si estuviera cediendo. Dio un par de palmadas para captar la atención de sus invitados y se hizo el silencio.

—Teniendo en cuenta nuestra reciente situación política —empezó, arrastrando las palabras—, me parecería adecuado que Váldemar iniciara los bailes acompañado de la más reciente incorporación a la corte: Elvia de Otoño.

La mestiza miró al monarca con los ojos como platos, incapaz de creerse lo que el hombre estaba proponiendo. La idea también era desagradable para el príncipe. La mayoría de los presentes parecían entusiasmados con la propuesta. Aunque uno nunca sabía hasta qué punto era sincera la aprobación que mostraban ante todo lo que decía su rey.

Si se pensaba en la diplomacia, la ocurrencia de Saveiro tenía lógica y era previsible, pero aquel era un caso especial. Ni Elvia era una embajadora corriente ni Váldemar un príncipe común. Aun así, en sus circunstancias sería demasiado temerario negarse.

Ella dejó escapar el aire que había estado reteniendo.

Él tragó saliva.

Los cortesanos dejaron espacio libre en el centro, arrimándose a las paredes y a la tarima sobre la que se habían posicionado los músicos.

El príncipe y la embajadora avanzaron unos pasos el uno hacia el otro, mirándose con aprensión, conscientes de que tendrían que mantenerse fieles a su posición en la corte y actuar en contra de sus deseos para satisfacer a los demás y facilitar las relaciones entre humanos y feéricos.

Váldemar alzó el brazo y lo dejó recto hacia arriba en un ángulo perfecto, lo que significaba que Elvia tenía que hacer lo mismo y provocar que sus palmas se tocaran. El contacto fue escalofriante.

Una vez en posición, la melodía empezó a sonar y ellos se movieron al compás de cada nota. Elvia tenía una conexión innata y natural con la música. Sus congéneres cantaban inusualmente bien y, aunque ella no poseía esa voz mágica de las hadas, sabía entonar, seguir los ritmos y moverse de forma grácil al son de una sinfonía. Fue por eso por lo que, a pesar de que llevaba muy poco tiempo ensayando el baile tradicional de Bránvar, se desenvolvió con soltura.

Giraba sobre sí misma, cambiaba de lado y unía su mano a la de Váldemar. Una de las cosas imprescindibles en aquella danza era que la pareja debía mirarse a los ojos y perderse de vista solo cuando fuera inevitable, así que ya llevaban un par de minutos mirándose. Demasiado para ambos. El príncipe desvió momentáneamente la mirada y reparó en sus orejas no puntiagudas. Le costaba recordar que había humanidad en ella.

Como la había en él.

Llegaron los últimos pasos, en los cuales el hombre debía sujetar por la cintura a la mujer, alzarla unos centímetros y moverla de un lado a otro. Cuando Elvia tocó el suelo, la música se extinguió y la mirada tormentosa de Váldemar se nubló todavía más.

Se separaron como si el mero roce de sus pieles quemara y miraron a los asistentes, que aplaudían e invadían el salón al completo, dispuestos a bailar ellos también.

Poco después, Váldemar abandonó la estancia y solo Elvia y sus hermanos se dieron cuenta.

El otro aniversario

Aquella noche, Elvia se acostó en su cama, protegida por las pesadas mantas y arropada por la luz de la luna. Le hubiera gustado dormir bocarriba, pero tenía que conformarse con hacerlo de lado o con el pecho contra el colchón. El cepo era demasiado molesto.

Pensó que ese día también había sido su vigésimo primer cumpleaños, pero que, a diferencia de lo que pasaba con Váldemar, nadie lo sabía. Y pese a los festejos, los regalos y la comida, el príncipe no se había sentido más querido o valorado. Su aniversario solo era una excusa para que los cortesanos pudieran pasarlo bien.

Finalmente, Elvia se durmió rememorando el primer baile de esa tarde.

Un día como aquel

Después de la fiesta y tras un par de jornadas de estudio personal en la biblioteca y lecciones culturales con el preceptor, Elvia paseaba con calma por la linde del bosque de Bránvar, que no quedaba muy lejos del castillo. El trayecto estaba muy despejado y tranquilo. Le gustaba alejarse del bullicio y respirar aire puro. No era un capricho del corazón, sino una necesidad del cuerpo.

Laurel, su caballo, caminaba detrás de ella, olisqueando las hierbas y degustando algunas. A veces la mestiza se conformaba con dejarse caer y sentir el frescor de la naturaleza, pero ese día no estaba de humor.

Fue la percepción de una presencia lo que hizo que Elvia alzara la vista y descubriera que Váldemar se estaba acercando a ella. Puso los ojos en blanco.

«Otra vez no», pensó.

Él la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—Quería despejarme y pasear un rato. ¿Y tú?

Váldemar hizo una mueca de desprecio.

—Celebrar que hace exactamente veintiún años que me maldijeron —repuso con sarcasmo—. ¿Tú qué crees?

Entonces la mestiza observó que el sol anaranjado se alejaba de ellos hacia poniente para permitir que la luna lo relevara.

—Lo siento —musitó—. No lo había pensado.

—Ya. Pero supongo que sí has pensado en tu madre. Hoy es el aniversario de su muerte —apuntó, y alzó una ceja.

Elvia asintió. Emberia de Invierno había muerto en un día como aquel. Podía imaginársela corriendo, huyendo de los hombres del rey, dejando atrás

las murallas de la capital después de haber cometido el crimen que le costaría la vida.

Podía ver la flecha de hierro hendiendo la carne de su espalda.

—¿Lo haces a menudo? —quiso saber el príncipe.

—¿El qué?

—Pensar en Emberia.

—No tanto como tú, eso seguro.

El gesto de Váldemar se endureció.

—Cuidado, feérica.

—Tengo un nombre, alteza.

—Sí, y un apodo también, por lo que tengo entendido.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Elvia. Procuró que su rostro no reflejara su turbación, pero lo cierto era que la posibilidad de que el príncipe conociera aquel horrible mote le inquietaba.

—Se lo oí decir a una de tus acompañantes cuando te trajeron a la corte —prosiguió—. Intenté investigar para conocer su significado, pero nuestros registros sobre vuestra lengua arcana son muy pobres. Sin embargo, me quedé con el término. *Vorkiesh*. —Saboreó la palabra, consciente de que era un insulto.

Había sonado cortante en sus labios, como el filo de una daga sobre la piel.

No fue la palabra en sí lo que hizo que Elvia se encendiera, sino aquel timbre de malicia en la voz del príncipe. En un impulso irracional, levantó la mano para golpearle en la mejilla, pero él la capturó por la muñeca antes de que llegara a su destino.

—Suéltame —exigió en un susurro, con los dientes apretados.

No lo hizo. En lugar de eso, acercó su rostro al de ella de forma amenazante.

—¿Sabes cuál el castigo por abofetear a un príncipe?

Ella notó cómo se estremecía cada fibra de su ser, pero no se amedrentó.

—Seguro que no es tan grande como la satisfacción que da el hacerlo.

Váldemar se la quedó mirando fijamente.

—Dime lo que significa.

Elvia no quería contentarle, pero tampoco deseaba resistirse más y empeorar las cosas. Estaba entre la espada y la pared.

—Aberración. ¿Contento?

La tez de Váldemar palideció un poco y sus párpados temblaron con indecisión. La soltó y se separó de ella, sin dejar de mirarla.

Después cruzó por su lado en dirección al bosque.

La ciudad del norte

Se anunció que los miembros más representativos de la corte viajarían hasta Limbria, una bella ciudad norteña con cuyos señores el rey mantenía muy buenas relaciones. Leobardo y Renata Cáltrobas eran un matrimonio próspero y sorprendentemente feliz. De esa unión habían resultado cuatro hijos: tres niñas y un varón, todos entre los trece y los siete años.

La mayor, Blanca Cáltrobas, era la prometida del príncipe heredero desde prácticamente su nacimiento, pero la boda no tendría lugar hasta que ella no cumpliera los quince años, para lo cual faltaban aún dos veranos.

A Félix no le entusiasmaba en absoluto la idea de casarse con una muchacha tan joven, pero sabía que así funcionaban las cosas y que en realidad ambos habían tenido suerte de que ninguno de sus progenitores hubiera querido acogerse al derecho que determinaba que una mujer podía casarse en cuanto tuviera el primer sangrado. Tal vez promulgara una ley para corregirlo en cuanto se convirtiera en rey.

Había dos días de camino y eso podría ser pesado para cualquiera, pero las condiciones en las que viajaba el rey y su séquito no eran las habituales, ya que contaban con ostentosas diligencias tiradas por los mejores caballos y múltiples sirvientes, cuya única tarea era garantizar que nada importunaría al monarca y a su familia.

Los ilustres invitados serían Saveiro, sus tres hijos, Teobaldo Málebran en calidad de consejero real y la embajadora de Álandor, a quien la familia Cáltrobas tenía muchas ganas de conocer.

Constanza no los acompañaría; aprovecharía su ausencia para viajar al sur y comprobar que todo seguía en orden en sus dominios.

Elvia estaba ilusionada. No conocía el norte y sentía curiosidad; además, preveía que los informes que redactase allí serían más interesantes que los que escribía en la capital del reino. Al principio había muchas cosas que contar, pero habían ido pasando los días y recopilar la información interesante se convirtió en algo tedioso y casi mecánico. Limbria le ofrecía un nuevo marco de posibilidades: paisajes nuevos, flora extraña, personalidades desconocidas...

Fidelia y Brígida, como siempre, fueron muy amables con ella durante el trayecto, procurando que no se sintiera sola o desamparada, aunque habían llegado a darse cuenta de que la mestiza necesitaba ratos de tranquilidad. En los descansos, se alejaba del grupo y paseaba por los alrededores, contemplándolo todo con ojillos curiosos.

Habrían pasado la noche a la intemperie de no ser porque la amenaza de un cielo encapotado y unas nubes plomizas que se adivinaban en la lejanía les obligó a desviarse hasta Doria, una aldea cercana al bosque que se alzaba a los pies de unas espectaculares ruinas.

Con el sonido estremecedor de los truenos que precedían a una lluvia torrencial, Elvia observó el viejo castillo derruido y sintió que se le encogía el corazón. Gracias a los libros que había devorado en los últimos días, sabía que el alcázar había pertenecido a la reina Audeval y a su esposo Myrendul, los últimos reyes de Verelia antes de la guerra civil que dividió la península.

Aparte de eso, el lugar era similar a Bránvar. Mucho más pequeño y menos poblado, naturalmente, pero demasiado grande como para tratarse solo de una aldea.

Montada sobre *Laurel*, se acercó a Félix para preguntarle al respecto.

—Podría ser una ciudad —afirmó—, pero no se ha declarado como tal porque no tiene ningún santuario. Creo que hay un par de templos menores, pero eso no basta.

Elvia asintió.

—¿Y cómo es que no hay ningún santuario? —preguntó—. Tengo entendido que en el pasado fue una de las ciudades más importantes de Verelia. Los hijos de los reyes tenían que nacer aquí según una vieja tradición, ¿no?

—Sí, así era. Pero durante la guerra se destruyeron tanto el santuario como los templos, así como infinidad de casas. Doria era una ciudad espléndida en todos los aspectos, pero la guerra no tuvo piedad con ella.

—No parece que fuera más grande de lo que es Bránvar ahora.

—Y no lo fue. A medida que pasan los años, las ciudades crecen más. Doria no tuvo tiempo y dejó de ser importante hace siglos, por lo que en su momento de gloria ni la población era tan amplia ni la arquitectura, tan avanzada.

—Entiendo. Me cuesta imaginarlo.

Félix alzó una de sus cejas rubias.

—¿Por qué? Ocurre en todos los reinos que conozco. Las cosas cambian, la sociedad evoluciona.

—No sucede en los bosques —explicó Elvia—. Tanto Álandor como Odelís llevan funcionando igual toda la vida. Las hadas no tienen esa necesidad imperante por descubrir cosas y... avanzar.

—¿Y tú la tienes?

A Elvia solía incomodarle la realidad implícita en aquella clase de preguntas, pero en esa ocasión no fue así.

—Creo que sí. Me fascina comprobar todo lo que puede hacerse con el ingenio. Todos los objetos que tenéis en el castillo, incluso cómo está construido este..., no sé. No es algo que mis compañeras aprecien.

—Bueno, todo esto es parte de ti y es lógico que quieras saber cómo funciona y qué clase de vida llevamos.

La conversación no dio mucho más de sí, aunque a Elvia no le pasó inadvertido que Váldemar había estado escuchando. No es que estuviera cerca ni mucho menos, pero el príncipe contaba con un oído privilegiado. Elvia lo supo desde el primer momento, pero apenas le había dado importancia. Habría dicho exactamente lo mismo aunque él no hubiera podido oírlo.

Se alojaron en una posada llamada El Colchón Emplumado, que presumía de ser una de las más lujosas de Myrendul.

Les asignaron las alcobas y se prepararon para dormir mientras la lluvia azotaba cruelmente la pequeña localidad de Doria.

Fue una noche difícil para Váldemar.

No había bosque alguno al que pudiera acudir para refugiarse mientras su cuerpo de lobo le instaba a perseguir liebres y a correr bajo la luna. No contempló la posibilidad de adentrarse en Álandor, que estaba próximo, sino que se alejó hacia las praderas.

Elvia sintió la tentación de acercarse a su bosque aunque solo fuera durante unas horas, pero se contuvo porque sabía que, si lo hacía, le costaría regresar junto al rey y su familia.

Retomaron el viaje al salir el sol, y el posadero les despidió agitando la mano hasta que los perdió de vista camino abajo.

A medida que se acercaban a Limbria, Elvia iba anotando mentalmente la flora y la fauna con la que se cruzaban. Esta última no era tan llamativa, aunque se decía que en la cordillera del norte se podían ver dragones saltando de pico en pico.

En cuanto a las plantas novedosas que empezaba a encontrar, no eran tan exóticas como le hubiera gustado.

«¿A quién quieres engañar? —se dijo—. No estás dejando atrás el continente, ni siquiera la península. No vas a ver nada demasiado espectacular».

En la biblioteca del castillo había volúmenes que versaban sobre multitud de cuestiones; entre ellas, los viajes. Algunos eran crónicas reales y otros, ficción que narraba el periplo de algún personaje aventurero. La mayoría eran poemas, una narrativa lírica muy elaborada y creativa que fascinaba a Elvia, no solo por su contenido, sino por su forma. Desde que vivía en Bránvar, tenía la sensación de que no sabía nada del mundo.

Tal vez tuviera amplios conocimientos sobre anatomía animal, herbología y astrología, pero había descubierto que existían otras cuestiones igual o más llamativas. El arte, la filosofía, la historia...

Volvió a centrarse en la hierba y en las plantas que brotaban en el camino, repasando en silencio todo lo que sabía de ellas, pero al final tuvo que dejar de hacerlo, dado que, tan al norte, la nieve revestía la tierra con elegancia.

—Este año ha hecho más calor de lo normal, pero no sería raro que en Bránvar también nevara por estas fechas —comentó Fidelia a su lado.

Estaba en el interior de una diligencia, asomada al escueto ventanuco, mientras Elvia montaba sobre *Laurel*, enfundada en pieles y ropas de abrigo.

—Lo sé. En Álandor la nieve no suele cuajar.

—¿Y eso?

—Las hadas lo evitan. La nieve no nos disgusta, pero es molesto que nos haga perder el contacto íntimo que tenemos con los árboles y las flores de nuestro hogar.

—Oh.

La mestiza sonrió con amabilidad.

—Entendería que te pareciera raro.

—Es raro, pero no esperaba menos.

Llegaron a Limbria al atardecer del segundo día. Arropada por la luz crepuscular y unas esbeltas montañas que protegían el oeste, la ciudad se presentaba sobria, bella y distinta a las demás. Algo muy particular del

terreno era la cantidad de desfiladeros que lo surcaban. Limbria había sido erigida junto a varios precipicios rocosos.

Los edificios eran altos, con tejados muy inclinados y con agujas brillantes que apuntaban al cielo. Predominaban el azul, el blanco y el lila, tanto en las casas como en la vestimenta de sus gentes. Algunas paredes estaban adornadas con relucientes mosaicos que formaban perfectas figuras geométricas.

Era la segunda urbe más grande de Myrendul y se extendía hasta el caudaloso río que caía de las montañas.

Elvia y todos sus acompañantes abrieron mucho la boca y los ojos cuando un majestuoso dragón blanco surcó el cielo para perderse entre las cimas.

—Increíble —musitó.

No era la primera vez que veía a una de esas impresionantes criaturas; sin embargo, siempre quitaba el aliento. Eran seres reservados que apreciaban mucho la privacidad y rara vez sobrevolaban ciudades. En el Bosque Maravilla también los había, alojados en las montañas que unían Álandor y Odelís, pero ninguno tenía las escamas de aquel color nívoo, puro y brillante como el que acababan de ver.

De todas formas y en términos generales, en la península no había demasiados dragones, posiblemente debido al clima, que no era especialmente cálido si se comparaba con cualquiera de los reinos que se extendían en el sur o al otro lado del mar de los Misterios.

El palacio de los duques estaba a las afueras, cerca del bosque. De planta cuadrada y piedra marmórea, tenía cuatro torreones en cada esquina, todos coronados por una cúpula acibollada de color turquesa.

—Nunca había visto nada así —comentó la joven.

La princesa sonrió con satisfacción.

—Es espectacular, aunque el estilo no es ni myrendulense ni audevalí.

—¿Y de dónde viene?

Fidelia torció el gesto.

—No lo tengo claro. Creo que de los reinos que hay más allá de la frontera dentada. Eso me comentó mi hermano, si no recuerdo mal.

Elvia se abstuvo de preguntar a cuál de los dos se refería.

La familia Cáltrabas ya los esperaba en la entrada principal de la maravillosa residencia. Leobardo y Renata tenían un aspecto bonachón y sencillo. Sus tres hijas eran rubias, hermosas y presentaban un aire muy sano y vigoroso, mientras que el pequeño, el varón, era algo más flacucho y tenía la mirada ligeramente apagada. Elvia percibió su fragilidad física en cuanto

estuvo lo suficientemente cerca y se sintió apenada. Muchos niños nacían con enfermedades que los acompañaban de por vida.

El duque saludó con fervor a su rey e hizo que su familia se arrodillara obediente ante él. Aquel gesto no duró demasiado y enseguida estuvieron todos compartiendo palabras amables y cumplidos cordiales, incluidos los príncipes. Váldepar estaba algo más cohibido que el resto.

Entonces llegó una mujer mayor, de cabello plateado y piel marcada por el paso del tiempo.

—Oh, majestad, aquí está mi madre. Disculpad que se haya retrasado.

—Creía que podía permitírmelo, ¿no es así, majestad?

Saveiro sonrió.

—Por supuesto, Cordelia. Vuestro hijo parece olvidar lo mucho que congeniamos vos y yo y lo buena amiga que fuisteis de mi madre.

—La mejor, querido.

El monarca sonrió.

—En fin —resolvió—, no me acompaña nadie que no conocierais en algún encuentro anterior, salvo Elvia de Otoño, la embajadora de la corte iridiscente.

La señaló vagamente y ella avanzó unos pasos.

Cordelia frunció su ya de por sí arrugado entrecejo. Miró al hada como quien contempla un insecto que acaba de infiltrarse en las cocinas. Ella se mantuvo altiva y firme, aunque los ojos de la mujer eran apremiantes y férreos.

—Así que finalmente lo habéis hecho —musitó Cordelia, hablándole a su majestad—. Estáis reculando.

—No es del todo así —se defendió Saveiro, molesto—. Me limito a dejar las cosas como me las encontré cuando ascendí al trono. Estar cerca de la muerte me ha hecho... replantearme algunos asuntos.

Resultaba interesante ver cómo aquella anciana se permitía el lujo de importunar al rey con sus palabras a sabiendas de que no habría consecuencias para ella. Quizá Saveiro la respetara demasiado, cosa comprensible, pues la presencia de la mujer, sin ser muy corpulenta o alta, era imponente.

—Ya veo.

—Bueno, basta de charlar a la intemperie —cortó el duque—. Entremos, instalaos y disfrutemos de un buen banquete.

—En realidad, estoy algo cansado después de los dos días de viaje —comentó Saveiro—. Propongo dejar el gran banquete de bienvenida para

mañana, después de una buena cacería, claro.
Leobardo rio y asintió con entusiasmo.

El tiempo da la razón a quien la tiene

La alcoba que le habían asignado a Elvia era considerablemente angosta, pues apenas había espacio para la cama, un baúl y una mesilla donde almorzar. Por lo que había comprobado mientras el aposentador de la familia Cáltrobas le mostraba el palacio, todas las habitaciones contaban con una chimenea, que era más que necesaria en las frías y duras noches de invierno en el norte.

La suya debía de ser la excepción.

Una doncella de unos quince años era la encargada de atenderla durante su estancia. Solo le dirigía la palabra cuando era estrictamente necesario y evitaba mirarla a la cara. En un momento dado, se rozaron y su semblante se contorsionó en una mueca de desagrado.

La feérica suspiró, pero no dijo nada.

Una vez sola, dio cuenta de la cena, que consistía en una sopa especiada y caliente junto con un vaso de hipocrás. Ya había comprobado que no le entusiasaban las bebidas con alcohol, aunque se forzaba a ingerirlas porque en la corte abundaban más que el agua. Aun así, aquel brebaje era demasiado desagradable... Su primer impulso fue escupir el líquido, pues era más fuerte que el vino o el hidromiel a los que se estaba acostumbrando, pero reprimió las ganas y tragó, sintiendo un ardor en la garganta. No tardó en percatarse de que era muy útil para combatir el frío.

Poco después de que terminara, la princesa Fidelia se reunió con ella en la habitación.

—¿Estás cómoda? —se interesó.

—No está mal.

La joven forzó una sonrisa.

—Me alegro. ¿Te has fijado en la hija mayor del duque?

—¿En Blanca? Es la prometida de tu hermano, ¿verdad?

—Justo. ¿Qué te ha parecido?

—Seria.

—Yo creo que lo que pasa es que se siente infeliz.

Elvia alzó las cejas.

—¿Por tener que casarse con tu hermano? Me parece que Félix es una de las mejores alternativas, y no solo porque vaya a ser rey.

—Lo sé, lo sé. Es buena persona. Respetuoso, amable... Pero Blanca no lo conoce. No sabe nada de él. No le inspira ningún sentimiento de afecto, ¿entiendes? Hace muchos años que se conocen y no es que no se lleven bien, pero no hay amor entre ellos. ¿Cómo iba a haberlo? Solo es una niña.

Elvia suspiró. Percibía la nota de pánico en la voz de la princesa.

—Por lo que he ido aprendiendo de vosotros estos días, me ha parecido entender que el amor no es algo imprescindible para que los seres humanos se casen.

—Tendría que serlo... Deberíamos poder elegir. Tanto los hombres como las mujeres. ¿O crees que a mi hermano le apetece desposarla? Claro que no.

—Es una de las muchas responsabilidades de las que tendrá que hacerse cargo por ser quien es —le recordó la feérica.

—Sí, igual que yo. No deseo casarme.

—¿Nunca?

—Nunca. Bueno, si me enamoro, tal vez... Pero no sé. A lo mejor ni siquiera en tal caso. Ya sé que es raro; sé que es lo que todas las mujeres quieren, pero... yo no.

—Fidelia, eres una joven excepcional... Pero no *tan* excepcional. Estoy segura de que hay otras mujeres que sienten lo mismo. —Hizo una pausa para dejar que las palabras calaran—. Con la diferencia de que tu situación es especialmente compleja.

Fidelia, sentada sobre la cama, jugueteó con los dedos puestos en el regazo.

—A veces pienso en huir —confesó, todavía con la vista baja—. En irme por la noche sin decir nada y dejarlo todo atrás.

Elvia sintió pena por la muchacha. Le colocó una mano en el hombro.

—¿Se lo has dicho a Brígida?

—Qué va. Se moriría del disgusto. Ella es muy abierta de mente, pero me profesa un profundo afecto. No me retendría si quisiera marcharme, pero le daría un ataque de pena. Y como de momento solo es una ocurrencia que

tengo a veces..., necesitaba contárselo a alguien. Espero que no te parezca mal que ese alguien seas tú.

—No me parece mal. ¿Y qué te impide hacerlo?

—Podría decirte que el miedo a no saber apañármelas sola; a viajar por el mundo sin saber cómo enfrentarme a los peligros, pero no es eso. El miedo no suele condicionarme.

—Es el cariño que le tienes a tu familia, ¿no?

Fidelia asintió.

—Quiero demasiado a mis hermanos, y también a mi padre. Y a mi madre. No podría irme sabiendo que quizá no vuelva a verlos... y no podría dejarlos sabiendo que les rompería el corazón.

Elvia apretó su hombro con cariño, tratando de infundirle fuerzas.

—Y cuando te desposen, ¿qué harás?

La princesa sonrió con amargura.

—Replanteármelo todo. Mis circunstancias serán muy distintas entonces.

Teobaldo y Cordelia se reunieron discretamente en una de las salas de estar de ella, una pequeña y acogedora estancia en lo alto de la torre sureste. Solo el crepitar de la chimenea y el tintineo de las copas de vino enturbiaban el silencio que se instaló entre el saludo formal inicial y la conversación que ambos deseaban mantener.

Cordelia era tía de Teobaldo por parte de padre; por lo tanto, él y el duque de Limbria eran primos. Esa era la razón por la que había sido el elegido para acompañar al rey en vez de Luciano Mortier, el otro consejero.

—Así que su majestad está dispuesto a restablecer la paz entre nosotros y el pueblo feérico —comentó la anciana.

—Eso parece. Constanza opina que Saveiro tiene miedo de cómo va a recordarle la historia. Tiene miedo de que, cuando muera, su hijo o cualquier rey que venga después de él restauren la paz y eso le haga quedar como un incompetente.

Cordelia hizo una mueca.

—Esa mujer es odiosa, pero condenadamente lista. Si así lo cree, sería una negligencia por nuestra parte ignorarlo.

—Supongo que es una de las pocas explicaciones que tienen sentido.

—Por carta me dijiste que la reina de las hadas acudió en persona a sanar a su majestad, ¿es así?

—Sí.

—Ellas buscaban la reconciliación —caviló.

—Se me ocurre que tal vez no solo lo curaron, sino que lo hechizaron. Quiero decir, no es descabellado pensar que utilizaron sus poderes para influir en él, ¿no? Ese cambio de parecer tan brusco...

—Podría ser —admitió Cordelia—. ¿Cómo se comporta con la embajadora?

—No le hace mucho caso y está claro que no le gusta, pero es cordial con ella cuando tiene que serlo.

—Entonces, sigue sintiendo aversión hacia las hadas.

—Sin duda.

—Aunque Elvia no es más que una mestiza... Una aberración. De la mezcla de un humano y un hada no puede salir nada bueno. Estoy segura de que los dioses condenan ese mestizaje.

—Ella tampoco está muy contenta con su estancia en el castillo.

—¿Lo ha dicho?

—No, pero salta a la vista. Se encierra en la biblioteca y se dedica a leer sin querer saber nada de lo que pasa más allá de esa habitación. Y aunque suele mantener una expresión impasible durante los banquetes o las cenas, a veces se nota que está incómoda.

—Imagino que todos estaríamos así en su lugar. ¿Cómo te sentirías tú si te vieras obligado a residir en el Bosque Maravilla unas semanas?

—Asqueado. Pero eso es porque soy yo. Dudo que los príncipes mellizos tuvieran tanto reparo.

—Cierto, fueron ellos quienes solicitaron la ayuda de la reina. ¿Cómo se llevan con Elvia?

—Estupendamente. Estos dos días de viaje desde Bránvar he podido observar que congenian bastante. De hecho, Elvia solo ha hablado con ellos y con algún sirviente.

Cordelia se dejó caer sobre el respaldo de su asiento.

—Eso nos deja fuera de partida.

—¿Por qué?

—Tú no serás la mano derecha del rey siempre, Teobaldo. Un día, Saveiro morirá y Félix le sucederá. ¿Qué opinión le mereces al joven heredero?

—No lo tengo claro...

—Perderás tu estatus en cuanto él gobierne. Y él gobernará sintiendo respeto por el pueblo feérico. Poco se puede hacer en contra de un rey que sabe lo que significa serlo. Y Félix es consciente de ello. Es un chico inteligente y hábil con la diplomacia.

—Pero tu nieta será la reina...

—Sí, mi nieta será la reina. Pero me temo que Blanca no nos servirá. El otro día la pillé dibujando hadas en un pergamino. Y encontré otros dibujos similares en sus aposentos.

—¿Y qué hiciste?

—Quemarlos, naturalmente. Traté de convencerla de que las diferencias que separan nuestras razas nos hacen incompatibles, pero no quiso entrar en razón. ¿Sabes qué me dijo?

—¿Qué?

—Que mi punto de vista no le servía porque estoy demasiado condicionada por la religión. Y me lo dijo prácticamente con esas palabras, ¿te lo puedes creer?

—¿Y quién le ha enseñado eso?

—Lo habrá leído, porque sus padres te aseguro que no. Son la clase de gente que no le concede importancia a las cuestiones relevantes y dedican todo su tiempo y esfuerzo a los asuntos más triviales: cacerías, bailes, moda... Bueno, Renata acude al centro de la ciudad de vez en cuando a repartir limosnas, pero lo hace porque es buena persona, no porque entienda la connotación política que conlleva.

Teobaldo se frotó con cansancio la frente.

—¿Y qué vamos a hacer?

—¿Con lo de las hadas? Yo nada. Mi tiempo pasó, sobrino. Soy vieja y pronto dejaré este mundo. Pero al final el tiempo dará la razón a quien la tiene.

Una firma peculiar

Constanza llegó al palacio de la familia Lagos bien entrada la madrugada. El frío todavía no había conquistado aquella parte del país y eso le resultaba agradable. Aquel era su hogar. Por aquellos jardines había correteado junto a Genoveva, su confidente, su aliada, su amiga. La sangre no era lo más importante que habían compartido; entre ellas hubo sueños, miedos, ilusiones, secretos... Y ahora ya no quedaba nada.

Su casa tenía el mismo aspecto de los últimos años. Lúgubre, triste. Los Lagos era, según contaban los juglares, una de las regiones más bellas de la península, una ciudad levantada entre montañas vestidas con cascadas y estanques, ciénagas y lagos que adornaban los bosques y las inmediaciones de la urbe. Pero a Constanza ya no le parecía tan bonita. O quizá sí y por eso no soportaba estar allí. Los recuerdos que albergaban aquellas tierras eran demasiado hermosos como para ser inofensivos.

Sus sirvientes, que habían esperado su llegada, lo tenían todo preparado. Llevaron su diligencia a la parte trasera, le sirvieron la cena en su salón privado, como a la señora le gustaba, y prepararon su alcoba añadiendo almohadas de pluma de avestruz, un exótico tesoro que se traía del sur.

Dio cuenta del cordero a la miel mientras sus ojos se detenían en un elaborado retrato de ella, su hermana y sus padres. Recordaba el primer día que posaron frente al artista, cómo las horas pasaron con lentitud mientras su padre le sostenía la mano infundiéndole ánimos y su madre hacía lo mismo con Genoveva.

—Excelencia —llamó un sirviente, asomando tímidamente la cabeza.

—¿Sí?

—Hace unos días llegó una carta para vos. No tiene remitente ni ningún detalle que nos ayude a identificar quién la envía.

La mujer alzó una ceja, escéptica.

—¿Y quién la trajo?

—Un ave. La dejó caer en el patio delantero; yo mismo lo vi mientras coordinaba al servicio de los establos. Aquí la tenéis.

Le tendió la misiva y ella la tomó con impaciencia, movida por una comprensible curiosidad y una sospecha descabellada. Su nombre estaba escrito en cursiva en el sobre.

—¿Qué tipo de ave?

—No lo sé, no pude distinguirlo.

Ella asintió con la cabeza.

—Asumo que no la habéis abierto.

—Por supuesto que no, excelencia.

—Puedes retirarte —indicó mientras abría la carta.

El siervo se marchó tras hacer una breve reverencia, dejando sola a su señora.

La caligrafía era delicada y bonita, aunque poco fluida, como el trazo de las gotas de lluvia sobre un cristal. Constanza empezó a leer:

Me dirijo a vos, lady Constanza, porque sé que no os agrada la idea de que los feéricos y los humanos volvamos a ser amigos.

No os preocupéis, no es algo que pueda deducir cualquier persona; pero hay hadas cuyo don consiste en leer las emociones de la gente; percibirlas en el aire. Vuestra discrepancia frente a lo que estaba ocurriendo, frente a lo que simbolizó que Elvia pasara a formar parte de la corte, fue muy evidente para una de las hadas que la acompañaron.

Por lo que tengo entendido, me atrevería a decir que, si tuvierais la oportunidad, frustraríais este intento de paz y armonía entre unos y otros.

Si me he equivocado y vuestro escepticismo no es más fuerte que vuestra lealtad al rey, por favor, dejad de leer. Solo perderíais el tiempo.

Pero, si por el contrario consideráis que hay que hacer algo y que esta situación está por encima de moralidades y diplomacia, no ignoréis lo que quiero deciros: yo también me opongo a los deseos de mi reina de reconciliarse con vosotros.

Creo que estamos cometiendo un error al perdonar a aquel que tan mal nos ha tratado durante décadas.

Reuníos conmigo al primer anochecer después de la próxima luna llena en la colina del Menhir Gravado. Hablaremos.

Prescindid de toda compañía.

No estaba firmada. No tenía florituras ni particularidad alguna que pudieran delatar su procedencia, pero el contenido era bastante revelador. Aunque seguía sin conocer la identidad del hada traidora. Examinó concienzudamente el sobre y encontró algo dentro: un cabello. Un único y fino cabello liso cuyo color recordaba al del cielo durante las primeras luces de la aurora. Una tonalidad tan antinatural que no dejaba lugar a dudas.

Constanza tensó la mandíbula. El mensaje daba a entender que quien lo había redactado era un hada ajena a las tres que habían acompañado a Elvia. Constanza no sabía si creerlo, así que no descartó a nadie. En cualquier caso, tendría que haberlo previsto. Conocía bien la naturaleza compleja y caprichosa de aquellas criaturas. El interés de la reina Sibyl por que las cosas mejoraran era genuino, pero no todas sus hermanas compartían esa postura. Tenía sentido que hubiera disidentes entre los miembros de la corte iridiscente.

El rencor de los feéricos era casi tan legendario como sus poderes.

Se levantó de su asiento y se acercó a la chimenea para azuzar distraídamente el fuego.

Tal vez estaba pecando de crédula. ¿Y si aquello no era más que una trampa? ¿Un engaño tramado por el propio Saveiro para comprobar hasta qué punto ella apoyaba sus pretensiones? El rey no era estúpido.

Pero tampoco era tan listo... O tan desconfiado. Y había algunos detalles que desechaban esa teoría. La carta había sido entregada por un ave y no era imposible que un humano fuera el responsable, pero sí improbable. Ese tipo de mensajería no era habitual y, si alguien hubiera tenido la opción de contar con él, si alguien estaba en posesión de aves amaestradas para facilitar la comunicación, ella lo sabría. Y luego estaba lo del cabello. Aquello no era algo que se encontrara en el mercado o pudiera vendértelo un comerciante ambulante de rarezas, que con suerte tenían un colmillo de narval haciéndolo pasar un cuerno de unicornio.

No, la carta era auténtica.

Además, intuía que la autora había dejado el cabello ahí aposta, como una prueba, firmando la misiva.

¿Entonces? ¿Iría? Exhaló un suspiro. Todavía faltaba un tiempo hasta la fecha estipulada. Podría dedicarse a pensarlo con tranquilidad.

Una cena agitada

Elvia salió a los jardines nevados para pasear mientras las luces purpúreas del alba arrancaban destellos a la escarcha. Nunca había estado tan al norte y aquellos paisajes gélidos le parecían fascinantes. Su naturaleza le hacía echar en falta el canto de los pájaros, el rocío sobre las flores o los colores de la hierba, pero también sabía apreciar la necesidad de la pausa y el descanso que el invierno era para la tierra.

Necesitaba un momento como aquel. Unos instantes de pureza y paz, pues se había levantado con un martilleante dolor de cabeza, algo que nunca antes le había aquejado, por lo que asumía que se debía a las piezas de hierro que llevaba atadas al pelo. Sentía cómo su poder disminuía cada día, cómo se apagaba.

Sufrió un aguijonazo de culpa al recordar los aullidos que habían rasgado la noche y que todo el mundo había podido oír. Se imaginaba al lobo corriendo, amparado solo por la luz de la luna.

El resto del día fue apacible y muy interesante. Se reunió con Fidelia y Félix en los establos, donde estaban preparando sus monturas para ir a pasear por los alrededores y disfrutar del paisaje. Le hubiera gustado poder desplegar las alas y echar a volar con ayuda de las corrientes heladas que surcaban el cielo; de hecho, sus alas se agitaron un segundo cuando esa ocurrencia cruzó su mente, pero la presión del cepo sobre la membrana le recordó bruscamente que aquel era un lujo que le había sido arrebatado.

Recorrieron los alrededores, galopando sobre las laderas cubiertas de blanco, a los pies de unas enormes montañas nívicas. El príncipe compartió con ellas una historia popular nortea que se situaba en aquellos picos

escarpados. El folclore de esa parte del reino era muy rico, lo que explicaba el éxito de sus bardos y trovadores. Contaban con buen material.

El rey y el duque de Limbria se habían ido de caza, una idea perturbadora para Elvia, pero sabía que era una costumbre muy arraigada entre los humanos, especialmente entre la aristocracia.

La caza en sí no era lo que le disgustaba, pues ocurría también entre los animales. En el mundo había presas y depredadores, siempre había sido así, y los hombres no tenían por qué diferenciarse del resto. Lo que de verdad le incomodaba era el hecho de que veían diversión en la actividad; en muchas ocasiones, no era la necesidad de alimentarse lo que les movía, sino las ganas de dar muerte a otro ser vivo. Aunque luego le daban una utilidad real, ya que solían cocinar las piezas que cazaban.

Sin poder evitarlo, volvió a pensar en Váldemar. Él era el cazador más experimentado de todos los que había allí. Lo hacía todas las noches, y así había sido desde siempre.

Tiempo atrás, cuando empezó a comprender la gravedad de los actos de su madre, Elvia se informó sobre la licantropía. Era una condición con matices mágicos y las hadas sabían cómo funcionaba. El lobo que habitaba en el interior de los licántropos era un espíritu independiente y se regía por sus propias normas; no le servían los manjares que el humano degustaba antes de la salida de la luna, sino que necesitaba abandonarse a su instinto y devorar.

—¿Dónde está vuestro hermano?

—Imagino que leyendo o practicando con la espada con los hijos del duque —contestó Félix.

—Lo último es lo más probable —añadió Fidelia.

—Le gustan los niños —coincidió su hermano. Luego torció el gesto—. Algunos miembros del personal de nuestro castillo se preocupan cuando sus hijos juegan con él.

—En cualquier otro caso, eso se tomaría como una ofensa a nuestra familia —indicó la princesa—, pero mi padre no lo ve así porque entiende el miedo de los demás.

—¿Miedo a qué? —inquirió Elvia—, ¿a que se convierta de repente en un hombre lobo, así, bajo la luz del sol?

La princesa se encogió de hombros.

—Uno nunca sabe qué esperar con estas cosas.

—Además —añadió Félix—, nadie pasa por alto que, no hace tanto, Váldemar hirió a su propia hermana.

—Fue un accidente —recordó ella—, pero podría haber acabado en tragedia.

—Algo me comentaron —musitó la mestiza.

—Y no suele montar a caballo —continuó el muchacho—. Repele a la mayoría de animales.

Sí, era una de las características más comunes de los licántropos.

A mediodía regresaron al palacio para comer un poco, aunque no demasiado, pues la velada importante llegaría a media tarde, un par de horas antes de la caída del sol. Allí se cenaba antes que en Bránvar o en las ciudades situadas al sur; a Elvia le fascinaba cómo cambiaban las costumbres dependiendo del lugar. Si ya había diferencias notables entre ciudades pertenecientes al mismo reino, ¿cuán distinto sería Audeval de Myrendul, que eran dos reinos distintos? ¿O la península verélica de las tierras que se extendían al otro lado del mar?

Regresaron para dejar sus monturas en los establos y, a unos cuantos metros, Elvia vio a Váldeamar, enseñándoles unos movimientos de esgrima a dos de los hijos de los duques: el pequeño y una de las medianas. La niña mostraba interés y determinación, y era evidente que su hermano se lo estaba pasando bien. En ese momento, Leobardo y Saveiro pasaron al lado, recién llegados de su mañana de caza. Los dos niños corrieron hacia su padre en cuanto lo vieron y le dieron un efusivo abrazo.

Váldeamar contempló la feliz escena con una mezcla de ternura y pesar, y Elvia supo qué era lo que estaba pensando. Él nunca había tenido eso y lo anhelaba. El joven cruzó una fría y rápida mirada con su padre antes de volverse hacia la armería a dejar los utensilios que había estado empleando.

Elvia sintió una punzada de compasión, pero no le prestó demasiada atención. Caminó hasta el interior de la residencia Cáltrabas, que estaba caldeado, por lo que se puso uno de sus vestidos confeccionados en Álandor, amarillo, con doble tela y largo hasta los tobillos. La caída de la falda era muy irregular; aunque sabía que eso desentonaría, no se preocupó. No era una humana y no tenía que vestir como tal.

La cena tuvo lugar en uno de los grandes salones del palacio, una estancia con cuatro chimeneas y paredes recubiertas de tapices. A Váldeamar no le pasó inadvertida la estudiosa mirada con la que el príncipe heredero contempló aquellas obras.

Se dirigieron a los asientos que les habían asignado mientras los sirvientes iban de acá para allá, encargándose de los últimos detalles de la mesa, y Váldemar estaba a punto de sentarse cuando su padre y Leobardo pasaron por su lado.

—Hola, muchacho —saludó el duque—. ¿Cómo ha ido la sesión de adiestramiento con el pequeño Bernal?

—Vuestro hijo tiene muchas ganas de aprender —contestó él con una tenue sonrisa—, casi tantas como su hermana Clarinda.

—Oh, sí, Clarinda detesta los vestidos y la costura, y adora las justas y las espadas. No sé qué voy a hacer con ella.

—Si fuera vos, la entrenaría. Tiene talento para la lucha.

Leobardo se rascó pensativamente la barbilla y adquirió una expresión burlesca.

—Entre vos y yo, creo que a su madre le daría un ataque si consintiera tal cosa.

Váldemar esbozó una media sonrisa.

—¿Y cómo ha ido la sesión de caza? —preguntó por cortesía.

Entonces, Saveiro, que había permanecido callado y a la espera todo el rato, tomó la palabra:

—Mejor de lo que esperaba, teniendo en cuenta que estuviste toda la noche de ayer correteando por el bosque. Temía que nos hubieras dejado sin presas.

Leobardo desvió la mirada, incómodo. Váldemar no se dignó a replicar; tan solo le dirigió una mirada cáustica y se sentó en su sitio. Lo hizo cabizbajo y, cuando alzó la mirada, se encontró con los ojos castaños de Elvia, que indicaban que había oído la conversación.

Miró a otro lado.

Dio comienzo el festín. El plato principal era perdiz en escabeche y, como acompañamiento, habían servido buñuelos de flores de saúco. Todos parecían entusiasmados con la perspectiva de engullir aquellos exquisitos manjares. O casi todos.

Elvia no podía dejar de mirar su plato con la ración de perdiz. Ella jamás había comido carne. Había especificado que su dieta se basaba en verdura, fruta, sopa, arroz y cosas por el estilo. No es que la carne en sí le diera asco, porque le parecía que olía bien, pero la idea de digerir los restos de lo que hasta hacía poco había sido un ser vivo le repelía.

Todos comían sus platos con avidez mientras que ella no se atrevía ni a probar bocado ni a quejarse ante el duque. Pero algo tendría que hacer.

Mientras lo pensaba, bebió el vino especiado que le habían servido.

—Dama Elvia —llamó entonces Renata, la duquesa—, ¿no tenéis hambre?

Ella tragó saliva, dispuesta a responder con sinceridad, pero Fidelia se le adelantó:

—Oh, ¿te han servido perdiz? Veréis, excelencia, las hadas no comen ningún tipo de carne. Ni siquiera pescado.

—¿Y eso por qué? —preguntó Leobardo con genuino interés.

—Nos disgusta la idea de alimentarnos de animales —contestó ella—. Les tenemos un aprecio especial.

—Yo también aprecio a los animales —intervino Cordelia—. Tengo un perro y una yegua que no me han fallado nunca, y les profeso un profundo cariño, pero eso no significa que tenga que renunciar a la carne, que es un sustento muy valioso para nuestro cuerpo.

—No lo niego, mi señora, pero...

—¿Y qué es lo que intentáis decirnos?

Cordelia estaba molesta porque había interpretado las palabras de Elvia como un ataque o una crítica a su estilo de vida.

—Vos no os comeríais a vuestro perro o a vuestra yegua, ¿verdad?

—Por supuesto que no —repuso, escandalizada—. A no ser que no tuviera más remedio. Si me estuviera debatiendo entre morir de hambre o comérmelos..., bueno, la supervivencia es lo primordial.

—Estoy de acuerdo, pero no estoy hablando de una situación tan extrema. En general, ¿qué es lo que os hace rechazar esa idea?

La mujer parpadeó repetidas veces, desconcertada.

—Pues que les tengo cariño, supongo.

—Muy bien, pues ese lazo personal que tenéis vos con vuestras mascotas es el mismo que tienen las hadas con la mayoría de animales. Nosotras no necesitamos pasar tiempo con ellos o conocer cada ejemplar de forma particular. Tan solo necesitamos saber que están ahí.

—¿También funciona así para vos? —inquirió Leobardo—. Es decir —carraspeó—, teniendo en cuenta que sois medio humana, quizá... Ya me entendéis.

Sí, lo entendía. Elvia procuró no mostrarse ofendida o contrariada. No tenía motivos para ello.

«No tengo motivos para ello», se repitió, procurando que el pensamiento calara. A veces no era fácil creérselo.

—Mi don particular es ser capaz de establecer una conexión muy íntima con los animales —declaró—. Así que, aunque no sea por las mismas razones, yo también siento esa afinidad.

—Entonces, tu aversión es más ética que la de las demás hadas, ¿no? —observó el rey—. Es decir, no hay un impedimento *real*.

—Bueno...

—Quizá podrías hacer un esfuerzo y demostrar hasta qué punto os importa estabilizar las relaciones entre nuestros pueblos —cortó el rey—. Muchos myrendulenses creen que tú y tus congéneres despreciáis las costumbres humanas. Si fuerais partícipe de una de ellas, se disiparían las dudas.

—Padre... —interrumpió Félix.

—Su majestad tiene razón —apoyó Teobaldo—. Sería un acto de buena fe.

—Además, no es una petición tan descabellada. Cualquier embajador del mundo sabe que degustar la gastronomía del reino en el que se encuentra es un buen gesto.

La joven miró a los presentes, esperando a que alguien más saliera en su ayuda, pero solo hubo silencio. Los mellizos se mostraron resignados, sintiéndose mal por ella, pero sin ánimo de insistir. Apretó la mandíbula y tragó saliva.

—Muy bien —accedió Elvia finalmente—. Comeré perdiz.

Aquel era su trabajo, después de todo. Suavizar las cosas, ceder, tender un puente de confianza entre humanos y feéricos.

Saveiro sonrió con satisfacción, igual que Teobaldo y Cordelia. El resto sentía cierta incomodidad.

«No es tan grave —pensó—. Si la Tierra ha hecho que esto sea comestible, será por algo». No estaba muy convencida, pero el animal ya estaba muerto y, si no se lo comía ella, probablemente acabaría en el estómago de otra persona. Suspiró, cogió los cubiertos, cortó un trozo de carne y se la llevó a la boca.

Que estuviera condenadamente delicioso lo hizo aún peor. No quería que le gustara, pero le gustó. No obstante, no pudo evitar que una sensación de malestar se instalara en su pecho.

Los comensales continuaron con sus charlas y con el repiqueteo de los cuchillos y los tenedores sobre los platos.

—Dama Elvia —dijo entonces Cordelia, con un tono de voz menos áspero que el de la última vez—, ¿es cómoda vuestra alcoba?

La joven se tensó ante la sola mención de su nombre por parte de aquella mujer, pero no lo demostró. ¿Acaso habían acordado martirizarla durante toda la cena? Sabían que su habitación no era agradable, así que pretendían obligarla a mentir para ser amable o a decir la verdad y ser descortés. Haría las dos cosas.

Sonrió.

—Lo es. Su tamaño hace que se caliente deprisa y, por lo tanto, no haga falta chimenea —repuso con un tono ligeramente mordaz.

Cordelia permaneció seria.

—Imagino que ya habéis conocido a la doncella que se os ha asignado.

—Sí, así es.

—¿Alguna queja al respecto?

Al parecer, la madre del duque no ignoraba que la sirvienta había sido grosera. ¿Le habría pedido que se comportara así a propósito? No... El recelo de la muchacha había sido auténtico.

—¿Debería? —preguntó ella.

—No lo sé. Es una desafortunada coincidencia que ella tuviera que servirlos, pero lo cierto es que el cuidado de esa alcoba forma parte de sus obligaciones desde que entró a trabajar aquí.

—¿Desafortunada coincidencia por qué? —Enseguida se arrepintió de haber caído en el juego.

—Oh, bueno, resulta que su padre, un marinero de Nils, murió ahogado cuando su barco naufragó atraído por el canto de una sirena. No fue la primera vez, por supuesto, pero esta ocasión fue especialmente trágica porque la víctima dejó en tierra a una niña de poco más de doce años. Sola. Por eso la joven tuvo que abandonar su aldea y venir a una gran ciudad a buscarse la vida. ¿Es así? —preguntó mirando a su nuera.

Renata asintió, apenada, y con sus hinchados mofletes algo enrojecidos.

—Oh, sí, pobre criatura. Llamó a la puerta llorando y rogando por un trabajo. En aquel momento, se lo concedí sin saber siquiera qué aptitudes tenía, pero la verdad es que no nos ha defraudado. Es muy trabajadora.

—El caso —prosiguió Cordelia— es que una de los vuestros le quitó lo único que tenía en el mundo. Un padre que la quería y velaba por ella, así que sería normal que no hubiera sido muy amable con vos. No es que podamos culparla, claro.

Nadie más medió palabra y Cordelia bebió de su copa como si lo que acababa de decir no fuera más que un comentario inofensivo referente al tiempo o a los vestidos que llevaban. Teobaldo y Saveiro sonreían muy

levemente. Los príncipes tenían el rostro compungido, pero se sentían incapaces de intervenir en favor de la embajadora porque, en este caso, no sabían cómo defenderla.

Como era lógico, Elvia se sentía atacada y no iba a dejar que el silencio le diera la razón a su atacante.

—Las sirenas se guían por un instinto algo controvertido, pero no todos los feéricos somos así, ni mucho menos.

Los comensales alzaron la vista y fijaron sus ojos en ella, algunos escépticos y otros sorprendidos, pues no esperaban que fuera a rebatir a la anciana.

—¿En serio? —Se metió Saveiro sin poder evitarlo—. La historia nos dice que ese instinto controvertido, que más bien es maligno, es algo más que una característica de las sirenas. ¿Cuántos casos conocemos de duendecillos o silfos que se han dedicado a robar objetos de valor, enredar cabellos por las noches o secuestrar niños recién nacidos? Cualquiera sabe que los feéricos obtienen placer en molestar a los hombres. Las crónicas dicen que el rey Alcaur fue inducido a la locura por unos duendecillos que querían divertirse a su costa.

Elvia había leído los suficientes libros de historia como para saber que Alcaur fue el abuelo de Audeval, la última reina de Verelia. Y, en efecto, había leído sobre aquella teoría. Al menos eso era para ella, aunque en el fondo sabía muy bien que podía ser cierta.

—Esas historias corresponden a feéricos salvajes que no pertenecen a ninguna corte iridiscente, y no voy a negar que algunos tienen una naturaleza traviesa, pero, cuando están bajo las órdenes de las hadas y forman parte de una comunidad, se moderan.

—¿Naturaleza traviesa? Estáis siendo algo cínica, embajadora.

Elvia tragó saliva. Iba a replicar, pero Cordelia intervino, quitándole la palabra:

—Habláis de las hadas como si fueran puras e inocentes y tuvieran que cargar con los delitos de los demás, pero lo cierto es que también hay casos en los que son ellas quienes perpetran actos terribles contra los humanos; por ejemplo, esas danzas que realizan por las noches y que atraen a los incautos mediante algún hechizo. La víctima baila con ellas, encandilada por la música y la belleza de las bailarinas, y cuando termina, cree que ha sido la mejor velada de su vida. Luego regresa a su casa y descubre que en realidad han pasado siete años. ¿Es así o no? Claro que sí. Aprovecháis vuestro aspecto

joven y bello para hacernos creer que sois ingenuas, pero en el fondo de vuestro corazón hay maldad.

Elvia estaba al corriente de lo que las hadas solían hacer antes de que se civilizaran, antes de que nombraran reinas y crearan cortes para vivir de forma ordenada y armoniosa. Tanto en sus compañeras como en su propio interior, había sido capaz de distinguir resquicios de aquella naturaleza irresponsable, pero ahora casi todas estaban por encima de eso.

—Me estáis hablando de cosas que pasaban hace siglos, si no milenios, y debo recordaros que los humanos más primitivos tampoco eran como los humanos de hoy. Los dos pueblos hemos avanzado y tratamos de seguir cambiando a mejor.

—¿Y qué hay de las sirenas? ¿También cambiarán a mejor y dejarán de matar a pobres inocentes que lo único que pretenden es trabajar en el mar?

Elvia notaba la sangre palpitándole en las venas.

—De nuevo, repito, actúan acorde a su naturaleza, y no digo que esté bien, pero así funcionan. Del mismo modo que vosotros cazáis animales para satisfacer vuestras necesidades, ellas cantan para satisfacer las suyas. Tiene sentido que penséis que son malvadas, al igual que un cervatillo, si tuviera capacidad para razonar, creería que vosotros sois los malos. Y me veo en la obligación de recalcar que estas rencillas no deberían haceros juzgar a una especie porque, como veis, no todos somos iguales. Si yo fuera tan maligna como aseguráis que somos los feéricos, tened por seguro que os habría hecho callar de forma poco elegante antes de permitir que me insultarais tanto.

—¿Cómo osas...?

—Sabed también que vuestro pavor hacia lo diferente y la incapacidad de tolerar lo que no lográis entender es lo que os hace verme como una enemiga, y es eso mismo lo que provoca que el rey sea incapaz de ver cosas tan obvias como que su hijo es una persona valiente y honorable que no merece su desprecio, así que deberíais empezar a cuestionaros hasta qué punto nos perjudica a ambos bandos esa manía que tenéis algunos de no abrir los ojos y odiar sin conocimiento. —Había ido alzando la voz a medida que hablaba y ahora estaba exaltada—. Disculpadme.

Sin esperar nada más de nadie, dejó la servilleta sobre la mesa y abandonó el comedor.

Los demás cruzaron unas cuantas miradas. Los hijos del matrimonio Cáltrabas permanecían inmóviles y silenciosos, intimidados por la tensión que se palpaba en el aire. Fidelia y Félix estaban furiosos por el trato que le habían dado a la embajadora, pero no lo demostraron. No entendían que los

adultos no hubieran sido más diplomáticos. Váldemar mantuvo una expresión indiferente, aunque el brillo de sus ojos revelaba que estaba contrariado por las palabras de la feérica.

Todos continuaron comiendo, salvo la señora de la casa.

—No volverás a comportarte así con una invitada, Cordelia.

La anciana alzó la vista de su plato.

—Creo que soy mayor para decidir cómo comportarme, Renata.

—Pero esta es mi casa y hay ciertas normas que se deben acatar. La cortesía y amabilidad con los demás es una de ellas.

—En cualquier caso, no tienes autoridad para instarme, nuera. Leobardo, ¿quieres decirle algo a tu esposa o estás de acuerdo con ella?

Él tragó saliva, visiblemente apurado.

—La verdad es que has sido muy dura, madre. No era necesario.

—Debo decir —intervino el rey— que yo aprecio mucho su espontaneidad y su franqueza. Desde mi punto de vista, su actitud no ha estado fuera de lugar.

Renata quiso decirle a Saveiro que él no tenía derecho a meterse en la pequeña disputa familiar que estaba teniendo lugar. Era el rey, sí, pero aquel no era su territorio. Sin embargo, no era prudente desafiarle.

—Preferiría que nadie se fuera de mi hogar sintiéndose ofendido, majestad.

—Lo comprendo perfectamente, querida duquesa, pero creo que este enfrentamiento era inevitable.

Se quedaron en silencio y el tema se zanjó. No mucho después, Váldemar pidió permiso para marcharse, apremiado por la inminente salida de la luna.

La misma lucha

Elvia se estremeció y se abrazó a sí misma mientras caminaba sobre la nieve y la brisa nocturna agitaba sus cabellos. Había salido del palacio tan iracunda que no se había molestado en coger más abrigo que una túnica aterciopelada con capucha. A esas horas de la noche, el entorno era desconocido y casi hostil, pero no más que el interior del castillo. En la corte iridiscente sabía cómo funcionaban las cosas y sabía qué actitud adoptar para sobrevivir. Pero entre los humanos era diferente.

Atravesó el bosque como una autómatas, sin fijarse en lo que había a su alrededor, ensimismada.

Hubiera deseado desplegar las alas y sentir que estas la arropaban y la protegían del frío; agitarlas y echar a volar lejos de allí, a algún lugar donde pudiera ser lo que era sin que la juzgaran.

Inconscientemente, los músculos de su espalda se contrajeron, pero eso fue todo. Cerró los ojos con resignación.

Llegó hasta el borde de un acantilado que delimitaba un estrecho desfiladero y pensó que, si el viento era demasiado fuerte y caía por el precipicio, nada podría salvarla. Que la hubieran privado de sus alas era una crueldad sin medida. Procuraba no pensar demasiado en ello, pero, en aquel instante de desesperación y tristeza, fue inevitable, aunque la certeza de que se trataba de una medida temporal le proporcionaba consuelo. Pronto volvería a su hogar y podría retomar la vida que había dejado allí.

Aquella perspectiva le hizo arrugar el entrecejo. En los días que llevaba con la familia real, había aprendido mucho sobre los humanos, se le habían abierto tantos nuevos horizontes, que volver al bosque dejando todo atrás y arrebatarse la importancia que ahora tenía para ella parecía irreal.

Sentada junto al precipicio, con las piernas encogidas y la cabeza alzada, contempló la luna creciente. Apenas había reparado en cómo las luces crepusculares se iban apagando mientras caminaba ofuscada por el bosque nevado. Ni siquiera estaba segura de cuánto se había alejado.

No importaba. Necesitaba ese respiro, esa soledad. Cerró los ojos y aspiró profundamente, relajando el cuerpo.

Pero la tranquilidad no duró mucho.

Su oído captó un sonido a sus espaldas y se giró, alerta. A primera vista, no vio nada más que los árboles y las sombras que proyectaban sobre ella. Pero después, en la oscuridad que se extendía entre los troncos, discernió una silueta. Y luego otra. Y una tercera.

Tres hombres corpulentos y de gesto torvo avanzaron despacio y con un aire amenazador. Elvia supo al instante que estaba en apuros y se puso de pie. Le habían contado cosas terribles acerca de los crímenes que tendían a cometer los humanos.

—Vaya, vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? —dijo uno de ellos con un tono que desprendía peligro.

Su sonrisa mostraba unos dientes ennegrecidos y torcidos. Elvia permaneció quieta en su sitio, alzó el mentón y tragó saliva, disimulando una mueca de asco. ¿Qué estaban haciendo allí? ¿La habrían seguido desde la linde del bosque o era una desafortunada coincidencia?

—Una doncella sin compañía... —observó otro—. Me parece apetecible, además de rica. Mirad qué ropas lleva.

Apetecible. Como si fuera uno de los platos que había dejado en el palacio.

Elvia deseó que su capa hubiera cubierto más su vestido, pero lo único que tapaba era su espalda y parte de los hombros. Por supuesto, las alas se mantenían ocultas.

¿Era recomendable revelar su identidad? Sería lógico pensar que, si se enteraban de quién era, la dejarían marchar sin tocarle un pelo. Al fin y al cabo, era embajadora del pueblo feérico e invitada de su majestad.

Pero, en aquel lugar, los hombres odiaban a las criaturas como ella. Y esos tres individuos no parecían muy benevolentes.

Mantuvo la boca cerrada y estudió el terreno con la intención de encontrar una salida, pero estaba rodeada. Árboles, alguna roca y un enorme vacío.

—Vosotros dos la sujetaréis por los brazos —ordenó el que había hablado primero—. Yo la cachearé y veré qué podemos llevarnos de provecho. Solo por esa capa nos van a dar una fortuna.

—Como me pongáis una mano encima...

Carcajadas.

—¿Y quién va a impedirnoslo? ¿Tú? Venga, agarradla.

Se acercaron a ella sin vacilar, preparados para paralizarla y emplear la fuerza que fuera necesaria. Elvia no sabía cómo salir ilesa de la situación, pero tenía claro que iba a hacer todo lo posible por defenderse. Tendría que recurrir a sus poderes... Las piezas de hierro que habían colgado en la punta de sus trenzas mermaban mucho sus habilidades mágicas, aunque algo podía hacer todavía.

Con solo pensarlo, consiguió detener el avance de esos monstruos haciendo que unas raíces surgieran repentinamente de la tierra y se enroscaran en sus tobillos, provocándoles una estrepitosa caída. Ellos soltaron una ristra de improperios y se preguntaron qué demonios había pasado, pero no le dieron mayor importancia. Volvieron a ponerse en pie, aunque para entonces Elvia ya había cogido una rama caída del suelo y no tardó más de la cuenta en utilizarla. Golpeó a uno en la cara con tanta fuerza que este escupió sangre y luego cayó redondo sobre la nieve. Cuando se dispuso a hacer lo mismo con los otros dos, ya era tarde, pues se le habían echado encima.

—¡Maldita ramera! —bramó uno de ellos.

La aferró por las muñecas y le retorció el brazo. Ella gritó y sintió cómo la capa se desprendía de su cuerpo. Quizá se hubiera enganchado con algo, o tal vez el otro humano se la hubiera quitado deliberadamente.

Sin verlo venir, le asestaron una fuerte patada en el vientre y cayó al suelo. Nunca antes la habían golpeado así. Su primer impulso no fue levantarse, sino huir, irse lo más lejos posible de esos dos indeseables, así que empezó a arrastrarse ayudándose únicamente de los brazos.

—Arnaldo, ¡creo que es un hada!

Oh, no.

—¿Qué estás diciendo?

—Fíjate en eso. Son alas, ¿no?

Tras una pausa, se oyó la respuesta:

—¡Sí! Por todos los dioses, ¡un hada! Eso hace que todo sea mucho más interesante, ¿no crees?

Volvieron a tirarle de las muñecas, esta vez con su cuerpo tendido sobre la nieve. La hicieron volverse y mirar hacia el cielo. Un semblante tosco la recibió.

—Así que un hada. ¿Qué hace una criaturita como tú tan lejos de su preciado bosque?

—Soy una invitada del rey —declaró, jadeante.

Elvia creyó que no tenía más remedio que decir la verdad, que sería una buena baza porque, según tenía entendido, los súbditos respetaban a su monarca, y una afrenta como esa podía traducirse como un desafío a la corona.

—¿Una invitada de su majestad? ¡Ja! Esa sí que es buena. El rey os la tiene jurada, malditas brujas.

Entonces, irrumpió una cuarta voz: la del hombre al que Elvia había dejado inconsciente. Se había recuperado.

—Un momento, ¿qué ha dicho? ¿Que es un hada invitada del rey?

—Sí.

—A mí sí me suena eso de que el rey está empezando una nueva relación con los feéricos.

—¿Qué vas a haber oído tú si llegamos anoche de Audeval?

—Pero en la taberna del viejo Ben comentaron algo...

—Y qué más da —escupió el que parecía el líder—. Las leyes de su majestad van en contra de tipos como nosotros. Yo no le debo lealtad, ¿y tú?

—Tampoco...

Elvia dedujo que eran proscritos o que se dedicaban a algún oficio indecente, lo cual no mejoraba en absoluto las circunstancias.

—Pues eso —zanjó, y miró de nuevo a Elvia—. Vas a sernos más útil de lo que teníamos previsto.

—¿Piensas pedir un rescate o algo? —preguntó su compañero.

—Tal vez. O quizá nos convenga más cortarle las alas y venderlas en el mercado.

—¡Sí! ¡Y también las orejas! —añadió el otro—. Los marineros creen que las orejas puntiagudas dan buena suerte.

—Pero esta las tiene normales —observó, apartándole bruscamente el cabello—. ¿Qué clase de hada eres tú? —preguntó, y lo hizo con una nota de burla y desdén en la voz—. Démosle la vuelta.

La obligaron a girarse, estampando su rostro contra el suelo y exponiendo sus alas ante sus ojos. Elvia sintió cómo el miedo atenazaba sus entrañas y su garganta hasta casi impedirle respirar. Los ojos le ardían en las cuencas.

—¿Qué tiene ahí? —inquirió uno de ellos.

—Veámoslo.

Cogieron la tela entre sus manazas y la rasgaron sin ningún miramiento, por lo que su espalda quedó desnuda.

—¡Es un cepo!

—Qué cosa más rara...

Uno de ellos acarició la membrana de sus alas azules y Elvia tembló e intentó huir, pero sintió la suela de una bota sobre ella, asfixiándola.

—¿Adónde crees que vas?

La giraron de nuevo y ella se resistió con tanta fuerza e insistencia que le dieron una bofetada cuyo sonido se perdió por el acantilado. Se le escaparon un par de lágrimas.

—¡Estate quieta!

Justo entonces se oyó un fiero gruñido a su lado. Todos siguieron la dirección de aquel ruido, extrañados y confusos.

Un enorme lobo blanco de mirada tormentosa enseñaba sus colmillos con agresividad.

—Váldemar —susurró ella, que había reconocido el alma que albergaba el cuerpo del animal.

Y un pensamiento ajeno a los suyos se coló en su mente:

«Cómo se atreven...».

Elvia parpadeó, confusa. Acababa de oír con total claridad un razonamiento del príncipe. Pero ¿cómo era posible?

Sus atacantes se tensaron de inmediato y soltaron a Elvia, que se puso de rodillas al segundo y se alejó de sus agresores mientras se sujetaba el vestido, que se le caía debido a las roturas que dejaban sus hombros al descubierto. Los tres individuos no habían salido corriendo y, si todavía estaban allí mirando a los ojos al lobo, era porque estaban pensando en hacerle frente.

Y así fue.

El lobo se lanzó hacia ellos con un ladrido amenazador. Dos de los tres hombres extrajeron de alguna parte de sus atuendos un pequeño y maltrecho cuchillo. Su tamaño no le restaba peligrosidad y entonces, incomprensiblemente, Elvia sintió más miedo que nunca.

—¡Cuidado! —gritó al ver relucir la hoja del arma mortal.

Pero Váldemar también se había percatado de aquel detalle y, a pesar de eso, luchó con fiereza. Elvia no pudo más que contemplar la escena, inmóvil y lívida. Ante sus ojos solo veía colmillos, manos empuñando cuchillos, zarpas y sangre.

No duró mucho y finalmente fueron los tres humanos quienes salieron huyendo. El lobo les había mordido y, al parecer, a uno de ellos con bastante profundidad; la nieve se había teñido del color de la sangre.

De repente, Elvia fue consciente de su respiración entrecortada, de sus cabellos despeinados y de su puño cerrado con tanta fuerza que se estaba

clavando las uñas en las palmas. Relajó los músculos y miró al lobo.

Una vez más, en sus ojos reconoció al príncipe de Myrendul. A pesar de lo mala que era su relación y de lo pésima que estaba destinada a ser, había intervenido por ella. Y no podía olvidar el eco de aquel pensamiento en su propia cabeza. No le había leído la mente. Ella no tenía esa habilidad y, sin embargo, había sido capaz de captar algo que se había dicho a sí mismo sin necesidad de hablar.

Seguían mirándose.

Era un ser físicamente hermoso. Lo era como hombre y lo era como lobo.

El hada frunció el ceño ante la ocurrencia, pero enseguida lo olvidó al distinguir una mancha carmesí en el pelaje blanco del animal.

Quiso acercarse a examinar la herida, pero el lobo no se lo permitió. Tras compartir una última mirada, echó a correr y se perdió en la oscuridad del bosque.

Váldemar se pasó la noche deambulando de un lado para otro, sintiéndose mareado por la pérdida de sangre, con miedo a dormirse y no poder despertar. Pensó en lo que había pasado. Los gritos de Elvia se vieron ahogados por la gigantesca extensión de bosque, pero él había podido oírlos sin problema. Incapaz de ignorar aquella llamada de auxilio, corrió hacia donde percibía que estaba y allí la encontró, aterrada pero fuerte, intentando enfrentarse a esos tres indeseables. El recuerdo del hada con el vestido rasgado y su espalda al descubierto todavía ardía en su memoria.

Él se enfureció al instante. Debían de saber quién era ella. Solo había un feérico caminando libremente por Myrendul y esa era Elvia de Otoño, embajadora de las hadas en Bránvar. Estaba bajo la protección de los Terrafil.

Y aun así se habían atrevido a tocarla...

Pero no era solo eso. Váldemar sabía que no era solo eso. En los últimos días, una irritante simpatía por ella había germinado en su interior.

Cuando se metamorfoseó en hombre, tuvo que utilizar la camiseta como paño con el que cubrir su herida ensangrentada. Le habían hundido la hoja junto a las costillas y, aunque su cuerpo de lobo podía lidiar medianamente bien con aquello e incluso iniciar una cura, su forma humana no supo sobrellevarlo del mismo modo.

Regresó al palacio y procuró que nadie le viera, tarea que resultó sencilla porque todos dormían. El festín de la noche anterior, que probablemente se alargó demasiado, los había dejado exhaustos. No era algo familiar para él,

que solo podía disfrutar de esa clase de reuniones las noches en las que no había luna.

Así era su vida y así había sido siempre.

Entró en su alcoba y descubrió, con sorpresa, que Elvia estaba allí, esperando.

Lucía otro vestido, uno largo y oscuro.

—¿Qué...? —empezó él.

—Cuando te fuiste anoche, vi tu herida y supe que era grave. Te busqué durante unas horas, pero no di contigo, así que decidí esperarte aquí. —Contempló la camiseta ensangrentada que presionaba en el costado.

—No necesito que me ayudes.

—Estás pálido y cubierto de sudor. No es buena señal. Necesitas mi ayuda, de manera que tumbate y déjame curarte... Te lo debo.

Váldemar tensó la mandíbula y buscó fuerzas para discutir, pero no las encontró y se limitó a obedecer. Con cuidado, se postró sobre el colchón y dejó a un lado la camiseta. La observó.

—Tienes el pómulo hinchado.

—Lo sé —susurró ella, lacónica.

La bofetada todavía reverberaba en su piel. No quería recordar aquella experiencia, pero lo cierto era que se había pasado la noche reviviéndola, temblando en su habitación, luchando por desterrar el miedo que se le había metido en las entrañas.

—Creía que las de tu especie teníais un factor de regeneración muy rápido.

—Así es, pero las piezas de hierro que llevo en el pelo están ralentizando mis habilidades curativas.

Váldemar hizo una mueca, aunque no dijo nada.

Elvia examinó la herida y cogió un paño que mojó en un cubo con agua caliente. Luego destapó una botella de vino con los dientes y lo derramó sobre el paño de nuevo.

—Sí que lo has preparado todo bien —musitó él.

Ella lo miró a los ojos un segundo. Empezó a limpiarle la herida y Váldemar ahogó un gruñido de dolor mientras cerraba con fuerza los ojos y tensaba la musculatura.

Elvia observó la fea herida en medio de ese cuerpo que le parecía tan bonito.

La corte iridiscente nunca había entendido cómo era posible que Emberia de Invierno se hubiera podido sentir atraída por un humano varón.

Enamorarse, incluso. Las hadas no se enamoraban; al menos, no era lo normal. Si lo hacían, era de alguna compañera. Pero enamorarse de un hombre... era impensable. Y sin embargo, había sucedido, así que no podía ser tan...

—¿En qué piensas? —preguntó Váldemar.

Ella sacudió la cabeza y soltó el hilo de sus pensamientos.

—En lo que pasó anoche —mintió—. No te he dado las gracias todavía.

—Lo estás haciendo ahora, al curarme. Yo lo he interpretado como un agradecimiento.

Elvia esbozó una media sonrisa cansada.

—¿Por qué te metiste?

Váldemar no lo dudó:

—Estás bajo la protección de la familia real. No podía dejar que te hicieran daño, hubiera levantado tensiones diplomáticas entre el rey, sus súbditos y tus amigas, y no es lo que queremos, ¿verdad?

—Supongo que no.

Hubo unos segundos de silencio.

—Seguro que estás maldiciendo el momento en el que tu reina decidió enviarte con nosotros. Mírate, magullada, con un cepo en la espalda y sanando a tu enemigo mortal.

Elvia esbozó un atisbo de sonrisa.

—Admito que está siendo duro, pero no me arrepiento de estar aquí. En el fondo, es lo que quería hacer.

—¿Limpiarme la herida?

La feérica lo miró, divertida.

—Ser la embajadora —puntualizó, aunque sabía que no era necesario—. Creo que, de algún modo, me lo debía a mí misma.

—¿Por qué?

—Porque también soy medio huamana. Y porque... —Dejó que su voz se extinguiera, sin estar muy segura de si quería hablar de eso con él.

Váldemar alzó una ceja en un gesto inquisitivo.

—¿Porque...? —exhortó.

Elvia suspiró, rendida.

—Porque quiero comprender a mi madre. Me he pasado toda la vida preguntándome por qué lo echó todo a perder, preguntándome qué tenéis los hombres para que decidiera arriesgarlo todo por uno.

—¿Y cuál es la conclusión?

—Aún estoy en ello, pero algo me dice que no tardaré en comprender sus motivos.

—Lo dudo. El amor es posiblemente una de las cosas más incomprensibles que hay.

—Entonces, ¿crees que el amor fue su perdición?

—Sí, lo creo.

—Pues no lo entiendo. Yo siento amor y no veo cómo podría alterarme hasta el punto de hacer lo que ella hizo.

—¿Sientes amor? —preguntó el príncipe, con las cejas alzadas con escepticismo.

—Por supuesto. Quiero a mis hermanas, a los animales...

—No, no es lo mismo —cortó él—. El amor al que me refiero, el que sintió tu madre y le indujo a la locura, es un sentimiento mucho más intenso. Es romántico.

—¿Y en qué consiste ese amor romántico?

—Oye, feérica, puede que lo de esta noche suponga una tregua entre nosotros, pero tampoco vamos a convertirnos en amigos de repente. Puedes charlar de esto con cualquier otro.

—Está claro que no se te recordará por tu simpatía. Si prefieres el silencio, yo no tengo problema.

—Hablemos de otro asunto. Lo que me dijiste el otro día, lo de vorkiesh... ¿Tus congéneres te llaman así a menudo?

Elvia no contestó enseguida y se percató de que, en esa ocasión, aquel horrible término no había sonado tan despectivo en los labios del príncipe. No como la última vez.

—No. Es decir, algunas de ellas sí que lo hacen a mis espaldas, pero Norcia es la única que no tiene reparos en decírmelo a la cara. Rara vez me llama por mi nombre.

—Creía que las hadas erais más consideradas entre vosotras.

—Esa es la cuestión, yo no soy un hada, por mucho que me esfuerce en fingir lo contrario. Soy medio humana y así es como me ven ellas, aunque no me lo digan.

—Sienten rechazo por lo que eres...

—Sí. Se supone que son mi familia, pero les cuesta aceptarme. Lo hacen porque estoy ligada a ellas, les guste o no. Y, aunque muchas se han acostumbrado y me aprecian, otras no pueden olvidar cuál es la naturaleza de mi otra mitad.

El príncipe tensó la mandíbula.

—Eso me resulta familiar.

Elvia alzó la cabeza y sus ojos se encontraron. Por primera vez, ella no vio al príncipe humano y él no vio a la embajadora feérica.

Tan solo eran las víctimas de unas circunstancias resultantes de la misma lucha.

Una muestra de poder

El viaje de regreso a la capital transcurrió sin apenas contratiempos. Apenas.

Al atardecer del primer día, el caballo de Teobaldo se encabritó y empezó a relinchar. El noble se agarró con fuerza y temor a las bridas mientras, entre miradas alarmadas, los demás se separaban de él como medida de seguridad. Las diligencias se detuvieron y dos de los sirvientes responsables de las monturas se acercaron para intentar calmar al animal, pero no lo consiguieron.

—Teobaldo, controla a tu caballo —instó el rey con un tono de voz severo.

—Eso intento, majestad —vociferó, articulando como buenamente podía mientras se zarandeaba sobre su montura—. Creo que ha visto un insecto o algo que le ha asustado.

Elvia se bajó de *Laurel* y se acercó al enorme caballo oscuro de Teobaldo, que seguía agitado.

Ante la atenta mirada de todos, alzó las manos y un tenue resplandor cobrizo las envolvió durante unos instantes. Después, el animal reguló su respiración y recuperó una postura natural y mansa.

Si no hubiera tenido el hierro atado al pelo, a Elvia le habría bastado con mirar al caballo. Pero no era el caso. Por suerte, Teobaldo había sabido mantener el equilibrio y se había evitado una caída tanto dolorosa como arriesgada. Respiraba pesadamente y tenía la cara enrojecida por el esfuerzo y la tensión.

—¿Ese es el don del que hablaste? —inquirió el rey, que se había asomado desde el interior de la diligencia más cercana—. ¿Domar animales?

—Como dije, tenemos mucha afinidad, majestad. Eso me permite influir en ellos.

Saveiro asintió, interiorizando la información. No la había tomado muy en serio la primera vez. Dio la orden de continuar y la caravana se puso en marcha. Elvia subió ágilmente sobre el lomo de *Laurel*, que se había acercado.

Fidelia se posicionó entre ella y el noble.

—Deberíais darle las gracias a la embajadora, Teobaldo —sugirió ella.

—No es necesario —replicó Elvia.

—Ya la habéis oído, alteza —respondió el hombre—. No es necesario.

Espoleó su montura y se posicionó al frente del grupo.

Perspectivas diplomáticas

Cuando Elvia pasó por el enorme portón del castillo, ya casi no podía soportar el dolor. En las últimas horas, una incesante jaqueca había empezado a martillar su cabeza. Había procurado mostrarse entera y sin fisuras delante de sus acompañantes, pero cada vez se le hacía más y más difícil. En un momento dado, se había llevado los dedos a la sien y había cerrado los ojos con fuerza, deseando que la tortura cesara y, cuando volvió a mirar a su alrededor, descubrió que nadie le prestaba atención, salvo Váldemar, que tenía una ceja arqueada.

Ahora que estaba en el castillo, ya le daba igual. Lo único que deseaba era llegar a su alcoba y enterrarse entre las sábanas toda la noche. Ni siquiera pensó en cenar.

Las hadas nunca eran víctimas de dolencias físicas que no fueran provocadas. Su salud era férrea. Pero Elvia sabía qué era lo que pasaba. Su cuerpo percibía la presencia de un elemento extraño e invasor.

Los malditos cilindros de hierro.

Aún podía aguantar... Podía aguantar. No quería que pareciera que se los quitaba por una molestia anodina. Quería que hubiera una razón de peso para que el rey no pudiera rechazar su petición de ser liberada de aquellas horribles cosas.

Cuando finalmente llegó a su alcoba, apenas le dio tiempo a tumbarse en la cama antes de quedarse inconsciente.

Constanza aguardaba la llegada de su majestad en la sala de estar adyacente a sus aposentos. Le había dejado el recado a su ujier de cámara y él se

encargaría de hacerle saber al monarca que tenía una cita con su cuñada.

Y ahí estaba, cuatro horas después de que las diligencias cruzaran las murallas que protegían Bránvar. No había esperado presteza por su parte, pues Saveiro siempre tenía mil asuntos que atender después de haberse ausentado.

Ahora, con la luna en lo alto y el fuego crepitando en la chimenea, era un momento tan propicio como cualquier otro para conversar. Quizás incluso mejor.

—Constanza —saludó él, y cerró la puerta a sus espaldas.

—Majestad.

—¿Qué ocurre?

—Sentaos. Tengo noticias sobre lo que me encomendasteis.

—Os encomendé un par de cosas —recordó él mientras se acomodaba en el mullido asiento que había frente a la mujer—. Concretad un poco.

—Lo de vuestra hija.

—¿Algún candidato interesante?

—Así es. Ya he establecido las relaciones pertinentes y van a enviar un representante para comprobar que vuestra hija también es de su agrado.

Saveiro arrugó el entrecejo y sus ojos refulgieron.

—¿Quién se atreve a cuestionar la valía de la princesa? —preguntó, conteniendo la indignación.

—No es lo que pensáis, majestad. No es un aristócrata con un rango más bajo que el de ella, sino un príncipe. El príncipe heredero de Audeval.

—¿Cómo?

—Sé que los Marantil no os inspiran simpatía y es normal, pero creo que es buena idea que vuestros linajes se mezclen. Resultaría beneficioso para ambos, pero más para vos.

—Explicaos.

—Desde un punto de vista político, sería bueno que se terminara el distanciamiento con el reino vecino, majestad. La guerra que dividió Verelia instaló tensiones entre los dos países, pero han pasado siglos y va siendo hora de dejarlo atrás. Garantizaría eficacia a la hora de negociar con reinos ajenos a la península, siempre que se haga de manera conjunta.

Saveiro se rascó la barba y desvió su mirada hacia las lenguas de fuego que bailaban encerradas en la chimenea. Constanza le observó, tratando de descifrar los pensamientos que su expresión revelaba. Saveiro podía ser tenaz e impulsivo, pero no era idiota. Sabía aprovechar las ventajas y reconocía una

buena idea cuando la veía. Esa cualidad era la que lo había mantenido en el trono.

—Admito que eso nos daría buenas perspectivas diplomáticas. Pero ¿por qué me beneficiaría más a mí que a Eberardo?

—Sencillamente porque dentro de unas décadas la península verélica al completo estará gobernada por vuestros nietos, tanto por parte de Fidelia como de Félix. Uno será rey de Audeval y el otro lo será de Myrendul. No tendrán vuestro apellido, pero sí vuestra sangre. Eberardo no podrá decir lo mismo. Con un poco de propaganda bien planteada, podemos convertir ese detalle en algo destacado en todos los libros de historia.

Esa era una de las primeras cosas que se le habían venido a la mente cuando Constanza le había revelado sus intenciones, pero no lo había expuesto de forma tan clara.

Saveiro asintió y se recostó en el sillón.

—Sabía que no me decepcionarías, Constanza. Si hubieras nacido varón, tendrías el puesto más prestigioso entre los miembros de mi consejo.

—Lástima que solo sea una mujer —ironizó ella, resistiendo la tentación de poner los ojos en blanco.

—En fin —dijo el rey. Después se levantó y empezó a pasear distraídamente—. Has dicho que enviarían a una comitiva, ¿no?

—Sí. Vendrá uno de los hombres de confianza del rey Eberardo y juzgará si Fidelia es del gusto del príncipe Elían. Es probable que venga él en persona.

—Juzgará... —repitió Saveiro—. Debería bastarles con saber que es mi hija.

—Diría que es todo teatro, majestad. Eberardo se mostró muy interesado en fortalecerse frente a países extranjeros, por lo que ansía aliarse con nosotros, y sabe que una negativa de su hijo a desposar a la princesa de Myrendul se traduciría en una ofensa difícil de pasar por alto.

—Sé que no te equivocas, Constanza, pero la idea de esperar a que Eberardo o su primogénito juzguen si Fidelia es o no es lo suficientemente buena me irrita. Yo también quiero saber si él es digno de ella, ¿lo has tenido en cuenta? Porque quiero a mi hija, Constanza. Para mí no es solo una baza con la que jugar.

—Lo sé. Los informes que me han llegado de Coskar dicen que es un muchacho de templanza inquebrantable y respeto por la autoridad. En otras palabras, es tranquilo y sumiso.

—¿Intuición femenina?

—Lógica. Si eso es lo mejor que pueden decir de él, es porque en realidad no tiene mucho que ofrecer y han querido adornar su descripción. —Hizo una pausa—. También mencionan que es apuesto y hábil jugando al ajedrez.

—Supongo que eso le complacerá. Fidelia jugaba mucho al ajedrez cuando era pequeña —comentó, pensativo.

—En cualquier caso, hay una ventaja clara para ella: estará muy cerca de su familia. Más de lo que lo habría estado si se hubiera prometido con cualquier otro príncipe.

—Y será reina —apuntó Saveiro—. Siendo una princesa, no merece menos.

—Me alegro de que aceptéis la propuesta —declaró ella, levantándose.

—Desde luego. ¿Cuándo llegarán los audevalís?

—Tengo que enviarles un mensaje de confirmación para que inicien el viaje.

—Pues bien, hazlo. Les estaremos esperando. Ah, y deberías hablar con Fidelia antes de que lleguen.

—¿No preferís hacerlo vos?

—No. Sé que no se lo tomará bien y preferiría no tener que lidiar con ella.

Constanza estuvo a punto de decir que, por esa misma razón, ella tampoco quería hacerlo, pero se lo calló.

También lo creía

El mayor de los hijos del rey se dirigía hacia uno de los salones privados de los cortesanos cuando un recuerdo le asaltó. Uno que ya le había visitado en un par de ocasiones: Elvia siendo atacada en Limbria, defendiéndose como podía de las insinuaciones de la madre del duque.

En sus tímpanos retumbaron de nuevo las palabras que ella le había dedicado: «Es una persona valiente y honorable...».

¿De verdad lo veía así? ¿Cómo era posible que después de todo lo que él le había dicho, después del desdén con el que la había mirado, fuera capaz de elogiarle?

Como si el destino se hubiera hecho eco de sus pensamientos, vio a Elvia saliendo de su alcoba y cerrando la puerta con una expresión distante y algo cansada.

—Buenos días —saludó él.

Ella lo miró como si no estuviera de humor para fingir cortesía, aunque su relación hubiera mejorado desde su viaje al norte. No tenía buen aspecto. Su rostro presentaba un color poco halagüeño y su frente resplandecía por una fina capa de sudor. También tenía ojeras.

—¿Te encuentras bien?

Ella asintió, aunque daba la impresión de que el mero hecho de mover la cabeza le suponía un enorme esfuerzo.

—Sí, sí, tan solo he tenido una mala noche. Ayer no cené y debería llenar el estómago.

Sonaba razonable.

—Muy bien.

Pese a no estar del todo convencido, Váldemar siguió caminando, preguntándose si no tendría que haber indagado más en el evidente mal aspecto que tenía la embajadora, pero no se detuvo. O no lo hizo hasta que oyó la caída.

Se giró sobre sus talones y vio el cuerpo de Elvia tendido sobre la piedra fría del suelo. Corrió hacia ella, ignorando lo deprisa que había empezado a latirle el corazón.

—Elvia —la llamó mientras se arrodillaba a su lado—. ¡Elvia! —repitió, alzando la voz.

El movimiento ascendente de su pecho era lo único que indicaba que seguía respirando, pero por lo demás no presentaba un aspecto alentador. La palidez de su rostro era casi tan preocupante como la rigidez de su cuerpo. Le puso una mano en la mejilla y zarandéo con cuidado su cabeza, pero no sirvió de nada. Entonces supo lo que había pasado. La incorporó y la sostuvo con el brazo izquierdo mientras que con la mano derecha le quitaba los cilindros de hierro sujetos a sus trenzas. Sostuvo las cuatro piezas en la mano y llevó a Elvia en brazos hasta su alcoba. La colocó con cuidado sobre la cama y le cubrió la frente con la palma de la mano para comprobar si tenía fiebre; se tranquilizó al ver que no.

Estudió su rostro y su corazón se estremeció bajo el peso de los remordimientos. Había sido un idiota al tratarla como a una enemiga; en el fondo, no eran tan distintos. A él le despreciaban por ser un licántropo y a ella, por ser un hada entre humanos y una humana entre hadas. La única diferencia era que Elvia no tenía un nombre o un apellido que la respaldara. No era la hija de un rey, era la hija de una traidora y de un campesino. No había tenido bazas que jugar a su favor cuando Saveiro quiso herirla con el hierro.

El joven se separó de la cama y suspiró, debatiéndose entre quedarse con ella o marcharse y enviar a alguna de las doncellas del castillo en su lugar. La idea de que se despertara y lo hiciera sola y desorientada le turbaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

No. No podía actuar movido por sentimientos así.

Estaba a punto de cruzar el umbral en busca de alguna sirvienta cuando una voz apagada le llegó a sus espaldas:

—¿Váldemar?

Él se volvió y contempló al hada postrada en la cama, con los párpados ligeramente caídos y un brillo titilante en sus ojos. El príncipe cerró la puerta despacio y se situó junto a ella.

—Te has desmayado —explicó.

Ella asintió y a continuación arqueó la espalda mientras hacía una mueca.

—¿Qué te pasa? —inquirió él.

—No puedo tumbarme bocarriba. El cepo me molesta.

Váldemar se sintió mal por haber sido tan descuidado y no haber tenido en cuenta su comodidad a la hora de colocarla sobre el colchón, y peor se sintió al pensar en lo duro que tenía que haber sido para ella renunciar a algo tan esencial como sus alas.

No lo merecía.

—Incorpórate —pidió él, y la ayudó a hacerlo levantándole suavemente del brazo.

—¿Por qué?

—Voy a quitártelo.

—¿Qué?

—Fue un error —respondió mientras rebuscaba en sus bolsillos.

—Alteza, no es que me oponga, pero tu padre no estará muy contento.

—Creo que ya es tarde para pensar en lo que él querría —respondió, y le mostró las piezas de hierro que todavía tenía en la mano.

Elvia abrió mucho los ojos y se llevó los dedos al cabello.

—Gracias —susurró, entre abrumada y conmovida.

—No me las des. Fui yo quien te las puso y no debería haberlo hecho. No juzgué las cosas como debía. El motivo por el que te puse las piezas de hierro es el mismo por el que muchos cortesanos creen que yo debería llevar abalorios de plata. Y ni siquiera es una comparación justa porque yo sí soy una amenaza. Tú, en cambio... —Dejó la frase inacabada.

—Actuabas movido por el dolor, Váldemar. A veces nos ciega.

—Pero ahora veo. Así que voy a quitarte el cepo de la espalda —resolvió, mostrándole una pequeña llave que había tenido guardada en un bolsillo interior de su chaleco.

Elvia se giró para que él pudiera hacerlo. Váldemar introdujo la llave en el cepo y lo abrió antes de retirárselo definitivamente de sus alas, que temblaron cuando se sintieron liberadas.

Elvia suspiró, aliviada.

—Mucho mejor —dijo, y miró al príncipe.

Él observó sus ojos castaños y tuvo la certeza de que, si seguía mirándolos demasiado, acabarían convirtiéndose en su prisión particular.

—Tú ya lo sabías, ¿verdad?

—¿El qué?

—Que el hierro no se limitaba a mantener a raya tus poderes, sino que te debilitaba a ti también.

Elvia desvió la mirada.

—Sí, lo sabía.

—¿Y no dijiste nada?

—Quería comprobar cuál era la gravedad del asunto antes de pedirle a su majestad que rectificara.

—Bueno, ahora me tocará a mí convencerle.

—No es necesario...

—Quiero hacerlo. —Se puso en pie—. Hasta luego, Elvia.

No esperó una réplica; simplemente se fue.

—Adiós —se despidió ella en un susurro.

—Padre —llamó Váldemar una vez el ujier de cámara le hubo abierto la puerta.

Saveiro estaba en su despacho, sentado frente a una robusta mesa de roble, rodeado de papiros y con tinta manchando de negro el principio de sus uñas. Había estado toda la mañana trabajando en edictos, venias y demás documentos reales.

Detrás de él, un ventanal conformado por múltiples figuras geométricas ocupaba casi toda la pared.

—Dime, Váldemar —dijo él sin levantar la vista del papel.

—Debo contarte algo.

El rey alzó la mirada.

—¿De qué se trata? —inquirió con un tono cansado.

—Le he quitado a la feérica los cilindros de hierro y el cepo.

Saveiro alzó lentamente una ceja.

—¿Que has hecho qué?

—Esta mañana me la he encontrado tirada en el suelo porque acababa de desmayarse debido al daño que le causan esas cosas. Entiendo que quieras garantizar seguridad y no correr riesgos, pero no me parece que tratar así a la embajadora de otra corte sea lo mejor.

Su padre se recostó sobre su asiento y clavó en él sus ojos pardos.

—Me sorprendes, muchacho. Creía que odiabas a esas criaturas. Especialmente a la hija de Emberia de Invierno.

Ya. Él también lo creía.

—Y es así —mintió—. Eso no tiene por qué hacerme perder la perspectiva de lo que es adecuado y lo que no. Ya le hemos demostrado que podemos someterla. Ahora también deberíamos demostrarle que podemos ser benevolentes.

Saveiro se rascó la barba y asintió.

—Muy bien, si dices que le afecta tanto... Tampoco queremos que la pobre criaturilla alada se nos muera por los pasillos.

A Váldemar no le gustó aquel tono condescendiente ni cómo se refirió a Elvia. Le recordaba demasiado a cómo se refería a él a veces.

Un temor inesperado

Cuando Fidelia pudo por fin encerrarse en su alcoba y dejar atrás el mundo, lo único quería era dormirse para olvidar la sospecha que empezaba a crecer en su interior y que no la dejaba respirar tranquila. Su hermano lo había notado esa mañana, después de darle un regalo a Elvia, a quien encontraron descansando en sus aposentos en compañía de un libro. Entre los dos habían acordado obsequiarle con algún objeto que pudiera hacerle ilusión para compensar el mal trago que había pasado en Limbria. Le dieron un cuaderno en el que pudiera escribir todos sus pensamientos y reflexiones más allá de los informes que redactaba para su reina.

A Fidelia le encantaba hacer regalos, pero en esa ocasión no lo disfrutó tanto como de costumbre.

Aquella duda no le dejaba descansar. ¿Y si se estaba precipitando y no había nada de lo que preocuparse?

Brígida apareció junto a ella. Había estado en la habitación adyacente, separada únicamente por un enorme arco de madera.

—Ya he preparado vuestro baño, alteza. Caliente y perfumado con jazmín, tal y como... ¿Qué sucede?

La expresión contraída de Fidelia y su ceño fruncido eran signos más que suficientes para que su fiel doncella percibiera el nerviosismo que la embargaba. La princesa se volvió hacia ella y la miró como si acabara de advertir que estaba allí.

Tragó saliva con dificultad y se abrazó a sí misma.

—Tengo un retraso —anunció.

Brígida alzó mucho las cejas y se llevó una mano a los labios.

—¡Por supuesto! —bramó una vez que se repuso—. Era de esperar que pasara algo así.

—No tenía por qué, pero...

—Es lo natural, ¿no? Y, claro, no puede ser una falsa alarma porque vos siempre habéis sido puntual como la salida del sol.

—Tenemos que arreglarlo.

—¿Y qué se os ocurre?

—Quizás Elvia nos ayude. Al fin y al cabo, es un hada y sus poderes empiezan a recuperar su antigua fuerza. Tal vez pueda hacer algo. Estos temas se les dan bien a las de su raza, ¿no?

Brígida torció las comisuras de los labios.

—Quizá. ¿De verdad queréis confiarle esto a ella?

—Sí. Me fío. Mándala llamar.

Brígida abandonó la estancia y Fidelia se dirigió a la bañera que le habían preparado frente a la chimenea encendida. La incesante lluvia repiqueteaba contra los cristales de las ventanas que se alzaban hasta el techo.

Fidelia odiaba las tardes como aquella, oscuras y tenebrosas. Añoraba el verano, cuando el clima le permitía correr bajo un cielo despejado, libre de amenazas. Se quitó la ropa y se metió en el enorme recipiente de madera pintada, dejando que el agua caliente abrazara su piel y relajara sus músculos.

Asumir riesgos

—¿Cómo está la embajadora feérica? —preguntó Constanza mientras servía las gachas que le daría de comer a su hermana que, postrada sobre su confortable cama, escaparía del sueño en breves—. Supongo que bien ahora que sus poderes no están controlados.

Su sobrino mayor mantenía una distancia prudencial; aunque quería a su madre y lamentaba profundamente verla así, la cercanía resultaba dolorosa.

—Al parecer, el hierro en contacto con su cabello le hacía enfermar.

—Espero que esté mejor.

—Creo que así es.

—¿La has visto hace poco?

—No.

El silencio que vino a continuación hubiera sido total si la lluvia no pegara tan fuerte contra las ventanas del torreón. Constanza ya se había dado cuenta de que la aversión que su sobrino le profesaba a Elvia de Otoño se había suavizado.

—¿Alguna vez te has cuestionado qué habrías hecho con tu vida si no fueras el hijo de un rey?

—Pues habría aprendido un oficio. El que tuviera mi padre, lo más probable.

—Sí, así funciona... Uno rara vez tiene el destino en sus manos.

—¿Qué habrías hecho tú si no hubieras sido noble?

Constanza se encogió de hombros, terminando de servir el vino especiado que iba a degustar en una copa de cristal granulado.

—Supongo que casarme y tener hijos... No es que las opciones de las mujeres cambien mucho de una clase a otra.

Váldemar torció el gesto y recordó que su tía había estado prometida y que, según contaban, ese romance había sido verdadero, intenso. ¿Echaría en falta la familia a la que una vez aspiró y que nunca llegó a tener?

—Pero al final no fue así —recordó él.

—No, no fue así. Soy ama y señora de la región de Los Lagos, y no está mal; de hecho, es algo que valoro, pero no tengo a nadie con quien compartirlo. Cuando me muera, quedará desamparado. Pero, aunque no he tenido descendencia, sí que tengo familia. Genoveva, Saveiro, tú y tus hermanos... Vosotros sois mi familia, Váldemar, por eso quiero convertirte en mi heredero.

Él parpadeó, sorprendido.

—¿Querías que alguien como yo se ocupara de tu tierra?

—¿Alguien como tú? Váldemar, tu maldición no limita tus capacidades ni anula tus aptitudes. Eres un hombre de pensamiento claro y voluntad responsable, y eso me vale. Que seas un licántropo solo te impide convertirte en rey, nada más.

Constanza era muy consciente de lo frustrante que había sido para el príncipe crecer sabiendo que nadie quería que cumpliera con el propósito para el que había nacido. Ninguna ley prohibía reinar a un licántropo, pero la oposición a aquella idea era demasiado fuerte y su propio padre percibía algo muy desagradable en tal idea. Félix había recibido la educación apropiada para convertirse en un buen soberano mientras él se resignaba a existir, a manejar magistralmente la espada por si alguna vez la corona necesitaba de sus servicios. Siempre había asumido que residiría en el castillo, conviviendo con Félix, viéndole reinar y formar una familia mientras él procuraba mantener a raya a la bestia y se aseguraba de que su existencia no era un peligro para nadie.

Ahora ya no tenía por qué ser así.

—No..., no sé qué decir.

—Un *gracias* bastaría.

Él tragó saliva.

—Gracias, tía.

—De nada, cariño. Vete si quieres, no pretendo entretenerte más y la noche está al caer.

Él asintió e inclinó levemente la cabeza como un símbolo de aprecio y gratitud.

Constanza suspiró. Váldemar era un buen muchacho y no merecía todo el desprecio que recibía por parte de más personas de las que se había atrevido a

contar. Pero, dada su condición, era difícil quererle sin reservas; Constanza lo sabía y por ello se abstenía de juzgar y criticar a la mayoría de cortesanos. Ella, en cambio, conseguía quererle bien por dos razones: la primera, porque sentía que era su deber para con su hermana; la segunda, porque le recordaba a ella. Váldemar tenía mucho de Genoveva.

La mujer miró a su hermana en cuanto percibió que se despertaba y se acercó para ayudarla a levantarse y sentarla en la mecedora acolchada que tanto le gustaba.

Su semblante sereno, distante y aún bello presentaba una arruga demasiado profunda en la frente. Se intensificaba mientras dormía, que era cuando su rostro adquiría expresiones más tensas. Cuando estaba despierta, rara vez abandonaba su gesto pasivo y sosegado.

Constanza le dio de comer mientras le contaba cómo estaban las cosas en Los Lagos y la ponía al día sobre la aristocracia sureña. Tenían una amiga de la infancia que acababa de convertirse en abuela y Constanza se lo contó con entusiasmo, pensando en lo mucho que la vieja Genoveva hubiera disfrutado de la noticia. Después deshizo la trenza con la que la reina acostumbraba a descansar y empezó a cepillarle la melena rubia con un peine plateado que su propio padre le había regalado.

—Ya le he dicho a Váldemar que lo quiero a él como heredero de nuestro palacio y de los títulos de nuestra familia —le contó—. Sé que lo hará bien y le beneficiará alejarse de la capital. En cuanto a Félix, ya sabes, vivirá aquí y será un gran rey. Estaré con él, Geno, y le aconsejaré y le guiaré lo mejor que pueda. Y Fidelia... Ya te comenté que tu esposo me encomendó buscarle marido. Sé que cualquier opción le disgustará porque es demasiado independiente, pero estoy intentando darle lo mejor. —Hizo una pausa—. Pienso en lo que habrías querido tú para tus hijos. Pienso en ello constantemente.

Dejó de cepillarle el pelo y se colocó frente a ella, de rodillas para que sus caras quedasen más o menos a la misma altura.

—Estarán seguros y tranquilos. No debes preocuparte. En cuanto a ti..., quiero que tengas la paz que hace tanto te quitaron. Se lo haré pagar a los responsables de tu desgracia, hermana. Te lo prometí en su día y te lo recuerdo ahora.

Le cogió de la mano y acarició su dorso con el dedo pulgar. La reina no reaccionó. Seguía mirando al infinito, con los párpados un poco caídos, pestañeando solo de vez en cuando.

—Temo equivocarme —prosiguió—, pero entonces recuerdo lo que tú me decías cuando éramos pequeñas y yo no me atrevía a montar a caballo: para poder hacer grandes cosas, hay que asumir riesgos.

Sonrió con amargura y se levantó.

Ella nunca había sido tan valiente y atrevida como su hermana mayor, a quien siempre había admirado, de quien siempre procuró tomar ejemplo. Genoveva ostentó una energía vital que le habría permitido enfrentarse a un huracán sin sentir miedo.

Pero esa energía se había apagado.

No, se la habían arrebatado.

Anotaciones

La biblioteca se había convertido en un espacio más agradable y mágico de lo habitual debido al temporal que parecía asolar todos los rincones del reino. Las ventanas dejaban ver un cielo encapotado y una lluvia que caía incesantemente, muriendo contra cualquier cosa que interrumpiera su trayectoria.

Elvia había necesitado encender unas cuantas velas de más, dado que la tormenta había desterrado la poca luz que solían tener a medida que se acercaba el invierno. Abrió su nuevo cuaderno, el que le regalaron los mellizos, dispuesta a escribir en él. Le apetecía plasmar en el papel ideas y pensamientos que, por lo general, solo compartía con Yilda. La echaba de menos, y también a Alanys. Ambas sabían escuchar.

Sabía de qué quería hablar.

Impregnó la punta de la pluma con tinta y empezó a escribir: sobre nuevas incógnitas nacidas de su estancia en el castillo, sobre dudas que albergaba en lo más profundo de su corazón, sobre la admiración que le despertaban algunas tradiciones humanas, como la escritura, la arquitectura y el arte en general. Sobre la nueva consciencia que estaba adquiriendo con respecto a su otra mitad, aquella que siempre había relegado a un segundo plano.

El sonido de unos pasos acercándose interrumpió sus escritos y Elvia alzó la vista al tiempo que cerraba el cuaderno.

—Excelencia —dijo Brígida, que parecía fatigada—, después de buscaros por todas partes, me dijeron que podríais encontraros aquí. La princesa requiere de vuestra presencia.

Elvia frunció el ceño. Fidelia no solía convocarla a esas horas. Se puso en pie.

—¿De qué se trata? —inquirió, y siguió a Brígida hacia el pasillo, apretando el diario contra su pecho.

—Quiere hablar con vos de un asunto delicado. Esperad y lo veréis.

Prosiguieron en silencio; Elvia no echó de menos una conversación, pues prefería reflexionar sobre lo que había escrito. Aquella pequeña e improvisada redacción no tenía nada que ver con los informes para la reina. Lo que le contaba a Sibyl era muy objetivo y frío. Principalmente le hablaba de lo que acontecía, dándole una opinión al servicio de la diplomacia.

Obviaba muchas cosas que consideraba importantes, pero que se le antojaban muy personales, como su encuentro en el bosque con Váldemar y cómo había oído la voz del príncipe en su cabeza sin necesidad de que él pronunciara una sola palabra. Eso seguía siendo desconcertante, pero prefería despejar sus dudas sin recurrir a nadie.

Llegaron a los aposentos de la princesa, concretamente a un anexo que ella utilizaba para darse baños o permitir que su costurera le tomara medidas. La chimenea estaba encendida y era lo único que alumbraba la habitación, sumida en sombras que bailaban sobre el agua y las paredes.

—Aquí está, alteza —anunció Brígida.

Fidelia se incorporó en la bañera y miró a la embajadora.

—Tengo un problema, Elvia —declaró sin rodeos.

La mestiza, erguida frente a la princesa, alzó una ceja.

—¿Qué clase de problema?

La muchacha tragó saliva y desvió momentáneamente la mirada antes de posarla de nuevo en los ojos expectantes de la recién llegada.

—Es posible que esté encinta.

Elvia abrió mucho los ojos, sorprendida. No lo esperaba, aunque en realidad no era algo tan imprevisible, pues recordaba bien el episodio que la misma princesa había relatado sobre su encuentro con el hijo del condestable. Quiso preguntarle si estaba segura, pero enseguida se dio cuenta de que era una estupidez. Probablemente no lo estuviera, pero la ausencia de la menstruación era una advertencia bastante difícil de pasar por alto, y eso era lo que le había pasado a ella, ¿no? Y tenía esa sospecha. Era un tema algo complejo para la mestiza. Elvia también sufría esa circunstancia, pero las demás hadas, no.

El caso era que la princesa estaba en un aprieto.

—¿Y qué queréis hacer?

—Librarme del embarazo, por supuesto.

La feérica se puso tensa y tomó aire.

—Creemos que vos podéis ayudarnos, Elvia —explicó la doncella—. Ya no tenéis piezas de hierro que mermen vuestros poderes, ¿cierto? Quizá...

—Lo siento —cortó la aludida—, no es que no entienda la gravedad de la situación, pero me temo que no está en mi mano solucionarlo. Me pedís que vaya en contra de los dictados de la naturaleza. Alguien como yo no puede hacer eso.

Fidelia parpadeó, confusa.

—¿No podéis o no queréis? —inquirió Brígida.

Elvia la miró, seria. ¿Cómo podían pedirle aquello? Las de su raza veneraban la vida y la naturaleza, y respetaban profundamente sus caminos, no podía interrumpir un proceso vital como aquel sin traicionarse a sí misma.

—Ambas —respondió sin que la voz le temblara un ápice—. No voy a acceder, no insistáis más. Las hadas no tenemos capacidad para hacer algo así, y aunque la tuviéramos, nuestros principios nos impedirían hacerlo.

—Pero eres medio humana...

—Sigue sin ser suficiente. Lo siento, alteza. No voy a juzgaros por querer preservar vuestro estilo de vida, por querer proteger vuestra integridad y ahorrarle a vuestro hijo una vida de bastardía. Entiendo vuestra postura, pero no me podéis pedir que actúe en contra de la mía.

Fidelia asintió con serenidad.

—Muy bien —dijo—. Averiguaremos otra manera. No te preocupes, Elvia.

—Si lo hacéis, pese a mis reparos, sabed que tendréis mi apoyo —declaró Elvia en voz baja.

La princesa permaneció seria.

—Veo que te tomas en serio tu labor de diplomática.

La feérica quiso corregir aquella insinuación, aclararle que no era solo una cuestión de diplomacia, que existía una compasión auténtica, pero se mordió la lengua, segura de que, dijera lo que dijera, sus palabras no serían más que polvo y ceniza a oídos de la princesa. Hizo una reverencia y se retiró.

Brígida miró de reojo a su señora y supo distinguir la turbación en su rostro.

—Tranquila, alteza. Conozco alternativas.

Preparativos

En el corazón de Álandor, Sibyl estaba reunida con Eileen para hablar de los preparativos del viaje. Iría hasta Bránvar a pasar unos días junto a Elvia y la familia real, con quien era indispensable reforzar los lazos de amistad que habían empezado a tejer después de tantos años de rivalidad.

—Espero que no quieran ponerme una pulsera con cápsulas de hierro en polvo o algo así —comentó Eileen.

—Tu estancia es temporal, no creo que lo hagan. En cualquier caso, siempre puedes negarte. Nuestra actitud de sumisión y concesión tiene unos límites.

—No me parecería justo. A Elvia nadie le dijo que pudiera negarse.

—Elvia tolera ese material mejor que cualquiera de nosotras —apuntó la reina.

—Ya.

Eileen había sido testigo de la aversión que la joven mestiza despertaba en muchas de sus hermanas y siempre le había parecido que los comentarios y miradas hirientes estaban fuera de lugar. Si Emberia hubiera sobrevivido, las cosas habrían sido distintas para la mestiza. Fue un hada muy enérgica y con un carácter incisivo, aunque aquello solo era una armadura, una forma de ocultar su fragilidad y la forma de sentir tan extraña que tenía, que finalmente hizo que se enamorase y se rindiera a ese amor.

Elvia se parecía a ella en que no se dejaba aplastar y protegía con recelo su mundo interior, pero no tenía una personalidad tan huracanada como la de su madre.

—Procura transmitirle al rey mis mejores deseos —dijo Sibyl—. Llévale este regalo.

La reina le entregó un paquete hecho con telas y hojas hiladas. Ocupaba el espacio de ambas manos.

—¿Qué es?

—Lo verás cuando se lo entregues. Le complacerá, créeme.

Eileen asintió y se lo guardó en la alforja que le habían proporcionado. Pese al nerviosismo comprensible por tener que visitar un lugar hostil para las de su raza, tenía ganas de volver al castillo.

En su retina todavía ardía el recuerdo de una hermosa melena dorada y unos ojos agua marina.

Como en los viejos tiempos

Brígida caminaba envuelta en una túnica marrón con capucha que le ocultaba el rostro y la figura. Aquello tenía que hacerse con la máxima discreción.

Sus botas se hundían en las calles enfangadas de la capital y, aunque procuraba evitar los charcos, era inevitable que un poco de humedad se colara por la suela y alcanzase sus pies. Pocas cosas le irritaban más que tener los pies mojados, por eso se pasó parte de la caminata maldiciendo por lo bajo.

Por fin llegó al lugar deseado, un pequeño y descuidado establecimiento en uno de los barrios menos halagüeños de la ciudad. Entró y una campanilla colgada junto a la puerta avisó de su llegada. Venida de la trastienda, apareció una mujer de piel bronceada, cabello despeinado y mirada salvaje.

El interior estaba revestido de madera, con estanterías un poco torcidas sobre las cuales se veían frascos, botellas de colores oscuros o saquitos de hierbas u otras sustancias. Varios rayos de luz se colaban entre las persianas y delataban el polvo que flotaba en el aire.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó la responsable con una voz grave y femenina, arrastrando levemente las sílabas.

Brígida se acercó a la mujer y dejó su rostro al descubierto. Se había recogido el pelo en un sencillo moño bajo.

—Tengo un asunto delicado entre manos. Un embarazo que se ha dado por error —explicó.

Los ojos de la mujer titilaron y una media sonrisa se abrió paso por su rostro.

—Esa es mi especialidad. ¿Quién es la joven que lo necesita?

—Eso no te incumbe.

—Así que es noble... —Pero la mirada pétrea de Brígida no daba pie a más indagaciones—. Has hecho bien en venir. Toda mujer tiene derecho a coger las riendas de su vida y manejarla como quiera.

—No necesitas convencerme.

El rostro de la tendera se agrió un instante antes de volver a sonreír con autosuficiencia.

—Muy bien, te daré lo que pides, pero no es barato.

—Eso no es un problema.

Brígida le dejó caer un saco tintineante lleno de monedas. La mujer enarcó una de sus cejas oscuras y sopesó la valija.

—Sí, puede valer. Espera aquí.

Desapareció por la puerta de atrás y regresó al cabo de un rato con un vial que contenía un líquido azul claro.

—Esto —empezó, sosteniéndolo entre los dedos— es un remedio ideado por mi bisabuela hace ya tiempo, pero yo me he dedicado a mejorarlo en los últimos años y ahora la efectividad está garantizada. Es posible que después la joven en cuestión sufra dolores y molestias en la parte baja del vientre, su gravedad dependerá de su aguante. De todas formas, no será nada que no vaya a desaparecer. Toma.

Brígida cogió el frasco y lo metió en un bolsillo interior de su túnica.

—Gracias.

—También tengo un brebaje que evita la concepción y permite disfrutar de los placeres carnales sin que haya... consecuencias.

La doncella tensó los labios.

—Si lo necesitamos, te lo haré saber.

Y tras esas palabras, abandonó el establecimiento.

Váldemar estaba en una de las cámaras privadas que los príncipes compartían esperando a que Fidelia, que era quien lo había citado allí, se presentara.

Era una habitación agradable, con una mesa de ajedrez, estanterías llenas de libros y otros objetos preciosos, como espejos de mano, figuras de oro o dagas con gemas engarzadas, además de una mesa con una cesta de fruta fresca, vino y queso.

Antes solía pasar mucho tiempo entre aquellos muros, pero en los últimos años la soledad había ido absorbiéndole más y más. No sabía bien por qué. El accidente con Fidelia, ese en el que perdió el control inesperadamente y la

hirió, influyó en que su relación se resintiera, pero no era lo único. Él mismo había cambiado. La maldición le pesaba cada día más.

—Váldemar —saludó su hermana—. Qué pronto has llegado.

—No, tú has tardado, Deli —replicó él.

—Oh, vaya. Perdona, ando un poco despistada... Pero quería pasar un rato contigo, ¿sabes? Jugar al ajedrez.

Váldemar entrecerró los ojos, receloso. Hacía mucho que no disputaban una de sus viejas partidas.

—¿Por algo especial?

Ella se encogió de hombros y se acercó a la silla que estaba frente al tablero.

—No, es solo que no quiero que se te olvide cómo es la derrota —repuso con sorna.

El príncipe sonrió.

—Tal vez te sorprenda.

—Pocas veces lo hiciste, pero sí, espero que lo hagas.

Se sentaron y colocaron las piezas. Fidelia acostumbraba a llevar las negras y Váldemar, las blancas, por lo que él empezaba primero. Movié un peón.

—Me dijo Félix que le hicisteis un regalo a Elvia.

Sin apartar su mirada turquesa de las fichas, Fidelia asintió.

—Sí, un cuaderno. Como disculpa por lo que pasó en Limbria. —Movié.

—Buen gesto.

—Es buena chica. Y creo que se siente sola en general, no solo aquí.

Váldemar alzó la vista sin mover la cabeza. Entendía el sentimiento al que se estaba refiriendo su hermana.

—Sus congéneres tienen dificultades para aceptarla como una más —comentó.

—Sí. Y ni siquiera tiene una familia que la defienda de cara al resto.

Él sí la tenía. Su padre rara vez decía o hacía algo en su favor, pero al menos se aseguraba de que, como su hijo, siguiera siendo intocable para casi cualquiera. Y luego estaban sus hermanos y su tía, ellos le apoyaban.

—Quizá por eso sea tan fuerte —resolvió él.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes. Es algo así como... inquebrantable, ¿no? Después de todo lo que le dijo *lady* Cordelia, de que algunos la mirasen con burla frente a esos ataques, ella apenas parpadeó. Es más, contraatacó muy bien.

—Sí, además dijo algo sobre ti, ¿no?

Casi pudo oír su voz retumbándole en los tímpanos. «Su hijo es una persona valiente y honorable que no merece su desprecio».

—Supongo que quiso tocar la fibra sensible de los presentes.

Continuaron con la partida, aunque Váldemar estaba menos centrado que cuando habían comenzado.

—¿Estás intentando enrocarme? —inquirió ella, divertida.

—¿No debería? Así es como me ganaste tú las primeras veces.

—No es una táctica muy impresionante.

Siguieron jugando, utilizando todo su ingenio y habilidad para proteger sus piezas mientras eliminaban las del oponente. A Fidelia le gustaba mucho la reina y la utilizaba bastante bien. Era la pieza más útil, después de todo, pero precisamente por eso Váldemar tendía a reservársela, a mantenerla atrás para poder emplearla cuando fuera de verdad necesario.

De manera inesperada, su hermana movió el alfil, que se comió a la reina enemiga y quedó en diagonal frente al rey.

—Jaque —dijo, orgullosa.

«Diantres». Pero la partida no terminaba hasta que su pieza no llegara al rey, así que tenía una oportunidad para sacarlo de allí.

—¿Puedo intentar salvarlo?

—Puedes intentarlo —asintió ella, confiada.

Observó la posición de las fichas y estudió qué posibilidades tenía. Solo podía mover al rey hacia delante, donde había un hueco, pero quedaría en línea recta frente a la reina de Fidelia. Quizá si pudiera eliminar su alfil... Pero la pieza más cercana era el caballo, que estaba en la casilla contigua, así que no servía. La segunda más cercana era un peón que estaba a dos casillas en diagonal.

—¿Por qué no has dicho jaque mate? —preguntó.

—No quería destruir tus esperanzas tan de golpe —se excusó ella con una fingida sonrisa inocente.

—No volveré a jugar contigo en mi vida. Es más divertido con Félix.

—Él dice lo mismo de ti.

—Ya.

—Sabes lo que te toca, ¿no? —preguntó con una expresión pícara—. Trénzame el pelo. Como cuando éramos pequeños.

Váldemar puso los ojos en blanco.

—Antes contéstame a una cosa —pidió él—. ¿A qué vienen estas ganas repentinas de pasar tiempo conmigo?

—Hablas como si te hubiera estado evitando.

—Sé que no lo has hecho, pero sesiones como las de hoy terminaron hace tiempo. ¿Por qué has querido retomarlo?

Ella se reclinó en su asiento y miró por la ventana.

—No es que haya querido retomarlo, pero he estado pensando en nosotros, en cómo han cambiado las cosas, en cómo ha quedado atrás la época en que apenas teníamos preocupaciones o deberes... Y he sentido nostalgia.

—Temes que te prometan ya, ¿verdad? —supuso él, tirando sus excusas por la borda.

Fidelia exhaló un suspiro y asintió, abstraída.

—Sé que es cuestión de semanas, quizá días. Padre no quiere que Félix herede la corona sin haber dejado todos sus asuntos en orden. Creo que el haber estado cerca de la muerte le hizo reaccionar, ¿sabes? Se dio cuenta de que algún día se irá, pero los demás seguiremos aquí.

—¿Y crees que por eso está intentando restablecer las relaciones con las hadas?

—Es posible. Los reyes de Myrendul siempre han colaborado con el pueblo feérico. Él rechazó la colaboración con las hadas por causas personales y ha querido ser fiel a ese resentimiento, pero no es tonto. Sabe que el pueblo está por encima de él y de sus reyertas. Cualquiera que se considere buen monarca lo sabe.

—Me recuerdas a Félix cuando hablas así.

—En realidad, fue él quien me lo expuso como te lo he dicho. Más o menos. Creo que puede tener razón.

—Suele tenerla —admitió el príncipe—. En fin, vamos con esas trenzas.

—Una bastará. Cógeme todo el pelo.

Váldemar exhaló un suspiro exagerado y se colocó detrás de la joven. Le quitó la diadema dorada que había mantenido su melena lejos de su rostro y dejó que su pelo cayera junto a sus mejillas. Comprobó que no estuviera enredado y lo dividió en tres gruesos mechones rubios.

—Recuerdo cuando Brígida te enseñó a hacerlo —comentó Fidelia con los ojos cerrados.

—Recuerdo que tuve que aprender porque perdí una apuesta. Me dijiste que me ganarías al ajedrez en menos de quince minutos y yo no me lo creí, porque hasta el momento casi todas tus victorias parecieron fortuitas. Y así empezó. Luego siempre pedías lo mismo.

La princesa soltó una carcajada.

—¡Es verdad! Esa semana practiqué mucho, tanto con padre como con madre. A ella le enseñó el abuelo. Y sobre las trenzas, qué puedo decir, me

relaja mucho que me acaricien el pelo, y la pobre Brígida empezaba a padecer dolores en los brazos.

Váldemar notaba cómo su corazón se encogía cuando alguien mencionaba a su madre. Procuraba no pensar demasiado en ella, y sin embargo se las arreglaba para que su rostro fuera lo último que le cruzara la mente antes de irse a dormir.

—Constanza me ha ofrecido relevarla en Los Lagos.

—¿Qué? ¿Heredar tú el condado?

—Sí.

—Parece una buena idea. ¿Te apetece?

—En realidad, sí. Más de lo que yo mismo habría creído. No quiero ser una carga para Félix cuando sea rey.

—No lo serías, Val. Él te quiere y no le importaría tenerte aquí.

—Pero ¿podrán quererme su mujer y sus hijos? No lo tengo tan claro. No quiero ser un estorbo. No quiero ser el hombre de mirada circunspecta que se pasa la vida viviendo a la sombra de los demás, huyendo a los bosques por las noches.

—¿Y crees que en Los Lagos sería distinto?

—Sería el señor del palacio.

—Bueno, supongo que es lo justo. No hay nadie con más derecho que tú a gobernar esas tierras.

El príncipe terminó la trenza y justo entonces sintió una presencia a su derecha. Saveiro acababa de entrar.

—Padre —saludó, serio.

Fidelia se volvió y se levantó.

—Hola —dijo con un tono de voz cordial—, estábamos jugando al ajedrez.

—Ya veo. Fidelia, ¿puedo hablar contigo un momento?

—Sí, claro.

—En privado.

Váldemar se dio por aludido y, tras despedirse de Fidelia con un beso en la frente e inclinar la cabeza frente al rey, se marchó.

Saveiro se acercó a su hija. Por fuera, la joven se mostraba tranquila y segura de sí misma, sonriendo con dulzura como solía hacer cuando estaba con su padre, pero en el fondo temía que se hubiera enterado de que había yacido con el hijo del condestable y fuera a recibir un severo castigo.

Pero no, no podía saberlo.

—En unos días llegará una diligencia de Coskar.

¿La capital de Audeval? ¿Qué tenían que hacer allí las gentes de su país vecino?

—¿Y eso?

—El rey Eberardo y yo estamos barajando la posibilidad de..., cómo decirlo, entablar una amistad entre ambos reinos. Así que es importante que todos colaboremos para allanar el camino hacia esa meta.

Qué raro... Audeval siempre había sido una nación poco respetada por los myrendulenses, y el desagrado era recíproco. Aunque desde la guerra civil que partió Verelia, acontecimiento que había originado aquella rencilla, las cosas se habían ido suavizando poco a poco.

—¿Por qué ahora te está dando por hacer las paces con todo el mundo? —preguntó.

Saveiro tomó aire.

—Digamos que quiero que mi hijo ascienda al trono teniendo más amigos que enemigos. Tanto tú como los demás recibiréis instrucciones sobre cómo proceder cuando la comitiva esté aquí. A ti te las dará tu tía. Habla con ella cuando puedas.

Aquella última orden la puso de mal humor, pues sembró la semilla de una sospecha que no le hacía ninguna gracia. Pero no iba a precipitarse. Esperaría a hablar con Constanza.

Su padre le dio un abrazo y un beso en la mejilla.

—Un día de estos puedes acompañarme de caza —le dijo—. Cabalgaremos juntos y te dejaré ir a horcadas, que sé que te gusta.

Ella forzó una sonrisa. Sus miedos crecían.

—Me encantará.

Atajar un problema

Brígida llegó a mediodía y le contó a la princesa lo que la tendera le había explicado sobre la pócima.

—Eso sí, su efectividad está asegurada —concluyó.

Fidelia contempló el vial con curiosidad.

—El hecho de que Elvia se negara me dejó algo... inquieta. ¿Crees que lo que voy a hacer está mal, Brígida?

La doncella negó enérgicamente con la cabeza.

—No, no, no. De ninguna manera. Las hadas no son pragmáticas, alteza, no son objetivas en estas cuestiones. Vuestro hijo aún no tiene sueños, ambiciones, miedos o cualidades, que son las cosas que hacen la vida, así que ni siquiera se le puede llamar hijo. Estáis siendo sensata, nada más.

Ella suspiró, no del todo convencida. ¿Era una explicación suficientemente válida? Después de todo, un recién nacido también carecía de esas cosas. Se sentía egoísta. Tal vez lo fuera. «En fin, tendré que aprender a vivir con ello», pensó.

Descorchó el recipiente y olisqueó su contenido, lo que provocó que su semblante se contrajera en una mueca de asco.

—No parece que sepa muy bien.

—Eso no importa. Bebedlo para que podáis dejar todo atrás.

Fidelia asintió y se llevó el frasco a los labios mientras cerraba los ojos con fuerza. El sabor era muy amargo.

—Ya está —dijo con un mohín—. Ahora a esperar, ¿no?

—Sí.

Y eso hicieron, aguardaron unos minutos, hablando de trivialidades como vestidos, peinados y solteros de la corte, hasta que la joven notó que algo

cálido se esparcía por entre sus piernas y un intenso dolor azotaba su vientre.

—Estoy sangrando —murmuró, metiéndose la mano bajo la falda y extrayendo los dedos tintados de un rojo tan oscuro que se acercaba al negro.

De no ser por el dolor que le aquejaba, habría podido disfrutar más del alivio que suponía saber que no tendría que cargar con un embarazo que no había sabido evitar.

—Desvestíos y meteos en la cama mientras os preparo un baño. No os preocupéis por las sábanas, yo me hago cargo —respondió su doncella.

Raíces

Elevarse con el aire arropada por el canto de los pájaros que se ocultaban en las copas de los árboles y sentir la brisa acariciando sus cabellos era todo lo que podía pedir.

Cuando lo hacía, Elvia cerraba los ojos y podía flotar con ayuda de sus alas. No se separaba demasiado del suelo, pero sí lo suficiente como para ni siquiera rozarlo si daba vueltas sobre sí misma.

Paz. Eso era lo que sentía. Hasta que percibió a alguien junto a ella.

Abrió un ojo y vio al príncipe Váldemar observándola con reticencia y fascinación al mismo tiempo. Carraspeó y dijo:

—Puedo volver en otro momento.

—No, no importa —contestó ella, descendiendo y posándose de nuevo sobre la hierba. Estaban junto a la linde del bosque, y la ladera que lo separaba del castillo no era especialmente grande, así que lo más probable era que el príncipe llevara un rato contemplándola—. ¿Pasa algo?

—Sí, bueno, no, nada grave, quiero decir... Te he traído algo que a lo mejor te apetece ver —explicó él, y le entregó una funda de cuero con algunas hojas dentro.

Ella frunció el ceño, extrañada pero irremediablemente intrigada. Al estudiar los papeles, lo que más le llamó la atención fue el retrato de un hombre hecho a carboncillo y con dimensiones y trazos muy realistas. Tenía el cabello rizado, una mandíbula cuadrada y la mirada distante, como si sus pensamientos estuvieran lejos, muy lejos de donde él se encontraba. Leyó un nombre en la parte baja del folio amarillento.

Roldán Miraspil.

Su corazón se saltó un latido antes de empezar a bombear más deprisa.

—Es mi padre.

Nunca antes lo había visto. Naturalmente, en alguna ocasión se había preguntado cómo era, qué aspecto tendría, cuál era el rostro que cautivó a su madre. Asumió que nunca lo sabría.

—Este dibujo se hizo cuando lo apresaron por primera vez y luego se utilizó para dar con él cuando se fugó.

Elvia no conocía con detalle la historia de sus padres. No sabía nada de fugas, huidas, búsquedas y capturas. Lo único que sabía bien era cómo habían muerto.

Tragó saliva y miró a Váldemar.

—¿Por qué haces esto?

Él se encogió de hombros.

—Mis hermanos te hicieron un regalo; yo no quería quedarme atrás.

Elvia le sonrió, ignorando la calidez que sentía en el pecho.

—¿Y dónde lo has encontrado?

—En la biblioteca están archivados varios documentos sobre casos cuya repercusión afecta a todo el reino. Se me ocurrió mirar.

—Pues muchas gracias. Es..., es... Muchas gracias —volvió a decir, y se sintió idiota.

Váldemar carraspeó.

—De nada. Por cierto, ¿cómo lo hacías?

—¿El qué?

—Lo de levitar sin apenas moverte.

—Ah. Nuestras alas desprenden una energía que nos permite elevarnos un poco, pero sin desplazarnos. Para eso hay que moverlas.

Él asintió, impresionado por el descubrimiento.

—No lo sabía.

—Hay cosas sobre nosotras que no figuran en los libros —apuntó ella.

—Ya. ¿Y aguantáis mucho?

—Mis hermanas sí.

No fue necesario añadir nada más para que Váldemar entendiera que a ella la excluían sus limitaciones humanas.

El tema de conversación parecía agotarse, y entre eso y que él quería descansar un poco antes de la salida de la luna, se despidió y volvió a dejarla sola.

Elvia miró una vez más el rostro de su padre y se preguntó si se parecía a él. Probablemente compartieran color de cabello y ojos, pero no podía saberlo con seguridad, puesto que el dibujo estaba hecho en negros y grises. El

príncipe había dicho que formaba parte de un archivo mayor, un conjunto de documentos que contenían todos los detalles sobre lo que les pasó a sus padres. Y ahora que sabía que eso existía, Elvia tenía la necesidad imperiosa de leerlos. Se dirigió con presteza a la biblioteca y se dejó guiar por su instinto para dar con lo que andaba buscando.

Al cabo de un rato, lo consiguió. Allí estaba todo, incluso las confesiones de su padre, y no solo eso, sino que había explicaciones del que había sido el mejor amigo de Roldán y su único confidente mientras vivió esa pesadilla. Declaraciones que hizo mucho después de que su amigo muriera. Sería útil para reconstruir lo que había sucedido. Cogió los pergaminos y las hojas agrietadas, y se sentó para leerlos con calma.

Emberia y Roldán

Se conocieron en una granja a las afueras de Bránvar, más cerca del Bosque Maravilla que de la capital. Una niña se acercó a Álandor en busca de ayuda porque su madre estaba convaleciente y al borde de la muerte, y las historias aseguraban que las hadas tenían poderes mágicos y eran capaces de salvar a las personas de cualquier mal.

Emberia la vio y, movida por la compasión, desobedeció las leyes que le prohibían salir de los dominios feéricos y acudió a la granja.

Allí, postrado junto al lecho en el que la madre reposaba, un joven aguardaba el milagro. No era un familiar, sino un vecino de una granja cercana con el que intercambiaban objetos y productos, pero con el que se habían encariñado.

Roldán Miraspil.

Tenía poco más de veinte años por aquel entonces; no estaba ni casado ni comprometido con ninguna muchacha, pues, según sus propias palabras, eso nunca le interesó. Hasta que conoció a Emberia. Fue como un flechazo atravesándole el pecho y saliendo por la espalda. La vio, con su melena negra y sus ojos morados, y supo que no podría odiarla pese a lo que el rey decía de las criaturas como ella.

Por supuesto, no denunció su presencia fuera de su área.

Emberia logró curar a la madre de la niña, pero durante unas semanas se mantuvo peligrosamente débil, por eso el hada siguió desafiando las normas, acudiendo de vez en cuando a la granja para asegurarse de que esa niña tan valiente y que tanto se había arriesgado no se quedara sola.

Durante aquellas visitas, Roldán siempre estaba allí, dispuesto a echar una mano y, sobre todo, a aprender más sobre la mujer que lo había cautivado.

Emberia, que siempre había sentido fascinación por el ímpetu, la espontaneidad y las emociones desatadas, se sintió halagada.

Una tarde, anunció que sería la última vez que les visitaría porque la mujer ya estaba totalmente recuperada. Y cuando se estaba despidiendo de ellos y Roldán la acompañó hasta el camino, la besó. Lo hizo de prisa, movido por un impulso nacido en el alma.

Emberia parpadeó, sorprendida, pero luego sonrió.

Después de aquello, el hada continuó saliendo de Álandor de forma clandestina, aunque ya no lo hacía para preservar la salud de una madre moribunda, sino para complacer sus propios deseos y seguir los anhelos de su corazón.

Lo que empezó siendo casi un juego para ambos acabó convirtiéndose en el asunto más serio de sus vidas. Se amaban. No era un simple capricho; no era la curiosidad de un corazón que no había amado o el interés de un humano maravillado por lo mágico. Era un sentimiento auténtico e imborrable. Se casaron en secreto. La ceremonia la ofició un sacerdote ya muy anciano que había pasado la mayor parte de su vida en el Myrendul que sí colaboraba con el pueblo feérico y siempre había defendido a esas extraordinarias criaturas.

Por la noche, Roldán y Emberia consumaron ese amor, tal y como mandaba la tradición.

Las hadas fueron las primeras en enterarse del romance y, aunque mantuvieron el secreto, las cosas cambiaron para Emberia. La desplazaron como si estuviera infectada por algún virus. Eso no bastó para que abandonara a Roldán, a quien seguía viendo y con quien planeaba fugarse.

No obstante, aquello no duraría siempre.

Alguien cercano a la granja debía de haberlos visto... Quizá se tratara de uno de los campesinos que labraban la tierra de la zona, daba igual. Lo importante era que los delataron. A oídos del rey llegó la noticia de que uno de sus súbditos mantenía un idilio amoroso con un hada, lo cual contravenía las leyes dictadas por Saveiro después de que su padre muriera sin que la reina de las hadas se inmutara.

Se tomaron represalias.

Cuando Emberia fue a la granja para pasar una noche con su esposo, él ya no se hallaba allí. Y el estado en el que se encontró la casa no era nada alentador. Pronto se enteró de que había sido encarcelado y decidió ir a por él. Haciendo uso de sus habilidades mágicas y su gran talento para pasar inadvertida y colarse en los lugares más insospechados, Emberia y Roldán lograron salir de Bránvar.

No en vano era una de las hadas más poderosas de la corte iridiscente.

Quisieron buscar refugio en Álandor, pero las hadas no se lo permitieron. No les importó que Emberia estuviera embarazada, no estaban dispuestas a tomar parte. Ya tenían al rey en su contra, no era necesario acentuar más la enemistad.

Así que a la pareja no le quedó más remedio que huir a Audeval, el reino vecino, donde la relación entre sus razas era mucho más favorable para ambos y su bebé podría crecer en paz.

Pero no lo consiguieron, pues les interceptaron cerca de la frontera.

El embarazo había debilitado a Emberia y sus poderes no fueron suficientes para evitar que la separaran de su amor. Mientras a él le apresaban y le inmovilizaban, Emberia miraba con horror. Roldán le gritó que se marchara, que lo hiciera por el bien del hijo que iban a tener, y eso fue lo que la ayudó a reaccionar.

Con lágrimas en los ojos, la feérica se esfumó en el aire.

Si la semilla que crecía en su interior no hubiera sido humana, el hada no habría perdido tanto poder y hubiera podido oponer resistencia. Pero no era el caso. De todas formas, no se arrepentía de nada. Los pocos momentos que había vivido con Roldán valían más que toda su vida en Álandor, porque habían sido los únicos en los que había sido fiel a su corazón, en los que había sido libre.

Con Roldán pudo ser ella misma. Él la había querido con fuerza, como el oleaje que choca contra las rocas de un acantilado.

Había tenido razón al pedirle que se fuera. Ya no se trataba de ellos dos y de lo que sentían. Su amor no era lo más importante. En el centro de sus vidas había aparecido el bebé que Emberia llevaba en su vientre, así que se ocultó en Álandor mientras Roldán permanecía preso en los calabozos que había en la ciudadela.

No obstante, cuando solo le faltaba un mes para dar a luz, decidió ir a verlo. Le pidió a una amiga suya llamada Yilda que le conjurara un hechizo ilusorio para que solo quien la hubiera tocado alguna vez pudiera ver su rostro real, y salió hacia Bránvar fingiendo ser una plebeya más.

Lo logró. Todos la veían como una mujer robusta de avanzada edad, y aprovechó ese disfraz para decir que era una tía del prisionero y que deseaba verle. Se lo permitieron y compartió con Roldán unos minutos. Los últimos que compartirían jamás.

Evidentemente, él la reconoció al instante y se alegró de verla, pero también se escandalizó, preguntándose si no sería demasiado arriesgado. Ella

le explicó que el hechizo se lo había hecho una de sus hermanas y que era lo bastante fuerte. También le pidió perdón por no ser capaz de sacarle de ahí; su embarazo la había despojado de poderes útiles. Pese a esto, le juró que regresaría en cuanto hubiera dado a luz.

Él no le reprochó nada; sencillamente se dieron un beso y ella liberó una lágrima que había estado reprimiendo.

Cuando le dejó atrás, lo hizo convencida de que volvería a verle porque regresaría en su busca.

Se equivocaba.

La pena por mantener una relación con un hada eran años de cárcel, pero ¿y el castigo por casarse con una? ¿Y por dejarla embarazada? Aquello cambiaba el caso y se decretó que las consecuencias tenían que ser mayores.

Se le condenó a morir ahorcado. Y así fue. Debido al parto, que duró una eternidad, Emberia no pudo estar allí para impedirlo.

Roldán Miraspil falleció a manos de una soga la noche anterior al nacimiento tanto de su hija como del príncipe de Myrendul.

Apenas dos días después, en cuanto ella estuvo recuperada y sus poderes refulgieron con más fuerza que nunca, se aventuró en Bránvar para vengar al amor de su vida y morir por la causa.

La Olla Candente

Elvia terminó de leer y se quedó pensativa durante un rato. Cuando salió de su ensimismamiento, las paredes de la biblioteca se le cayeron encima. El castillo le pareció más lúgubre y oscuro de lo habitual. Sintió asfixia. Necesitaba salir de allí, despejarse y caminar sin rumbo, aunque solo fuera para distraerse con algo que no fueran las ideas que le martilleaban.

Una vez en la calle, se arrebujó bajo la pesada tela de su túnica y se desplazó bajo la fina lluvia. Podía visualizar a su madre y podía ver a su padre. Sus rostros palpitaban en su retina. A Emberia la había visto una vez a través de un hada que tenía la habilidad de compartir sus recuerdos con quien quisiera. Pero a Roldán nunca le había puesto rostro hasta aquel día.

Llegó a La Olla Candente, un lugar de aspecto acogedor que desprendía calidez. Entró y echó un vistazo.

El interior de la taberna era agradable. Había oído cosas horribles acerca de ese tipo de sitios, pero, en ese caso, el ambiente no era malo. Parejas y grupos de amigos se sentaban a mesas redondas, donde comían y reían alegremente mientras una mujer con delantal iba de acá para allá con bandejas o jarras llenas de vino.

Elvia tomó asiento en una esquina apartada del barullo que estaba peor iluminada que el resto del local. En cuanto le atendieron, pidió una sopa con pan y un poco de cerveza. No tenía apetito, pero sabía que, si se saltaba esa comida, su estómago empezaría a rugir antes de que despertase por la mañana, y aborrecía esa sensación. Le pareció preferible cenar allí a hacerlo en el castillo.

Mientras esperaba, escuchó la conversación de dos hombres que estaban en la mesa de al lado.

—Como te lo cuento —decía uno de ellos—, por cómo se movía parecía un guerrero experimentado, pero luego me fijé en sus ropas y sus armas, y me di cuenta de que era un cazador.

—Pero a tu posada van muchos cazadores —le contestó el otro con una voz muy ronca—, no es nada nuevo.

—No es un cazador cualquiera. Se llama Danter Arrylar, es extranjero y tiene fama de ser uno de los mejores en su campo. Sus presas no son animalillos corrientes, sino ejemplares verdaderamente insólitos.

—¿Y quién te lo ha contado?

—Mi cuñado. Ya sabes que es mercader y viaja mucho.

—¿Y qué crees que está haciendo por aquí?

En ese momento, llegó la camarera y le sirvió lo que había pedido, por lo que perdió el hilo de la conversación. En cuanto tuvo la comida delante y pudo prestar atención de nuevo, los dos individuos ya habían cambiado de tema.

—Yo sí que la he visto —decía el de la voz fuerte—. Pelo morado, alas de color verde y amarillo... La verdad es que era bellísima.

Elvia dio un respingo al recordar que Eileen tenía que visitar Bránvar por esas fechas. ¿Era posible que hubiera llegado por la tarde y ella no hubiera estado en el castillo para recibirla?

Sí, tenía toda la pinta.

—Diantres —masculló.

Quiso apurar el caldo, pero desistió tras dos cucharadas. Dejó unas monedas sobre la mesa y se marchó a toda prisa.

Encontrarás tu sitio

Que Elvia no estuviera allí era tan raro como comprensible. Según las doncellas que solían servirla, cuando no se hallaba en la residencia real, la mestiza frecuentaba las lindes del bosque, paseando, disfrutando de la soledad. Pero no era una de esas ocasiones, por lo que solo podía estar en la ciudad, saciando su curiosidad con respecto a la vida humana.

La presentación ante el rey y el menor de sus hijos fue rápida y exitosa. Eileen le había dado a Saveiro el regalo que Sibyl había preparado. El monarca lo abrió con reticencia, pero se sintió honrado en cuanto comprobó que el contenido era una copa en cuya superficie habían tallado la heráldica de la familia Terrafil, adornada con rubíes y perlas engarzadas.

No preguntó por Váldeamar, a sabiendas de que en esos momentos estaba obedeciendo las órdenes de la luna, pero sí lo hizo por la princesa.

—Está indispuesta —fue la seca respuesta de su majestad.

Indispuesta...

La idea de que la joven Fidelia fuera víctima de alguna enfermedad grave la turbaba. Pero no tenía por qué tratarse de algo serio; podía ser un simple dolor de cabeza.

Ahora, Eileen se hallaba en la alcoba que le habían asignado, cerca de los aposentos de Elvia, preparándose para la cena que, con motivo de su llegada, iba a celebrarse en uno de los grandes salones. Los hogares humanos no eran hostiles ni desagradables, pero no tenían esa vitalidad de la que sí gozaba un bosque y que ella ya añoraba. Entendía perfectamente por qué Elvia se escabullía cuando podía pasear por las afueras.

Observó la chimenea de piedra que había frente a la cama y ladeó la cabeza. Para ella, el fuego resultaba útil en la medida en que iluminara el

lugar, pero los humanos también lo usaban para caldear las habitaciones.

La puerta situada a su derecha se abrió de golpe y Elvia entró, exaltada.

—Por todas las estrellas —dijo—, lamento no haber estado aquí para tu llegada.

—No te preocupes, no era necesario que estuvieras —contestó ella con una sonrisa.

Elvia se le acercó con una extraña predisposición de... ¿De qué? Se detuvo a tiempo, carraspeando. Era como si hubiera querido darle un abrazo. En lugar de eso, entrelazaron las manos de frente unos segundos, gesto que se hacía entre hadas cuando se saludaban después de una larga temporada sin verse.

—¿Cómo están las cosas en Álandor?

—Oh, hay mucha expectación. Y también incertidumbre. Así que espero que tengas listos los informes que te pidió Sibyl.

—Sí, por supuesto. ¿Quieres que...?

—No, basta con que me los des antes de que me vaya.

—¿Que será...?

—Dentro de tres días.

—Bueno, no está mal.

—¿Quieres que permanezca aquí más tiempo? Porque quizá la próxima vez pueda hacerlo si se lo comento a la reina y ella accede, claro. Pero no creo que nos ponga ninguna objeción.

Elvia se revolvió, entre incómoda y pensativa.

—No lo sé. Es decir, os echo de menos, pero este lugar no es para vosotras.

—¿Y para ti sí? —La pregunta no era agresiva, sino que estaba cargada de curiosidad.

—No del todo, aunque hay algo familiar. Son detalles nimios que me hacen sentir cerca de ellos.

Eileen arqueó sus cejas moradas.

—¿Cómo el abrazo que has estado a punto de darme?

La mestiza parpadeó y desvió la mirada antes de volver a alzar la vista.

—Sí —admitió—. Sé que tú no lo entiendes, pero yo... Hay muchas cosas que me sorprendían al principio, aunque...

Eileen suspiró y pareció entender.

—Ya no. No tienes que justificarte, Elvia. La mitad de tu ser es como ellos y ha despertado estando aquí. Es lógico.

Sus palabras no surtieron el efecto deseado, pues la mestiza seguía desconsolada.

—Tengo miedo de no volver a sentirme a gusto en ninguna parte — declaró, cabizbaja.

La confesión era inesperada, pero no carecía de sentido. Elvia pertenecía a los dos mundos y a ninguno al mismo tiempo. Eileen le tocó con cariño la mano.

—Encontrarás tu sitio, Elvia. Y en cualquier caso, ya sabes que en Álandor eres bienvenida.

—No por todas.

—Pero sí por la mayoría.

La joven forzó una sonrisa.

—Gracias.

Y fue la propia Eileen quien le dio un abrazo.

La danza de las hadas

El rey había solicitado que las dos hadas bailaran para la corte, pues sus habilidades de danza eran conocidas por todos los mortales. Elvia no se sentía cómoda con la idea, porque era consciente de que sus movimientos no resultaban tan gráciles y precisos como los de sus hermanas.

—Ni lo notarán —le había asegurado Eileen.

Luego se colocaron en medio del comedor, rodeadas por largas mesas rectangulares desde donde los nobles comían y tenían acceso visual al centro de la estancia. Elvia ya había llenado el estómago en la taberna y Eileen no necesitaba hacerlo, así que les dieron unas indicaciones a los músicos para que tocaran alguna canción popular y se prepararon para bailar. Incluso se habían vestido para la ocasión con unos trajes vaporosos y cortos que dejaban sus hombros y piernas al descubierto.

Eileen le cogió de las manos. Ambas sentían que docenas de miradas se clavaban en ellas.

—*Marphin* —le susurró Eileen, haciendo referencia a un tipo de danza propio de la cultura feérica.

Naturalmente, Elvia lo conocía a la perfección y podrían realizar los pasos conjuntos sin problema. Asintió.

La música inundó la estancia y bailaron al compás de la melodía, sintiéndola en cada fibra de su ser, dejando que fuera el ritmo quien bombeara la sangre por sus venas en lugar del corazón. Las hadas bailaban de puntillas, sosteniendo el peso de su cuerpo con la punta de los dedos de los pies y, aunque aquello requería un esfuerzo considerable, a ojos de los demás parecían flotar; de hecho, lo hacían ayudadas por sus esplendorosas alas.

Era un espectáculo sobrecogedor.

Levantaban sus piernas despacio y sin vacilar, sosteniéndolas en lo alto en ángulos perfectos. Sus brazos se movían con la misma soltura con la que lo harían unas ondas en el agua, como si sus cuerpos no estuvieran hechos de piel y carne, sino de viento. Como si fueran etéreas. A pesar de la naturalidad con la que revestían aquel baile, todos y cada uno de sus pasos estaban calculados al milímetro, nada se dejaba al azar, y el conjunto brillaba con una armonía casi divina. Daban vueltas sobre sí mismas apoyadas en un pie y sin balancearse. Plegaban y desplegaban sus alas en momentos concretos para que estas no restaran velocidad a sus giros.

Hicieron sus últimos movimientos cuando la melodía se extinguió y mantuvieron la postura final durante unos segundos más.

Los vítores llegaron enseguida y ni siquiera los detractores de su raza pudieron contenerse. Saveiro y Teobaldo aplaudían con condescendencia. Félix, por su parte, estaba entusiasmado.

El rey se puso en pie para dedicarles unas palabras de admiración y agradecimiento en nombre de todos los cortesanos y dio permiso para que prosiguiera la velada.

Las dos feéricas se retiraron a una esquina tras hacer una rápida reverencia; más tarde, el heredero se les unió.

—Ha sido increíble —elogió—. Me habían hablado de la habilidad que tenéis para la danza, pero no podía imaginarlo. Cualquiera de nuestros bailes palidece al lado del vuestro.

—Muchas gracias, alteza —dijo Eileen.

—¿Dónde está vuestra hermana? —inquirió Elvia, extrañada.

—Me han dicho que no se encuentra bien.

—Sí. Al parecer, está indispuesta —añadió su congénere.

Aquella revelación hizo que la mestiza frunciera el ceño. Lo último que sabía de ella era que... Oh.

Oh.

—Tengo que ir a verla —anunció, y pasó por su lado en dirección a la salida.

Recorrió los pasillos a toda prisa, volando a ras de suelo en algunas ocasiones. Cuando llegó a los aposentos de la princesa, esperó a que el ujier de cámara anunciara su llegada y pasó.

Fidelia estaba acostada, tapada hasta el cuello y con la frente humedecida por el sudor. Sus labios no presentaban la tonalidad rosada que tenían por naturaleza y su tez había perdido luminosidad.

—¿Qué ha pasado, Brígida? —le preguntó a la doncella, que estaba azuzando el fuego.

—Le di una pócima para interrumpir el embarazo y surtió efecto, pero ha habido otras consecuencias... —Estaba nerviosa y las palabras salían atropelladamente de su boca. De algún modo, Elvia se sentía responsable.

—Vete, necesitas descansar. Yo me quedaré con ella.

—No debo dejarla...

—Brígida, exhausta no nos sirves. Repón fuerzas y regresa cuando estés mejor. Tienes derecho a dormir un poco; la princesa lo entenderá.

Ante la expresión impertérrita de la feérica, la criada solo pudo asentir. Se retiró después de echarle un último vistazo a su señora.

Elvia suspiró y posó la palma de su mano sobre la frente caliente de la muchacha. La fiebre no hacía más que aumentar y pronto llegaría al límite de lo seguro. Ella podía canalizar la energía del entorno para contrarrestar esa fuerza, y lo hizo. Su mano se encendió, desprendiendo una luminosidad amarillenta que palpitaba de manera casi imperceptible. La fiebre cejó en su carrera; hacerla desaparecer del todo sería más complicado.

Elvia se detuvo y esperó a que Fidelia progresara por sí sola.

La noche pasaba y la luna recorría su camino particular por el firmamento mientras Elvia se esforzaba por mantenerse despierta.

Por fortuna, Eileen acudió en su ayuda.

—¿Es muy grave? —se interesó, acercándose.

—No estoy segura. Ha ingerido un brebaje cuya receta desconozco.

—¿Con qué fin?

Elvia suspiró. No sabía si era adecuado hablar con su amiga de eso, pero decidió confiar en ella; quizás Eileen pudiera ser de más ayuda si conocía todos los datos.

—No puede salir de aquí —advirtió antes de revelar nada.

—Muy bien, no lo hará.

—La princesa quedó encinta accidentalmente...

—¿Accidentalmente? —inquirió el hada con una ceja alzada y las pupilas llameantes—. Creía que el sexo era un acto consciente entre humanos. ¿Qué pasa? ¿Cayó desnuda encima de uno o qué?

—Ya sabes a lo que me refiero. No esperaba que pasase.

Eileen observó a la princesa con el gesto contraído en una mueca de preocupación.

—¿Y qué esperaba?

—Eso da igual, la cuestión es que cometió un error y quiso arreglarlo. Eso ya no es un problema, pero los efectos secundarios del remedio son inquietantes.

—Lo son —secundó Eileen. Su rostro se endulzó de pronto—. Pobre chiquilla.

—¿Ya no estás molesta?

—Me ha alarmado un poco su temeridad, nada más.

—Lo sé. Pero, pese a lo delicadas que son estas cosas para su sociedad, sobre todo para las mujeres de alta alcurnia, tampoco podemos culparla por seguir sus instintos, ¿no? Por ser, simplemente..., humana.

—No, claro que no. Y lo que ha hecho para no sufrir las consecuencias tampoco es algo por lo que sentirse ofendido. Los humanos no cometen estas barbaridades por maldad, sino por desconocimiento.

A Elvia no le gustó el timbre condescendiente que había captado en la voz de su compañera. Tal vez tuviera razón, pero ella ya no se sentía cómoda juzgando las complejidades de la vida humana a la ligera.

Eileen se acercó a la princesa, se inclinó sobre ella y le colocó un mechón de su cabello rubio detrás de la oreja. Aquel gesto hizo que Elvia enarcara las cejas con sorpresa, pues había sido capaz de leer cariño detrás de ese simple movimiento, mas...

—Déjame a mí —solicitó su compañera sin mirarla—. Ve a dormir un rato.

—¿Estás segura?

—Sí. No te preocupes, Elvia. De verdad.

Ella asintió y se puso en pie, cediéndole el sitio. La silla desde la que velaba por la seguridad de la joven no era muy cómoda, pero no importaba. Eileen se quedaría lo que hiciera falta.

No todas

—Tendrías que haberlas visto, Váldemar —estaba diciendo Félix mientras él y su hermano practicaban tiro con arco en los jardines—. No he visto nada tan impresionante en mi vida.

Un grupo de sirvientes aguardaba detrás, perfectamente alineados y tan erguidos como los pocos árboles que les rodeaban. Se encargaban de preparar las armas y servir comida y bebida a sus señores cuando lo solicitaran.

Váldemar tensó el arco y fijó el objetivo.

—Yo no tengo esa sensibilidad artística que tienes tú —comentó el mayor —, quizá no hubiera sabido apreciarlo.

—Te aseguro que sí. Hasta Teobaldo parecía asombrado. La forma que tienen de bailar no es de este mundo.

—Siempre se han oído cosas sobre las hadas y sus bailes —recordó Váldemar, y disparó. Se giró hacia su hermano—. No fue ninguna sorpresa, ¿no?

—Sí, pero lo que dice la gente que pudo contemplar esto antes de que padre subiera al trono no hace justicia a la realidad. Y lo que yo te estoy contando ahora tampoco. Tanto la recién llegada como Elvia tenían una coordinación extraordinaria.

Un escalofrío recorrió la espalda de Váldemar ante la mención de la mestiza. Continuaron con su actividad matutina mientras conversaban sobre diversos temas. Aunque no se lo dijeran a menudo, se querían. Para Váldemar, Félix no era solo su hermano, era un amigo, alguien en quien podía confiar sin temor a ser traicionado, alguien que se esforzaba por entenderle.

Pero él era reservado por naturaleza, lo que provocaba que Félix también cuidara algunos aspectos íntimos de su vida. Porque los tenía. Váldemar

intuía que, detrás de su intachable comportamiento, al otro lado de ese rostro relajado y sereno, había pasión y secretos.

—¿Estás nervioso? —preguntó Félix, serio.

—¿Por la luna llena?

—Sí.

Se encogió de hombros.

—No más que otras veces. Esta tarde iré a comprobar que todo está listo.

—Si quieres que te acompañe, dímelo.

—No te preocupes, es algo rutinario. Y falta más de un día.

—Bueno, pasará rápido —animó Félix—, y luego llegará el solsticio de invierno, la fiesta de fin de año... ¿Sabes si padre se ha puesto ya con los preparativos para la justa?

—No me ha mencionado nada.

Nunca le decía nada. Sus conversaciones eran casi inexistentes.

—Es que creo que va a hacerme participar...

Váldemar hizo una mueca. Félix aborrecía esas cosas; aunque conociera técnicas de esgrima y tuviera arrojo, carecía de aptitudes de guerrero. Váldemar se defendía mejor en aquel campo, pero no era prudente que participara en una justa. La licantropía que había en él podía despertar cierta locura en la mayoría de los animales, y sería muy negligente por su parte montar a caballo para enfrentarse a otro jinete en algo que no era más que un juego.

—Puedo echarle una mano con la preparación —se ofreció.

—Te estaría agradecido, la verdad. Pero primero intentaré negarme; si eso no surte efecto..., ya veremos.

El mayor le dio una amistosa palmada en la espalda al pequeño y cogió otra flecha del carcaj.

No muy lejos de allí, en una de las múltiples alcobas del castillo, Fidelia abrió los ojos.

Lo primero que vio fue una melena morada sobre ella. Lo segundo, unos ojos tan verdes como una esmeralda recién pulida. Casi podía verse reflejada en ellos. Se incorporó.

—Me alegra que despiertes —le dijo el hada—. Estaba preocupada.

Fidelia se acordaba de ella. La había visto en la corte iridiscente y, más tarde, en su propio castillo, cuando Elvia llegó. ¿Cómo iba a olvidar la forma que aquella hada tenía de abrasarle con sus pupilas?

—Soy Eileen —se presentó.

—Te recuerdo —susurró la princesa. No le salía la voz.

A duras penas tragó saliva. Sentía la garganta seca. Eileen se percató y le acercó un vaso de agua que había colocado en una mesita auxiliar. La joven lo cogió y lo posó en sus labios, sintiendo la frescura del líquido. Cuando estuvo saciada, dejó el vaso en su sitio y miró a la feérica.

—¿Has estado cuidándome? ¿Cuándo llegaste?

Eileen sonrió.

—Anoche. Tu doncella y Elvia también han velado por ti.

Fidelia parpadeó, extrañada por la familiaridad con la que la recién llegada se dirigía a ella, pero no molesta. En realidad, era agradable que alguien le hablase de esa manera, como si no importara que fuera la hija del rey.

—Gracias —fue lo único que se le ocurrió.

—De nada.

—¿Te han contado...?

—Sí, y saberlo ha hecho que sea más fácil curarte. —Hizo una pausa—. Admito que me resulta inesperado que mantengas un idilio con alguno de los criados del castillo.

—No tengo ningún idilio —aclaró Fidelia, acomodándose y agachando la cabeza.

—¿Entonces?

—Había algo entre él y yo, pero no era... sentimental.

¿Por qué le estaba contando aquello?

—Entiendo.

—¿Lo entiendes? Sé que las hadas sois distintas para estas cosas.

—No todas.

Eileen cubrió con su mano la de la princesa y esta sintió su piel arder, y no por la fiebre, ya remitente. La feérica la miraba con dulzura e intensidad, lo que hacía que Fidelia se sintiera vulnerable, una sensación a la que no estaba nada acostumbrada.

Quizá lo apropiado fuera apartarse, guardar las distancias, pero había algo magnético en el tacto de su piel, algo que le atraía... ¿Qué estaba pasando? No tenía nada que ver con que fuera un hada, pues no era la única con la que se había cruzado... Su rostro tan enigmático, tan mágico, era de una belleza casi dolorosa.

El ujier de cámara entró entonces para anunciar que la cuñada de su majestad deseaba ver a su sobrina.

Constanza irrumpió en la estancia de repente y Fidelia se puso tensa, pero Eileen no se contrarió. Se limitó a alejarse despacio antes de dirigirse a la recién llegada:

—*Lady Constanza* —saludó.

—Eileen —respondió ella con calma. Llevaba la melena roja recogida en lo alto de la cabeza, dejando que algunos mechones cayeran uniformemente sobre su nuca. Su porte regio era tan imponente como su mirada—. No sabía que estuvierais vos haciéndoos cargo de la salud de mi sobrina.

—Para eso estamos.

Una sutil pero efectiva forma de reivindicar la importancia de una colaboración entre humanos y feéricos. La comisura izquierda de Constanza se elevó en un intento poco exitoso de sonreír.

—¿Qué crees que ha ocasionado esta indisposición, Fidelia? ¿Alguna idea?

La joven tragó saliva.

—Tal vez comiera algo en mal estado. No lo sé.

—No lo sabes. Bueno, esperemos que no sea contagioso.

—Ya me encuentro mucho mejor, tía.

—Me alegro. He estado preocupada. —La frialdad de su voz traicionaba el significado de sus palabras—. Solo quería recordarte que tenemos una conversación pendiente. Ven a verme en cuanto estés bien del todo.

—Lo haré.

Constanza asintió, le echó un último vistazo al hada y se marchó.

—Una mujer interesante —comentó Eileen.

—Es algo altiva, pero tiene buen corazón. Se pasa la vida velando por mi madre.

Justo entonces llegó Brígida.

—Oh —murmuró la doncella al verla—. ¿Habéis relevado a Elvia?

—Así es. Y he conseguido mejorar considerablemente el estado de su alteza.

La doncella se acercó corriendo a su señora y la miró con angustia, sin creerse que estuviera del todo recuperada. Y no lo estaba; todavía debía reposar durante unas horas, pero mostraba una mejoría nada desdeñable.

—Muchas gracias. Podéis marcharos si lo deseáis; ya hemos abusado demasiado de vos —dijo Brígida.

Eileen hizo una grácil reverencia y se despidió de ellas tras dedicarle una larga mirada a la princesa, que fue incapaz de pronunciarse.

La Torre de los Lamentos

Después de escribir algunas reflexiones en su nuevo diario acerca de las inquietudes que sentía sobre si tenía un auténtico hogar o no, Elvia se asomó por la ventana para dejar que el aire puro la refrescara. Cerró los ojos y respiró profundamente, sintiendo la fuerza de la naturaleza a su alrededor.

Cuando volvió a mirar, advirtió una figura conocida que salía del castillo y atravesaba las murallas en dirección al bosque. Váldemar.

Elvia frunció el ceño. Era un poco pronto para que se fuera; todavía quedaban unas horas para el atardecer.

Ladeó la cabeza y barajó opciones. Recordó que la luna llena estaba cerca, pero no supo utilizar esa explicación para justificar que el príncipe abandonara el castillo tan temprano. Se decantó por preguntárselo directamente. Se subió a la repisa del ventanal y saltó al vacío, flotando casi al instante con la ayuda de sus alas. No tardó más de medio minuto en alcanzarle, ya en la ladera que separaba Bránvar de las montañas. Cuando Váldemar la vio descender desde el cielo, abrió los ojos más de lo habitual.

—Hola —saludó ella.

—Hola.

—¿Adónde vas?

El príncipe se la quedó mirando con contrariedad.

—¿Por?

—Curiosidad.

—Voy a revisar una cosa. Mañana hay luna llena y, como siempre, me toca encerrarme en un recinto seguro.

—Ah, algo me comentaron. ¿Puedo acompañarte?

Váldemar tensó la mandíbula.

—Si quieres...

Camaron durante unos minutos en direccin al bosque y, una vez arropados por las pesadas y altas copas de los rboles, Elvia le coment que haba accedido a los archivos que relataban con todo lujo de detalles la historia de sus padres.

—¿Y qu sientes? —pregunt el.

Elvia desvi la mirada.

—No sabra decirte. Es como si lo que pas fuera algo totalmente ajeno a m... Y al mismo tiempo siento que esa historia me pertenece.

—No estaras aqu si no fuera por ella.

—Lo s. No deja de ser chocante cmo algo que ocurri hace tanto y sobre lo que yo no tuve poder de decisin afecta a casi todos los aspectos de mi vida.

—Tenemos ms en comn de lo que pensbamos.

Se quedaron en silencio unos instantes.

—No somos enemigos, ¿no? —inquiri ella—. Aunque t pretendas que lo fuermos.

El prncipe se pas una mano por el pelo.

—Nuestros padres se odiaban. Nuestros pueblos se han odiado... Yo creí odiarte... Pero no lo hago. Esa es la realidad.

Elvia quiso sonreír, pero en lugar de eso lo miró como si lo viera por primera vez.

A lo largo de su vida, se haba enfrentado a varias personas que la despreciaban por ser lo que era, independientemente de su carcter, su voluntad, sus sueos o sus miedos. Váldemar era el nico que tena derecho a despreciarla y, a pesar de todo, acababa de decirle que no lo haca.

—¿Por qu? —se atrevi a preguntar con un hilo de voz.

Váldemar evitaba que sus pupilas se encontraran. No se senta cmodo hablando de s mismo, exponiendo sus emociones.

—Entendí que estamos en el mismo bando. Somos vctimas de un enfrentamiento que no empezamos. El nombre de tu madre siempre me ha inspirado rencor... Mucho. T eres lo que queda de ella y por eso sentí aversin hacia ti, pero t no la sentiste por m o por mi familia. Y si la sientes, la reprimes por un bien mayor. Es digno de elogio.

—Tu reaccin era normal, Váldemar. Mi madre fue desmedida.

—No es necesario que te pongas en su contra para contentarme.

—No lo hago por contentarte.

—¿Y por qu, entonces?

Elvia tragó saliva.

—Da igual. ¿Adónde vamos?

Un breve silencio.

—A la Torre de los Lamentos.

Fue reconfortante comprobar que el príncipe no insistía en el asunto de su madre. Denotaba cierta sensibilidad por su parte.

—¿Qué es eso? —preguntó la joven.

—El lugar donde me encierro las noches de luna llena.

No tardaron mucho en llegar. La torre en cuestión se alzaba en medio de un apacible claro. Sus paredes de piedra estaban parcialmente recubiertas por una enredadera salpicada de flores blancas. Junto a una enorme puerta de madera robusta había una escalera vertical transportable.

—Es bonita —comentó Elvia, contemplando la construcción.

—Y vieja.

Él introdujo una pesada y antigua llave en la cerradura y abrió. El interior de la torre era muy extraño, pues les recibió un vacío, una habitación que se había excavado en el interior de la tierra y cuyo suelo estaba a varios metros de la puerta. La única forma de bajar era utilizando la escalera. Al menos, así era para los humanos corrientes. Mientras que Váldemar descendía con cuidado desde la entrada, Elvia dio un salto y flotó hasta el suelo. Las paredes estaban salpicadas con plata en polvo.

—Aquí es donde permanezco durante la luna llena. Es lo más seguro. Si lograra escapar, iría a Bránvar y sembraría el caos, así que es preferible que me quede aquí.

Le contó que, en una ocasión, encontraron la cerradura forzada y la puerta entreabierta; tuvieron que arreglarlo de inmediato y a toda prisa, puesto que faltaba poco para la salida de la luna. Fue una suerte que detectaran el desperfecto a tiempo. El príncipe también le explicó que el procedimiento de esas noches consistía en acudir a la torre acompañado por un guardia del castillo que se encargaría tanto de retirar la escalera como de cerrar con llave. No se quedaba a vigilar, el olor de la carne humana enloquecía todavía más al animal, así que Váldemar permanecía allí solo y en silencio hasta que se transformaba.

—Existen tres llaves —expuso el príncipe—. Una la tengo yo; otra la tiene Bélicar Caiss, el capitán de la guardia, que es quien la guarda durante todo el mes antes de dársela al subordinado de turno, que la necesita tanto para dejarme entrar como para dejarme salir. Y la tercera la tiene mi padre, aunque no es más que un repuesto.

—¿Y la tuya la llevas siempre encima? —preguntó Elvia.

—No. Suelo dejarla en mis aposentos.

Ella asintió.

—Veo que os lo tomáis muy en serio.

—Toda precaución es poca.

—Pero el lobo intenta salir de todas formas, ¿no?

Váldemar agradeció que se refiriera a su parte de lobo como si se tratara de un tercero, como si no tuviera nada que ver con él.

—Sí. No puede resignarse a esperar, a dejar que la noche pase. Su sed le ciega y se desvive por salir, pero nunca lo ha conseguido. Y esperemos que no lo haga.

La feérica se acercó a la pared y pasó el dedo índice por la superficie.

—¿Y la plata es necesaria?

—Hace que la bestia se lo piense dos veces a la hora de escalar. No es mortal si no se le mete en la sangre, pero el roce escuece.

Elvia asintió, pensativa.

—Imagino que amaneces lleno de heridas.

El rostro de Váldemar se ensombreció.

—Es el precio a pagar por la seguridad de los demás.

Era duro. Cuando el lobo se apoderaba por completo de su ser, Váldemar quedaba relegado a un segundo plano y, aunque no podía controlar sus impulsos ni dirigir su cuerpo, a veces su lado racional era vagamente consciente de lo que sucedía. La condición de espectador impotente era una tortura psicológica soportable solo para unos pocos. El príncipe parecía ser uno de ellos, aunque no salía indemne.

No merecía aquel castigo. Elvia sintió dolor. Un pinchazo en el corazón, una fuerza que le oprimió durante unos segundos. Cuando se recuperó, miró al hijo del rey y sintió un tirón en el pecho.

—Bueno —murmuró—, ¿está todo en orden?

—Sí. Sigue pudiendo contenerme. Y la puerta se mantiene fuerte, así que estupendo.

—Si la puerta se quedara abierta, ¿podrías saltar hasta ella siendo un lobo?

—Sin problemas.

—Es una distancia considerable...

—Un licántropo en su forma lunar no es como los demás lobos. Es mucho más poderoso.

Elvia lo sabía, pero era difícil imaginarlo. Ya había visto a Váldemar en su forma animal y había podido percibir la magnitud de sus capacidades, que se desataban cuando la luna brillaba en todo su esplendor.

—Y ahora ¿qué? —preguntó una vez en el exterior.

Váldemar cerró la puerta con llave.

—Voy a quedarme por aquí. Para cuando hayamos vuelto, habrá dado comienzo el crepúsculo, así que es mejor que aguarde cerca.

—Vale, pues me quedo contigo.

—¿Para qué? ¿Charlar?

Empezaron a caminar.

—¿Por qué no? Mmm, ¿qué opinas de la guerra civil verélica? He leído mucho sobre el tema desde que estoy en la corte y me parece muy interesante.

—No lo sé, ¿qué se puede opinar sobre eso?

—Audeval y Myrendul, por ejemplo. Debieron de ser personas fascinantes. Su relación de amor era de lo más peculiar, no por ello menos sincera, aunque amarse no les hizo pensar igual. Ninguno dejó de lado sus ideas para contentar al otro, y eso provocó la guerra. Tiene los rasgos típicos de las leyendas populares.

—Han surgido muchos mitos en torno a la guerra. Era la literatura que más me gustaba cuando era pequeño. Incluso hoy sigo leyéndola de vez en cuando.

Hablaron de los cantares que narraban grandes gestas llevadas a cabo por personajes nacidos entre la ficción y los hechos, de los sacrificios de los héroes y los logros de quienes fueron juzgados como villanos.

Elvia pasó a contarle detalles de su propio folclore, como las teorías que afirmaban que las primeras hadas del mundo habían sido tan diminutas que convertían en camas las hojas caídas del otoño. El paso del tiempo les había hecho cambiar de aspecto poco a poco, de forma imperceptible...

—Historias, vamos —concluyó Elvia—. Puedes creerlas o no.

Un conejo asomó la cabecita entre dos pequeños matorrales no muy lejos de allí y los observó con cautela.

—Vaya, un espía —comentó ella, divertida.

—No se acercará más —aventuró Váldemar.

—Perdona, pero yo siempre he tenido una conexión especial con los animales; tu condición de licántropo no va a echarla a perder.

—¿Y eso por qué?

—Porque lo mío es un don innato y lo tuyo..., bueno, no lo es. Hay más fuerza en mi talento que en tu maldición.

Elvia extendió una mano y, tras unos instantes de vacilación, el conejito se acercó para que le acariciara el suave pelaje gris.

Váldemar entrecerró los ojos.

—Es... raro. Los animales perciben peligro cuando están cerca de mí. Los que me conocen más solo se inquietan, pero los otros huyen. ¿Haces que dejen de sentir ese miedo?

—No, es un poco más complicado. Sigue sintiendo la amenaza que el lobo que hay dentro de ti supone para él, pero también nota que mi naturaleza me haría protegerle. Así que corre el riesgo.

—¿Lees su mente o algo por el estilo?

—No.

«Pero a ti sí», quiso añadir. No había olvidado el episodio en el bosque de Limbria, el eco de los pensamientos del príncipe en su propia cabeza. Todavía estaba buscando una explicación para eso y creía tenerla, pero deseaba comentarla con alguien que pudiera entenderlo. Quizás acabara haciéndolo con Eileen.

El sol besó las montañas, señal inequívoca de que faltaba poco para que anoheciera. Todavía había luz, pero era preferible marcharse ya.

Se pusieron de pie y el conejo se perdió entre la maleza.

—No ha estado tan mal, ¿no?

Los labios de Váldemar se curvaron en una sonrisa sincera.

—Admito que no esperaba que las hadas tuvieran buena conversación.

—¿Y qué crees? ¿Que nos pasamos el día bañándonos en el río, peinándonos unas a otras y bailando entre luciérnagas?

—Exacto.

—Pues no son más que prejuicios, alteza. Hacemos otras cosas... Como tocar la lira, por ejemplo.

El príncipe soltó una lacónica pero genuina carcajada, y Elvia sintió algo similar a la calidez cuando el sonido de su risa alcanzó sus tímpanos.

—En fin, será mejor que me vaya —dijo ella.

—Hasta mañana.

Ella sonrió.

—Hasta mañana.

Le dio la espalda y se dirigió a la linde del bosque. Se habían alejado más de lo pretendido; habían llegado hasta la falda de las montañas. Elvia, a diferencia de sus congéneres, no tenía un sentido de la orientación infalible, pero se defendía. Estuvo a punto de recurrir a sus alas para elevarse por encima de las copas de los árboles y situarse, pero, justo cuando se detuvo

para hacerlo, vislumbró la claridad de la ladera. Aceleró el paso. En ocasiones volar era más cansado que emplear las piernas.

Entonces, por el rabillo del ojo, captó un destello. Se giró, curiosa, y vio un brillo intermitente descubierto por un moribundo rayo de sol anaranjado. Fuera lo que fuera que relucía así, estaba oculto por el manto de hojas que alfombraba la tierra, así que las removió en cuanto estuvo cerca. Lo que descubrió fue una pequeña pieza plateada. No tenía una forma concreta, aunque uno de sus laterales estaba afilado... Ladeó la cabeza y entornó los ojos.

¿Qué era?

Entonces recordó algo.

El hombre de La Olla Candente, el que regentaba una posada, había hablado de un recién llegado, un cazador.

«Este no es un cazador cualquiera. Se llama Danter Arrylar, es extranjero y tiene fama de ser uno de los mejores en su campo. Sus presas no son animalillos corrientes, sino ejemplares verdaderamente insólitos».

La llegada inesperada de Eileen, la enfermedad de Fidelia y el descubrimiento sobre la historia de sus padres habían mantenido su mente demasiado ocupada y no fue capaz de centrarse en lo que había oído, pese a lo mucho que había llamado su atención. Sin querer, había relegado la información a un rincón olvidado de su memoria.

Grave error.

Volvió a mirar el fragmento plateado, ahora consciente de que se trataba de la punta de una flecha.

Corrió.

No había corrido tanto en su vida, aunque pasaron solo unos segundos hasta que emprendió el vuelo.

El bosque no era demasiado grande y menos para ella, que se había criado en Álandor; estaba segura de poder recorrerlo en un lapso de tiempo corto, pero ¿y si eso no bastaba?

Tragó saliva y regresó al lugar donde había dejado a Váldemar, pero él ya no se encontraba allí.

Fue terriblemente consciente de que el sol ya se había ocultado por completo y la luz blanca de una luna casi llena era lo único que le permitía ver.

Sintió angustia y eso le hizo buscar con más ímpetu.

Oyó un aullido y se obligó a detenerse para cambiar de dirección. Su intuición la llevó a lo alto de uno de los precipicios que había junto al río,

entre montaña y montaña. De espaldas a ella, distinguió la figura de un hombre encapuchado vestido de cuero que sujetaba con firmeza un elaborado arco mientras apuntaba a un hermoso lobo blanco que le gruñía desde el borde, acorralado.

Elvia contuvo la respiración. Vio cómo los músculos de la mano del cazador se destensaban y supo que el disparo iba a llegar.

No pensó, no meditó, simplemente actuó. A la velocidad del rayo, cogió una piedra del suelo y la tiró a la espalda del individuo. Aquel desconcertante suceso le hizo desviar unos centímetros la trayectoria de la flecha, que en cuestión de un segundo cruzó el aire en dirección a Váldemar.

Elvia oyó el gemido de la criatura y, aunque sabía que el cazador se había vuelto hacia ella con intención de neutralizar aquello que le impedía hacer bien su trabajo, la joven no pudo evitar mirar al lobo. La flecha no se le había clavado, pero sí había mordido su piel en un roce doloroso y desafortunado. La mancha carmesí sobre su pelaje lo confirmaba.

En cualquier otra circunstancia no habría sido nada grave, pero era un arma de plata lo que le había herido.

Las pupilas de Váldemar encontraron las suyas antes de que perdiera el conocimiento y cayera hacia el lado mortal del precipicio.

Elvia, sin mirar siquiera al cazador, corrió y se lanzó al vacío, haciendo una pirueta que la envolvió en sus propias alas para que estas no ralentizaran la caída.

Alcanzó el cuerpo del animal cuando estaban a un par de metros del agua. Desplegó las alas para evitar el golpe, pero fracasó; había tardado demasiado, aunque sí logró que el impacto fuera menor, y fue aquel choque lo que activó la transformación del lobo, que en cuestión de segundos pasó a ser un hombre de nuevo. Elvia percibió la sangre en el agua. Al estar sumergidos, tuvo que hacer un gran esfuerzo para que el cuerpo de Váldemar no fuera arrastrado a las profundidades por su propio peso. Por un momento, creyó que se la llevaría con él, pues no estaba dispuesta a soltarle, pero al final lo consiguió. Braceó hacia la superficie y boqueó para coger aire mientras nadaba hasta la orilla con un brazo y sujetaba al príncipe con el otro.

Una vez allí, lo colocó bocarriba sobre la hierba, desnudo como estaba después de la metamorfosis. Lo más probable era que la plata debilitara tanto a los licántropos que anulara la fuerza que les hacía falta para mantener su forma animal. Dañaba la parte más esencial de su ser.

Comprobó que seguía respirando y se sintió aliviada al ver que así era, pero la sangre de su hombro no era alentadora. Colocó la mano sobre la

herida y dejó que su energía le sanara. Sintió el cosquilleo de la magia sobre su palma, que resplandecía. Allí, rodeada de naturaleza, curarle resultaba sencillo.

Había llegado a tiempo. Se pondría bien.

Alzó la vista y escrutó los alrededores para comprobar que el cazador no estaba al acecho.

Empezaba a tranquilizarse. Se permitió aquel momento de relativa calma para observar el semblante sereno de Váldemar, sus facciones angulares, su cabello rubio, su barba de tres días, su nariz sobresaliente, su pecho desnudo, que ascendía y descendía, la zona abdominal...

No paró ahí. Sus ojos repasaron todo su cuerpo y se dio cuenta de que le parecía bonito, pero se le ocurrió que estaba violando su intimidad y volvió a concentrarse en la herida. Empezaba a anularse el rastro que la plata había dejado en su sangre, y eso precisamente activó la transformación de nuevo.

Y fue horrible.

Todo empezó con un ceño fruncido por parte del príncipe... Y luego llegaron los gemidos ahogados por el dolor que provocaba la piel estirándose, los huesos creciendo de golpe y desgarrando algunos músculos que una habilidad regenerativa muy avanzada repararía poco después. Hubo espasmos y quejidos. Finalmente, cuando la presencia del lobo fue total y absoluta, Váldemar pudo dormir.

El efecto de la plata

El lobo abrió los ojos y el dolor que vino con el despertar fue tan intenso que se puso a la defensiva y gruñó a lo que fuera que estaba a su lado... Hasta que se dio cuenta de que era Elvia, arrodillada junto a él.

—Tranquilo —susurró.

¿Qué estaba haciendo allí? ¿Qué había sucedido?

Aún no había amanecido...

De pronto, recordó al cazador y cómo este le había seguido sigilosamente por la montaña, sin querer perseguirle, pues había esperado a que él mismo se acorralara para salir a su encuentro y apuntarle con aquella flecha de punta mortífera. Su memoria rescató la imagen de Elvia tras el cazador, cogiendo algo del suelo para lanzárselo después.

El impacto de la flecha todavía ardía en su piel, un eco. Ahora estaban en una rivera, y todo aquello había sucedido en lo alto de un acantilado. ¿Cómo...?

—Caíste por el precipicio —le contó ella como si acabara de leerle la mente—. Yo fui detrás de ti y conseguí atraparte en el aire, aunque no evité que cayéramos al agua. Ahí te convertiste en humano y pude sacarte para curarte con mi magia. Después, volviste a transformarte en lobo.

Váldemar contuvo la respiración, abrumado. No podía creer lo que le estaba contando... Y, sin embargo, tenía sentido. Elvia estaba allí, a su lado, y ya apenas sentía molestia en el hombro.

«Gracias», pensó, y lamentó no poder decírselo con palabras.

Ella sonrió.

—De nada.

¿Acababa de responderle? ¿Cómo era posible? La feérica se dio cuenta de su confusión y se apresuró a explicarlo:

—No tengo telepatía con ningún ser vivo; también yo me sorprendí cuando oí tu voz por primera vez en mi cabeza. Fue en Limbria, cuando me atacaron esos tres malnacidos y tú me ayudaste. Oí tu voz con tanta claridad como oigo la mía ahora.

«¿Qué? ¿Y por qué no me lo dijo antes?».

—Quise hacerlo, pero todavía no entiendo qué es lo que pasa exactamente, no sé explicarlo.

Estaba claro que tendría que aprender a dirigirse a ella con sus pensamientos. Era una sensación muy extraña, pero no necesariamente desagradable. Le ayudaba a no sentirse tan solo.

«¿Cómo supiste que estaba en peligro?».

Elvia suspiró.

—Fue suerte. Encontré la punta de la flecha en el suelo y... Bueno, el día antes, en la ciudad, escuché algo sobre la llegada de un cazador. No pude pensar mucho en ello por una serie de asuntos que tuve que atender sin descanso... Lo siento mucho, Váldemar, tendría que haber sabido anticiparme...

Él se sintió conmovido al ver a Elvia tan preocupada y pesarosa por lo que había pasado. Que le pidiera disculpas era ridículo.

«Elvia, ya has hecho mucho viniendo a tiempo y sanándome después».

—No podía darte la espalda.

Elvia se rindió al impulso de acariciar el cuello del animal y Váldemar sintió sus dedos hundiéndose en su pelaje. Un escalofrío recorrió su espina dorsal.

A pesar de que la luna brillaba con una intensidad inusual, él se sentía relajado e incluso débil. El efecto de la plata aún duraba.

Elvia insistió en quedarse con él toda la noche por si el cazador todavía andaba por ahí.

Engaño descubierto

—Un cazador, padre —estaba diciendo Félix—, un cazador que ha atentado deliberadamente contra los Terrafil.

Váldemar aguardaba detrás de él, serio y paciente. Le había contado a su hermano lo acontecido la noche anterior y este había visto necesario actuar en consecuencia. El rey debía reaccionar.

Junto a él estaban sus dos fieles consejeros, Teobaldo Málebran y Luciano Mortier. El primero alzaba una ceja con escepticismo; el segundo se mostraba preocupado.

—¿Y si no sabía que ese hombre lobo era el príncipe? Por lo que sabemos gracias a la embajadora y a su afinado oído, se trata de un extranjero, ¿no?

—Con todos mis respetos, majestad —intervino Luciano—, dudo mucho que las... circunstancias extraordinarias que envuelven a vuestro primogénito no se conozcan en otros reinos. Y, aunque así fuera, es del todo inverosímil que alguien pase por Myrendul y no se entere.

Duras palabras que hacían que Saveiro recordara que, con toda probabilidad, los demás gobernantes se reían de él... o le compadecían, que era peor. Apretó los puños.

—Deberíamos pensar con frialdad —intervino Teobaldo—. Quizás ese cazador solo se estaba defendiendo.

—Me di cuenta de su presencia en cuanto lo vi tensando un arco en mi dirección —replicó Váldemar, mordaz.

—Disculpadme, alteza, no estoy insinuando nada, pero ¿podemos culparle por querer enfrentarse a una criatura que él y medio mundo creen peligrosa?

—Cuidado, Teobaldo —advirtió el rey.

Su consejero se encogió un poco ante la dureza de la voz de su soberano.

Saveiro entendía lo que estaba insinuando: Váldemar era una amenaza para la sociedad y darle caza sería considerado un acto de valentía y heroísmo en otras circunstancias. Tradicionalmente, las criaturas como él habían sido perseguidas y aniquiladas, no sin cierta razón. Pero él no era un licántropo más. Él llevaba su apellido.

—Padre —insistió Félix—, las leyes exigen que, como mínimo, se arreste al individuo y se le interrogue.

Tenía razón. El extraño había atentado contra la vida de un miembro de la familia real, y que fuera o no consciente de ese dato resultaba irrelevante; el hecho en sí era demasiado grave como para valorar si sus conocimientos habían sido determinantes. Una actitud inconsecuente por parte de la familia real de Myrendul cuando se veía atacada les haría parecer débiles a ojos de los demás, como si no fueran lo bastante importantes para que hubiera represalias.

—Muy bien —resolvió el monarca—. Desde este momento, ese cazador está en busca y captura. Luciano —llamó, y el aludido se cuadró delante de él—, encárgate de difundir la información y hacerla llegar a puertos y fronteras. Teobaldo, ocúpate de dirigir la búsqueda.

Ellos asintieron y salieron del despacho dispuestos a cumplir las órdenes de su rey.

Después, miró a sus hijos.

—Podéis marcharos.

Félix asintió, complacido.

Váldemar le lanzó un último vistazo.

—Sé que no lo haces por mí. Aun así, gracias.

Saveiro no le rebatió.

Con ayuda del hada Eileen, la princesa se había recuperado pronto y sin contratiempos. Aquella feérica... Había algo extraño entre ambas, Fidelia lo sabía. Le gustaba. Le parecía hermosa y su forma de hablar, de mirar, era como un hechizo. Similar a lo que había sentido por Rory al principio... Solo que esta vez resultaba menos volátil.

Las ideas que surcaban su mente eran confusas, contradictorias... Suspiró y sacudió la cabeza, concentrándose en lo que debía hacer. Su tía había sido contundente: tenían que hablar.

Tres palabras terroríficas.

La encontró en sus aposentos, bordando junto al fuego. Lo más probable era que Genoveva estuviera durmiendo y por eso se había permitido abandonar el torreón. El reflejo de las llamas arrancaba destellos rojizos de su cabello.

—Tía, ¿querías verme?

La mujer alzó la vista de la tela y le sonrió.

—Sí, ven, siéntate.

Fidelia obedeció, acomodándose en una silla que había frente a ella. Observó por un momento un cuadro que había en la pared y que perteneció a su abuelo materno. Era un retrato de uno de sus antepasados.

—Sabes que tu padre estuvo a punto de morir, ¿no? —empezó Constanza—. Todavía no se ha quitado esa sensación... La certeza de que un día se irá, sin más.

Fidelia se removió incómoda en su asiento.

—Pero ya está mejor.

—Nada es para siempre. La cuestión es que estar tan cerca del final le hizo pensar. No en él, sino en sus hijos, que sois lo que más quiere.

—A dos de tres —concretó Fidelia.

Constanza exhaló un suspiro que difuminó con una sonrisa forzada, como si quisiera restarle importancia a lo que su sobrina acababa de decir.

—Le preocupas tú, Fidelia —anunció con calma—. Tu futuro... Por eso ha pedido que dispongamos un matrimonio ventajoso para ti antes de que la Dama Negra se lo lleve. Quiere morir sabiendo que no te deja sola y desprotegida.

La princesa se cruzó de brazos.

—Algo me comentó...

—En tal caso, sabrás que la tarea ha recaído sobre mí, ¿verdad?

No, no... Las cosas estaban yendo en una dirección poco alentadora. La perspectiva del matrimonio siempre había estado en el horizonte, pero no podía ser que hubiera llegado el momento de considerarlo un asunto actual, algo de lo que ocuparse ya. Sintió un sudor frío cayéndole por la nuca.

—Tía, yo no quiero casarme —declaró en tono suplicante.

—No se trata de lo que tú quieras, pequeña.

—Es mi vida.

—No tienes potestad sobre ella.

—¿Y qué debo hacer, eh? ¿Casarme con algún joven de alta cuna a quien no le importe lo más mínimo? ¿Rendirme a una vida de sumisión e infelicidad?

Constanzaladeó levemente la cabeza.

—Es lo que se espera de las mujeres en general y de las princesas en particular, querida. Se entregará tu mano al hombre adecuado, alguien que tenga un patrimonio interesante; alguien cuya lealtad sea útil a la corona. Yacerás con él y le darás hijos para que perpetúe su linaje. Del tuyo se encargarán tus hermanos. Tu mellizo, al menos.

—Pero...

—Es tu deber, Fidelia —cortó tajantemente—. Sé que es duro...

—Tú no sabes nada —escupió la joven.

Empezaba a sentirse asfixiada, atrapada.

—Cariño, no cometas el error de pensar que estamos en bandos contrarios, porque no es así.

—Quieres que me case en contra de mi voluntad. Quieres que me entregue a un hombre al que con toda seguridad no amaré. Tú escogerás a ese hombre, a mi verdugo. Eso te convierte en mi enemiga, tía.

Ante las duras palabras de su sobrina, Constanza solo esbozó media sonrisa consternada.

—Olvidas que a mí también me prometieron cuando era joven, incluso más joven que tú. ¿Crees que pidieron opinión? No, escogieron a un candidato y me abandonaron a él.

—Pero acabaste amándolo, todo el mundo lo sabe. Se cuentan historias sobre lo enamorados que estabais.

—Sí —admitió la mujer—, sí, hice un buen trabajo con eso.

Fidelia frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—A lo que se cuenta sobre Saen y yo. Lo considerado que era él con su prometida, lo mucho que ella le admiraba... Las noches de luna en las que bailaban en los jardines, con el latido de sus corazones como única melodía. Bellas historias, desde luego. Todas falsas.

—No..., no entiendo...

—¿Quieres saber cómo era la vida de prometidos de Saen Dálavis y Constanza Lagos? Yo te la contaré. Para empezar, ella nunca quiso casarse, ni con un marido escogido en su lugar ni con nadie, ni siquiera por amor. El amor romántico nunca fue más valioso que la libertad. En eso te pareces a mí. Pero, como te está pasando a ti ahora, yo también tuve que lidiar con un padre que quiso casarme. Debía hacerlo para que mi marido pudiera encargarse legalmente de nuestras tierras, ya que mi padre no tuvo hijos varones y su primogénita iba a convertirse en reina. Así que a mí me prometió a un noble

de una casa menos antigua que la nuestra, pero muy próspera. Saen Dálavis tenía fama de ser un excelente guerrero y su complexión grande sugería que era verdad. —Hizo una pausa y sus ojos se perdieron en la lejanía de sus propios recuerdos—. Yo luché con él muchas veces. —Fidelia escuchaba atenta, sin moverse. No quería interrumpir a su tía. No se atrevía. Constanza prosiguió—: Nuestro matrimonio se arregló en invierno y acordamos que la boda sería a finales de primavera. Así pues, y hasta que llegara el feliz día, nuestras familias consideraron oportuno organizar encuentros entre los novios, darnos intimidad para ir conociéndonos y congeniar. Acondicionaban unos aposentos donde poder charlar y jugar a las cartas, y ellos se iban de caza o disfrutaban de una tarde de tiro con arco en los jardines. Aquello fue idea de mi padre... Sabía lo duro que me era renunciar a mi independencia y creyó que conocer a mi futuro esposo antes de la boda lo haría todo más fácil. —Constanza no había alzado la voz, pero en ese susurro había mil gritos atrapados. Gritos del pasado. Gritos de auxilio. Su mirada perdida era el espejo de un alma dolida. Entonces, miró a Fidelia—. ¿Sabes a qué se dedicó Saen en la mayoría de esos encuentros privados?

Fidelia negó despacio con la cabeza, entre asustada y apenada por lo que preveía que su tía le iba a contar. Los ojos marrones de Constanza brillaban intermitentemente.

—En el mejor de los casos, me violaba sin añadir más violencia de la que el acto supone. A veces me golpeaba. No sé muy bien por qué... Supongo que era un recordatorio. Una forma de decirme que yo no podía desafiarle, ya que siempre me resistía. Creo que incluso le proporcionaba cierto placer. Me pegaba en las piernas y en la espalda. Nunca en la cara. Engendré un par de hijos de los que tuve que deshacerme antes siquiera de que nadie pudiera notarlo. Ingerí brebajes de dudosa composición y cuestionable procedencia, pero me valían, aunque me hacían vomitar y sangrar durante días. —Calló un momento—. Sin duda, hoy en día los hacen de mejor calidad.

Fidelia tragó saliva, dolida por el mordisco de aquella indirecta.

—¿Nunca pensaste en contárselo a tu padre? —preguntó con disimulo.

—Lo pensé, claro, pero no me atreví. Por un lado, no quería que hubiera tensiones entre los Dálavis y nosotros. Quizás hubiéramos salido perdiendo, incluso siendo yo la cuñada del rey. Pero su majestad tenía tratos con los Dálavis. Tratos y acuerdos sobre armas y naves. Un rey puede prescindir del amor de su esposa y el respeto de su familia, pero no de recursos para la defensa del reino. Eso jamás.

»Por otro lado, no estaba segura de que mi padre fuera a apoyarme. Al fin y al cabo, hay normas que respaldan la actitud de Saen. Podía tomar de mí lo que quisiera porque era su prometida. Y, claro, a un hombre no se le pueden negar ciertas cosas... A ojos de la ley, mi martirio era preferible a su insatisfacción.

Fidelia comprendía bien lo que le contaba, pues sabía cómo funcionaban las cosas. Pero había algo que seguía siendo confuso.

—Y aun así, cuando te preguntaban sobre vuestra relación, tú afirmabas amarle —apuntó ella con los ojos entrecerrados.

—Sí, así es. Nunca puse una mala cara cuando oía su nombre en público. Ni siquiera cuando me tocaba bailar con él en algún banquete y colocaba su mano en mi talle, provocándome dolor al rozar un moratón del cual era responsable. ¿Sabes por qué? Porque desde el principio quise matarle y sabía que lo único que podía hacer para que la sospecha nunca recayera en mí era convertirme en la segunda víctima, en la persona más afectada por su muerte. Y así fue. Le lloré durante días. Pero por las noches, cuando nadie podía verme, me dormía con una sonrisa en los labios.

Un escalofrío recorrió la espalda de la princesa. Podía llegar a entender el comportamiento de su tía, pero un detalle la enfurecía.

—Dos hombres inocentes murieron por tu crimen.

—Así es —repuso Constanza sin inmutarse.

—¿Y sigues durmiendo con una sonrisa por las noches?

—La muerte de esos pobres hombres fue un daño colateral. Yo no podía saber lo que iba a suceder. Son cosas que pasan.

—Claro que podías saberlo. Saen Dálavis murió envenenado y los inculpados fueron los sirvientes de las cocinas del castillo; en concreto, el que preparó la copa de vino que acostumbraba a beberse por las noches y el que se la llevó a su alcoba. ¿Acaso eso no es previsible?

Constanza se quedó en silencio unos segundos. Luego se relamió los labios y dijo:

—Quizá lo fuera y no me importara lo suficiente. Siempre he tenido claro lo que quería. El trato que me dio Saen no endureció mi personalidad, solo hizo que me sintiera menos culpable ante la idea de querer librarme de él.

—Entonces, admites que lo habrías hecho aunque él hubiera sido gentil contigo...

—Sí, lo admito. Mi familia y mi libertad son las dos cosas por las que estoy dispuesta a hacer lo que sea necesario. Sin embargo, el tema del que estábamos hablando no era ese.

Fidelia quiso preguntarle por qué se lo había contado. Quiso preguntarle si no se sentía inquieta ante la posibilidad de que se fuera de la lengua y revelara el secreto. Pero era absurdo, porque no lo haría. Tal y como Constanza había dicho, no eran enemigas. Pero eso podía cambiar.

—Me casaré con quien yo elija, tía Constanza —resolvió—, si es que decido casarme.

—No tienes elección. Como princesa de Myrendul, tu deber es contraer matrimonio; nada te exime de esas responsabilidades.

—¿Cómo puede ser que tú, precisamente tú, me digas esto? ¿Acaso no gobiernas las tierras de la familia Lagos tú sola? No te has casado nunca y no ha pasado nada.

—Porque jugué bien mis cartas. Porque tenía cartas que jugar. Mi padre murió y yo no quedé a merced de nadie.

—Eso no es así. A nivel familiar, le debías obediencia al rey por ser el esposo de tu hermana; si conservas la soltería, es porque él nunca ha querido verte en unos brazos que no fueran los suyos.

Constanza empalideció, pero mantuvo el cuerpo rígido y una expresión inexpugnable.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque a veces tiene sueños y en ellos te ve a ti, no a mi madre. Pronuncia tu nombre cuando está dormido. Lo descubrí cuando estaba enfermo y me quedaba cuidándole.

La mujer alzó el mentón.

—Muy bien, pero los sentimientos de tu padre escapan a mi control. No puedes hacerme responsable. Yo jamás le he correspondido ni lo he pretendido. Quiero y respeto demasiado a mi hermana.

—Lo sé. Pero es curioso. Su amor por ti te protege, permite que permanezcas soltera incluso teniendo tierras que quedarán desamparadas cuando mueras. En cambio, su amor por mí le hace que quiera verme casada y con una familia.

—No te engañes, pequeña. No es su amor por mí lo que me evita el matrimonio: son sus celos. Y no es su amor por ti lo que hace que quiera casarte: es la necesidad de fortalecer vuestro linaje.

—Tal vez, pero eso no significa que no me quiera.

Constanza se levantó, se acercó a ella y le acarició el rostro con dulzura.

—Algún día aprenderás a desconfiar de los hombres. De todos.

La princesa estaba convencida de que aquella aversión hacia los hombres era fruto del resentimiento. Pero, después de lo que le había contado, ¿podía

condenar esa actitud?

—Hasta entonces —continuó—, me aseguraré de estar ahí cuando me necesites. La elección de tu futuro marido recae en mí, así que he procurado escoger a alguien con quien sea fácil llevarse bien. Alguien decente.

—¿Ya lo tienes?

—Sí, y vendrá dentro de unos días. Se trata de Elian Marantil, el príncipe de Audeval. Tu comportamiento deberá ser ejemplar.

—¿Cómo? ¿El príncipe de Audeval?

—Tu padre desea irse de este mundo dejando atrás más amigos que enemigos. Y, según mis fuentes, el hijo del rey Eberardo es alguien pesimista por naturaleza y pasivo en consecuencia, sin interés por las cosas importantes. Acabarás dominándole.

—Estupendo, podré dominar la vida de los demás, pero no la mía.

Su tía, que prefirió no añadir nada, pasó por su lado en dirección a la puerta y la abrió.

—Es todo —fue lo único que dijo.

—Tía —la llamó Fidelia cuando llegó al umbral.

Ella la miró, seria.

—¿Sí?

—¿Hay alguien de quien te fíes?

Sin pestañear siquiera, respondió:

—Lo hay. Se llama Constanza Lagos y es la única persona que no me ha fallado nunca.

Lo que subyace tras un impulso

—Puedo oír sus pensamientos. Es como si mi mente y la suya compartieran un canal, ¿sabes?

Se hallaban en una pequeña estancia con las ventanas abiertas, dejando que la brisa fresca les acariciara el rostro y captando la fragancia de los rosales de los jardines.

Eileen miró a Elvia con interés y concentración, intentando descifrar las claves del nuevo descubrimiento. Sin duda, se trataba de algo insólito, pero tenía más lógica de lo que parecía.

—Es posible que esté relacionado con tu madre.

Elvia entrecerró los ojos.

—¿A qué te refieres?

—Has heredado tus poderes de ella. Emberia también tenía una conexión animal muy potente, aunque no era su fuerte, pero sí es el tuyo. Y la parte animal de Váldemar es una creación de tu madre. Piénsalo.

—Tiene sentido.

La magia que hacía que el príncipe se convirtiera en lobo cada vez que la luz de la luna iluminaba la tierra había pertenecido a su madre, era fruto de sus poderes, y aunque ella estaba muerta, su legado persistía tanto en el lobo que había en el interior de Váldemar como en las habilidades feéricas de las que gozaba Elvia.

—Me pregunto si Emberia tuvo en cuenta esta posibilidad cuando lanzó la maldición —murmuró Eileen.

—¿Cómo fue? —inquirió la mestiza de pronto—. El día en que descubristeis lo que había hecho..., ¿cómo fue?

Eileen suspiró, pero, cuando acababa de separar los labios para hablar, la llegada de un tercero la interrumpió. El primogénito del rey entró en el salón privado que les había sido cedido a ellas.

—Van a arrestar a Arrylar —anunció.

Elvia había estado preocupada por el cazador y le inquietaba mucho la idea de que siguiera suelto, dispuesto a acabar con la vida de Váldemar.

—Pero tienen que encontrarle primero, ¿no es así? —dijo Eileen.

Váldemar asintió, nervioso.

—No parece muy probable que lo capturen antes de mañana —opinó Elvia.

—Si es listo, no intentará nada esta noche —alegó Váldemar.

—Alteza, con todos mis respetos, desconocéis las capacidades de ese hombre. Es posible que ya haya lidiado con licántropos durante la luna llena.

Váldemar la miró con una ceja alzada. El tono respetuoso que adquiría Elvia cuando le hablaba sin estar a solas le desconcertaba. Le parecía distante.

—De todas formas, estaré en la torre. Se construyó para proteger al mundo de mí, pero puede tener la función contraria.

—¿No habrá nadie vigilando?

—No. Nunca lo hay.

Elvia apretó la mandíbula con disgusto. Eileen juzgó oportuno cambiar de tema:

—Estaba a punto de contarle a Elvia cómo fue el momento en que la corte iridiscente descubrió que Emberia tenía un romance con un humano.

—Bien, os dejo, no quiero...

—Podéis quedaros —sugirió Elvia— si os apetece.

Váldemar la miró con una expresión enigmática y asintió, lo que Eileen consideró una señal para empezar a hablar:

—Emberia llegó a la Corte al amanecer, fingiendo naturalidad, engañando a todas respecto a su paradero la noche anterior. Estaba acostumbrada a ocultar esa información, pero en esa ocasión fue diferente. Cuando creía que nadie la estaba observando, quiso acariciar al unicornio de la reina para averiguar si las consecuencias que se contaban en las leyendas se aplicaban también a ella. Y así fue. El animal apartó el hocico bruscamente. Pude advertir en sus ojos la herida que provocó aquel rechazo. Y Norcia de Invierno también lo vio. E informó a la reina.

»Naturalmente, Emberia fue expulsada del Círculo y se le retiraron sus privilegios. Todo a lo que podía aspirar era a ser un hada más, una obrera. No se quejó.

—¿Emberia era miembro del Círculo? —preguntó Váldemar.

—Sí. Y, de hecho, se esperaba que sustituyera a la reina Sibyl algún día.

Elvia no dijo nada. Estaba sentada junto a la ventana, con las piernas subidas y pegadas junto su pecho, mirando el paisaje nublado que se extendía al otro lado. Podía imaginar la escena que Eileen acababa de describir. Podía ver la sorpresa e indignación de las hadas mientras Emberia se mantenía erguida, recordándose a sí misma que lo que había hecho merecía la pena.

—Siempre fue altiva y confiada —prosiguió la feérica—. Pero también justa..., a su manera. Por eso no nos sorprendió saber que ansiaba vengar la muerte de su amado. Pero sí nos desconcertó descubrir que el objeto de su ira había sido un bebé y no el propio rey. —Se encogió de hombros—. Supongo que una nunca llega a conocer del todo a otra persona.

El príncipe le echó un vistazo a Elvia, pero ella no se atrevió a mirarle.

—En fin —concluyó Eileen—. Voy a retirarme. Deseo descansar.

Váldemar asintió y Elvia sonrió con disimulo. Las hadas se cansaban en muy raras ocasiones, y su compañera no había vivido ninguna situación de fatiga. Quería dejarlos a solas.

El príncipe tomó asiento delante de ella.

—¿Habéis hablado de...?

—Sí. Es lo que sospechaba. Es la magia de mi madre lo que hace posible que te transformes por las noches. Y mi magia la he heredado de ella, por lo que en esencia es la misma. Eso me hace tener una conexión especial contigo.

Él asintió, reflexivo.

—Dulce ironía —musitó.

—Y tanto. A tu padre seguro que le haría gracia.

Váldemar esbozó una media sonrisa, divertido ante el humor ácido de la mestiza. Pero ella no parecía estar muy contenta.

—¿Qué te pasa?

—Nada —contestó, dejando escapar el aire que había estado reteniendo—. Solo pensaba en mi madre. Pero da igual, no quiero hablar de ello. He estado pensando que esta mañana, volviendo del bosque, me has dado las gracias por lo que ha pasado, como si de verdad me debieras algo, y lo cierto es que solo quedé en paz.

Una vez más, Váldemar decidió ignorar el tema de su madre. Pero no lo olvidaría. Si había algo que estaba carcomiendo a Elvia, algo que le hacía sentir mal, quería saberlo.

—Te refieres a lo que pasó en Limbria, ¿no?

—Sí. Y, además, tú saliste herido. Te arriesgaste demasiado.

—Por alguna razón, siempre soy yo el que acaba mal —bromeó mientras cruzaba las manos sobre la nuca. Al ver que Elvia no se contagiaba de su actitud, se puso serio de nuevo—. Escucha, creo que tú te enfrentaste a un enemigo más temible que los dos o tres rufianes a los que hice frente yo. Tuviste suerte porque no quiso pelear, y eso es algo que tú no sabías y aun así interviniste. —Suspiró y colocó una mano sobre el cabello castaño de Elvia. Después, la deslizó con suavidad hasta su cuello—. No te quites mérito.

Entonces sí, el hada sonrió, y ese gesto fue como ver un faro en la distancia tras varios meses de travesía. Váldemar quiso unirse a su sonrisa, pero apenas le temblaron las comisuras. Empezaba a entender qué era lo que subyacía detrás de aquel impulso.

La encontró en uno de los desvanes del ala oeste.

Uno de sus criados la había visto recorrer un pasillo con lágrimas en los ojos y había acudido al príncipe heredero para informarle. A Félix le interesaba saber si su hermana estaba bien o no; al parecer, en aquel momento no lo estaba, pues los sollozos se oían desde las escuetas escaleras de caracol.

La desolada estancia solo tenía un par de ventanucos en el tejado bajo y desvencijado. Guardaban ahí objetos de valor y reliquias de familia, así como obsequios caros pero inútiles, regalos de algunos nobles.

Los mellizos acudían allí cuando eran pequeños y habían hecho alguna travesura, o cuando no querían ir a la cena o a sus clases de protocolo. Váldemar no solía acompañarles, aunque conocía el escondrijo porque le habían invitado en múltiples ocasiones. Nunca dijo nada al respecto, ni siquiera cuando Saveiro le interrogaba. Hasta que, por supuesto, un día los encontraron.

Fidelia estaba apoyada en la pared, abrazada a sus rodillas, con la cabeza agachada y el cabello rubio ocultando su rostro.

—Deli —la llamó el príncipe, sentándose a su lado—. ¿Qué ha pasado?

Ella negó con la cabeza, incapaz de pronunciar palabra. Se secó las lágrimas y se esforzó por tranquilizarse. Cuando su respiración se reguló, le contó la charla que había tenido con Constanza —casi toda— y, al acabar, las lágrimas volvieron a resbalar por sus mejillas.

Félix torció el gesto y suspiró, apenado. Sabía qué difícil sería aquello para su hermana y no sabía bien cómo consolarla. Nada podía hacerse. Era su deber; es más, lo compartían. No faltaba mucho para que él se casara con Blanca Cáltrabas.

—Tienes que tener más entereza, Deli. Lo sabías prácticamente desde que naciste. Asumirlo como un castigo no te ayudará a sobrellevarlo mejor.

—¿Cómo puedes decirme eso? ¿Sabes lo que es tener que compartir el resto de tu vida con alguien a quien no has elegido?

—Claro que lo sé. A Blanca no la elegí yo. Es mucho más joven y tenemos pocas cosas en común; siempre me verá como el responsable de su infelicidad. Pero tenemos obligaciones, Fidelia, y hay que asumirlas.

Ella negó con la cabeza.

—No es igual. Tú podrás tener amantes, podrás hacer lo que quieras. Yo tendré que estar al servicio de mi marido, abandonar mi casa, abandonar... mi país. No podré cabalgar ni llevar pantalones ni ir a la ciudad disfrazada de plebeya. ¿Qué hombre permitiría que su esposa se comportara así?

—Fidelia...

—No, piénsalo. Piensa en mi noche de bodas. Piensa en mí sabiendo que mi esposo tendrá aventuras con otras mujeres mientras yo envejezco sola y encarcelada.

—Serás la hermana de un rey —recordó él—. No podrá tener según qué comportamientos y esperar que no sean una ofensa.

—No pienses en mí como princesa, piensa en mí como persona... No entiendo cómo padre puede hacerme esto.

—Es lo que considera mejor para ti.

—Me cuesta creerlo. Si tuvieras una hija, ¿querrías ese destino para ella?

A Félix le dolía ver a su hermana en aquel estado, tan frágil e impotente. Iba en contra de todo lo que ella era.

Pensó en Daliana, en cómo había tenido que renunciar a su vida por su condición de mujer casada, incluso a él. Pensó en el bebé que crecía en su vientre, en la posibilidad de que fuera una niña, en la idea de que pudiera ser suya...

—No, no lo querría —admitió—. Y si hubiera alguna forma de no empujarla a ese destino sin que fuera arriesgado, lo haría. Pero no sé si existe esa alternativa. Hay cosas más importantes que nosotros y lo que queremos. Cualquier intento de cambiarlo sería contraproducente, tanto para la familia como para el reino.

Fidelia negó con la cabeza, frustrada y en parte decepcionada. Conocía bien el espíritu pragmático y sensato de Félix, pues, como futuro rey de Myrendul, le habían educado para que lo tuviera y se agarrara a él con fuerza. Pero había esperado que, en ese momento tan íntimo, tan humano, dejara aquella faceta de lado.

—Supongo —murmuró ella, resignada.

—Siempre tendrás mi respaldo. Lo sabes, ¿no?

La joven tragó saliva.

—Lo sé.

Se dieron la mano con cariño.

Un bálsamo

Los esfuerzos de la corona por encontrar al responsable de la cicatriz que Váldemar lucía en el hombro no dieron sus frutos. Al menos, no el primer día de búsqueda.

El príncipe ya se había internado en el bosque en dirección a la prisión en forma de torre que retendría al lobo enloquecido por la influencia de una luna completamente redonda.

El nerviosismo de Elvia, que no dejaba de dar vueltas por la habitación, era más que obvio. La Torre de los Lamentos tenía una puerta. Una robusta y consistente puerta de madera... Pero ¿hasta qué punto podía detener a un hombre que dedicaba su vida a perseguir y dar caza a criaturas extraordinarias? Era probable que se hubiera enfrentado a retos más complejos.

Y nadie iba a vigilar la zona.

El rey alegaba que no podía obligar a sus hombres a correr ese riesgo, pues, aunque nunca hubiera sucedido, siempre existía la posibilidad de que Váldemar lograra escapar y arremetiera contra lo primero que encontrara. Meras excusas... La única verdad era que a Saveiro no le importaba la seguridad de su hijo, así lo veía Elvia.

Tendría que ir ella. Con aire distraído, miró la llave que había cogido de los aposentos de Váldemar. Lo había hecho hacía solo unos minutos. Qué fácil era colarse en según qué sitios cuando podías acceder a ellos desde los balcones.

Abrió las ventanas de su dormitorio y el viento frío que anunciaba la proximidad del invierno le acarició el rostro. Llevaba un vestido largo y aterciopelado con la espalda abierta. Alzó el vuelo, dejando las ventanas

cerradas detrás. Cuando estaba en el aire, un agudo aullido rasgó el cielo. Fue escalofriante y muy nítido. Le ayudó a tener clara la ubicación de la torre, lo que le hizo pensar que, para un cazador experto, aquello también había sido revelador.

Se apresuró.

Cuando se aproximaba a él y los aullidos penetraban con más fuerza en sus oídos, pudo sentir la ira y la sed de sangre del animal. La bestia en la que se había convertido Váldemar emanaba esas sensaciones con tanta intensidad que resultaban perceptibles para cualquiera con un poco de sensibilidad.

Pero algo ocurrió en cuanto puso los pies en el suelo, frente a la torre, cuya imponente silueta se recortaba entre los árboles y el cielo despejado y salpicado de estrellas.

El silencio fue total. Ni siquiera los búhos ululaban. Elvia tragó saliva y permaneció quieta. Cerró los ojos en un intento de concentrarse y captar las emociones que el lobo desprendía, pero se habían vuelto muy tenues. Demasiado tenues... ¿Qué significaba?

Se acercó más a la edificación y apretó la llave que había tenido todo el tiempo en la mano. Le asustaba entrar. Temía cometer un fatídico error. Pero le preocupaba que la furia creciente y desmedida de la bestia se hubiera acallado tan repentinamente y sin explicación.

Se le ocurrió que tal vez eran sus percepciones las que estaban fallando, pero enseguida supo que no se trataba de eso. Era otra cosa... Aguardó unos minutos más con la esperanza de oír al menos otro aullido.

Nada.

«¿Qué está...?».

Esa voz. Ese pensamiento... Váldemar.

Su corazón se detuvo al comprender qué era lo que estaba pasando. El lobo volvía a ser el de siempre, el que ella podía oír. Pero no, eso rozaba lo absurdo. La conexión que Elvia tenía con el lobo solo le permitía captar el pensamiento racional que este tuviera y que, naturalmente, pertenecía al príncipe. Pero Váldemar desaparecía cuando el influjo de la luna era tan poderoso. Así se lo había explicado él. Perdía el control de su cuerpo, el lobo se hacía más fuerte, ganaba la batalla y le desterraba de su propia mente, rindiéndose a una noche de irracionalidad y ansia animal.

No obstante, si eso era verdad, ¿cómo era posible que hubiera oído un pensamiento que no podía definirse como otra cosa que *humano*?

Ansiosa, introdujo la llave en la cerradura y abrió. La oscuridad fue su única receptora, pero pronto sus ojos se adaptaron a la penumbra. Gracias a

eso y al pálido y plateado resplandor que provenía del exterior, Elvia pudo ver al lobo, mirándola con esos ojos azules y tormentosos, tranquilo, con el cuerpo bajo, las orejas hacia atrás y con el hocico apuntándola. Elvia tenía demasiada experiencia y conocía demasiado bien la naturaleza como para saber que eso implicaba docilidad.

«¿Elvia?».

Ella lo miró con los ojos muy abiertos y los labios ligeramente separados. ¿Era posible que su conexión con Váldemar fuera más allá de saber oír al hombre dentro del lobo?

Ambos lo supieron sin necesidad de darle más vueltas.

Sí.

La presencia de Elvia resultaba apaciguadora para el animal. Era un bálsamo, un sedante.

Descendió hasta el suelo, flotando, sacudiendo grácilmente sus alas. Se acercó a Váldemar, tan grande, tan bello, y le acarició el hocico antes de sonreír con incredulidad.

«Eres capaz de ahuyentar a la bestia», le dijo él.

—Sí —asintió la joven, contenta—. Sí, eso parece.

«¿Cómo?».

—No lo sé. No lo controlo. Es solo mi... presencia.

Los ojos azules de la criatura sonrieron y el hada hizo lo mismo.

Para Váldemar era un alivio haber recuperado el control de su cuerpo y era muy consciente de que se lo debía a Elvia. Lo sentía. Era algo físico, como un tirón que lo llevaba a ella.

«¿Por qué has venido?».

—Me preocupaba que el cazador te encontrara. Le habría bastado con abrir la puerta y tener una ballesta preparada, ¿no?

Sí, siempre y cuando el virote tuviera la punta de plata. Además, entre aquellas paredes argénteas refulgiendo a su alrededor, no era todo lo fuerte que podía ser. Y menos teniendo en cuenta que, en su afán por escapar y devorar, el lado salvaje del lobo había arremetido contra los muros.

—¿Estás herido? —preguntó Elvia, alarmada.

Váldemar hubiera emitido un chasquido con la lengua si su anatomía se lo hubiera permitido. Aún no había aprendido a controlar el vaivén de sus pensamientos, pero tendría que hacerlo si quería evitarle a Elvia información innecesaria.

«No es nada».

—No mientas.

La mestiza le examinó concienzudamente un costado y vio que el peligroso polvo del mineral relucía en su pelaje. Empezó a sacudirle con cuidado para quitárselo y, poco a poco, la sensación de mareo que había invadido a Váldemar fue disipándose, aunque, en cuanto retomara su forma humana, más heridas quedarían al descubierto.

Elvia presionó sobre la piel de la criatura y dejó que la energía que latía en la tierra la atravesara hasta llegar a él y le sanara. El príncipe cerró los ojos y se concentró en sentir esa fuerza vibrante recorriendo sus venas.

—¿Mejor? —inquirió Elvia.

«Mejor».

—¿Cómo te sientes, exactamente?

«La bestia sigue en mi interior con toda su fuerza y toda su rabia... Pero no se deja consumir por ellas. No sé explicarlo».

—Bien. En cualquier caso, me voy a quedar aquí toda la noche.

Y eso hizo. Elvia se sentó en el suelo y Váldemar apoyó la cabeza sobre su regazo, tranquilo. Como licántropo, era un lobo más grande de lo habitual, pero no lo suficiente como para no poder acomodarse.

Conversaron durante horas, de todo y de nada, y apenas fueron conscientes de cómo pasaba el tiempo. La luna recorrió su camino en el firmamento y, cuando el sol empezó a despuntar por el este, se alegraron de que no hubiera habido ningún incidente.

El cazador

A pesar de lo importante que era el descubrimiento, decidieron no compartirlo con nadie. Al menos, de momento. Elvia era la única persona en el mundo capaz de mantener a raya el instinto feroz de Váldemar durante las noches de luna llena, y eso cambiaba muchas cosas, pero no estaban seguros de querer comunicarlo todavía. Temían precipitarse, que llegara otra luna llena y que las cosas fueran distintas. Así que acordaron que esperarían y, mientras tanto, sería su secreto. Ya tenían unos cuantos.

No obstante, ninguno de los dos pudo centrarse en ello, dado que esa misma mañana se anunció que Danter Arrylar había sido arrestado. Lo llevarían ante el rey, en el salón del trono, y le obligarían a explicarse. Todos los cortesanos estarían presentes.

Váldemar llegó de los primeros y se colocó junto a sus hermanos, a la derecha del asiento del rey, de pie, con ese porte regio y orgulloso que les habían inculcado. Saveiro se sentó y a su izquierda se situaron Teobaldo, Luciano y Constanza, con el rostro tan imperturbable y altivo como de costumbre.

Los nobles y aristócratas restantes se colocaron a ambos lados de la sala, dejando espacio en el centro.

Las embajadoras de la corte iridiscente fueron de las últimas en llegar y se mezclaron entre el gentío. Váldemar y Elvia compartieron una mirada cómplice. Ella llevaba un vestido verde y amarillo, con adornos de flores blancas decorando su melena castaña y brillante. Irradiaba una luminosidad de la que, como Váldemar sospechaba, solo él era consciente.

Se anunció la llegada de Danter Arrylar, escoltado por Bélicar Caiss.

El cazador entró con las manos esposadas y una desconcertante expresión de calma, dada su tésitura. Tenía la cabeza rapada y una mirada afilada como un cuchillo. Una barba incipiente ensombrecía su mentón, ya de por sí bronceado.

Cruzaron el salón hasta detenerse frente al trono y tanto el capitán de la guardia como el detenido hicieron una reverencia, aunque la actitud de Arrylar destilaba arrogancia.

—Majestad, he aquí el hombre que atentó hace dos días contra la vida del príncipe Váldemar. Se llamar Danter Arrylar y es originario de Travia.

Travia era un reino que estaba al este, grande, vasto y frondoso, con colonias esparcidas por varias tierras. Su monarca era conocido por sus excentricidades, y su poder y proximidad ponían a la península verélica en una situación delicada.

Saveiró suspiró y ladeó la cabeza con una ceja alzada.

—¿Sabes cuáles son las consecuencias de atacar a un miembro de la familia real de Myrendul? —preguntó.

El cazador se encogió de hombros.

—Es difícil decirlo —respondió con un marcado acento—. No se puede considerar traición porque no soy myrendulense.

—Tu procedencia es irrelevante. La casa Terrafil no deja sin castigo a quienes osan dañar su integridad.

—Majestad, ¿creéis de verdad que me habría atrevido a dispararle una flecha al príncipe si hubiera sabido que era él? Yo solo vi una enorme y feroz bestia que difícilmente podría haber relacionado con el hijo de un monarca.

Saveiro apretó los puños con tanta fuerza que se le pusieron blancos los nudillos. Aquel fue el único signo de enfado. Por lo demás, no parecía alterado, pero todos los que le conocían sabían que el cazador acababa de poner el dedo en la llaga.

—¿De verdad esperas que me crea que no sabías que el hijo del rey de Myrendul es un licántropo? Juraría que en los reinos vecinos se han hecho múltiples sátiras al respecto.

Danter esbozó una tenue sonrisa.

—Así es, pero uno no sabe cuánta verdad hay en esas historias tan descabelladas. Los hombres medianamente inteligentes dudan de lo que sale de la boca de los juglares.

—¿Y no se te ocurrió contrastar la información al venir aquí?

—Mi trabajo es dar muerte a ese tipo de criaturas, no investigarlas. Cuando llegué, me confirmaron que en la capital había un hombre lobo y eso

fue suficiente.

Su mentira era tan evidente que hablaba por sí sola. Admitirlo solo firmaría su sentencia, pero no resultaría revelador para nadie.

—Pues ese fue tu error, cazador. Tendrías que haber investigado un poco.

—Igual que vos, entonces.

—¿Cómo te atreves...? —saltó Teobaldo.

Saveiro alzó una mano y miró al prisionero con un brillo peligroso en su mirada parda.

—¿Qué es lo que has dicho?

—Su majestad ha investigado —intervino entonces Constanza—. Vos sois uno de los cazadores personales del rey de Travia y contáis con su favor. Su majestad lo sabe, lo que hace que este caso sea delicado, pero no os exime de las cadenas que os retendrán en los calabozos hasta que se resuelva el embrollo diplomático.

Saveiro miró a su cuñada con una expresión indescifrable y luego volvió a dirigirse al detenido:

—Poco más puedo añadir. Quedarás bajo la custodia de la corona hasta nuevo aviso.

Arrylar no parecía contrariado o asustado. Inclino la cabeza en una señal de fingido respeto y se retiró, acompañado por el capitán de la guardia y algunos de sus hombres. Los cortesanos empezaron a cuchichear y Saveiro le hizo una señal a su cuñada, que se acercó a él.

—Te debo una —le dijo—. ¿Cómo has sabido lo de su relación con el rey?

Váldemar, que lo oía todo, se sumó a la conversación antes de que su tía pudiera responder:

—Llevaba una inicial bordada en oro en su jubón —explicó—. En Travia solo el rey o personas de su confianza pueden lucir ese color.

Constanza sonrió.

—Vuestro hijo es avisado, majestad. Ha sido justo eso.

—No me había fijado en ese detalle, aunque conozco las costumbres travianas.

—Interrumpiros era mejor que dejar que siguiera subestimándoos, ¿no creéis?

Saveiro asintió.

—Desde luego.

Constanza se separó de él, hizo una reverencia y se marchó con un grupo de doncellas y damas de la corte.

Váldemar miró a su padre de soslayo y luego a Elvia, que le estaba comentando algo a Eileen. Se permitió el lujo de respirar con tranquilidad por primera vez en unos días, pues la luna llena había quedado atrás y el cazador ya no sería una molestia.

Lo peor había pasado.

O eso creía él.

Aliadas y enemigas

La colina del Menhir Gravado se situaba entre Bránvar y Álandor, al noroeste, junto al río. Estaba rodeada por unos cuantos árboles y, aunque la elevación no era gran cosa, la figura del menhir la hacía parecer más esbelta de lo que era. La mujer ató las riendas de su corcel a una rama y se acercó a la misteriosa silueta que había a los pies de la colina. Estaba agachada, con una mano en el arroyo.

—Constanza —saludó la extraña sin volverse—. Sabía que vendrías.

En cambio, ella no había estado tan segura.

Habían pasado alrededor de dos semanas desde que recibió la misteriosa carta escrita con caligrafía feérica, donde encontró una proposición... controvertida. La condesa le había dado muchas vueltas al asunto. Había barajado la posibilidad de que fuera una trampa, de que el mero hecho de ir allí la pusiera en una situación peliaguda. Pero, tras mucho reflexionar, llegó a la conclusión de que merecía la pena intentarlo.

Sin embargo, no se sentiría del todo segura hasta que no descubriera el rostro de su interlocutora.

—¿Puedo ver con quién hablo? —inquirió, fría.

La feérica se levantó y se giró hacia ella, pero llevaba una capucha que, jugando con las sombras de la noche, le ocultaba parcialmente la cara.

—Prefiero que no. Tú también podrías haber traído un atuendo más... discreto.

La mujer comprendió qué era lo que le pasaba por la mente a esa feérica. No se fiaba. Temía que Constanza fuera absolutamente leal al rey y hubiera aprovechado aquel encuentro para desenmascarar a una posible traidora entre las hadas. Quizás incluso había esperado que acudiera acompañada.

No iba a insistir. Ella también llevaba una túnica con la que ocultarse, pero ¿qué sentido tenía? El hada conocía su identidad, aunque se puso la capucha por precaución. No quería que un tercer par de ojos pudiera identificarla.

—Muy bien —dijo—. Habla. No tengo toda la noche.

—Directa y sin formalismos. Es refrescante comprobar que no todos los miembros de la corte son tan irritantemente falsos como parece.

Constanza esbozó una media sonrisa amarga.

—En cambio, tu actitud no me revela nada nuevo sobre tu raza. Solo me lo confirma.

El rostro ensombrecido del hada se crispó un tanto, pero fue algo muy leve.

—No me equivocaba. El desprecio que sientes por nosotras te ayuda a olvidar tus lazos políticos y hasta familiares; si no, no estarías aquí.

—Estás en contra de que hadas y humanos vuelvan a ser amigos, ¿no? Yo también, y estoy segura de que, por unas razones o por otras, a ambas nos motiva la voluntad de querer defender a los nuestros y procurarles justicia.

La imagen de su hermana postrada en una silla, sin espíritu, sin alma, convertida en una cáscara, reverberó en su memoria.

—Y ambas creemos que este encuentro nos ayudará a obtener lo que queremos, pero nuestros intereses son contrarios, así que una de las dos debe de estar equivocada.

—El tiempo lo dirá. ¿Y bien? ¿Qué tienes que ofrecerme?

El hada alzó la mano. Entre sus dedos corazón y pulgar, de uñas coloridas, sostenía un pequeño frasco con un líquido violeta en su interior.

—¿Sabes lo que es?

Sí. Lo sabía.

—Noctusombra.

—En efecto.

Se trataba de un veneno que solo podía elaborarse con plantas y flores que crecían en los Bosques Maravilla, y era muy difícil de hacer para un humano cualquiera. Las hadas dominaban su composición gracias a la multitud de conocimientos que atesoraban sobre el entorno en que crecían, pero no acostumbraban a elaborarlo. Había sido una de las armas principales durante la guerra civil verélica.

Constanza lo cogió.

—¿Qué quieres que haga con esto?

—¿De verdad me lo estás preguntando? Apostaría una de mis alas a que lo descubrirás tú sola, si es que la idea no está ya rondándote la cabeza.

Lo cierto era que a Constanza se le acababan de ocurrir un par de cosas que no tenían desperdicio y que servirían muy bien a sus propósitos, pero no quería precipitarse.

—Supongo que no volveremos a vernos.

—Si haces bien las cosas, nuestro próximo encuentro será en circunstancias menos... pacíficas.

En efecto, la feérica buscaba una guerra, y la buscaba porque el orgullo intrínseco en las criaturas de su especie le hacía pensar que su victoria era inminente. Estupendo. Constanza también ansiaba un enfrentamiento que determinara de una vez por todas quiénes debían someter y quiénes, ser sometidos. Y ella jamás jugaba partidas que no pudiera ganar. Guardó el frasco.

—Ahora todo depende de ti.

—Nos hemos aliado para destruir una alianza —comentó ella—. No deja de tener gracia.

—Prefiero reservar las risas para cuando esto termine.

Constanza no cayó en su provocación.

—Hasta entonces, procura disfrutar —concluyó antes de darle la espalda y montar en su caballo.

Cada uno

Fidelia dejó escapar un suspiro.

La emisaria de la reina de las hadas se fue cargada con las notas que había ido tomando Elvia, entre otros efectos personales. La princesa la había visto marcharse desde los matacanes de la muralla que rodeaba el castillo. Habían compartido una intensa pero fugaz mirada, y la joven sabía que no la olvidaría en mucho tiempo.

Por otra parte, el cazador traviano había sido encarcelado, aunque no parecía en absoluto turbado por lo que pudiera pasarle. La confianza en su rey le mantenía esperanzado, pero todavía pasarían unas semanas hasta que las cosas se aclararan, pues Travia estaba al otro lado del mar.

Félix se encontraba en la habitación de Genoveva para contarle las últimas novedades. Ella miraba distantemente por la ventana mientras una silenciosa doncella mecía su asiento con suavidad. Su hijo se había acomodado junto al fuego.

Le explicó que fue Elvia quien había salvado a Váldemar de la flecha de aquel extranjero apellidado Arrylar. Defendió la idea de que no podían condenar a toda una raza por los pecados cometidos por dos de sus miembros.

—Tanto Finoa como Emberia se equivocaron... Pero las demás no lo hicieron. Y solo son dos —dijo—. Me alegro de que padre haya entrado en razón. Debemos saber actuar en función de las necesidades de la gente y no movidos por el rencor o nuestras propias reyertas personales. Padre cometió ese error; ha sabido corregirlo, lo cual le hace más fuerte y más sabio a mis ojos. —Se acercó a ella y le colocó una mano en el hombro—. En ocasiones

me pregunto si haciendo esto... te estamos traicionando. Pero quiero pensar que tú estarías de acuerdo.

Naturalmente, no obtuvo respuesta; aun así, siempre había una pequeña parte de él que esperaba ser la excepción, ser la persona ante la que su madre recobraría la cordura.

Suspiró, apesadumbrado. Observó sus finos cabellos rubios, cada vez más pálidos. Su tez delicada, los párpados ligeramente caídos... A veces, cuando se quedaba tanto rato contemplándola, le daba la impresión de encontrarse frente a una desconocida. ¿Dónde estaba la mujer amable, aunque de mirada triste, que él había conocido? La que le enseñó a bordar mientras sus hermanos jugaban con espadas de madera. La que sonreía, pero cuyo rostro se ensombrecía cuando creía que nadie la miraba. En sus ojos cristalinos no había ni una chispa de vitalidad, solo sombras.

Le dio un dulce beso en la frente y se marchó.

Constanza se hallaba en sus aposentos, acompañada solo por el crepitar del fuego fundido con el repiqueteo de la lluvia y por el pequeño frasco de noctusombra que le había dado la feérica. Lo sostenía entre los dedos, con expresión severa, pero sus manos estaban crispadas por la indecisión.

Las cosas serían más sencillas si pudiera hablar de ello con alguien en quien confiara, pero no había nadie así en su entorno aparte de su hermana, y ella no le servía de mucho. Teobaldo era un buen peón, aunque no le seducía la idea de compartir con él un asunto tan delicado. Además, dudaba mucho que pudiera hacer una aportación realmente útil. Casi todo lo que decía eran ideas que ella ya había valorado antes.

En cambio, Genoveva siempre había sabido qué decirle. Tenía que aprender a prescindir de su favor... En realidad, estaba aprendiendo a la fuerza, no le quedaba otra, pero era exasperante comprobar que, después de tantos años, su mente todavía recurría a ella cuando tenía algún problema. Eso solo le hacía daño.

Se reclinó en el sillón y cerró los ojos, tratando de calmar la incesante jaqueca que le acosaba desde el amanecer.

Váldemar había revivido lo ocurrido una y otra vez, y todavía le costaba creer que Elvia tuviera el poder necesario para aplacar a la bestia que le sometía cada noche de luna llena. Se trataba de algo que nunca se había planteado y,

sin embargo, tan lógico... Pero lo más importante no era la capacidad para ayudarlo, sino la voluntad de querer hacerlo, y había demostrado ambas cosas.

Pensar en ella hacía que se le encendiera la piel, y ahora le convenía mantenerse frío. Se encontraba en las mazmorras del castillo, situadas en una de las edificaciones colindantes del conjunto de la residencia real. Danter Arrylar había solicitado verle y su majestad había accedido a su petición con el pretexto de que quizá lo que quisiera hablar con el príncipe fuera de importancia y pudiera cambiar el rumbo de aquel caso tan escabroso tanto para Myrendul como para Travia.

Le acompañaba Bélicar Caiss. El capitán se había ofrecido ante la evidente necesidad protocolaria de escoltar al primogénito del rey para llevarlo ante un convicto que había intentado matarle. Váldemar y Bélicar se llevaban muy bien, mejor de lo que la mayoría de la gente suponía. Es más, era él quien le había enseñado a luchar, y habían consolidado cierta complicidad, aunque no tenían una relación estrecha como tal.

—Si no queréis lidiar con esto, podemos hacer que dure poco, alteza —propuso Bélicar.

Váldemar negó con la cabeza.

—Estoy muy interesado en lo que sea que ese hombre tenga que decir.

El capitán no insistió más y siguió a su señor hasta el interior de los calabozos. La celda de Arrylar no era de las más angostas y estaba muy bien vigilada.

—Alteza —saludó él con la voz rasposa. Llevaba mucho tiempo sin hablar—. No creí que fuerais a venir.

—Sea lo que sea lo que tengas que decir —intervino Bélicar—, dilo. Somos personas ocupadas.

El preso se encogió de hombros con indiferencia.

—Muy bien. —Su aspecto sucio y vagamente demacrado por el frío y la humedad no parecía afectar a su estado de ánimo—. Solo quería saber qué hay de cierto en las leyendas y cantares que cuentan los juglares por ahí. Más allá de vuestras fronteras, majestad, la historia de que un hada despechada fue la que os maldijo está muy extendida. Aunque hay varias versiones: la feérica estaba loca, lo hizo comandada por su reina, le habían arrebatado a su amor... ¿Cuál es la correcta? Siempre he querido saberlo.

Váldemar se mantuvo firme, observando al preso con condescendencia y hostilidad.

—Seguro que hay versiones que suenan con más fuerza que otras —contestó.

—Así es, pero quiero tener al menos una confirmación fiable. Después de todo, si al final os doy caza, querré conocer la historia que hay detrás de la hazaña.

—¿Estás amenazando a su alteza real, escoria? —rugió Bélicar.

Váldemar alzó una mano para pedirle que se calmara, pero no apartó la mirada del cazador.

—¿Por qué asumes que existe tal posibilidad?

—¿La de daros caza? Bueno, es estadística pura.

—Estadística. Así que, aparte de cazador, también eres matemático.

—En absoluto, pero en mi profesión hay que tener ciertas nociones. Siempre que me he propuesto dar muerte a un ejemplar en concreto, lo he hecho. Unicornios, dragones, aves fénix... Incluso un leviatán. Una vez. Casi me cuesta la vida, pero mereció la pena.

—Es difícil dar muerte a esos animales en general. Si pretendes que sea un ejemplar en particular, pierdes mucho tiempo. No parece práctico.

—Por eso solo me pongo esas metas en circunstancias especiales. Y es posible que en vuestro caso lo hubiera dejado correr, de no ser porque soy muy consciente de que, si esa amiga vuestra no me hubiera distraído, lo habría logrado.

La referencia a Elvia le puso nervioso y el cazador debió de notarlo, porque esbozó el principio de una desagradable sonrisa.

—Os protegió bien, príncipe, porque yo no la esperaba. No creo que sea muy difícil hacerle frente. Si la memoria no me falla, es un hada; no son famosas por saber pelear. Además, las criaturas como ella también son especiales y únicas, y nunca he añadido ninguna a mi colección, lamentablemente. No me importaría empezar ahora y llevármela por delante si eso me acerca a vos, creedme.

El rostro de Váldemar se endureció. Esperaba no estar demostrando la cólera que ascendía por su garganta. «No te atrevas ni a mencionarla», quiso decirle, pero sabía que, si lo hacía, le daría a entender que tenía debilidades.

—Que pases buena noche —se despidió con acritud.

Arrylar se dejó caer de nuevo en el suelo mojado de la celda. A pesar de lo que pudieran pensar de él el príncipe y el capitán, no le había gustado mantener aquella conversación y no había disfrutado de las amenazas, aunque esperaba obtener detalles relevantes sobre su presa, información aparentemente inútil que sería importante cuando llegara el momento de enfrentarse a él otra vez. No quería perder de vista su objetivo.

Cumplirlo era de vital importancia para él.

Elvia escribía en su cuaderno, empeñada en registrar todo lo que había pasado en las últimas horas, incluyendo sus propios pensamientos y opiniones. Quizás algún día tuviera alguien a quien legarle aquello. Una amiga, un hada más pequeña a quien pudiera enseñarle cosas... A veces se sentía sola aun sabiendo que no lo estaba.

Pero esa sensación de incompreensión, de desencajar allá donde fuera, empezaba a desaparecer.

Y creyó conocer el motivo. Lo anotó.

Ahora creo que sé qué es lo que necesito para sentir que no estoy fuera de lugar. Sé por qué todo ha fallado siempre a mi alrededor durante estos veintiún años. Soy una mestiza. Feérica y humana a la vez, y esa combinación, curiosamente, me convierte en algo diferente, en algo nuevo, aunque distingo retazos de mi identidad en ambos bandos.

Nunca podré sentirme bien si las dos facciones a las que pertenezco están enfrentadas. Durante los días que Eileen ha estado aquí, en la corte de los Terrafil, he sido testigo de una combinación con la que sí podía sentirme cómoda. Muy cómoda. Ha sido como un hogar. Lo percibí la noche en que bailamos y los demás nos miraban. Era algo nuestro, porque solo las hadas sabemos cómo hacerlo, pero también era algo suyo porque solo ellos pueden disfrutarlo con la fascinación de quien observa lo inalcanzable.

Conozco la danza y sé desempeñarla, pero no la llevo a cabo con tanta gracia como mis hermanas y, en ese anhelo, siempre ha habido esa misma fascinación humana.

Cuando terminó, cerró el cuaderno con delicadeza. Ella era la embajadora de las hadas. Sobre sus hombros descansaba la responsabilidad de tender un puente entre ambos mundos. Hasta hacía poco, se había tratado de un deber para con los demás: los humanos que las necesitaban, las hadas con las que había crecido... Ahora se daba cuenta de que en aquella alianza encontraría algo que sería justo también para ella. Sobre todo para ella.

Saveiro dio una vuelta más en la cama, intentando que el movimiento no alterara demasiado la cómoda posición de las sábanas, aunque no lo

consiguió. Detestaba que su piel entrara en contacto con alguna parte fría de la tela.

Pensaba en su padre.

El rey Adelfo había sido algo más que su progenitor. Fue un ejemplo, un confidente. No había vuelto a conocer a nadie que le despertara la misma admiración y se preguntaba si él habría causado el mismo efecto en alguno de sus hijos. Félix era inteligente y observador, y no dudaba a la hora de pedirle consejo. Fidelia era un alma libre que, en el caos de sus emociones e ideales, necesitaba un punto firme al que agarrarse de vez en cuando. Eso era él para ella. Sentimientos muy loables, pero de ninguna manera comparables a la solemnidad con la que un joven Saveiro había mirado y aprendido de su padre.

Recordó aquella ocasión en la que leyeron juntos *El cantar épico de los reyes*, una serie de poemas que todos los príncipes myrendulenses y audevalís tenían el deber de conocer y descubrir a una edad temprana. Luego podían permitirse el lujo de recitar algunos versos en días señalados, como una boda o una coronación; dado que en la obra se trataban múltiples temas, no era difícil encontrar los adecuados.

Había querido repetir la experiencia con Félix, pero resultó que este ya los había leído por su cuenta cuando se lo propuso. Era un muchacho inteligente.

En los cantares siempre era notable la figura de un rey justo, sabio y valeroso, el tipo de hombre ante el que un dragón inclinaría la cabeza. El pequeño Saveiro nunca fue capaz de ponerle un rostro que no fuera el de su padre. Él era así: decidido y seguro de sí mismo, valiente y querido por todos. Su porte recordaba al de una montaña resistiendo el arremeter del viento. Tenía una corta melena castaño rojiza y una barba espesa del mismo color. Sus ojos marrones refulgían tanto cuando se enfurecía como cuando sonreía. Solía ensalzar la importancia de la familia y una de sus más resaltables cualidades era la forma respetuosa y devota con la que trataba a su mujer, la reina Matilde.

Por eso fue doloroso descubrir las cartas.

La espía

No todas las calles de Bránvar estaban adoquinadas, solo las vías principales, pero no era allí donde sucedía lo verdaderamente interesante. Fidelia tenía las botas enfangadas y el bajo del vestido sucio, pero no le importaba. Eran sus peores prendas, las que se ponía para perderse entre la gente común y ver cómo era la vida más allá de los muros del castillo.

Llevaba un par de años haciéndolo y todavía no se había cansado.

Ahora, con el rostro oculto tras una pesada capucha, contemplaba cómo un grupo de rufianes jugaba a los dados enfrente de una taberna de cuestionable reputación. Si el resultado no era favorable para una de las partes, se gritaban, se insultaban e incluso se pegaban, animados por la carencia de sensatez imbuida por el alcohol que ingerían. Los gruñidos acababan en risas y se abrazaban. O no. Pero el enfado no duraba, daba igual las ofensas que hubieran tenido lugar. Eso no ocurría en la corte. Allí todo se calculaba, todo se medía. Una palabra podía tener el mismo efecto que un golpe. Una mirada rara conllevaba algo más que la impresión repentina de una persona; era toda una conspiración.

Fidelia necesitaba despejarse, dejar atrás el asfixiante ambiente que caracterizaba su hogar.

Una de las cosas de las que más disfrutaba era asistir a representaciones teatrales. Muchas eran descaradas y obscenas aunque sorprendentemente ingeniosas, y siempre le arrancaban alguna carcajada. Fidelia se olvidaba de todo cuando los actores montaban sobre los hombros de otro y fingían ser jinete y corcel, o cuando una bella doncella era cortejada por un hombre que se hacía pasar por su amado gracias a un encantamiento y nadie lo sabía salvo

el público, que sufría y trataba de avisarla, pero ella seguía enfrascada en el conjuro de la ficción.

Las compañías de actores eran de lo más pintorescas, sobre todo las extranjeras. Una vez, Fidelia vio una función en la cual participaba un joven con la piel tan oscura como el carbón. Era algo tan insólito y fascinante que no fue capaz de apartar la vista. Se preguntó cómo era el reino al que pertenecía, si sus reyes serían iguales que los que ella conocía, si sus costumbres se parecerían o si serían opuestas.

La princesa salió de su ensoñación cuando alguien vociferó que se acercaba una comitiva con el estandarte de la casa Márantil.

«El príncipe de Audeval», pensó Fidelia.

Quienes podían permitírselo dejaron lo que estaban haciendo para ir a ver la ilustre comparsa, siempre era un espectáculo digno de atención. Fidelia también corrió hacia una de las calles principales para no perderse detalle.

Después de todo, estaban allí por ella.

Las tres diligencias lucían un aspecto imponente que incitaba a la admiración. La que estaba en el centro tenía gemas incrustadas en las puertecillas; esa debía de ser la del príncipe Elian, su futuro esposo.

Una mano invisible le oprimió el corazón. Todavía no se había hecho a la idea de que sus días de libertad llegaban a su fin. Siempre habían estado sentenciados, pero ahora tenía la ejecución a la vista.

Caminó deprisa hacia el castillo y entró por una de las puertas del servicio. El vestido que llevaba bajo la túnica era el mismo que el de las sirvientas, así que no llamaba mucho la atención. Brígida le había dejado un atuendo y unos zapatos acordes a su posición ocultos tras uno de los matorrales del jardín. Se cambió de ropa, se atusó un poco el cabello, que adornó con una diadema, y se dirigió al interior de la residencia real.

Evitando encontrarse con sus hermanos, su tía o su padre, corrió hacia sus aposentos. Una vez dentro se permitió respirar tranquila, pero la calma no duró mucho.

—Alteza, rápido, no tenemos tiempo —instó su doncella, que la estaba esperando.

—¿Qué pasa?

—Nos han informado de que la comitiva del príncipe Elian ya ha cruzado las murallas de la ciudad. Su majestad los recibirá en un rato y *lady* Constanza ha sido muy clara en cuanto al aspecto que debéis presentar.

Fidelia puso los ojos en blanco y soltó un gruñido.

—Procurad no hacer eso delante de vuestros invitados.

—No lo haré —aseguró la joven, y luego puso los brazos en cruz para que su doncella la desvistiera.

El vestido elegido era de color lila pálido recamado con hilos de oro en la parte del pecho y de mangas largas hasta las rodillas. Tenía una caída grácil y ligera.

Se sentó y dejó que Brígida le cepillara la rubia y ondulada melena. Trenzó dos mechones que tenía junto al rostro y luego los retiró hacia atrás, utilizándolos para fijar el resto del cabello, que adornó con una sencilla y modesta tiara de cristales morados.

—La primera impresión que tenga ese joven de vos es la más importante —recordó la mujer—. Según vuestra tía, determinará su predisposición.

—Sí, suena a uno de sus razonamientos —murmuró Fidelia.

El último toque fueron los pendientes dorados. No le gustaba llevar nada en las orejas, pero debía hacerlo en ocasiones formales y de peso diplomático como la que estaba a punto de tener lugar.

Se dirigió al salón del trono, donde ya aguardaban sus hermanos. Se habían adecentado más que de costumbre, pero desde luego no tanto como ella, que incluso se había visto obligada a pellizcarse las mejillas para que cogieran color.

Claro que ellos eran los mercaderes y ella, el producto. Necesitaba despertar atracción en el futuro comprador. Hizo una mueca ante aquella ocurrencia. Odiaba tener pensamientos tan amargos y en parte injustos —sus hermanos no tenían la culpa de nada—, pero le costaba mantener una actitud resuelta y positiva.

Se dedicó a observar el entorno. El rey todavía no había aparecido, ya que no era él quien debía esperar.

La mayoría de cortesanos sí que estaban allí, expectantes, acicalados hasta las pestañas, esperando causar una buena impresión en el futuro rey del país vecino. Elvia de Otoño también se encontraba allí, con un vestido largo y vaporoso, de mangas cortas y de aspecto floral, a juego con una diadema rosada, verde y amarilla con lirios y claveles de tela.

Saveiro llegó un par de minutos antes de que lo hiciera la comitiva audevalí, alzando con orgullo la corona que había pertenecido a varios de sus antepasados.

Al pasar junto a su hija, le guiñó un ojo en señal de aprobación y gesto de ánimo.

Una vez que se hubo sentado en el trono, el chambelán anunció la llegada no solo de Elian Márantil, sino también la de Elísabet Éslerin, esposa de

Eberardo y, por tanto, reina de Áudeval.

Su presencia era toda una sorpresa. Tenía el cabello de un castaño claro, que en el pasado había sido rubio, y unos rasgos aparentemente apacibles que contrastaban con su mirada dura. Vestía de naranja y, aunque no era muy alta, su porte resultaba elegante y natural.

Elian, por su parte, tenía el cabello dorado y los ojos de un apagado tono marrón. El incesante movimiento de sus dedos indicaba que estaba nervioso, aunque eso no le impidió hacer una perfecta reverencia al mismo tiempo que su madre.

Los acompañaba un séquito de unas veinte personas.

—Elísabet —saludó el monarca—, no esperaba que nos honrarais con vuestra presencia.

—Ha sido una decisión de última hora, majestad. Creí conveniente venir para poder tener un punto de vista propio sobre este asunto de tanta importancia para ambos reinos.

Saveiro sonrió.

—Por supuesto. Alteza —dijo, dirigiéndose a Elian—, ¿qué os parece mi reino? Lo que hayáis podido ver, claro.

Elian se encogió de hombros, un gesto apenas perceptible, pero Fidelia sí lo captó, lo que le hizo pensar que su tierra no despertaba el interés de su futuro marido.

—Siempre he sentido curiosidad por conocer la otra mitad de lo que un día fue Verelia. He podido comprobar que, pese a los siglos transcurridos desde la guerra que nos separó, no nos hemos distanciado tanto.

Las respuestas ambiguas siempre eran una apuesta segura. La muchacha tuvo la certeza de que la contestación no había sido ni sincera ni espontánea, sino que se la había aprendido y había recitado como si de una cantinela se tratara.

Saveiro curvó los labios en una sonrisa indescifrable.

—Estos son mis hijos —presentó, extendiendo el brazo hacia ellos—. Váldemar y Félix, el heredero de la corona.

Cuando los ojos de los invitados se posaron en el primogénito de los Térrafil, algo titiló. Un brillo, una sombra. La incertidumbre o quizás el temor. Sabían lo que era, como también sabían que su deber diplomático era ignorarlo. Elísabet sonrió e inclinó la cabeza mientras los príncipes se acercaban para besarle los nudillos y hacer una reverencia ante Elian. Volvieron a sus sitios.

—Dos muchachos muy apuestos —elogió la mujer, sonriente.

—Y aquí está mi hija, Fidelia.

—La afortunada —comentó la reina, y la estudió mientras ella se aproximaba para hacer una reverencia ante su futura familia—. Encantada de conoceros al fin, alteza.

—Lo mismo digo —respondió antes de girarse hacia Elian y tenderle la mano para que depositara un suave beso sobre su piel.

—Princesa —murmuró él.

—Príncipe.

Volvió a colocarse donde estaba.

—Y bien, mi señora —dijo Saveiro—, ¿hasta cuándo os quedaréis?

—Probablemente hasta finales de año, tal y como se convino con vuestra cuñada.

Constanza, situada a la derecha de los dos príncipes, se mantuvo firme.

—Espléndido —resolvió el rey—. Si me lo permitís, quisiera desarrollar los detalles en privado.

—Por supuesto.

Los miembros de ambas familias se trasladaron a una cámara adyacente y tomaron asiento alrededor de una imponente mesa rectangular mientras un sirviente azuzaba el fuego de la chimenea. Tras ellos dejaron un oleaje de comentarios y especulaciones.

—Creímos que sería bueno que ambas familias celebráramos juntas el solsticio de invierno —apuntó Constanza.

—¿No tenéis inconveniente? —preguntó amablemente Saveiro—. Es una fecha muy señalada.

Elísabet negó con la cabeza.

—Lo es, pero mi esposo recibió una invitación para pasar esa festividad con su hija y la familia de esta se halla en Coirs. Y dado que mi salud no tolera una combinación tan extrema de frío y humedad, la idea de venir aquí era más que apetecible.

Fidelia trató de hacer memoria y visualizar el árbol genealógico de los Márantil. El rey Eberardo tuvo una esposa anterior, pero falleció cuatro años después de dar a luz a su primera hija, que ahora llevaba dos o tres años casada con un duque muy prominente de su reino. ¿Tendrían ya algún hijo? No lo recordaba.

—Me alegra oírlo —continuó Saveiro—. Haremos todo lo posible para que vuestra estancia sea agradable. Esta noche celebraremos un banquete en vuestro honor.

—Sois muy generoso, majestad.

—Es lo mínimo. Si lo deseáis, podéis marcharos a los aposentos que han dispuesto para vos y vuestro séquito.

Elísabet y Elian asintieron con gratitud y, tras inclinar respetuosamente la cabeza, se fueron en compañía del aposentador, que los guio hasta las estancias que habían acondicionado para ellos. Se cruzaron con Teobaldo y Luciano, que se reunieron con el rey y su familia en el despacho.

—¿Cómo se ha atrevido? —bramó Saveiro, visiblemente furioso.

—¿Qué ocurre, majestad? —preguntó Luciano en tono conciliador.

—¿Que qué ocurre? Ha mandado a su mujer. No se ha dignado a venir y me manda a su esposa.

—Me ha parecido una mujer muy capaz —opinó Félix.

—No se trata de eso —apuntó Teobaldo—. Seguro que sabe lo que hace, pero no es quien gobierna Audeval. Parece que el rey Eberardo no tiene tanto interés como su majestad en reavivar la amistad.

A Váldemar no se le escapó la mirada reprobatoria que Constanza le dirigió al consejero. Sus ojos le instaban a cerrar la boca.

—Desde luego —coincidió Saveiro—. Contaba con que solo viniera el príncipe.

—Pero eso hubiera sido peor, ¿no? —inquirió Fidelia.

Constanza fue quien respondió:

—Si hubiera sido así, la visita hubiera tenido un carácter menos serio, pero la presencia de su esposa hace que aumente la relevancia del encuentro. Lo convierte en algo bastante importante como para que la participación del rey Eberardo parezca necesaria. Y, sin embargo, no está.

Fidelia no acababa de entenderlo, aunque no quiso seguir indagando. «Diplomacia», pensó, y siguió mirando con aire distraído por la ventana mientras dejaba que los demás se preocuparan más por su matrimonio que ella misma.

—No os merece la pena irritaros por esto, majestad —intervino Luciano con un tono cauteloso—. Vos sabéis que fortalecer la relación con Audeval puede ser muy beneficioso para el reino, y es lo que importa. No dejéis que el orgullo de Eberardo pase por encima de vuestra integridad como monarca.

—Lo sé, Luciano, lo sé. Pero tampoco estoy dispuesto a colaborar con ellos a cualquier precio, ¿queda claro? Si alguien capta algún comentario desdeñoso u ofensivo por parte de la corte audevalí, quiero que se me informe.

—Sí, majestad —murmuró la mayoría.

—Váldemar —llamó Saveiro. Su hijo alzó la mirada—, también va por ti.

—Perdona, padre, estoy tan acostumbrado a que me ignores que no creí que quisieras que participara en esto de delatar a otros por hacer lo mismo que haces tú.

El silencio que se instaló en la sala fue tan pesado y asfixiante que muchos sintieron la necesidad de salir. Y, de hecho, lo hicieron.

Mientras a Saveiro le relampagueaban los ojos con los que atravesaba a su hijo, que anunciaban la llegada de una tormenta que pocos querían presenciar, Luciano y Teobaldo se retiraron alegando que tenían trabajo que hacer. A Constanza y a Fidelia les costó un poco más, pero al final optaron por lo mismo. Y algo más tarde, Félix.

—No hagas ninguna estupidez —le susurró a su hermano mayor antes de marcharse.

El sonido de la puerta al cerrarse fue como el dictado de una sentencia.

—No volverás a dirigirte así hacia mí. Jamás. Ni en público ni en privado.

La advertencia de Félix todavía resonaba en sus tímpanos, pero Váldemar, sintiéndose extrañamente rebelde, la ignoró.

—¿He dicho alguna mentira?

No sabía por qué estaba teniendo esa actitud. Él siempre había procurado no contrariar a su padre, había aguantado todo lo que él tuviera que decirle, fuera justo o no. Siempre había buscado agradarle, compensar de alguna forma el hecho de que estuviera maldito y, por lo tanto, toda su familia lo estuviera. Pero ahora se veía incapaz de seguir así.

Saveiro rodeó la mesa para acercarse un poco más a él. Lo hizo despacio, mirándole sin parpadear. Su cabello parecía más oscuro que de costumbre.

—¿Te crees valiente? ¿Te crees valiente por dejar en evidencia a tu padre delante de sus allegados?

—¿Te crees valiente tú por mortificar a tu hijo por algo de lo que no es culpable?

—¡Mortificar! No conoces el significado de esa palabra, muchacho. ¿Cómo vas a hacerlo si te eximes de toda culpa? ¿Si construyes una paz a tu alrededor basada en excusas? En el autocastigo es donde se halla el verdadero sufrimiento, Váldemar. Pero como tantas otras cosas, es algo que aún no entiendes ni tienes aprendido.

—No tienes derecho a...

—¡Tengo todo el derecho, maldita sea! —vociferó—. ¡Soy el rey y soy tu padre!

Váldemar no se atrevió a replicar. Saveiro ya había perdido los papeles y nada de lo que dijera le haría entrar en razón. El joven se quedó callado,

sosteniéndole la mirada sin pestañear.

—Largo —instó el monarca.

Con un nudo en la garganta y un puño oprimiéndole el corazón, el príncipe se fue.

Una vez en su alcoba, Constanza se permitió el lujo de deshacerse el recogido que había estado reteniendo su pelo en lo alto de la cabeza y masajearse el cuero cabelludo, tirante hasta el momento. Seguía sorprendiéndole cómo un gesto tan cotidiano le resultaba tan placentero...

—¿*Lady* Constanza?

Ella abrió los ojos de inmediato, sobresaltada y alarmada ante la llegada de aquella voz desconocida. Frente a ella, en el umbral del balcón, había una mujer con el cabello negro trenzado y unos ojos levemente rasgados, de color oscuro, que resaltaban sobre su piel pálida. La suya era una belleza exótica, aunque resultaba difícil determinar por qué.

Antes de que la mujer pudiera decir nada, la intrusa desplegó un pequeño y arrugado papel que había estado guardando en la mano. En él figuraba el dibujo de una rosa hecho con simples pero calculados trazos. El emblema de la Casa de los Susurros.

—Solicitasteis nuestros servicios, ¿no es así? —preguntó la muchacha con un tono de voz hierático.

Constanza asintió, reponiéndose de la sorpresa. Su pertenencia a aquella organización explicaba cómo era posible que se hubiera colado en su alcoba sin ser vista.

—No esperaba que fueran a mandarme a alguien tan joven —dijo—. ¿Cuántos años tienes?

—Diecinueve —contestó sin vacilar—. Pero soy buena en mi trabajo.

—¿En cuál de ellos? Porque recuerdo haber visto tu cara entre las doncellas de la reina Elísabet.

—La Casa de los Susurros se asegura de tener miembros cubriendo todo tipo de oficios. Así es más sencillo trabajar. Destaco más en el espionaje, que es lo que a vos os interesa.

La condesa mantuvo el rostro inexpresivo.

—¿Tu nombre?

—Sira.

Constanza se preguntó si era el pseudónimo que utilizaba siempre o si lo cambiaría en cada misión.

—Bien, Sira, supongo que estarás al tanto del conflicto político en el que se encuentra Myrendul, ¿no es así?

—¿El que enemista a feéricos y humanos?

—Justo.

—Sí.

—Bien, pues el rey está intentando restablecer la relación con esas criaturas de los bosques y tenemos a una de ellas en la corte. No me entiendas mal, apoyo este paso hacia el entendimiento y la cooperación, pero es inevitable desconfiar un poco. Han pasado muchas décadas desde que las desterramos, ya apenas sé cómo piensan o qué pretenden.

—No tenéis que justificaros, excelencia. Vos queréis que espíe a esa hada, ¿verdad? Pedídmelo y lo haré. Es mi trabajo.

Constanza era plenamente consciente de que no tenía que darle explicaciones a alguien que estaba a su servicio, pero, si la joven se iba de la lengua, ella siempre tendría algo en lo que escudarse. Chismorrear no era propio de un espía, pero tampoco podía dar por sentado que todos eran buenos profesionales.

—Quiero que entendáis que aquí no hay bandos ni nada por el estilo, tan solo una mujer preocupada por su familia.

—Oído. Eso sí, es una labor de vigilancia y no de descubrimiento, ¿me equivoco? Es decir, no hay ningún secreto en particular que queráis...

—En parte —cortó ella—. Tienes que averiguar si esconde algo, si tiene algo entre manos que pueda comprometerme a mí, a mi cuñado o a mis sobrinos. Lo que sea. Quiero que me informes sobre sus movimientos siempre, cualquier cosa que juzgues llamativa o sospechosa.

—De acuerdo. Aunque mi cometido llegará a su fin en cuanto mi reina y su hijastro se marchen.

—¿Qué ocurre si no quedo satisfecha?

—Tendréis que lidiar con la insatisfacción, pero el pago debe hacerse de todos modos. También podríais escribir una nueva misiva comunicando vuestra decepción. Si está justificada, os propondrán alternativas.

—¿Alguna vez está justificada una queja contra tu organización?

—No, pero siempre podríais contratarnos de nuevo si lo que queréis es tener a la feérica bajo el punto de mira más tiempo.

—Hecho. ¿Cuánto me va a costar?

—Diez monedas de oro.

Constanza alzó una ceja.

—Ya puedes ser tan buena como aseguras.

El escepticismo de Constanza pareció molestar a Sira, que la atravesó con la mirada.

—Si yo no encuentro nada, es que no hay nada, excelencia —garantizó.

Los ojos de la joven eran perturbadores. Pocas cosas inquietaban a Constanza y, cuando algo lo conseguía, no era prudente ignorarlo.

—Así lo espero —masculló.

Las apariencias engañan

Esa noche, Elísabet fue a ver a su hijo en la alcoba adyacente a la suya. Sus sirvientes estaban terminando de acicalarle para el banquete que iba a celebrarse en su honor.

—Estás muy guapo —elogió su madre.

—Pues no sé qué importancia tiene eso. No tengo que conquistar a nadie.

—Por supuesto que sí. Es cierto que el matrimonio ya está apalabrado y, si las cosas siguen su rumbo, acabarás casándote con la princesa, pero es importante que te la ganes. Piensa que vais a convivir durante muchos años. Mejor tenerla contenta, ¿no?

—¿Y por qué tengo que satisfacer yo a esa chica? ¿No sé supone que es la mujer quien tiene el deber de complacer a su marido?

Elísabet torció el gesto con evidente disgusto.

—Oye, así no es como te he criado, Elian. Llevarte bien con ella te facilitará mucho las cosas, sobre todo porque tiene mucho carácter, o eso me han contado.

—¿Ya has estado husmeando?

—Por supuesto. Es lo primero que debe hacerse cuando llegas a un sitio nuevo.

—Supongo. ¿Estarán los hijos de su majestad en la cena?

—El primogénito no, claramente. La luna brilla demasiado.

—Ah, es verdad. Tenía ganas de ver a ese tipo. No parece muy monstruoso.

—En su forma humana no tiene que serlo. De hecho, hasta es atractivo. En cuanto al otro...

—Félix.

—Sí, Félix... No sé muy bien qué pensar. Es amable y sabe moverse en la corte, pero, pese al respeto que guarda hacia su progenitor, es diferente a él.

—Se lo ve muy seguro y confiado —masculló Elían con una nota de envidia.

—Las apariencias engañan, hijo. Y deja de subestimarte, ¿quieres? Tú también tienes un buen porte.

—No mientas, madre. Yo no estoy hecho para estas cosas.

—¿Y para qué estás hecho? ¿Para pasarte el día asistiendo a torneos y justas? Esto es lo que eres, Elían, y tienes que hacerte valer.

—Supongo.

—¿Te gusta la princesa, al menos?

—No está mal. Aunque tiene la mirada muy cáustica, ¿no crees?

—Porque tiene las cejas muy acentuadas, pero el resto de sus facciones son bonitas.

—Y me ha parecido que estaba delgada como un palo.

—¡Por todos los dioses, Elían! ¡Si has empezado diciendo que no estaba mal!

—Es que no me has dado tiempo a pensar. Y, de todas formas, aún tengo que conocerla mejor.

Elísabet puso los ojos en blanco.

—Venga, vamos al banquete.

En el comedor, ya había un cúmulo de gente congregada, ansiosa por compartir la velada junto a dos grandes e ilustres familias. Cuando Fidelia entró, lo primero que vio fue a Félix saludando a Daliana Mortier, con quien ambos tenían buena relación. Se había ausentado durante unos días, ya que su esposo había requerido su presencia en Ásernan, donde vivían. La princesa siempre había pensado que la joven y su hermano habrían hecho una bonita pareja por lo mucho que congeniaban, pero Fidelia tenía la impresión de que, al no ser dueños de su destino, ninguno había siquiera barajado la posibilidad de sentir algo que no fuera amistad.

Pronto su atención fue reclamada por múltiples personalidades, la mayoría ya conocidas, otras no tanto. Tal y como mandaba el protocolo, su familia y la de su futuro esposo compartieron mesa.

Futuro esposo...

Seguía sonando tan horrible como la primera vez que lo llamó así. Aunque a lo mejor no tenía por qué cumplirse aquel fatal pronóstico, ¿no? El

príncipe Elian y su madre habían ido hasta Bránvar para examinarla, para determinar si era digna o no de convertirse en la futura reina de Audeval, así que todavía había esperanza. Si hacía gala de un comportamiento inadmisibles, quizá rehusarían... Pero su padre se daría cuenta de que lo había hecho a propósito, y puede él se lo perdonara, pero la aristocracia, no, y los nobles eran un pilar fundamental en su vida. Tarde o temprano acabaría casándose.

Félix posó su mirada rápido en ella, percatándose así de su presencia, y se disculpó ante Daliana antes de acercarse.

—¿Cómo estás? —preguntó.

Ella se encogió de hombros.

—Quiero largarme.

—Aguanta y pasará rápido. Si te ves atrapada en alguna conversación desagradable, hazme una señal y te sacaré de ahí.

Cuando Teobaldo y Constanza llegaron, les saludaron rápidamente antes de mezclarse entre el gentío.

A los pocos segundos, la reina Elísabet se situó junto a ella. Elian estaba a su lado.

—Estáis resplandeciente, alteza —elogió la mujer, mirando con un interés exagerado el vestido rosado de la princesa.

—Gracias. Vos también.

—Alteza —saludó Elian.

Fidelia se limitó a inclinar la cabeza. Félix se dio cuenta de la incomodidad de su hermana y le propuso a Elian acompañarle para charlar con los hijos de los nobles más prominentes de Myrendul. Cuando estuvieron solas, la reina de Audeval miró con satisfacción a Fidelia.

—Esta tarde apenas he podido hacer nada de provecho porque he dormido un poco. Después de lo exhausta que me ha dejado el viaje, quería estar fresca esta noche, pero me encantaría que mañana me enseñarais el castillo. Estoy deseando ver cómo es todo eso.

—Por supuesto. Viniendo aquí en estas fechas demostráis un fuerte compromiso para con vuestra familia y vuestra gente. Merecéis el mejor de los tratos.

La diplomacia y la falsa amabilidad no eran algo que le entusiasmara, pero como hija de un rey, y tras las interminables horas de lecciones con su preceptor, las dominaba.

—Muchas gracias, querida. Da gusto ver que alguien sabe apreciarlo.

—¿Vuestro hijo no os lo ha agradecido?

Elísabet estiró la comisura del labio en un gesto de disgusto, pero no tardó en corregir la repentina muestra de emoción real y la sustituyó por una sonrisa artificial.

—Sí, sí lo ha hecho —aseguró—, me refería a que no todo el mundo se da cuenta. Por cierto, me apetece mucho conocer a la embajadora feérica. Estoy segura de que tiene mucho que contar dadas sus... circunstancias.

—Supongo que aparecerá por aquí de un momento a otro.

La cena dio comienzo al cabo de unos momentos y ni Fidelia ni Elísabet se dieron cuenta de que Elvia ya había entrado hasta que se sentaron a la mesa y la vieron, como de costumbre, junto a Constanza.

Antes de que los comensales degustaran sus platos, Saveiro compartió unas palabras en honor a la familia Márantil y deseó prosperidad para el reino de Audeval. Los que mejor le conocían sabían que no le entusiasmaba mostrarse tan amable con el reino vecino, pero los demás creyeron que sus buenos deseos eran auténticos y eso era lo importante.

El resto de la velada transcurrió como muchas otras: comida, música, bebida, bailes. Pero esta vez los aristócratas estaban ilusionados por la presencia de Elísabet y su hijo, con quienes no paraban de conversar. La mayoría se acercaba a ellos con la intención de entablar una conversación medianamente interesante en la que poder lucirse para hacerse un hueco en la memoria de tan ilustres personajes, pero a la reina no se la veía a gusto, pues echaba miradas constantes a su alrededor.

Elvia se percató de que muchos de esos vistazos se detenían en ella y eso le hizo mantenerse alerta e ingeniárselas para eludir a la mujer en la medida de lo posible. No le apetecía charlar con nadie. Se quedaría allí hasta poco después de la medianoche y se iría. Pese a estar rodeada de gente, se sentía sola. Supo con una claridad letal que la noche habría sido diferente si el primogénito de los Terrafil hubiera estado allí.

Elvia despertó cuando el sol apenas despuntaba por el este, lo que le molestó sobremanera por haber trasnochado. Se puso en pie con la intención de extinguir un único y tímido rayo de sol que se colaba entre las pesadas cortinas y entonces se dio cuenta. Un dolor físico, profundo e incesante atenazaba sus entrañas, concretamente la parte baja del vientre. No hizo falta que elucubrara, pues al instante supo que era el sangrado mensual que en la corte iridiscente nadie más sufría.

Se subió el camisón blanco hasta las caderas y vio un hilo de sangre surcándole el muslo derecho. Hizo una inconfundible mueca de desagrado.

«Ya estaba tardando», pensó, y era cierto, pues había pasado más de un mes desde la última vez. Y en esa ocasión le dolía mucho. Demasiado. Sintió un leve mareo, pero se las arregló para llegar hasta la esquina de la habitación donde tenía un cuenco de bronce con agua fresca y una esponja traída de Selayes. Se lavó, envolvió su ropa interior con varios paños y se vistió con un atuendo ligero y poco agraciado que había traído expresamente para cuando se diera esa circunstancia. Se trataba de una camisa corta que se ataba al cuello y dejaba su abdomen al descubierto, y unos pantalones marrones que había confeccionado ella misma con ayuda de la reina Sibyl; pese a su comodidad, en Álandor no gozaban de popularidad alguna.

Con cada segundo que pasaba, el dolor aumentaba y la joven tuvo la sensación de que en cualquier momento perdería el conocimiento. Volvió a meterse en la cama, cerrando los ojos con fuerza y haciéndose un ovillo. Se imaginó arrancándose el órgano responsable de aquella tortura.

¿Qué le estaba pasando? Hasta entonces había tenido pinchazos puntuales de dolor y molestias tolerables, nunca algo tan fuerte. Qué importaba, lo único que quería era perder la consciencia para no sentir nada... Estuvo a punto de hacerlo, ya que pasaron varios minutos, tal vez incluso una hora, en los que fue prisionera de un estado intermedio entre el sueño y la vigilia. Hasta que alguien entró en la alcoba. Brígida.

—Dama Elvia —llamó con cautela—, no os he visto en el desayuno. ¿Os encontráis...?

La última palabra murió en sus labios en cuanto se percató de que no era necesaria. Había un par de gotas de sangre en el suelo, y la doncella lo comprendió en cuanto vio el aspecto de Elvia y el camisón ensangrentado.

—¿Estáis con el periodo?

Así lo llamaban los humanos.

—Me duele más de lo normal —se quejó la feérica.

—Pobre criatura. No te preocupes, yo me haré cargo. A ver...

Y empezó a moverse de acá para allá, saliendo y entrando de la habitación. Trajo un paño caliente y le indicó que se lo colocara en la zona donde sentía el dolor. Sorprendentemente, aquello le alivió.

—Tomad, una infusión de canela —continuó—. Más tarde os traeré otra de manzanilla. Van muy bien.

—Muchas gracias —musitó ella, y se incorporó para beber.

Nunca había recibido esa clase de cuidados. En su hogar, cuando se encontraba indispuesta por culpa de aquella condición que había heredado por línea paterna, nadie le prestaba demasiada atención. De hecho, era algo que incomodaba a las hadas: conocían la menstruación por algunos animales y otros habitantes de los bosques, como las centáurides, pero no por sí mismas; que una de ellas la padeciera les perturbaba. Se les hacía todavía más difícil ignorar su mestizaje, por eso Elvia trataba de ocultarlo y lidiar con ello en la soledad más absoluta.

Pero en Bránvar era distinto. Ahora estaba siendo atendida por una mujer que entendía por lo que estaba pasando.

—¿Hay algo más que sueles hacer cuando te pasa?

—La cuestión es que no me ha pasado nunca. Siempre ha habido molestias, claro, pero eran soportables. No entiendo qué ha cambiado.

Brígida se rascó la barbilla.

—Mi hermana sufría retrasos de vez en cuando y, cuanto más tardaba en llegar, más le dolía después. ¿Puede ser eso?

—Puede ser. A mí se me ha retrasado un par de días, pero eso es lo raro, que yo soy bastante regular.

—Quizá se os haya desbaratado debido al estrés, a todos estos cambios...

Elvia asintió, pensativa. La corte fue un lugar hostil al principio, nuevo e impredecible, y eso le hizo estar tensa durante más tiempo del recomendable. Además del asunto de las piezas de hierro en su pelo.

—Es posible.

Estaba segura de que en Álandor no habrían sabido ayudarla como lo había hecho Brígida. Un escalofrío sacudió su cuerpo y volvió a hacerse un ovillo bajo las sábanas.

—Ya verás cómo se os pasa pronto.

Elvia asintió y cerró los ojos mientras Brígida se alejaba para llevarse el camisón y entregárselo al servicio de lavandería del castillo.

—Puestos a heredar cosas de los humanos... —añadió la mujer—, me temo que esta no es una de las mejores.

—Ya me lo parecía.

—En fin, no puedo quedarme aquí todo el día, pero me encargaré de que venga una doncella a echaros un vistazo de vez en cuando, ¿vale? Ahora descansad.

Elvia quiso responder, pero no tuvo fuerzas. Se durmió sin llegar a perderse en las profundidades del sueño. Percibió la presencia de Váldemar y

sus sentidos se despertaron de golpe. Abrió los ojos y lo vio sentado a su lado, mirando distraídamente por la ventana.

—Hola —balbució.

Él se giró para mirarla, renovando su interés ahora que podía hablar con ella.

—Hola. Me han dicho que no te encuentras bien.

Ella hizo un mohín.

—Estoy algo mejor —dijo mientras se incorporaba, preguntándose cuánto tiempo llevaba traspuesta.

—Se te ha acelerado el corazón.

—No me creo que oigas los latidos desde ahí.

—Pues créetelo. Ventajas de licántropo. Alguna tenía que haber.

—Es que me has asustado —mintió ella— y me he sobresaltado.

—Ya veo.

Algo cruzó el rostro de Váldemar. Una sombra. Un velo de tristeza.

—¿Qué te pasa? —quiso saber Elvia, seria.

En su voz no había lugar para la duda. Había formulado la pregunta con la confianza de quien sabe que opta a una respuesta sincera. Váldemar desvió la mirada, incómodo, pero no evitó contestar:

—Ayer discutí con mi padre.

Oh. Ese era un tema delicado.

—¿Quieres hablar de ello?

Váldemar frunció el ceño.

—No. Prefiero distraerme.

—¿Y por eso has venido a verme? —dijo Elvia, adquiriendo un tono sarcástico y animado—. Yo que pensaba que lo hacías porque habíamos empezado a ser amigos...

Váldemar sonrió. Aunque no dijo nada, apreció las intenciones de la mestiza, que se esforzaba por hacerle olvidar las preocupaciones sobre su padre.

—Amigos. Suena desafiante, ¿no crees? El hijo de Saveiro y la hija de Emberia... amigos.

—Podría ser peor.

—Cierto, podríamos ser amantes.

Elvia se ruborizó, pero no apartó la mirada. Se concentró por mantener sus pulsaciones a un ritmo normal, aunque era una tarea imposible.

—Sí, eso sería mucho peor, desde luego —comentó con sorna, haciendo un esfuerzo tremendo por sonar tranquila.

El príncipe se limitó a sonreír con un brillo divertido bailando en sus pupilas.

Entonces Elvia fue repentinamente consciente de que tenía algo sobre el vientre y se acordó del paño que se había puesto. Ya estaba helado, así que se lo quitó y, antes de que pudiera dejarlo en la mesita auxiliar, el príncipe lo cogió y se levantó.

—Una doncella ha estado entrando y saliendo para recambiar el agua del cuenco —explicó él—. Brígida dijo que la necesitarías para volver a calentar el paño.

—Sí, por favor.

Váldemar sumergió la gasa en el cuenco, la mantuvo unos segundos bajo el agua, la extrajo, la escurrió y se la dio a Elvia.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó la joven, y se colocó el paño en la parte baja del abdomen.

—Media hora, más o menos.

Al parecer, Elvia no se había percatado de su presencia con tanta rapidez como pensaba.

—Oh —fue todo lo que se le ocurrió decir.

—¿De verdad estás mejor?

Ella asintió sin mirarlo.

—Sí, no tienes que quedarte. —Y justo en ese momento sintió otro pinchazo en el vientre que le hizo torcer el gesto.

Váldemar arqueó una ceja.

—No lo parece.

Brígida entró con un vaso humeante y un pequeño cesto con frutas y miel.

—La princesa os manda un saludo y desea que os recuperéis pronto —anunció—. Lamenta no poder visitaros, pero lleva toda la mañana reunida con la reina Elísabet, mostrándole el castillo y demás.

—Apuesto a que ella lo está pasando peor que yo —bromeó la joven.

Brígida soltó una lacónica carcajada mientras dejaba la manzanilla y el aperitivo en la mesita.

—La verdad es que esta mañana me ha costado horrores sacarla de la cama. No le entusiasma nada todo esto, pero está encarándolo con entereza, como debe ser. Es una gran princesa. ¿Verdad, alteza? —inquirió, mirando a Váldemar.

—Sí —respondió él, ausente.

Elvia intuyó que estaba preocupado por su hermana.

—Dama Elvia —empezó la doncella—, he pensado que quizás os apetecería daros un baño caliente después. Puedo encomendarle la tarea a dos de mis mejores muchachas.

La mestiza se imaginó metiéndose en un recipiente de aguas cálidas y perfumadas, dejando que la humedad desentumeciera y limpiara su cuerpo.

—Me parece una gran idea —contestó.

—Genial. Pues ahora mismo lo dispondré todo.

Volvieron a quedarse solos.

Los envolvió un silencio que, no hacía mucho, habría resultado incómodo, pero ahora Elvia y Váldemar compartían demasiadas cosas que les acercaban lo suficiente como para no necesitar palabras.

El príncipe rompió esa quietud cuando Elvia cerró los ojos y contrajo el gesto:

—Traeré algo para distraerte —resolvió él.

—Váldemar, no es necesario...

—Espera aquí. —Y desapareció por la puerta.

Elvia no pudo evitar esbozar una leve sonrisa.

Ingirió la manzanilla y, aunque no tenía hambre, tomó un pedazo de fruta con miel porque sabía que cuando se le pasara el malestar su estómago se quejaría.

Sira se las arregló para encontrarse en el lugar adecuado en el momento indicado y, dado que su señora no precisaba de sus servicios, se ofreció a ayudar a Brígida para prepararle el baño a la embajadora feérica. Primero deseaba estar cerca de ella en un entorno vigilado y cotidiano para ver cómo se comportaba normalmente. Más adelante, la espiaría en un ambiente más privado y así podría contrastar sus diferentes conductas.

Ella y dos doncellas más siguieron a Brígida hasta los aposentos de la mestiza, acompañados por dos mozos del castillo que cargaban con la bañera de madera pintada.

El hada estaba sola, postrada en la cama con la vista perdida en el cristal de la ventana que tenía a su lado.

Su rostro no era tan enigmático como el de la mayoría de miembros de su especie, pero seguía haciendo gala de un aura salvaje y natural que la embellecía de todas formas.

—Ya estamos aquí —anunció Brígida—. Una de las damas de compañía de la reina Elísabet no tenía nada que hacer y se ha ofrecido para ayudar.

Elvia examinó a Sira con interés y esta supo que estaba pensando en su exótica apariencia, pero pronto desvió la mirada para observar cómo los mozos colocaban la bañera y se retiraban mientras las otras dos muchachas traían cubos de agua.

—Gracias —dijo Elvia, consciente de que Sira no tenía por qué servirle a ella.

—No hay de qué —respondió la joven, y encendió un fuego en la chimenea.

Brígida se marchó diciendo que confiaba en que cumplieran correctamente con su tarea.

Poco después, el príncipe Váldemar entró en la habitación con un libro en la mano y se sentó junto a Elvia. Sin dejar de trabajar, Sira prestó máxima atención a lo que acontecía.

—Quería leerte algunos poemas épicos, pero creo recordar que leíste varios al comienzo de tu estancia aquí y, como no sabía cuáles, al final me he decantado por uno de filosofía.

—Filosofía —repitió Elvia con curiosidad.

—Filosofía verélica, más concretamente. Se escribió hace casi mil años.

—Impresionante.

—El autor es Fadrique de Arun. Se compone de una serie de reflexiones agrupadas por temas y con un título cada una. Trata cuestiones universales, aunque en algunos de sus escritos se intuyen conflictos personales.

—Tiene que ser interesante saber cómo percibía el mundo un hombre que existió hace un milenio —alegó Elvia.

Váldemar abrió el libro y pasó un par de páginas mientras leía títulos hasta que Elvia encontrara uno que le llamara la atención. Lo detuvo al trigésimo cuarto.

—¿Pensamientos de un anciano moribundo?

—Sí.

—Es un poco deprimente, pero no está mal.

Váldemar se dispuso a leer asumiendo que nadie les prestaba atención. Las doncellas trabajaban con tesón y no tenían el espíritu necesario para afinar el oído y estar al tanto de lo que se estaba gestando entre ellos dos.

Pero Sira no era una doncella cualquiera.

El príncipe empezó a leer. Sobre la vida, sobre la muerte, sobre cómo el tiempo es un aliado cuando está y un traidor cuando se marcha. Sobre cómo el tiempo, en realidad, no existe, sino que es una invención humana para crear un orden en un mundo donde se nace, se cambia y se muere constantemente.

La voz de Váldemar se extinguió en el aire y se hizo el silencio, un silencio pesado y ruidoso a su manera. Se sobreponía incluso al rumor de las concentradas doncellas, que vertían agua caliente en la bañera.

Sira había leído aquel pasaje alguna vez y siempre se había sentido identificada con esas reflexiones, pero no era momento de ponerse sensible. Evaluó mentalmente lo que había captado entre el hijo del rey Saveiro y la enviada de la corte iridiscente. Elvia no había dejado de mirarle ni un segundo y, aunque era evidente que prestaba atención al texto, daba la impresión de que había algo más. Váldemar, por su parte, había levantado la vista del papel en varias ocasiones. Cuando los escritos hacían afirmaciones controvertidas o sorprendentes, el joven alzaba la mirada para escrutar la expresión de Elvia y comprobar si a ella le impactaban del mismo modo que a él.

Estaba buscando afinidad.

Siraladeó la cabeza.

Si hubiera compartido sus conclusiones con alguien, la habrían acusado de paranoica o de tener un exceso de imaginación. Le habrían dicho que eso no podía saberse con presenciar una escena tan simple y cotidiana. Pero Sira llevaba toda su vida perfeccionando el arte de la observación.

—Ha sido bastante lúgubre —comentó Elvia—. Pero me ha gustado.

—Yo lo leí hace tiempo y me pasé toda la noche pensando.

—¿Y qué sacaste en claro?

—Que es una forma válida de ver el mundo, pero no la única.

Elvia sonrió y Váldemar hizo lo mismo. Fue algo suave pero tan sincero que era imposible no verlo.

Tales detalles eran suficientes para Sira, pero no lo serían para *lady* Constanza. Tendría que seguir investigando hasta tener algo más sólido, pero al menos ya sabía cuál era la situación. Era posible que entre el maldito y la mestiza hubiera solo una comprensible necesidad de compañía, compañía de alguien que pudiera y supiera entenderles. Pero también era posible que se estuviera fraguando algo más.

Aquel pensamiento la conmovió porque le pareció hermoso. Todas las circunstancias que les rodeaban favorecían el odio entre Váldemar y Elvia. No obstante, allí estaban, buscándose con la mirada.

La espía suspiró, recordando que a veces detestaba su trabajo. Pero eso no le hacía ser menos eficiente.

Muy afortunados

Después del baño caliente y de llenar el estómago, Elvia se sentía mucho mejor. Ahora estaba cruzando los jardines traseros para escaparse un rato y perderse en el bosque. Llevaba una pequeña bolsa de tela donde guardaba su cuaderno y un sencillo juego de plumas con su tintero. Le apetecía escribir, aunque deseaba hacerlo alejada de los muros del castillo y de toda la gente que había en él. Necesitaba rodearse de naturaleza.

Por eso le fastidió tanto ver que la reina Elísabet andaba deprisa hacia ella, con un brillo de ansia en la mirada.

—¡Querida! —llamó cuando todavía estaba a un par de metros—. Elvia —dijo una vez más cerca—. Te llamas así, ¿verdad?

La joven se forzó a ser amable:

—Así es, majestad.

—Qué ilusión me hace conocerte por fin, querida. Mira que ayer lo intenté varias veces, ¿eh?, pues resultó imposible. —La miró con fascinación—. La hija de Emberia de Invierno... Lo que hizo tu madre traspasó todas las fronteras, como ya sabrás.

—Sí.

—Así que una mestiza... —La miró con la cabeza ladeada—. Eres más alta que la mayoría de las hadas. ¿Qué otras cosas te diferencian de ellas?

Lo último que quería Elvia era tener que hacer una lista de las características innatas que la separaban de sus hermanas, pero ¿cómo se le decía que no a una reina? Quizá bastara con mencionarle unos pocos detalles...

—Madre —llamó el príncipe Elian, que se había acercado por detrás. Fidelia estaba a su lado—. Nos han dicho que podemos tener nuestra cita en

el jardín.

Por el tono desganado y cómo había arrastrado las sílabas, era evidente que la idea no le entusiasmaba lo más mínimo, pero, al igual que la princesa, tenía que cumplir con su deber.

—En ese caso —se adelantó Elvia antes de que la reina pudiera decir nada —, yo me marchó; no quiero molestar.

Y se alejó antes de que Elísabet pudiera protestar.

—Pero... Bueno, ya tendré una charla con ella más tarde. En cuanto a vosotros, aprovechad bien la primera cita. Sois unos afortunados, ¿sabéis? No todos los prometidos tienen la oportunidad de conocerse antes de la boda.

—Sí, muy afortunados —murmuró Fidelia. La ironía en su voz fue perceptible para sus dos acompañantes, pero a la reina no le molestó esa actitud. Soltó una carcajada.

—Vamos, pequeña, no es para tanto. Gracias a tu enlace con mi hijo, serás reina. En fin, os dejo solos. ¡Hasta luego!

La reina se perdió entre los arbustos perfectamente recortados, camino de la puerta sur del castillo.

La princesa soltó el aliento que había estado reteniendo sin percatarse y miró a Elian. Parecía incluso más agobiado que ella. ¿De qué podían hablar? Por mucha afinidad que tuvieran, por muchas aficiones que compartieran, todo se volvería en su contra. Fidelia vería las virtudes de su marido desde la cárcel que suponía para ella cualquier matrimonio concertado, y estas palidecerían.

Suspiró despacio. Tenía que hacer un esfuerzo.

—¿Os gusta el ajedrez, mi señor? —inquirió ella.

Elian se encogió de hombros.

—Bastante, pero me temo que no soy muy bueno —admitió él.

Fidelia enarcó una ceja. Era raro ver a un hombre de su posición menospreciándose delante de una mujer a la que apenas conocía y que se suponía que debía conquistar.

No, no se estaba menospreciando. Solo era sincero.

—Yo podría ayudaros a perfeccionar vuestra técnica —sugirió ella.

—¿Vos? ¿Acaso jugáis?

—Con frecuencia venzo a mis dos hermanos. Y a mi padre a veces también.

—¿No se os ha pasado por la cabeza la idea de que quizás os dejen ganar?

Fidelia arrugó el entrecejo y miró a su acompañante, molesta.

—¿Y por qué iban a hacer algo semejante?

Él ladeó la cabeza con indiferencia.

—Quién sabe. Pero cuando uno destaca en algo debería preguntarse por qué. Debería cuestionar sus habilidades porque quizá no sean las causantes del triunfo, sino la condescendencia o compasión del oponente.

La princesa pensó en lo que Elian le estaba diciendo. Analizó sus palabras con cuidado y no tardó en percibir la falta de confianza subyacente, el temor a fracasar.

—¿Os asusta convertiros en rey?

—Ser rey trae más quebraderos de cabeza que otra cosa. Es mucha responsabilidad; conlleva entregarse por completo a la gente y olvidarse de uno mismo.

—Ser un muy buen rey, querréis decir... Hay monarcas que disfrutaban de lo bueno de su condición sin apenas pensar en su pueblo.

—Ya. ¿Y qué es una vida de disfrute comparada con una eternidad siendo mal recordado por la historia?

Fidelia cogió aire y pensó en su hermano. Él también iba a ser soberano de un reino y encaraba su futuro con una actitud resuelta y decidida, pese a que también sufría inseguridades. No se dejaba dominar por ellas, sino que trataba de aplacarlas mediante el conocimiento y el aprendizaje. Félix quería gobernar y lo quería porque entendía que era su deber; además, ansiaba hacerlo bien, no por cómo la historia fuera a retratarle posteriormente, sino porque pensaba que la gente merecía a alguien competente a la cabeza; porque, para él, la corona era un privilegio y debía actuar acorde a esa suerte, dando lo mejor de sí. Fidelia se sentía orgullosa. Le admiraba. Le admiraba porque aquella predisposición a cumplir con sus obligaciones era algo de lo que ella carecía.

—De una os daréis cuenta y de la otra, no —respondió una vez que esas reflexiones se atenuaron en su mente.

Él torció la boca.

—Sí lo haré... ¿O no? ¿No creéis en el más allá?

—Los dioses nunca han bajado a decirme que eso existe, así que no lo sé.

—Pero las escrituras...

—Son solo eso —le cortó Fidelia—, escrituras. Manuscritos redactados por hombres, no por dioses.

—¿Y qué creéis que pasa luego? —Elian parecía muy interesado en la posible respuesta.

—No lo sé. Pero todos acabaremos averiguándolo, eso está claro.

Continuaron con su paseo y hablaron de todo menos de cómo sería su futura vida compartida.

Roce

A Elvia nunca se le había ocurrido que la realidad pudiera atraparse con un carboncillo y un papel. Siempre había conocido la existencia de los retratos o los tapices, pero no fue hasta que llegó al castillo de los Terrafil cuando pudo comprobar de primera mano qué era eso exactamente, y le maravilló.

Sentada en un pequeño montículo del bosque, se esforzaba por dibujar el árbol que tenía delante, a tan solo unos metros, pero su mano era incapaz de reproducir lo que veían sus ojos.

Intentarlo y fallar estrepitosamente reforzó la creencia de que no era algo que requiriera únicamente de voluntad. No era una novedad, pues en la corte se hablaba mucho del talento de los pintores, de las hilanderas o de los músicos, pero, por alguna razón, a la mestiza le costaba hacerse a la idea de que no todos los humanos fueran capaces de hacer lo mismo.

Era similar a lo que pasaba con las hadas y sus poderes: había habilidades comunes que todas compartían, como las que estaban relacionadas con la sanación, pero también contaban con dones particulares, únicos... Ella tenía una conexión profunda con los animales, otras predecían el futuro o manipulaban el clima... Con los humanos pasaba lo mismo. Algunos tenían dones más llamativos que otros, pero eso no les hacía mejores. Solo distintos, pues, por lo que Elvia estaba comprobando, todos los hombres y mujeres tenían potencial para aportar algo al resto.

Sus diferencias les daba individualidad, les hacían únicos, y por eso eran valiosos. Aquel era un punto de vista que había desarrollado gracias a su estancia en Bránvar. Le irritaba pensar que nadie en Álandor se había molestado en transmitirle esas ideas. Aunque también cabía la posibilidad de

que sus congéneres no fueran capaces de ver lo mismo... Tal vez lo advirtiera porque era medio humana.

Percibió la presencia de Váldemar antes de que este apareciera de entre los árboles. Enseguida se puso nerviosa, y esa reacción le pareció tan absurda que tuvo ganas de reír.

—¿Qué haces? —preguntó él, sentándose a su lado.

—He escrito un rato —contestó mientras señalaba el cuaderno, ya cerrado.

Él asintió, curioso. Después desvió la mirada hacia sus alas, que brillaban arrojadas por un tenue rayo de sol que se colaba entre las copas de los árboles.

—Son muy bonitas —comentó.

Ella sonrió y sus alas temblaron un poco, como si se ruborizaran.

—Gracias.

—¿El color es algo que se hereda?

—No siempre. Influyen varios factores: tu flor maternal o la estación en la que naces. El azul suele asociarse al invierno y al verano.

—Pero tú naciste en otoño —objetó Váldemar—. Y tu madre no las tenía azules. No es lo que tengo entendido, al menos.

—No —coincidió la joven con una pizca de tristeza—. Las tenía moradas y negras.

—¿Entonces?

—Bueno, es una de las anomalías resultantes de no haber sido concebida únicamente por un hada. Es posible que mi padre o mis abuelos paternos tuvieran los ojos de este color. O quizá sea algo aleatorio. No lo sé.

Váldemar torció el gesto y creyó conveniente cambiar de tema:

—¿Qué te parece el príncipe de Audeval?

Elvia no sabía muy bien qué contestar, pues apenas había tenido trato con él.

—Joven —fue su inesperada respuesta—. Es decir, no es solo que tenga dieciséis años, sino que hay algo en él que todavía recuerda a la infancia.

—Entiendo lo que dices. Tal vez sea porque no tiene una actitud muy vehemente o extrovertida, pero la verdad es que a los príncipes se nos obliga a crecer muy deprisa; a los herederos, más todavía.

—No me negarás que tu hermana es mucho más madura que él.

—Eso depende de cómo lo mires. Sigue haciendo muchas locuras.

—¿Como cuáles?

—Como salir del castillo y mezclarse entre la gente o flirtear con muchachos del servicio cuando cree que nadie le presta atención.

Elvia reprimió una sonrisa.

—Qué observador —aduló con un deje burlón—. ¿Y qué piensas de todo eso? Las lecciones que tuve con vuestro preceptor me dejaron claro que hay unas pautas de comportamiento muy obvias en lo que a princesas se refiere.

—Desde luego que las hay, pero mi padre siempre ha sido un poco más flexible con ella, y mi hermano y yo siempre hemos sabido que un día tendría que casarse, algo para lo que nunca va a estar preparada... Y no quisimos acabar con su ilusión antes de tiempo.

La expresión de Váldemar se había ensombrecido y Elvia lo miró, inquisitiva.

—¿Pero?

Él suspiró.

—Pero ahora pienso que fue un error. Se ha vuelto rebelde.

—Lo dices como si fuera algo malo.

Silencio. Váldemar pensó durante unos segundos hasta qué punto era eso un defecto... Quizá la palabra ni siquiera fuera esa. Tal vez Fidelia solo quería ser libre; más de lo que la sociedad permitía, pero menos de lo que realmente merecía.

—No lo es —dijo—. Pero le traerá problemas.

—Váldemar, tu hermana es una chica lista, sabrá apañárselas aunque esté sola en Audeval.

—¿Y si Elian crece y se convierte en alguien..., no sé, impositivo? ¿Y si descubre cómo es Fidelia e intenta hacer que cambie? ¿Y si lo intenta a la fuerza?

Elvia percibió el temor de Váldemar a que su hermana lo pasara mal y ni él ni Félix pudieran estar ahí para ayudarlo. Miedo aderezado con una pizca de impotencia.

Elvia le tocó suavemente el brazo con la intención de animarlo. Le habría preguntado si no se le había ocurrido irse con ella, pero la respuesta estaba más que clara: aunque no era inusual que la reina llevara a la corte a miembros de su familia, Váldemar era un licántropo. La única corte en la que toleraban su presencia era en la suya.

—No se va muy lejos —recordó—. Podrás visitarla a menudo.

—Dada mi condición, no sé si me permitirán el acceso a su palacio... O a su reino, puestos a ser realistas.

—Entonces, yo iré contigo. Soy capaz de domesticar al lobo, ¿no? Una vez que se demuestre, ¿qué excusa tendrán para rechazarte?

Váldemar la miró con los ojos titilantes y una sonrisa atrapada en su gesto serio. Se recostó sobre la hierba con las manos a la nuca y los ojos cerrados, dejando que el entorno pacificador le calmara.

—Puedes seguir escribiendo —le dijo a Elvia.

Pero ella ya no tenía ganas. Dejó las cosas en el suelo y se unió a él, girando la cabeza para mimarlo. Váldemar había notado cómo ella se tumbaba a su lado, pero no abrió los ojos. La joven aprovechó para contemplarlo sin remilgos y preguntarse qué había en su rostro que le atrapaba tanto. Su frente, su nariz, su mandíbula, su cuello...

Quería tocarle, sentir el tacto de su piel bajo los dedos. Váldemar abrió un ojo distraídamente y la miró, lo que hizo que a Elvia se le parara momentáneamente el corazón y se ruborizara, pero se las arregló para mantener la calma.

—¿No te molestan las alas? —preguntó él, frunciendo el ceño.

Ella sonrió de medio lado.

—Son más fuertes y flexibles de lo que parecen —respondió, procurando mantener un tono de voz controlado.

—Ah.

—Echaba de menos esto.

—¿El qué?

—Tumbarme en la hierba con alguien y simplemente sentir el mundo.

—¿Lo hacéis mucho en Álandor?

—Sí. Yo solía hacerlo con Alanys, una amiga, o con... —Su voz se extinguió antes de decir ese segundo nombre.

—¿Con? —exhortó Váldemar.

—Con Yilda.

—Ah, el hada que acompañó a Emberia hasta Bránvar, ¿verdad? La que fue condenada a vivir atrapada en un árbol.

—Sí, esa —afirmó la muchacha, algo desganada.

Váldemar volvió su cuerpo hacia ella y apoyó la cabeza en una mano.

—No evites mencionar cosas de tu vida porque creas que van a molestarte.

Ella desvió la mirada.

—No es solo eso, es que..., bueno, cada vez con más frecuencia, cuando me acuerdo de mi vida anterior..., ahora la veo distinta y hablar de ello es raro. Estar aquí ha cambiado un poco mi perspectiva.

—Pero eso es bueno, ¿te parece?

—Sí, supongo que sí. ¿Y qué hay de ti? ¿Tu perspectiva sigue siendo la misma?

Él alzó una ceja con un aire pensativo y cierta indecisión.

—No —admitió—. Tú la has cambiado. Félix dice que no podemos condenar a todo un grupo por lo que haya hecho uno de sus miembros, y tiene razón. No puedo culparte a ti por lo que hizo Emberia, al igual que tú no puedes culparme a mí por lo que hizo mi padre.

—No, no puedo. Nunca lo he hecho. De todas formas, entre nuestros padres y nosotros hay más en común que la pertenencia al mismo bando.

—Puede que hayamos heredado cosas de ellos, pero no nos determinan.

—¿Tú en qué te pareces a Saveiro?

El chico resopló como si aquella fuera una pregunta difícil de contestar.

—Quizás en la terquedad, y también pierdo el enfoque por culpa del resentimiento.

—Pero tú ya has salido de eso y creo que tu padre también...

—Bueno, se esfuerza por sanar la relación que tiene con vosotras, pero no por cuidar la que tiene conmigo.

Elvia nunca había experimentado un dolor tan ineludible como el que la aquejaba cada vez que veía a Saveiro tratar con desdén a su primogénito, cada vez que la esperanza se rompía en las pupilas de Váldegar. Habían discutido la tarde anterior y eso seguía persiguiendo al muchacho.

—Deberías volver a hablar con él e intentar suavizar las cosas. Os hará bien a ambos. Lo hace porque está atormentado —aseguró—. Mira cómo es con tus hermanos. Es buen padre y contigo no habría sido distinto de no ser por... Ya sabes. Creo que le ciega el dolor. No ve más allá de lo que eres por las noches.

—Quizás... Y en parte no le culpo. En parte, creo que hasta lo entiendo. A veces pienso que si no fuera por la maldición, yo sería como él, ¿sabes? Que si mi hermano estuviera en mi lugar, tal vez yo le hubiera dado la espalda igual que mi padre me la ha dado a mí.

Elvia se incorporó y le puso una mano en el rostro para llamar su atención.

—Eso no lo sabes, y de todas formas no eres así, Váldegar. No es la realidad.

Él le rodeó la muñeca sin dejar de mirarla a los ojos.

—¿Y tú? ¿Qué has heredado de tu madre?

Elvia retiró la mano y se apoyó sobre los codos. Debía de ser complicado para el príncipe hacer aquella pregunta.

—Lo desconozco. En la corte iridiscente no se habla de ella, y mucho menos en mi presencia. ¿Tú qué crees que he heredado?

—No lo sé. Me he pasado la vida pensando en ella, pero la verdad es que apenas sé cómo era. Bueno, sí, sé que era muy pasional. Para bien y para mal.

—¿Para bien y para mal?

—Para bien porque fue capaz de enamorarse a pesar de las costumbres de su raza, y para mal porque el amor le hizo ser vengativa.

—Tengo entendido que el sentimiento de venganza también es común entre los humanos.

—Sí, lo es, pero hay venganzas razonables y no razonables. La de tu madre no lo fue.

—Soy consciente. Me asombra la capacidad que tienes para hablar de ella sin parecer afectado.

—Lo hago por ti.

Ella separó los labios, sorprendida, pero pronto se recompuso.

—Gracias por la deferencia, pero no tienes que hacerlo. Me hubiera gustado conocerla, sí —reconoció—, y se puede decir que la añoro, aunque nunca la tuviera... Es contradictorio pero cierto. Más bien añoro la idea de tener una madre. Que tenga añoranza no significa que sienta cariño por ella o por su recuerdo.

El príncipe entornó los ojos.

—¿Y eso por qué?

—¿Cómo voy a hacerlo? Decidió que le importaba más vengarse que sobrevivir para cuidar de su hija... De una hija que la necesitaría.

Váldemar frunció el ceño. Nunca se había parado a pensar en cómo la ausencia de su madre había afectado a Elvia, un hada que no era un hada. Una humana que no era humana.

—Las hadas no tienen el concepto de maternidad que hay aquí —prosiguió—, porque no precisan de alguien mayor con quien tender lazos fuertes... Pero yo..., yo no soy como ellas. Y le dio igual.

El príncipe se incorporó y se apoyó sobre un lado para observar mejor a su acompañante.

—Era una mujer joven, le arrebataron al amor de su vida... A veces pensamos que los padres son invencibles. Creemos que tienen que serlo, pero la verdad es que son humanos... Bueno, en tu caso... Me refiero a que son vulnerables. Tienen inseguridades; cometen errores.

—Da igual. Te miro a ti, veo lo que te hizo sin que lo merecieras y no puedo evitar cuestionar sus valores. No estuvo bien. Tú no tenías la culpa.

—Lo hizo para castigar a mi padre, no a mí.

—Pero también te castigó a ti y a otra gente inocente. Sus intenciones no alteran los hechos. Tu maldición te afecta solo a ti, pero martiriza a más gente... Les duele a quienes te quieren, a quienes les importas.

Váldemar se quedó callado, con la expresión seria y los ojos refulgentes.

—¿Qué te hace pensar eso?

Elvia le sostuvo la mirada, consciente de que él tenía una sospecha acerca de cuál podía ser la respuesta que esperaba. Si la quería, la iba a tener.

—A mí me duele —declaró, y tragó saliva, sintiendo que encogía por momentos.

Fue una situación extraña. Sentía un nudo en la garganta, un peso indescriptible en el pecho. Era algo nuevo: terrible y hermoso al mismo tiempo.

Al príncipe se le aceleró la respiración ante la revelación implícita en aquellas palabras y también cayó presa de un impulso que no supo o no quiso dominar. Colocó sus dedos bajo el mentón de ella y le hizo alzar el rostro. Luego acarició su mejilla y le retiró una lágrima con el pulgar. La mestiza ni siquiera se había dado cuenta de que estaba llorando.

—Nada debería poder hacerte daño.

Y entonces la besó.

La unión de sus labios fue una caricia suave cargada de sentimiento. Váldemar había estado mucho tiempo engañándose a sí mismo, y aquel gesto le trajo una paz que no habría encontrado de ninguna otra manera.

Elvia, por su parte, sintió una sacudida, una descarga de energía que hizo que su corazón latiera desbocado y cada fibra de su ser se estremeciera. Había oído hablar de los besos, en la corte de su majestad había podido verlos, pero ni todos los poemas ni todas las definiciones lograrían hacerle justicia a lo que en realidad era. Lo que ella estaba sintiendo era más mágico que cualquier hechizo que los feéricos pudieran hacer de forma natural.

Cuando se separaron, sonrieron. Elvia enseñando los dientes, experimentando una mezcla extraña de incredulidad y alegría. Váldemar lo hizo con sutileza, pero sus ojos relucían; sentía calidez y el principio de una devoción que no haría más que crecer.

—Qué inesperado —susurró la mestiza, aunque no parecía en absoluto contrariada.

—¿Lo es? —inquirió el maldito, todavía muy cerca de ella.

La joven tragó saliva.

—No —admitió, y esta vez fue ella quien buscó el contacto, entrelazando sus manos.

Era sorprendentemente placentero sentir el roce de su piel sobre la propia. El aire vibraba entre los dos, y el resentimiento o las dudas que pudieran albergar se esfumaron. Elvia se sentía embriagada al descubrir esa manera de relacionarse con otra persona.

Se recostaron sobre la hierba de nuevo y se miraron. Elvia se perdió en sus ojos azules de tormenta y él contempló sus hermosas facciones de ninfa.

La muchacha arrugó el entrecejo.

—¿Qué pasa? —preguntó él, separándose un poco.

Un pensamiento había cruzado la mente de Elvia: estaba condenada a seguir los pasos de su madre y eso quizá significaba que compartirían el mismo destino. Pero no lo expuso así.

—No podemos —murmuró—. ¿No?

Él le acarició el rostro mientras exhalaba un suspiro.

—No lo sé. No sé cómo reaccionarían los demás. No pensemos en eso ahora.

—¿Y en qué quieres pensar?

—En ti. En mí. Todavía estoy asimilando que acabo de besarte y que me has devuelto el beso.

Elvia tragó saliva y sonrió.

El momento de madurar

En uno de los salones privados del rey, Saveiro jugaba al ajedrez con Teobaldo mientras Luciano repasaba unos documentos y unas cuentas. Al monarca le gustaba rodearse de buenos amigos, capaces y leales. Los conocía desde hacía mucho tiempo. Estuvieron a su lado cuando murió su padre. Eran solo unos muchachos, pero supieron estar a la altura de las circunstancias.

El alfil de Teobaldo acabó con su reina.

«Maldita sea», se dijo. Estaba demasiado distraído pensando en su hija y en el futuro que le aguardaba. Sabía de sobra que no quería casarse. Había recibido la misma educación que la inmensa mayoría de mujeres de alta alcurnia y, sin embargo, era muy diferente. No se conformaba con lo impuesto, era irreverente y ansiaba una independencia que no debía tener. Esa actitud estaba fuera de lugar.

Movió pieza y la jugada dejó sin protección a su rey.

—¿Qué os pasa, majestad? —preguntó Teobaldo—. A estas alturas ya me habríais vencido.

Saveiro se reclinó sobre su asiento y chasqueó la lengua.

—Pienso en mi hija. No sé si está preparada para contraer matrimonio.

—Tiene dieciocho años. Es mayor que muchas otras.

—Pero sabes cómo es. Necesita espacio, libertad.

—No entiendo por qué han germinado esas ideas en su cabeza —comentó Teobaldo—. Ha tenido una educación ejemplar.

—No lo sé, pero estoy convencido de que convirtiéndola en reina consorte le estamos haciendo un flaco favor. Tendría más posibilidades de ser feliz siendo una noble más, no la esposa de un rey.

Teobaldo carraspeó.

—No quiero ser impertinente, majestad, pero pecáis de sentimental. Vuestra hija es una princesa y tiene un cometido acorde a la magnitud de su rango: afianzar relaciones. Se convertirá en la reina de Audeval y vuestro hijo gobernará en Myrendul, lo que sin duda beneficiará a toda la península.

—Sí, tienes razón...

—Es normal que su majestad piense en la felicidad de su hija —opinó Luciano, interviniendo por primera vez. Los miraba desde un pequeño escritorio—. Es algo humano.

—Pero resulta poco práctico. La princesa todavía es joven, majestad, pero en cuanto madure un poco comprenderá que las cosas son como tienen que ser.

Saveiro se rascó la barbilla y se acordó de su esposa. Genoveva siempre había sido dócil y sensata. Se casó cuando tenía la misma edad que Fidelia y hasta el bautizo de su primogénito siempre fue feliz. O esa era la impresión que tenía él. ¿Se trataba de una ilusión? ¿Era un engaño de su memoria? No, Saveiro estaba seguro de que Genoveva sintió júbilo durante el primer año de matrimonio. Luego llegó el maleficio y, aun así, tras pasar un par de semanas alicaída y atormentada, se esforzó por alzar la cabeza y enfrentarse a la vida con una sonrisa. Durante el día se mantenía serena y contenta, aunque por las noches lloraba, y sus sollozos se mezclaban con los aullidos de los lobos. Después se produjo el accidente con Váldemar y Fidelia, y su fuerza se quebró por completo. Su cordura se resquebrajó.

Saveiro la echaba de menos. Más de lo que habría imaginado.

Y Constanza..., en fin, era muy distinta a su hermana. No había contraído matrimonio y todos asumían que se debía a la pena que sentía por la pérdida de su prometido. Algunos señalaban su soltería como el luto más largo del mundo. Pero Saveiro sabía que las cosas no eran tan simples. Constanza era hermética y autosuficiente. Fría y calculadora.

La entrada del ujier de cámara interrumpió el hilo de sus pensamientos. Anunció que el príncipe Váldemar solicitaba hablar con el rey. Saveiro puso los ojos en blanco e hizo un ademán permisivo.

Su hijo mayor se presentó ante él. Iba bien vestido, aunque con unas ojeras difíciles de pasar por alto. Apenas era mediodía, por lo que no debía de haber dormido mucho. Pese a todo, su porte era muy digno, con los hombros firmes y las facciones endurecidas. Qué gran sucesor podría haber sido... Tal ocurrencia hizo que su corazón se contrajera.

—Padre, quiero hablar contigo —anunció el joven. Miró a los dos consejeros—. A solas.

Saveiro asintió en dirección a sus amigos y ellos se retiraron tras una breve y mecánica inclinación de cabeza.

—¿Qué quieres? —inquirió una vez que se hubo cerrado la puerta.

—Aprender. Quiero que me expliques por qué dijiste que el verdadero sufrimiento está en el autocastigo.

El rey torció levemente la mandíbula e infló de aire sus pulmones.

—Porque es lo único de lo que no te puedes desprender.

—¿Tú lo sientes?

—Claro que sí. Todos los días, a todas horas. Tú no eres más que un recordatorio constante de todo lo que hice mal. Eres un error con el que tengo que convivir.

—No soy un error, padre, soy tu hijo.

—Sí, lo eres. Pero no el que estaba destinado a tener. Yo te vi antes de convertirte en esto, Váldemar. Te miré a los ojos y supe cómo serías. Orgulloso, fiero, valeroso. Un rey. Tú..., tú no eres más que un alma atormentada que se pasa la vida compadeciéndose de sí misma.

El brillo incesante en las pupilas del chico titiló un segundo.

—Eso no es verdad —replicó—. He hecho todo lo que se me ha ocurrido para obtener tu aprobación. A pesar de las circunstancias, he salido adelante. Sé lidiar con el lobo.

—Quizá tú sí, pero los demás no. Y eso no basta. Nada de lo que hagamos anulará la maldición.

—Padre...

—No —cortó—. Si no tienes más preguntas, vete, Váldemar. Vete.

Era demasiado. Aquel asunto no solo le dolía; también le enfurecía.

Su hijo separó los labios para seguir discutiendo, pero estaba cansado. No merecía la pena, lo sabía.

Y aun así..., aun así no podía dejar de intentarlo. Quería ser capaz de ver cómo su padre le despreciaba y que no le importara. Quería ser inmune a ese desdén. Pero no lo era. Ansiaba su cariño y su comprensión, anhelaba tener con él el tipo de relación que tenían sus hermanos.

Pero era un sueño imposible. Su mente lo sabía; su corazón se resistía a aceptarlo. Se fue sin insistir en dirección a sus aposentos, donde abrió el ventanal y salió al balcón. Aunque la llegada del invierno era inminente, los jardines estaban llenos de vida. Fidelia y Elian estaban dando uno de sus paseos, para variar, mientras que Elísabet y Constanza charlaban amigablemente bajo uno de los sauces, donde habían dispuesto una pequeña

mesa con unos aperitivos. Dos sirvientas aguardaban junto a ellas, preparadas para acatar cualquier orden de sus señoras.

Y al fondo, junto a la muralla revestida por una enredadera, Elvia se elevaba para estudiar las diminutas flores que crecían entre sus tallos.

El príncipe hizo uso de su competente vista de licántropo para observar a la joven. Era una criatura extraordinaria: fuerte, decidida, valiente pero no invencible. Era única y la habían martirizado por ello. Era una rosa que se alzaba contra el viento.

Todavía sentía el sabor de ese primer beso en sus labios.

Hasta hacía un par de días no se había parado a pensar en la naturaleza de los sentimientos que Elvia le despertaba. La sospecha había germinado en su interior hacía ya un tiempo, pero se había estado negando el derecho a inspeccionar la idea por miedo a descubrir algo a lo que quizá no sabría enfrentarse. Pero ahora se daba cuenta de que, aun siendo controvertido, estaba bien. Dejando al margen los prejuicios y la dureza de los demás, lo que sentía era bonito. Puro. No podía ser un error a pesar de todo lo que había detrás, de cómo se entrelazaba su historia.

El rey había matado a los padres de Elvia; Emberia había proveído innumerables noches de sufrimiento a Váldemar.

Y aun así...

Aun así, eran capaces de volar más allá de esa cárcel, de esas cadenas.

—Te noto pensativo.

La llegada de Félix le sobresaltó, aunque no dio muestra de ello.

—Aburrido, más bien.

—¿Mirabas a Elvia?

¿Tan evidente resultaba? Se dijo que negándolo lo evidenciaría más.

—Me pregunto qué le parece todo esto.

—¿No has hablado con ella? Tengo entendido que la mañana que estuvo indispuesta la acompañaste un rato.

Váldemar apretó los puños.

—No tenía nada mejor que hacer y me pareció que sería un buen gesto por parte de nuestra familia.

—Claro —asintió Félix, en modo alguno convencido. Le dio un mordisco a la manzana que llevaba consigo.

Al mayor no le entusiasmaba que su hermano supiera lo que la mestiza le inspiraba, aunque tampoco pretendía engañarle.

—Padre la ha mandado llamar —informó el príncipe heredero—. Precisamente porque quiere saber cuáles son sus impresiones, si está a gusto y

demás.

El licántropo no se alteró, pero miró a Elvia con una renovada inquietud, consciente de que su padre no era el hombre más cordial del mundo, y mucho menos con las hadas, pero entonces recordó cómo la feérica encaraba a todos aquellos que le faltaban al respeto.

Suspiró y vio cómo Luciano Mortier se acercaba a Elvia y cruzaba unas palabras con ella, que lo siguió de vuelta al interior del castillo.

Félix lo miró con una expresión taimada, esperando alguna reacción por su parte.

—¿Qué?

—Bueno, Val, ya sabes que me gusta pasar tiempo contigo, pero no he venido solo para eso. Padre también quiere hablar contigo.

—¿Ahora?

—Ahora. Espabila, que no llegas.

¿Tendría algo que ver con su reciente discusión? Váldemar torció la boca y se despegó de la barandilla para echar a andar apresuradamente hasta el despacho donde su padre solía encerrarse cada mañana. Cuando dobló la esquina del pasillo correspondiente, vio que Elvia estaba parada frente a la puerta, junto a Luciano. Se volvieron hacia él y aguardaron.

—Ya estáis aquí —dijo el consejero, satisfecho—. Muy bien, el rey quiere hablar con ambos. No durará mucho.

Los citados cruzaron una mirada y procuraron mantenerse serenos y cautos. Hicieron una señal al ujier de cámara y entraron.

La habitación que los recibió era una pequeña y austera sala de estar con una mesa, una chimenea y paredes oscuras revestidas con retratos de miembros de la familia Terrafil. La estancia servía como recepción y solo desde ella se accedía al despacho, pero no fue necesario, dado que Saveiro ya esperaba allí, mirando distraídamente una de las pinturas. Se giró para estar cara a cara con los recién llegados en cuanto los oyó pasar.

—Bien, habéis llegado pronto —dijo. Luciano se perdió tras una de las dos puertas laterales y los dejó solos—. Veréis, he estado pensando mucho y se me ha ocurrido una cosa, pero, antes de compartir esa idea con vosotros, me gustaría que Elvia me contara qué opina de mi castillo y mi ciudad.

La feérica dio un paso al frente.

—Son lugares muy interesantes y en ellos he descubierto cosas que me llaman mucho la atención.

—¿Como por ejemplo?

Ella desvió un instante la mirada en un gesto pensativo.

—El arte. Está por todas partes. Los libros, la arquitectura... Más allá de la música y la danza, las hadas no sabemos hacer nada parecido, y en cambio aquí abunda el talento.

—Ajá. ¿Qué más? Dime qué es lo que vas a decirle a tu reina.

—Creo que es imperativo resaltar las cualidades que tienen vuestros hijos. Los tres. Félix hace gala de auténtica predisposición para gobernar de forma correcta, pensando en todos sus súbditos. Fidelia es valiente y generosa. En cuanto a Váldeamar... —Elvia le dirigió una rápida mirada al susodicho y luego volvió a posar la vista en el monarca—, tiene buen corazón. Se preocupa por los demás. Es abnegado.

Saveiro alzó una ceja y se rascó la barbilla.

—Ya veo. Así que es cierto lo que dicen; habéis congeniado.

—Nos llevábamos mal al principio —explicó Váldeamar—, pero luego entendimos que era un enfrentamiento que no valía la pena.

—Bueno, me alegra que me lo digáis, porque vais a pasar unos cuantos días juntos.

—¿Cómo? —repitieron al unísono.

—Ha sido idea de Félix, pero en cuanto me lo ha propuesto he sabido que sería positivo. Elvia, considero oportuno que regreses al Bosque Maravilla unos días, entre el solsticio de invierno y fin de año. Te vendrá bien un descanso. Mi hijo mayor irá contigo. Es una forma de cambiar los papeles. Es lo justo y me parece beneficioso para la nueva alianza que pretendemos fraguar.

Ninguno de los dos sabía qué responder, pero Elvia se obligó a romper el silencio:

—Gracias por permitirme regresar unos días, majestad, habéis sido muy considerado.

—Padre, no creo... —farfulló Váldeamar.

—Es lo mejor. Y tú no tendrás más problemas con la luna de los que tienes cuando estás aquí. Lidiarás con ello igual que has hecho siempre, ¿entendido?

Váldeamar no se sintió con ánimo para replicar.

—Entendido.

—Esta misma tarde enviaré un emisario para que se lo haga saber a la reina Sibyl. Eso es todo.

Ambos hicieron una rápida reverencia y se fueron.

Cuando las puertas se cerraron a sus espaldas, se miraron. No había nadie en el pasillo.

—Qué raro —musitó Elvia.

—No me da buenas vibraciones que quiera alejarnos del castillo.

—¿Por qué?

—No lo sé. Simplemente no me gusta.

—¿Y si se trata de una estrategia diplomática, tal y como ha sugerido?

El príncipe se llevó una mano a la nuca, que frotó con aire distraído.

—Quizá solo quiera perdernos de vista un tiempo. Ni tú ni yo le gustamos, después de todo... Tal vez ha visto la ocasión de alejarnos de él unos días y no ha querido desperdiciarla.

—Un momento, ha dicho que la idea ha sido de tu hermano.

—Sí, lo sé. Y es posible que mi padre haya aceptado la sugerencia por lo que te he comentado, pero seguimos sin saber por qué Félix ha propuesto tal cosa...

—Bueno, viniendo de él no me preocupa mucho.

—Iré a verlo.

—Muy bien.

Fueron repentinamente conscientes de que tenían que separarse y les costaba dar el primer paso en la dirección opuesta.

Váldemar tomó su mano y la acarició con cariño.

—Te veo luego —musitó.

Ella asintió y le contempló alejarse.

Proteger a un hermano

El hilo atravesó la tela con facilidad y fluidez. Aquel gesto tan sencillo era increíblemente relajante para Félix. Se planteó deshacer lo conseguido en los últimos minutos porque estaba yendo en una dirección que no le convencía. Detuvo la trayectoria de sus dedos cuando oyó que alguien entraba en su alcoba. Se trataba de Váldemar, que no parecía demasiado contento.

—¿Qué tal la charla con padre?

—¿Tú qué crees? Al fin y al cabo, ha sido todo cosa tuya.

—Pero no sé qué ha pasado —apuntó el joven mientras dejaba sus utensilios a un lado.

—Pues que no he podido negarme y tendré que ir a la corte iridiscente a rodearme de criaturas de las que a duras penas me fío. Oh, y seguramente recibiré nuevas miradas de desprecio o compasión.

Félix se giró sobre el taburete en el que estaba sentado y encaró a su hermano:

—Pero si casi te he hecho un favor. Vas a pasar mucho tiempo con Elvia. ¿O me negarás que sientes algo por ella?

Ahí estaba. Lo había estado esperando.

—¿Como lo que sientes tú por Daliana? —contraatacó.

—¿Qué?

—Os oí una vez, al amanecer. Yo volvía del bosque y tú te encontrabas en sus aposentos. Estabas molesto porque acababas de enterarte de que se iba a casar con Dálavis.

Félix lo recordaba con más claridad de la que le gustaría. Hacía poco más de un año que ocurrió y todavía podía sentir el aroma que desprendía Daliana

en su lecho o el canto de los pájaros aquella mañana inusualmente cálida para ser otoñal.

«Mi padre le ha concedido mi mano en matrimonio a Conrad Dálavis. Nos casaremos en invierno».

Félix siempre había sabido que, por razones políticas, su idilio con Daliana estaba destinado al fracaso; sin embargo, no pudo evitar preguntarle si existía alguna forma de evitar el enlace. El enfado escapaba a su control. No con ella, por supuesto, sino con la vida y los caprichos del destino.

Y ahora resultaba que Váldemar había sido testigo de esa dolorosa y absurda discusión, aunque sabía que no lo había hecho a propósito.

—Maldito oído de lobo —se quejó—. Bueno, lo mío con Daliana es cosa del pasado, pero lo tuyo con Elvia está en ciernes.

—No hay nada con Elvia.

—No te esfuerces, Val, no me vas a convencer. Como mínimo te gusta. La doncella que cuidó de ella cuando se indispuso me contó los detalles. Le leíste un libro, le mojaste paños... Son detalles significativos.

Váldemar puso los ojos en blanco.

—Da igual, no me creo que ese sea el único motivo por el que has urdido todo esto.

Félix no insistió más en el tema de Elvia porque no le parecía justo, teniendo en cuenta que Váldemar sabía lo de Daliana desde hacía un año y no había comentado nada hasta ahora.

—No es solo por Elvia, ni mucho menos —reconoció—. Tú fíate de mí y punto.

—No, Félix, dímelo.

—No.

—*Félix*.

Él apretó la mandíbula y tomó aire.

—Vale. Los hombres de Bélicar se han enterado de que hay ciudadanos con conexiones travias que simpatizan con Danter Arrylar. Al parecer, intentarán liberarle en los días posteriores a la fiesta del solsticio.

Váldemar estrechó los ojos.

—¿Padre lo sabe?

—No. De momento son solo rumores y Bélicar no ha querido declarar nada.

Tenía sentido. El capitán de la guardia no podía poner en alerta al rey solo por habladurías.

—¿Y qué va a hacer?

—Tal vez permita que se perpetre el asalto a los calabozos y lo aproveche para detener a unos cuantos individuos. Pero no podemos arriesgarnos a que nos salga mal la jugada y ese cazador quede libre estando tú por aquí.

—Y se te ha ocurrido alejarme.

—En efecto. El Bosque Maravilla es un lugar seguro.

A Váldemar no le gustaba que le sobreprotegieran. No le gustaba que su hermano pequeño se tomara esas molestias para garantizar su bienestar, pero tampoco podía impedir que se preocupara por las personas a las que quería, precisamente porque él haría lo mismo.

—No me gusta la idea de esconderme.

—¿Quién dice nada de esconderse? Te vas en misión diplomática. Es lo que ha dicho su majestad.

Váldemar esbozó una media sonrisa.

—Me pregunto de dónde has sacado ese ingenio.

—Supongo que de tía Constanza.

—Es lo más probable, sí.

Sangre en la memoria

Su majestad subió las escaleras de caracol que conducían a lo alto de la torre donde su esposa pasaba los días y las noches. No iba acompañado, pues no deseaba compartir aquel momento con nadie, aunque sabía que era muy difícil encontrar a Genoveva sola. Tal y como esperaba, halló a su cuñada en la habitación, leyendo en voz alta para su hermana.

Su perseverancia y dedicación seguían siendo asombrosas. A pesar de los años transcurridos, de cómo la esperanza de una recuperación se había evaporado en los corazones de todos los cortesanos, Constanza Lagos seguía ahí, junto a la reina. Los recuerdos de la fatídica noche en que su esposa perdió la razón acudieron a su mente.

Era una noche sin luna. Váldemar tenía catorce años y Fidelia, once. Como era costumbre, los dos jugaban en una de las estancias que los miembros de la familia real tenía reservadas para pasar tiempo los unos con los otros. Genoveva estaba concentrada bordando con dos de sus damas de compañía cuando, en la habitación contigua, oyó un gruñido seguido de un grito y un potente llanto que no cesó. Corrió hacia allí y se encontró a Fidelia chillando, con la parte trasera de su vestido destrozada y teñida del carmesí de su propia sangre. A un lado, Váldemar se retorció en un pobre intento de transformarse del todo. Era una criatura aberrante, a medio camino entre el hombre y el lobo. Saveiro, que había estado ocupado enseñándole a Félix algunas nociones sobre armas, corrió hasta allí y pudo ver a su primogénito terminando de transformarse y huyendo velozmente hacia el bosque tras dejar a sus espaldas a su hermana malherida y a su madre al borde del desmayo.

La noche fue dura.

Váldemar había desgarrado piel y músculo, y Fidelia apenas podía moverse sin que le doliera todo. Constanza habló con los eruditos del castillo para que le explicaran cómo había podido pasar algo así en una noche sin luna y ellos le dijeron que la enorme esfera plateada, aunque no brillara, seguía estando ahí y podía tener cierta influencia en los licántropos adolescentes, cuya sangre siempre estaba alterada, revolucionada. Nadie lo habría esperado.

Genoveva enfermó del disgusto y tuvo que recibir atención médica.

Saveiro se pasó la noche preocupado por las dos mujeres más importantes de su vida. Váldemar regresó en su forma humana al amanecer, cansado y demacrado, lo que no impidió que lo primero que hiciera Saveiro al verle fuera darle un puñetazo que hizo que le sangrara la nariz. Váldemar lo recibió con pasividad, mirando a su padre con una mezcla de arrepentimiento y mortificación.

El rey suspiró para tranquilizarse. Habían pasado ya varios años desde aquello y no merecía la pena enfurecerse.

—¿Cómo está? —preguntó sin dejar de mirar a su reina de cabellos apagados.

—Como siempre —respondió Constanza.

Saveiro se acercó a su mujer, que estaba sentada en una historiada mecedora de madera frente a una ventana que le permitía ver la gran extensión de tierra que rodeaba Bránvar. Le acarició la mejilla con dulzura y plantó un tenue beso en su frente. No había estado loco de amor por ella, pero había aprendido a quererla, a apreciarla como una perfecta esposa, una madre excepcional y una gran reina.

—Me han dicho que vas a enviar a Váldemar al Bosque Maravilla —comentó entonces la condesa.

Saveiro se irguió.

—La próxima vez le diré a Teobaldo que te avise para que estés también en las reuniones y así se ahorrará el tener que contarte nada —comentó él con un tono sardónico.

Constanza hizo caso omiso del comentario.

—¿Lo haces para torturarlo? Porque no creo que tu hijo vaya a pasarlo muy bien por allí.

—Creo que es importante que las hadas convivan con él y conozcan la magnitud de lo que hizo Emberia.

—Entiendo.

Sí, claro que lo entendía. Era una forma sutil de reproche.

—¿Qué hay de lo que te pedí? —preguntó el rey de pronto—. ¿Has averiguado cosas sobre Elvia?

—Tengo a alguien trabajando en ello. Si hay algo de lo que informar, lo sabré.

—Lo sabremos —puntualizó él—. Quiero estar contigo cuando recibas la información.

Constanza alzó una de sus perfiladas cejas.

—Cualquiera diría que no te fías de mí.

—Lo hago, pero no sé hasta qué punto ese espía es fiable... Quiero juzgarle con mis propios ojos cuando cuente lo que sea que tenga que contar.

—Muy bien. Te avisaré. —Hizo una pausa—. ¿Cuándo esperamos respuesta del rey de Travia sobre lo de su cazador?

—Para principios del mes que viene, como pronto. Es posible que su majestad se haga de rogar en este asunto.

—En ese caso, no deberías concederle todo el poder a él. Juzguemos a Arrylar como juzgaríamos a cualquier myrendulense.

—Eso nos convertiría en enemigos de Travia; recordemos lo orgulloso que es su monarca. No sería un movimiento astuto. Me sorprende que yerres en algo tan obvio, Constanza.

—El juicio no tendría que ser público. El veredicto sería la muerte, como es natural, y podríamos fingir que enferma en las celdas y fallece a causa de una pulmonía o algo así. La culpa recaería sobre Travia por haber alargado el proceso con su silencio.

—No es prudente, Constanza. Y no somos unos cualquiera. Lo que hagamos repercutirá en nuestro pueblo, tendrá consecuencias para todos. Hay que ser cautelosos.

—Precisamente por eso, porque no somos unos cualquiera, deberíamos reaccionar. Lo que no podemos permitir es que la dignidad de la familia quede dañada por el atrevimiento de un extranjero. A veces, para los demás, la prudencia se traduce en cobardía.

—Hablas condicionada por el amor que sientes por Váldemar.

—Y tú, por el rechazo.

—No, yo hablo desde el punto de vista de un rey, que es lo que soy, aunque parece que lo has olvidado. La discusión acaba aquí.

Tras esa estricta conclusión, Saveiro miró intensamente a Constanza, esperando algún tipo de réplica por su parte, pero esta no llegó. La mujer sabía que ya no había más límites que mereciera la pena cruzar. Ante el silencio, su majestad se retiró.

Desvelos

Fidelia despertó en plena madrugada. No lo hizo con sobresalto o agitación, pero un sueño era el responsable. Rodeada de la semioscuridad propiciada por la noche y la luna, la joven cambió de postura y dejó que sus ojos se perdieran en los rayos que habían abierto un camino entre las cortinas.

No recordaba el sueño con claridad, pero había algo que todavía relampagueaba en su retina; un rostro enigmático de cabellos púrpura e iris verdosos.

Eileen de Otoño.

Su corazón se aceleró al evocar el nombre en su mente. Aquella feérica no era normal. No para ella, al menos. Cada vez que la veía, sentía que no podía apartar la mirada. Sus contados pero intensos encuentros refulgían en su memoria con inusual fuerza. ¿Por qué? Había algo sumamente atrayente en ella, pero no tenía sentido. Para el resto no parecía que Eileen fuera más hermosa o mágica que cualquiera de las otras hadas...

¿Por qué ella la veía diferente?

Fidelia empezó a dar vueltas en la cama, agobiada. Alzó su mano, que se recortó entre la penumbra, y observó la silueta mientras recordaba cómo Eileen había entrelazado los dedos con los suyos poco después de que despertara de su estado convaleciente.

Habían hablado de sentimientos. Fidelia le había dicho que sabía que las hadas no vivían las emociones de la misma manera que los humanos.

«No todas», le había respondido.

¿A qué se refería? La princesa estaba al tanto de que algunas feéricas se salían de la norma, como fue el caso de Emberia de Invierno, pero ¿hasta qué punto no era aquello algo excepcional?

Se levantó, sintiéndose asfixiada por el peso de las sábanas, y empezó a dar vueltas por la habitación tras descorrer las cortinas. La luz lunar no era gran cosa, pero otorgaba la suficiente visibilidad.

Brígida oyó su caminar inquieto y entró en la alcoba para comprobar que todo estaba en orden.

—¿No podéis dormir? —preguntó.

Fidelia no se giró para mirarla. Se había detenido junto a la chimenea apagada y tragaba saliva con dificultad. No entendía por qué, pero tenía un nudo en la garganta y un manojo de nervios en el estómago. Lo que le inspiraba Eileen le impulsaba a replantearse lo que siempre había creído entender sobre sí misma. La comprensión de lo que pasaba había llegado hacía un tiempo, pero solo ahora se dignaba a reconocerlo ante sí misma.

La feérica le gustaba como también le había gustado Rory Kartai. Seguramente más.

Su doncella se le acercó y, con suavidad, le colocó una mano en el hombro. Fidelia puso la suya encima, agradeciendo el gesto, queriendo sentir a su amiga cerca.

—¿Es posible sentir atracción por una mujer si eres una mujer? —preguntó en un susurro.

Brígida no contestó al instante y Fidelia temió su reacción. Pero, como solía suceder, ella no le defraudó en comprensión y sabiduría.

—Sabemos que puede ocurrir entre hombres, como sugieren las crónicas sobre el rey Galard II o aseguran los escritos que dejaron los estudiosos del imperio travio, así que ¿por qué no iba a darse también con mujeres?

La muchacha dio la vuelta y agachó la cabeza, entre pensativa y decaída.

—¿Y qué crees que significa?

Los ojos de Brígida se endulzaron.

—No veo por qué tiene que significar algo diferente a la atracción que se da entre un hombre y una mujer. Sucede de forma natural, ¿verdad? Ocurre y punto, sin que nadie lo decida. ¿Por qué martirizarnos? ¿Qué os digo siempre, mi niña?

Fidelia esbozó una tenue sonrisa.

—La vida ya es lo suficientemente difícil como para que las personas la compliquemos más —recordó.

—Exacto. Me lo enseñó mi padre y no te puedes ni imaginar lo inteligente que era. Solo después de su muerte me di cuenta de que tenía razón.

La princesa abrazó a su doncella. Siempre estaba ahí cuando la necesitaba y era una mujer de recursos, resuelta y pragmática, además de bondadosa. A

Fidelia no se le pasó por alto que había evitado hacer preguntas incómodas o indagar sobre qué había empujado a la joven a tratar dichas cuestiones. Brígida era así, discreta, respetuosa y leal.

—Si queréis hablar conmigo de lo que sea, sabéis que podéis hacerlo, ¿verdad?

Pero Fidelia ignoraba cómo abordar la situación y prefería no darle más importancia de la que de momento tenía.

—Lo sé —contestó.

—Bien. Ahora, volved a la cama. Mañana nos espera un día largo.

Los festejos

Llegó el solsticio de invierno y, como sucedía en la inmensa mayoría de reinos, las celebraciones y festejos eran de carácter obligatorio.

En Myrendul, una considerable cantidad de aristócratas se reunirían en la capital para acompañar al rey en su fiesta y asistir a los torneos organizados allí.

Como era costumbre, Félix participaría y haría gala de sus habilidades en una justa que tendría lugar a mediodía. Habían dispuesto el recinto cerrado y lo habían adornado con estandartes y heráldicas de las casas más importantes; las galerías y los estrados para las damas y nobles que no competían tenían colgaduras de seda y ramilletes que, según se creía, aportaban suerte. En uno de los extremos, se habían levantado un par de tiendas donde los curanderos y escuderos aguardarían a que sus señores realizaran las hazañas que se esperaba de ellos. Los clarines y los laúdes no dejaron de sonar ni un instante mientras los asistentes llenaban los asientos.

Elvia estaba muy impaciente por ver semejante espectáculo, pues, aunque le habían explicado en qué consistía, le costaba imaginárselo. Su sitio estaba junto al palco real donde se acomodaría Saveiro y su familia, así como la reina Elísabet, quien llegó montada con elegancia sobre un bello palafrén blanco. Su cabello caía sobre su espalda como si fuera una cascada de oro oscuro bruñido por el sol.

El frío de diciembre obligó a la gente a protegerse con pesadas capas y abrigos de piel. Elvia llevaba una densa túnica de terciopelo; le espantaba la idea de ponerse restos de animal encima, aunque entendía que los humanos lo hicieran. Tenían un instinto de supervivencia sublime. Todavía no habían

inventado un material textil que les protegiera lo suficiente, pero, si algún día alguien lo hacía, con toda seguridad enriquecería sus bolsillos.

Váldemar estaba sentado a la izquierda de su padre, a unos centímetros de ella. El palco era más elevado que el resto de las gradas y por ello apenas podían mantener contacto visual, pero, en cuanto el príncipe llegó, cruzaron una mirada cómplice de la que nadie más se percató.

Constanza estaba detrás de su cuñado, acompañada por Teobaldo Málebran y Luciano Mortier, cuya hija se sentó al lado de Elvia.

Daliana, con su cabello liso y su mirada límpida, la saludó con amabilidad. Su vientre abultado apenas era perceptible bajo el grueso atuendo invernal. Su esposo había llegado la tarde anterior, no solo porque fuera miembro de una importante familia myrendulense, sino porque tenía fama como guerrero y siempre ofrecía espectáculos de lucha memorables. O eso decían. Era posible que su ya anciano y prepotente padre hubiera alimentado de más esos rumores. Los Dálavis eran una familia orgullosa, consciente de su riqueza y, por ende, importancia para la Corona.

La contienda dio comienzo y tanto caballeros de origen humilde como nobles reputados se enfrentaron con dignidad y valor. Presumían de sus habilidades ante sus superiores e iguales, montando sobre sus caballos y sujetando con vehemencia las lanzas.

Resultó ser un pasatiempo bastante grotesco, con un alto componente de violencia. A pesar de estar protegidos por una armadura, algunos de los vencidos caían sobre la tierra con parte del yelmo destrozado y la nariz o la boca sangrantes.

La primera parte finalizaba con el enfrentamiento de los dos príncipes, Félix Terrafil y Elian Marantil. Elvia se permitió respirar tranquila cuando le dijeron que lo hacían con armas simuladas. Eran el futuro de los reinos de la península verélica, no podían arriesgar su salud por un juego.

Si la familia Cáltrabas hubiera estado allí, Blanca, la prometida de Félix, habría atado un pañuelo a la lanza del príncipe, pero su ausencia hacía que tal responsabilidad cayera sobre los hombros de Fidelia. La princesa ya se había visto antes en esa tesitura, pero ahora era distinto.

—Félix va a enfrentarse a su prometido —comentó Constanza mientras los jinetes se preparaban—. Si se muestra a favor de su hermano, estará posicionándose en contra de Elian.

—No es inteligente —coincidió Luciano—. Dama Elvia debería ser quien lo haga. Así participaría de forma activa en esta tradición tan nuestra, ¿no? Ese es su cometido.

—Es lo más lógico —dijo Constanza mientras la mestiza se giraba para mirarles.

Saveiro se rascó la barbilla, pensativo.

—Sea —accedió.

No había duda de que, a nivel diplomático, era el movimiento más astuto. Que Fidelia le deseara suerte a su hermano en el propósito de derribar al príncipe de Audeval podría hacer que él se sintiera incómodo. Si en lugar de eso era la embajadora feérica quien lo hacía, la gente sería testigo de un signo más de acercamiento entre ambos pueblos.

Apariencias, gestos y formalidades aparentemente inútiles. Eso era la corte.

Daliana le prestó a Elvia un pañuelo de seda y ella se puso en pie en cuanto Félix se acercó con la lanza erguida para que se lo atase. Él le sonrió con amabilidad e inclinó la cabeza para agradecerse.

Miró a su oponente.

La situación era delicada porque, aunque nadie fuera a comentar nada negativo sobre ninguno de los dos por ser quienes eran, la reputación del que perdiera quedaría dañada. Era inevitable, dada la importancia que la mayoría de hombres le otorgaba a la supremacía física, a la fuerza, al talento para la pelea.

Félix no era de los que se dedicaban en cuerpo y alma a pulir esa clase de habilidades; tampoco Elian parecía contar con ninguna ventaja.

El hijo de Saveiro salió victorioso del primer choque; en el segundo, se dejó ganar, aunque lo hizo con tanto disimulo que solo los que le conocían bien repararon en ello. De ese modo, todo el mundo quedó satisfecho.

La segunda mitad llegó al cabo de unos minutos, después de que los presentes descansaran y tomaran algún refrigerio ardiente que les ayudara a mantenerse en calor.

Conrad Dálavis apareció en el circuito destilando altivez, sintiendo regocijo ante las miradas atentas de los nobles. Se acercó a su esposa con gesto altanero y tendió la lanza para que ella atara su prenda y le diera suerte.

Elvia pudo captar la satisfacción que Dálavis sentía por tener a Daliana, y en esa complacencia había también cierta devoción, interés por colmarla, por convertir su matrimonio en algo que todo el mundo envidiara.

Sonrió al público y se posicionó en el lugar correspondiente. Su contrincante era uno de los miembros más recientes del Grifo de Bronce, la orden de caballería más importante de Myrendul.

La confrontación fue dura, casi salvaje. La velocidad a la que corrían los caballos parecía antinatural y el mordisco que la lanza de Conrad le propició al casco del joven caballero fue muy intransigente. El vencido cayó al suelo con estrépito y permaneció aturdido hasta que los curanderos acudieron en su auxilio.

Los vítores provenientes de las gradas eran el trofeo que Dálavis realmente disfrutaba.

Al ver al pobre hombre derrotado en el suelo, jadeante y dolorido, envuelto por los aplausos y cerca de los caballos nerviosos, Elvia entendió de una forma nueva y diferente a todas las hadas que sentían cierta repulsa por la raza humana. Sin embargo, aquel comportamiento primario y cruel del que hacían gala resultaba fascinante porque también eran seres capaces de crear cosas hermosas y de vivir con intensidad; esa combinación tan discordante los hacía únicos, y eso era lo que feéricas como Norcia no querían ver.

Eran víctimas de una dualidad innata, una dualidad que los forzaba a escoger caminos, a tomar decisiones... Y si lo hacían bien, podían llegar muy lejos.

«Y yo también tengo algo de eso», pensó la joven, como ya había hecho en tantas otras ocasiones.

El resto del día estuvo coronado por dos importantes banquetes en la residencia real. El primero tuvo lugar entre los jardines y los salones bajos del castillo. La familia real disfrutó charlando con la aristocracia. Incluso Váldemar, que resultaba ligeramente intimidante para muchos, estuvo ocupado durante más tiempo del que le habría gustado.

Mientras un viejo duque le contaba lo inaudito que le parecía que un cazador travio se hubiera atrevido a amenazarle, Váldemar fijó sus ojos azules en Elvia, que andaba sola entre los rosales, observando concentrada todo lo que la rodeaba. El principio de una sonrisa curvó la comisura de sus labios.

—¿Verdad que sí, alteza? —inquirió el duque.

—Eh..., sí, desde luego —contestó él, desorientado. No sabía de qué le estaba hablando. Su mente no podía centrarse en nada que no fuera la embajadora feérica.

Tuvo que marcharse al cabo de unas horas, dispuesto a prepararse para pasar la noche en el bosque.

El segundo y último banquete, a la hora de cenar, se sirvió en el comedor principal. Hubo música, bailes e incluso una representación teatral por parte

de una compañía originaria de Puerto Esturi3n, cuya fama traspasaba las fronteras del reino.

La obra era una tragicomedia de un prolífico autor al que nadie parecía conceder la menor importancia.

Elvia descubrió que, pese al éxito que cosechaba aquella clase de funciones, los autores apenas obtenían reconocimiento y, si lo tenían, no era comparable al de los actores. No obstante, aquel oficio no se consideraba especialmente digno y, aunque las mujeres podían dedicarse a él, les perseguía una reputación peor que a sus compañeros varones, ya mala de por sí.

De nuevo, cosas absurdas para cualquiera que se hubiera criado en una corte iridiscente.

La mestiza se dedicó a observar las caras de los asistentes para intentar leer lo que escondían sus expresiones y encontró todo tipo de emociones, aunque hubo una que le llamó la atención: la de la princesa.

Los ojos de Fidelia refulgían con una fuerza inusual. En ellos se adivinaba un anhelo. Sí, eso era. ¿Acaso soñaba con formar parte de un espectáculo de aquella índole? No era ningún secreto que la vida de princesa le hastiaba.

La función duró casi dos horas y el ánimo del público varió de la risa más incontrolable hasta la pena más profunda. Elvia, que al principio se había distraído reflexionando sobre diversas cuestiones, se descubrió a sí misma incapaz de parpadear, con el corazón en un puño mientras uno de los personajes femeninos recitaba un soliloquio sobrecogedor acerca de la pérdida de uno mismo. La actriz le daba a cada palabra un matiz especial, pero el mérito no solo recaía en su interpretación, también en el texto sobre el que trabajaba. Quería saber quién lo había escrito, pero era posible que el autor ni siquiera estuviera allí.

Llegaron los últimos versos y con ellos, los aplausos. Todos estaban emocionados y Elvia lamentó que Váldemar no estuviera a su lado para poder compartir con él sus impresiones.

El intruso

Bajo una luna blanca y palpitante, el lobo corría incitado por un olor que había percibido por casualidad. No se trataba de un aroma cualquiera.

Había otro como él en sus dominios.

Probablemente estuviera huyendo de su aldea, viajando con la intención de asentarse en otro lado.

Los licántropos toleraban la presencia de lobos comunes, pero no de otros licántropos. Los asumían como rivales y era algo que no podían evitar, aunque estuvieran en pleno uso de sus facultades. Ni siquiera bajo la forma humana eran capaces de contener la hostilidad. Aparecía entre ellos quisieran o no.

La única posibilidad de convivencia radicaba en una manada sometida a una estricta jerarquía, pero los lobos solitarios como ellos tenían características de alfa y no se relegarían a ser otra cosa.

Lo encontró junto al cadáver ensangrentado de un venado y, en cuanto le oyó llegar, alzó la cabeza y se volvió parcialmente para escrutarle con un brillo peligroso en sus pupilas. Tenía el pelaje gris y un tamaño considerable. Le mostró las fauces en un gruñido, y sus dientes jaspeados destellaron.

Aparte de para cumplir con la voluntad de sus instintos, Váldemar tenía otra razón por la que deseaba echar a ese individuo de sus tierras: su mera existencia ponía en riesgo las vidas de todos los branvarianos. El extraño visitante no estaría encerrado durante la próxima luna llena, así que debía marcharse, desaparecer de allí. Vio en sus ojos ambarinos que no se lo pondría fácil.

Se enzarzaron en una cruenta lucha cuerpo a cuerpo.

Una pírrica victoria

—Elísabet me dejó caer que la boda debería celebrarse en Audeval —le explicó Constanza a su cuñado.

Se habían reunido después de desayunar para tratar algunos asuntos relativos al matrimonio de Fidelia y Elian. Los dos estaban cansados debido a la fiesta del día anterior, pero Saveiro no quería dejar nada al azar.

—Eso sería lo lógico —afirmó—. ¿Tienes alguna objeción al respecto? Constanza torció el gesto.

—Creo que un acontecimiento de ese calibre puede ser...

—Majestad —interrumpió de pronto Luciano, que había entrado en el despacho casi con atropello—, el capitán Caiss acaba de decirme que el príncipe Váldemar no ha regresado.

El rey frunció el ceño.

—¿Cómo?

Siempre había alguien pendiente de los movimientos de su hijo, generalmente un miembro de la guardia real. Váldemar no siempre llegaba justo después del amanecer, puesto que a veces se entretenía por el camino, pero era más de mediodía y eso sí que era inusual.

—He dado la orden de que revisen sus aposentos y otros lugares en los que podría estar en caso de que se nos haya pasado su llegada, pero no aparece.

Saveiro suspiró, cansado. No quería más problemas, aunque no podía ignorar que su trabajo era justo proporcionar soluciones. Por su mente desfiló la idea de que quizá no encontraran a Váldemar y eso le hizo sentir alivio.

Se centró en cumplir con su deber.

—Enviad cuantos destacamentos juzguéis oportunos para dar con él. Peinad el bosque y las montañas hasta que averigüéis algo.

—Sí, majestad.

—Luciano —llamó entonces Constanza. El hombre se detuvo, expectante—. Avisad a Elvia de Otoño y que se encargue de buscarle desde el aire. Cubrirá más terreno que nuestros hombres.

—Buena idea —elogió el consejero antes de volver corriendo sobre sus pasos.

Saveiro miró de soslayo a la condesa.

—Te noto alterada.

—Tú también deberíais estarlo —siseó ella.

Pero aquel reproche apenas despertó la conciencia del rey.

Elvia estaba rehaciendo las trenzas que adornaban su cabello castaño cuando Luciano Mortier solicitó hablar con ella desde el umbral de la puerta de su alcoba. La joven le dio permiso para entrar y aguardó, preocupada al percatarse de la impaciencia que desprendía el hombre.

—Necesitamos que nos ayudéis, dama Elvia. El príncipe Váldemar no ha regresado al castillo. Creemos que sigue en el bosque.

—¿Y no puede ser que permanezca allí por voluntad propia?

—Es raro. Alguna vez se demora más de lo habitual, pero no tanto como hoy.

Elvia sabía que Luciano era un hombre sensato y perspicaz. Si estaba inquieto, no era por capricho. Se levantó con decisión y abandonaron la estancia.

—Ponedme al día de todo.

—Tenemos a una veintena de hombres peinando el bosque y las montañas, y hemos contactado con un par de pastores para que los guíen por las sendas más intrincadas.

—¿Qué hay de Danter Arrylar?

—En su celda.

—Vale —murmuró Elvia, más para sí misma que para su acompañante—. ¿Es posible que viniera acompañado y no lo supiéramos?

Luciano iba a contestar, pero entonces se toparon de frente con los mellizos Terrafil, que acababan de enterarse de la noticia.

—Queremos ayudar —declaró Félix.

—Yo ya he ordenado que preparen nuestras monturas —dijo Fidelia—, pero queríamos hablar con vos primero para saber cómo ser más útiles.

—No estoy seguro de que vuestro padre apruebe que vayáis, princesa.

—Me da igual. Iré con o sin su permiso.

Luciano suspiró.

—Hablad con Bélicar y él os dirá qué hacer.

Los dos asintieron y, tras cruzar una mirada con Elvia, se marcharon. Luciano y la embajadora también se despidieron.

El hada tenía ganas de salir de allí para poder alzar el vuelo y, en cuanto puso un pie en el jardín, apenas tardó dos segundos en hacerlo. El sol estaba cubierto por unas nubes blancas que habían conquistado la totalidad del cielo, y sintió el frío de la brisa invernal sacudiendo la tela de su vestido; no le importó. Cuanta menos ropa llevara, más rápido se movería.

Vio a los hombres del rey recorriendo el bosque que se extendía por las montañas y sus faldas, algunos a caballo y otros a pie, para llegar a los rincones más inaccesibles. Por fortuna, el otoño había despojado a los árboles de su manto floral y era más sencillo estudiar determinadas zonas.

No quería precipitarse y pasar detalles por alto porque le haría perder tiempo, retrocediendo una y otra vez, y tiempo era justo lo que no tenía. Si Váldemar estaba en apuros, el problema podía agravarse cuanto más rato pasara.

Por fin, después de infinitos minutos de casi desesperación, Elvia vio algo. Un cuerpo humano. Descendió a toda velocidad y, cuando estuvo a unos metros, constató que no era Váldemar, pero no podía darle la espalda a aquella persona malherida.

Era un hombre de unos treinta años, quizá menos, y estaba completamente desnudo. Tenía marcas de dientes sobre la piel y carne desgarrada en el costado, además del cuello en una posición extraña. Estaba muerto.

Elvia tragó saliva y notó cómo el miedo empezaba a atenazarle las entrañas. Tenía la clara firma de un lobo, pero podría tratarse de uno cualquiera... Váldemar era consciente de lo que hacía, pues la luna llena quedaba lejos. Quizás hubiera sido un can normal. El príncipe no podía ser el responsable de tal atrocidad. No podía.

Evaluó el entorno, asumiendo que no encontraría gran cosa, y descubrió su error al intuir un rastro sobre la tierra y las hojas secas. El atacante se había ido por allí. Se elevó y siguió las pistas hasta un arroyo y ahí, en la orilla, lo vio.

Gritó su nombre y corrió hacia él. Estaba bocabajo y tenía la espalda repleta de rasguños. Cayó a su lado con fuerza, pero le dio igual, solo quería comprobar que estaba bien. Le dio la vuelta y le colocó la cabeza sobre su regazo. Su tez presentaba una tonalidad demasiado pálida. Su respiración apenas perceptible le indicó que estaba vivo, pero también débil.

—Váldemar —susurró, y le dio unas palmaditas en la mejilla. Le acarició el rostro con cuidado y miró a su alrededor en un afán de ver algo o a alguien que pudiera ayudarlo, pero estaba sola.

Reconstruyó qué era lo que con toda probabilidad había sucedido la noche anterior. Váldemar había salido herido del enfrentamiento contra ese humano, fuera quien fuera, y había querido llegar al arroyo para limpiarse las heridas. O tal vez pretendía regresar al castillo y no le dio tiempo. Y no se lo habría dado, teniendo en cuenta que lo que surcaba su piel no eran rasguños superficiales. Estaban en una de las montañas, más cerca de la falda que de la cima, pero lejos aun así.

Lo envolvió utilizando su propia capa, cubriéndole la piel, esperando que le ayudara a mantener controlada una temperatura que no hacía más que descender. Tendría que dejarle solo unos momentos para ir a buscar ayuda. Antes de alzar el vuelo, tuvo que repetirse un par de veces lo importante que era ahorrar tiempo. Por suerte, quienes estaban más próximos a su posición se hallaban a una distancia muy corta. Félix y Fidelia aparecieron montados sobre sus espléndidos palafrenes. Al ver a Elvia, alterada e impaciente, galoparon en su dirección.

—Menos mal que estáis aquí —dijo, olvidándose de toda formalidad—. Vuestro hermano está allí, al otro lado de esa pendiente, herido. Félix, ve a buscar más hombres. Fidelia quédate conmigo.

Ellos asintieron con decisión y obedecieron.

Las dos muchachas se sentaron junto a Váldemar, Elvia con el corazón latiéndole desbocado y Fidelia ahogando una exclamación de horror. La mestiza hizo uso de sus habilidades para sanarle, pero sabía que eso no le curaría del todo. Necesitaría reposo.

Aguardaron en silencio, con el aliento condensándose frente a sus ojos con cada respiración. Procurando que su expresión no revelara la naturaleza de sus pensamientos, Elvia recordó al otro humano desprovisto de ropa y muerto sobre la tierra fría. Ahora que podía pensar con más claridad, se dio cuenta de que solo había una explicación posible a aquel extraño suceso: el otro hombre era también un licántropo.

Había tenido lugar un enfrentamiento y Váldemar obtuvo la victoria a un alto precio.

La ayuda llegó al cabo de unos minutos, justo cuando la mestiza había empezado a perder la paciencia.

El valor de arriesgarse

En cuanto Váldemar abrió los ojos, supo que volvía a estar en el cuerpo del lobo. Lo notó por lo afinados que estaban sus sentidos, por esa percepción visual tan característica de los animales y las bestias diseñadas para cazar. Solo había un detalle que le extrañó: se encontraba en su casa.

No en el bosque o en las montañas, en su casa. La chimenea estaba encendida y él se hallaba parcialmente tumbado sobre la alfombra de sus aposentos. Solo había otra persona en la estancia.

—¿Váldemar? —inquirió Elvia, mirándole con cautela.

No comprendía lo que estaba ocurriendo. Se puso nervioso y gruñó atemorizado, asustado ante la posibilidad de perder el control en el castillo, donde vivían tantas personas que le importaban.

—Tranquilo, tranquilo —le calmó Elvia—. Esta mañana te encontramos herido al lado de un arroyo —explicó—. Estabas inconsciente y malherido, y te trajimos aquí de inmediato para darte los cuidados necesarios. Has dormido hasta ahora.

«¿Y mi padre ha permitido que me quede hasta la salida de la luna?».

—No, él quería que te trasladáramos a la Torre de los Lamentos, pero tus hermanos, tu tía y yo nos opusimos. Constanza le hizo entrar en razón y yo me comprometí a permanecer a tu lado mientras estuvieras bajo tu forma lunar y a contenerte si fuera necesario.

Váldemar desvió la mirada y relajó los músculos.

«No va a ser necesario».

—Lo sé.

Ella se acercó y, con devoción, hundió una mano en su suave pelaje blanco. Ladeó la cabeza y le miró con los ojos brillantes.

—Sé lo que pasó —le dijo—, y me aseguré de que nadie más lo averiguara. Escondí el otro cuerpo mientras ellos cargaban contigo de vuelta.

«No lo busqué —se apresuró a aclarar él—. Los licántropos no podemos evitar esa clase de conflictos entre nosotros. Es algo... animal».

—No lo dudaba, Váldemar. No tuviste elección.

Pero una parte de él seguía reprochándose lo ocurrido. Odiaba la sangre y la lucha injustificadas. Se preguntaba si alguna vez lo estaban.

«Debería regresar al bosque...».

—Ni de broma —le cortó ella—. Tú te quedas aquí y esperas al amanecer. Yo estaré contigo.

«No es necesario. Creo que la transformación ha terminado de curar todas las heridas que tenía».

—Ya suponía que podía ocurrir eso; que hayas despertado justo después del cambio lo confirma. Pero no me parece suficiente. —Hizo una pausa—. Váldemar, lo pasé muy mal.

La reacción de él fue muy leve. La miró con desesperanza y aguardó a que explicara por qué, aunque ya lo sabía.

Elvia se mordió un labio y siguió:

—Hoy mereces quedarte, a salvo y en paz.

El príncipe tragó saliva para deshacerse del nudo que se le había formado en la garganta, mas fue inútil. Lo único que pudo hacer fue tumbarse frente al fuego y relajar los doloridos músculos mientras se preguntaba cómo era posible que los ojos de Elvia no reflejaran miedo después de haber visto lo que había hecho, después de haber presenciado el paso de hombre a monstruo. Sabía bien que la transformación era desagradable no solo para el que la sufría y, a pesar de eso, la mestiza continuaba allí. Intentó visualizar qué cara habría puesto al ver cómo sus huesos se agrandaban, cómo su piel se estiraba y se cubría de pelo, cómo sus encías se ensanchaban y daban paso a unos colmillos afilados. Pero en su imaginación resplandecía la expresión determinada y hermosa de la que Elvia siempre hacía gala.

Al cabo de un rato, la joven se durmió junto a él, apoyando la cabeza en el costado del lobo, cerca de su corazón palpitante y fuerte. Él lo permitió y tuvo la certeza de que ninguna manta le arroparía tanto como su presencia.

Los mellizos estaban solos en uno de los salones de uso exclusivo que compartían. Habían pasado un día difícil, preocupados por la salud de su

hermano. Pero verlo débil no les dolía tanto como chocarse de frente con la gélida y cruel indiferencia de su padre.

Querían a Saveiro, le querían de verdad, lo que lo hacía más duro todavía.

Su majestad se había mantenido al margen de lo que acontecía, contentándose con recibir noticias si había algo de lo que informar, siguiendo con sus quehaceres como si la vida de su hijo no hubiera estado en peligro. Por la tarde había sugerido que lo llevaran al bosque para que la transformación no les pillara en el castillo, pero todos se habían negado rotundamente. Por fortuna, Constanza estaba entre los detractores de la idea y fue capaz de hacer cambiar de opinión a su cuñado. Aunque tampoco es que fuera muy complicado. Rehuía todo lo relacionado con Váldemar. Prefería ignorar porque quizá la ignorancia le acercaba al olvido.

Fidelia intentó desterrar esos pensamientos de su mente y se centró en lo que estaba haciendo, pero la partida de ajedrez ni siquiera era interesante. Félix iba a mover ficha cuando alguien llamó a la puerta. Por petición expresa, los príncipes no disponían de servicio y ningún ujier estaba allí para abrir a quien fuera que reclamara entrar, por lo que el heredero se puso en pie y abrió.

Daliana Mortier se hallaba allí, ataviada con un traje oscuro y holgado, con el cabello recogido en una trenza que caía sobre su hombro derecho como si fuera un tentáculo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él.

—Me he enterado de lo de tu hermano esta tarde, pero no he podido venir a hablar contigo hasta ahora.

—Imagino que tu esposo reclama tu atención —masculló él sin moverse del umbral.

—Félix —dijo ella con un tono de reproche.

Él suspiró.

—Perdona. Váldemar se pondrá bien, solo ha sido un pequeño contratiempo.

—Es bueno saberlo. ¿Tú cómo estás? Te noto cansado.

—Estoy agotado, pero me va a costar conciliar el sueño. Estoy con mi hermana.

Esas últimas palabras eran una especie de advertencia. Daliana alzó el rostro y respiró profundamente, comprendiendo.

—Bien, pues no os molesto más.

Félix quiso decirle que esperara, que se despediría amablemente de su hermana y abandonaría el salón para poder estar con ella, pero se mordió la

lengua. Todo eso había terminado.

—Gracias por preguntar, Dalia —dijo en cambio.

Ella lo miró intensamente unos segundos y Félix se sintió prisionero de aquellas pupilas oscuras en las que tantas veces había surcado. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, la dejó marchar.

Al cerrar la puerta, le embistió una angustiosa sensación de desamparo. Se quedó quieto un momento, con la mano apoyada en el picaporte y la mirada perdida.

—¿Félix? —exhortó la princesa.

Eso le hizo reaccionar. Se irguió y regresó a su asiento. Fidelia lo miraba con el ceño fruncido y un brillo astuto en los ojos. Solo había captado retazos de la conversación, pero no eran las palabras en sí lo que le hacían sospechar, sino todo lo que estas encerraban. El aire que se respiraba ahora que su hermano y Daliana se habían separado.

—¿Qué te pasa?

Tenía la mentira esperando en la lengua, pero murió cuando quiso atravesar los labios. Fingir era agotador. Al fin y al cabo, Váldegar ya estaba al tanto, ¿por qué no debía estarlo Fidelia?

—Estoy enamorado de una mujer casada —confesó.

La muchacha alzó las cejas, sorprendida y sin saber muy bien qué pensar al respecto. En cuanto puso un poco en orden sus ideas, se atrevió a hablar:

—Oh —dijo—. Bueno... Son cosas que pasan, supongo. ¿Desde cuándo?

—Hace ya un par de años.

En realidad, no era tan sorprendente. Ahora que Fidelia repasaba sus recuerdos, se daba cuenta de que entre su hermano y Daliana siempre hubo algo especial.

—O sea, desde antes de que estuviera casada —calculó—. ¿Fuisteis amantes?

El silencio fue toda la confirmación que la joven necesitó.

—Tal vez la dejara embarazada.

En esa ocasión, Fidelia no pudo evitar abrir los ojos como platos y separar los labios con incredulidad.

—¿Tal vez?

—No lo sabemos. También podría ser de Conrad.

—Es lo previsible, desde luego.

Félix se recostó en su asiento y se frotó la cara con las manos, exhausto.

—No puedo hacer nada —se quejó.

Fidelia apretó la mandíbula y desvió la mirada, nerviosa.

—¿Por qué no se negó a la boda? Padre y Luciano son muy amigos; si les hubierais explicado la situación, quizá te hubieran dejado desposarla.

—No es tan sencillo. Mi compromiso con Blanca Cáltrabas era firme ya entonces, estaba apalabrado desde hacía años, y a padre le interesa fortalecer la relación con las casas del norte. Su amistad con Luciano ya garantiza la lealtad de la nobleza sureña, ¿por qué iba a querer perder una buena baza en un campo que ya tenía cubierto? Solo hubiéramos conseguido que nos separaran.

—Mira, la política nunca ha sido mi fuerte, pero entiendo bien lo que me has dicho y me sigue pareciendo una excusa muy pobre. Tendríais que haberlo intentado.

Félix temía que su hermana tuviera razón. Temía pasarse los próximos años arrepentido por no haber tenido el valor de arriesgarse por algo que le importaba de verdad. Pero ya era tarde y tendría que cargar con ese peso.

Dos figuras junto al fuego

Con un par de cuerdas y un ambiente sosegado, Sira era capaz de hacer auténticas maravillas, como espiar los aposentos del príncipe desde una de las ventanas, por ejemplo. Había hecho aquel tipo de ejercicios en múltiples ocasiones, así que estaba relajada. Con la oscuridad de la noche como aliada, descendió por la pared apoyándose con habilidad sobre la piedra y, cuando estuvo junto al cristal, entornó la mirada para captar mejor lo que había al otro lado.

El fuego de la chimenea todavía no se había extinguido del todo y las débiles brasas iluminaban con suavidad las dos figuras que descansaban frente a ellas. Sobre la alfombra, en una posición que parecía cómoda para ambos, el lobo y el hada dormían apaciblemente.

Siraladeó la cabeza.

A pesar de las circunstancias, se los veía muy tranquilos. Era como si se alimentaran de la calma que emanaba la mera presencia del otro. Sira no era muy sentimental ni tenía demasiada experiencia en lo que a emociones se refería, pero sí una alta capacidad deductiva.

Por eso supo que entre el primogénito del rey y la embajadora de las hadas había algo más que amistad.

La corte se escandalizaría, estaba segura. Había pasado el tiempo suficiente entre los muros del castillo para comprender cómo funcionaban las mentes de sus habitantes, que no eran más que el reflejo de lo que pensaban la mayoría de myrendulenses. Aunque lo más probable era que no llegaran a saberlo nunca. Constanza no permitiría que se supiera. Algo le decía que la condesa no apoyaría la unión, que incluso intentaría sabotearla. No se basaba en nada concreto para pensar aquello, aunque lo sentía.

Sira suspiró al tiempo que una brisa helada mecía sus cabellos.

La escena que tenía ante sus ojos era hermosa, pero su trabajo no tenía nada que ver con proteger la belleza. Informaría a la condesa en cuanto tuviera algo más sólido que contarle.

Miedos

Esa noche no había luna y Váldemar pudo disfrutar de la compañía de su familia y otros cortesanos durante la cena. No es que le entusiasmara, se había acostumbrado a la soledad y a los momentos de reflexión y autocompasión que le ofrecía la luz del astro plateado, pero en invierno podía ser agradable permanecer resguardado en su hogar. Además, en esa ocasión había algo que sumaba atractivo a la idea.

No, no algo. Alguien.

Elvia se llevó la copa de vino a los labios e hizo un disimulado mohín, tolerando a duras penas el sabor amargo del licor. Incluso con aquella expresión agriada le parecía hermosa. Todavía se preguntaba cuándo había sucedido..., cuándo había dejado de ver a Elvia como la sucesora de su enemiga y había empezado a verla como a una igual, compañera de la misma tragedia.

La risa escandalosa de Elísabet le sacó de su ensoñación. Lo que le estaba contando Teobaldo debía de ser muy divertido.

La familia del rey Eberardo y su séquito partirían al día siguiente, al atardecer, mientras que él y la feérica lo harían por la mañana. Así lo habían acordado y así se haría. Saveiro parecía complacido con la idea de perderlos de vista un tiempo.

Él, por su parte, sentía una mezcla de emociones contradictorias. Por un lado, ansiaba conocer por fin el corazón del Bosque Maravilla y ver con sus propios ojos cómo era para así saciar una curiosidad y una sed de conocimiento que siempre había tenido y que había intentado reducir con los libros y los escritos de viejos estudiosos. Pero, por otra parte, estaba inquieto; no sabía cómo iban a reaccionar las hadas ante su presencia.

Cuando terminó el festín y los aristócratas y contados miembros del servicio empezaban a retirarse, Váldemar se sintió repentinamente cansado. Agobiado. Necesitaba respirar un aire menos viciado, guarecerse en una estancia menos luminosa. Se puso en pie, hizo uso de sus mejores modales y se marchó tras hacer una reverencia y dedicarle unas amables palabras a la familia Márantil.

Una vez en sus aposentos, encendió la chimenea y se apoyó sobre la repisa como si tuviera que aguantarla para que no se desplomara.

Pensó en el hombre que había matado hacía unas noches, en el sabor de su sangre, en el pálpito de su cuello muriendo entre sus dientes. El lobo se sentía satisfecho con el sabor de la victoria, pero esa misma sensación se transformaba en agrias cenizas en cuanto el humano lo recordaba.

No era la primera vez que tenía un encuentro de ese tipo. Hacía cuatro años, cerca de Selayes, durante una de las semanas en que la familia real visitaba dicha ciudad para disfrutar del clima veraniego. Entonces el oponente fue una hembra, una loba con ojos de muchacha que andaba huyendo de una manada a la que había pertenecido.

Todo se le antojaba tan lejano...

Sumergió las manos en la palangana de agua caliente que habían preparado sus sirvientes y se llevó una palma a la nuca. Cerró los ojos y se masajeó el cuello. Todavía sentía el cuerpo dolorido por la escaramuza, pero lo grave ya había pasado.

Iba a lavarse la cara cuando su oído captó algo al otro lado de la pared, en el exterior del castillo. Frunció el ceño y se asomó con cuidado a la ventana. Vio a Elvia con las alas desplegadas frente a él, batiéndolas con gracia, con el cabello castaño revoloteando a su alrededor.

El príncipe abrió los cristales y la dejó pasar.

—¿Qué haces? —preguntó de forma casual, aunque la verdad es que se alegraba de verla.

—Visitarte.

—¿Y has considerado mejor entrar por la ventana que por la puerta?

—No quería que nadie supiera que estoy aquí.

Váldemar alzó el mentón y arqueó una ceja con una expresión taimada.

—¿Y eso por qué?

—Porque no.

La joven le rodeó el cuello con los brazos y lo besó en los labios sin darle tiempo a replicar. Él respondió al gesto, rodeándole la cintura, sintiendo el roce de sus alas en la piel de los antebrazos.

La avidez con la que se besaban revelaba que los dos habían pensado mucho en el otro y que anhelaban descubrir más de los intensos sentimientos que crecían siempre que estaban cerca.

Se dejaron caer sobre la cama: Elvia tumbada casi por completo y Váldemar al lado, apoyado sobre un codo y mirándola con seriedad. Le acarició el rostro, repasando sus cejas, su nariz, sus labios... Ella lo contemplaba con una paciencia anhelante. Su corazón latía desbocado bajo la atenta mirada del príncipe, bajo sus caricias seguras y afectuosas.

—¿Tienes ganas de volver a casa? —preguntó él en un susurro.

Ella bajó la mirada.

—Sí —admitió—. Aunque en los últimos días mi interés por estar aquí ha aumentado notablemente.

Váldemar esbozó una media sonrisa.

—Me preguntó por qué será.

Ella sonrió.

El príncipe respiró profundamente. Quería darle las gracias por su discreción en lo referente al asunto del otro licántropo, pero no deseaba sacar el tema.

—¿Cuál es tu mayor miedo? —le preguntó.

Fue repentino e inesperado incluso para él, pero ansiaba conocerla mejor. Elvia parpadeó un par de veces antes de responder:

—Envejecer.

El príncipe no tuvo que darle demasiadas vueltas para entender por qué. Las hadas cumplían años, pero su aspecto jamás abandonaba la juventud. Su belleza se congelaba cuando llegaban a una edad entre los diecisiete y los veinte años, pero Elvia era medio humana y quizá fuera tan susceptible al paso del tiempo como el resto de los mortales, y no tenía que ser nada fácil ver cómo tu rostro y tu cuerpo iban perdiendo frescura y brillo mientras tus hermanas mantenían una apariencia impecable.

La revelación hizo que el joven sintiera de nuevo el paralelismo que le unía a la mestiza.

—A mí me da miedo no hacerlo —confesó.

Los licántropos desarrollaban múltiples habilidades; algunas aparecían como norma, pero otras se daban solo en casos particulares. La longevidad era una de ellas. Elvia lo entendió de inmediato y sintió una esquirla de tristeza atravesando su corazón. Váldemar la vio reflejada en sus pupilas.

Su mano seguía apoyada en su mejilla y su pulgar le acariciaba el pómulos con delicadeza. Descendió por el cuello y percibió cómo ella tragaba saliva.

Se detuvo un instante sobre la clavícula y después continuó su camino distraídamente mientras acercaba el rostro al de ella para culminar en un beso lento.

Se durmieron entre pensamientos y opiniones compartidas, sin desear nada más que sentir que el otro estaba a su lado.

Ninguno de los dos era consciente de que unos ojos los observaban.

Revelación

Constanza estaba nerviosa y no dejaba de caminar de acá para allá en sus aposentos mientras esperaba alguna noticia de la doncella audevalí que en realidad era una espía de la Casa de los Susurros.

La reina, su hijo y su séquito se marchaban esa misma mañana, por lo que, si la joven tenía algo que decirle, debía hacerlo en breve. Váldemar y Elvia se habían marchado hacía apenas una hora en dirección al oeste, rumbo al Bosque Maravilla. Esperaba que su sobrino recibiera un trato apropiado en la corte iridiscente, y algo le decía que no tenía que preocuparse, dado que entre él y la embajadora había surgido una inesperada complicidad. Probablemente habían querido hacer las cosas más fáciles entre ellos y forzaban una relación cordial.

Al menos, eso quería pensar ella.

Saveiro entró en la habitación sin ser anunciado, pero Constanza no se alarmó. Su majestad ya le dijo en su día que quería estar presente en el momento de las revelaciones.

—¿Alguna novedad? —inquirió.

—No.

En ese momento, oyeron un ruido en el balcón y, antes de que pudieran indagar, Sira apareció en el umbral con una cuerda atada a la cintura. Se deshizo de ella y accedió a la estancia. La presencia del monarca la contrarió un poco, aunque su imperturbable expresión no se vio afectada, solo sus ojos.

—¿Ella es la espía? —preguntó Saveiro.

—Así es. ¿Y bien? —exhortó.

Sira miró inquisitivamente al rey, esperando que se fiara de sus aptitudes profesionales y que no se fuera de la lengua con respecto a su doble vida. La

reina Elísabet no podía enterarse de cuál era su verdadero oficio; esa era la razón principal por la que prefería evitar los pasillos del castillo.

Suspiró.

—He procurado estar muy atenta y que no se me escapara nada —comenzó—. Después de mucha observación y evidentes pruebas visuales, puedo afirmar que Elvia de Otoño no tiene malas intenciones para con vuestra familia. Sus ganas de que las relaciones prosperen son genuinas.

Constanza entrecerró los ojos, extrañada. Había esperado algo más. Saveiro pareció decepcionado.

—Entonces, todo va viento en popa —murmuró—. Parece que las hadas no son tan rencorosas, después de todo.

—No tiene malas intenciones —repitió Sira—, pero sí algo que ocultar.

El interés de Constanza y su cuñado se renovó considerablemente.

—¿A qué te refieres? —apremió la mujer.

—Tiene un idilio con el príncipe Váldemar.

—¿Qué? —soltaron los dos al unísono.

—Yo misma lo vi, no se trata de ninguna confusión. Los vi besarse. De hecho, la feérica ha pasado la noche en los aposentos de él.

—¿Estás segura? —insistió Saveiro—. Mentir a un rey es un delito muy grave.

—Estoy segura —replicó ella sin que la voz le temblara un ápice—. Soy buena profesional, majestad. Y no gano nada mintiéndooos sobre algo así.

Constanza apretó la mandíbula, pensativa. A Saveiro se le encendieron las mejillas. Una furia incontrolada se gestaba en su estómago.

—Gracias, Sira —dijo Constanza—. Puedes marcharte.

Le lanzó un pequeño saco de cuero tintineante que la muchacha capturó al vuelo con una sola mano y sin ni siquiera mirarlo. Incluyó la cabeza en señal de respeto antes de desaparecer por donde había venido.

—Y se han ido juntos —masculló el monarca—. Ese chico es un necio.

—Me sorprende que haya sido capaz de olvidar con tanta facilidad la aversión que le inspiraba al principio.

—No lo ha hecho. ¿Y si esa mestiza lo ha hechizado?

A Constanza no le hacía gracia que su sobrino estuviera enamorado de un hada, pero el disgusto no le hacía perder la perspectiva y en su fuero interno sabía que era posible que se tratara de un sentimiento auténtico. Eso le irritaba incluso más.

—No adelantemos acontecimientos —sugirió ella—. Ahora se han marchado y no volverán hasta dentro de un par de días. Sugiero que dejemos

que el tiempo pase y que estudiemos la situación cuando volvamos a tenerlos delante.

Pero Saveiro negó enérgicamente con la cabeza.

—No sabes lo que me pides. Esto es asunto mío, Constanza, no tuyo. Empleaste a esa espía siguiendo mis órdenes, no tu voluntad, así que no finjas que te importa.

—Pues claro que me importa, es mi sobrino, sabes que lo quiero. Es probable que más que tú.

—Quieres a un monstruo. Al monstruo que me quitó a mi verdadero hijo, el que iba a ser.

Constanza desistió de la discusión antes de que empezara. Saveiro era esclavo de sus propios sentimientos, siempre había sido así, no le dejaban ni ver ni pensar con claridad. En lo referente a su familia, todo le superaba.

—Muy bien —accedió—. Dejo el asunto en vuestras manos, majestad.

Hacerle creer que se mantendría al margen era lo más inteligente. De todas formas, Váldemar solo era una persona y Elvia, otra. Fuera cual fuera el lazo que los unía, no podrían evitar el enfrentamiento que acabaría estallando entre ambas facciones si todo salía como ella esperaba.

Constanza seguía queriendo someter al pueblo feérico; eso sería lo más efectivo y lo único que garantizaría seguridad y estabilidad para el futuro. Mientras coexistieran y continuaran siendo diferentes, habría conflicto entre humanos y hadas, de eso estaba convencida.

Tenía la noctusombra a buen recaudo y, aunque todavía no sabía muy bien en qué circunstancias usarla, llegado el momento sería un elemento crucial para hacer volar por los aires el puente que personas como Luciano Mortier, Félix o Fidelia se estaban esforzando en construir.

De vuelta

Divisaron Álandor un par de horas antes de que el sol desapareciera en los límites del firmamento. *Laurel*, el medio unicornio de Elvia, cargaba con las pertenencias de ambos.

A medida que se acercaban, Váldeмар se sentía más y más nervioso, aunque hacía un buen trabajo ocultándolo. Elvia le apretó la mano con cariño antes de adentrarse en la espesura.

Una vez allí, fueron recibidos por Arlen, un hada vigilante, la misma que había escoltado a los mellizos reales el día que fueron a pedirle ayuda a la reina Sibyl.

A medida que avanzaban, el príncipe prestaba más atención. La flora del lugar era espectacular, tanto por sus colores como por sus formas, y aunque hubiera visto bocetos y dibujos en los cuadernos de los viejos estudiosos de la corte que habían tenido la oportunidad de pasearse por el Bosque Maravilla sin reservas, la realidad quitaba el aliento.

Si uno observaba con cuidado, podían distinguirse entre las plantas pequeñas criaturas de aspecto humanoide, tez azulada o verdosa y orejas puntiagudas. Contemplaban a los recién llegados con una combinación de curiosidad y desconfianza, con el cuerpecillo parcialmente oculto detrás de un tallo o de un pétalo.

Llegaron al corazón del bosque, donde tanto la reina Sibyl como los demás miembros del Círculo aguardaban pacientemente junto a las enormes raíces del Árbol Madre, desde el que docenas de ojos observaban la escena.

Váldeмар soltó el aire que había estado reteniendo sin querer al ver lo impresionante que era el hogar de los feéricos. No tardó en comprobar que, además de las hadas más importantes, otras estaban presentes, manteniendo

las distancias, pero ansiosas por conocer al recién llegado. Todas hacían gala de una belleza difícil de ignorar y sus rasgos extraños contribuían notoriamente a ello. Había alguna niña, hadas de corta edad, con las dulces y suaves facciones propias de la infancia y unos cabellos tan brillantes y bien peinados que parecían emitir destellos.

Lo que emanaban recordaba a lo inalcanzable, a lo imposible, a lo divino, incluso. Carecían del toque vulnerable y corruptible que caracterizaba a la mayoría de los humanos y, aunque aquel era un detalle abstracto, también era significativo. Ahora el príncipe se hacía una idea aproximada de cómo se había sentido Elvia toda su vida. Desentonaba en su propio hogar. Pero a él le gustaban sus supuestas imperfecciones. Le hacían ser quien era.

Se detuvieron delante del Círculo de las Nueve. Elvia se inclinó respetuosamente ante su reina y Váldemar agachó la cabeza con deferencia.

—Es un placer recibirlos —dijo Sibyl, como si hubiera tenido elección—. Elvia, muchas gracias por la labor que has llevado a cabo estas semanas y que todavía no ha concluido. Hablaremos largo y tendido sobre ello. Alteza —prosiguió, dirigiéndose ahora al príncipe—, es un honor tenerlos con nosotras y esperamos que lo sea también para vos.

El príncipe tragó saliva, consciente de que tendría que hacer uso de sus dotes diplomáticas, algo a lo que no estaba acostumbrado, pero que, como hijo de reyes, poseía.

—Que no os quepa duda. —El timbre excesivamente controlado de su voz no reforzaba el significado de sus palabras, pero era la respuesta más apropiada.

La hasta entonces inquebrantable expresión de la reina se quebró un poco. No perdió la postura erguida de sus hombros ni la sobriedad de su mentón alzado, pero sus pupilas se ensombrecieron.

—En nombre de toda la corte iridiscente, quiero aprovechar el momento en que por fin nos conocemos para pedirlos perdón por lo que hizo Emberia de Invierno.

Un murmullo ahogado recorrió los labios de las hadas presentes. Las palabras de Sibyl no fueron una sorpresa solo para las que estaban allí como meras espectadoras; las componentes del Círculo cruzaron un par de miradas a medio camino entre la alarma y la perplejidad. Sibyl había hablado por todas, pero había actuado de manera independiente.

Las hadas no eran tan terribles como muchos humanos querían creer, pero tampoco eran la encarnación de la bondad. Arrastraban sus propios pecados; el orgullo y la vanidad eran los más destacables. Pedir perdón no les resultaba

sencillo, y hacerlo cuando no lo juzgaban necesario era una afrenta a su propia dignidad. Nadie dudaba de que lo que había hecho Emberia estaba mal, pero condenar a Yilda a una cárcel eterna fue su forma de agachar la cabeza y reconocer el error de su compañera. Cualquier otro gesto sobraba.

Váldemar tragó saliva. Elvia lo miró de soslayo.

—No es necesario que respondáis todas por lo que hizo una. Emberia tomó una decisión y actuó a espaldas de sus hermanas. No debéis cargar con el peso de sus errores.

Un brillo de admiración se encendió en los ojos de Elvia. La contestación del príncipe inspiró sorpresa en más de una. La reina esbozó una media sonrisa, complacida.

—Sabias palabras, alteza. Myrendul se ha perdido un buen rey.

El muchacho apreció el elogio de Sibyl más de lo que cualquiera pudo notar.

Norcia era la encargada de llevar a Váldemar hasta los aposentos que le habían preparado en lo alto de la Cortina de Piedra. Elvia sintió un tirón en el pecho cuando se separaron, pero respiró profundamente y aplacó la absurda pero hermosa añoranza que aparecía con su ausencia.

La congregación de feéricos se dispersó y Sibyl se acercó a Elvia. Le colocó una mano en el hombro y ella apenas se sobresaltó.

—Ven. Hablemos —le dijo.

—Esta es una estancia bastante aislada, aunque está bien comunicada —explicó Norcia una vez en la habitación de Váldemar—. Ahí hay un túnel que desemboca directamente en lo más profundo de la montaña. Creemos que puede serte útil durante la noche.

Váldemar descargó las bolsas con sus pertenencias y observó el habitáculo con genuino interés. Un orificio circular en la pared ejercía de ventana y, aunque no tenía cristales, contaba con unas cortinas hechas de tiras de seda y flores. Eso no le preocupaba, pues ya se había percatado de que la temperatura del corazón del bosque no se correspondía con la del resto del reino.

La cama la habían confeccionado a partir de los muebles humanos; no les había quedado del todo mal. Madera, hojas y algún cojín, pero sin sábanas. Un par de mantas estaban apiladas en un rincón.

Ante el silencio del invitado, Norcia se sacudió la melena y lo miró con una ceja un poco enarcada.

—Si no hay nada más en lo que pueda ayudarte, creo que me retiraré. La luna saldrá pronto.

El hada acababa de volverse cuando el príncipe la detuvo.

—Tú eres la que llama *aberración* a Elvia, ¿verdad?

Norcia se giró hacia él y se llevó una mano a la cadera.

—¿A qué viene eso?

—No necesito que respondas. Lo vi el día que se instaló en Bránvar. Vi el desprecio que sientes por ella.

Norcia esbozó una sonrisa maliciosa.

—Sí, vos y yo teníamos eso en común la última vez que nos vimos.

El rostro de Váldemar perdió color, mas su expresión se mantuvo imperturbable.

—Rectifiqué en cuanto tuve la oportunidad de conocerla mejor.

—Y de paso os enamorasteis de ella, ¿no es así? No contestéis, leí vuestros sentimientos tan pronto como llegasteis. Es una de mis habilidades.

—¿Y nunca fallas?

—Rara vez.

Sostuvieron la mirada durante unos segundos que se hicieron eternos. Norcia se marchó con sus andares seguros y una mirada repleta de confianza.

Váldemar no tuvo tiempo para pensar demasiado en lo acontecido, pues los anaranjados rayos de sol que se filtraban hasta la caverna eran también los últimos.

—Dime, ¿cómo han ido las cosas por la capital?

Elvia estaba de pie frente a su reina, en la sala privada de esta, rodeada por las paredes rocosas salpicadas de gemas de colores cálidos. Se apresuró a sacar los pergaminos que llevaba cuidadosamente doblados en el interior de su bolsa.

—Os he traído múltiples informes, majestad. He procurado ser clara y precisa.

Los dejó encima de la mesa y aguardó a que Sibyl le diera permiso para retirarse. Tenía ganas de reencontrarse con sus hermanas, de ver a Alanys y de hablar con Yilda. Pero para la reina era demasiado pronto para perderla de vista.

—No, querida, quiero que me cuentes tu experiencia personal. Los informes puedo leerlos más tarde. Háblame desde el corazón.

Elvia tragó saliva. «En menudo momento me lo pide» pensó. Las cosas habían cambiado mucho en los últimos días.

—Todo está en orden. Me encuentro a gusto en Bránvar.

—¿Te han tratado bien? Sé que al principio fueron... duros. Me dijeron que te colocaron unos cierres de hierro en el cabello.

—Así fue. Eran medidas de seguridad, pero rectificaron al comprender que no había nada que temer.

—¿Y no les guardas rencor?

—Solo quisieron ser prudentes.

Sibyl entornó los ojos y ladeó la cabeza.

—Sé que eres tolerante, Elvia, pero esperaba alguna queja, algún reproche...

Ella se encogió de hombros con fingida inocencia.

—¿De qué serviría? Lo importante es que nos acercamos a nuestro objetivo. El rey Saveiro no está entusiasmado con la idea, pero no hay motivos para pensar que va a echarse atrás. En el fondo, sabe que es lo mejor.

—¿Y qué hay de su hijo mayor?

Elvia tragó saliva.

—A él no le cuesta rectificar. Lo ha hecho. Sus ideas con respecto a los feéricos han cambiado considerablemente.

—¿Y cuál es el estado de vuestra relación en particular? Hada, mestiza o humana, no dejas de ser la hija de su enemiga, y sé que los humanos le dan mucha importancia a los lazos de sangre.

—Así es, pero no tanta como para cegarse. Sabe que Emberia y yo somos distintas. Igual que lo son él y Saveiro.

—Un razonamiento que comparte con su hermano. ¿Qué puedes contarme de ellos, los mellizos?

—Félix será un buen monarca —aseguró Elvia—. Y Fidelia... tiene un espíritu poco compatible con la vida que le espera, pero se las arreglará. Es inteligente y resuelta.

—Eileen me comentó que se puso enferma.

Elvia frunció levemente el ceño.

—Sí. ¿Os dijo por qué?

—Una indisposición común que se os fue un poco de las manos, tengo entendido.

—Algo así.

—¿Y está recuperada?

—Del todo.

—Me alegro. —Desvió la mirada hacia la luz exterior y suspiró antes de volver a clavar sus ojos en Elvia—. Bien, imagino que tienes ganas de reunirte con las demás. Puedes marcharte.

Elvia hizo una rápida reverencia antes de desaparecer volando.

Alanys la esperaba impaciente junto a su casa, un acogedor hueco en el tronco de los enormes árboles que se alzaban en el corazón de Álandor. Ella le habló con detalle de cómo era la ciudad, procurando recordar todo aquello que pudiera llamar más la atención de un hada. Su amiga escuchaba con interés y hacía preguntas sobre los aspectos más nimios. Elvia se planteó hablarle de los Terrafil, de cómo se cuidaban entre ellos por ser familia y cómo eso había logrado conmovérle y darle cierta envidia. Pero lo descartó. Para las hadas existía la comunidad y nada más. No necesitaban sentir que pertenecían a algo más privado y particular, no relacionaban el hogar con las personas, tal y como hacían los hombres. Elvia estaba acostumbrada a saltar sobre el hueco que las separaba y los hacía diferentes, el hueco de su mestizaje, pero en esa ocasión le pareció un abismo.

Aquella retahíla de reflexiones le hizo sentirse melancólica y, para no alimentar el sentimiento, cambió de tema y centró la atención en algo ajeno a ella:

—¿Cómo está Perth? Ya ha dado a luz, ¿no?

—Oh, sí. Todo fue muy bien. Han tenido un crío muy sano, aunque ella se pasó todo el parto quejándose. Incluso me dio una coz sin querer. Breogan me lanzó como cuarenta miradas de disculpa mientras ayudaba.

Elvia rio.

—Tendría que haber estado allí.

—Lo habrías hecho en la mitad de tiempo. A mí se me dan bien los animales, pero hasta cierto punto, claro.

—Lo sé. Bueno, así coges práctica.

—Ni de broma. No pienso repetir.

Soltaron unas breves carcajadas y se interrumpieron en cuanto Eileen hizo su aparición.

—¿Qué? —preguntó ella a modo de saludo—. ¿Todo bien?

—Todo genial —respondió Elvia—, aunque estoy agotada.

—Pues esta noche celebramos un baile con motivo de tu vuelta.

—Como si necesitáramos alguna excusa para bailar —se rio Alanys.

Elvia curvó los labios hacia arriba, pero en realidad el plan no le apetecía demasiado. Prefería reunirse con Váldemar a solas. Quería saber cómo se encontraba en el nuevo entorno, pero la luna ya había iniciado su paseo

habitual por el firmamento estrellado y en esos momentos el lobo estaría correteando por la infinitud del bosque, disfrutando de explorar un territorio nuevo para él.

—De acuerdo, pero no me pidáis que baile.

—Tranquila, Elvia, no es que tus danzas sean imprescindibles —bromeó su amiga mientras se atusaba la corta melena celeste.

—Muy graciosa.

—Oye —cortó Eileen, y su voz adquirió un cariz más serio—, ¿cómo están los mellizos?

Elvia era consciente de que había preguntado por Félix para no evidenciar su excesivo interés por Fidelia.

—Muy bien. La princesa te manda recuerdos.

Y así era. Más o menos. Antes de partir, Fidelia le había preguntado si iba a encontrarse con Eileen, pero a la afirmación de la embajadora de las hadas solo le siguió un pesado silencio.

Eileen reprimió una sonrisa y fue a contestar cuando el límpido aullido de un lobo barrió el silencio. Cruzaron una mirada y, de forma tácita, decidieron no comentar nada.

—Bien, bueno, date prisa, que la velada está a punto de comenzar.

—Te esperamos allí —añadió Alanys.

Y desaparecieron tronco abajo. Elvia terminó de ordenar sus cosas y, por último, extrajo el diario que le habían regalado. Lo sostuvo entre sus manos unos segundos. Fue a dejarlo sobre la hamaca, pero vaciló. Las hadas no tenían pertenencias más allá de algunos vestidos y un espacio para dormir. El cuaderno era el primer lujo que había tenido nunca. Era suyo de una forma íntima y personal, no solo por que fuera un obsequio, sino porque lo había utilizado para plasmar sus pensamientos. De pronto, la idea de dejarlo a la vista y sin protección le resultó inquietante. Ese recelo, ese apego a algo material, era una característica muy humana que en el pasado se habría obligado a corregir.

Ya no.

Lo metió en la bolsa de nuevo y la ocultó en uno de los huecos que había en el techo.

El Bosque Maravilla era incluso más impresionante por la noche. Todo rezumaba vida; en algunos momentos, hundiendo sus patas sobre la hierba húmeda, Váldegar tenía la impresión de que podía sentir el palpito de la tierra, como si un enorme corazón descansara debajo de ella. Algunas flores

ostentaban colores tan vibrantes que eran capaces de hacer frente a la oscuridad y brillaban como si le hubieran robado la luz a las estrellas.

El lobo disfrutaba alegremente de correr por ahí, de coincidir con criaturas excepcionales y fascinarse con su anatomía. Sus afinados sentidos se disparaban en aquel entorno que irradiaba magia. Sí, esa era la palabra. Magia. Algo que asombraba y asustaba a los humanos por igual.

Oyó música y se detuvo para prestar atención. Movidó por la curiosidad y por la belleza que se intuía detrás de aquel sonido, siguió el rastro de la dulce sinfonía hasta el enorme claro en el que había estado esa misma tarde. Desde una zona más elevada y sin renunciar a la discreción que le otorgaba la maleza, Váldemar observó.

Reunidas junto al árbol madre, rodeadas de luciérnagas y fuegos fatuos, las hadas más duchos en la música tocaban la flauta o el arpa mientras otras bailaban grácilmente sobre las flores. Flotaban. Sus vestidos compuestos por pétalos y simples retales semitransparentes dejaban poco a la imaginación, pero eso hacía que su danza fuera aún más hermosa.

No tardó en localizar a Elvia, sentada entre sus hermanas, contemplando con orgullo el espectáculo. Llevaba una diadema de lirios que iluminaba su rostro casi tanto como las llamaradas azules y amarillas que se reflejaban en sus pupilas.

Fue eso lo que cautivó a Váldemar e hizo que se quedara allí, observando no el baile, sino un único rostro.

Contraposición

Los rayos de sol acariciaban las hojas con delicadeza, creando un bello juego de luces entre las ramas del sauce en el que Yilda vivía encarcelada.

«Hay prisiones peores», solía pensar. Y de verdad lo creía. Para cualquier hada resultaba duro permanecer quieta eternamente, sin poder alzar el vuelo, sin sentir la tierra bajo los pies descalzos o el viento besando el rostro. Era su castigo y realmente lo sufría, pero había condenas mucho menos soportables. Allí, en lo alto del acantilado, la vida parecía sencilla, hermosa e inalcanzable.

La soledad era otra de sus cadenas, por eso se alegró tanto cuando oyó a Elvia acercándose. Habían pasado semanas desde la última vez que había podido hablar con ella y la añoranza, al igual que el invierno, helaba su corazón.

—Elvia —saludó, contenta.

—Hola, Yilda. —Su voz era una música dulce, una calidez derramada sobre pensamientos fríos e incoloros.

—Qué ganas tenía de que volvieras, pequeña.

Elvia puso una mano en el tronco y sonrió al viejo rostro que se había materializado en la corteza.

—Yo también tenía ganas —dijo con una sonrisa. Se sentó junto a las pequeñísimas flores que crecían entre la hierba y las acarició con aire distraído—. Pero en un par de días regresaré a Bránvar.

—Regresarás..., como si fuera ahí adonde pertenecieras.

—Ya me entiendes.

—¿Has venido con el príncipe? Alanys me dijo que sí, pero no lo creí.

Elvia no contestó enseguida:

—Sí, he venido con él.

La expresión de Yilda varió de la sorpresa al escepticismo.

—¿Y por qué?

—Su padre creyó que era lo justo. Y puede que tenga sentido. La reconciliación tiene que ser cosa de ambos bandos, no puede ser que las únicas que nos esforcemos seamos nosotras. Váldemar está aquí con el fin de entendernos y de vivir nuestra cultura para poder apreciarla mejor.

Yilda se la quedó mirando con una ceja alzada y el gesto aburrido.

—Bonita cantinela, Elvia. No me la creo.

—¿Y cuál crees tú que es el auténtico motivo, si puede saberse?

—Bueno, no conozco al príncipe lobo, pero estoy segura de que no nos tiene en muy alta estima. A ninguna de nosotras.

—Pues te equivocas, resulta que él y yo congeniamos bastante.

—Me estás tomando el pelo.

—En absoluto.

—Me creería que tu parte humana ha facilitado esa amistad si no fueras hija de quien eres.

—Al principio tuvimos nuestros roces, claro, pero los dejamos atrás en cuanto comprendimos que no nos aportarían nada. Yo no tengo la culpa de lo que le hizo mi madre y él no tiene la culpa de lo que su padre les hizo a los míos.

—Los humanos valoran mucho los lazos familiares.

Otra vez.

—Lo sé —dijo la mestiza, arrastrando las sílabas.

—¿Y cómo han reaccionado las demás al verlo?

Elvia se encogió de hombros.

—Tienen curiosidad.

—No se les puede reprochar. Ahora dime, ¿cómo ha ido todo por la capital?

—Cuando llegué fue difícil, pero después aprendí a disfrutar de mi estancia. Estoy descubriendo cosas muy interesantes, pero...

—¿Pero?

Elvia suspiró. No sabía si quería comentarlo con otra hada, pero era un tema muy personal e importante para ella y no tenía tanta confianza con nadie como con ella... O casi nadie.

—Me siento lejos, Yilda. Lejos de la corte iridiscente. Hasta que me fui era capaz de lidiar con el comportamiento feérico... Lo imitaba, pero no es mi naturaleza, ¿sabes? Aun así, tampoco soy del todo como los humanos. Y ahora que he desarrollado una parte de mí que siempre había acallado..., no

sé, me siento segura de lo que soy, pero también soy consciente de que no hay sitio para mí y nunca lo habrá.

—No digas esas cosas, Elvia. Tu sitio estará donde tú quieras. Y si lo que deseas es deshacerte de la soledad, lo harás cuando encuentres a alguien que, al igual que tú, sienta que no encaja.

El rostro de Váldegar relampagueó en su retina irremediabilmente. Los recuerdos se agolparon en su mente como si fueran un enjambre de abejas desesperadas por el néctar de una última margarita.

Jugando a los espadachines con el hijo menor del condestable. Mirando a su padre con una esperanza cansada en los ojos. Leyendo libros que le otorgaban conocimientos que luego compartiría con su hermano o se guardaría para sí. Retirándose disimuladamente de las estancias del castillo a medida que el sol iba poniéndose por el oeste.

Le recordó tirado al lado del arroyo, magullado y a la intemperie, más atormentado por los recuerdos de una lucha que no había buscado que por el escozor de sus heridas abiertas.

Fue consciente de una forma nueva y repentina de que Yilda había ayudado a perpetrar aquel ataque a Váldegar. No al hijo del rey Saveiro, no al príncipe del que ella siempre había oído hablar, pero que no conocía, sino a Váldegar; el que le había leído junto a la cama cuando a ella le aquejaron los dolores; el que la había besado bajo las copas de los árboles.

—¿Por qué no detuviste a mi madre? —espetó de pronto.

Yilda no necesitó más. Sabía bien qué era lo que le estaba reprochando la joven mestiza. Suspiró y Elvia notó cómo el sauce se estremecía.

—Entendía su postura.

—Yo también la entiendo. Eso no me impide ver que lo que hizo estuvo mal.

—Lo hubiera hecho sin mi ayuda, Elvia. No estaba en mi mano detenerla. Pero conmigo tenía alguna oportunidad de escapar.

La muchacha se quedó callada y miró a Yilda, pensativa, ordenando las ocurrencias que bullían en su mente.

—Tú la querías, ¿no?

La respuesta se demoró un tanto, pero Elvia fue paciente:

—No del modo en que piensas —puntualizó—. Pero sí, la quería.

Por lo que sabía y sumado a las cosas que había averiguado en el último mes sobre el amor, Elvia había llegado a la conclusión de que uno podía querer de manera distante y simple, pero igual de intensa. En cuanto al

romance, la fogosidad o el deseo no eran elementos imprescindibles. Con frecuencia sí, pero no siempre.

«No hay nada escrito sobre los sentimientos», solía decir la antigua filósofa Miristheles, a quien Elvia había leído con frecuencia durante sus largos ratos en la biblioteca real.

—Váldemar no se lo merecía.

—Su padre, sí.

—Y vale más condenar a un inocente que perdonar a un culpable, ¿no?

Yilda siempre había sabido que maldecir al bebé le pesaría en la conciencia, aunque nunca le había pesado tanto como ahora. Que Elvia dijera alto y claro lo que ella llevaba tantos años temiendo y que prefirió ignorar le dolió.

No supo hacer otra cosa que defenderse:

—Es muy fácil debatir la moralidad de los actos cuando no tienes el corazón roto, pero no fue el caso de tu madre. Ni el mío. A mí nadie me hizo nada, pero yo oí los primeros sollozos de Emberia cuando le dijeron que el hombre del que se había enamorado iba a morir. Yo la vi hecha un ovillo al lado de su flor maternal mientras sus hombros se convulsionaban por el llanto.

—Todos sufrimos en la vida, Yilda, pero eso no puede convertirse en una excusa que nos permita perpetuar los males que dañan a las personas. Emberia podría haber atacado a Saveiro y hubiera sido lícito, pero se ensañó con un bebé.

—Me limité a ayudar a una amiga.

—Mi madre posiblemente estaba obcecada y no hubiera atendido a razones, pero tú, Yilda, tú podrías haber impedido que cometiera aquel error.

—No intentes hacer que me sienta mal, Elvia. Me basta con mis propios pensamientos.

—No intento...

—Entonces, ¿qué es lo que pretendes? —cortó el hada con una nota tirante en la voz. Su rostro contraído probaba su enfado—. ¿Crees que sabes cómo son las cosas solo porque en Bránvar has explorado otro punto de vista? Pues déjame decirte que no es así. Aún te faltan años de reflexión y tormento para ponerte a mi altura.

—Lo único que veo es que estás a la defensiva y te niegas a reconocer que lo que hicisteis no tiene justificación.

Yilda soltó una risa desdeñosa.

—El tono contundente con el que hablas refleja tu inexperiencia. Con la sabiduría llegan más preguntas, Elvia, no respuestas y, por supuesto, no afirmaciones tan claras como las que estás haciendo.

—No debo de estar muy equivocada cuando la mayoría de nuestras hermanas respaldan lo que digo. Ellas vieron la gravedad de vuestros actos. Por eso estás ahí.

—¿Crees de verdad que su rechazo a mí es genuino? ¿O el rechazo a tu madre? No, es todo una máscara que hace que la verdad sea más llevadera.

—¿La verdad?

—Sí, la verdad. Muchas de nuestras hermanas... estaban con nosotras. Con tu madre y conmigo. Aunque la mayoría le dio la espalda a Emberia por su relación con el humano, no todas rechazaron su afrenta hacia la familia real. Después de todo, eran prisioneras en su propio bosque gracias a Saveiro, y solo una de nosotras se atrevió a hacerle frente: tu madre. Ese condenado rey se merece el sufrimiento que la maldición de su hijo le proporcione. Muchas piensan así.

—No me importa. Que un pensamiento se generalice no lo hace más válido.

—¿Y qué es lo válido, Elvia? ¿Lo que digas tú?

Elvia quiso replicar, pero no tenía con qué. No se sobrevaloraba tanto como para pensar que sus opiniones eran las más correctas e indiscutibles.

—No —musitó.

Se quedaron en silencio, con los corazones palpitando con fiereza mientras se acostumbraban al regusto amargo que la discusión había dejado en sus bocas. Nunca antes se habían enfrentado así.

—Has cambiado —comentó Yilda, esta vez más calmada.

—Porque he aprendido mucho.

Yilda iba a añadir, algo pero se detuvo al percibir que alguien se acercaba por detrás. La expresión de Elvia apenas varió salvo por un brillo titilante en sus ojos.

—Me dijeron que te encontraría aquí. —Era una voz masculina.

Elvia se puso de pie despacio mientras le echaba un rápido vistazo a Yilda, que tenía el ceño fruncido.

—Creí que estarías durmiendo.

—Y lo estaba —respondió él.

Entonces se posicionó junto a Elvia y Yilda pudo verlo. No podía ser otro que Váldegar. Su presencia le cohibió, pues la culpa que hubiera podido

sentir desde aquel fatídico día de noviembre de hacía más de dos décadas acababa de aumentar drásticamente.

Elvia volvió a mirar a su vieja amiga y se rindió a la idea de presentarles, aunque sabía los riesgos que corría:

—Váldemar, esta es Yilda —dijo, señalando el árbol.

El príncipe alzó las cejas, claramente sorprendido. No se había percatado de que hubiera una tercera persona y, si aquello era un hada atrapada en un sauce, solo podía tratarse de...

—La cómplice de Emberia —soltó sin poder frenar las palabras.

—Sí —susurró Elvia.

Yilda no se dejó amedrentar y le sostuvo la mirada.

—Es un placer conocerte —mintió.

—Apuesto a que preferirías verme como lobo —masculló él con acritud.

—Oh, no te preocupes, puedo imaginar cómo eres bajo tu forma lunar. Emberia tenía mucho talento, seguro que eres un animal precioso.

—Vale, basta —interrumpió Elvia con las mejillas enrojecidas por el malestar—. Yilda, nos vamos. Quiero enseñarle todo esto.

—Pasadlo bien —concluyó.

Y su rostro se desvaneció en la corteza. Elvia torció la comisura de los labios, disgustada. ¿Qué había esperado? Un poco de amabilidad forzada, quizás... Era mucho pedir. Había pecado de optimista.

Elvia condujo a Váldemar hasta los rincones más recónditos y le explicó qué se hacía en cada uno de ellos. Había una zona donde las hadas más hábiles con las manos se dedicaban a confeccionar delicadas pero resistentes prendas de ropa que luego vestirían sus hermanas; en otro sitio, un grupo de feéricos, entre los que se incluían centauros, trabajaban duro por levantar viviendas o arreglar las que tenían desperfectos.

El príncipe, que hasta su llegada al gran bosque nunca había visto ninguno, no podía sino sentir sorpresa ante las criaturas mitad caballo, mitad hombre. Eran imponentes y sus caras siempre estaban marcadas por una fuerte expresión de determinación e intrepidez. Elvia le explicó que el pueblo de los centauros era casi tan extenso como el de las hadas y que se regían por unas normas y unos valores de mucha importancia en su propia comunidad. Sus asentamientos se concentraban en la parte norte del bosque, al otro lado de las montañas.

Finalizaron el paseo en el lugar más emblemático e interesante de Álandor: el Lago de Vida, situado en un pronunciado valle que estaba en el centro del bosque. Era enorme y sus aguas brillaban con un intenso color azul. En las orillas se advertían flores de gran tamaño.

—Lo compartimos con la corte iridiscente de Odelís —apuntó Elvia.

Odelís era la otra mitad del enorme bosque, situada al suroeste y perteneciente a Audeval. El territorio feérico, al igual que la península, había quedado dividido después de la guerra.

—Vamos, que cuando hay un eclipse, os encontráis con miembros de la otra corte —dedujo él.

—Así es.

—¿Y os lleváis bien?

Elvia se encogió de hombros.

—Se compadecen de nosotras por la situación en que estamos y el conflicto que tenemos con la corona, pero no hacen mucho por ayudarnos, aparte de darnos consejos inútiles o ideas que ya se nos habían ocurrido. Hay un poco de tensión porque, durante los primeros años de reclusión en Álandor, muchas de nuestras hadas cruzaron la frontera hacia Audeval para hacer allí lo que no se nos permitía hacer en Myrendul. A las hadas de Odelís no les gustó nada esa intrusión.

—Entiendo.

Continuaron.

«Todo esto está por encima de nosotras»

Sibyl levitaba mientras se sumergía en las profundas y aislantes aguas de la meditación, con los ojos cerrados y el corazón palpitando con calma. Tenía mucho en lo que pensar: Elvia, Saveiro, el joven príncipe maldito, el futuro... Pero, sobre todo, le inquietaba la posibilidad de una traición en sus propias filas. Sabía que no todas las hadas estaban de acuerdo con reiniciar una relación de amistad con los humanos y olvidar lo que había pasado, lo que habían sufrido durante las últimas décadas. El rencor y el anhelo de venganza podían ser características muy comunes entre las de su raza. Con el paso de los siglos, las hadas habían aprendido a desoír sus instintos más mezquinos. Antiguamente, disfrutaban desquiciando a los mortales, encaprichándose de ellos, haciéndoles creer que existía algún tipo de sentimiento amoroso solo para disfrutar viendo cómo se arrastraban por ellas, cómo les dolía el corazón. Lo que para ellas eran simples bromas para los demás era una auténtica maldad.

Aunque eso era propio de una era lejana, no de la actual. Un tiempo en el que, según su tradición oral, las hadas no estaban civilizadas todavía. Eran espíritus del bosque que se dejaban guiar por su naturaleza ingobernable e inmadura. Una era en la que, según contaban, sus dimensiones eran diminutas.

Los humanos las perseguían, las cazaban, les arrancaban las alas y las vendían como remedio infalible para cualquier veneno; las encerraban en tarros sin aire con los que adornaban sus casas. Después, las hadas adquirieron una nueva conciencia que les hizo cambiar. Su cometido en la vida ya no era divertirse a costa de los demás, sino cuidar de la naturaleza, algo que siempre habían amado y de lo que dependía su existencia. Para

despertar simpatía en los humanos, alteraron su tamaño, haciéndose iguales a ellos, y mantuvieron la apariencia con tanta firmeza que se olvidaron de cómo revertirla. Crearon una jerarquía que les ayudara a trabajar con eficiencia y pronto, gracias a su labor, se ganaron el respeto de la gente y pasaron a ser consideradas una comunidad muy valiosa.

De eso hacía mucho; se creía que habían evolucionado a seres compasivos, sabios y amables, pero la realidad era más compleja que eso. La naturaleza primaria de su especie seguía manifestándose a veces.

«Con más frecuencia de la que me gustaría», pensó Sibyl con un suspiro resignado.

—¿No has notado nada raro en Elvia?

La voz de Norcia la sobresaltó, pero el susto no se vio reflejado en su cuerpo, que seguía estando inmóvil, únicamente con las alas vibrando para mantenerse en el aire.

—¿A qué te refieres? —preguntó sin abrir los ojos.

Su heredera dio unos pasos y se apoyó distraídamente en la pared de raíces que se alzaba junto a ellas.

—No lo sé. Siempre me resultó muy difícil leer sus sentimientos.

—Soy consciente.

—Pero he leído los del príncipe.

Sibyl abrió un ojo.

—¿Y?

—Está enamorado de ella.

La reina se detuvo, posó los pies en el suelo y miró a Norcia con seriedad. Aquello merecía toda su atención.

—¿Enamorado?

—Enamorado.

—Los humanos tienen una gran variedad de sentimientos; en ocasiones, los combinan para formar otros nuevos. ¿Estás segura de que era eso?

—Se parecía mucho a lo que sintió Emberia por el humano.

Entonces, no había duda. Norcia había sido amiga de Emberia, la había admirado y se había sentido cercana a ella, por lo que prestó mucha atención a lo que se cocía en su corazón durante la época en que empezó a alejarse de la Corte, los meses previos a su caída, a su perdición.

—Bueno, no tiene por qué ser malo... ¿Es posible que ella le corresponda?

—Lo desconozco, aunque yo creo que es mutuo.

—¿Y eso por qué?

Norcia negó despacio con la cabeza, como si no tuviera una respuesta clara.

—La veo diferente —dijo.

Sí, Sibyl también había hecho esa apreciación.

—Parece que la historia se repite —añadió Norcia.

—Esperemos que esta vez acabe mejor. ¿Quién más lo sabe?

—Es probable que Alanys. Tiene el mismo poder que yo y su conexión con Elvia es mayor.

—Ve a hablar con ella y que procure ser discreta. No quiero que nadie más lo sepa. Puede dar pie a... problemas.

—Y no queremos problemas, por supuesto.

—Claro que no, Norcia —declaró la reina, severa.

Norcia dio media vuelta y se alejó.

—Algo me dice que los habrá de todos modos —susurró cuando ya nadie pudo oírla.

Hierro y flores

Habían pasado dos días desde la llegada de Elvia y pronto volvería a Bránvar para terminar su misión. A finales de enero regresaría a Álandor definitivamente. Alanys le dijo que la echaría de menos.

—Y yo también a ti —le contestó ella con sinceridad.

Paseaban junto a un caudaloso río que nacía tras una sucesión de cascadas que surcaban las montañas. El incesante sonido del agua al caer era relajante.

—¿Crees de verdad que puede salir bien? —preguntó su amiga—. Quiero decir, la nueva alianza... ¿Cuánto va a durar? ¿Cuánto tiempo pasará hasta que estalle la discordia de nuevo?

Elvia la miró con una mezcla de confusión y molestia.

—Esperemos que eso no ocurra. Si no olvidamos lo que ha pasado, no tiene por qué repetirse.

—Supongo que tienes razón. Es solo que los humanos son tan... impredecibles. Algunas hadas los consideran enemigos naturales.

Elvia negó enérgicamente con la cabeza.

—No tiene sentido.

—El otro día hubo otra una discusión sobre el tema —recordó Alanys—. Quisieron recalcar nuestras diferencias. Dijeron que ellos son hierro y nosotras somos flores. Elementos muy distintos.

—Pero no incompatibles.

—El hierro es veneno para nosotras, Elvia. Bueno, para ti no, pero...

—A mí también me hace daño —señaló ella—. No tanto, de acuerdo, pero no me resulta inofensivo.

Permanecieron en silencio durante unos largos segundos en los que percibieron que el encuentro no iba tan bien como habían esperado. Alanys

suspiró.

—Norcia vino ayer a hablar conmigo —anunció—. Sobre ti.

—A menos que la noticia sea que me elogió, no me parece nada llamativo.

—Me hizo prometer que no diría nada sobre lo que Váldemar siente por ti.

Elvia se quedó clavada en el sitio.

—¿Lo que Váldemar siente por mí?

—Está enamorado, ¿verdad?

—¿Lo has notado?

Elvia sabía que eso era posible, pero había tenido la esperanza de que Alanys no se fijara.

—Más o menos. Y Norcia también lo ha hecho. En cuanto a ti..., bueno, le correspondeste, ¿no es cierto? Después de todo, estos días has pasado más tiempo con él que con cualquier otra persona.

Era cierto, Elvia y Váldemar habían compartido muchos momentos a solas, habían disfrutado de las maravillas que les ofrecía el bosque, charlando, recorriendo las montañas por las noches.

—¿Estás enfadada?

—Quizá, pero no es lo importante ahora. ¿Le correspondeste o no?

La mestiza no quería contestar abiertamente.

—¿Y qué si así fuera?

—No pasaría nada... Pero no deja de ser inesperado. Te recuerdo que su padre mató a los tuyos.

—No lo he olvidado, Alanys, y si debo tener algún reparo, lo tendré con Saveiro, no con él.

—Los humanos les dan tanta importancia a sus progenitores que tienden a imitarles. ¿Es que no te preocupa?

—Yo soy medio humana —apuntó con acidez—. ¿Crees que tengo alguna intención de parecerme a Emberia?

—Bueno, te has enamorado de un hombre, es una similitud considerable.

—No es algo malo.

—¿Ah, no? Es un humano, y encima no uno cualquiera, sino que es el príncipe de Myrendul, un reino que nos ha tenido sometidas durante décadas. ¿Acaso te da lo mismo?

—¿Y desde cuándo eso es tan importante para ti?

—Desde siempre, Elvia, solo que algunas intentamos que nos afecte lo menos posible, pero claro que nos importa.

—¿Y qué sugieres que haga? Mis sentimientos son los que son.

Alanys parpadeó, perpleja.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¿Que tus sentimientos son los que son? Nuestra situación es la que es y aquí hemos tratado bien a Váldemar y tratamos bien a sus hermanos cuando vinieron. En cambio, a ti te pusieron piezas de hierro en el pelo para debilitarte, como si fueras un perro rabioso al que hay que tener controlado.

—Los humanos son muy susceptibles al miedo. Luego rectificaron, es lo que importa.

—No, no importa. Estás siendo injusta contigo misma al perdonar a quienes una vez te hicieron daño.

—Ese razonamiento me hace pensar que no estás de acuerdo con las negociaciones de paz que estamos llevando a cabo y por las cuales yo estoy viviendo allí.

Alanys se mordió la lengua.

—Tú les defiendes —acusó como si acabara de descifrar un enigma—. El amor te ha hecho perder la perspectiva. No eres objetiva.

—No es verdad.

—¿Sabes, Elvia? Solía pensar que tu lado feérico tenía más cosas buenas que tu lado humano cosas malas, por eso nunca he tenido ningún problema contigo, a diferencia de otras. Pero ahora ya no estoy tan segura.

Aquellas palabras fueron como una jarra de agua helada derramada sobre Elvia. Sintió una fuerte presión en el pecho.

—Hay humanidad en mí, Alanys —declaró Elvia con la voz temblorosa—. Es lo que soy. Puedes aceptarlo... o puedes darme la espalda. No serías la primera.

A Alanys se le humedecieron los ojos y apretó los labios.

—Da lo mismo —musitó. No añadió nada más. Simplemente alzó el vuelo y desapareció entre los árboles.

La mestiza se dejó caer sobre la hierba y ocultó el rostro entre las manos, ignorando que dos ojos azules habían contemplado la escena desde detrás de un roble. Váldemar había oído las voces cuando iba en busca de Elvia.

Había oído lo suficiente.

Quiso correr hacia ella, abrazarla y darle consuelo, pero no se sintió con el derecho a hacerlo. En su lugar, se alejó despacio de allí, centrándose en la ocurrencia que había empezado a tomar forma en su cabeza.

Una decisión acertada

—¿Y por qué deseáis marcharos tan pronto?

—Creo que Elvia merece estar en su casa sin tener que estar pendiente de mí —explicó Váldemar a la lustrosa reina de las hadas.

Había ido a buscarla justo después de presenciar la disputa entre Elvia y su amiga, y ahora estaba aún más seguro que antes de que debía irse.

—¿Y qué opina ella?

—No lo sabe. Se sentiría obligada a impedírmelo o a acompañarme.

El príncipe tenía la irritante certeza de que, si Elvia no había logrado sentirse cómoda en su propio hogar, era por su culpa. No quería ser la razón por la que ella y una de sus hermanas discutieran.

—Así que planeáis abandonar Álandor sin decírselo a nadie más que a mí —dijo Sibyl con un suspiro.

—Sí.

—Esperamos no haberos ofendido en ningún momento, alteza. Sé que algunas de mis súbditas son muy expresivas y os han mirado con recelo, pero...

—Majestad, os aseguro que no tiene nada que ver conmigo. Pese a las discrepancias entre vuestra gente, he disfrutado mucho de mi estancia. Álandor es un lugar excepcional, pero de verdad creo que se lo debo a vuestra embajadora. Quiero que respire, que se olvide de Bránvar y de los humanos durante los días que le quedan.

—Que no son muchos. Dentro de dos amaneceres volverá a la capital.

—Lo sé, pero rezo por que sea suficiente.

Sibyl se acercó a él con un brillo indescifrable en la mirada. Era mucho más baja que su invitado; aun así, gracias a su temple y a su elegancia,

resultaba imponente. Le puso una mano en la mejilla.

—Sé que vuestro afecto por ella es sincero, y eso me alegra. Pero tened cuidado; no todo el mundo es tan comprensivo como yo. Ni en mi bando ni el vuestro.

Váldemar asintió. Le retiró la mano con suavidad, hizo una reverencia y se marchó.

El príncipe no dejó el bosque sin que nadie se diera cuenta. Las hadas centinela lo vieron dirigirse hacia la linde, pero ninguna lo detuvo. Si el hijo de Saveiro quería irse del hogar de los feéricos, nadie lo iba a impedir.

Salvo Elvia, pero cuando se enteró ya era tarde. Corrió de inmediato a increpar a la reina, que se encontraba en uno de sus aposentos, una cavidad de roca con una cortina de agua cayendo al fondo y varios orificios que dejaban pasar la luz del sol y las demás estrellas.

Sibyl, al igual que muchas de sus antecesoras, utilizaba aquel lugar para meditar, e interrumpir sin una buena razón podía considerarse una enorme falta de respeto. A Elvia no le importó.

—¿Por qué se ha ido? —inquirió, acercándose a zancadas.

Sibyl, sentada sobre un columpio floral sujeto al techo escarpado, permaneció calmada. Se balanceaba suavemente sobre la madera y las lianas.

—Así lo quiso —respondió.

—¿Sin motivo? Alguien tuvo que decirle algo... Ni siquiera se despidió de mí.

—De hecho, tú eres su razón, Elvia. Creyó que te estaba poniendo en un compromiso, que no te estaba dejando disfrutar de tu hogar con libertad.

Elvia entrecerró los ojos.

—¿Os lo dijo?

—Sí. No con esas palabras exactas, pero sí.

Elvia chascó la lengua y desvió la mirada.

—Creo que no se equivocó al tomar esa decisión —añadió la reina.

—¿Por qué?

—Es evidente que hay complicidad entre vosotros. Muchas de tus hermanas lo han interpretado como una señal de... pérdida.

—¿Pérdida?

—Sí. Después de todo, tú siempre has tenido dos opciones a la hora de posicionarte. Puedes estar de parte de los feéricos o de parte de los hombres.

—No tiene sentido, majestad, las dos lo sabemos. Vos y yo estamos trabajando muy duro para que se disuelvan los bandos, los enfrentamientos y la enemistad. No quiero tener que elegir porque lo que busco es unidad.

—Estoy de acuerdo contigo, Elvia, sabes que es así. Pero la nuestra no es una perspectiva muy popular. Después de lo que ha pasado durante estos años, siempre habrá personas que vean diferencias y a veces considerarán que son irreconciliables.

A pesar de las esperanzas que Elvia se había esmerado en fortalecer, la verdad resonaba con tanta fuerza en las palabras de su reina que era imposible ignorarla. Entre humanos y hadas siempre hubo reticencias que se intensificaron cuando Saveiro declaró *non grata* la presencia de esas criaturas en sus dominios. Habían pasado casi treinta años desde aquello y, aunque las circunstancias apuntaban a que no duraría más, seguía siendo mucho tiempo. Para las hadas era menos que para los humanos, aunque ellas podían ser más rencorosas.

Elvia se planteó ir tras Váldemar. Claro que se le había pasado por la cabeza. Pero tenía miedo de arrepentirse después porque él tenía razón. Necesitaba estar en su casa, sola, como antes de ir al castillo. Necesitaba sanar el vínculo que tenía con su hogar y con quienes habitaban en él.

Vestigios

Amanecía.

Saveiro esbozó una tenue sonrisa en cuanto le anunciaron que habían avistado a su hijo mayor atravesando la muralla de la ciudad. Era posible que, después de todo, las cosas con Elvia se hubieran malogrado.

Lo recibió en el salón del trono, pero sin formalidades. La guardia del castillo condujo al príncipe hasta allí y el monarca se acercó a él con ímpetu, vestido con una holgada bata dorada que arrastraba por el suelo.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿A qué se debe tu pronta llegada?

—Nadie me ha incitado a irme, si es lo que estás pensando. Ha sido decisión mía y solo mía. Mi cometido allí terminó y no vi necesario quedarme más.

—¿Por qué no está la embajadora contigo?

—Porque su tiempo de permiso no ha acabado. Puede quedarse hasta la fecha estipulada; no quise robarle ese derecho.

—¿No ha habido ninguna discusión entre vosotros?

Váldemar miró a su padre con suspicacia.

—En absoluto. Nuestra relación es la de siempre.

Los ojos de Saveiro se encendieron.

—La de siempre, ¿eh? Pues eso no me aclara nada, ya que vuestra relación, como tú dices, ha sufrido varios cambios desde que llegó. Creo recordar que al principio la odiabas.

El príncipe tensó la mandíbula.

—¿Intentas decirme algo?

Saveiro tomó aire por la nariz y alzó levemente la cabeza.

—Ven conmigo. Quiero enseñarte una cosa.

El muchacho estaba cansado, pues se había pasado toda la noche viajando, aprovechándose de la velocidad que le otorgaban las patas de lobo, pero la orden de su padre despertó curiosidad en él.

Lo siguió por el castillo sin compañía; Saveiro había expresado claramente que deseaba estar a solas con su primogénito.

Llegaron al desván del ala oeste, una habitación vieja al final de una escueta escalera de caracol. El suelo de madera crujía bajo sus pies y el techo inclinado tenía partes desvencijadas.

Saveiro sacó un cofre que, por su tamaño, bien podría haber sido un baúl. Lo colocó sobre una mesa y lo abrió tras retirar con un soplido el polvo que se había acumulado en la superficie. Extrajo varios pergaminos enrollados y se los tendió.

—Lee —le pidió.

Váldemar lo hizo, inquieto. La sorpresa que le produjo el contenido de aquellas misivas hizo que, por un momento, se olvidara de las malas vibraciones.

Distinguió dos caligrafías a las que correspondía una firma distinta. Una era de su abuelo, el rey Adelfo.

La otra...

El muchacho se obligó a parpadear varias veces.

La otra pertenecía a Finoa de Verano, la antecesora de la actual reina de las hadas. A quien siempre habían atribuido la responsabilidad de la muerte de su abuelo.

«Lo dejó morir cuando podría haberle salvado. Eso es equivalente a un asesinato», había dicho Saveiro en repetidas ocasiones. Cuántas veces habían oído la misma cantinela... Llegaron a creérsela. Seguían creyéndola un poco. Lo cierto es que nunca hubo una explicación satisfactoria al porqué. ¿Por qué Finoa rehusó salvar a Adelfo?

Ella dijo que el destino y la naturaleza tenían planes e intenciones propios en los que ella no debía inmiscuirse. «Si le ha llegado la hora, le ha llegado. Todos tenemos que morir algún día», fueron sus palabras.

Váldemar había oído esa historia decenas de veces. Las versiones variaban en pequeños detalles, pero lo importante se mantenía.

Leyó con avidez las cartas.

Lo primero que quiso saber era la fecha. ¿De cuándo databan? Tras un rápido cálculo mental, descubrió que las habían intercambiado cuando Adelfo apenas era un veinteañero. Al principio, le pareció que todas hablaban de lo

mismo, pero luego descubrió que había cuatro que tenían un cariz distinto. Las últimas.

Querido Adelfo:

Hace días que no sé nada de ti y estoy preocupada. Sé que lo que te dije el otro día suena descabellado. Hace mucho que soy reina, pero no siento que haya hecho nada que merezca la pena. Quiero estar a la altura de mi título, hacer lo mejor por Álandor y por Myrendul. Amo Myrendul, Adelfo, casi tanto como te amo a ti. Los dos queremos que esta tierra prospere. Los dos ansiamos la grandeza del reino. Por eso se me ocurrió que el matrimonio allanaría el camino hacia dicho propósito.

Ya sé que cuando empezamos a enamorarnos acordamos que viviríamos nuestro amor siempre y cuando no se interpusiera en nuestras obligaciones. Pero han pasado cinco años. Muchas cosas han cambiado. Nos amamos de verdad y ya no somos unos niños. Sabemos cómo funciona el mundo, lo conocemos mejor que cuando, movidos por el miedo, acordamos ser prudentes. Hoy sabemos que existen maneras de cambiar las cosas. Sabemos que los grandes hallazgos y los méritos más valiosos no se obtienen sin riesgo.

Amor mío..., pronto tú también serás rey. Los dos seremos la ley. Podremos hacer tantas cosas...

Piensa en ello.

Finoa

Habían estado enamorados. Durante su juventud, Adelfo se enamoró de un hada. Pese a la buena relación que había por aquel entonces entre ambos pueblos, algo como aquello hubiera resultado escandaloso.

Váldemar siguió leyendo:

Estimada Finoa:

Ninguna mujer me ha cautivado tanto como tú y con ninguna he sido más feliz. Pero no se trata de mi felicidad. Se trata de mi posición como futuro rey.

Sé que el momento de mi ascensión se acerca, y yo no me haré cargo solo de un bosque, Finoa. Se trata de todo un país. Y a diferencia de las hadas, los humanos no nos llevamos bien con otros reinos. Mi apellido trae consigo el honor y la gloria

de mis antepasados, pero también enemigos que aprovecharían la particularidad de la situación para atacarme. No puedo pecar de romántico e ignorar la realidad de mi gente. Los myrendulenses respetan a las hadas, aprecian sus servicios y las buscan cuando necesitan ayuda. Pero creen con firmeza que su relación no debe cruzar según qué límites. Esas ideas despiertan un rechazo al que no puedo dar la espalda.

Además, también sembraría la discordia entre tus súbditas. Ellas ni siquiera consideran la posibilidad de que un hada se enamore de un hombre. Para vosotras no es natural. Aunque, como ambos hemos aprendido, lo natural es solo la percepción de una mayoría acostumbrada a lo corriente.

Nosotros lo entendemos así. Nuestras gentes, no.

Sin embargo, hay algo que tiene que ver con nosotros y solo con nosotros... Somos distintos. Yo ansío yacer contigo, pero sé que a ti te disgusta la idea. No me ofende, entiendo que forma parte de lo que eres y te agradezco que me dieras permiso para estar con otras mujeres para satisfacer ese deseo, Finoa, pero no es lo que quiero. Y tampoco lo que necesito. Debo tener descendencia. Es mi responsabilidad para con mi familia y el reino. En ese aspecto, amor, somos incompatibles.

Así que me veo obligado a declinar tu oferta y pedirte que, por favor, no te enfades. Herirte es lo penúltimo que busco. Lo último... es discordia en el reino.

Espero que lo entiendas.

Adelfo

Así que Finoa había sido capaz de enamorarse sin sentir la necesidad de entregarse a Adelfo... Tenía sentido; era un hada. Aquello resultaba revelador y explicaba que nadie en la corte iridiscente hubiera descubierto el secreto de su amor.

La siguiente carta era mucho más breve que las anteriores. Contenía una simple pregunta:

¿Tal es tu afecto por mí que ni siquiera eres capaz de reunirte conmigo para decirme todo eso a la cara?

Váldemar continuó, siendo capaz de ver el dolor y el resentimiento de la reina en su caligrafía.

Finoa:

Las cosas han cambiado. No solo porque crea que así debe ser porque, como bien mencionaste, ya no somos unos niños, sino porque hay novedades.

He conocido a mi prometida. Y me gusta. Matilde es una chica sincera, risueña y agradable. Quizá no llegue a amarla tan ardientemente como te amo a ti, pero será la madre de mis hijos y debo respetarla. Es hora de terminar, Finoa. Será lo mejor para ambos. Quiero ser decente y discutirlo en persona si eso te complace, pero mi decisión es firme.

Te espero al anochecer donde siempre. Hablaremos.

Adelfo

La cantidad de información era abrumadora y sin duda hizo que el criterio de Váldemar sobre lo sucedido dejara de ser el mismo, pero en el fondo no sabía qué pensar. ¿Finoa había dejado morir a Adelfo por resentimiento? Parecía demasiado simple.

—Sé lo que estás pensando, hijo. —El corazón del príncipe se estremeció. Hijo. Su padre nunca le llamaba así—. Piensas que solo son misivas de jóvenes enamorados que no esclarecen nada. Pero sí lo hacen. Las hadas siempre han sido criaturas de naturaleza caprichosa. Finoa pudo salvarlo y no lo hizo.

—Eso no es todo lo que se dijeron —apuntó el príncipe—. Pudieron tener varios encuentros posteriores.

—No, Váldemar. Eres listo, pero ahora no estás haciendo uso de tu inteligencia. Ella acudió al encuentro y, despechada, le devolvió todas las cartas que había estado guardando. Por eso están aquí. No quiso quedárselas porque prefería tomar distancia de ese amor. Seguramente estaba dolida. Mi padre, en cambio, se las quedó. Es probable que siguiera queriéndola hasta el fin de sus días. ¿Y de qué le sirvió? De nada.

—Eso no significa...

—Claro que sí. Y lo sabes, Váldemar. ¿O es que tu amor por la mestiza te ciega? A Adelfo, como ves, no le cegó del todo, lo que disgustó a Finoa. Quería tenerlo bajo su yugo, pero él no era fácil de someter. Tú, en cambio, estás cayendo.

Váldemar notó un sudor frío en la frente. La sangre había huido de su rostro.

—Oh, sí —prosiguió el rey—. Lo sé. Y me preocupa. Me preocupa mucho. Sobre todo porque Elvia no es un hada cualquiera, ¿sabes? ¡Es la hija

del hada que nos hizo esto! Que te condenó a una vida monstruosa y rompió nuestro vínculo de padre e hijo antes de que pudiéramos construirlo.

—Eso lo hiciste tú solo, padre —rebatíó él sin mirarle a la cara.

—¿Cómo dices?

—Es tu odio y tu rencor lo que te impiden verme como ves a Félix o a Fidelia, no el maleficio de un hada.

—Lo uno es una consecuencia de lo otro; por lo tanto, Emberia es la culpable directa. Se atrevió a maldecir a mi hijo, un príncipe de Myrendul, con la licantropía. Lo hizo ante mis ojos y ante los de tu madre. Piensa en ella, Váldemar. La locura la consume y también es por ti. Por lo que esa bruja te hizo. —Saveiro empezó a dar vueltas por la habitación, frotándose las manos frenéticamente y mirando a todos lados, como si temiera que un fantasma apareciera para llevárselo de un momento a otro—. Tu abuelo era un idealista, un hombre de principios y sueños nobles pero poco prácticos. Yo le admiraba, pero tenía claro que no seguiría sus pasos con respecto a algunas políticas. Era demasiado benevolente, y eso le hacía débil. Él mismo lo reconoció ante mí en alguna ocasión. Siempre quise ser un gran rey... Y Emberia frustró la aspiración, porque un buen rey habría sabido proteger a su heredero.

Váldemar lo miró con fijeza y no le tembló la voz cuando dijo:

—Desconozco lo que habría hecho un buen rey, pero sí sé lo que habría hecho un buen hombre: habría estado por encima de eso y se habría dignado a querer a su hijo fueran cuales fueran sus circunstancias. —Le volvió la espalda y se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde vas? Váldemar, no hemos terminado —dijo Saveiro, pero él ya había cruzado el umbral y empezaba a descender por los peldaños. Las voces del rey retumbaron por las escaleras—. ¡No cometas los mismos errores que tu abuelo! —Fue su última advertencia.

—Prefiero no cometer los mismos errores que mi padre —susurró Váldemar para sí.

El camino de cada uno

Elvia llegó el día de año nuevo, durante el ocaso. Tuvo una recepción normal en la que notó más serio de lo habitual al rey, aunque su mirada era distante, como si su mente estuviera llena de cosas que le impedían prestar atención a lo que le rodeaba. Váldemar no estuvo allí y, aunque añoró su presencia, no sentía la necesidad imperiosa de verle. Antes quería aclarar sus ideas, ordenar sus pensamientos. Se había ido de Álandor con un regusto amargo en la boca, y la causa principal era Yilda. Antes de marcharse habían vuelto a hablar en un tono más calmado y conciliador que el que habían adquirido cuando Váldemar apareció. Pero su relación se había enfriado un poco. Se habían alejado, no solo a nivel físico.

Dejó un par de cosas en sus aposentos y salió. Elvia pensó en el día que tuviera que irse de allí. Su trabajo como embajadora concluiría en unas semanas y regresaría definitivamente a Álandor. ¿Qué iba a pasar con ella y con Váldemar? La idea de desligarse de él por completo era angustiosa. Sentía un tirón en el pecho solo con imaginarlo.

Pasó por delante de la sala de estar privada de los príncipes y arrugó el entrecejo al ver el tenue resplandor que se colaba a través de la puerta entreabierta. Se asomó y lo primero que vio fue un par de velas encendidas. Lo segundo, la silueta de Fidelia sentada en un cómodo sillón, con las piernas dobladas junto al pecho y los brazos rodeándolas. Se acercó a ella con cautela.

—Alteza —llamó en un susurro—, ¿estáis bien?

Fidelia alzó la vista y puso al descubierto unos bonitos y humedecidos ojos verdosos. Se pasó las manos por los pómulos, como si quisiera borrar el rastro de las lágrimas que hubiera podido derramar, y sorbió por la nariz, despejándose.

—Solo pensaba —respondió.

Elvia se sentó en el asiento vacío que había a su lado y la observó con preocupación.

—¿Puedo saber en qué?

Fidelia no la miraba. Había apoyado la cabeza sobre las rodillas y tenía la vista perdida en el infinito.

—En mi vida en general. No en la que he tenido, sino en la que voy a tener.

La feérica ya suponía que se trataba de eso. Exhaló un suspiro resignado.

—No será una mala vida, princesa. Tendréis una casa, una familia, seguridad... Es más de lo que mucha gente puede decir. No os faltará de nada.

Pero las palabras no persuadieron a la muchacha.

—Me faltará libertad.

En eso tenía razón. Los humanos, al igual que las hadas, necesitaban la libertad tanto como el aire o la luz del sol. Podían vivir sin ella porque el instinto de supervivencia era muy fuerte, pero su alma se consumía hasta alcanzar un estado de muerte en vida. No obstante, se empeñaban en imponer normas, construir muros y forjar cadenas.

—Supongo que no se puede tener todo —observó Elvia, y enseguida supo que el comentario era absurdo e insuficiente, pero no se le había ocurrido nada mejor.

Fidelia permaneció callada casi un minuto hasta que dijo:

—Como reina de Audeval, me dedicaré a fomentar el teatro y la dramaturgia. Al menos, podré hacer eso.

—Pero a ti te hubiera gustado formar parte de ello. Vivirlo. ¿Verdad?

Fidelia asintió, ausente.

—En fin, basta de hablar de mí. ¿Cómo estás tú? —quiso saber la princesa, mirándola con genuino interés.

—Bien. Un poco inquieta por el futuro, pero creo que todo va a salir muy bien. Los humanos y los feéricos volveremos a ser amigos.

—Se nota que eso te alegra.

—La verdad es que sí. Siento que, a pesar de no ser el hada que mis hermanas querrían, estoy haciendo algo bueno e importante para todos.

—He estado un rato con mi madre antes de venir aquí. Me he sentado a su lado y he recordado cómo eran las cosas cuando estaba bien. Era una buena mujer. Nos quiso mucho a todos. Incluso a Váldemar. Merecía algo mejor.

—Lo siento —fue todo lo que Elvia pudo decir.

—Oh, perdona, no quería incomodarte... No lo he pensado. Lo que quería decir es que... Vaya, si te sirve de consuelo, me parece que mi madre nunca odió a Emberia. La compadecía. O quizá sintiera una mezcla de ambas cosas, pero no tenía un rencor tan destructivo como el de mi tía o mi padre.

—Lo normal hubiera sido que lo tuviera.

—Ella siempre decía que los malos sentimientos jamás aportaban nada. Que el odio y la venganza nos hacían más daño a nosotros que a nuestros enemigos.

—Tal vez enloqueció por no permitirse sentir esas cosas —terció Elvia.

—Tal vez. ¿Te sientes culpable por lo que hizo tu madre?

Elvia no respondió de inmediato. Antes meditó, no porque no conociera la respuesta a esa pregunta, sino porque nunca era fácil contestar.

—A veces. Tengo miedo de haber heredado algo más que mis alas y mis poderes.

Fidelia creyó ciegamente en lo que la mestiza le contaba. Podía sentir el temor en su voz cuando hablaba de lo que le atormentaba. Le cogió de la mano y se la apretó con cariño.

—Estás yendo por el camino contrario, Elvia. Puedes estar tranquila.

Ella sonrió y sus ojos se encendieron con el reflejo de las velas que las acompañaban.

—Gracias.

La princesa se separó de ella y se recostó en su asiento, sintiendo un poco de frío. El camisón que utilizaba para dormir no era todo lo caliente que le hubiera gustado.

—¿Cómo está Eileen?

Las palabras salieron en tropel de sus labios sin permiso, y solo cuando sus propios oídos las captaron, Fidelia se permitió alarmarse por lo que acababa de decir. Ni siquiera había modulado el tono para simular indiferencia. Aunque Elvia no parecía extrañada por la pregunta.

—Muy bien. También me preguntó por ti.

Aquello hizo que el corazón de la princesa diera un vuelco. Tragó saliva.

—¿Ah, sí?

Elvia asintió.

—Te sientes atraída por ella, ¿no?

Era demasiado tarde y Fidelia estaba demasiado cansada como para negarlo de manera convincente. Además, se fiaba de Elvia y de su criterio. Quizá le viniera bien escuchar su punto de vista.

—Creo que sí —reconoció.

—¿Eso te perturba?

—Un poco. A mí las mujeres nunca me han gustado de ese modo... Al principio pensé que se debía al hecho de que era un hada y podía encandilar a cualquiera, pero sé que no es verdad. No es la única hada que he conocido y... ella genera en mí algo distinto a cualquier otra.

—No creo que debas darle más vueltas de las necesarias, alteza.

—Ya, pero esto que me está pasando me hace dudar de mí, de todo lo que he sentido hasta ahora.

—¿Por qué? ¿Acaso no son sentimientos compatibles con lo que has experimentado antes?

—¿Pueden gustarme tanto hombres como mujeres?

Elvia se encogió de hombros.

—Ya ves que sí.

—¿Y en qué me convierte eso?

—En una mujer con sus propias inclinaciones. Y solo te incumbe a ti.

—Tal vez. Pero me siento... indefinida. Difuminada. Descubrir algo así tan de repente y sin esperarlo me hace pensar que todavía no me conozco y no sé quién soy.

—Te entiendo muy bien, princesa. Mi condición de mestiza me ha hecho sentir lo mismo en más de una ocasión. Y cuando vine aquí, todo se volvió más complicado, si cabe. Pero todos emprendemos ese camino... Y no está tan mal. Hasta puede disfrutarse.

—¿A qué camino te refieres?

—Al de conocerse a uno mismo. Es cosa nuestra. El ritmo lo marcamos nosotros. Y si todavía hay incógnitas que no hemos despejado..., bueno, ya lo haremos.

—¿Y qué hay de la incertidumbre? Resulta asfixiante a veces...

Elvia tomó aire, asintiendo con lentitud. La sensación de estar atrapada en un espacio desconocido, de no saber qué dirección seguir, era algo muy familiar para ella. Antes de trasladarse a Bránvar, cuando vivía en el bosque y había días en los que no se sentía cómoda en su propia piel porque no se identificaba con las demás hadas, la culpabilidad le embestía con fuerza. En ocasiones, especialmente cuando era más joven, se decía que no tenía derecho a sentirse mal, puesto que la corte iridiscente era su hogar y sus miembros admitían que formara parte de él. Gratitud, y no culpa, era la emoción pertinente.

Pero había vivido engañada. Sus propios pensamientos la traicionaban, la torturaban para que, sin haber hecho nada malo, no pudiera estar en paz

consigo misma. Ahora entendía que no tenía por qué ser así.

—Las personas tenemos derecho a sentirnos perdidas de vez en cuando — declaró.

Fidelia dejó que el silencio las envolviera, pero atesoró esa reflexión.

Sin un plan convincente

Constanza despertó empapada en sudor, todavía con la huella del terror en su piel, como si la pesadilla que había tenido le hubiera dado un abrazo y hubiera dejado oscuridad impregnada en su cuerpo.

Ni siquiera había salido el sol. Despertó a tres de sus criadas y ordenó que le prepararan un baño y que la dejaran completamente sola. Las sirvientas obedecieron y lo dispusieron todo, incluida la chimenea encendida.

Una vez frente a la bañera humeante, Constanza se desnudó, dejando al descubierto su cuerpo blanco y tachonado de pecas. No se había hecho su habitual recogido y la melena roja y ondulada caía libremente por su espalda. Le resultaba molesta y, como ya había hecho con anterioridad, se prometió que un día se la cortaría por los hombros sin importar que no estuviera bien visto en una mujer. Aborrecía los convencionalismos que entraban en conflicto con su pragmatismo.

Se sumergió en el agua con una única cosa sobre su piel: el collar que había estado llevando durante las últimas semanas, una fina cadena de plata en la que nadie reparaba y de la que colgaba un pequeño frasco azulado que ocultaba bajo el escote.

Como ya había hecho en tantas ocasiones, lo sostuvo entre los dedos y lo miró como si pudiera perderse en él, en la sustancia color noche que guardaba. La embajadora de la corte iridiscente había vuelto, pero solo le quedaba un mes de estancia allí. Todavía tenía tiempo de actuar.

La idea llevaba rondándole un par de semanas, pero ahora su insistencia era acuciante. Elvia no solo era la hija de la mayor enemiga que había tenido el reino, sino que era también la enamorada de Váldemar. ¿Cuán fuerte era su amor? Si el príncipe se viera obligado a escoger un bando, ¿sería capaz de irse

con ella y dar la espalda a su familia? La mera ocurrencia resultaba insoportable. Era una traición, una decepción... No, su sobrino era mejor que eso, y desde luego merecía más amor que el que esa criatura pudiera darle.

Pero él no lo veía.

No importaba. Si lograba sacar a la mestiza de su vida, acabaría agradeciéndoselo. O no. Pero daba igual, Constanza sabía que era lo correcto. Sería como amputar una pierna por preservar la salud general.

Arrugó la nariz, pues, aunque sabía qué era lo que quería y cómo conseguirlo, algo le impedía sentirse cómoda. Quizá todavía tuviera conciencia, después de todo. Pero la conciencia solo era una molestia, jamás un impedimento.

Un motivo de peso

Danter Arrylar llevaba cerca de cuatro semanas encerrado en aquella apestosa y fría celda. Era un hombre paciente (todo buen cazador lo era), pero tenía sus límites y estaba empezando a rozarlos con los dedos.

Su rey era un hombre orgulloso, prepotente y poco benévolo. No dudaba de que acabaría interviniendo, pero nada garantizaba que lo hiciera pronto. Le gustaba reafirmarse en su poder, y quizá le hiciera permanecer en aquella prisión extranjera más tiempo del necesario solo para que no olvidara que era su súbdito.

Recordó lo que había pasado, lo que le había conducido hasta allí.

Su hija de tan solo trece años había llamado la atención de un noble acaudalado e influyente: el gobernador de las islas Arkra. La madre de la niña, que murió al dar a luz, era hija de la prima del rey, y eso hacía que el monarca tuviera poder de decisión sobre ella.

Le comunicó a Danter que había decidido conceder la mano de la pequeña a aquel hombre. El cazador no podía permitirlo. Sabía de sobra que el gobernador tenía la insufrible tendencia a golpear a sus mujeres. Ya había estado casado dos veces y, en alguna ocasión, sus esposas habían acudido a banquetes con la cara magullada. Nadie interfería.

—Son cosas que pasan, Danter —había dicho el rey—. Lo único que puede hacer una mujer cuando la desposan es esperar tener suerte, esperar haberse casado con un hombre misericordioso. Pero, si no es así..., bueno, son cosas que pasan —volvió a decir.

Pero Danter no estaba de acuerdo. Sus padres habían sido exploradores; se asentaron en Travia cuando decidieron que ya habían visto suficiente mundo y él pudo viajar a través de sus relatos. Le contaron mil historias y le

inculcaron los valores que habían ido adquiriendo gracias a otras culturas. Le enseñaron que no tenía que asumir que el mundo era de una forma si él creía que podía ser de otra.

Si ostentara algún título nobiliario, podría oponerse y negociar directamente con el gobernador akrense, pero por sus venas corría sangre roja y común de plebeyo. Si logró casarse con una aristócrata, fue porque impresionó a su padre con sus méritos, porque se labró una reputación que muchos admiraban, pero nada más. Eso no le servía para proteger a su hija.

Suplicó a su rey. Se presentó ante él durante un banquete privado del que cuatro hombres más disfrutaban. El monarca estaba algo borracho cuando dijo:

—No, querido Danter, yo nunca querría causarte pena. Te tengo en alta estima por tus dotes de caza, deporte que sabes que amo, pero tampoco eres el mejor cazador del mundo.

—Puedo serlo —repuso él casi sin pensar.

El rey lo miró con un brillo divertido y escéptico en sus pequeños ojos de buey.

—¿Puedes serlo?

—¿Qué hazaña consideráis que solo puede llevar a cabo el mejor cazador del mundo? Decídmelo y perseguiré esa meta. Si lo que necesitáis para anular el matrimonio de mi hija es que sea el mejor, lo seré.

—Vaya, vaya, esto se pone interesante... ¡Adoro los retos! Bien, veamos... Ya te has enfrentado antes con un dragón, y además con éxito, así que descartado. Unicornios también has cazado. Algún ave fénix...

—¿Qué decís de la serpiente relámpago? —propuso uno de los acompañantes de su majestad.

Pero él desechó la idea con la mano.

—No, no creo que exista.

La serpiente relámpago era, según las historias de los trovadores y juglares, una enorme serpiente de color azul que vivía en las profundidades marinas, cuyas escamas se iluminaban durante las noches de tormenta. Se decía que medía más de cien metros y que sus fauces podían engullir un navío entero.

—¡Oye! ¿Qué hay del príncipe de Myrendul? —inquirió otro de los presentes—. Es un hombre lobo, ¿no?

—Sí... ¡Sí! Cuenta como criatura... —Sopesó el rey—. Imagináoslo colgado en mi pared junto a mis otros trofeos, ¿no sería glorioso?

—Creo que los licántropos recuperan su forma humana cuando mueren, majestad.

—¡Qué más da! El caso es que es casi imposible de conseguir. ¡Y un príncipe! No un solitario animal que campa a sus anchas por el bosque.

—¿No os incomoda enemistaros con Myrendul?

—Un enemigo lo es cuando se encuentra a tu altura, y Myrendul está lejos de eso. De hecho, me atrevería a decir que Travia no puede tener enemigos. De todas formas, ese Saveiro poco podría hacer. Sus tierras son ricas, pero la extensión es pequeña... Y desde que empezaron las guerras del norte, han perdido poder más allá de sus fronteras. Además, algo me dice que incluso le haríamos un favor —se mofó.

—No creo que sea buena idea, majestad —opinó el cazador.

—Lo que tú creas es irrelevante. Quiero que me traigas al príncipe lobo. Eso te convertirá en un gran cazador, si no en el mejor. Matar a un miembro de la realeza es una difícil misión, aparte de suicida. Tienes hasta primavera, que es cuando se anunciará el compromiso.

—Si lo consigo, ¿me permitiréis a mí decidir el destino de mi hija?

El rey se rascó la papada.

—Te doy mi palabra.

Danter asintió. Había hecho bien en ir a pedírselo durante el banquete. Ahora había cuatro testigos de su trato, así que su majestad no se atrevería a romperlo.

El hombre había pensado en su hija todos los días desde que había partido de Travia. Había periodos en los que él viajaba bastante, pero se las arreglaba para verla como mínimo una vez cada dos semanas. Vivía en una bonita casa cerca de la costa, al sur, arropada por sirvientes leales comandados por su hermana.

Encerrado en la prisión myrendulense, maldijo el día en que decidió ir al Festival de la Sal acompañado por su hija. En esa celebración fue donde el gobernador le había puesto los ojos encima.

Era una niña... Pero empezaba a ser obvio que acabaría siendo tan hermosa como lo fue su madre. Por eso la quería el gobernador, no por su dulzura, su ingenio o sus talentos: por su físico. Y una vez que lo hubiera disfrutado, se dedicaría a destruirlo, como ya había hecho antes.

No, no podía permitirlo. Antes le mataría.

Pero estaba encerrado, atrapado. Si su suerte no cambiaba pronto, el fracaso le golpearía en la cara.

Por primera vez desde hacía muchos muchos años, el cazador lloró.

Así funciona

Lo más probable era que, huyendo de algún depredador, la liebre hubiera tenido una caída aparatosa. Eso explicaría los arañazos y magulladuras que se intuían en su pelaje, tenía la pata un poco torcida.

Elvia había acudido al bosque después de comer porque quería cumplir con su deber de hada y cuidar de la naturaleza. Gracias a sus poderes, no le había sido difícil localizar al animalillo herido.

La joven estaba arrodillada sobre la hierba escarchada, dejando que la magia fluyera desde la tierra hasta la liebre a través de ella. Había cerrado los ojos para concentrarse en su tarea, por eso no vio llegar a Váldemar, pero sí le oyó. Y no necesitó mirar para saber que se trataba de él.

—Elvia —llamó.

Ella separó los párpados y lo vio al frente.

—Hola —saludó ella.

Habían estado evitándose unos cuantos días; los dos lo sabían. Y, teniendo en cuenta el tamaño del castillo, no había resultado complicado.

—Quería estar contigo —confesó él—. Y también quería pedirte perdón por haber dejado Álandor tan pronto sin avisar. Pero me pareció lo mejor.

La joven no respondió enseguida. Sus manos todavía acariciaban a la liebre, que temblaba por la presencia del licántropo.

—Tranquilo —susurró, y notó cómo sus poderes surtían efecto en la criatura. Miró a Váldemar—. Hiciste bien. Necesitaba estar allí sin nada que me atara a Bránvar.

—Yo no quiero atarte a nada.

—Lo sé.

Terminó su trabajo con la liebre y se puso de pie, dejando que el animal se alejara de ellos correteando. Elvia lo observó con la cabeza ladeada. Luego se giró hacia el príncipe.

—Ya no siento Álandor como mi casa. No pertenezco a ese lugar, aunque durante años me esforzara en pensar que sí. Y lo creí. Pero ahora..., ahora me doy cuenta de lo que soy. Y ya no puedo vivir en Álandor sin apenas contacto, sin poder dar rienda suelta a las emociones que he desarrollado. Pero tampoco puedo quedarme aquí. Soy consciente de que no solo tengo que encontrar mi sitio; tengo que construirlo yo misma.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé. Me guiaré por lo que me hace sentir bien. Arreglar las disputas diplomáticas entre nuestros pueblos me está aportando mucho, pero cuando eso termine..., no lo sé. Personalmente..., tengo miedo, Váldemar. Y mucho vértigo.

—¿Por qué?

—Por lo que siento. Es muy intenso y no..., no me deja pensar. Lo que siento por ti me hizo querer seguirte sin apenas dudarlo, abandonar mi hogar..., o lo que hasta ahora ha sido mi hogar, como si nada. Eso me asusta.

Él se acercó y le cogió la mano, acariciándole el dorso con el pulgar.

—Yo siento lo mismo.

—¿Y qué vamos a hacer? —susurró ella—. Porque me pongo nerviosa cuando estás conmigo y me desespero cuando no estás.

Él sonrió.

—Así funciona.

—¿Así funciona el qué?

—Los sentimientos.

—Pues no sé cómo gestionarlos. No sé si es porque no soy del todo humana o qué, pero todo ha cambiado desde que descubrí que me importas y... me gustas. Me gusta cómo eres, lo que haces, cómo lo haces...

Él la miraba con los ojos centelleantes, creyendo firmemente que no había nada en el mundo que mereciera más la pena ver que ella. Ella sonriendo y actuando con confianza... o ella insegura y abrumada por algo en lo que no tenía experiencia. Daba igual. Todo era bello desde el punto de vista de Váldemar.

—No es porque no seas humana por completo. A todo el mundo le pasa.

—Cuando leí los poemas de amor de la biblioteca, creí que exageraban.

—Pues yo creo que se quedan cortos.

Y la besó. Elvia notó cómo el corazón se le disparaba. Cuando se separaron, él todavía tenía su rostro entre las manos y lo acariciaba casi con devoción.

—Nos las arreglaremos —prometió.

Se fundieron en un abrazo.

La cordura se marcha

Saveiro estaba solo en el desván en el que guardaba preciados objetos y viejos tesoros. Esa mañana había decidido prescindir del desayuno y lo único que se había llevado al estómago era vino especiado. Y continuaba bebiéndolo. Le ayudaba a lidiar con sus preocupaciones.

Allí arriba siempre era más fácil pensar.

Había soñado con Emberia. La había visto riendo incluso estando muerta, sintiéndose triunfal por la efectividad de su maleficio.

«Tú sufres todos los días, Saveiro —le decía ella en sus sueños—. Por lo tanto, yo gano todos los días. Perdí en vida, pero gano en la muerte. Y la muerte dura más que la vida».

—Esa condenada bruja lleva venciéndome todos los malditos días de mi existencia —masculló, frustrado—. Desde que lanzó el hechizo, hemos luchado todos los días. Y todas las noches, cuando Váldemar se transforma, ella gana. Y ahora vuelve a ganar. Una victoria sobre otra. Elvia es cuanto queda de ella, es su legado, y ha hecho que mi hijo la escoja antes que a mí.

No le había hecho caso. Le había advertido sobre lo traicioneras que podían ser las hadas si utilizaban el arma del amor, y aun así él seguía siendo fiel a sus emociones. Lo sabía porque, un par de días atrás, había visto a Elvia ir hacia el bosque y, minutos después, a su hijo seguir sus pasos. Desde entonces no dejaba de darle vueltas a la idea de que la batalla contra Emberia seguía librándose a pesar de que estuviera muerta. Y ni siquiera la había matado él; se había quitado la vida. Es decir, que no había logrado vencerla ni una sola vez. Jamás.

Váldemar estaba con la hija de la mujer que más había odiado.

«Quizá se aman de verdad», sugirió una voz en su cabeza.

—Amor. ¡Amor! ¿Y qué es el amor si no un hechizo? No te deja pensar, no te deja actuar de forma racional y justa. Maldita sea. Le he permitido ganar todos los días y, cada segundo que pasa y que yo no hago nada, ella vuelve a vencer.

«¿Y qué pretendes?», le contestó esa voz.

—La única forma de evitar la derrota... Sí, tendría que haberlo hecho. Tendría que haberlo hecho ese mismo día. Tendría que haber matado a Váldemar el día que Emberia murió y así nunca se habría convertido en lobo. Su maldición no se habría cumplido y ella habría fracasado. Sí... No me hubiera vencido. Me hubiera ahorrado el bochorno, ¡el sufrimiento! ¡La amargura de tener que ver a mi hijo convertido en una bestia salvaje e irracional!

Tiró el vaso de vino contra la pared y este se deshizo en una lluvia de cristales cortantes.

«Tal vez todavía estés a tiempo».

—Sí —dijo—, sí, quizá no sea tarde... Quizá pueda irme de este mundo habiéndolo solucionado. Habiendo eliminado todo rastro de esa bruja.

«Pero necesitarás un buen plan. Tú no puedes hacerlo».

—Así es... No puedo, sería un escándalo. Necesito que sea alguien a quien no le importe mancharse las manos de sangre, alguien que sepa cómo hacerlo...

«El cazador».

—¡El cazador! Sí, el cazador es la clave.

Siguió farfullando durante un rato, solo, deambulando por la habitación, sucumbiendo a una desesperación y un dolor que el alcohol había acrecentado.

La cueva

Ya habían asumido la realidad. Ahora solo les quedaba disfrutarla. La presencia del otro era embriagadora, les ayudaba a desterrar cualquier preocupación. Procuraban crear momentos, construirlos dentro de una burbuja a la que nadie más tuviera acceso. Se escapaban al bosque y ella volaba a unos centímetros del suelo mientras reía, divertida, ante la expresión de asombro y admiración que mostraba el rostro del príncipe.

Un día, él le contó algo: Váldemar salía casi todas las noches y recorría las montañas bajo su forma lunar, pero una vez que despuntaba el sol, no siempre iba directo al castillo. Existía un lugar, un rincón secreto, donde se relajaba y huía del mundo.

—Se trata de una cueva —le explicó mientras escalaban entre rocas y caminos angostos.

Váldemar le cogía de la mano porque ella sabía que le hacía ilusión guiarla hasta aquel lugar especial, así que prefería no volar.

—¿Cuánto hace que lo descubriste?

—No tanto como puedas pensar. Como estás comprobando, no es fácil llegar a él.

Cuando llegaron, la joven se quedó asombrada de lo profunda que era. La oscuridad hubiera sido total de no ser por un par de orificios que permitían la entrada de la luz.

La cueva tenía sus propias reglas y elegía a sus propios huéspedes; la entrada del frío estaba prohibida, por lo que Elvia no tardó demasiado en quitarse la capa aterciopelada que cubría su cuerpo durante aquellos días invernales. Era agradable sentir solo la ligereza de su vestido, sin abrigos que le hicieran moverse despacio.

Se adentraron un poco más y allí, en el corazón de la montaña, latía un pequeño estanque circular de aguas calientes, a juzgar por el halo de vapor que desprendían. La luz se filtraba tenuemente, sin llegar a ser invasiva, y acariciaba con gentileza las paredes lisas.

—¿Qué...? —empezó a balbucear la mestiza.

—A veces vengo aquí cuando amanezco con heridas —explicó Váldemar—. Me meto en cuanto el sol todavía despunta y permanezco dentro durante un rato; medito mientras dejo que el agua limpie la sangre.

Elvia se acercó y captó el sonido burbujeante del agua filtrándose a través de la tierra. Aquel lugar rebosaba vida.

—¿Y este sitio solo lo conoces tú? —inquirió, mirándola.

—Bueno, ahora ya no.

Elvia sonrió. Se sentía agradecida porque el príncipe hubiera compartido con ella el secreto. No sabía si se lo merecía. Iba a preguntarle algo que se le fue de la cabeza en cuanto vio que Váldemar se quitaba la camisa blanca.

—¿Qué haces?

—¿No quieres bañarte?

—Eh... Supongo que sí. Pero ¿vas a quitarte toda la ropa?

Él se encogió de hombros, divertido.

—Lo dices como si no me hubieras visto desnudo antes.

Se despojó de toda prenda y se quedó quieto y aparentemente tranquilo frente al hada. Elvia quería reaccionar, pero le costó recuperar la concentración. Miró a Váldemar a la cara y sintió un escalofrío sacudiendo cada fibra de su ser. Quiso ser justa. Con decisión, se quitó el vestido sin apartar la mirada de su acompañante.

Unas semanas antes, descubrir su cuerpo de forma tan absoluta ante un hombre le habría horrorizado, pero había algo en aquel instante, en su piel erizada y en el anhelo de su cuerpo, que lo hacía mágico.

Él dejó escapar el aire que sin darse cuenta había estado reteniendo.

—Siempre se ha dicho que da mala suerte ver a un hada desnuda —comentó él.

—Bueno, a mi padre se la dio, desde luego. Pero yo no soy un hada.

Váldemar sonrió, divertido y contrariado por la ocurrencia. Después recuperó una expresión seria, tensó la mandíbula, se acercó a ella, le colocó los dedos bajo el mentón para hacerle alzar el rostro y la besó. Fue suave, lento y no muy largo. Elvia contuvo el aliento. La mera caricia de sus labios era enloquecedora.

Al separarse, ella se lo quedó mirando como si fuera un tesoro que no pudiera permitirse perder.

Él la contempló con dulzura.

—Vamos —susurró.

Se sumergieron parcialmente en el estanque. El encuentro del agua y la piel fue placentero. Elvia cerró los ojos y se dejó envolver por el calor al tiempo que su frente se impregnaba con una fina capa de sudor.

—Qué maravilla —dijo ella, sintiendo sus alas meciéndose en el líquido.

—Sí. Cuando deje Bránvar, será una de las cosas que más añore.

—Aparte de tu hermano.

—Aparte de mi hermano, claro. Porque Fidelia ya no estará.

Silencio.

—No sabía que tuvieras pensado irte.

Váldemar se removi6 sobre sí mismo, visiblemente inc6modo.

—Mi tía me propuso hacerme cargo de sus tierras, ser su heredero.

Elvia asintió.

—Y te gusta la idea, ¿no?

—Es mejor que quedarse aquí viviendo a la sombra de los demás.

—Sí. Además, allí hay bosque y montañas, si no me equivoco. ¿Están muy lejos del palacio de tu tía?

—No, no mucho.

—En tal caso, es un buen plan.

—Lo es.

Silencio de nuevo. Él se acercó a ella y la besó en el hombro.

—Tú sigues sin tener claro lo que quieres hacer, ¿verdad?

—Sé que tengo un deber para con mi comunidad, pero cada día tengo más claro que ya no tiene sentido servir a la causa feérica. Al menos, para mí.

—No sé, ellas son tu familia, Elvia. Y la mayoría te acepta como eres, ¿no es así? Te aprecian.

—Sí, supongo.

—Pues no las castigues volviéndoles la espalda. Explícales lo que te pasa.

—No es tan sencillo. ¿Y qué pasa con nosotros? Porque esto es algo importante, ¿no? ¿O solo me quieres porque tengo el poder de apaciguarte en las noches de luna llena?

Los ojos azules de Váldemar se ensombrecieron y se separó un poco de ella, lo que hizo que Elvia sintiera una punzada en el pecho. Uno de sus miedos había escapado de su boca sin que le diera tiempo a retenerlo. No había podido evitar que aquella idea le rondara la mente.

—Perdona —murmuró—, es que este tema me pone de mal humor y...

—¿De verdad piensas eso? ¿Que te quiero porque tienes poderes que me benefician?

La joven se encogió de hombros y desvió la mirada.

—Podría ser...

—No, Elvia, tus habilidades no me importan. Lo que me importa es que la noche de luna llena fuiste a la torre con la intención de quedarte hasta el alba para asegurarte de que el cazador no me encontrara. Me importa que te tirases de un precipicio para evitarme el peligro de la caída. —Le puso una mano en la mejilla—. Eso, Elvia, entre otras cosas, son las que hacen que mi corazón lata más deprisa cada vez que te tengo cerca. Porque eres buena, porque ves más allá de la maldición. Y porque eres magnífica más allá de la relación que tengas conmigo o con nadie. La pregunta es: ¿por qué me correspondes? Yo no he hecho nada por ti.

Ella negó con la cabeza.

—Tú me entiendes... y me juzgas por lo que hago, no por lo que soy.

Él le retiró un mechón de pelo del rostro y se lo colocó detrás de la oreja. Acarició con dulzura el contorno curvado de la misma y ella se estremeció.

—Somos lo que hacemos, Elvia. Ni lo que decimos ni lo que soñamos o tememos. Lo que hacemos.

Ella le acarició la cara y unieron sus labios en un beso desesperado, ávido y ardiente. El príncipe la envolvió entre sus brazos y la presionó contra él.

La sangre se encendió en sus venas y Elvia tuvo la certeza de que ni la proximidad más cercana calmaría su deseo. Sintió una ola de calor sacudiendo su cuerpo. Apenas controlaba sus impulsos, se estaba dejando llevar por unos dictados ajenos a la mente, que se le había nublado.

Quería sentirle, quería...

—Elvia —susurró él, y separó muy levemente el rostro—, no.

—¿No qué?

—Sé lo que quieres hacer, pero no..., no debemos.

La feérica frunció el ceño, confusa.

—¿Por qué? No lo entiendo. ¿Es que no quieres?

Él resopló y tensó la mandíbula.

—Créeme, quiero, pero no importa, porque perteneces a la corte iridiscente. Y si vuelves allí habiendo..., ya sabes, estado conmigo, lo sabrán. Recuerda lo que contó Eileen sobre tu madre.

Lo recordaba, recordaba la historia.

—Mi madre creyó que merecía la pena perder sus privilegios en la corte, y tenía más de los que tengo yo.

Él torció las comisuras de la boca, analizando su respuesta, pero sin dejarse convencer del todo.

—¿Y qué crees tú? Porque no quiero que regreses a Álandor, un unicornio te rehúya y entonces pienses en mí con arrepentimiento.

Elvia repasó la clavícula del príncipe con los dedos mientras pensaba en lo absurdo de esa idea.

—Nunca pensaría en ti de ese modo.

—En cualquier caso, propongo calma. Nuestra situación es delicada.

—¿Y no va a serlo siempre?

—No. Si las cosas siguen como hasta ahora, dentro de unas semanas se restaurarán las relaciones y eso será más favorable para los dos.

—¿Favorable en qué sentido?

—Habrá que esperar para saberlo con claridad.

Ella asintió.

—Muy bien —resolvió, resignada—, esperaremos hasta la tregua para amarnos de verdad.

Váldemar ni siquiera parpadeó cuando dijo:

—Yo ya te amo de verdad.

Pérdida

Constanza abrió la puerta del torreón en el que la reina pasaba sus días y lo primero que descubrió al otro lado fue el rostro contrariado de una de las criadas que entraban antes que ella para ir descorriendo las cortinas, incorporando a la reina y colocando el desayuno.

Algo en su mirada gris inquietó a la condesa.

—¿Qué pasa? —preguntó.

La joven doncella no sabía qué palabras utilizar.

—Excelencia, yo... no sé qué ha sucedido. La reina no respira.

—¿Qué estás diciendo?

La muchacha iba a añadir algo más, pero Constanza se lo impidió, apartándola de golpe. Miró a su hermana con una mezcla de ansia y determinación.

—Geno —llamó—. Genoveva.

Se sentó en el borde de la cama y la observó de cerca. Su bello semblante lucía una serenidad inhóspita. Quiso pasar por alto el pequeño pero crucial detalle de la blancura de su tez. Le acarició la mejilla con los dedos y se horrorizó al comprobar que estaba terriblemente fría.

Un nudo atenazó su corazón. Tragó saliva para aliviar la tensión que se había acumulado en su garganta, aunque no sirvió de nada.

No, no podía ser... Cerró los ojos con fuerza, deseando que, cuando volviera abrirlos, descubriera que nada de eso era real.

No hubo suerte.

Su hermana seguía allí, inmóvil... y muerta.

La verdad fue un golpe demasiado duro como para que Constanza siguiera manteniendo la entereza que la caracterizaba. Su expresión se contrajo en una

mueca de angustia, de derrota. Hundió la cara en su cuello y aspiró el aroma que todavía impregnaba los cabellos rubios de su hermana. Presionó los párpados para retener las lágrimas.

—Anoche estaba bien, excelencia —estaba diciendo con voz temblorosa la doncella—. Hoy no tendría por qué haber sido distinto, no sabemos qué ha pasado...

Constanza había perdido a su hermana hacía tiempo, pero no era una pérdida definitiva. En el fondo, siempre tuvo la vaga pero insistente esperanza de que recobrara el sentido y pudiera volver a ser la de siempre. Pero la muerte era irremediable. Definitiva. Genoveva se había ido de su lado para siempre. ¿Por qué? ¿Cómo?

Se irguió y se puso en pie con toda la dignidad que fue capaz de reunir. Respiró y se giró hacia las dos criadas que habían llegado antes que ella.

—Buscad a Luciano Mortier e informadle de que la reina ha fallecido.

Solo pena

A Váldemar lo despertaron cuando solo llevaba dos horas durmiendo. Había regresado del bosque unos minutos después del amanecer, como era costumbre, y aunque necesitaba descansar, no se encontraba tan exhausto como cabría esperar.

Fue Luciano Mortier, el consejero de confianza del rey, quien se presentó en persona en sus aposentos. Algo serio estaba pasando.

—¿Qué ocurre? —inquirió.

—Vestíos, alteza. Vuestro padre quiere hablar con vos y con vuestros hermanos. —Su voz tenía un timbre de compasión.

Váldemar obedeció y a los pocos segundos caminaba con decisión por los pasillos del castillo, sintiendo cómo una mala sensación se apoderaba de él, como si una sombra amenazara con envolverle.

Sus hermanos ya estaban en el despacho, observando la figura de su padre, que estaba de espaldas a la puerta. Luciano, que no llegó a entrar, les dirigió una extraña mirada y cerró. Váldemar miró a los mellizos con una ceja alzada y ellos se encogieron de hombros.

Oyeron cómo su padre respiraba profundamente antes de volverse hacia ellos. Tenía mal aspecto.

—¿Ha pasado algo, padre? —preguntó Fidelia.

Saveiro, que evitaba mirarles a los ojos, asintió con la vista clavada en algún punto del suelo. Ni siquiera parpadeaba. Tragó saliva y alzó el rostro.

—Vuestra madre ha muerto.

Silencio. La princesa entrecerró los ojos como si no hubiera oído bien, Félix frunció el ceño y separó los labios, y Váldemar permaneció impasible, sintiendo cómo una nueva grieta aparecía en su corazón.

—¿Qué? —murmuró Félix.

—Muerte natural. Cuando Constanza fue a desayunar con ella, ya se había ido. El funeral tendrá lugar mañana en el Santuario Real.

Llegaron las lágrimas; lágrimas silenciosas. Primero Félix, después Fidelia. No hubo desesperación ni desgarró. Solo pena. El mayor de los tres hijos del rey fue incapaz de reaccionar.

Salió de allí antes de que pudieran detenerle.

Distintos en vida, iguales en la muerte

Constanza se hallaba en el torreón, en una habitación que sentía más vacía que nunca. Genoveva ya no estaba allí, sino que se encontraba en el oratorio del castillo, bajo la custodia de un sumo sacerdote, y permanecería allí hasta el día siguiente, cuando se celebraría la ceremonia en su honor. Tal acontecimiento tendría lugar en el Santuario Real, uno de los templos más importantes de Myrendul y el principal de Bránvar. Se situaba al noreste de la capital, junto a la ciudadela.

Se alisó la falda de su elegante y aterciopelado vestido rojo, negándose a mirar cómo retiraban los efectos personales de la reina. Era doloroso, pero Constanza sabía que era preferible hacerlo cuanto antes.

Oyó que alguien estaba subiendo y se giró. No cualquiera tenía permitido el acceso a aquella habitación. Era Váldemar.

—¿Qué ha pasado? —soltó con la voz ronca.

Constanza se acercó a él. Sabía qué era lo que le estaba preguntando. No podía creerse que su madre se hubiera marchado sin razón aparente.

—Nada —respondió—. Sencillamente ha muerto. Tal vez dejara de luchar.

Entonces sí, los ojos del príncipe se enrojecieron. Resplandecían con fervor.

—¿Crees que yo la he matado?

Constanza ignoró la pena que acababa de intensificarse con esas palabras.

—Por supuesto que no, cariño. Tú no has hecho nada. Todos somos víctimas, ¿de acuerdo?

«Víctimas de Emberia», quiso añadir, pero no le pareció prudente. Váldemar sentía algo por Elvia y, teniendo en cuenta el dolor que debía de

sentir en ese momento, lo último que quería era enturbiar más su vida. Le abrazó y le acarició el cuello con afecto.

—Volveremos a verla —le dijo, y aunque ella tenía sus dudas, esperaba que fuera verdad.

Genoveva lucía un sencillo y fino vestido blanco, tal y como mandaba la tradición myrendulense. Ahora no era más que una humana corriente que había perdido la vida. Al día siguiente, durante el funeral, tendría el aspecto de reina que le correspondía. La habían colocado bajo la luz de la vidriera del pequeño oratorio del castillo, tumbada sobre una mesa de mármol que habían acondicionado para que acogiera su cuerpo durante unas horas.

Félix, Fidelia y Saveiro estaban allí, solos y en silencio, y con la ropa adecuada. Se habían arrodillado y habían rezado a los dioses. Les dolía la pérdida, pero no era tan devastadora como podría haberlo sido cualquier otra. En realidad, Genoveva les había abandonado hacía años, pero la irreversibilidad de la muerte siempre resultaba abrumadora.

Se levantaron a la vez y, cuando se dirigían a la salida, se cruzaron con Váldemar, que no intentaba disimular su expresión compungida. Fidelia esbozó una sonrisa para él, para recordarle que se tenían el uno al otro y que estaría a su lado si lo necesitaba.

Una vez en solitario, se acercó al altar en el que se encontraba su madre... O lo que quedaba de ella. De no ser por la palidez de su piel, hubiese parecido que estaba dormida. Ella siempre le había dado cariño y, a medida que fue haciéndose mayor, Váldemar empezó a pensar que no se lo merecía. A pesar de las sonrisas que le dedicaba su madre cuando estaba bien, sus ojos jamás perdían la huella del dolor, esa sombra subyacente en las pupilas.

El oratorio estaba abierto para la mayoría de cortesanos, pero nadie se atrevía a pasar sabiendo que un miembro de la familia real estaba en el interior. Nadie, excepto Elvia.

El príncipe sintió su presencia cuando ya la tenía al lado.

Ella quería estar junto a él. No entendía exactamente cuáles eran los vínculos que unían a un hijo y a su madre, pero, dada la carencia que Emberia había generado en ella, podía intuirlo. Sabía que Váldemar estaba sufriendo y quería estar con él.

Entrelazaron sus dedos y el príncipe se sintió reconfortado. La luna llena estaba próxima de nuevo y su irascibilidad se acentuaría. Había aprendido a controlarse, pero en circunstancias difíciles costaba más mantener la calma.

Agradecía tener a su lado a alguien de quien recibir apoyo, aparte de sus hermanos.

—Era muy hermosa —comentó Elvia.

Sus palabras podrían haber resultado banales e incluso inadecuadas, pero no fue así. La simpleza e inocencia del comentario hizo que las circunstancias parecieran menos horribles. Él cayó en la cuenta de que su acompañante nunca había visto a la reina hasta ese momento. Lo lamentó.

—Tendrías que haberla conocido antes. Cuando yo era pequeño... —No pudo seguir.

Elvia le apretó la mano.

—Lo siento.

Váldemar no replicó. La miró de soslayo y dijo:

—Te queda bien el rojo.

No la habrían dejado pasar si no llevara ese color. En Myrendul, cuando alguien moría sus allegados o quienes más lamentaban su muerte se vestían de escarlata. Simbolizaba aflicción, el tono de un corazón sangrante.

Le dio un rápido beso en la frente y abandonó la estancia. Elvia se quedó allí unos instantes más, contemplando lo que tenía ante sus ojos. Debajo de la hermosa y colorida vidriera, se leía una inscripción sagrada:

«Somos distintos en vida, pero la muerte nos hará iguales».

Era llamativo cómo los humanos afrontaban la muerte. Muchos de ellos, sobre todo los caballeros y los hombres que valoraban el honor, estaban preparados para la suya, pero no para la de los demás.

Doble traición

Era viudo.

Saveiro Terrafil era viudo.

El rey había imaginado esa situación en múltiples ocasiones, pero nunca se había planteado seriamente qué hacer después. Un rey no podía estar sin reina. Siguiendo la estela de esos pensamientos, era su cuñada quien surcaba su mente. Pero prefería quitársela de la cabeza.

Añoraría a Genoveva. Llevaba muchos años haciéndolo. No podía evitar sentir su pérdida como una nueva derrota. El rostro hermoso y terrible de Emberia estaba grabado a fuego en el interior de sus párpados y, cada vez que cerraba los ojos, la veía. Sonriente y triunfal. Era una pesadilla.

Los calabozos no estaban muy lejos y era fácil acceder a ellos. Quería hablar con Danter Arrylar y pidió que nadie le acompañara. Deseaba privacidad.

Una vez dentro de aquel húmedo y oscuro lugar, oyó un sonido de goteo acompañado por los quejidos de los presos. Cuando llegó a la celda pertinente, se detuvo y observó al cazador sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y una pierna doblada. Apoyaba el brazo sobre la rodilla con desgana. Cuando vio a su majestad, se irguió y abrió los ojos.

—¿Quién ha muerto? —quiso saber el preso al percatarse del atuendo escarlata de su majestad.

—Danter Arrylar —pronunció Saveiro, ignorando su pregunta. Era como si viera a aquel individuo por primera vez. Se alegró de que su celda estuviera alejada, en una esquina desde la que nadie podría oírles—. Hoy es tu día de suerte.

—¿Habéis recibido noticias de mi rey?

—No, todavía estamos esperando... Empiezo a pensar que quizá no llegue, pero eso te va a dar igual.

Arrylar frunció el ceño.

—No comprendo.

Saveiro se agachó y dejó caer algo al otro lado de los barrotes. Un juego de dos llaves. El cazador gateó hasta él y lo cogió.

—¿Qué se supone que tengo que hacer con esto?

—Dentro de tres días hay luna llena. Como todos los meses, el príncipe licántropo estará en una torre que se alza en un claro en medio del bosque, al sur del río. Una de esas llaves abre la puerta de la torre; la otra, tu prisión.

El hombre entrecerró los ojos y ató cabos. Fijó la vista en el rey con una mezcla de incredulidad y asombro.

—¿Me estáis ayudando a darle caza a vuestro hijo?

¿Acaso había reproche en sus palabras? Lo parecía; era difícil asegurarlo. Saveiro quiso contestarle que no era su hijo, que había dejado de serlo hacía mucho tiempo. Pero no quería seguir engañando a los demás y a sí mismo. Recientemente, había asumido que Váldemar sí era su hijo... Aunque eso no le hacía menos monstruo, menos bestia.

—Será lo mejor para todos —resolvió, y deseó de corazón estar en lo cierto. Sabía que su sufrimiento terminaría con la desaparición definitiva del lobo, la creación de Emberia. Sus dudas acabarían, sus demonios se esfumarían—. Como se te ocurra hablar de esto con quien sea, me encargaré personalmente de que te corten la cabeza en el podio de la plaza —amenazó.

El cazador asintió, serio. No ganaría nada poniendo a Saveiro en un compromiso, solo un enemigo. Ya tenía lo que quería y eso era suficiente.

Por la noche, Constanza y Saveiro se reunieron en una pequeña sala de estar para jugar a las cartas, como habían hecho en tantas otras ocasiones. Hacía años, también Genoveva les acompañaba durante aquellas sesiones. Esa noche su ausencia pesaría más que nunca.

Sentada frente a él y con el crepitar del fuego a su derecha, Constanza contempló a su cuñado con el interés de un erudito que estudiaba alguna planta o mineral. Genoveva le había querido; había visto en él la posibilidad de cumplir el sueño de formar una familia de la que sentirse orgullosa. Y lo intentaron, pero la meta se había visto truncada por la ira de un hada. Aunque no era lo único que enturbió su matrimonio. Constanza sabía que Saveiro había sentido algo bello por su esposa, algo respetable..., pero no la amó. De

hecho, cuando Genoveva enloqueció, las insinuaciones de su majestad a su cuñada se volvieron evidentes. Solo hubo unas pocas, pero bastaron. Por deferencia a su hermana, Constanza las había rechazado. Por eso y porque Saveiro no le inspiraba sentimientos de ese tipo. Siempre había sido leal a su majestad porque los unían lazos familiares.

Pero ahora la reina estaba muerta.

El monarca, que no parecía estar muy centrado, dejó una de las cartas en el centro de la mesa y aguardó al turno de su compañera.

Ella cogió una del montón.

—¿No te parece curioso que Genoveva haya decidido marcharse justo cuando hay presencia feérica en su hogar? —preguntó él.

La mujer alzó una de sus arqueadas cejas rojizas. Genoveva había muerto porque su corazón estaba cansado... Pero ¿y si descubrir que su familia estaba haciendo las paces con el enemigo había sido un golpe demasiado duro? Las doncellas hablaban entre ellas mientras la cuidaban, por lo que era más que probable que los oídos de la reina hubieran captado todo lo que pasaba entre los muros del castillo. En caso de que todavía pudieran oír... o en caso de que su mente todavía pudiera procesar lo que estos captaban, claro.

—Es curioso —admitió.

—Nadie se esforzó por ayudarla de verdad. ¿Por qué un hada puede salvar de la muerte y no de la locura? —Constanza suspiró, asfixiada por el odio que emanaba el rey—. Y Váldemar —prosiguió—, qué deshonra.

Ella siempre había detestado que Saveiro hablara mal de su primogénito. Incluso cuando este estaba siendo abducido y corrompido por el embrujo de una feérica, seguía siendo hijo de Genoveva y Constanza no podía evitar quererle. Su cuñado, sí.

—Acabará dándose cuenta de su error —apaciguó ella.

—Eso ya me da igual. ¿Y si...? ¿Crees que sería una mala persona si pensara en cómo serían las cosas si él no estuviera?

—¿A qué te refieres?

—No lo sé. Todo sería más sencillo.

Constanza suspiró, sintiendo cómo el miedo y la preocupación se extendían por su interior.

—¿Quieres una copa? —dijo para cambiar de tema.

—Sí. Los sirvientes han dejado allí una bandeja preparada. Llámalos y que nos sirvan.

—No, yo misma lo haré —propuso ella, y se dirigió hacia la mesita de madera sobre la que descansaba una bandeja de plata con una jarra de vino y

dos copas—. Como decía, creo que Váldemar es inteligente. Sabrá ver cuál es su bando. Dale tiempo.

—Tiempo... No. Aunque lo hiciera, qué más daría ya. Cada segundo que pasa y él sigue ahí es una victoria más para Emberia. Nos vence cada día y cada noche, cada vez que la luna llega y se lleva al príncipe de Myrendul.

El tono del rey estaba adoptando un matiz peligroso. Constanza llenó las copas y, con disimulo, se metió una mano en el escote, donde guardaba el diminuto frasco. Lo tocó y procuró enfriar sus ideas.

—Saveiro...

—Si lo hubiéramos matado esa misma tarde, cuando la feérica se escapó, no habría importado la maldición. Habríamos tenido otros hijos, Genoveva no habría caído presa de la locura y quizás ahora estaría viva. Váldemar solo sería un recuerdo, una prueba de que un hada intentó desafiarnos. En cambio, dejamos que lo consiguiera porque fuimos demasiado débiles como para erradicar el mal que esa bruja nos dejó. Fuimos cobardes.

El rey estaba consumido por el dolor, por el resentimiento y la desconfianza. Constanza dejó escapar el aire que había estado reteniendo en sus pulmones y cogió el vial. Vació su contenido en ambas copas.

Llevaba varios días dándole vueltas y por fin había tomado una decisión. El dolor que sentía por la pérdida de Genoveva no la había cegado lo suficiente como para no darse cuenta de que, si había un buen momento para hacer lo que pretendía, era aquel.

Se volvió hacia él con una expresión imperturbable y las copas en ambas manos. Le entregó una a él y se quedó la otra. Saveiro dio un sorbo mientras la mujer tomaba asiento.

—¿Y si le hubiera dado la llave de la Torre de los Lamentos, Constanza? ¿Y si se la hubiera dado al cazador?

Faltaba poco para la luna llena... Váldemar iba a estar en la torre. Si el cazador llegaba en el momento preciso, conseguiría su objetivo. Constanza se sentía muy inquieta, aunque no permitió que se evidenciara.

—¿Podrías traicionar así a tu hijo? —preguntó ella, que sentía la sangre espesa en las venas.

—No es mi hijo —aseguró, y dio un trago a su copa. Otro más—. O quizá sí lo sea, pero eso da igual. Solo es un demonio, un siervo de Emberia cuya única misión es atormentarme mientras viva. Pero no te preocupes. Se solucionará. Yo...

En ese instante, Saveiro se llevó las manos a la garganta, emitió un sonido gutural y desagradable. Miró a su cuñada. Y justo antes de poner los ojos en

blanco, brilló en ellos el destello de la comprensión, del horror. La mujer sintió que aquel minuto se le hacía eterno y supo que jamás olvidaría esa mirada que probablemente le perseguiría en sueños. No importaba.

Impasible, contempló cómo el rey se desplomaba sobre el suelo y la silla caía a su lado. Constanza aguardó a que la vida escapara del cuerpo del monarca hasta abandonarle por completo.

Estaba hecho.

Solo se permitió apartar la mirada un instante antes de ponerse en pie. Respiró hondo y se preparó para llevar a cabo la mejor actuación de su vida.

Lo que sugiere la lógica

Constanza había salido al pasillo pidiendo ayuda a voz en grito, diciendo que el rey había caído al suelo de repente y no se movía. Las autoridades del castillo, entre las que se incluía Teobaldo, actuaron con presteza, aunque la gravedad de la situación les tuvo conmocionados durante un rato.

Ahora, el noble aguardaba pacientemente a que el alquimista compartiera sus conclusiones. Lo miró con impaciencia y curiosidad, fijándose en cómo estudiaba el compuesto del escaso contenido que quedó en la copa del rey. Según lo que Constanza les había contado, ella había estado a punto de beber también, pero tuvo suerte y no le dio tiempo. Su copa aún estaba allí, al igual que ella.

El alquimista en cuestión era un erudito muy reputado al servicio de la corte. Si las sospechas se confirmaban, se encontraban frente a un asesinato, y no uno cualquiera.

Al fin, dados los ligeros cambios en el color, la textura y sobre todo en el olor, el estudioso tuvo claro qué era lo que había pasado:

—Podemos descartar causas fortuitas. Está claro que alguien diluyó veneno en el vino —declaró, y en su tono no había atisbo de duda.

Bélicar Caiss, allí presente, cerró los ojos con disgusto y vergüenza. El sabor del fracaso estalló en su boca. Como capitán de la guardia, era un duro golpe.

—Por todos los dioses —musitó Teobaldo, desconcertado.

—Y eso no es todo —prosiguió el alquimista—. He podido averiguar de qué veneno se trata: noctusombra.

Los presentes intercambiaron una mirada significativa.

—¿Estás seguro? —inquirió Teobaldo.

—No me cabe duda. Y, como sabéis, ese veneno se elabora con una planta muy específica que solo crece en los Bosques Maravilla.

Todos asintieron, comprendiendo.

—Eso reduce considerablemente la lista de sospechosos —señaló Constanza.

«Y tanto que la reduce —pensó Teobaldo—. Como que solo nos deja un nombre».

La tarea de comunicar la pésima noticia recayó en los hombros de Luciano. Informar a un hijo de la muerte de uno de sus padres era duro; hacerlo de la del segundo poco después de la del primero rayaba la tortura; y hacerlo cuando el fallecido era un viejo amigo tuyo resultaba insoportable.

Esta vez no se trataba de una muerte casual, no era un designio de los dioses. Se trataba de un asesinato. Las pruebas eran concluyentes, pero no podía ser... No podía ser que ella fuera la culpable... Sin embargo, no tenía motivos reales para creer en su inocencia. ¿Una corazonada? Eso de poco valía.

Encontró a Félix dormido sobre su mesa de trabajo, donde había estado diseñando un patrón para algún pañuelo o quizás un tapiz. Vio un retrato de la reina hecho con carboncillo sobre un pergamino arrugado. Las dos velas que lo acompañaban estaban a punto de extinguirse.

Sintió que la tristeza le opimía el pecho. Suspiró y zarandeó a Félix suavemente para que abriera los ojos. Cuando lo hizo, Luciano esperó a que la confusión inicial se disipara.

—Alteza. —El hombre apartó las manos y el príncipe lo miró con los párpados todavía caídos—. Tengo que deciros algo.

Félix se frotó el rostro y lo sacudió para despejarse.

—¿De qué se trata? —preguntó con la voz ronca.

Luciano creía que tendrían que haber permitido que el príncipe durmiera plácidamente hasta que el sol saliera, pues le parecía cruel arrancarle del descanso para darle una nueva como aquella. Pero ni Constanza ni Teobaldo habían estado de acuerdo.

No había una buena forma de comunicarlo.

—Vuestro padre ha muerto. Ha sido asesinado.

Los ojos pardos de Félix flaquearon.

—¿Qué?

—Pusieron veneno en su copa y... Vuestra tía estaba con él. Corrió a pedir ayuda enseguida, pero ya era tarde.

Los labios de Félix se curvaron hacia arriba en el principio de una risa nerviosa que apenas duró un instante.

—Es broma, ¿no?

El semblante de Luciano no dejaba lugar a dudas. Félix desvió la mirada y negó repetidas veces con la cabeza.

—No, no puede ser —susurró—. ¡No puede ser! —gritó, y se levantó de la silla como movido por un resorte—. Quiero verlo. —Corrió hacia la puerta, pero Luciano lo detuvo.

—Lo veréis, pero antes necesito que mantengáis la calma. Vuestra hermana no lo sabe todavía. Decidid si queréis hacérselo saber y que os acompañe o...

—Sigue..., ¿sigue durmiendo?

—Sí.

Félix arrugó la frente. Su respiración accidentada le dificultaba concentrarse.

—No le digáis nada aún. Quiero ver a mi padre.

Habían colocado a Saveiro en su cama, sobre las mantas lisas e impolutas. El sacerdote que se había ocupado de Genoveva ya estaba allí, custodiando el cuerpo de su majestad.

Constanza, Teobaldo y Bélicar también se encontraban en la alcoba cuando Félix entró seguido de Luciano. Sus andares eran como los de una tempestad. En cuanto vio a su padre, se detuvo en seco. El rostro de Saveiro presentaba una tonalidad azulada muy perturbadora.

Se acercó despacio a él, con los ojos anegados en lágrimas y los puños cerrados con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

—Padre —exclamó—. ¡Padre!

De nada servía gritar. Él ya no podía oírle.

Posó su frente en su pecho, sintiéndose mareado por el dolor de la pérdida. Su padre. Su mentor. Su guía.

Asesinado.

—¿Quién lo ha hecho? ¿Y cómo ha podido suceder algo así? —preguntó con la voz ahogada y una nota de furia atrapada en ella.

Constanza avanzó unos pasos.

—Todo lo que sabemos es que usaron noctusombra.

—Eso declaró el alquimista real, sí —intervino Teobaldo.

—¿Noctusombra? —repitió el príncipe, y se giró hacia ellos—. No puede ser...

—Pero así es, sobrino —repuso Constanza con calma.

—Pero no puede ser, las hadas no pueden matar.

—Que yo sepa, en este castillo no hay ningún hada. No como tal.

Tenía razón. La evidencia era casi aplastante.

—¿Y qué se ha hecho al respecto?

—Tengo a varios hombres vigilando los aposentos de la embajadora feérica, alteza —respondió el capitán de la guardia.

Luciano se aproximó, dispuesto a hablar:

—Alteza, ahora vos sois la máxima autoridad. Estamos a la espera de la orden que consideréis más oportuna.

Félix movió las pupilas con nerviosismo, esforzándose por ordenar las ideas que se agolpaban en su mente. No quería cometer un error y una parte de él se negaba a creer lo que la lógica sugería. Pero todo parecía estar bastante claro. Y que el veneno fuera aquel y no cualquier otro convertía la sospecha en algo muy cercano a la certeza.

Se llevó una mano a la frente y cerró los ojos antes de decir lo que todos esperaban que dijera:

—Arrestad a Elvia de Otoño.

Apresada

Fue la brusquedad con la que abrieron las puertas lo que la despertó, aunque hubiera bastado cualquier otro sonido, pues esa noche Elvia no estaba durmiendo muy bien, con los desagradables recuerdos de Limbria asaltándola cada poco.

No serían nada comparados con lo que se avecinaba.

Los guardias entraron en sus aposentos con determinación y disciplina, y rodearon la cama en cuestión de segundos. Elvia se incorporó de golpe, sobresaltada y alerta. Bélicar Caiss, el capitán de la guardia y máxima autoridad en materia de seguridad, se plantó ante ella.

—Elvia de Otoño, por orden del príncipe Félix, quedáis arrestada por alta traición a la corona.

La feérica abrió exageradamente los ojos.

—¿Qué? ¿Cómo que alta traición? —replicó con calma, esforzándose por no perder la compostura.

—Su majestad el rey Saveiro ha sido asesinado —explicó Bélicar con cierto pesar—. Todas las pruebas os apuntan a vos.

¿Saveiro estaba muerto? Elvia sintió un intenso dolor de cabeza. Se llevó una mano a la sien.

—No, no puede ser...

—Poneos en pie —instó el capitán.

Seguía dormida y no se había librado de las pesadillas, estaba segura.

—¡No! No he sido yo. Juro que no sé de qué me estáis hablando —declaró Elvia, desesperada.

Bélicar reprimió un suspiro y miró a Elvia con fijeza. Al principio, la mestiza le había inspirado indiferencia, pero con el paso de los días y las

semanas había empezado a sentir una ligera simpatía. Ahora las pruebas eran claras, y la orden del príncipe también.

—No lo hagáis más difícil.

Elvia se lo quedó mirando con el rostro contraído en una mueca de miedo y desconcierto. Comprendió que no había nada que pudiera hacer. Inconscientemente ya había repasado las posibles salidas, pero los guardias bloqueaban tanto las puertas como las ventanas. Lo único que podía hacer era resignarse y esperar que todo se resolviera.

Obedeció sin estar centrada en lo que hacía. Solo pensaba. Alguien había atentado contra la vida del rey de Myrendul, y lo peor era que había tenido éxito. De repente, Váldemar acudió a su mente. En aquel instante, debía de estar corriendo bajo la luna, arrojado por el cielo despejado, ajeno lo que estaba pasando. Una esquirla de dolor se incrustó en su pecho.

Dos de los subordinados de Bélicar se acercaron a ella y la esposaron con dureza. Los grilletes estaban hechos de acero y, aunque esa aleación no era tan dañina como el hierro puro, sí resultaba molesta. No tardaría en sentir picor en las muñecas, pero eso era lo de menos.

Abandonaron los aposentos sin que le permitieran cambiarse el corto y ligero vestido blanco con el que dormía. Se había puesto el más bonito que tenía porque había contado con que Váldemar fuera a visitarla al amanecer, después de que recobrara su aspecto humano. Era una prenda hermosa, con un escote redondo y ancho que a veces caía y dejaba un hombro al descubierto. Sus alas quedaban libres gracias a un corte que tenía en la parte de atrás. Ahora lamentaba no haberse puesto algo más cálido y menos revelador.

La situación era precaria. ¿Podía confiar en la justicia de Myrendul? Quizá sí. Pero ¿y si alguien había perpetrado tal acto con el fin de inculparla a ella?

—¿Qué pruebas hay contra mí? —indagó.

Bélicar parecía reacio a responder, pero al final lo hizo:

—El rey fue envenenado con noctusombra.

Elvia tragó saliva.

Aquel veneno se elaboraba con unas plantas que crecían en los bosques feéricos. Y solo unas pocas hadas y algún humano conocían la fórmula para procesarlo; era bastante evidente que una de sus hermanas estaba implicada, probablemente en colaboración con alguien del castillo. Pero ¿cuál de sus congéneres podía haber hecho algo semejante? Ella tenía muchas detractoras... y el rey Saveiro, todavía más.

Sintió el bofetón de la traición. Fuera cual fuera la responsable, con independencia de los motivos que la hubieran llevado a contribuir en el asesinato, una de sus hermanas lo había hecho a sabiendas de que la pondría a ella en peligro. Era la única feérica de Bránvar, claro que las pruebas la señalarían si el arma utilizada era noctusombra.

¿Y quién en el castillo había traicionado a su rey?

Llegaron hasta un rincón iluminado por un par de antorchas, donde una imponente figura aguardaba de espaldas. Elvia había pasado por ahí en alguna ocasión; se trataba del departamento en el que se encontraban las dependencias del servicio. Discernió una robusta puerta de madera frente al misterioso individuo.

—Aquí está, excelencia —anunció Bélicar.

La figura se volvió y Elvia se estremeció en cuanto se percató de quién era.

Teobaldo Málebran esbozó el principio de una sonrisa en cuanto la vio. La joven sintió una punzada de terror. Aquel hombre llevaba mucho tiempo queriendo actuar en su contra. Odiaba la sangre feérica, y daba igual que por sus venas corriera mucha o poca.

—Gracias, capitán.

La cogió del brazo y Elvia le sostuvo la mirada, aunque le costó horrores hacerlo. Su miedo se traslució a través de los leves temblores que sacudieron sus hombros y su pecho. Él abrió la pesada puerta y la arrastró escaleras abajo.

Bélicar los contempló perderse en la oscuridad mientras maldecía a los dioses por no haberle hecho lo bastante fuerte como para no sentir culpa y compasión en un momento como aquel.

Conmoción

Váldemar llegó al castillo poco después del amanecer y no tardó en advertir que había más actividad que de costumbre. El servicio empezaba a trabajar muy temprano, sí, pero siempre en orden. Esa mañana todo parecía distinto. Lo relacionó con el funeral de su madre, que se celebraba ese día.

Semejante pensamiento acentuó la tristeza que el lobo había atenuado durante la noche. Seguía siendo fascinante a la par que aterrador ver cómo la criatura que habitaba en él mermaba sus emociones e intensificaba sus instintos animales, todo ello sin desterrar el alma de Váldemar. Salvo en las noches de luna llena, cuando la lucha interior era cruenta y generalmente era el lobo el espíritu dominante.

Pero Elvia podía desafiar aquella norma no escrita. Faltaban menos de dos días para que el astro brillara en todo su esplendor, y el príncipe esperaba que pasaran la noche juntos. Todavía le fascinaba la conexión que les unía. Pero más le fascinaba el entendimiento que había entre ellos, el acercamiento íntimo al que habían llegado.

Cuando se internó en uno de los pasillos principales para ir a los aposentos de la mestiza, se encontró con Bélicar Caiss dando órdenes a diestro y siniestro, con el rostro demacrado y evidente pesar.

Se acercó a él y el capitán palideció.

—Alteza —saludó, e inclinó la cabeza.

—¿Qué ocurre?

Bélicar tragó saliva.

—No sé si yo soy el más indicado...

—¡Váldemar! —le llamó Félix, que acababa de doblar una esquina. Se les acercó dando zancadas—. Hermano, debo hablar contigo.

—Dime —le apremió él.

Félix tenía un aspecto lamentable, como si le faltara descanso o hubiera pasado la noche enfermo, batallando contra el dolor y el malestar. Lo agarró del codo y le apartó ligeramente del pasillo.

Tras un momento de silencio, habló:

—Padre ha sido asesinado —anunció en voz baja.

Su hermano entornó los ojos y ladeó la cabeza.

—Perdona, ¿qué?

El desconcierto de Váldemar hizo que a Félix le resultara más difícil seguir hablando:

—Lo que oyes —musitó con un nudo en el estómago—. Anoche lo envenenaron. Acabamos de colocarlo en el oratorio junto a madre.

No hizo falta más. Váldemar apartó a su hermano y corrió hacia el oratorio, anexionado a la pared norte del castillo. Corrió a toda velocidad y su casa jamás le había parecido tan grande.

Cuando llegó, la capilla estaba iluminada por los primeros rayos del día. Su padre yacía junto a su madre. Ella con una tez que podía competir con la nieve de Limbria; él con un tono azulado. Envenenado. Su pelo negro enmarcaba una expresión turbada.

Los sentimientos que le embargaban eran contradictorios, aunque primaba la desolación porque su familia se había roto. Sus progenitores se habían ido de repente y a la vez. Su padre... Sus hermanos le llorarían más que él, pero eso no significaba que no padeciera también. Siempre había ansiado el amor de su padre porque, en el fondo y a pesar de todo, le quería. Veía cómo era con sus hermanos, el cariño y la atención que les dedicaba, y deseaba poder vivirlo también. Quiso al padre que Saveiro fue para los mellizos, no al hombre frío y distante que había sido con él. Váldemar logró ver más allá de la máscara de desprecio e intentó apelar a eso... Sin éxito. Ahora podía dejar de luchar.

Notó que su hermano se colocaba detrás de él.

—¿Lo sabe Fidelia? —inquirió el mayor.

—Todavía no. Se lo diré en cuanto despierte.

Váldemar asintió despacio. Al pensar en la reacción de su hermana, la tristeza le atenazó la garganta. Su silencio intrigó a Félix.

—¿No quieres saber quién lo ha hecho?

Váldemar lo miró, serio.

—Asumía que, si no me lo habías dicho, era porque no lo sabíais.

Félix echó la cabeza hacia atrás, armándose de valor para hablar. Sabía que no iba a ser fácil, que su hermano no se lo tomaría bien.

—Creemos que Elvia es la responsable.

Los ojos de Váldemar chispearon al oír el nombre de la mestiza.

—¿Cómo dices?

—Todo apunta a que ha sido ella.

—No, no, Elvia no ha sido...

—Utilizaron noctusombra para matarlo —cortó el heredero, hermético—. Un alquimista lo confirmó.

Váldemar retrocedió un paso, como si acabaran de abofetearle. La semilla de la duda germinó en su mente, pero el corazón no tardó en erradicarla.

—No —resolvió—. No. La conozco y sé que no haría algo así.

—¿La conoces? ¿Desde cuándo? ¿Desde hace un par de meses? Váldemar, no la conoces. No sabes nada de ella. Puede habernos engañado a todos.

—A mí no. Sé cómo es, Félix, simplemente lo sé. No sé explicarlo, pero la conozco.

—Es irracional porque estás enamorado y eso no te deja ver la verdad.

—¿Y cuál es la verdad, si puede saberse?

—Que solo puede haberlo hecho ella. De toda la corte es la única que ha estado en Álandor, la única que ha tenido acceso a esa planta venenosa.

—Yo también estuve en Álandor.

—A diferencia de ella, esta noche no estabas aquí, eso te exime de toda la culpa. Y eres mi hermano e hijo del rey.

—Y si es culpable, ¿por qué no ha huido?

—Eso la delataría totalmente, sin dejar espacio para la duda, que es la ventaja con la que juega ahora, porque nos obliga a someterla a juicio.

Váldemar sacudió la cabeza con vehemencia.

—No ha sido ella —repitió con firmeza.

—Val, yo también la creía honesta, alguien que de verdad deseaba la paz entre nuestros pueblos. Me parece inteligente, resuelta y valiente, pero también puede ser vengativa y egoísta. No son aptitudes que estén reñidas.

—No ha sido ella —dijo por tercera vez.

—¿Por qué demonios crees tan ciegamente en su inocencia? —Se enfureció Félix—. ¿No ves que tenía motivos de sobra para querer hacerlo? Pudo ser un deseo personal o todo un complot del pueblo feérico, el caso es que ella tenía razones para querer acabar con nuestro padre. Puede que más que nadie.

Pero el mayor de los hermanos era incapaz de dejarse convencer:

—¿Dónde está?

Félix desvió la mirada.

—No puedes verla.

Váldemar lo aferró del cuello de la camisa.

—¿Dónde está? —vociferó.

—Que me grites no hará que te dé el permiso que necesitas. No puedes verla y punto. Ni siquiera has tenido tiempo de procesar la muerte de nuestro padre.

—Me da igual, necesito hablar con ella.

Le dio un empujón y pasó por su lado, haciéndose una idea de dónde podía encontrar a Elvia.

Félix suspiró, furioso. Solo tuvo que alzar la voz para que los guardias detuvieran a Váldemar y lo llevaran a rastras a su habitación mientras él forcejeaba violentamente.

Con un vestido color carmesí y con el cabello rubio recogido en una trenza, la princesa de Myrendul estaba preparada para enfrentarse a un nuevo día. El funeral de su madre tendría lugar esa misma tarde.

Se miró al espejo y ladeó la cabeza, pensativa. Brígida le llevó los pendientes negros que había solicitado y se los puso. Eran largos y brillantes, con un par de rubíes engastados.

Suspiró, tratando de infundirse fuerza.

Se dirigió hacia la puerta para encarar al mundo y en aquel preciso instante el ujier de cámara la abrió, pero no para que ella pudiera salir, sino para que alguien pudiera entrar. Su hermano.

—Félix —se sorprendió ella—. ¿Qué pasa?

Él se rascó distraídamente la barbilla. No la miraba a los ojos.

—Fidelia, ya sabes que siempre vas a tenerme a mí, ¿verdad? Pase lo que pase..., estaré a tu lado y te cuidaré, incluso cuando vayas a Audeval. Estaré pendiente de ti, como espero que tú lo estés de mí. Porque somos hermanos y...

—Félix —cortó ella, impaciente y preocupada—. Dime qué pasa.

Los hombros del príncipe se hundieron un poco más.

—Padre nos ha dejado.

La muchacha frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—No volveremos a verlo... Anoche murió. En realidad, alguien lo mató.

Brígida ahogó una exclamación y Fidelia se llevó la mano a los labios.

—¿Que alguien lo mató? —repitió en un susurro apenas audible.

Félix asintió y su expresión no dejó lugar a dudas.

Fidelia quería hablar, pero no encontraba la voz. Los ojos empezaron a arderle en las cuencas y parecía que solo las lágrimas aliviarían ese calor, esa presión sobre el corazón, como si fuera a explotar de un momento a otro. Todo a su alrededor perdió consistencia. No se percató de que su hermano la envolvía entre sus brazos ni de que Brígida se estaba frotando los ojos para erradicar las lágrimas. No se dio cuenta de que ella misma había empezado a llorar con tanta fuerza que sus hombros se sacudían.

Las piernas le fallaron y se arrodilló. Félix, que todavía la abrazaba, se agachó con ella y permaneció a su lado hasta que la respiración atropellada de la joven se volvió más regular. La hiperventilación trajo consigo un mareo que no duró mucho.

Las historias sobre conspiraciones, deslealtades y regicidios siempre habían formado parte de su vida. Las contaban los bardos y las registraba la historia. Pero nunca creyó que pudiera ser víctima de una de ellas.

—¿Quién? —preguntó con un hilo de voz.

—Creemos que Elvia.

Fidelia se separó de él para poder mirarlo a la cara, incrédula.

—¿Por qué pensáis eso?

—Le envenenaron con noctusombra.

—Eso no tiene sentido, las hadas no pueden ma... tar.

—Pero ella no es un hada —apuntó Félix, consciente de que su hermana acababa de caer en la cuenta—. Tal vez por eso la envió la corte iridiscente. Tal vez por eso vino ella y no cualquier otra.

Tenía sentido. Era lógico. Pero Fidelia sabía que no era verdad. Las palabras que Elvia había dicho con relación a su madre reverberaron en su memoria.

«Tengo miedo de haber heredado algo más que mis alas y mis poderes».

No creía que Elvia fuera la responsable. No podía creerlo. No obstante, Félix parecía convencido. Dolido, sí, pero convencido. Había tratado muy bien a Elvia. Quizás incluso había llegado a apreciarla. Para él, su crimen era también una traición, un ataque a la confianza. Actuaría con vehemencia.

El futuro rey

El sabor dulce del vino colmó su paladar y Constanza agradeció que una bebida tan deliciosa fuera también útil para aliviar la conciencia y embotar los sentidos. Todavía era pronto para despejarse y actuar con la determinación que la caracterizaba. Podía permitirse sufrir con tranquilidad al menos un día, sin estar pendiente de sus maquinaciones, sin mirar hacia el futuro para estar siempre un paso por delante de los demás. Por un día, quería ser la víctima de sus propias circunstancias; quería dejarse atormentar por sus demonios y ahogarse en el dolor provocado por la pérdida definitiva de su hermana; por ser responsable de la angustia que ahora apresaba a sus sobrinos. Después, resurgiría con fuerzas renovadas.

Pero la vida rara vez le concedía favores. Cuando Luciano le dijo que Félix solicitaba su presencia, supo que no habría descanso.

Una vez ante él, esperó a que hablara:

—Váldemar ya se ha enterado —dijo el joven. Sonaba ligeramente desquiciado.

—¿Y?

—Quiere ver a Elvia. Cree ciegamente en su inocencia.

Constanza suspiró.

—Está enamorado. Es normal.

—¿Normal? ¿Cómo puede un amor tan prematuro anteponerse al respeto que le debe a nuestro padre?

—Tal vez es su forma de reaccionar al dolor. Ha perdido a dos seres queridos. Admitir la culpabilidad de Elvia significaría perder a otro.

Félix tensó la mandíbula, pensativo.

—No lo había visto así.

—Quizá deberías dejar que la viera. No quieres tener a tu hermano en tu contra, Félix. Tus padres tampoco lo querían.

Y ella, desde luego, no lo deseaba. Detestaba a la mestiza y quería castigarla por haberle robado la razón a Váldemar, pero, por encima de eso, estaba su sentido del deber para con su familia. El vínculo que unía a los hermanos podía llegar a ser de los más fuertes... Ella lo sabía bien. No quería que eso se perdiera entre sus sobrinos.

—Pero no le hará ningún bien...

—Algo con lo que tiene que lidiar él, no tú. Con lo que ha pasado, no vas a tener muchas oportunidades de ser benevolente, Félix. Si tienes una, aprovéchala. Eso siempre beneficia la imagen de un rey.

—Un rey... —repitió él.

—Sí. Es lo que eres ahora que tu padre ya no está. Habrá que formalizarlo con una coronación, pero será simbólico. El poder de la corona ya recae en ti.

—¿Y cuándo tendría lugar la ceremonia?

—De aquí unas semanas, tal vez meses. Cuando hayamos pasado el duelo pertinente y las circunstancias sean mejores. Además, convendría tratar de reunir a la mayor cantidad de nobles del continente. Eso exige tiempo.

—Entiendo.

—Hasta entonces, bastará con que firmes unos documentos para que las leyes del reino te respalden como nuevo soberano.

—Y mi primer acto oficial será la presidencia del juicio de Elvia —comentó Félix, apesadumbrado—. He estado preguntándome algo. Si ha sido ella, ¿por qué no intentó huir? ¿De verdad es para no evidenciar su culpa? No parece propio de ella.

Constanza se alarmó ante la perspectiva de que Félix perdonara a Elvia. Eso no podía suceder.

—Quizá no contara con que averiguáramos la composición del veneno. Quizá nos subestimara y por eso no creyera que fuera necesario huir de inmediato. Quién sabe.

Félix asintió, entre distante y persuadido.

—Teobaldo me ha propuesto matarla ya. Pero no es la clase de rey que quiero ser.

—Y me parece muy bien. Sin embargo, presidir su juicio no es lo que más te urge.

—¿A qué te refieres?

—Lo primero que debes hacer como rey y sucesor de tu padre es responder por su muerte. Las hadas perpetraron su asesinato, fuera una o

fueran varias. Tiene que haber consecuencias.

El príncipe hizo una mueca.

—Mmm, no me parece muy astuto. Prefiero ser más cauto.

—¿Cauto?

—Sí. ¿Y si solo se trata de Elvia? ¿Y si el asesinato de mi padre ha sido cometido por causas particulares?

—¿Igual que la maldición de Emberia? Ya perdonamos a la corte iridiscente por eso. Veinte años después, una de ellas ha regresado para atacarnos y, de nuevo, con éxito. Si no somos lo suficientemente claros, si no nos hacemos valer, la historia volverá a repetirse y otra feérica frustrada llegará y nos volverá a herir. —Hizo una pausa—. Primero tu hermano, luego tu madre, ahora tu padre... Eso es lo que nos ha costado ser misericordiosos con nuestros enemigos. La felicidad de nuestra familia, Félix, ha sido el precio. Creo que ya basta.

El muchacho caviló y, tras unos instantes de intensa reflexión, supo que su tía tenía razón. Su piedad les había vuelto débiles y había contribuido a que las hadas pensaran que podían hacerles daño, que estaba permitido herirles porque no habría castigo.

—¿Qué propones?

—Someter al bosque. Subyugarlas. Convertirlas en nuestras súbditas y no en una comunidad independiente que esté sujeta a Myrendul.

—Así que quieres atacar Álandor.

—Cuanto antes, mejor.

—No va a ser fácil. Se defenderán.

—Pero nuestras fuerzas son superiores. Es necesario hacerlo, Félix, lo sabes. Una vez conseguido, se acabarán los conflictos.

Tal vez Constanza tuviera razón. Tal vez lo que más aconsejable era unificar el reino. Y si para eso tenía que doblregar a un grupo divergente..., lo haría.

«Esto es lo que significa gobernar —se dijo—. Tomar decisiones difíciles. Sacrificar nuestros ideales por un bien mayor».

Pero le daba rabia que su trabajo por restablecer la paz entre ambos pueblos no hubiera servido de nada, aunque lamentarse no le serviría. Debía actuar acorde a las nuevas circunstancias y esperaba no equivocarse.

Su tía se acercó a él y le acarició con dulzura el brazo.

—Sabes que yo nunca te aconsejaría en contra de tus intereses, Félix. Era tu padre, pero también nuestro rey. De todo Myrendul. Un regicidio no es un asesinato común: es la herida abierta de un reino. Debemos responder por

nuestra familia y también por Myrendul. A la larga, miraremos atrás y veremos que era lo que había que hacer. Estoy convencida.

El príncipe no dudaba de su palabra. Sabía que las estaba pronunciando de manera sincera, por eso asintió.

Váldemar seguía recluso en sus aposentos, pero esa tarde tendrían que dejarle salir para que acudiera al funeral y, desde allí, se perdiera en el bosque sin apenas pasar por el castillo. Quería asistir a la ceremonia, pero ¿cómo iba a hacerlo sabiendo que Elvia estaba encerrada en algún lugar? ¿Quizás incluso siendo maltratada?

Sentado en una silla de madera y tela, hundió el rostro entre las manos. Fidelia estaba a su lado, alicaída y distante.

—No me puedo creer que ya no estén —murmuró Fidelia, desterrando el silencio que había reinado hasta el momento—. Ha sido todo tan rápido...

—¿Crees en la culpabilidad de Elvia?

Fidelia tardó un poco en contestar:

—No.

—Yo tampoco. Necesito verla y Félix no me lo permite.

—Estás muy enamorado de ella, ¿verdad?

—Supongo que ya no es ningún secreto. Pero eso da igual, sé que es inocente, no es justo que la traten como a una criminal.

—Confiemos en que todo se resuelva en el juicio.

—Es muy arriesgado. Y no solo me molesta que Elvia esté pagando por algo que no ha hecho, sino que el auténtico culpable anda por ahí tan tranquilo.

—Mañana hablaré con Félix. Ahora no atiende a razones porque está tan afectado como nosotros por lo que ha pasado. Quizá más. Pero mañana será otro día.

—¿Y mientras tanto tengo que resignarme a que Elvia pase la noche aprisionada?

—Puede que a mí sí que me deje verla.

—Lo dudo. Félix no haría esa distinción entre nosotros.

—En tal caso, ármate de paciencia, Val.

Imperó el silencio de nuevo. No dejaba de ser curioso cómo Félix había pasado de ser uno de ellos a ser la máxima autoridad no solo de su hogar, sino de todo el reino. Lo haría bien, ambos lo sabían. Se preocupaba de verdad por seguir un camino honorable y correcto. Pero era humano y cometía errores.

Ni Váldemar ni Fidelia querían que lo primero que hiciera como rey fuera algo de lo que pudiera arrepentirse.

—Ella..., ella vino a protegerme durante la última luna llena.

—¿Elvia?

—Sí. Lo hizo porque el cazador travio estaba por ahí y le preocupaba. Y no tenía por qué hacerlo, ¿sabes?

—¿Y cómo lo hizo? ¿Montó guardia o algo así?

—Resulta que tiene el poder de aplacar a la bestia. Cuando ella está cerca, el espíritu del lobo retrocede; incluso durante el plenilunio, puedo ser yo mismo.

Fidelia parpadeó, perpleja.

—Eso es... Váldemar, ¿por qué no se lo dijiste a padre?

Él se encogió de hombros.

—No creí que fuera a suponer ninguna diferencia.

—Pero la supone. —Fidelia estaba gratamente sorprendida—. ¿A qué crees que se debe?

—Pensamos que es porque es hija de Emberia. Eso hace que exista una conexión. Lo mágico que hay en mí y lo mágico que hay en ella comparten origen.

—¿Fue entonces cuando te enamoraste?

—No. Antes.

—Si padre lo hubiera sabido, no le habría hecho mucha gracia.

Él no quiso decirle que había llegado a saberlo, como tampoco deseaba confesar el secreto de su abuelo.

—Nada que tuviera que ver conmigo le hacía gracia —se lamentó.

Fidelia torció la comisura de los labios.

—Era un hombre roto —dijo, y Váldemar captó el tono defensivo en su voz. Para ella había sido un gran padre.

—Lo sé, Deli —declaró, y le cogió de la mano con cariño—. Lo sé.

Justo en ese instante las puertas se abrieron de golpe y Félix se internó en la estancia, con andares confiados y una mirada opaca.

—Hermanos —saludó—. Tengo unas cuantas cosas que comunicaros.

—Pues habla —instó Váldemar sin mirarle.

Félix se sintió molesto por la aspereza con la que se había dirigido a él, pero no le concedió demasiada importancia.

—Váldemar, tú podrás visitar a Elvia mañana por la mañana, antes de mi toma de la corona. Como ya sabéis, tengo que firmar varios papeles y necesito que estéis presentes. En realidad, *debéis* estar presentes.

—¿Y a qué se debe ese cambio de parecer?

El rostro de Félix permanecía impertérrito.

—No soy tu enemigo, Váldemar, soy tu hermano.

—Pero no confías en mí.

—No puedo. No eres objetivo.

Los dos estaban obcecados, por lo que no merecía la pena discutir.

—En cuanto a ti, Fidelia —dijo, y su hermana lo miró con atención—, voy a necesitar que me hagas un favor. Mañana por la tarde, varios destacamentos y yo partiremos hacia Álandor...

—¿Qué? —cortaron los dos al unísono.

—Lo que oís. Vamos a atacar el Bosque Maravilla como respuesta al asesinato del rey. ¿Alguna objeción?

—Es una insensatez —opinó Váldemar.

—¿Lo es? ¿No es acaso más estúpido mantenernos pacíficos, dando a entender que no pasa nada si nos atacan? No, hermano, tiene que haber consecuencias y espero que nuestro ataque sea lo bastante contundente como para que no se les ocurra volver a desafiarnos. No pretendo acabar con las hadas, solo debilitarlas.

—Bueno, ahora mandas tú... —masculló la princesa—. La responsabilidad será tuya. Pero tú no eras así, Félix. Eras el que sentía más entusiasmo ante la idea de que humanos y feéricos volviéramos a ser amigos.

—Así es —afirmó él—. Por eso lamento más que nadie lo que ha pasado. Quizá pecáramos de idealistas, como algunos sugirieron. En cualquier caso, la decisión está tomada. Ahora la cuestión es que el castillo quedará prácticamente desierto, pero quienes permanezcan deberán responder ante ti. Luciano estará contigo para guiarte, pero tú tendrás la última palabra, ¿de acuerdo?

—¿Me dejas al mando?

—En efecto.

Ella asintió, despacio, asimilando la noticia.

—Muy bien.

El funeral fue todo lo esplendoroso y regio que podía esperarse, teniendo en cuenta por quién se celebraba. Pese al poco tiempo que había pasado desde sus muertes hasta ese momento, muchos nobles se las habían arreglado para acercarse a la capital a tiempo y despedir a sus reyes.

El sacerdote apeló a los sentimientos de amor y deber, el deber que uno debía llevar a cabo siempre, incluso cuando las personas a las que quería le abandonaban. Afirmó que volverían a verse en la llamada Llanura de los Dioses.

Váldemar pensó en eso durante toda la ceremonia. ¿De verdad había algo después? Y si era así, ¿se trataría de la llanura en la que todos creían? Dada la fe que les habían inculcado desde que eran pequeños, dudar no siempre era sencillo. Pero las mentes inquietas cuestionaban lo aprendido, aunque en el fondo no dejaran de creerlo.

Si los humanos iban a un lugar concreto después de morir..., ¿adónde iban los licántropos? ¿Adónde irían las hadas?

Necesitaba ver a Elvia.

El peso de la corona

La joven hizo acopio de su orgullo de hada y procuró mantenerse firme mientras el aliento de Teobaldo acariciaba su rostro. Ella estaba de rodillas junto a la pared fría del sótano. Tenía las manos esposadas y un collar de hierro la encadenaba a la pared.

Había perdido la noción del tiempo.

Durante las sesiones en las que el duque estaba con ella, la pregunta siempre era la misma: ¿por qué lo hiciste?

—Confiesa tu crimen —la presionaba ahora.

Pero ella jamás admitiría haber hecho algo de lo que no era culpable.

—No fui yo —repitió por enésima vez.

Teobaldo la miró con evidente disgusto.

—Sé lo que sois —dijo su vigilante, observándola de cerca—. Criaturas hermosas que pretenden confundirnos con su belleza. Vuestros poderes no son fruto de los dioses... No pueden serlo... ¿Por qué los dioses os los iban a conferir a vosotras y no a nosotros?

—¿Y por qué los peces pueden respirar bajo el agua y los hombres no? Cada especie tiene capacidades distintas, duque.

Teobaldo se puso de pie.

—Así que ¿es un asunto de especies? Siempre hemos pensado en vosotras como una raza. La raza feérica, decimos siempre. ¿No es eso? —Hablaba con condescendencia, con confianza, como si supiera de antemano lo que Elvia iba a responder. Pero a ella no le importó.

—Por aquí deberíais redefinir algunos conceptos, desde luego.

Teobaldo rio, aunque sin una pizca de alegría.

—Las féminas siempre entrañáis misterios y traiciones. Sois de naturaleza retorcida.

Elvia alzó el rostro.

—¿Ah, sí? Pues yo creo que no se debe tanto a nuestra naturaleza perversa como a la fragilidad de algunos hombres.

El noble soltó una lacónica carcajada, como si lo que acababa de decir la prisionera fuera una estupidez.

—¿Y eso por qué?

—Veis a una mujer que os atrae y os hace flaquear, os nubla la mente y lo achacáis a unas supuestas intenciones malignas por su parte, como si todo en el mundo girara en torno a vosotros, en lugar de asumir que lo único que os causa esa incertidumbre es vuestra propia debilidad.

La bofetada tardó unos cuantos segundos en llegar y Elvia no la vio venir. Sintió escozor en la mejilla y un poco de sangre en el labio. Se volvió hacia él para mirarle desafiante y demostrar que no podía doblegarla, y que su golpe no haría que lo que acababa de decir fuera menos cierto.

Oyeron los pasos poco antes de que la puerta se abriera con fuerza. Váldemar estaba al otro lado del umbral, en el último peldaño. Sus ojos azules encerraban una tormenta en su interior. Miró a Elvia y hubo un detalle en su rostro que no pasó inadvertido: el hilo de sangre que le caía desde el labio.

Se le aceleró la respiración y atravesó a Teobaldo con sus ojos.

—Os esperaba, alteza —saludó él—. Vuestro hermano me dijo que vendríais.

—Aléjate de ella. —Su tono resultó verdaderamente amenazador.

Elvia no sintió alivio con su presencia, al contrario: se angustió más. No quería crearle conflictos a Váldemar; no quería que la viera en aquel estado. Percibió el nerviosismo de Teobaldo, pero él no se movió. Miraba al príncipe, airado.

—Alteza, estoy cumpliendo órdenes.

El príncipe se acercó a él dando zancadas, con un brillo peligroso y casi enloquecido en los ojos. Para cortar su trayectoria, Teobaldo extrajo la espada que llevaba al cinto y la interpuso entre ambos. Váldemar se detuvo en seco, sin dejar de mirarle y sin calmar la respiración.

—¿Qué vas a hacer? —susurró.

—Defenderme si es necesario. Hoy hay luna llena..., todos sabemos cómo os afecta eso.

La provocación no surtió efecto. Estaba demasiado preocupado por Elvia. Se aproximó a ella para comprobar que estaba bien y, cuando iba a tocarle el

rostro en un gesto cariñoso, varios guardias irrumpieron en el sótano advirtiéndole que no se moviera. Los ojos castaños de la mestiza vibraban en una súplica silenciosa.

—Marchaos —ordenó.

Sin mediar palabra, el duque avaló su orden y les dejaron solos.

Váldemar se volvió hacia ella y tomó su rostro entre las manos.

—¿Estás bien? —preguntó con suavidad mientras le limpiaba la sangre con la manga de su camisa.

Ella asintió, incapaz de comprender por qué el nudo que tenía en la garganta no se disolvía. Los labios del príncipe se posaron rápidamente sobre los suyos. Fue un beso rápido, pero reconfortante.

—Yo no lo hice —murmuró Elvia.

—Lo sé —la tranquilizó él, y se quitó la capa para cubrirle los hombros. Después la estrechó entre sus brazos y hundió el rostro en su cabello, aspirando su fragancia—. No voy a dejar que te pase nada. Te lo prometo —le susurró al oído.

Pero la joven no estaba convencida. Su destino no dependía de Váldemar, de lo que quisiera o pretendiera hacer. Aunque su vehemencia le alegraba. Nunca había tenido una relación tan íntima con nadie... Nunca se habían desvivido por protegerla, por cuidarla. Las ojeras de Váldemar y el brillo candente de sus ojos indicaban que él sí lo hacía. Le sonrió.

Se separaron, aunque él dejó una mano en su cuello, queriendo sentir su calor e incluso los latidos de su corazón, pero se encontró con el collar de hierro.

—¿Tú cómo estás?

—Preocupado por ti —respondió él.

—Aparte de eso... Siento..., siento lo de tu padre.

Váldemar desvió la vista un momento.

—Todos tenemos que morir.

—Pero a él le han robado la vida. No tendría que haber pasado... Muchas cosas han cambiado y todo mi trabajo... No he sido capaz de reconciliar a nuestros pueblos —se lamentó ella.

Váldemar le acarició la mejilla con suavidad.

—Nadie lo hubiera hecho mejor que tú, Elvia. Has conseguido que yo, yo, respete a las hadas. Sé que no basta, pero espero que te ayude a no dudar de tus aptitudes, porque las tienes.

—Lo dices porque me quieres.

—Y te quiero porque es verdad.

Elvia sonrió y entonces captó una sombra en la mirada azul de Váldemar.

—Hay algo que no me estás contando —dijo.

Él frunció el ceño.

—No...

—Váldemar.

Suspiró.

—Es mejor que no lo sepas porque, de todas formas, ni tú ni yo podremos hacer nada.

—Prefiero saberlo a la incertidumbre.

El príncipe asintió. No era justo ocultárselo, así que se lo contó:

—Mi hermano va a atacar Álandor. Quiere dejar claro que actuar en contra de la familia real tiene consecuencias.

Al contrario de lo que esperaba, Elvia no se puso histérica ni dejó que la dominara el pánico. Ya estaba muy cansada y se sentía exhausta. Se limitó a cerrar los ojos y apoyó la cabeza en la pared con resignación. Una lágrima escapó bajo sus pestañas y Váldemar la recogió con el pulgar.

—No les resultará tan sencillo como creen —dijo ella—. Mi gente sabe defenderse.

—No lo dudo. Temo por mi hermano... Y hoy hay luna llena y tú permaneces aquí; no estaremos allí para ayudar a los nuestros.

Elvia abrió los ojos y los clavó en los del príncipe.

—Yo solo te ayudaría a ti. Y tal vez a mi reina. Pero sobre todo a ti.

Váldemar enredó los dedos en el cabello de Elvia mientras lo acariciaba. Se sentía conmovido por sus palabras y deseaba prometerle lo mismo, que ella era su única prioridad... Pero quería a su hermano y le resultaba imposible abandonarlo a su suerte. Ella lo entendía.

—Después de la toma de la corona, le exigiré a Félix que te libere.

—¿Toma de la corona?

—Sí. Hoy firma la venia que le convierte en rey de manera oficial. Solo él tiene legitimidad para hacerlo, dado su apellido y la posición que ocupa en el testamento de mi padre. Es una mera formalidad.

—¿Y no tendrías que estar con él?

—Prefiero estar contigo.

—Eso no es verdad. Además, estoy segura de que ausentarte podría traerte problemas. Lo poco que sé de burocracia real me sugiere que tu presencia es importante.

—En realidad, sí. Es más, ahí fuera hay varios guardias que tienen la orden de sacarme a rastras una vez que haya pasado el tiempo concedido.

Pero eso no hace que me resulte más fácil dejarte.

Elvia esbozó una media sonrisa, ladeó la cabeza y apretó la mejilla contra la palma de su mano en una caricia desesperada.

Váldemar le dio un beso en la frente y se fue sin mirar atrás, consciente de que, si lo hacía, sería incapaz de abandonarla.

En uno de los aposentos anexos al despacho donde se celebraría la toma de poder, Félix aguardaba con paciencia. Su hermana estaba con él, reconfortándole con su mera compañía. Todavía tenían que esperar unos minutos.

Félix se miró al espejo. El reflejo no era muy nítido, pero le bastaba para hacerse una idea de cuál era su apariencia. No sentía que aquel fuera su rostro ni su cuerpo. Era como estar en la piel de otra persona. Toda la vida le habían dicho que acabaría convirtiéndose en rey; desde que era pequeño le habían formado para ello. Ahora que el momento había llegado, no se sentía tan poderoso e imparable como siempre había asumido que lo hacía su padre o cualquier monarca sobre el que había leído y estudiado. Solo era Félix, un muchacho que disfrutaba montando a caballo, debatiendo sobre ética y filosofía, tejiendo cuando nadie de juicio rápido pudiera verle... Un placer al que tendría que renunciar.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Fidelia.

No tuvo que pensarlo:

—Como siempre.

Alguien llamó a la puerta y la cabeza de Daliana Mortier apareció al otro lado.

Fidelia no había olvidado la confesión de Félix y la relación que los había unido hasta hacía poco.

—Disculpad —dijo la recién llegada—. No pretendía molestar.

—En absoluto. Es un placer verte —respondió la princesa—. Bueno, yo debo ir a buscar a Váldemar, así que es oportuno que estés aquí. Le harás compañía.

Fidelia cruzó una mirada rápida con Félix, le dedicó una sonrisa amable a Daliana y se marchó, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Cuándo has llegado? —preguntó él.

La joven se le acercó con los ojos brillantes y una expresión de respeto y anhelo.

—Hace apenas unas horas. Lamento mucho no haber podido asistir al funeral, Félix.

—Pero estas aquí ahora —apuntó él, y la cogió de las manos. Reparó en el vientre abultado que se discernía bajo su vestido—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien. ¿Y tú?

Se encogió de hombros.

—He estado mejor.

—No tiene que ser fácil... Los has perdido en muy poco tiempo.

—No, no es fácil. Y menos cuando a uno de ellos lo han asesinado.

—Así que es cierto...

—Sí.

—Lo lamento.

Daliana le abrazó y Félix se dejó embriagar por su perfume y por la calidez de su cercanía. Cuando se separaron, sus rostros quedaron peligrosamente cerca el uno del otro, pero ninguno de los dos hizo nada, pese a sus impulsos. Félix sería rey, por lo que la situación era mucho más seria. El tiempo de dejarse llevar por sus sentimientos había pasado. Daliana le dio un dulce beso en la mejilla y él cerró los ojos, concentrándose en ahogar el ardor que crecía en su pecho.

Salieron de la habitación por separado; primero ella y, unos minutos después, él.

En el despacho habían dispuesto todo lo necesario. Los documentos que debía firmar estaban colocados sobre el escritorio, igual que la pluma y la tinta. Docenas de ojos se posaron sobre él. Serían los testigos de aquel momento histórico. Miró a sus hermanos, a los nobles de más alto rango, a su tía... Se sentó a la mesa y tragó saliva mientras el sacerdote le explicaba la naturaleza de los documentos sobre los que debía trazar su nombre y las consecuencias que aquello traería. La coronación, que tendría lugar más adelante, era la segunda parte del proceso. Hasta entonces bastaría con la primera, la que le permitiría gobernar amparado por la justicia de Myrendul para que absolutamente nadie pudiera rebatir la legitimidad de su mandato.

Félix cogió aire al tiempo que hacía lo propio con la pluma. Tragó saliva y trazó las líneas negras que acabaron formando su nombre.

Le resultó curioso lo mucho que en ese momento le pesó la corona sin ni siquiera llevarla puesta.

Revelación

Félix estaba solo en el salón del trono. Así lo había pedido. Una vez que abandonara la enorme estancia, se embarcaría en una aventura que cambiaría su vida, para bien o para mal. Cambiaría Myrendul. Esperaba de corazón estar haciendo lo mejor.

Anhelaba ser un buen rey. Era cuanto quería. Pero quizá ser un buen rey no fuera compatible con ser feliz. Después de todo, ¿qué era la felicidad? ¿Resultaba tan importante como algunos decían?

No... Para un rey únicamente era una ilusión; a veces y con suerte, una consecuencia. Pero nunca un objetivo. Eso era algo que se había repetido en múltiples ocasiones. En más de una, lo había creído con fervor. Pero en ese instante, sentado en el enorme y ostentoso trono, aquellas ideas se le antojaron vacías.

Su hermano llegó para poner fin a sus tortuosas inquietudes.

—Váldemar —saludó con aire cansado—. ¿Qué ocurre?

—Debo pedirte dos cosas —anunció él mientras se acercaba—. Supongo que no puedo disuadirte de atacar Álandor...

Félix se frotó la cara con una mano.

—No me puedo creer que sea eso lo que...

—No lo es, pero quería comprobar hasta que punto estás dispuesto a hacerlo.

—La decisión es firme.

—Vale. Entonces hazme caso sobre esto: ordena que le quiten a Elvia el collar de hierro del cuello.

—Ah, si quieres, también le servimos un poco de vino y perdiz en escabeche —soltó él con ironía—. Es una prisionera, Váldemar, y hay que

tratarla como tal.

—Félix, o se lo quitáis por las buenas o te prometo que lo haré yo mismo, y no me importa con quién tenga que pelear.

El joven rey hizo una mueca, pero al final sacudió la mano con desgana, dando por perdida la discusión.

—Muy bien, lo haré. Le diré a Fidelia que se encargue. ¿Algo más?

—Sí. Dile a Teobaldo que no vuelva a ponerle una mano encima o se la cortaré.

—¿Ha pegado a Elvia?

—Sí.

Félix resopló.

—Hablaré con él.

—Bien.

Se miraron a los ojos unos instantes y sintieron cómo el lazo que les unía se estiraba para no solo alargar la distancia entre ellos, sino volverse más frágil.

—Cuando te vayas, dile a Luciano que ya puede pasar —ordenó el muchacho.

Váldemar hizo una reverencia sarcástica y le dio la espalda. Luciano entró poco después, acompañado por multitud de cortesanos, entre los que estaban su yerno y su hija.

Félix se puso de pie y se acercó a él.

—Como sabes —empezó—, te quedarás aquí mientras los demás estemos fuera. Dejo al mando a la princesa Fidelia. Confío en que pueda contar con tu experiencia.

—Por supuesto, majestad. Sabéis que sí.

Félix asintió, complacido.

—¿Majestad? —llamó entonces Conrad.

—Marqués Dálavis —saludó él, solemne—. Decidme.

—Sabed que contáis conmigo para luchar contra los feéricos.

—Estoy al tanto de vuestras habilidades con la espada. Y sé que siempre os ha gustado luchar.

—Así es —confirmó el hombre con el pecho hinchado y el mentón alzado con orgullo—. Creo que es mi deber servirlos en lo que pueda, majestad.

Daliana miró a Félix de manera enigmática. Félix solo había convocado a algunos nobles de confianza para que lo acompañaran en su gesta, pero cualquiera podía ofrecerse voluntario.

—Muy bien —resolvió—. Partimos esta tarde.

Luciano hizo una mueca que no pasó inadvertida para nadie.

—¿Ocurre algo? —inquirió el monarca.

—Majestad, creo que os estáis equivocando al actuar tan precipitadamente.

Félix entornó los ojos.

—¿Y quién sois vos para poner en duda mis decisiones?

Luciano palideció levemente.

—Bueno, soy consejero real...

—Error. Eras consejero de mi padre, no el mío.

Luciano no supo qué contestar y a Félix no le importó haber sido desconsiderado. Ni siquiera prestó atención a la mirada decepcionada y dolida de Daliana.

Después de comer, cuando las tropas ya estaban preparadas para partir hacia el oeste y el rey se aseguraba de que todo estuviera en orden, Váldemar decidió ir al santuario. Todavía le costaba creer que sus padres hubieran muerto; su ausencia se parecía más a un mal sueño que a la realidad ineludible que era. El acceso al templo estaba restringido para la mayoría de personas, pero no para él, como era de esperar.

Las verjas que delimitaban los jardines estaban a unos cuantos metros de la construcción en sí y, mientras Váldemar recorría la distancia pertinente, pensó en Elvia. Tenía que ayudarla, sacarla de allí como fuera. Teobaldo Málebran se encargaba de ella mientras estuviera presa y eso resultaba desquiciante.

Justo cuando estaba a punto de abrir la pesada puerta, su agudo oído sobrehumano captó algo que le hizo detenerse. Frunció el ceño. Había alguien dentro, alguien que hablaba en un suave susurro. No fue difícil distinguir de quién se trataba.

Constanza estaba de pie al lado del féretro de su hermana y su cuñado. La difunta pareja había sido enterrada junta, como dictaba la tradición, pero a ella no le terminaba de convencer la decisión. Pese a estar casados, apenas habían compartido la vida. ¿Por qué tenían que compartir la muerte?

Genoveva tendría que haber sido enterrada en la capilla del palacio de Los Lagos, donde estaban sus padres y sus abuelos, donde ellas mismas de pequeñas habían ido tantas veces a rezar por las almas de sus seres queridos.

Con todo, Constanza no estaba en el santuario con la intención de hundirse más en el dolor por la pérdida de Genoveva. En menos de una hora partiría hacia el Bosque Maravilla para librar una encarnizada batalla en la cual podría descargar toda la ira y toda la rabia que la habían consumido durante años.

Ya les había hablado de la toma de poder de su hijo, pero todavía le faltaban cosas por decir. Observó el sepulcro con la figura de Saveiro tallada en piedra. Siguiendo una vieja costumbre myrendulense, sus tumbas llevaban años preparadas.

—Lo siento —dijo en un hilo de voz—. No eras un mal hombre. Solo eras débil... Débil porque permitiste que la muerte de tu padre fuera determinante en tus políticas de gobierno. Débil porque no supiste anteponer el amor que deberías haber sentido por tu hijo al odio que te inspiraban las hadas. Débil porque sucumbiste a la locura al ver que una vieja historia odiada se repetía... —Suspiró—. Puede que yo peque de lo mismo. Sé que soy inteligente, pero quizá no sea fuerte. Por eso tengo que eliminar a aquellos que pueden aprovecharse de esa falta de fortaleza. Las hadas eran enemigos más que probables antes de que tú las convirtieras en proscritas. Después ya no hubo mucho que hacer... Respeto tu intento de rectificar, pero era tarde.

Constanza tragó saliva y acarició con devoción la helada piedra. Los rostros hieráticos de los reyes les hacían parecer personajes de leyenda, figuras salidas de un antiguo poema épico o un famoso libro de caballerías.

—No te habría matado si no te hubieras vuelto loco, Saveiro. Sabía que inculpar a la mestiza por un asesinato era la forma de conseguir lo que quería, pero no tendrías que haber sido tú la víctima. Sin embargo, perdiste la razón... Lo que pensabas hacer... no podía permitirlo. Lo siento. Lo siento de verdad. —Tras aquellas palabras y arrodillarse con devoción frente a la tumba, abandonó el bello y solitario santuario.

Al abrir la puerta, se topó de bruces con su sobrino. Alzó las cejas.

—Váldemar —se sorprendió—. ¿Qué haces aquí?

Los ojos vidriosos del joven eran muy elocuentes.

—Tú lo mataste.

La sospecha de Constanza se vio confirmada y su temor creció, pero no dejó que la dominara. Mantuvo la cabeza firme.

—Me espiabas —acusó.

—Sí —admitió el príncipe—. Así es.

Constanza respiró profundamente sin apartar la vista de él.

—Bueno, ya conoces la verdad. Ahora debo irme.

Váldemar la retuvo por el codo en cuanto ella trató de abrirse paso.

—¿Por qué?

Sus rostros estaban muy cerca el uno del otro. Constanza siempre había visto a Váldemar como el hijo mayor de su hermana, pero en ese momento lo vio como a un hombre alto, imponente y de temperamento temible. Aunque esa nueva percepción no sirvió para amedrentarla.

—Preferiría no darte explicaciones.

No quería contarle la verdad, no haría más que herirle, pero era capaz de dejar marchar ese deseo si la situación lo requería.

—¿Acaso eres una vulgar asesina que mata por placer? —masculló él—. Tía, yo te quería. De todas las personas de mi familia, tú y mis hermanos erais los que me hacían sentir que de verdad tenía un hogar. Pero me has quitado a mi padre.

—Padre solo de nombre. Nunca se comportó como tal.

—¿Y creías que por eso no me iba a importar su muerte?

—No he dicho eso.

—Entonces, ¿por qué lo mataste? Dímelo.

Los dedos de Váldemar, que todavía la sujetaban por el brazo, se hundían dolorosamente en su carne. Constanza tenía prisa. Debía marcharse ya para liderar junto al nuevo rey una batalla que sería crucial.

—Me insinuó que quería acabar contigo. Que de esa forma se terminaría su amargura. Yo te quiero, Váldemar. Tu padre se volvió loco en sus últimos días, desde que descubrió tu relación con Elvia. Y es posible que no estuviera en plenas facultades cuando me dijo que quería quitarte de en medio, pero eso no le hubiera impedido hacerlo. Así que me adelanté. Lo siento.

Váldemar no podía creer lo que oía... Pero, en el fondo, sí lo creía, por eso era doloroso. Soltó a Constanza, todavía conmocionado. Ella lo miró durante unos segundos, lo besó en la mejilla sin que él opusiera resistencia y se fue.

Pasados unos minutos, el príncipe se dejó caer contra la pared exterior del santuario. Las lágrimas que habían estado acumulándose en sus ojos se escaparon y recorrieron sus mejillas en silencio.

Luciano era un hombre leal y bondadoso, por eso fue más fácil convencerle de que había que tratar mejor a Elvia, tal y como había solicitado el rey.

—Por cierto —añadió Fidelia—, antes de marcharse me dijo que os pidiera disculpas de su parte.

Luciano frunció el ceño.

—¿Disculpas?

—Sí. Me dijo que os trató injustamente, que se encontraba agobiado y no midió bien sus palabras.

Luciano sacudió la mano, como quitándole hierro al asunto.

—Está viviendo momentos difíciles, no se lo he tenido en cuenta.

Fidelia sonrió.

—Me alegro. Ahora id a ver a la prisionera.

El consejero asintió y se perdió pasillo abajo justo cuando Váldemar apareció por el extremo opuesto.

—Quería despedirme antes de salir —le dijo a su hermana—. No te preocupes mucho, ¿vale?

—No lo hago. Puedo con esto.

—Ya sé que no estás preocupada por ti. Me refería a Félix.

—Bueno, supongo que inquietarse es inevitable.

—Desde luego. ¿Le has dicho a Luciano...?

—Sí. Acaba de ir hacia allá. No te preocupes. Es probable que su majestad y los demás no vuelvan antes de mediodía... Si da tiempo, te dejaré que visites a Elvia por la mañana.

Váldemar le pellizcó la mejilla con cariño y ella hizo un mohín. Se dio cuenta de que a su hermano le pasaba algo, y no era solo por la mestiza.

—¿Qué ocurre?

—Nada.

—Ni siquiera te estás esforzando por ser convincente.

Él permaneció mudo. La joven puso los ojos en blanco.

—Dilo o vas a reventar.

—Es por nuestra tía. —Sus ojos se nublaron—. Lo mató ella, Deli.

La princesa retrocedió un paso y miró a su hermano como si fuera un desconocido, como si no se fiara. Pero, en el fondo de su corazón, la idea no le parecía tan descabellada.

—¿Por qué piensas eso? —susurró.

—Me lo ha confesado. Dijo que padre se había vuelto loco y se sintió obligada a hacerlo... Sabía que inculparían a Elvia y que avivaría la llama de la enemistad entre humanos y feéricos.

No quería creerle. La princesa sintió la necesidad de darle un puñetazo para que reaccionara y se diera cuenta de las estupideces que estaba soltando, pero algo en su cabeza le decía que era verdad. Fidelia no olvidaba lo que había descubierto sobre Constanza y el amor que perdió en su juventud.

—¿Cómo que padre se volvió loco?

Váldemar cogió aire y desvió la mirada.

—Puede que se lo inventara.

—¿Qué te dijo? —exhortó ella.

Él fue incapaz de levantar la vista.

—Que estaba empezando a pensar seriamente en deshacerse de mí.

Fidelia se llevó una mano a los labios. Negó rotundamente con la cabeza.

—No puede ser, Constanza debió de decirlo para justificar lo que hizo...

—Entonces me crees... Crees que pudo ser ella.

La princesa se mordió el labio.

—No es del todo imposible. Nunca se mostró muy entusiasmada ante la perspectiva de reconciliarnos con las hadas. Y sé que respetaba a padre única y exclusivamente por la relación que tenía con madre. Pero ella murió y... Constanza quería mucho a nuestra madre, Váldemar. ¿Y si es ella la que ha enloquecido?

—Puede ser.

—Tendremos que hablar con Félix del asunto cuando regrese.

—No sé... Últimamente no lo veo muy lúcido. Es como si hubiera perdido el comedimiento que siempre ha tenido. Esa templanza...

—Es su forma de reaccionar al dolor. Y, además, creo que se siente culpable.

—Ya. Bueno, el sol está a punto de desaparecer, así que será mejor que me vaya.

Ella asintió y le despidió con cariño.

Las tropas ya habían dejado Bránvar en dirección al oeste. Ella misma había acudido al otro lado de la muralla de la ciudad para despedirse de su hermano y de su tía, que se había empeñado en ir también. No lucharía, pero asistiría al encuentro y lo observaría desde la lejanía, a lomos de su caballo blanco. Era una mujer excepcional e imprevisible. Después de tantos años viviendo con ella, Fidelia tenía la impresión de que apenas la conocía. Y si de verdad era la asesina de su padre... La posibilidad resultaba dolorosa, pero se fiaba de su hermano.

Quienes habían ido a luchar contaban con pillar desprevenidas a las hadas y poder lanzar un ataque contundente contra ellas. No esperaban una respuesta que no pudieran controlar. Fidelia quería ir y, de hecho, ya había decidido que iría. La idea de defraudar a su hermano, de abandonar el castillo que ahora era su responsabilidad, le disgustaba, pero no tanto como pensar que Félix iba a correr peligro y ella no iba a estar allí para darle apoyo.

Era el nuevo gobernante de Myrendul y sobre él recaía un peso enorme, un peso que se intensificaría con aquella batalla, pasara lo que pasase. Merecía tener a su lado a alguien que lo quisiera de verdad, alguien que se preocupara por él no solo porque fuera el rey. Constanza estaría allí, sí, pero ella parecía tener un objetivo claro que no incluía el bienestar de su sobrino ni el de nadie. Así que iría. Fidelia sabía defenderse, pues había recibido lecciones por parte de Bélicar y, posteriormente, de su hermano mayor, sin importar lo indecoroso que fuera que una princesa aprendiera a manejar un arma. Era uno de los muchos caprichos que le había concedido su padre.

Incluso tenía una armadura propia encargada de forma clandestina. Una vez en sus aposentos, Brígida le ayudó a ponérsela. Le había recogido el cabello en una trenza de raíz.

—¿Estáis segura de que queréis ir, alteza? —inquirió Brígida—. Será peligroso.

—Tengo que hacerlo. Si sucede algo grave, me torturaré toda la vida por no haber ido. Me volveré loca si me quedo aquí sin saber qué pasa.

Brígida sonrió con tristeza.

—Muy propio de vos.

—No tiene por qué suceder nada, pero... ya me conoces. Además, va siendo hora de que estrene esta armadura tan maravillosa —comentó mientras se miraba al espejo. Le gustaba su aspecto; creaba una ilusión de autodeterminación y libertad que en realidad no tenía, pero que, como todo ser humano, anhelaba.

El ujier de cámara irrumpió en la estancia para anunciar que uno de los subordinados del capitán de la guardia quería hablar con ella.

Fidelia asintió.

—Alteza —empezó el recién llegado. Movía las manos con nerviosismo. Su rostro destelló con desconcierto al ver el atuendo de su princesa—. El capitán me envía a comunicaros a vos o a Luciano Mortier que ha habido un contratiempo, y dado que no he encontrado a su excelencia...

—Habla ya, soldado.

—Danter Arrylar ha escapado. No sabemos cómo, no ha forzado ninguna puerta, pero ya no está en su celda.

—¿Danter Arrylar?

—El cazador, alteza.

—Sí, sé quién es. ¿Cómo es posible?

—Creemos que alguno de los nuestros le ha ayudado. Bélicar está investigándolo y ha puesto a varios guardias a inspeccionar los alrededores.

«Creemos que alguno de los nuestros le ha ayudado».

«Me dijo que estaba empezando a pensar seriamente en deshacerse de mí».

La joven frunció el ceño. ¿Era posible que Constanza hubiera dicho la verdad y Saveiro hubiera intentado acabar con su propio hijo? Desde luego, liberar al cazador era una forma inteligente de hacerlo. Pero su padre estaba muerto y el cazador había huido esa tarde. Quizás el difunto rey hubiera dejado a cargo de esa delicada tarea a alguien de confianza.

Fidelia se llevó una mano a la frente y luego se la pasó por el pelo. Le dolía la cabeza y tenía ganas de llorar. No. De gritar. Se contuvo.

—Buscad a Luciano e informadle. Ya.

El hombre salió corriendo de sus aposentos y la princesa se volvió hacia su doncella.

—Brígida, dile a Luciano que me he marchado. Explícale mis razones y dile que él está al mando. Voy a dejarte firmado un papel en el que así lo exprese, ¿de acuerdo? Se lo darás.

—Por supuesto, alteza. ¿Y qué vais a hacer vos ahora?

Ella miró por la ventana. Las estrellas ya habían empezado a brillar.

—Tengo que ayudar a Váldemar. Después me iré directamente al Bosque Maravilla acompañada de un par de guardias que yo misma escogeré. Espero que nadie me vea.

Plenilunio

Elvia se sentía mucho mejor ahora que no tenía el condenado collar de hierro alrededor de la garganta. Ya no estaba encadenada a la pared, solo encerrada y con las manos atadas. Su mente apenas podía hacer otra cosa que no fuera recrear escenas de lo que podría pasar en la linde de su bosque esa misma noche. Los humanos llegarían cuando la luna estuviera en el cenit, por lo que pelearían en la semioscuridad... Aunque el astro brillaría en su máximo esplendor y eso sería suficiente. Pero las hadas tendrían ventaja. Podían crear luz de la nada, incluso las había con el don de iluminar su propia piel. Aunque, bien pensado, eso las convertiría en un blanco fácil.

Las hadas no eran estrategas. Sabían pelear porque tenían un instinto feroz en cuanto a proteger lo que era suyo, pero nada más. Su naturaleza solo les permitía quitar una vida cuando la suya estaba claramente amenazada, y en batalla no siempre se daba esa circunstancia.

Por suerte, contaban con los centauros. Ellos sí eran fieros guerreros.

La puerta se abrió y alguien descendió por las escaleras que conducían al sótano en el que la mantenían cautiva. Al principio, no reconoció a su visitante, pues iba enfundado en una lustrosa armadura plateada, pero luego..., luego distinguió las curvas y la melena dorada.

—Fidelia —musitó, sorprendida.

—Elvia, tenemos un problema.

—¿Qué ocurre?

—Arrylar ha escapado.

—¿Que ha escapado?

—Sí. No sé muy bien cómo, pero ya no está en su celda. Y temo por la vida de mi hermano. Sé que durante las noches de luna llena se convierte en

un temible animal, pero no es invencible y ese hombre tiene muy buena reputación.

—Desde luego.

Fidelia extrajo una daga del cinto y cortó las cuerdas que inmovilizaban las muñecas de la mestiza. Ella las masajeó.

—Váldemar me contó que tú eres capaz de dominarle incluso en noches como la de hoy. Si eso es verdad, deberías ser tú quien vaya. Como sabes, está en la torre, y quizás el cazador lo sepa también. Si Bélicar no le atrapa antes, acudirá allí. Ve y haz lo que sea por salvar a mi hermano. Por favor.

Elvia le puso una mano en el hombro para tranquilizarla.

—Váldemar me importa tanto como a ti. Puedes estar segura de que haré lo que sea necesario para salvarle.

—Gracias.

Subieron las escaleras a toda velocidad y recorrieron el pasillo hasta una bifurcación en la que tuvieron que despedirse.

—Buena suerte, Elvia.

—Intuyo que no vais a permanecer en el castillo —observó la feérica—. Así que lo mismo os digo, alteza.

La princesa le sonrió y asintió antes de doblar la esquina.

Elvia no tuvo problemas para abandonar el castillo, pues Fidelia ya había dado instrucciones sobre que debían dejarla marchar y, pese al escepticismo de muchos, nadie discutió. Después de todo, el rey había dado órdenes expresas de que obedecieran a su hermana.

Danter sentía el peso de la llave en su puño mientras visualizaba qué era lo que iba a hacer una vez que abriera la puerta y estuviera cara a cara con la bestia. Un licántropo en una noche de luna llena era una de las criaturas más feroces y salvajes que podía encontrarse, pero vencerle entraba dentro de lo plausible. Además, él se había enfrentado a cosas peores... O eso quería pensar. Había tenido la oportunidad de coger sus armas de la dependencia en la que guardaban los efectos personales de los reclusos, así que estaba preparado para luchar. Por lo demás, no había sido difícil dar esquinazo a los guardias. Pocas personas se movían mejor que él en casi cualquier terreno.

En cuanto se adentró en el bosque, no tardó mucho en distinguir la silueta esbelta de la Torre de los Lamentos. Los aullidos del lobo habían sido como un faro para él. Se acercó con cautela, consciente de que los licántropos tenían

un oído superior al de los humanos. Pero ser sigiloso era el mejor talento de Arrylar; resultaba una aptitud imprescindible en cualquier cazador.

Abrió la puerta con cuidado, aunque no sirvió de mucho porque las bisagras chirriaron. Al principio no vio nada y solo pudo percatarse de que el suelo del interior estaba hundido a varios metros. Eso le hizo dudar. Su idea había sido abrir la puerta y echarse a un lado para cazar al animal en cuanto saliera, lo cual conllevaba un riesgo... Pero, si el lobo estaba ahí abajo, quizá pudiera dispararle una flecha desde las alturas. Había dejado de aullar y así era incapaz de ubicarle. Su experiencia le recordó que los licántropos tenían un tamaño y una fuerza por encima de lo habitual, lo que les permitía dar grandes saltos. Justo cuando iba a apartarse, unos ojos amarillos brillaron en el interior de la torre. Danter tenía la flecha colocada en el arco, pero no fue lo bastante rápido. El lobo se abalanzó sobre él, con las fauces abiertas y un rugido profundo, y lo único que el cazador pudo hacer fue apartarse.

Ahora, en el claro, bajo la luz de la luna, la bestia era claramente visible. Un enorme animal de pelaje espeso y blanco, unos colmillos afilados como cuchillas y unos ojos dorados. No quedaba rastro del humano que había sido horas antes. Danter Tragó saliva y le disparó. La criatura atrapó la saeta con los dientes y la partió.

El cazador no perdió la calma. Abrió un pequeño saco que llevaba colgado a la cintura y cogió un poco de su contenido: plata en polvo. La esparció por el suelo, justo delante de él. El lobo corría en su dirección, enloquecido, pero se detuvo en seco al percibir el metal. A unos metros de distancia de su perseguidor, el lobo lo miró, rugiendo con ira.

Danter esbozó media sonrisa. Estaba hecho. Cogió el puñal que llevaba envainado y se lo lanzó. No había forma de que lo detuviera. Y sin embargo..., la daga no llegó a su destino.

Una figura conocida se posicionó entre el cuchillo y la bestia, levantando una pared invisible entre ella y el arma, que cayó al suelo como si hubiera chocado contra un muro. Era la misma hada que le había impedido matarle la primera vez, en las montañas.

La joven lo miraba con ojos refulgentes y las manos envueltas en lo que el cazador reconoció como luz feérica.

¿Por qué el lobo no la atacaba? Escrutó a la criatura maldita y distinguió una cordura que no había tenido instantes antes. En sus iris, que habían recobrado un poco su azul original, se distinguía un toque humano. ¿Cómo era posible? ¿Acaso se debía a la feérica de alas azules?

—Será mejor que te vayas —sugirió la muchacha.

Él negó con la cabeza.

—No puedo hacerlo. Debo matarle.

Elvia ni siquiera parpadeó.

—En tal caso, tendrás que matarme a mí.

La declaración sorprendió al cazador, pero no le hizo cambiar de idea.

—Sea —murmuró.

A la velocidad del rayo, disparó una flecha contra el hada, que la esquivó haciendo uso de sus poderes.

Fue un enfrentamiento rápido. Danter la atacó con todo lo que tenía a mano, sin resultado, hasta que al final optó por lanzarle una fina daga que había estado reservando para una situación crítica. Nunca antes había tenido que enfrentarse a un ser con su misma inteligencia, y era muy diferente a luchar contra un animal. Era el momento de acabar con aquello. Lanzó el cuchillo inmediatamente después de la flecha y la feérica, aunque hizo estallar la saeta en el aire solo con mirarla, no tuvo tiempo de levantar un escudo para protegerse del puñal, por lo que solo le quedó hacer una cosa: desviar su trayectoria.

La desvió hacia el propio cazador.

Danter Arrylar ni siquiera se dio cuenta de lo que estaba pasando hasta que sintió el impacto de su propia daga en el vientre. Abrió los ojos, presa del asombro, del desconcierto, y miró la herida de la que empezaba a manar sangre. Cayó al suelo de rodillas y Elvia le observó con los labios separados y la respiración entrecortada, horrorizada y aliviada. Nunca había matado a nadie; en su cultura, sesgar una vida era el peor pecado que podías cometer.

Había sido fácil.

Se acercó corriendo al cazador y se arrodilló a su lado. Váldemar estaba a sus espaldas, presenciando la escena con resignación.

El hombre contempló a Elvia; la luz de sus ojos estaba a punto de extinguirse.

—Salva a mi hija —musitó en un hilo de voz—. Todo... era por ella...

Su mirada se perdió en el infinito firmamento justo cuando su corazón palpitó por última vez. Su cuerpo cayó pesadamente sobre la hierba escarchada.

Elvia exhaló un suspiro y el aire se condensó frente a su rostro. De pronto, fue consciente del frío que hacía.

La voz de Váldemar llegó a su mente como una ola de calor: «Ha sido en defensa propia. No te lo reproches».

Ella asintió y se volvió hacia el hermoso lobo blanco, que la miraba fijamente.

—Ya está hecho —concluyó.

El lobo se acercó a ella y la joven le abrazó, hundiendo los brazos en el pelaje alrededor de su cuello.

«Gracias —le dijo Váldemar—. Una vez más».

Elvia se separó y le sonrió con tristeza.

—Dáselas a tu hermana. Ella me liberó para que te ayudara.

La mirada del lobo resplandeció.

«Se las daré en cuanto regrese».

—La última vez que la vi, llevaba una armadura... Y tenía intenciones de ir a Álandor para estar con tu hermano.

El príncipe se puso tenso.

«¿Y se lo han permitido?».

—Creo que lo ha hecho a escondidas... Pero no me cabe duda de que lo ha conseguido.

«No, a mí tampoco».

Silencio.

—Tenemos que ir. Ninguno de los dos somos capaces de mantenernos al margen. Sobre todo tú. Tienes allí a toda tu familia.

«Tú también».

—No. Mi familia..., mi familia eres tú, Váldemar. Nadie me entiende como tú; nadie se ha preocupado tanto por mí. Y quienes me han querido lo han hecho porque se sentían obligados. Tú no.

El lobo le acarició la mejilla con el hocico.

—¿Crees que corren peligro?

—Las hadas son una cosa, pero los centauros... son duros. Y no entienden de política. No harán distinciones entre las líneas enemigas.

—No quiero darles la espalda, pero...

—Váldemar —cortó ella—. No tenemos que dársela.

Una pincelada oscura

Eileen pensaba en la princesa mientras le cepillaba el pelo a una de sus hermanas. Le había pedido que se lo trenzara intercalando flores y lazos de seda entre mechón y mechón. Se trataba de un hada perteneciente al Círculo de las Nueve, líder de las hadas centinelas. Tras un largo día, buscaba relajarse, pero la sesión se vio interrumpida cuando una de sus compañeras descendió de entre las copas de los árboles para hablar con ella.

—Numeria —llamó—, tienes que venir a ver esto.

—¿Qué pasa? —inquirió ella con los ojos cerrados y los dedos de Eileen todavía en su cabello blanco.

—No estamos seguras, pero nos parece urgente.

Numeria se puso en pie de mala gana y se elevó en el aire aleteando. Con un breve movimiento de cabeza, le indicó a Eileen que fuera con ellas.

—La última vez me fui un momento y ya no estabas —le recordó—. Así que prefiero no perderte de vista.

—Lo siento —se disculpó ella, aunque no estaba arrepentida. Escabullirse le resultaba divertido.

Ascendieron hasta los cielos a mucha velocidad, siguiendo el ritmo de la subordinada de Numeria. Cuando estuvieron muy por encima de los árboles, se detuvieron.

—Allí —anunció la centinela, y apuntó con el dedo índice hacia las llanuras del este.

Numeria entornó los ojos y ladeó la cabeza. Muchas hadas tenían habilidades particulares, y en su caso se trataba de una agudeza visual envidiable. Donde Eileen solo distinguió una sombra, una pincelada oscura en mitad de la noche, Numeria pareció ver algo mucho más grave.

—Son humanos —dijo la tercera—, pero creo que sus intenciones no son... pacíficas.

—No, no lo son. Avisad a la reina de que nos están atacando.

Eileen frunció el ceño.

—¿Que nos están atacando?!

—Es un ejército humano. Vienen a caballo y todos llevan trajes de guerra y armas. No deja lugar a dudas, querida.

No, desde luego que no.

Eileen no entendía qué podía haber pasado para que los humanos arremetieran de tal manera contra ellas. Descendieron rápidamente hacia el bosque y dieron las alarmas.

Al cabo de muy poco tiempo, Sibyl ya estaba al tanto de la situación y ordenó que todo el mundo saliera del bosque, más allá de la linde, para defender su hogar.

—No pueden llegar a Álandor —declaró.

La confusión era general, pero no les impidió ser eficientes. Varias mensajeras corrieron hacia el norte para pedir ayuda a los centauros que, como todos, estaban obligados a defender su hogar.

En menos de una hora estarían saliendo de entre los árboles para frenar el avance del inesperado pero temible enemigo.

Los rezagados

Sobre su imponente caballo oscuro, Félix observó las fuerzas enemigas, que habían salido al paso para interrumpir su trayectoria hacia el bosque. Opondrían resistencia, estaba claro. Pero, aunque había contado con la presencia de los centauros, no esperaba que fueran tantos. No había contado con las hembras, que también eran unas feroces guerreras.

La reina Sibyl, enfundada en su lustroso vestido dorado, alzó una de sus delicadas manos para indicar a sus tropas que detuvieran el paso. Félix hizo lo mismo, intuyendo que la reina de las hadas quería hablar con él.

El rey avanzó acompañado por su tía, Teobaldo y un par de soldados. Sibyl y siete miembros del Círculo hicieron lo mismo. Faltaba una, que probablemente se había quedado en Álandor para mantener las cosas en orden mientras los demás luchaban.

Cuando estuvieron a unos metros, la reina observó astutamente a los recién llegados. Dos jinetes la apuntaban con los arcos tensados con flechas de puntas de hierro. Los humanos sabían que la magia de los feéricos podía ser traicionera; no querían correr riesgos.

—¿Qué significa esto, alteza? ¿En qué os hemos ofendido?

—Debéis dirigiros a él como *majestad* —corrigió Constanza con frialdad. Las hadas comprendieron.

—¿Qué ha sucedido con el rey Saveiro?

—No finjáis que no lo sabéis —siseó Teobaldo—. Lo asesinasteis.

—Ignoro por completo de qué estáis hablando.

—Fue envenenado —apuntó Félix sin que le temblara la voz—. Utilizaron noctusombra y, aunque es posible que alguien de los nuestros esté implicado,

no cabe duda de que un hada formó parte de este complot para matar a mi padre.

Sibyl sintió cómo se le helaba la sangre en las venas. Tenía razón. Solo las hadas tenían acceso a la planta con que se elaboraba el veneno. Ni siquiera los duendes o los centauros podían coger dicho vegetal si no era de forma clandestina.

—Quien fuera que cometiera semejante delito... —empezó con calma.

—Creemos que fue Elvia de Otoño. Que la escogisteis a ella con ese propósito.

—Si fue Elvia quien lo hizo, cosa que dudo, fue movida por intereses personales, no colectivos. Nosotras condenamos esa acción y lamento la muerte de vuestro padre.

Pero esas palabras sonaron vacías para Félix, que todavía tenía las manos negras de la tristeza sobre su corazón.

—Vuestras disculpas ya no me valen, reina Sibyl. La última vez que un hada causó un agravio a mi familia, dijisteis lo mismo, pero no cambió las desafortunadas circunstancias. No eliminó la maldición de mi hermano ni borró la pena a mi madre. Y ahora vuestras disculpas no sanarán las heridas que tenemos mi hermana y yo, o mi tía, o cualquier persona que amara al rey.

Sibyl no sabía qué decir. Entendía que la reacción de Félix era lógica, dada la naturaleza de las emociones humanas, pero se preguntaba si había algún modo de paliar el asunto o si, por el contrario, el enfrentamiento era inevitable.

Norcia fue quien se animó a preguntar:

—Entonces, ¿estáis resuelto a matarnos a todas? ¿Es eso?

—No pretendo mataros, ni siquiera heriros. Mi intención es la de añadir Álandor a mis dominios. Quiero tener control total sobre él como lo tengo sobre cualquier otro territorio de Myrendul. Ceded el bosque y no os pasará nada a ninguna, salvo a la responsable o responsables de proporcionar noctusombra a Elvia de Otoño en caso de que no actuara por su cuenta. Así de sencillo.

Las mujeres aladas ni siquiera tuvieron la necesidad de mirarse entre ellas para conocer cuáles eran las otras opiniones. En su esquema mental de las cosas no era posible hacer lo que les pedían. No iban a entregar su bosque, su hogar, no estaban dispuestas a comprometer sus tradiciones. Claudicar era lo mismo que renunciar a su identidad. Las hadas no debían subyugarse a los humanos y no podían dejar un bosque mágico en sus manos. Sería una irresponsabilidad.

—No es posible, majestad —declaró Sibyl sin pestañear.

—Seguiríais viviendo en él —trató de convencerlas.

—Pero no como hasta ahora. Eliminaríais nuestra jerarquía y exigiríais nuestra obediencia y colaboración total para asuntos del bosque que no os incumben en absoluto. Eso vos. Ignoramos lo que haría quien os sucediera en el trono. Álandor debe seguir siendo intocable para vosotros, debe seguir siendo sagrado, y haremos lo que sea por preservar su integridad.

—¿Incluso morir?

—E incluso matar.

Félix asintió, ignorando el malestar que había empezado a apoderarse de él.

—Sea pues —dijo muy a su pesar.

Él y su séquito se volvieron en dirección a sus tropas, pero, antes de que el rey se hubiera alejado demasiado, la voz de Sibyl le hizo girarse hacia ella:

—Os juzgué mal —dijo la reina—. Pensé que seríais un buen rey.

Félix parpadeó una vez y respiró profundamente.

—Yo di la cara por vosotras —recordó él, serio—. Y ahora mi padre está muerto.

La batalla dio comienzo no mucho después, con una luna redonda y blanca como testigo. Pese a estar en invierno, la noche no era todo lo fría que podía esperarse, aunque los hombres agradecían llevar las armaduras y los abrigos de piel.

Los centauros eran agresivos y duchos en la pelea, pero los humanos tenían una organización y una técnica mucho más depurada, lo que les permitió hacer frente al enemigo con posibilidades de victoria.

Las hadas del Círculo observaban la contienda desde la linde de su bosque: centauros y sátiros con arcos y lanzas; humanos con espadas de acero. Las demás hadas también peleaban, levantando escudos de una energía intangible que solo ellas controlaban, creando bolas de fuego que iluminaban y herían al tacto.

Sibyl suspiró, resignada. Ese espectáculo le entristecía profundamente.

—Ha tenido que ser una de las hadas herboristas —estaba diciendo Numeria—. Se supone que controlan todo lo que pasa con las plantas, ¿no? Sobre todo con las raras, y la noctusombra no es precisamente común.

Shirley, la máxima responsable de la flora, puso los brazos en jarras y abrió la boca con incredulidad.

—¿Tan rápido vamos a obviar la posible culpabilidad de cualquier otra?
Norcia azló una ceja con escepticismo.

—De todas formas, Numeria tiene razón. Una de las tuyas faltó a su deber y permitió que se llevaran la noctusombra. Y si no fue así, debió informar de la irregularidad en cuanto se percató, pero nadie ha dicho nada.

—Es muy difícil estar al tanto de todas las plantas que hay y de lo que pasa con ellas.

—Difícil, pero no imposible, y menos para tus hadas.

Las subordinadas de Shirley lo eran porque, al igual que ella, tenían un don que les permitía establecer una conexión íntima con la flora que les envolvía, como si cada planta fuera una extensión más de su propio cuerpo.

—¿Creéis que ha sido Elvia? —preguntó Malvina.

Pero nadie supo qué decir. Algunas simpatizaban con ella y otras, no, pero tildarla de traidora era serio. Defenderla por completo, también. Para sorpresa de todas, incluida la reina, fue Norcia quien rompió el silencio:

—No —dijo—. Ella no es así. Me gustaría poder decir que sí y creerlo, pero sé que no es verdad. Siempre ha buscado nuestra aceptación, hacer algo que compensara su existencia...

—¿Y si es una forma de vengarse por lo rechazada que se ha sentido? —sugirió Kendra—. Nos perjudica a todas. Y tenía motivos de sobra para matar a Saveiro, no podéis negarlo.

—Sigo pensando que no es propio de ella.

—Es extraño que la defiendas... —opinó Alish—. Tú siempre has sido déspota y cruel con ella.

—No lo niego, pero mi falta de aprecio no me ciega. De todas formas, ¿qué importa? Haya sido ella u otra, la cuestión es que alguna nos ha traicionado.

—No es lo mismo —objetó Kendra—. No siento la traición tan cercana si viene de Elvia. Ella es de las nuestras..., pero hasta cierto punto.

—Norcia ha sugerido algo interesante —intervino entonces Sibyl, y todas se volvieron para mirarla—. Ahora mismo elucubrar no importa, la realidad es la que es. Una de las nuestras ha actuado por su cuenta convirtiéndonos a todas en enemigas del rey. Y ahora nos están atacando. Propongo que dejemos la discusión a un lado y nos centremos en defender nuestro hogar. Cuando pase esto, nos haremos cargo de lo ocurrido.

Ninguna se opuso, sabían que tenía razón. Las circunstancias eran críticas.

El terreno no era regular y había zonas elevadas desde las que se tenía una visión completa de lo que pasaba en el campo de batalla. Félix y los demás estaban allí, observando con atención. Era casi imposible discernir cuál era la situación de sus tropas. ¿Tenían ventaja o los estaban aniquilando?

Recordó uno de los consejos que su padre solía darle cuando estudiaban estrategia o jugaban a navíos y murallas.

«Cuando hay confusión es porque hay igualdad. En cuanto uno de los bandos empiece a derrotar al otro, no te preguntarás qué está pasando».

Se fiaba de sus palabras. Su padre fue un hombre orgulloso y terco, pero también astuto.

La oscuridad de la noche no ayudaba a que la situación fuera menos confusa. Las hadas que luchaban emitían un fascinante resplandor, como si hubiera mil luciérnagas atrapadas bajo su piel.

—Parece que la propia Sibyl acaba de incorporarse a la batalla —comentó su tía, y señaló un punto dorado que se movía frenéticamente.

Sí, era ella.

—¿Qué crees que significa?

Constanza se encogió de hombros.

—Tal vez crea que la necesitan... Y tal vez su participación incline la balanza a su favor. No lo sé. No sé cuán poderosa es.

Él suspiró, intentando calmar los nervios.

—¡Un jinete! —gritó alguien no muy lejos de él.

Extrañado, Félix se giró y vio la figura que se acercaba. A juzgar por la larga cabellera trenzada que bailaba al viento, era una mujer. Y no una cualquiera.

—No me lo puedo creer —gruñó el joven.

Teobaldo se acercó a él.

—Una compañía inesperada —comentó al ver a la princesa.

Constanza, que también estaba al tanto de la novedad, sonrió sin disimulo. En ocasiones le complacían aquella clase de actitudes subversivas por parte de su sobrina.

Fidelia se unió a ellos con altivez y decisión, como si no estuviera cometiendo ningún tipo de ofensa, como si no hubiera desobedecido una orden directa del rey. Su hermano la miró, furioso.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

—Lo mismo que tú —contestó ella sin amedrentarse—. Luchar por nuestra familia. Y protegerte, claro.

—No es momento de bromear, Fidelia. Te dejé bien claro que tu deber era quedarte en el castillo y ocupar mi lugar. ¿Es que ni siquiera puedo confiarte eso?

—He dejado a Luciano al mando, no creo que sea una catástrofe. Y me parece que, si vas a llevar a cabo una especie de venganza por nuestros padres, yo también tengo derecho a participar en ella.

—Esto no es una venganza, es una represalia política.

—Llámalo como quieras, el caso es que...

La muchacha se interrumpió de golpe al percibir cómo una flecha atravesaba el cráneo de uno de los escoltas de su majestad, que había estado delante de ellos para mantener a salvo a su señor. Y lo había conseguido, aunque el precio había sido su vida.

—¡Proteged al rey!

El cuerpo cayó pesadamente sobre la hierba y, un segundo después, un puñado de hombres ocupó su posición, disparando flechas hacia la llanura.

El atacante había sido un centauro que abatieron en ese mismo momento. Fidelia soltó el aliento.

—¿Ves por qué no puedes estar aquí? —inquirió Félix—. ¡Es peligroso!

—El caso es que está —le cortó Constanza desde su montura—. Y no creo que vaya a irse por las buenas, así que lo más práctico es asumir que se va a quedar.

Félix supo que tenía razón. Podía enviar a Fidelia de vuelta con un destacamento, pero, dadas las circunstancias, prefería no prescindir de ningún hombre. Podrían mantener a Fidelia en la retaguardia, con ellos, y asegurarse así de que no le pasaba nada.

—En fin, ¿algo más que creas que debo saber, hermana?

Los ojos de Fidelia se posaron en el rostro de su tía, pero fue algo muy fugaz y a Félix no le dio tiempo a interpretarlo.

Constanza sí lo hizo; supo que Váldemar había hablado. «Ya me ocuparé de eso cuando volvamos», se dijo, aunque no se quedaba tranquila.

—No, nada —respondió Fidelia.

En ese momento, un profundo aullido rasgó el cielo. Todos habían oído el llanto de los lobos alguna vez, por eso supieron que aquel no era normal. El rey y sus súbditos cruzaron una mirada y finalmente se posaron en la princesa, que hizo una mueca apurada.

—Bueno, quizá se me ha pasado comentar un detalle...

Váldemar y Elvia llegaron a una velocidad pasmosa. Él corriendo; ella volando. Los vieron no muy lejos, a unos metros de la elevación en la que se

encontraban. Era evidente que los estaban buscando. Cuando sus ojos se posaron en la comitiva real, avanzaron hacia ellos, aunque Elvia tuvo que hacer frente a un par de soldados que trataron de matarla, pero el lobo estaba de su parte y le bastaba con enseñar sus fauces para rechazar cualquier posible amenaza. Todo era desconcertante, pero sin duda lo más sorprendente fue descubrir que, pese a lo redonda y brillante que se presentaba la luna, el licántropo no parecía enloquecido. No estaba poseído por la bestia y por la irracionalidad propia de noches como aquella.

No se despegaba del hada. Constanza pensó que quizá tuviera algo que ver.

—Pero qué demonios... —musitó Teobaldo.

La peculiar pareja se aproximaba con agilidad, pero, cuando les faltaba poco, algo les detuvo. Una gigante red de hierro cayó sobre Elvia, derribándola, empujándola con fuerza contra el suelo. Ella gritó y, con ese grito, los ojos del lobo se tornaron amarillos y sus pupilas menguaron.

Félix supo que, si su hermano había estado allí hacía apenas unos segundos, acababa de irse, igual que cualquier atisbo de cordura.

El caos fue inmediato. Las ansias asesinas que se apoderaron de la bestia se reflejaban en su mirada, en sus colmillos palpitantes todavía sin manchar. Elvia seguía en el suelo, aturdida. Varios soldados se colocaron a su alrededor para impedir que se levantara mientras otros encaraban al animal con lanzas y espadas. Sus hombres habían actuado según sus órdenes: neutralizar a cualquier feérico.

Félix apenas meditó. Desmontó y corrió hacia su hermano tras desenvainar su acero.

Sabía que, si uno de los suyos se sentía extremadamente amenazado por él, algo que podía suceder con facilidad, no dudaría en matarle. ¿Y quién iba a culparle si lo hacía? Pero Félix no podía permitirse perder a nadie más.

Llegó allí justo después de que el lobo matase a un arquero hincándole los dientes en el cuello. Los demás le disparaban, pero las flechas apenas traspasaban su poderoso y espeso pelaje. Su tamaño era sobrecogedor, al igual que la rabia encerrada en cada uno de sus movimientos.

Nadie había seguido a su majestad hasta allí porque las cosas se habían complicado también para los demás. Los centauros habían ganado terreno y ahora estaban demasiado cerca de la nobleza, que se reservaba su participación para un momento crítico como aquel.

Elvia, por su parte, sentía la piel arder y las fuerzas disminuir. El dolor era soportable. Si no fuera por su sangre humana, ya habría desfallecido a causa

del hierro. Sabía que lo que le mantenía con vida era la sospecha que recaía sobre ella. Como se la acusaba del asesinato de Saveiro, se celebraría un juicio; su situación era demasiado relevante como para acabar con todo de golpe. Pero eso daba igual. Lo que le importaba era Váldemar. El hada, todavía sobre la hierba y con una mejilla presionada contra el suelo a causa de la bota que uno de los soldados apretaba contra su cabeza, veía al príncipe perderse en sí mismo, volverse loco y matar a los suyos. Nunca creyó que una visión pudiera ser tan hiriente, pero lo era. Lo era porque sabía que en algún momento su Váldemar regresaría y entonces el peso de la culpa lo aplastaría hasta dejarle sin respiración.

Se sentía tan impotente... Su poder, mermado, se concentraba en mantenerla consciente, no podía utilizarlo para desterrar del lobo el espíritu monstruoso que le poseía. Qué estúpidos habían sido.

Vio cómo el rey se colocaba delante de él, haciendo señas para llamar su atención. Portaba un mandoble y un escudo; y, aunque se notaba que sentía temor, no se doblegó ante él.

Elvia solo quiso gritarle que se alejara, que se pusiera a salvo.

—¡Eh! —bramó Félix. Los ojos del lobo se posaron en él—. ¿Váldemar? Escúchame, este no eres tú. Hermano, ¡regresa!

Pero no bastaba, y los hombres de su majestad se dieron cuenta. Aprovecharon la distracción del animal para lanzarle cuerdas y cadenas que redujeron considerablemente su movilidad. Los cinco soldados que le retenían tiraban con insistencia en direcciones opuestas para mantenerlo clavado en el sitio.

Elvia sentía el fragor de la batalla al otro lado.

Félix continuaba hablándole a su hermano, esperando que su voz sirviera para hacerle reaccionar. Cualquier otro día, aquella hubiera sido una ocurrencia de lo más absurda, pero esa noche tenía sentido, y lo tenía porque hacía unos minutos el propio Félix había visto que era posible que Váldemar mantuviera el control bajo la influencia de la luna llena. Pero desconocía los detalles de aquel fenómeno.

Elvia percibió una sombra cirniéndose sobre ella y no necesitó mirar para saber que se trataba de Constanza Lagos. Bastó con ver el bajo de sus faldas.

La condesa contemplaba la escena de sus sobrinos con la expresión más contraída de lo habitual, aunque no perdía la calma. El lobo parecía estar dominado... Parecía. Sus ojos centellearon y empezó a zarandearse, a morder las cuerdas que lo sujetaban, partiéndolas con una única dentada.

—Soltad a la feérica —ordenó Constanza, y en su voz había enterrada una nota de pánico.

Elvia también era consciente de lo peligrosa que se estaba volviendo la situación para Félix.

—Pero, señora... —protestó un soldado.

El animal estaba libre. Libre e iracundo.

—¡Soltadla!

Su tono fue tan contundente que los hombres obedecieron al instante. Elvia se liberó de la condenada red férrea y voló hasta Váldemar a toda velocidad justo cuando este se abalanzaba sobre el rey.

Todo transcurrió deprisa para quienes lo vivieron y despacio para quienes miraron. La mestiza se colocó entre los dos hermanos en actitud defensiva hacia el menor de ellos. Su cuerpo emitió un resplandor hasta el momento desconocido. Emanaba tanta energía que su cabello sufrió una sacudida cuando separó los brazos y una onda se expandió a su alrededor, con ella como epicentro.

Todos los que estaban cerca sintieron el golpe de magia atravesándoles, incluido Váldemar, cuya mirada volvía a pertenecerle.

«¿Qué?».

Elvia vio el miedo en sus ojos, la confusión... Y el dolor cuando descubrió dos cadáveres con marcas más que significativas. Supo lo que había pasado y su corazón se saltó un latido.

Félix frunció el ceño y alzó una mano para indicar a sus hombres que no hicieran nada.

—¿Cómo...? —empezó.

—Puedo aplacar a la bestia —explicó Elvia—. La magia heredada de mi madre me confiere ese don.

Félix asintió, comprendiendo, pero todavía asombrado. No tardó en percatarse del conflicto interno que aquejaba al príncipe.

—Váldemar —dijo, y se acercó a él—. Todo está bien, ¿de acuerdo?

Félix no sabía por qué Váldemar no se encontraba en la Torre de los Lamentos y Elvia, en el sótano del castillo, donde les correspondía, pero no importaba. Solo quería ayudar a su hermano, convencerle de que, al margen de lo grave que fuera lo que había hecho, él estaría a su lado y lo defendería.

Le acarició el hocico con cautela y, muy a su pesar, no se sintió del todo a salvo. El aspecto de Váldemar era aterrador.

—Dice que lo siente —murmuró Elvia, que se había hecho a un lado.

Félix arrugó el entrecejo.

—¿Puede hablar contigo?

—Sí. Oigo su voz en mi cabeza.

El rey tragó saliva.

—No ha sido culpa tuya. No eras tú. Aclararemos este embrollo cuando volvamos a casa.

Uno de sus subordinados le trajo un caballo y Félix se acercó al corcel tras darle a Váldemar una palmada cariñosa en el cuello. La batalla seguía en un punto álgido. A su alrededor, humanos y feéricos se mataban los unos a los otros. Tenía que dejar atrás aquel incidente y ponerse a trabajar.

—El cazador escapó —explicó la mestiza—. Fidelia me liberó para que pudiera salvar a Váldemar de él. Simplemente... no fuimos capaces de quedarnos allí, Félix. No podíamos daros la espalda.

La información era más que reveladora, pero nada parecía ser lo bastante importante para el rey, que se sintió cansado de pronto.

—¿Arrylar está muerto?

—Así es.

—Entiendo. En cualquier caso, venir ha sido muy arriesgado.

—Si me dejáis permanecer a su lado, te protegeremos —anunció Elvia—. A ti y a Fidelia.

Félix subió sobre su corcel con ayuda de uno de sus hombres y observó a la mestiza y al maldito, que había desviado la mirada. Abrió la boca para contestar, pero sus palabras quedaron atrapadas en su garganta.

Una flecha apareció de súbito en su pecho.

Elvia abrió los ojos, Constanza creyó que se quedaba sin respiración y Váldemar alzó la vista por intuición...

No era posible.

Con una mueca desconcertada, Félix se miró el pecho y la saeta que lo había atravesado por la espalda, destrozando por completo la cota de malla. La boca se le llenó de sangre. La vista se le empezó a nublar. Cayó de lado, convulsionándose. Su tía gritó y empezaron las alarmas de sus hombres.

—¡El rey ha caído!

Un poderoso y desgarrador aullido restalló en la noche.

Sacrificio

Fue Perth, una centáuride, quien disparó la flecha.

Sibyl, Norcia, Alanys, Eileen y otras tantas hadas habían visto lo ocurrido.

Mientras luchaban, descubrieron que Elvia y el licántropo se habían unido a la batalla. ¿En qué bando? Eso era una incógnita. Se elevaron para poder ver. Todas habían sentido inquietud por la luna llena, pero no había nada de lo que preocuparse... Hasta que Elvia cayó y el lobo se volvió loco. Después, las cosas se controlaron de nuevo; al parecer, gracias a la mestiza. Habían sentido su descarga de poder y, aunque no lo habían comentado, estaban seguras de que había sido extrañamente potente.

Y cuando creían que el peligro había pasado, el rey fue derrotado.

La centáuride no parecía alterada por lo que acababa de suceder, al contrario. Tenía el mentón alzado con orgullo, como si supiera con toda seguridad que lo que había hecho era lo correcto. Ni siquiera pareció estremecerse cuando el lobo aulló de dolor.

Félix apenas había tocado el suelo cuando Fidelia corrió hacia él tan deprisa como se lo permitieron las piernas, y aun así no le pareció suficiente. Se dejó caer a su lado con estrépito, haciéndose daño, pero lo ignoró. Le cogió la cabeza con ambas manos, tratando de no ver la flecha que sobresalía por encima del corazón.

—Félix —llamó, desesperada y casi sin aliento—. Félix, te vas a poner bien. No me dejes, por favor, no me dejes.

Los ojos del rey todavía no habían perdido su brillo, que titilaba cada vez más débil. A su lado, Constanza lloraba en silencio.

Las pupilas de su hermano se posaron sobre su rostro y ella esbozó una sonrisa triste y rota. Un puño de hierro le oprimía el pecho, tanto que apenas podía respirar.

Elvia miró a Váldemar de soslayo. Supo sin necesidad de palabras que estaba sufriendo lo indecible. No solo por lo que suponía perder a un hermano, sino por la culpa que le atenazaba las entrañas y por la necesidad insaciable de acercarse a su familia y hacer algo tan simple como cogerles de la mano.

Váldemar no se merecía ese castigo, pero ¿qué podía hacer ella? Ya estaba centrando sus poderes en él para hacer retroceder la influencia del astro, cuya luz empezaba a perder intensidad.

No faltaba demasiado para el amanecer, pero a Félix no le quedaba mucho tiempo. No obstante, Elvia notaba que algo había cambiado en su interior tras liberar la descarga de energía que detuvo el ataque de Váldemar al rey. Una nueva fuerza desatada que quizá le permitiera cruzar los límites. ¿Podía salvar a Félix? No. Sus poderes no iban en esa dirección; su talento estaba relacionado con los animales... ¿Era posible enfrentarse a la mismísima luna y no solo mantenerla a raya, sino vencerla, aunque fuera por unos instantes? Miró a Váldemar de nuevo.

Lo intentaría.

Cerró los ojos y se concentró en sentir la magia a su alrededor, la energía que fluía desde la luna hasta ella misma, pasando por el lobo y la tierra. Podía desterrar su presencia del interior del príncipe. Podía hundirla en las sombras... Sus manos se iluminaron y un cosquilleo ardiente le recorrió las palmas, pero ella apenas lo percibió.

Váldemar nunca se había sentido tan confuso. Notó cómo el lobo se retiraba. De pronto, la tiranía de la luna se le antojó frágil y él se transformó. Como siempre, fue doloroso, una molestia en comparación con el sufrimiento que azotaba su corazón. Se miró las manos, sus manos humanas, y luego pasó la vista por su cuerpo desnudo.

—Que alguien le proporcione algo de ropa —instó Constanza, asombrada pero eficiente.

Uno de los guardias le cubrió con una pesada capa. Suficiente.

Váldemar miró a Elvia. Contempló sus ojos centelleantes, sus manos luminosas y el vibrar de su cabello y comprendió que, una vez más, tenía que agradecerse a ella. Pero no se entretuvo. Corrió hacia sus hermanos.

—No puedes irte —estaba diciendo la princesa, llorando—. Eres mi mejor amigo.

Lo era. Félix la conocía como nadie. Ambos compartían pensamientos, recuerdos e historias que nadie más entendía. Eran capaces de leerse la mente sin trucos mágicos, y siempre habían podido contar el uno con el otro. Cuando Fidelia se aburría o necesitaba consejo, recurrir a su mellizo era la opción lógica. Era como una extensión más de su propio cuerpo. Y lo estaba perdiendo.

Váldemar se arrodilló a su lado y ella lo miró con extrañeza, consciente de que todavía no había amanecido, pero estaba demasiado conmocionada como para fijar su atención en aquel insólito acontecimiento.

—Félix —dijo él con las lágrimas surcando sus mejillas—. Perdóname, perdóname.

Él negó con la cabeza con debilidad. Fue un gesto muy vago pero comprensible para ellos: le estaba pidiendo que no se disculpara porque no le culpaba. Váldemar le cogió la mano y besó el dorso con devoción. Sintió un débil apretón de vuelta.

—Te necesito —susurró la joven—. Te necesitamos.

Con un esfuerzo sobrehumano, Félix alzó un brazo y acarició el semblante húmedo de su hermana, pero fue incapaz de decir nada. Después, sus ojos se alzaron hacia el manto de estrellas y se perdieron para siempre en el firmamento. Váldemar casi pudo oír cómo su corazón se partía. Agachó la cabeza y lloró, igual que Fidelia, aunque el llanto de la princesa era mucho más angustioso.

—¿Félix? ¡Félix! ¡No! —bramaba—. No...

Constanza observaba de pie lo sucedido, al lado de Elvia. No quería unírseles, pues sabía que estaría fuera de lugar. La pérdida de su sobrino era lacerante, pero se las arregló para aplacar el sentimiento hasta convertirlo en una aflicción a la que tendría que acostumbrarse. Su ambición le había salido muy cara.

Miró a la mestiza de reojo y frunció el ceño al verla tan pálida, con una capa de sudor perlado su frente y una expresión ida, exhausta. Dedujo que utilizar su poder hasta el extremo de desafiar a la luna y a una maldición casi tan antigua como su existencia le estaba pasando factura.

Se había equivocado con ella. El sacrificio que estaba haciendo había servido para que los hermanos Terrafil tuvieran un último momento juntos.

Daba la impresión de que la mestiza estaba a punto de desmayarse...

La condesa divisó algo acercándose, un punto dorado y resplandeciente. La reina Sibyl. Su actitud no sugería beligerancia; la lucha se había detenido en cuanto se extendió el eco de la caída de su majestad.

Ordenó a los presentes que no la atacaran y el hada pudo aproximarse con relativa calma. Parecía tener un propósito... Y así era. Apenas miró a nadie que no fuera Elvia.

—Elvia —llamó—, detente. Lo que estás haciendo es peligroso.

—¿Por qué es peligroso? —preguntó Constanza.

—Está utilizando su propia energía vital. —Miró un segundo al príncipe, que todavía lloraba junto a su hermana—. Parecía imposible, pero ella lo ha conseguido. Tiene un poder inimaginable, pero ni todo el poder del mundo es capaz de contrarrestar una maldición como la de Emberia sin pagar un alto precio. Elvia —la volvió a llamar, mirándola fijamente—. Déjalo ya o acabarás dando tu vida. Y en cuanto mueras, Váldemar volverá a ser un lobo y la luna, aunque ya no brille tanto, seguirá siendo redonda. ¿Lo entiendes?

Ella asintió casi imperceptiblemente y extinguió la luz que se escapaba de sus manos. Se había despegado un poco del suelo hasta levitar. En cuanto tocó la tierra, se llevó una mano a la frente y se tambaleó, mareada.

Váldemar inició su transformación.

Al ver que su soberana se había adentrado en las líneas enemigas, otras hadas se aproximaron, aguardando con precaución. Eileen y Alanys entre ellas.

Sibyl las tranquilizó con una mirada y luego se giró hacia Constanza.

—Ahora que vuestro rey ha caído, sería inteligente considerar una tregua y ponerle fin a esta locura.

La mujer iba a responderle, pero la princesa se le adelantó:

—No —dijo alto y claro. Resultaba confuso pensar que hasta ese momento había estado llorando—. No hay ninguna tregua, majestad. Esto no ha acabado.

Sibyl no daba crédito.

—¿Perdón?

—No voy a banalizar la muerte de mi hermano retirándome ahora.

Con aquella espléndida y amenazadora armadura, y algunos mechones rubios enmarcándole su agresivo rostro, Fidelia tenía un aspecto hermoso y terrible.

—¿Asumís el mando, princesa?

—Así es. —Cogió aire—. Os doy treinta segundos para que regreséis a vuestras filas y entonces proseguiremos. Corred.

Sibyl iba a replicar, pero se abstuvo; no tendría sentido. Miró a Elvia, preguntándose si la seguiría, pero ya era evidente que, al menos esa noche, su corazón iba con Váldemar y con nadie más.

Y echó a volar hacia sus compañeras.

Fidelia vio a Eileen, pero su corazón no dio el vuelco habitual. Todo lo que hasta ese momento le había parecido prioritario ahora quedaba relegado a un triste segundo plano. Le hizo una seña a uno de los arqueros para que se le acercara.

—A mi señal —indicó sin apartar los ojos de la reina de las hadas—, dispara.

Elvia lo oyó e intentó impedirlo, pero llegó tarde. Tras un lacónico ademán de la princesa, el arquero disparó y Sibyl no tuvo oportunidad. Ni siquiera lo esperó.

Fidelia no le había dado el tiempo prometido; la había engañado.

La más poderosa

Elvia ahogó un grito y corrió hacia su reina, al igual que las demás. Norcia acababa de unirse al grupo y abrió los ojos con horror al comprender lo que ocurría.

La reina se paró en seco y se llevó una mano a la parte alta del vientre, donde tenía la herida. La saeta le había destrozado las alas; una de ellas se había quedado atrapada en su espalda, agujereada y bloqueada por la flecha. El dolor estalló en cada fibra de su ser. Cayó de rodillas.

La mestiza llegó a su lado.

—¡Majestad!

—Elvia...

Las demás las rodearon, sobrecogidas. Sibyl tragó saliva.

—Tú debes ser reina —le dijo con un hilo de voz—. Tu magia ha despertado esta noche... y es superior a la de cualquiera de nosotras —concluyó antes de cerrar los ojos.

Elvia negó con la cabeza; su rostro estaba congelado en una mueca de horror e incredulidad.

—Majestad...

—Lo lamento.

Y así, con las primeras luces del alba, el cuerpo de Sibyl se convirtió en una nube de polvos dorados que se perdió en la brisa.

Elvia sintió que el suelo se desvanecía, que el mundo entero se desmoronaba. Jamás había imaginado que tendría que lidiar con la muerte de su soberana. Su mentora. Una de las pocas a las que alguna vez había considerado *familia*.

Tras un largo silencio, las demás se atrevieron a hablar:

—Te ha nombrado su sucesora —apuntó Eileen, perpleja.

—Y con razón —añadió Norcia con los dientes apretados—. Ya has visto lo que puede hacer.

A Elvia le sorprendió la actitud de la que hasta hacía poco había sido una enemiga personal. Ahora solo la veía como lo que era en realidad: una compañera, una hermana.

—Esto no puede quedar así —masculló Alanys.

Entonces algo se encendió en la mente de Norcia. Miró a Alanys con los ojos entrecerrados.

—Fuiste tú, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—Siento tu conflicto. Percibo la aversión que te tienes a ti misma... Esos sentimientos aparecen con la culpa, con la responsabilidad.

—Tus sentidos no están afinados —trató de defenderse Alanys.

—Soy tu madre —le recordó Norcia, severa—. Lo creas o no, me resulta más fácil leerte a ti que a cualquiera.

Alanys enrojeció. Rara vez hacían alusiones a sus lazos de sangre. En su mundo no tenía importancia. Elvia no podía creerse lo que Norcia estaba diciendo. Miró a su amiga.

—¿Es cierto? ¿Fuiste tú?

—Lo es —intervino de pronto Constanza, que se había acercado hasta allí. Las feéricas la miraron con sorpresa, pues no se habían percatado de su llegada—. La he reconocido en cuanto la he oído hablar. Yo misma colaboré con ella. Aunque creo que no es una sorpresa para Elvia.

—¿Tú? —balbució Eileen, atónita.

—Está mintiendo —acusó Alanys.

—No. ¿Por qué iba a mentir si eso supone inculparme a mí?

—¿Y a qué viene el repentino brote de sinceridad? —quiso saber Elvia.

La respuesta era sencilla:

—Yo ya no tengo nada que perder.

Tenía razón... Y en el fondo, sabía que Constanza no estaba mintiendo. En ningún momento había dudado de su palabra, pero resultaba duro aceptarla. Alanys le había suministrado el veneno sabiendo que, si lo usaba, sería ella quien pagaría las consecuencias de sus actos. Elvia, como única feérica en el castillo, estaría condenada. Y, aun así, lo había hecho. La traición le quemaba en el pecho.

La mestiza extendió la mano y apuntó hacia el hada de melena celeste. Una fuerza invisible que solo ella controlaba hizo que se alzara en el aire.

—Constanza —dijo entonces Elvia—, dile a Fidelia que venga.

La condesa obedeció sin rechistar.

Fidelia se acercó a ellas, altiva y seria. La acompañaban los guardias, Teobaldo y, por supuesto, Váldemar. El sol empezaba a despuntar por el este y la luna había perdido su dominio, por lo que el príncipe había recuperado su forma humana y ya se había vestido. Hasta entonces había permanecido tranquilo gracias a Elvia, quien no había dejado de pensar en él en casi ningún momento.

Costaba distribuir su magia, controlar bien los focos en los que la tenía puesta, pero el renacimiento interior que había experimentado esa noche, la energía potenciada que la recorría, lo hacía más fácil.

—¿Y bien? —inquirió la muchacha.

La mestiza sentía afecto por la princesa, pero también tenía ganas de darle un puñetazo por lo que había hecho. Comprendía qué le había llevado a ello, pero eso no apaciguaba su furia. Procuró calmarse.

—Elvia ha sido nombrada sucesora de Sibyl. La autoridad recae en ella de inmediato —explicó Eileen.

Fidelia alzó las cejas.

—Entonces estás en una tesitura compleja, Elvia. ¿Cuál es tu bando?

Ella miró a Váldemar. Sus ojos azules, su gesto taciturno, sus labios ligeramente contraídos... Hubiera dado lo que fuera por poder hablar con él a solas, pero no contaba con aquel privilegio. Suspiró.

Era la más poderosa de las hadas de Álandor. Lo sentía en la fuerza que refulgía en su interior. Nunca lo había esperado, pero era un hecho y la modestia no le impedía reconocerlo. Sus costumbres eran claras: el hada con más poder se convertía en líder. Si la naturaleza había querido obsequiarle con tanto poder no era para que lo disfrutara solo ella, no se trataba de una casualidad, de un regalo fortuito. Era una señal. Y las hadas respetaban profundamente la voluntad de la naturaleza. A Elvia le habían inculcado aquellas ideas y, pese a todo lo que sentía, al margen de sus miedos, sus dudas y sus ansias de libertad, no se creía capaz de darle la espalda a todo su mundo. Ahora se sentía responsable. Quizás esa era la oportunidad que había estado esperando para hacer cosas que merecieran la pena por su tierra y sus gentes, lo que incluía a feéricos y humanos.

—Soy la reina de las hadas, soberana de Álandor y protectora de la tierra —enumeró, casi sin creérselo, como si estuviera hablando de otra persona—. Y no creo que sea necesario seguir luchando. La contienda acaba aquí, Fidelia. ¿Veis a esta hada? —preguntó, señalando a Alanys, quien todavía

permanecía en el aire sin poder moverse—. Es la responsable de la muerte de vuestro padre. Así nos lo ha confirmado vuestra tía, quien, como sabréis, es la otra cara de la moneda.

Fidelia asintió despacio.

—Lo sé.

—Entonces, ¿Constanza ha confesado su crimen? —preguntó Váldemar.

—Así es —respondió la aludida—. No quiero ser una cobarde. El rey Saveiro perdió la cabeza y no vi otra salida. Cometí alta traición, lo sé... Pero mis lealtades están con mi familia, no con una corona. Y el rey iba a atentar contra eso.

El príncipe desvió la mirada. Pensar que su padre había querido matarle todavía escocía. A Fidelia también le resultaba doloroso.

—¿Qué hay del asesino de mi hermano?

—Lo hizo Perth —susurró Norcia al oído de su reina.

Elvia apretó la mandíbula. No quería entregar a Perth, no solo por la amistad que les unía, sino porque acababa de ser madre y, después de todo, ella solo actuó movida por la necesidad de defender su hogar.

—El rey ha muerto en combate, princesa. Quien le disparó lo hizo presionada por la urgencia de la batalla, cumpliendo con su deber de guerrera. No se puede condenar eso. Todos sabíamos a lo que nos exponíamos al venir aquí. Félix también. Y creo que estamos en paz.

Fidelia no reaccionó. Miró a Elvia con una expresión sombría y finalmente asintió. La muerte de Sibyl era el pago por arrebatarse la vida a Félix. El hada de pelo azul pagaría por la muerte de Saveiro... Lo demás sobraba.

—Sea, pues —concluyó—. Entrégame al hada y nos retiraremos.

Elvia movió el brazo y dejó que Alanys cayera delante de Fidelia, que la miró sin una pizca de compasión.

Bastó un gesto de Teobaldo para que dos soldados enlovieran a Alanys con la red de hierro, que le quemó la piel al tacto, y la colocaron bruscamente sobre un caballo. Los que tenían el olfato más afinado captaron el olor a carne chamuscada. La feérica chilló y Norcia apartó la mirada. Elvia, no.

Dos reinas

Alanys fue ejecutada al cabo de unas semanas, tras el funeral de Félix, la coronación de Fidelia y el nombramiento de Elvia.

Su muerte tuvo lugar en la plaza, frente a uno de los santuarios más importantes. La ataron a un poste y ardió en la hoguera. Los bránvarianos contemplaron el espectáculo sobrecogidos y asombrados ante la resistencia que demostró la feérica, que no emitió ni un quejido.

Elvia y Eileen fueron las únicas hadas a las que se les permitió presenciar la ejecución, y lo hicieron por deferencia. Fue escalofriante para ambas.

Al día siguiente, se anunció que las relaciones entre humanos y feéricos quedaban restablecidas, aunque no como a ellas les hubiera gustado. A partir de febrero, las hadas podrían recorrer Myrendul, pero con restricciones que todavía se estaban definiendo. Los hombres y mujeres que lo desearan serían libres de tratar con ellas y pedirles ayuda o consejo, aunque, si se debía a algo que no fuera puntual o urgente, necesitarían un permiso de la corona.

Fidelia necesitaba hacer las cosas despacio. Pensaba mucho en su padre, en el rey que fue.

Elvia se alegraba de que su trabajo no se hubiera echado a perder del todo. Necesitarían a alguien en la corte para que las cosas siguieran mejorando. Quizás Eileen fuera la opción más adecuada.

Fidelia estaba con ellas en el despacho privado que hasta hacía poco había ocupado su padre. Miraba por la ventana mientras Brígida servía el vino.

—Ahora que nos hemos encargado de lo importante —empezó Elvia—, quería hablarte de algo más.

—Dime.

—El cazador, Danter Arrylar... Antes de morir me pidió que ayudáramos a su hija. Dijo que todo había sido por ella. No sé a qué se refería exactamente, pero... Bueno, no lo he olvidado.

Fidelia se rascó distraídamente la barbilla.

—Habla sin rodeos, Elvia.

—Creo que Arrylar no actuó movido por ambición o maldad. Deberíamos investigarlo.

—Todo el asunto de ese individuo me obliga a iniciar correspondencia con Travia en breve, según Luciano. Aprovecharé para indagar un poco. — Elvia asintió, complacida—. ¿Más cosas?

—Sí. Como mis obligaciones han cambiado —dijo Elvia—, había pensado que Eileen debería ocupar mi puesto y permanecer aquí como enlace entre nuestros pueblos.

—¿Como embajadora? —inquirió Fidelia, todavía con los ojos perdidos en el cristal.

—Sí.

La monarca se volvió hacia ellas.

—¿Estás conforme? —le preguntó a la aludida.

Ella se removió en su asiento, incómoda.

—Me gustaría hablar con vos a solas antes de tomar cualquier decisión — declaró.

Fidelia se puso nerviosa y empezó a retorcerse las manos. Elvia se levantó antes de que nadie dijera nada.

—No hay problema. Yo debo ir a ver al príncipe.

—Sigue tan decaído como la última vez. Solo sale por las noches; el resto del tiempo permanece en sus aposentos sin compañía alguna.

Elvia había tenido mucho trabajo tanto en Álandor como en la capital, por lo que apenas había tenido la oportunidad de pasar el rato con Váldemar; de todas formas, podría habérselas arreglado para estar con él, si no pensara que no era apropiado. Entendía que, después de lo acontecido, de lo duro que había sido para él, necesitaba dejarle respirar. Pero ya había pasado demasiado tiempo y estaba preocupada.

—Esperemos que la cosa cambie —comentó antes de salir de la estancia seguida por Brígida, que le lanzó una última mirada inquieta a su señora.

Fidelia esperó a que se cerrara la puerta para mirar a Eileen a los ojos. Seguía pareciéndole atractiva y enigmática, la diferencia era que ahora la joven había empezado a sobrellevar sus emociones de otra manera.

—Matasteis a mi reina —dijo Eileen, aunque no parecía un reproche—. Era buena.

—Félix también —rebatíó ella—. Después de lo que pasó, no podía dejar las cosas tal cual. Era necesaria una respuesta acorde.

El hada suspiró con resignación. La muerte de Sibyl todavía escocía, pero el dolor no era comparable al que se intuía detrás de la sombra que se había instalado en los ojos de la joven reina.

—Aunque parezca increíble, no siento rencor.

Fidelia podía intuir a qué se debía.

—Entonces, ¿quieres o no quieres servir en mi corte? —le preguntó.

Eileen rodeó la mesa de roble que las separaba y se colocó a su lado.

—¿Qué queréis vos?

Fidelia tragó saliva, abrumada por la repentina cercanía de su acompañante. Era una muy buena pregunta. Y rara vez se la formulaban con la intención de escuchar.

Algo en su interior se derrumbó. Se encogió de hombros y separó los labios para dejar escapar una verdad.

—No lo sé.

—¿No lo sabes? —La repentina familiaridad de su voz hizo que el aire se encendiera entre ellas.

Eileen le cogió la mano y Fidelia se esforzó por pensar con claridad, por acallar los latidos de su corazón retumbando en sus tímpanos.

—No —susurró—. En ningún aspecto de mi vida.

Eileen esbozó una media sonrisa. Luego su rostro recuperó la seriedad y despacio, dándole tiempo de sobra para que reaccionara, acercó sus labios a los de ella hasta unirlos en un dulce y sincero beso.

Fidelia cerró los ojos y se tensó, pero no se apartó. Un cosquilleo recorrió su cuerpo. Cuando el beso terminó, abrió los ojos y se encontró con la mirada vibrante de Eileen.

—Quise hacer esto desde el primer momento en que te vi —confesó la feérica.

—Parece que, después de todo, Emberia no era tan excepcional.

—Ella se enamoró de un varón. Eso pasa menos.

Fidelia asintió, recordando las cosas que había aprendido sobre las hadas en los últimos meses. Eran unas criaturas complejas y fascinantes. Por eso no había querido darles la espalda, porque los humanos las necesitaban y porque esa unión abriría nuevos horizontes para todos.

—¿Cuántos años tienes? —quiso saber de pronto.

—Muchos más que tú, si es lo que estás preguntando. Por eso sé que no eres feliz; por eso te he preguntado qué es lo que quieres en realidad.

La reina apretó los puños y despejó su mente. Recordó lo que Elvia le había dicho acerca de recorrer el camino para conocerse a uno mismo... Miró a Eileen. Sentir sus labios sobre los suyos le había gustado, pero todavía había mil incógnitas que resolver sobre lo que sentía, lo que pensaba o cómo quería definir sus propias emociones y hasta dónde estaba dispuesta a seguirlas. Evocó el peso de la corona sobre su cabeza.

No estaba recorriendo un camino, la estaban empujando a él.

—Quiero ser una buena líder y mejorar la vida de mis gentes —declaró—. Pero también quiero ser feliz.

Eileen sonrió con un aire comprensivo. Acarició el cabello rubio de la reina con cariño.

—Para alcanzar esa meta, primero tienes que saber qué es lo que te hace feliz. Y para eso es necesario que seas libre y nada te ate. Ni siquiera yo.

—¿Significa que no aceptas el puesto?

—Justo. Y cuando tengas las cosas claras, quizá nuestra historia empiece. O quizá no. Quién sabe. Pero yo estaré en Álandor. A no ser que me ruegues que me quede porque prefieres tener aquí a alguien a quien ya conoces. Pero creo que no es lo que deseas.

Fidelia curvó las comisuras de los labios en una sonrisa.

—No, no lo es. Pero es bueno saber que estarás ahí.

Eileen sería una distracción y, ahora que era reina, aquello era lo último que necesitaba.

—Bien.

—¿Qué hay de ti? No quiero ser egoísta y no tener en cuenta...

—No tienes que preocuparte. Algunas hadas podemos enamorarnos, pero muy pocas somos capaces de sentir apego físico; es una característica muy humana.

Elvia la tenía, y podía haberla heredado tanto de su padre como de su madre. Fidelia no podía evitar preguntarse cómo se le daría gobernar en sus circunstancias. Era una mestiza, una medio humana reinando sobre todos los feéricos de Álandor. Aunque su relación ya no era la misma, le deseaba suerte. Casi tanta como la que se deseaba a sí misma.

La habitación estaba sumida en la penumbra. Las cortinas de color granate luchaban por repeler la luz, aunque era inevitable que una delgada franja

dorada se formara entre ellas. Váldemar estaba metido en la cama, bocarriba y con los ojos cerrados. Su respiración era pausada, tranquila, pero su semblante mostraba un rastro de tensión poco alentador. Lo que había pasado durante la luna llena todavía le atormentaba.

Elvia subió a la cama y gateó entre las sábanas para colocarse a su lado, apoyándose sobre la cadera. Lo miró con anhelo y tristeza. La muerte de Félix resultaba dolorosa para todos, sobre todo para los que le conocieron... Y especialmente para Váldemar. Él no solo cargaba con la pena, con la herida que abría una pérdida inesperada y temprana. No. Él arrastraba un sentimiento más destructivo: la culpa.

No habían hablado del tema, pero no hacía falta. Elvia lo sabía.

Repasó sus facciones con los dedos, con cuidado, como si su piel fuera de cristal. Las hadas eran muy susceptibles a la belleza, una de las características que Elvia no compartía. Váldemar hacía que esa diferencia desapareciese.

Abrió los ojos de pronto y la agarró por la muñeca a toda prisa, sin darle tiempo a apartarse, aunque ella no lo hubiera hecho. La reacción del príncipe no la sobresaltó. Cuando él se dio cuenta de quién le acompañaba, la soltó y relajó los músculos.

—¿Cómo estás? —preguntó ella en voz baja.

—¿Cómo estás tú? —Devolvió él.

Ella se encogió de hombros.

—No sé si gobernar es lo mío.

—Pues a mí no se me hace difícil verte como una reina.

La joven le sonrió. La responsabilidad que había caído sobre sus hombros era enorme, pero se las arreglaba para poder cargar con ella sin desfallecer... Al menos, de momento. Estaba rodeada de buenas consejeras. Y Norcia, por raro que pareciera, le servía bien. Era leal. Algo en ella había cambiado desde la batalla. Por otra parte, estaba Yilda. Seguía en su prisión de árbol, dispuesta a ayudarle en lo que fuera. Elvia solía visitarla para charlar y compartir sus inquietudes, como había hecho siempre, aunque algo en ellas se había quebrado.

—Ahora, contesta —instó—. ¿Cómo te encuentras?

Él gruñó por lo bajo.

—He estado mejor.

Elvia frunció los labios.

—Cuanto más pospongas volver a la normalidad, más te dolerá.

—¿Más? Parece difícil —masculló, incorporándose.

—Váldemar, lo que pasó fue muy desafortunado, pero no debes sentirte culpable.

—Si no hubiéramos ido, si Félix no hubiera tenido que estar pendiente de mí, ahora estaría vivo.

—Y si no hubiera decidido atacar Álandor, también. Y es posible que hubiera muerto aunque no hubiéramos ido nosotros. Y también te estarías echando la culpa, preguntándote si hubieras podido protegerle. Deja de buscar excusas para martirizarte, Váldemar. No mereces ese castigo.

—¿Y qué merezco, Elvia? ¿Qué puedo aportar al mundo, aparte de peligro? Maté a dos hombres, hombres que solo hacían su trabajo, que intentaron defenderse. Quizá tuvieran familia, hijos... Una vida.

Elvia cogió aire y desvió la mirada.

—No eras tú, ¿de acuerdo? Era el lobo. No tú. Tú, el Váldemar que todos conocemos, el príncipe de Myrendul, habría hecho lo posible por evitarlo. Las noches de luna llena eres tú quien camina voluntariamente hacia una torre que más bien es una prisión. No te importa encerrarte si eso garantiza la seguridad de los demás. Ese eres tú.

El discurso de Elvia le conmovió y una lágrima se deslizó por su pómulo. La mestiza acalló los quejidos de su propio corazón. Él le puso una mano en la nuca, atrapando su melena castaña, acariciándola con vehemencia. Después le retiró el cabello para observar la curvatura entre el cuello y sus hombros.

—Gracias por darme ese último momento con mi hermano, Elvia. Estoy perdiendo la cuenta de la cantidad de deudas que tengo contigo.

Ella colocó su mano sobre la de él.

—Tú nunca vas a deberme nada.

Él se incorporó todavía más y la besó. Cuando estaban juntos, no eran ni una mestiza ni un maldito, ni una reina ni un príncipe. Eran Elvia y Váldemar. Eran sus miedos, sus defectos, sus gustos y sus sueños. Eran todo lo que habían compartido.

—¿Cómo es posible? —preguntó él cuando se separaron. Sus rostros permanecieron muy cerca.

—¿El qué?

—Que lograras darme mi forma humana durante una luna llena.

Elvia se encogió de hombros. Tenía una respuesta, pero desconocía hasta qué punto era la correcta. Se trataba de una suposición, una conclusión a la que había llegado después de deliberar con sus compañeras. La magia era algo tan grande e inabarcable que guardaba misterios incluso para los feéricos.

—Esa noche, se desató en mí un poder que siempre he tenido, pero que hasta entonces había estado dormido debido a mi parte humana. Mi madre fue una de las hadas más poderosas. De hecho, era la heredera de Sibyl. Supongo que eso tiene algo que ver.

—¿Y qué tuvo de especial esa noche?

—Creo que la luna fue un factor importante. Afecta a todas las cosas, aunque no nos demos cuenta, no solo a los licántropos y a las mareas. Y, además, yo..., bueno, experimenté emociones muy intensas. Desesperación, ansia... Eso ayudó.

—Pero no debes hacerlo más. Es peligroso. O eso me dijo Constanza de camino a Bránvar.

—Sí, lo es. Puede ser mortal.

—Si Sibyl no te hubiera detenido, quizá también te habría perdido a ti. Y eso, Elvia... No necesito que estés conmigo, pero sí necesito saber que estás bien, que existes... El mundo es más bello si sé que tú estás en él. Y sería incapaz de vivir con el recuerdo de tu muerte. Así que no vuelvas a hacerlo. Por favor.

Ella negó suavemente con la cabeza.

—No creo que pudiera, aunque quisiera. Me parece que tienen que darse unas condiciones muy específicas.

—Mejor.

Hubo un silencio, la clase de quietud que precede a un trueno, a una tormenta.

—Voy a marcharme, Elvia —anunció el príncipe.

—¿Qué quieres decir?

Váldemar hizo una mueca de dolor, temiendo la reacción de la mestiza, imaginándose el desconcierto que iba a sentir.

—No puedo quedarme aquí como si nada. Y tampoco quiero ir a Los Lagos.

—¿Vas a irte a otra ciudad? ¿Quizás a Limbria? ¿O prefieres un sitio más apartado, como Nils o Arun?

—No, no me refiero a eso. Hablo de irme de Myrendul. De viajar lejos y ocultarme para no convivir con gente.

La feérica palideció.

—No, no puedes irte. Váldemar, eres un príncipe, no puedes desaparecer...

—Claro que sí. Y tú sabes que nadie va a echarme de menos. Ni siquiera Fidelia.

—Eso no es verdad.

—Desde lo de Félix... Ella también cree que es mi culpa.

—No, Váldemar, no. Ha recuperado el ritmo porque su nueva posición lo requiere, pero todavía sigue conmocionada, por eso no tiene el comportamiento de siempre, pero pasará el tiempo y las cosas mejorarán...

—Elvia, no quiero que las cosas mejoren y nos confiemos de nuevo y yo vuelva a herir a alguien. Viviría con ese miedo... He vivido con él toda mi vida, pero ha aumentado... y siento que me asfixio. Solo contigo me siento bien.

—Váldemar...

—Pero tú no puedes venir ni debes —prosiguió—. Eres reina. Myrendul es tu hogar. Y tienes cosas que hacer aquí, grandes cosas. No quiero que me acompañes, Elvia.

—Pero yo quiero que te quedes aquí, que vengas a Álandor las noches de luna llena para que yo te cuide. Podría hacerlo sin que fuera una molestia; ahora que mis poderes han aumentado, no supondría ningún esfuerzo para mí. Y podríamos aprovechar los atardeceres previos y los amaneceres consiguientes.

Él le acarició el rostro de nuevo y sintió su temblor.

—Me pides que sea irresponsable y que te ancle a mí. Quiero que vivas al margen de las cadenas que mi compañía pueda imponerte.

Las lágrimas empezaron a resbalar por las mejillas de Elvia, que desvió la mirada mientras suspiraba entrecortadamente. Váldemar tragó saliva, tratando de aliviar el nudo que se le había formado en la garganta.

—Solo quiero que estemos juntos —susurró ella, y apoyó su frente contra la de él.

—Yo también. Pero hay algo que está por encima de mis deseos, y es mi deber. El deber que tengo para con todos. Soy peligroso, eso es innegable, y aunque conozcas el modo de aplacar la amenaza, hemos visto que no es infalible. Y no quiero correr riesgos.

Ella sorbió por la nariz.

—Lo sé... Y lo entiendo.

—Buscaré algún sitio alejado de la población donde vivir tranquilamente. Con suerte, aprenderé a sentirme en paz conmigo mismo. Es lo mejor.

En el fondo, lo sabía. Lo último que quería era que Váldemar viviera atormentado. Si marcharse era la solución...

—Lo sé —repitió.

Se abrazaron.

Los aposentos en los que Constanza permanecía encerrada estaban custodiados por diversos guardias que no osaron cuestionar las intenciones de su reina al ver que se acercaba.

Fidelia entró y encontró a su tía sentada, bordando apaciblemente.

—Por fin vienes a verme.

—No es una visita de placer.

Fidelia caminó hasta ella con paso lento pero firme, procurando lucir con eficacia la máscara de hieratismo que había adoptado antes de entrar.

—Vaya, qué implacable. Parece que ser reina te está forjando un nuevo carácter.

—Sé actuar acorde a mi posición.

—Pero te conozco muy bien, Fidelia. Eres una mujer entusiasta, curiosa y amante de la libertad. Nunca vas a poder deshacerte de esa faceta tuya y, por todos los dioses, no intentes hacerlo. Sería una triste pérdida.

—Tú intentaste destruir esa faceta, ¿no? Al organizar mi matrimonio.

—Cumplía órdenes, cariño.

—Da igual. Ya no soy una princesa. No puedo permitirme el lujo de dejarme llevar por mi naturaleza.

—Estás repitiéndome la cantinela que te han inculcado desde pequeña. Pero puedo ver en tu interior..., aunque no con claridad. Admito que a veces me sorprendes.

—¿Como cuando tomé el mando de la situación inmediatamente después de que muriera Félix?

—En efecto. Fuiste rastrera con la reina Sibyl. ¿Fue estrategia o mera venganza? Porque yo diría que volcaste en ella tu ira por la muerte de tu hermano.

El rostro de Fidelia se ensombreció.

—Se estaba librando una batalla —repuso—. Hice lo que tenía que hacer. A muchos os sorprendió, pero es que muchos tienden a infravalorarme.

—Eres mujer, va implícito en el juego. Y así será mientras los hombres sigan siendo tan cortos de miras.

—Supongo que eso importa cuando los que gobiernan son ellos, pero no es el caso.

Los ojos de Constanza relucieron con orgullo.

—¿Ya tienes claro lo que vais a hacer conmigo? —inquirió la mujer. Su voz no delataba la necesidad que tenía de obtener una respuesta.

La reina ladeó la cabeza.

—Como ya sabes, la alta traición es el peor delito que se puede cometer. Es el que está más castigado... En ese caso, pertenecer a la aristocracia no sirve de nada y la pena es capital.

Constanza agachó la mirada. Sus hombros se hundieron. Aunque no lo demostró, a Fidelia le extrañó verla así, tan vulnerable.

—Lo único que quería era proteger a mi familia —murmuró—. Lo de tu padre... Quizás obré mal, pero en ese momento creí que era lo mejor. Lo siento.

—Tus intenciones carecen de importancia. Sigue siendo grave. Mucho. Además, tú quieres morir, ¿me equivoco?

Ella no contestó enseguida:

—No.

—Pues todos contentos. Como eres la hermana de mi madre, te permito elegir el modo y el lugar.

—Decapitada. Los Lagos.

—Muy bien. Eso es todo.

—¿Lo es? No me creo que no tengas nada más que decirle a tu tía.

—Sí, claro, también puedo decirle que espero que los dioses la castiguen en el más allá por haber matado a mi padre, pero soy más elegante que eso.

Constanza esbozó una fría sonrisa.

—Serás una buena reina.

—Yo no quería ser reina —repuso ella con dureza.

—Precisamente por eso, cielo. Precisamente por eso.

Fidelia la miró durante unos segundos más antes de dejarla sola en la alcoba.

Constanza lamentaba haber perdido la confianza y el cariño de sus sobrinos. Lo lamentaba profundamente, al igual que la muerte de Félix. Y la de su hermana. Todo eso hacía que tuviera ganas de acabar y de poner fin a su vida. La ley recaería sobre ella y, aunque amaba los pequeños placeres que otorgaba el mundo, marcharse sería un alivio.

Un rato después, fue Váldemar quien se adentró en la estancia.

—He hablado con Fidelia —dijo—. Ya me ha contado lo que va a pasar.

—¿Te sientes culpable?

Él se cruzó de brazos.

—¿Por ti? No tanto como piensas. No dudo que Saveiro quisiera atentar contra mí, lo que reforzó tu idea de envenarle... Y supongo que debería darte las gracias por intentar ayudarme.

Constanza alzó una ceja.

—¿Pero?

—Pero me traicionaste. Actuaste a mis espaldas, heriste a mis hermanos e inculpaste a alguien a quien amo. Traicionaste las pretensiones de la corona.

La mujer tuvo la tentación de poner los ojos en blanco, pero se contuvo.

—Supongo que fallé en las formas.

Váldemar no respondió. Se la quedó mirando como si fuera un enigma, como si no la conociera en absoluto.

—Me tratabas bien, como si fuera el príncipe que estuve destinado a ser. Me defendías frente a padre cuando podías, siempre sutil pero efectiva. No creas que pasé todo eso por alto.

—Sin embargo, no puedes lamentar mi condena, ¿verdad?

—Yo te quería.

—Y yo te sigo queriendo, Váldemar, y lo único que me importa es que tengas la vida que tu madre hubiera querido para ti. Y esa mestiza puede ayudarte.

—Sí, puede ayudarme, pero solo yo puedo salvarme.

Ella entornó los ojos.

—¿A qué te refieres?

—A que estoy harto de ser un peligro. Cansado de temer por la seguridad de las personas que me importan y de las que no. Así que me voy.

—¿Te vas?

—No sé adónde. Lejos.

—No sé si desprenderte de las personas a las que amas para evitar el sufrimiento es lo más inteligente.

—No pretendo desprenderme de nadie... Siempre voy a tenerlas en mente.

—Sobre todo a Elvia.

—Sobre todo a Elvia, sí. Pero también a mis hermanos, a mis padres e incluso a ti.

Constanza asintió con suavidad.

—Tienes un corazón muy noble. Como lo tuvieron tu madre y tu abuelo. Siempre lo admiré, quizá porque era mi mayor carencia.

Era una mañana fresca y despejada, presidida por las luces del alba; el sol despuntaba tras unas montañas cuyos picos rasgaban el cielo límpido y sin nubes. La reina y el príncipe se hallaban frente a los pórticos de la muralla sur

acompañados por un grupo de escoltas. Váldemar llevaba una bolsa de tela en el hombro.

Los hermanos se separaron un poco de los demás para tener intimidad, adelantándose hacia una leve elevación en el terreno ondulado. La brisa temprana mecía sus ropas.

—Voy a echarte de menos —confesó Fidelia, mirando al horizonte.

—Y yo a ti.

Los ojos verdosos de ella se volvieron para observarle.

—Sé precavido —rogó—. Los hombres lobo tienden a crearse muchos enemigos.

—Lo sé. Esa es una de las razones por las que me parece buena idea ser un ermitaño. Tiene hasta encanto.

—Yo creo que echarás de menos que te gane al ajedrez —bromeó ella.

Él esbozó una sonrisa divertida.

—Tú cuidate mucho, ¿vale? Rodéate de gente inteligente y que te aprecie de verdad. Al ser reina, nunca vas a poder fiarte del todo de quienes se acerquen a ti, pero confío en tu criterio.

La joven se tocó con delicadeza la tiara que lucía sobre su frente para asegurarse de que seguía en su sitio.

—Me siento algo sola.

Si Váldemar había dudado en algún momento sobre abandonar su reino, se debía aquello. No quería privar a Fidelia de su apoyo, pero al final no había sido un factor lo suficientemente determinante.

—Escucha, si tienes algún problema, si necesitas ayuda con algo y no tienes claro a quién acudir, busca a Elvia. Yo confío en ella y sé que tú también.

—Sí, confío en ella, pero creo que habrá asuntos en los que no va a poder ayudarme, temas administrativos y cosas así. Esto se le daba mucho mejor a Félix que a mí.

—Tú ya has gobernado más tiempo que él.

Ella asintió, ausente.

—Era el mejor de los tres.

—Así es.

Y no era la pena o la añoranza la que hablaba, sino la razón. Lo creían de verdad y lo pensaban desde antes de que su hermano les fuera arrebatado, pero solo ahora lo veían con claridad cegadora.

—¿Sabes? Creo que no va a pasar un solo día de mi vida sin que piense en ti, en Félix, en padre y madre.

Váldemar inspiró el aire limpio y puro del amanecer.

—Pienso lo mismo.

Sin saberlo, la misma imagen cruzó por sus mentes de forma simultánea. Su tía, la espada separando su cabeza del resto de su cuerpo... Había sucedido el día anterior, a media tarde. Y en la capital, a esa misma hora y desde uno de los patios del castillo, habían soltado un conjunto de palomas blancas como gesto deferente.

Era extraño lo rápido que cambiaba todo, lo deprisa que algo podía terminar.

Divisaron a las hadas, que se acercaban volando ágilmente sobre la hierba húmeda por el rocío. Las habían estado esperando. La mayoría se detuvo antes de llegar al promontorio, pero una continuó.

Elvia posó sus pies descalzos sobre el suelo con sutileza. Una fina diadema de flores adornaba su cabeza. Como era habitual, se había trenzado algunos de sus mechones y Váldemar no pudo evitar sentir una punzada de nostalgia.

—Hola, Elvia —saludó Fidelia.

—Majestad —dijo ella, inclinando la cabeza.

La muchacha miró a la feérica con una pizca de resignación antes de cruzar la vista con su hermano y dejarles espacio para que pudieran hablar con intimidad.

Elvia agradeció el gesto y, solo cuando sintió que Fidelia se había alejado lo suficiente, se atrevió a mirar a Váldemar. Como era más alto que ella, tuvo que alzar la cabeza y, cuando lo hizo, sus ojos otoñales atravesaron al príncipe, que tragó saliva.

—Qué odiosas son las despedidas —murmuró él.

—Es peor no tener la oportunidad de despedirse.

—Elvia, no tengo derecho a hacerlo, pero necesito pedirte una última cosa.

—Dime.

—Ten un ojo puesto en mi hermana. Sé que tu relación con ella no es la misma desde lo de Sibyl, y lo entiendo..., pero necesita amigos.

—No te preocupes, Váldemar. Me interesa que todo le vaya muy bien. Y si necesita mi ayuda, no se la negaré. Es lo que hacen las hadas.

—También algunos humanos.

—Sí, también.

—Elvia...

—Váldemar —cortó ella, poniéndole el dedo índice sobre los labios.

Luego entrelazó su mano con la de él. Su expresión era seria. Se puso de puntillas para besarle. Ambos quisieron perderse en ese beso, ahogarse en él. Ni siquiera les importaba que los estuvieran mirando.

Tenían tantas cosas que decirse con respecto a sus sentimientos que al final no se dijeron ninguna.

Elvia lloraba en silencio y él tuvo que controlarse mucho para no hacerlo. Hasta ese momento había sabido manejar bien sus emociones, pero empezaba a derrumbarse. Cogió el rostro de Elvia entre las manos.

—Piénsame y me tendrás contigo.

Ella asintió y entonces sus ojos refulgieron y se separó de él antes de sacar algo de entre los pliegues de su vestido. Se trataba de un pequeño y pulido mineral blanco con reflejos azulados.

—Es una piedra luna —explicó ella—. Absorbe la luz del astro y merma un poco su poder. Te hará más llevaderas algunas situaciones.

Él la estudió con interés y atención.

—¿De dónde ha salido?

—De una cueva cercana al Lago de Vida. Es difícil hallar este tipo de gemas.

Váldemar la miró unos instantes más y se la guardó en el bolsillo.

Cogió una mano de Elvia y le besó los nudillos.

—Muchas gracias. Yo también tengo algo para ti.

Se quitó un colgante que llevaba puesto, oculto bajo la tela de su camisa. Lo sostuvo con la mano unos segundos antes de dárselo a Elvia. Era una pieza verdosa, ovalada y semitransparente en cuyo interior podía apreciarse la forma de un diminuto árbol desnudo, con sus ramas expandiéndose de forma retorcida.

—Es ámbar y lo de dentro son filamentos que imitan la corteza de los árboles. Si lo pones a contraluz, se ve más —señaló él, indicándole que levantara el colgante y lo situara frente al cielo.

El material adquirió un brillo nuevo, como si hasta el momento hubiera sido de noche en su interior y ahora acabara de amanecer.

—Es maravilloso —dijo ella, asombrada—. ¿Cómo lo has hecho?

—Se lo encargué a un artesano de la ciudad. El diseño es mío, pero es todo el mérito que puedo atribuirme.

Elvia sonrió.

—Lo llevaré siempre.

Se dieron cuenta de que todo lo que debían decirse estaba dicho y eso les entristeció, les recordó el motivo por el que se habían reunido. Se fundieron

en un intenso abrazo. Váldemar la estrechó contra su pecho como si de ese modo pudieran fundirse en un solo ser y no volver a separarse. Ella se dejó consolar por el contacto cálido y reconfortante de su cuerpo que, ahora comprendía, sentía como su hogar, algo de lo que siempre había carecido.

Fidelia volvió a acercarse a ellos y carraspeó.

—Deberías irte ya, Váldemar —sugirió—. Debes aprovechar bien el tiempo.

—Tiene razón —reconoció, y cogió la bolsa que había dejado a sus pies—. Adiós, Deli —añadió, dándole un rápido abrazo.

Se dirigió a la feérica.

—¿Volveremos a vernos? —preguntó ella con un hilo de voz.

—Quiero pensar que sí —respondió antes de darle un rápido beso en la frente.

—Adiós, Váldemar.

Él esbozó una sonrisa triste y descendió hacia la calzada sur, la que conectaba la capital con Puerto Esturión. Empezó a andar.

—De verdad espero que encuentre lo que busca —dijo Fidelia sin dejar de mirarlo a medida que se alejaba.

—Lo hará —declaró Elvia.

«Nunca le habría dejado marchar en vano», se dijo.

Y desde la elevación que se encontraba a los pies de la gran ciudad, con el cabello bailando al son del viento clemente, las dos reinas contemplaron cómo se iba de sus vidas el hombre al que más querían.

Epílogo

Lo que cuentan las leyendas

Fidelia gobernaba bien, mejor de lo que muchos cortesanos y consejeros esperaron, dado que no fue educada para reinar, a diferencia de su hermano; aun así, tenía una intuición y un juicio muy acertados para semejante tarea. Se las arregló para compensar al príncipe Elian de Audeval por el desplante, ya que los planes de matrimonio quedaron anulados. Fidelia intercambió varias cartas con el rey de Travia, incluso viajó hasta allí personalmente y consiguió hacerse con la custodia de la hija del cazador a modo de reclamación por los agravios causados por su padre. Aparte de pertenecer a la nobleza de uno de los reinos más poderosos del continente, la muchacha era amable y bella, lo que facilitó que la familia Marantil la aceptara como futura esposa del príncipe, tal y como propuso Fidelia.

Un día, cuando llevaba más de tres años gobernando, viajó hasta Ásernan para hacerle una visita a una vieja amiga suya. Daliana Mortier seguía casada con Conrad Dálavis y ya tenían dos hijos: una niña y un varón.

La reina sentía interés por la primogénita y, naturalmente, Daliana satisfizo sus deseos. Cuando condujeron a Fidelia hasta ella, la pequeña se encontraba en un pequeño salón privado, rodeada de doncellas que velaban por su bienestar. Tenía el cabello castaño y los ojos oscuros, aunque no eran marrones. Por su expresión, se adivinaba que, pese a tener apenas cuatro primaveras, la pequeña era observadora y resuelta. Tanto ella como las damas llevaban a cabo labores de costura y, aunque la niña todavía estaba aprendiendo, hacía gala de un inestimable talento.

Fidelialadeó la cabeza, pensativa, perdiéndose en las mareas de un pasado que parecía demasiado lejano.

—¿Cómo has dicho que se llama?

—Felicia —murmuró la marquesa.

—Felicia —repitió la reina.

Poco después de aquella visita, la joven soberana desapareció.

Siendo fieles a la realidad, lo cierto es que se escapó. Se marchó de noche, cuando solo la luna podía ser testigo de su fuga, y tras ella únicamente dejó un edicto en el que nombraba sucesor a Conrad Dálavis siempre y cuando estuviera dispuesto a acatar una condición: la de permitir que su hija mayor tuviera la oportunidad de casarse con quien quisiera.

Obviamente, Dálavis lo aceptó y se convirtió en rey, uno a la altura de Fidelia, pues se rodeó de muy buenos consejeros, hombres que habían conocido a los Terrafil en persona y habían aprendido de ellos.

A Elvia no le sorprendió la noticia, pues siempre supo que la princesa albergaba un espíritu demasiado libre como para resignarse a vivir y morir en un castillo de piedra. La mestiza podía imaginársela embarcando en cualquier navío en Selayes, sin importarle el destino, sin necesitar nada más que un poco de dinero y aire en los pulmones. La imaginó asomándose por el mascarón de proa de un barco de velas blancas rumbo al este, con el viento azotando su melena rubia y sus ojos soñadores mirando al horizonte, donde hallaría tierras que no conocía, pero ansiaba descubrir. Curiosamente, al mismo tiempo desapareció también una feérica, un hada de cabellos morados y mirada verdosa.

La reina de las hadas tardó más en reaccionar. Se convirtió en una mujer de ojos melancólicos y voluntad inquebrantable. Sus súbditas la veían pasar noches enteras en vela, tirada sobre la hierba con la vista perdida en la luna. Su única confidente dejó de estar ahí cuando una mañana, tras una fuerte tormenta, el sauce que le servía de prisión apareció partido en dos. Nadie dijo nada, ni siquiera su soberana, que desde entonces pasó a ser una mujer mucho más reservada.

Lideró al pueblo feérico durante casi treinta años, teniendo que hacer frente a un par de revueltas provocadas por su mestizaje; aun así, en general nadie cuestionaba su valía, ya que poseía un poder considerable. Vivió por su gente y nunca pensó en sí misma... Hasta que se dio cuenta de que las heridas provocadas por las rencillas entre humanos y hadas ya habían cicatrizado. La amistad por la que tanto había trabajado empezaba a consolidarse. Gracias a sus tratos con el rey Conrad, las hadas volvieron a recorrer Myrendul con total libertad, cuidando de los animales, ayudando a las mujeres en partos complicados, sanando a los enfermos, preocupándose de las cosechas... Volvían a estar en paz.

Fue entonces cuando se permitió preguntarse qué quería en realidad, qué ansiaba su corazón. Nada la retenía ya en Álandor, ni siquiera en Myrendul. Pese al tiempo transcurrido, su mente seguía viajando a un único recuerdo, a un único rostro.

Para cuando Elvia de Otoño abandonó el reino, todos habían oído los rumores de su relación con el antiguo príncipe, y se escribieron muchos cantares inspirados en su amor.

Sobre lo que ocurrió después solo nos quedan leyendas, aunque algunas son más creíbles que otras.

La más popular asegura que Elvia viajó durante años en busca de su príncipe perdido. Recorrió mares y tierras enteras hasta que un día llegó a una aldea y sus habitantes le hablaron del misterioso hombre del bosque que vivía en una cabaña entre las montañas y rara vez se dejaba ver. Los más veteranos aseguraban que era un licántropo.

Elvia se acercó a dicha cabaña y allí, a mediodía, sus ojos se toparon con una mirada azul que encerraba una tormenta. Aquellos ojos eran tan familiares como lo fueron antaño, aunque ahora estuvieran enmarcados por las arrugas propias de la vejez. A Elvia no le importó, pues ella también había sufrido el paso de los años, aunque los cambios eran muy leves. Su rostro seguía siendo joven. El de Váldemar, no.

Se sonrieron y sin palabras acordaron que permanecerían juntos hasta el final, y así fue. Váldemar se acercaba a la muerte a mucha más velocidad que Elvia y, cuando él empezó a marchitarse, la mestiza le cuidó hasta que se fue de su lado, como se iban todos los humanos.

No obstante, existe una versión menos conocida de la misma historia. Algunos bardos y juglares afirman que, cuando Elvia encontró a Váldemar, él seguía siendo el muchacho que había conocido, inmune al correr del tiempo, igual que ella. Después de todo, y tal y como aseguraban las historias, algunos licántropos tenían ese don.

Así pues, se sonrieron y decidieron estar juntos hasta que la eternidad los consumiera.

FIN

Agradecimientos



Gracias a mis padres, pero un gracias especial a mi padre por haberme comprado aquel cuaderno que tenía un hada en la cubierta y cuya historia te dije que acabaría contando. Aquí está. A Tano, por aquel paseo por el Parque del Oeste en el que me ayudaste a dar con el título de la novela.

Gracias, Lel, por ser mi hada madrina.

Gracias a Cris, Mary y Andy por estar ahí cuando os necesito y cuando no, también. A Sara y a Samira, porque con vosotras es muy fácil sentir que en Madrid estoy en casa. Gracias a mis compañeras, con las que tengo la enorme suerte de compartir no solo profesión, sino también amistad: Victoria, Andrea, Arantxa, Rolly, Bea, Alba, Iria, Selene... Hacéis que todo esto sea más bonito.

Gracias a Pilar Ribas por prestarme aquel libro sobre hadas y por haber alimentado mi imaginación desde que era pequeña y soñaba despierta en ciudades europeas que parecían salidas de un cuento.

A Irene Muñoz, porque ni en mis mejores sueños imaginé una cubierta tan preciosa. Y a Eve Mae, por haber sabido reflejar los rostros que durante un tiempo solo yo podía ver. Es una suerte contar con vuestro talento.

Gracias a Irina, Paula y todo el equipo de Nocturna por ser un hogar para mis libros y para mí.

Y, finalmente, gracias a ti, lectora, lector, por haberle dado una oportunidad a esta historia.





Gema Bonnín nació en Valencia en 1994, pero se crio en Mallorca. En 2012 publicó su primera novela, *La dama y el dragón*, y unos meses después se fue a vivir a Qatar. Desde entonces, ha viajado por muchos países de Asia, entre ellos China, Sri Lanka, Singapur y Japón.

Actualmente compagina la escritura con traducciones de libros de Star Wars y de Marvel. Cuenta con estudios de filología inglesa por la Universidad Complutense de Madrid y formación complementaria tanto en historia como en literatura por las universidades británicas de Exeter y Oxford.